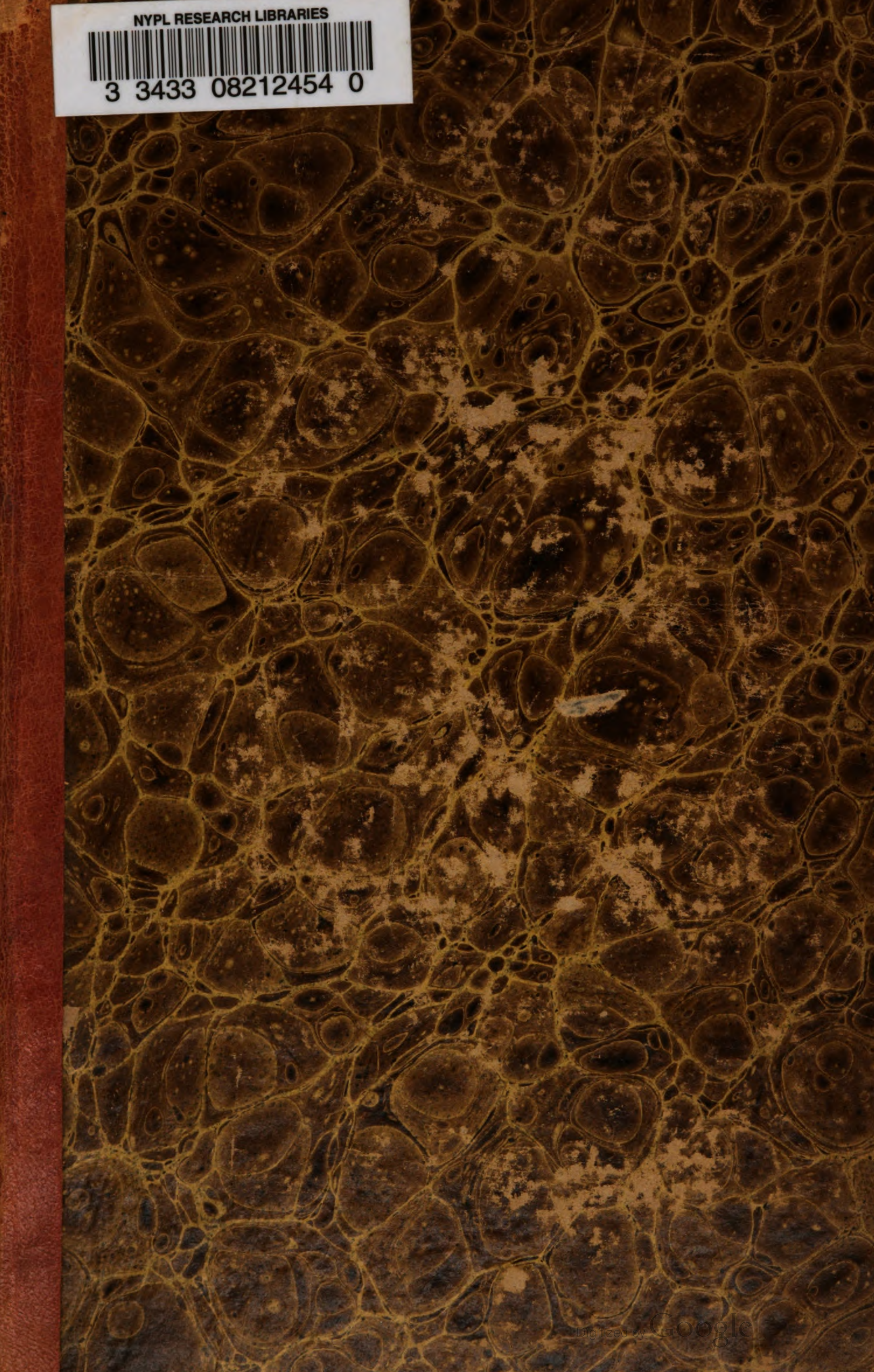




HISTORIA

DE

DON RAMON CABRERA

HISTORIA

DE

DON RAMON CABRERA

por

E. FLÁVIO, CONDE DE X.***

TOMO II

MADRID — 1870
EST. TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE G. ESTRADA
Hiedra, 7

PARTE SEGUNDA.

(1840)

CAPÍTULO PRIMERO.

El juramento.—Preparativos de campaña.—La enfermedad de Cabrera.

En breves dias desapareció por completo el brillante ejército del Norte.

D. Cárlos, como hemos dicho, habia entrado en Francia en 14 de Setiembre, no sin quemar ántes el último cartucho: con él entraron tambien los pocos batallones navarros y alaveses que permanecieron fieles á su Rey, inclusos aquellos dos brillantes y entusiastas regimientos que fueron los primeros en adivinar la traicion infame de Maroto y se alzaron en Vera, comandados por el leal don Juan Echevarría, al grito de *mueran los traidores!*

Este valiente, cuyo nombre deben recordar con gratitud y cariño los buenos carlistas, fué el único que desenmascaró al general Maroto, dias ántes de consumarse la traicion.

Rival peligroso, hombre de accion y de entusiasmo, adorado por los batallones de Navarra, Maroto adivinó en él un hombre temible en los momentos en que el *Convenio* se operaba.

Procuró atraérsele, como al brigadier Balmaseda, primero con halagos y después con amenazas; mas habiendo resultado inútiles todas sus tentativas, no titubeó en dirigirle una *amistosa* carta (1), invitándole á una conferencia, *porque el enemigo*—decia—*invade el país con fuerzas numerosas, y si no hay union será imposible resistirle.*

Queria, quizás, el traidor apoderarse del leal Echevarría, que tambien le *hacía sombra*, le *estorbaba*, era un rival peligroso—como los malaventurados generales fusilados en Estella!...

Mas aquel valiente le contestó con esta carta:

«Quien da el golpe mortal á la causa del Rey, á la Religion y á las provincias, es V., *el vil*, *el traidor*, *el asesino*, *el enemigo declarado del uno y de las otras.* Hablen por nosotros los sucesos: ¿quién fué el autor de los asesinatos de Estella? ¿Quién *obligó al Rey*, *con un puñal á la garganta*, *á firmar el contra-decreto*? ¿*Quién ha vendido y entregado* á Ramales, Guardamino, Balmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? ¿Quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del Rey y de su causa?

»*Jamas me uniré con asesinos y traidores como V.* Con ménos tropas y recursos hemos podido siempre contrarestar al enemigo é impedirle que invada el país; ahora han atravesado como en triunfo parajes en donde hasta el

(1) Elorrio, 23 de Agosto:—ocho dias ántes del *Convenio*, acto que se precipitó por esta causa.

último debiera haber perecido. Pero ¿qué extraño es esto, *siendo público y notorio que hace ya largo tiempo que V. está vendido á Espartero?*

» Pero no crea Maroto que los batallones 5.° y 12.° sean los últimos que levanten el grito de *viva el Rey y muera Maroto*, nó; este ejemplo será seguido por todos los verdaderos realistas, y en especial por los denodados navarros. Sus obras lo demostrarán así.

« *Me admira que un impío se atreva á hablar de Religion*, cuando todos los actos de su conducta prueban que V. es su mayor enemigo.

» Pero yo, mis mayores amigos, y todos los oficiales y soldados estamos penetrados de la obligacion que nos impone nuestra conciencia de defender hasta el último suspiro al Rey y la Religion, y no consentir nunca en una humillante transaccion con los principios que nos propusimos defender, y confiamos en que el pueblo apoyará nuestros votos y deseos (1)... »

Conócese en esta carta el temple de alma del fiel Don Juan Echevarría (2).

Por lo demás, todos los cómplices de Maroto abandonaron al Rey ántes de la entrada de éste en Francia.

Unos, como Urbistondo, Fulgosio, Cabañero, Negri, etc., se incorporaron en las filas esparteristas; otros, como el P. Cirilo, el Marqués de Valdespina, el ex-ministro Don Juan Bautista Erro, Ramirez de la Piscina (D. Paulino) etc., se separaron del desgraciado príncipe en Lecumberri, *sin pedirle licencia y aún sin despedirse de él.*

Ni siquiera cumplian con los deberes de caballeros!

---

(1) Fechado en Santistéban, á 26 de Agosto.

(2) Era presbítero, Presidente de la Junta gubernativa de Navarra.

Hasta el Ministro de la Guerra, D. Juan Montenegro, el primer marotista del cuartel real, quizá el que causó más daño á la causa de D. Cárlos, después de Maroto y el P. Cirilo, huyó secretamente, y tambien sin despedirse del que habia sido su Rey y su señor, del que le habia colmado de favores, que tan mal agradecia.

Cosa extraña, que demuestra cumplidamente el noble sentimiento de patriotismo que animaba á los soldados carlistas que con tanto brio lucharon por la causa de la legitimidad: el 15 de Setiembre, las cercanías de Bayona se habian convertido en un campamento carlista, donde todos los batallones que habian pasado la frontera, conservando aún sus jefes y oficiales, miéntras el Rey era llevado á la ciudadela de Bourges sin dejarle apénas tiempo para despedirse de tantos valientes, como él engañados, como él vendidos por sus mismos compañeros de armas en los malhadados campos de Vergara, —todos aquellos soldados, repetimos, con el sello de la tristeza y del desaliento impreso en sus tostados semblantes, sin saber aún á ciencia cierta lo que habia ocurrido en su pátria, sin darse cuenta de cómo se encontraban desarmados, en país extranjero, muertos de hambre y de fatiga, sólo tenian una voz para deplorar la triste suerte de la causa que defendieron, comprada por el oro de los mercadéres de conciencias, ya que no fué vencida en las batallas.

Esos hombres, guerreros de siete años, que tantas veces habian luchado con la muerte en combates ensangrentados, que hubieran ido hasta morir cien veces, si cien vidas tuvieran, en la misma boca de los cañones isabelinos á la entusiasta voz de *viva el Rey*!; esos hombres, hambrientos, desnudos, víctimas de crueles tratamientos por parte del gobierno de Luis Felipe, negáronse

á tomar partido en las filas francesas para una expedicion á Argelia, que entónces se organizaba, demostrando al mundo que si sabian arrostrar peligros y verter su sangre generosa por la causa de su pátria, no eran soldados mercenarios que se afiliaban á extrañas banderas para vender su corazon valeroso al oro extranjero.

¡ Bien haya la memoria de aquellos leales y altivos españoles!

Lo primero que hizo Cabrera después de saber la fatal noticia de Vergara y conocer más tarde la entrada del Rey en Francia, fué reunir á sus oficiales generales en consejo de guerra y hablarles sinceramente acerca de sus deseos y aspiraciones: no podia dudar el héroe de Maella de que sus tenientes no abrigaban otros deseos ni otras aspiraciones, mas quiso dar al acto la solemnidad que las circunstancias exigian.

Reuniéronse, pues, en Morella, los principales jefes del ejército carlista de Aragon y Valencia, y Cabrera, con acento solemne, les habló en estos términos:

Señores: el mejor servicio del Rey y mis particulares sentimientos, me obligan á exigir de VV. que francamente manifiesten cuáles son los suyos después de lo que se llama *Convenio de Vergara*, y para nosotros los leales no merece otro nombre que el de TRAICION. Mis intenciones se reducen á emplear todos los medios imaginables para conseguir el triunfo de nuestra causa y proteger el país, que tantos sacrificios ha hecho y hace para sostenernos, sacándole de las garras de la revolucion. Yo miro con horror aquel increible suceso, me parece un sueño todavía, y no quiero hacer reflexiones que me recordarian cosas que deseo olvidar, y me quitarian la tranquilidad de ánimo, tan necesaria en estos momentos. Léjos de desalentarme, parece que Dios me inspira mayor entusiasmo. A O'Donnell le batirémos....

Aquí lo interrumpieron los oficiales generales que asistian al consejo.

Todos eran valientes, todos adictos á Cabrera, todos tambien leales á la causa de Cárlos V; y al escuchar á su valeroso jefe los propósitos de batir á O'Donnell, como ántes habia batido á los generales Iriarte, Oraá y Pardiñas, exclamaron con entusiasmo:

—Sí, mi general; le batirémos!

Cabrera respondió conmovido, aunque no extrañando aquellos arrebatos de sus fieles compañeros de armas:

—Bien, señores: lo batirémos.—Y continuó:

Chulilla y Carboneras acaban de llenar de prisioneros y fusiles nuestros depósitos, el enemigo no se mueve después que le escarmentamos en Tales, si ataca nuestras fortalezas le costará cara la empresa, el invierno se acerca, yo tengo mis planes, y necesito saber si VV. están dispuestos ó nó á secundarlos. Al que quiera abandonar estas filas, le daré pasaporte para el punto que elija: prefiero esto á que el contagio de Navarra llegue hasta aquí. Pero tambien advierto, que si hay mal intencionados ó traidores, que aparentando fidelidad introducen la discordia y la indisciplina en el ejército, á la menor sospecha serán fusilados. Nos hallamos, señores, en circunstancias extraordinarias, y es preciso apelar á remedios tambien extraordinarios. Seré inflexible, y sirva de gobierno. ¡Viva el Rey! (1).

Todos los valientes que allí reunidos se encontraban, contestaron unánimemente á este entusiasta grito.

¡Viva el Rey!—repitieron—y significaba, en circunstancias como aquellas, una resistencia temeraria al ejército entero de España, que no teniendo ya enemigos en el Norte acudió al Maestrazgo para vencer á Cabrera, al

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 71

gigante de la causa carlista, al que no podia ser comprado con el oro de los traidores, ni con los pérfidos amaños de rastreras y solapadas intrigas.

Allí estaban, al lado de su heróico jefe, dispuestos á luchar hasta morir ó triunfar del formidable enemigo, los Arévalo, los Forcadell, Arnau, Llangostera, Polo y Muñoz, y otros aguerridos y leales jefes. ¿Cómo no habian de sentirse entusiasmados á la voz del Conde de Morella, que les invitaba á luchar como buenos hasta el último instante?

Lleno de confianza aún en el buen éxito de aquella temeraria campaña que emprendiera, escribió á D. Cárlos que «todo el ejército de Aragon, Valencia y Múrcia se hallaba dispuesto á morir por su Soberano,» y preparó á éste para celebrar una magestuosa revista, ¡quizá la última! delante de los ennegrecidos muros de Morella, al mismo tiempo que expedia la siguiente proclama, que leerán con gusto nuestros apreciables suscritores:

Voluntarios:—Las armas alevosas de que la revolucion se vale contra los valientes, han alejado al Rey de nuestra pátria y cogido en redes infames un ejército de héroes. ¡Eterna ignomínia cubrirá á los indignos españoles que con descarada impudencia y á una con los enemigos han trabajado por más de dos años para inutilizar la noble sangre que, con envidiable gloria, ha derramado la fidelidad en los campos Vasco-Navarros! Si las palabras venenosas de paz, hermandad, humanidad etc. con que los traidores han podido engañar á nuestros hermanos, llegasen á vuestros oidos, abominad de ellas y avisadme. ¡No hay otra paz que la que no tardará en dar á la España entera nuestro amado soberano el Sr. D. Cárlos V, nunca más ilustre que cuando parece más desgraciado!—Voluntarios! Me conoceis y yo os conozco. La indignacion, no el desaliento, se ha apoderado de mi corazon, como de los vuestros, al saber los su-

cesos del Norte y ansío el momento en que poderos decir desde el campo: «ese que teneis en frente es el ejército que envanecido con glorias postizas pretende asustaros con su número y aparato; aquel es el general á quien una vil traicion hizo Conde, y manejos todavía más traidores y torpes han prestado el título ridículo de Duque de la Victoria.» ¡Voluntarios! me engañaria mucho si el coraje que siento en mi pecho no le viese hervir en el vuestro en el momento, que ya tarda, de medir vuestras armas leales con las traidoras de la revolucion. Este dia se acerca, y vuestro general, que nunca os prometió en vano la victoria, os protesta con todas las véras de su corazon que jamas ha presentido con más seguridad los dias de gloria que os esperan. Una ojeada rápida que mi alma dá en este instante sobre mi penosa vida, me recuerda la hora en que hace seis años capitaneaba 15 hombres armados por mitad de palos y escopetas.... ¿Podria pensar en la série de inauditos sucesos que se han seguido?...

Pero la Providencia, que se complace en humillar á los soberbios, ha dirigido mis pasos; el Dios de los ejércitos, en cuyo nombre peleo, ha coronado con la victoria mi intencion pura, y la sangre de mi inocente madre, derramada por su gloria, obtendrá, no lo dudeis, que el ejército compuesto de los valientes y leales compañeros de su hijo, confunda para siempre la soberbia de la revolucion, que ha inundado de lágrimas y de sangre nuestra hermosa pátria.—Voluntarios! ¡Fieles compañeros de mis trabajos y de mis glorias! La Religion y el Rey piden nuevos esfuerzos de nosotros; el Rey y la Religion los tendrán.

Contadlos por victorias! Os lo promete vuestro general y camarada á quien, como siempre, vereis pelear entre vosotros como capitan y como soldado. Viva la Religion! Viva el Rey! Cuartel general de Mirambel, 7 de Octubre de 1839.—*El Conde de Morella* (1).

En el acto de repartirse esta entusiasta y enérgica pro-

(1) *Boletin del ejército Real* núm. 71, 17 de Octubre.

clama, se celebró la solemne revista donde las tropas reales prestaron el juramento de fidelidad al Rey y á Cabrera.

Acto solemne, repetimos, que merece especial mencion, porque aquellos valientes que le ejecutaron se comprometian á sostenerse contra un enemigo *cuatro veces superior en número*.

Extendiase la línea carlista por delante de Morella en un espacio dilatado, y estaba compuesta del grueso de las tropas reales que habian acudido al llamamiento de sus jefes, y en las cuales tenian representantes casi todos los cuerpos de Aragon, Valencia y Múrcia.

Presentóse el Conde de Morella, montado en el soberbio caballo que habia sido del general Pardiñas, acompañado de su Estado Mayor y de los oficiales generales que servian á sus órdenes, y pasó revista en gran parada á los aguerridos batallones, miéntras las músicas de artillería y de los lanceros de Tortosa, amenizaban la grandiosa escena con marciales himnos.

Terminado el acto, descendió el Conde de Morella del caballo, acercóse á una cruz de espadas que se habia formado en el centro de la línea, dobló la rodilla en tierra y dijo con voz solemne y reposada, al mismo tiempo que se arrancaba la boina de la frente:

—Juro fidelidad al Rey, mi señor!

Un bravo entusiasta respondió á este juramento, y las aclamaciones del pueblo entero de Morella que habia acudido á presenciar la solemne escena.

En seguida, montando de nuevo en su brioso corcel de batalla, preguntó á sus voluntarios:

—Soldados, jurais fidelidad al Rey, nuestro señor?

Y aquellos leales soldados, los últimos que debian abandonar el suelo pátrio, después de haber quemado

hasta el último cartucho, respondieron en unánime grito:

—Sí juramos!.... Viva el Rey!.... Viva el Conde de Morella!

Entónces, uno por uno, besaron tambien los voluntarios la cruz, que simbolizaba el sagrado juramento.

Luego, formados en columna de honor, desfilaron por delante del general Cabrera los bravos batallones, y terminó el solemne acto con algunas fiestas y regocijos dispuestos por el bravo caudillo, entregándose todos al solaz y á la alegría (1).

Por su parte, la Junta de Aragon y Valencia, deseosa de contribuir al buen éxito de las futuras empresas, dirigió á los pueblos la alocucion que sigue, digna de un lugar en esta historia:

La Real Junta superior gubernativa de Aragon, Valencia y Murcia á los pueblos de su mando. — Fieles moradores: una inaudita, atroz y vil perfidia se ha intentado y verificado en parte, poniéndose todos los medios posibles para consumarla. El imitador, no de los ardides y estratajemas de la guerra que tanto han ennoblecido á los grandes capitanes de la antigüedad y modernos, si no de los perversos designios del Conde Don Julian, de execrable memoria, acaba de aparecer en la horrible escena que, á haber sido dable llevar á su término, cubriera de luto, de llanto y orfandad á la nacion española. Un general colmado de favores ha abusado de la confianza de nuestro Rey del modo más vil y ratero. Maroto, infiel á su juramento y á sus palabras, ha desmentido la proverbial lealtad española, tan justamente merecida por los ejemplos de heroicidad de un Miguel de Bernabé, de un Alonso Perez de Guzman, de un Perez de Arbe y de tantos ilustres varones que á costa del sacrificio de sus vidas consiguieron inmortalizar su fama. El traidor

---

(1) Todos estos detalles constan en el *Boletin del Ejército Real*, 17 de Octubre.

Maroto, en vez de imitar estos ejemplos, cuya gloriosa fama póstuma eternizará la historia, tomó el partido abominable de vender con la mayor perfidia á su Rey y señor. Afortunadamente los resultados no correspondieron á sus depravados intentos. Entregado al oro extranjero, y confabulado con el cobarde é insidioso enemigo, infame y astutamente puso á merced del mismo algunos batallones de su inmediato mando.

Sí, amados pueblos, fieles habitantes de estas provincias; no os dejeis sorprender con el aparato que esa turba de satélites de la depravacion y del ateismo hace publicar de la soñada paz que ha resonado en las provincias del Norte á costa de la más negra y más abominable traicion, pues todo es una superchería para prolongar un poco más su detestable existencia y para que sobre tales elementos los mandarines del poder revolucionario puedan destruir á sus mismos contemporáneos y utilizarse de los recursos de nuestra cara pátria, extrayéndolos á países remotos y dejándola pobre y entregada á la desolacion y al llanto. No los creais; desechad esos papeles sediciosos y detestables que circulan; todo es una ficcion de hechos los más exagerados; armaos para contrarestar sus falaces argumentos; uníos con ciega confianza á nuestros invencibles guerreros y á su inmortal caudillo el invicto Conde de Morella.—Resuene entre nosotros la penetrante voz de la defensa de la Religion, de los derechos de nuestro soberano el Sr. D. Cárlos V, de nuestra pátria y la de nuestras caras familias; renovemos unánimemente el voto sacrosanto que tanto se imprime en el corazon fiel de todo buen español, y juremos solemnemente morir una y mil veces, si posible fuese, peleando en obsequio de tan sagrado objeto.—Tiempo es ya que demos un testimonio público de los sentimientos propios de todo español fiel, y una demostracion de sinceros y eficaces deseos de que triunfe completamente la causa de la justicia y de nuestro Rey: este es y debe ser el voto general, así como lo es el de estos Vocales en prueba inequívoca de los sentimientos de su corazon: pero si, contra estos sanos y laudables principios, y si, contra este bien y fundada esperanza, algun mal avenido con ellos y con su propia existencia tratase de dar

oidos á las impías producciones con que procuran alucinar y sorprender á los incautos los satélites de la usurpacion, ó contribuyen activa ó pasivamente á fomentar la desconfianza, será perseguido eficazmente y la espada de la justicia caerá inexorable contra el que la provoque.—Mirambel 14 de Setiembre de 1839.-El Presidente interino, *Jaime Mur.*—*El Baron de Terranteig.*—*Antonino de Bocos Bustamante.*—*Miguel Abarca.*—*Antonio Santapau.*—*Rafael Ibañez de Ibañez.*—Director, *Don Gaspar Gallart.*— El Vocal Secretario, *Dr. D. Ramon Plana* (1).»

Por una extraña coincidencia, esta alocucion habia sido expedida en el mismo dia en que el Rey pasaba la frontera, en el tristemente célebre 14 de Setiembre.

Esto sucedia en el territorio carlista de Aragon y Valencia, miéntras la España constitucional se entregaba al júbilo por la inícua traicion de Vergara, celebrándose en Madrid opíparos banquetes (1) en señal de inmensa alegría.

Pero el general O'Donnell, desde la *victoria* de Tales, juzgó prudente mantenerse á la defensiva. Diria para su capote, ó para su casaca, que semejantes victorias le costaban demasiado caras, y decidióse á esperar al general Espartero, que avanzaba á marchas forzadas sobre Aragon y Valencia con sus batallones y sus intrigas y sus talegas.

Algunas insignificantes escaramuzas tuvieron lugar en este corto espacio de tiempo, cuya importancia desaparece ante los grandes sucesos que referimos.

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 70.

(2) Por lo visto, siempre han sido las *comilonas* señal de entusiasmo en la gente *patriotera.* — Lo mismo que sucedia antaño en este asunto, ocurre ogaño en otros parecidos.

El 4 de Octubre llegó Espartero á Zaragoza, á la cabeza de su numeroso ejército.

Cinco divisiones le formaban:

La de vanguardia se componia de tres batallones, al mando del general Azpíroz (D. Antonio);

La primera, á las órdenes del general D. Diego de Leon, Conde de Belascoain, constaba de nueve batallones, el regimiento de caballería de Borbon y un fuerte escuadron de lanceros ingleses, una batería rodada de cañones de á doce y otra de obuses de á lomo;

La segunda, dirigida por el general D. Francisco Puig-Samper, formábase de seis batallones, un escuadron y una batería de obuses;

La tercera, al mando del mariscal de campo D. Francisco de Paula Alcalá, se componia de once batallones, el regimiento caballería de la Princesa, una batería rodada de piezas de dieciseis y veinticuatro, y otra batería de obuses de á doce;

La cuarta, que gobernaba el general D. Ramon Castañeda, estaba compuesta de ocho batallones, un regimiento de caballería (*Guias del General*) y una batería de obuses.

Agréguense á estas poderosas fuerzas las que rodeaban contínuamente al Duque de la Victoria, especie de guardia pretoriana que servia á sus inmediatas órdenes; ocho compañías de zapadores, una de Luchana y dos escuadrones del mismo nombre, que venian á ser como la escolta personal del ya famoso en toda Europa, D. Baldomero Espartero.

En suma: 44.000 infantes, 3.000 ginetes,—224 jefes y 2.021 oficiales (1), sin contar la artillería y gentes que servian las piezas.

---

(1) *Historia de Espartero*, por Florez,—autor no sospechoso,—tomo III, pág. 137.

Cabrera, en este tiempo, no tenía aún 19.000 peones y 2.000 caballos.

El primer acto del *héroe* de Vergara, fué dirigir su voz á los batallones carlistas, que no aparentaban tener muchos deseos de entrar en el *negocio*.

Abandonad,—les decia en una proclama,—á esos hombres; venid á mis brazos: ellos os estrecharán con el impulso del amor fraternal; no habrá ni aun recuerdos de pasadas faltas; todos serémos unos, y, como los hijos de las provincias del Norte, marchareis tranquilos á vuestros hogares, bajo la proteccion que ofrece el ejército que me glorío de mandar. Yo no dudo que fiareis en la palabra de un soldado que cifra todo su orgullo en la honradez, que no tiene otra ambicion que la de contribuir á la felicidad de su pátria por medio de la union de todos los Españoles, y que ha preferido y preferirá la gloria de pacificador á la de guerrero triunfante, porque es sangre de hermanos la que tiene que verterse, y esta sangre es muy cara á su corazon. Venid, os repito; deponed las armas para que embraceis la esteva que fructifique los áridos campos, volviendo la alegría á vuestras angustiadas familias. Aquí teneis á mi lado á vuestro antiguo caudillo D. Juan Cabañero: él, por humano, fué perseguido del feroz Cabrera; él es testigo de cuanto os digo: vuestros parientes le verán, y ellos, no pudiendo seros sospechosos, os allanarán el camino para salvaros. El que no lo haga, que tiemble; porque la salud de la pátria y la necesidad de dar pronto la paz á estas provincias, me hará inexorable con los obstinados.—Cuartel general de Zaragoza, 5 de Octubre de 1839.—*El Duque de la Victoria* (1).

Después de lanzada esta alocucion, Espartero movióse de Zaragoza con objeto de reunirse al ejército del Centro, mandado por el general O'Donnell: de manera que caian

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 12 de Octubre de 1839.

de repente sobre el Conde de Morella casi todas las fuerzas de que disponia el Gobierno de Madrid.

En Muniesa, á 14 de Octubre, celebraron una conferencia los dos generales cristinos, determinando su plan de combate.

Espartero quedó con el mando supremo de los dos ejércitos y O'Donnell conservó el del Centro, sin que por esto dejase de estar supeditado al general en jefe: principio, por cierto, de una série prolongada de ruidosas desavenencias entre estos dos caudillos, cuyos tristes resultados deplora aún hoy nuestra pátria, juguete por tantos años de hombres ambiciosos y egoistas.

La línea isabelina quedó cubierta por el primero desde Alcañiz hasta Gargallo, y por el segundo desde Camarillas á Teruel; una fuerza dependiente del ejército del Norte cubria en dilatado espacio las márgenes del Cella y otra bloqueaba el castillo de Segura, plaza importante donde todavía ondeaba la bandera de D. Cárlos, á pesar de los intentos de Van-Halen y de O'Donnell, y de cuyas almenas sólo pudo ser arrancada por la más infame de las traiciones,—segun más adelante sabrán nuestros lectores.

Cabrera tambien se preparaba para la cruenta lucha.

Como desde que D. Cárlos pisó el territorio frances no recibia comunicaciones del cuartel real, y las circunstancias eran tan críticas, asumió todos los poderes gubernativos y dió á la antigua Junta el carácter único de *Administrativa*, «en atencion,—decia el decreto—á que por consecuencia de los desgraciados sucesos ocurridos en Navarra y Provincias Vascongadas, se han agravado las circunstancias de estos reinos, las que por lo mismo exigen medidas extraordinarias que remuevan todo embarazo y faciliten la mayor rapidez y brevedad en las ope-

raciones, así militares como de gobierno y administracion (1)...»

Esta nueva Junta era presidida por el Conde de Morella y pertenecian á ella, en calidad de vocales, los señores D. Jaime Mur, D. José Brú y Calanda, D. José María de Villalonga, D. Lúcas Domenech, D. Vicente Herrero, D. José Ochano y otros personajes de confianza.

Para que se vea la seguridad é íntima conviccion que tenía el Conde de Morella de burlar los esfuerzos combinados de los ejércitos isabelinos, y considerar al mismo tiempo la exaltacion y entusiasmo admirables con que ejecutaba todos los actos referentes á la defensa de su inmaculada bandera, exaltacion y entusiasmo que le hacian considerarse como el hombre destinado por la Providencia para dar feliz remate á la sangrienta lid de los siete años en favor de su augusto Monarca, no hay más que leer la carta siguiente (2), dirigida por Cabrera á un su amigo que residia en la frontera de Francia, y cuya carta fué interceptada por las fuerzas del ejército isabelino. —Decia, entre otras cosas:

«....Acabo de organizar la nueva Junta y he nombrado para vicepresidentes á tres generales. Todos los indivíduos que la componen tienen un mismo modo de pensar, y puede decirse que entre ellos no hay más que una sola voluntad, una sola accion. A la hora del combate todos serán los primeros en las guerrillas. Espero á pié firme al que se titula Duque de la Victoria, para hacerle ver la diferencia que hay de pelear á tiros á vencer á fuerza de dinero. Yo le despojaré de las condecoraciones que de todas

(1) *Boletin del Ejército Real*, 17 de Octubre.

(2) Fué publicada en todos los periódicos constitucionales de entónces.

partes llueven sobre él para recompensar la corrupcion, yo le abatiré á mis piés, cada dia me siento animado de nuevo ardor. Todas las noches se me representa la memoria de mi desgraciada madre, y hierve la sangre en mis venas, levanto los ojos al cielo, y la cruz que apareció á Constantino me inspira la confianza de la victoria. No tenga V. miedo y tranquilice á todos nuestros amigos. Sólo padezco por la suerte del Rey y de la Real familia. Soy, etc.—*El Conde de Morella.*»

Ah! — Si la traicion, el soborno y la intriga, pérfido acompañamiento que precedió por todas partes, como la sombra al cuerpo, al *victorioso* ejército del Norte, no hubieran hallado acogida en algunos menguados pechos carlistas, Cabrera, sí, hubiese sido el restaurador de la legitimidad y del derecho, el nuevo Constantino que hubiese sacado á salvo el lábaro carlista.

El no desmayaba: al contrario, su energía, su movilidad, su constancia se centuplicaban.

Hizo de Morella y Cantavieja, inexpugnables baluartes de sus dominios, dos inmensos depósitos de víveres y municiones de todas clases, alimentados con exuberancia con los copiosos frutos de las infatigables partidas expedicionarias que recorrian el país, principalmente la ribera y huerta de Valencia, la Plana y hasta las provincias de Cuenca y Guadalajara, llevando sus correrías con una audacia que tenia mucho de heroismo, á retaguardia de la línea cristina, expuestas las temerarias columnas merodeadoras á ser encerradas en un círculo de bayonetas enemigas, en virtud de sencillos movimientos de los isabelinos.

Espartero entre tanto, estableció su cuartel general en la pequeña poblacion de Mas de las Matas, y nada anunciaba sus deseos de emprender inmediatamente las operaciones.

Decimos mal: emprendiólas desde luego, no las militares, sino las *secretas*.

En efecto: aquella inmovilidad del jefe del ejército isabelino «dimanaba—si hemos de creer á un historiador constitucional, afecto al Duque de la Victoria—de *cálculos políticos* indicados en un documento célebre (1) y puestos en evidencia por los sucesos posteriores.»

No eran, como pretendia la *Gaceta*, el frio y los rigores de la estacion, las causas de la inmovilidad de Espartero.

Era, además, otro el designio de este jefe: designio que por el pronto no consiguió ver realizado, ni mucho ménos, que no en todas partes hay traidores ó ánimos apocados qus se sometan al que aparece como *vencedor en toda la línea*, sin serlo.

Y este designio se revela perfectamente en dos hechos especiales que refiere un historiador constitucional, y que nosotros nos creemos obligados á participar á nuestros lectores.

Antes de salir Espartero de Zaragoza, ya se presentaron en las filas de Cabrera dos coroneles ingleses proponiendo á éste la admision del *Convenio de Vergara*; pero el ínclito y leal caudillo carlista no sólo no quiso escucharlos, sino que les intimó severamente la órden de salir del campamento en el término de dos horas.

---

(1) El tan caçareado manifiesto de Mas de las Matas, que puede considerarse legítimamente como *el principio del fin* de la regencia de Doña María Cristina. — Aún no se habia terminado la lucha, aún faltaban diez meses de combates sangrientos, y ya asomaban en el horizonte político las bastardas aspiraciones de los que habian de hundir á la pátria en un cáos informe de banderías injustas y partidos miserables.

¡Gallardo modo de inaugurar *la nueva era de ventura* de que se hablaba en la alocucion de Espartero!

—Enviadme fusiles—añadió:—este es mi convenio, y no quiero hablar de otro, ni que nádie me hable.

Y como se marchasen al punto los extranjeros, bien seguros de que nada lograrian de la entereza del jefe carlista, éste quizá para dar á conocer más claramente sus intenciones al Gobierno de Madrid y al Duque de la Victoria, escribió la siguiente carta, para que cayese en poder de los cristinos:

Señores: agobiado por la multitud de negocios que me rodean, me habia olvidado de deciros que he alistado doce nuevos batallones... Si quisiéseis venderme algunos miles de fusiles, depositándolos en casa de mis agentes en Lóndres, podeis asegurar á lord Palmerston de mi parte, que dentro de tres meses le haré un digno regalo con la cabeza de Rafael Maroto, ya que éste último no ha cumplido su promesa de entregar al comodoro Mr. Hay la persona de mi Rey y señor...—*El Conde de Morella* (1).

No es esto sólo: Espartero envióle un correo extraordinario para comunicarle el celebérrimo *Convenio*.

Cabrera, en presencia del enviado, rasgó el pliego, pisoteóle y dijo al cristino:

—Esta es la respuesta que podeis llevar á Espartero (2).

No por eso se desanimaba el jefe isabelino: dispuesto á poner en práctica todos los medios de soborno y de intriga para vencer por la astucia á quien tal vez no hubiera podido vencer por la fuerza de las armas, no obstante sus poderosos batallones, dirigió halagüeñas comunicaciones

---

(1) Fué interceptada en efecto, y publicáronla los periódicos isabelinos.

(2) Calvo y Rochina, autor no sospechoso, hace mencion de estos dos hechos.—*Historia*, pág. 441.

á todos los jefes carlistas, gobernadores de fuertes, con el fin de que se uniesen al ejército isabelino, desertando de las banderas que con tanto denuedo y constancia habian defendido, en medio de mayores contrariedades, si cabe, desde 1834.

Sirva de muestra la que dirigió al gobernador de la plaza de Alpuente el jefe de Estado Mayor de la 1.ª division:

«Ejército del Centro.—1.ª division.—Fuerza de vanguardia.—Supongo á V. enterado de la fuga de su pretendido Rey, de la disolucion de su ejército de Navarra y Provincias Vascongadas, donde la paz echa cada dia más profundas raíces, y últimamente, de que el Duque de la Victoria, el invicto Espartero, con 56 batallones del Norte y 25 del Centro tiene cercado á Cabrera, que dentro de poco tomará tambien la fuga, abandonando á V. y á cuantos le han seguido á su desventurada suerte.—Veinte batallones y once escuadrones han sido tambien destinados para ocupar militarmente este país, y tomar y destruir todos sus fuertes. Una division de estas fuerzas, á las órdenes del comandante general de todas ellas, D. Francisco Javier Azpíroz, ha llegado á este punto, y mañana probablemente empezará á hostilizar á V. Antes de que llegue este momento, quiero dar todos los pasos que tiendan á evitar el derramamiento de sangre: al efecto, *me encarga diga á V. que si se conviene en entregar ese fuerte* con toda ó parte de su guarnicion, *no sólo garantizará á V. del modo más positivo la conservacion de su empleo, sino que le asegura que* RECIBIRA V. UN PREMIO Ó RECOMPENSA *proporcionada al servicio* que V. preste en beneficio de la paz y de la union, en el concepto de que algunos otros comandantes de puntos fuertes han entrado ya en relaciones con S. E., movidos del mal estado de su causa y de la seguridad con que se les garantizan sus empleos. Para evitar á usted todo compromiso, me dirigirá V. su contestacion con sobre para

mí, como jefe de las fuerzas de vanguardia.—Dios guarde á usted muchos años. Yesa 12 de Octubre de 1839.—*José Vinisgra.*—Señor comandante del fuerte enemigo de Alpuente (1).»

Como se ve por el maquiavélico oficio que antecede, querian Espartero y sus generales rendir primero al enemigo por medio del *negocio*,—ni más ni ménos que se habia realizado en las provincias vascas.

Y no sólo se garantizaba á los traidores su vida, sus equipajes y sus empleos, conforme en esto con la letra del desdichado Convenio, sino que *se les aseguraba*, en nombre del general en jefe, *un premio ó recompensa proporcionada á la importancia de la traicion.*

Esto no será muy noble, ni muy digno tampoco de quien ciñe una espada castellana, que siempre fué el símbolo del honor y de la caballerosidad más hidalga; pero es la verdad histórica, tal como será legada á las futuras edades, con no mucho brillo para el nombre del *pacificador de España*—segun llamaron entónces, y aún llaman algunos, al general Espartero—en completa contradiccion con los hechos miserables que han presenciado nuestros padres en estos últimos treinta años de motines y asonadas y revoluciones, desde la famosa *jornada* de la Granja, grosera parodia de alguna indigna escena de la revolucion francesa, hasta la última *gloriosa* revolucion de Setiembre, tan fecunda en bombardeos como los de Cádiz, Jerez, Málaga, Valencia, Sanz y Gracia.

De todas maneras, así contestaron, por lo general, los leales gobernadores carlistas (2):

---

(1) Consta este documento en el *Boletin del Ejército Real* que tenemos á la vista.

(2) *Boletin del Ejército Real*, núm. 88.



« Gobierno militar de Alpuente. — No me hallo en el caso de que V. me dé luces en el estado en que se encuentren los negocios de nuestra noble nacion, y principalmente de la guerra, pues nunca estoy más animado, ni en mejor sentido que en el dia, por el buen éxito de tan noble causa como defiendo, ni con más esperanzas de ver pronto colocado en el trono á mi amado Rey D. Cárlos V (Q. D. G.): y para ello consentiré primero ser sepultado en el castillo que se me ha confiado, que no sucumbir á un partido tan denigrativo como el que defiende, llamémosle el ejército de traicion, mandado por el Duque de la intriga. Mi Excmo. Sr. Conde de Morella podrá dar á V. la contestacion que merece, y yo, en nombre del Rey y del mismo, le digo que espero mañana con impaciencia venga á estos muros fieles, y no marotistas, que *con cuatro granujas* batiré tan famoso ejército como V. aparenta, que, aunque en realidad lo sea, no asusta á los que cimentados nos hallamos en la Religion. Este lenguaje, aun cuando no esté tan adornado de *ilustracion pillesca* como el de V., *es de un corazon sincero que no ama más que á Dios y á su Rey.*—Dios guarde á V. muchos años. Castillo de Alpuente 12 de Octubre de 1839. — El gobernador, *Tomás Sanarau.* »

Cabrera, él sólo, se alzaba ya sobre los dispersos restos del ejército realista, dispuesto á luchar hasta el último instante, y « aquella temeridad de resistir — dice un biógrafo del héroe, no muy afecto al caudillo — era más grande que la gloria de vencer (1). »

Debemos consignar, para honra eterna de los subordinados del Conde de Morella, que Espartero mismo se sintió impresionado por la valiente actitud del jóven general carlista.

« Parecia natural — escribe un historiador de Esparte-

(1) *Biografía de Cabrera*, por D. Nicomedes Pastor Diaz, pág. 77.

ro (1)— que á presencia de las imponentes fuerzas que acaudillaba el Duque, alentados y ufanos con los laureles que traian del Norte (2), Cabrera, el enemigo más temible que aún restaba á los constitucionales, no osaria oponer resistencia, viéndose obligado á la fuga; pero aquel temerario catalan, que todavía conservaba varios puntos abastionados y de importancia (3), hizo adoptar á Espartero las medidas oportunas para la pronta y feliz terminacion de la guerra.»

Lo raro es la contradiccion que se observa en los documentos de uno y otro campo acerca del movimiento de desercion que se notaba, dicen éstos, en las filas contrarias.

No hariamos gran caso de ella, si no nos hubiésemos propuesto dar á conocer á nuestros lectores *todas* las proclamas y alocuciones que brotaron, en esta época de prueba, de la infatigable imaginacion del caudillo carlista, única esperanza entónces de la causa.

Y prescindiriamos de enumerar estas contradicciones, teniendo en cuenta la abultada exageracion que dominaba en los documentos de los constitucionales, de la cual son buena muestra las cifras que representaba en éstos los muertos y prisioneros realistas, que en 1836 ascendian,

(1) Florez, *Historia de Espartero*, tomo III, pág. 174.

(2) Qué laureles?—Los de Ramales? Los de Guardamino? ¿Los de Murguía? Los de Lecumberri? Los de Elizondo? ¿Los de Urdax?—En nuestra obra, *La traicion de Vergara*, se verá lo *brillantes* que fueron estos *hechos de armas*, para que las tropas del Norte se ufanaran con ellos.

(3) Con perdon del Sr. Florez y del general Espartero, debemos decir que Cabrera no poseia *varios* sino *muchos* puntos de importancia: la línea carlista se extendia desde Mora de Ebro, Flix y Segura, hasta Montan, Collado y Alpuente, Beteta y Cañete, comprendiendo toda la parte oriental de España, desde el mar hasta las provincias de Zaragoza, Teruel, Cuenca y Albacete.

como ya sabemos, nada ménos que á *cuatrocientos mil hombres* (1).

Pues bien: miéntras los periódicos constitucionales afirmaban «que era infinito el número de *facciosos* que abandonaban á Cabrera, pidiendo indulto ó un fusil para defender á la Reina, los diarios carlistas publicaron el siguiente documento:

«Voluntarios: En los pocos dias que han pasado desde que os anuncié la venida del ejército de la usurpacion, habeis tenido ocasion de verle, y yo la complacencia de presenciar vuestro ardor *que he necesitado moderar ántes que esforzarle*. Habeis correspondido á la confianza que tiene en vosotros vuestro general.—El enemigo, traidor y cobarde, os ha hecho la injuria de suponer que con sólo presentarse os deslumbraria el aparato de la maldad triunfante y arrastraria á sus filas; pero vuestra fidelidad le ha dado una leccion de honor y de desengaño. Esto ya es una victoria, pues habeis destruido la fuerza en que el enemigo tenía más confianza. *Ni uno solo de vosotros ha desamparado sus banderas, miéntras que la justicia de la causa que defendeis arranca todos los dias las víctimas que la violencia y la seduccion mantienen en su campo para venir á pelear entre vosotros.*—¡Voluntarios! ¡Españoles dignos de este nombre grande! La Religion, por cuya santidad derramais vuestra sangre, os bendice agradecida; la Pátria, cuyo honor mancillado vindicais en este suelo privilegiado con tanta gloria suya y vuestra, os contempla consolada, y vuestro general os ama y os admira. ¡Voluntarios! Aspiro á que vuestra lealtad, disciplina y valor os hagan inmortales!.... ¡Viva la Religion! ¡Viva el Rey! ¡Vivan los bravos y leales jefes y oficiales que os conducen á la victoria.—Cuartel general de Morella, 7 de Noviembre de 1839.—Vuestro general y camarada, *Cabrera* (2).»

---

(1) Véase la pág. 371 de esta obra, (tomo I).

(2) *Boletin del Ejército Real*, número 85.

En esta entusiasta proclama, que habrán leido seguramente con gusto nuestros apreciables suscritores, nótase tal acento de sinceridad y de nobleza, que nosotros nos inclinamos á creer los hechos que revela — con perdon sea dicho de la *Gaceta de Madrid*.

Dedúcese, pues, de ella, que no sólo no habia desertado un voluntario, mucho ménos pedido fusiles para defender á la Reina, sino que al contrario, eran muchos los cristinos que se *pasaban* á las filas de Cabrera, deseosos de tomar parte en la titánica empresa de lavar las manchas de Vizcaya y Navarra.

Y estas palabras — dice un historiador — eran robustecidas por los hechos.

No aventuramos prendas al emitir aquella opinion: Espartero debió conocer, á pesar suyo, que el ejército carlista de Aragon, Valencia y Múrcia no daba abrigo á traidores que se doblegasen, con deshonor indeleble, á las ruines proposiciones que se les hacian, y de las cuales hemos ofrecido una muestra en este mismo capítulo, cuando se atrevió á dictar la siguiente arbitraria órden:

«Se confiscarán los bienes y serán arrojadas de sus hogares las familias de los que tengan algun hijo, hermano ó pariente en el llamado ejército Real (1)»

Esto era lo mismo que volver á la antigua época de crueldad y de represalias horribles que parecia haber concluido con el *Tratado de Lécera*, firmado entre Cabrera y Van-Halen, puesto que hacía recordar los draconianos bandos de Espoz y Mina y Nogueras, de Llauder y Alvarez de Tomás (2).

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 90. — No hemos visto este bando injusto en la *Gaceta*.

(2) Véase el tomo I de esta obra, páginas 107 y siguientes.

Era peor aún: porque en el estado de desesperacion en que se encontraban los leales del ejército de Cabrera, después de la defeccion de sus engañados compañeros del Norte, eran de temer represalias mucho más terribles, actos más crueles.

Cabrera contestó con la siguiente justísima providencia:

..... He resuelto que en lo sucesivo cuantos vecinos de los referidos pueblos (próximos á la línea carlista) que estén marcados por desafectos á la causa del Rey, Nuestro Señor, se aprehendan, sean pasados por las armas, cuya medida se observará con exactitud por los jefes militares bajo su responsabilidad, hasta que el enemigo revoque aquella providencia, haciendo retornar á los desterrados los bienes enajenados y ocupados (1).....

Como se ve, tampoco era Cabrera quien inauguraba ahora una nueva época de terror: eran, sí, los que le provocaban con las determinaciones injustas, era el general Espartero, el que se decia representante de la causa de la humanidad y de la justicia, el que habia entrado en Aragon diciendo que tenía abiertos los brazos para estrechar fraternalmente á los enemigos de su Reina.....

¡Extraños sucesos!—Hoy mismo, cuando escribimos estas líneas, miéntras aquella Reina expía en extranjero suelo sus debilidades, y yace rota la corona ensangrentada que ciñeron á sus sienes los mismos que ahora la desprecian; hoy mismo, decimos, desfilan por delante de nuestros balcones numerosos grupos con banderas y músicas, en són de *manifestantes*, con la ridícula pretension de alzar á Espartero sobre el pavés de Pelayo y de San Fer-

(1) *Boletin del Ejército Real*, número extraordinario, 21 de Noviembre.

nando, ¡sobre el trono de la que fué *su Reina*, de la malaventurada Isabel de Borbon y Borbon!

Los juicios de la Providencia son fallos inapelables; la ley de la expiacion es terrible!

Hay más todavía, aunque parezca increible, y queda explicada ámpliamente la inaccion militar de Espartero, después de haberse acuartelado en Mas de las Matas.

No sólo se circulaban documentos cristinos á los gobernadores de los fuertes carlistas ofreciéndoles, si se rendian al *vencedor*, la conservacion de empleos y el *premio ó recompensa* consabida; sino que se falsificaban las órdenes del Conde de Morella á fin de lograr el abandono de aquellos.

El gobernador de la fortaleza de Montan recibió un oficio de este género, otro el de Segura y otro al mismo tiempo el de Begis, el bravo Viscarró (1), y todos tenian hábilmente falsificado el membrete y la firma del Conde de Morella, en cuyos oficios se les ordenaba el abandono de las respectivas fortalezas, bajo el pretexto de que el enemigo se acercaba con numerosas fuerzas y no ser bastantes para resistirle las que ellos tenian (2).

Ni uno sólo de los Gobernadores se dejó engañar por esta baja superchería, que no puede considerarse como ardid de guerra, y de la que no usaron —en honra suya sea dicho—ni el caballeroso Oráa, ni el infeliz Van-Halen.

Cabrera, apénas tuvo noticia del primero de estos indignos hechos, dictó la siguiente órden (3).

---

(1) Figúrasenos que tenemos el gusto de contar á este valiente en el número de nuestros suscritores.

(2) Véase el *Boletin del Ejército Real*, núm. 5 de Diciembre, en el cual se copia el falso oficio que recibió el gobernador de Begis, Bautista Viscarró, y la contestacion de este fiel carlista.

(3) *Boletin del Ejército Real*, 16 de Noviembre. — Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 494, nota 34.

»Atendiendo á que los enemigos de Dios y de la felicidad de nuestra pátria.... sólo se sustentan con bajas trampas, engaños, intrigas..... pues además de la infame, cometida en Vergara, disolviendo traidoramente el ejército castellano-vasco-navarro, están.... ofreciendo tesoros, empleos y otros premios á los jefes de este ejército y puntos fortificados para que sean traidores, se han puesto á fingir el membrete impreso y mi firma, y con ello han logrado que el gobernador de Montan pusiese en libertad á dos reos de consideracion, y que él mismo pasase á Morella á recibir órdenes;—á fin de que no se caiga en semejantes ó mayores engaños, prevengo á los Gobernadores de las plazas y fuertes y demás jefes del ejército, que en lo sucesivo, al recibir alguna órden, examinen con escrupulosidad membrete y firma... y si fuera previniendo la soltura de presos, separacion del punto ú otro asunto urgente y de notable importancia, no se ejecutará si no se comunicase por uno de mis ayudantes de campo, que lo son: D. Ramon Ojeda, D. Ramon Gaeta, D. Joaquin Aguilera, D. Juan José Gonzalez, D. Domingo Gombau, D. Jáime Mur y D. Narciso Cabrera.—*El Conde de Morella.*»

De modo, que ántes de apelar á las armas, empleó el general Espartero, ó sus agentes, todos los medios posibles para lograr la desunion en las filas de Cabrera ó el soborno de sus oficiales.

Ya verémos tambien que, aun simulando combates reñidos, no se olvidaba de sus antiguas mañas—para que su conducta en Aragon y Valencia se pareciese por completo á la que habia observado en Navarra primero y luego en las provincias de Alava y Guipúzcoa.

Así estaban las cosas á principios de Diciembre.

Espartero continuaba acantonado en Mas de las Matas, O'Donnell en Teruel, y sólo ejecutaba algunas operaciones (que referirémos en el capítulo inmediato) la division primera del ejército del Centro, mandada por el general

Azpíroz, en la provincia de Valencia, en cuyo distrito operaban tambien los jefes carlistas Forcadell, Arévalo y Arnau, resistiendo con brioso aliento al enemigo.

Pero otro golpe, casi mortal, debia recibir por entónces la causa de la legitimidad.

Cabrera se vió de repente á las puertas del sepulcro, víctima de una enfermedad cruel, hasta el punto de desesperarse de su estado.

Relatemos, no tan menudamente como quisiéramos, este doloroso suceso, que bien pudo llamarse catástrofe irreparable por sus funestas consecuencias.

Hallábase el general en la fortaleza de Flix, en 14 de Diciembre, tomando disposiciones y medidas conducentes á levantar un puente de barcas sobre el Ebro, con el objeto de tener abiertas las comunicaciones con Cataluña y por lo tanto con el ejército que acaudillaba el ínclito Conde de España — cuya muerte desastrosa referirémos más tarde.

Pensó en seguida dirigirse á Mora de Ebro, á fin de inspeccionar el fuerte.

Pero se desencadenó una furiosa tempestad en el camino y recibió Cabrera constantemente, por espacio de tres horas, una fria lluvia. Siguió hasta Gandesa, en cuya ciudad descansó, y luego continuó á Valderobres, donde tuvo noticias de ciertas graves discordias que habian estallado entre la Junta militar y una compañía del 4.° batallon de Valencia.

Esta noticia, «y la de haber tenido motivo — dice una *Memoria* de los jefes carlistas — para concebir sospechas de defeccion que no podia aclarar, á pesar de la exquisita vigilancia que en tan críticas circunstancias se ejercia, alteraron sensiblemente á Cabrera, y el dia 16 de Diciembre se vió precisado á guardar cama en el pueblo de la

Fresneda, á tres leguas de Alcañiz, punto céntrico y próximo á la línea enemiga.»

En ocasion más fatal no podia presentarse la insidiosa enfermedad: tenía dispuestas sus tropas para tomar la ofensiva contra el inactivo ejército de Espartero, cayendo simultáneamente sobre la division que mandaba el Conde de Belascoain, acantonada en aquella comarca.

Los ilustrados médicos de Cabrera, D. Juan Pablo Sevilla y D. Simeon Gonzalez, ofrecen las siguientes *causas* de la enfermedad:

«El temperamento de S. E., la agitacion en que por tanto tiempo vivia, la falta de sueño, y las pasiones de ánimo, creemos haber sido las principales (causas) que poco á poco fueron disponiéndole á la enfermedad que acaba de padecer, las cuales continuaron ejerciendo su accion hasta el punto de no faltar, para que estallase aquella, más que un impulso cualquiera, cualquier conmocion un poco extraordinaria: este impulso, á nuestro ver, fué dado por los disgustos recibidos muy pocos dias ántes de enfermar, ayudando sin duda á ello la lluvia de la marcha nocturna (1).»

No se nos oculta que circularon rumores de *envenenamiento*, y aun algun escritor los ha consignado (2); pero la verdad es que debemos atenernos á los dictámenes de los facultativos.

Guardó cama, segun hemos dicho, en la Fresneda, y fueron avisados inmediatamente los médicos Sevilla y

(1) *Relacion histórica* de la enfermedad que acaba de padecer el Excmo. Sr. Conde de Morella etc. — Morella, imprenta de la Real Junta de Gobierno. Año de 1840 — por D. Juan Pablo Sevilla y D. Simeon Gonzalez.

(2) *Apuntes para la Historia*, por D. J. de Castro. — *La Esperanza*, 21 de Abril de 1869.

Gonzalez, no obstante haber sido tambien llamado el del pueblo.

Este último dispuso que el enfermo fuese trasladado á Rafales, en virtud del peligro de hallarse en un pueblo tan próximo al enemigo, y que podia ser considerado como una avanzada del ejército de Espartero: así se hizo, y en el camino se reunieron con el triste cortejo los otros dos médicos, que estaban en Morella, y acudieron al punto al llamamiento.

«Conociendo el enfermo—dice la *Memoria* citada—que sus males se agravaban, llamó á los facultativos, y á presencia de algunos indivíduos del E. M., dijo:

— Señores: mi enfermedad es grave, segun yo creo. Saben VV., que estoy al frente de un ejército y en circunstancias muy críticas, y tambien conocen las consecuencias que pueden resultar si aquel se queda sin direccion: quiero, pues, que con franqueza, y sin temor de que yo me asuste, me digan VV., como si hablasen con el último voluntario del ejército, el estado en que me hallo (1).»

Contestáronle los médicos que era preciso permanecer algunas horas en observacion, para determinar con acierto sobre la gravedad del mal, pero que por de pronto permitiese ser trasladado á Morella.

Consintió en ello, y en la mañana del 19, montado en el brioso caballo de Pardiñas, que era regido por dos Miñones y rodeado por cuatro indivíduos del E. M., al cuidado de su querido jefe, pusiéronse en camino hácia la antigua fortaleza del Maestrazgo.

Iba el general muy molestado: sufrió mucho, pero llegó á Hervés, desde cuyo punto hasta Morella, en una

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 196 y siguientes.

distancia de tres leguas, apénas hay un paso que no sea peligroso y áspero.—Al entrar en el alojamiento que se le habia destinado, apoyándose en tres personas, dijo:

—Por Dios, señores: ruego á VV. que me dejen aquí, no me lleven á Morella, porque he sufrido muchísimo y estoy sumamente débil. Dejadme aquí, por Dios!

En efecto: se acostó, y desde este momento comenzó á agravarse de un modo alarmante.

Era el dia cuarto de la enfermedad.

El quinto y sexto, se agravó más todavía, y era muy marcada la somnolencia y la postracion.

Los dias siguientes, hasta el noveno, el mal fué en aumento, y hubo algun facultativo que le juzgó desesperado y en peligro inminente é irremediable: en este último dia, habiendo tenido un poco mas despejadas las facultades intelectuales, el enfermo se confesó con el capellan de la P. M. G., D. José Enclusa, y recibió el sagrado Viático—dicen los médicos autores de la *Relacion*,—con sumo fervor y edificacion de todos los que lo rodeaban.»

Los dias inmediatos, hasta el doce, el estado del enfermo seguia siendo el más crítico, luchando á cada momento entre la vida y la muerte; pero en este último dia se presentaron unos síntomas tales, que de seis médicos que rodeaban al Conde, cuatro creyeron que la muerte era casi inmediata.

A todo esto, el enemigo se hallaba escalonado á dos leguas de Hervés, y la guarnicion de este punto constaba de la compañía de Miñones y otra del 1.° de Mora: aquella custodiaba el alojamiento de Cabrera, y ésta cubria todos los caminos y veredas para evitar una sorpresa. Afortunadamente, el enemigo creyó que el rumor que circulaba acerca de la enfermedad de Cabrera, no era sino un ardid de este caudillo para encubrir mejor sus planes,

y no fueron molestados ni el enfermo ni los cuidadosos amigos que por él velaban.

No eran estos fieles amigos los únicos que cuidaban del infortunado general.

Sus cariñosas hermanas, doña Juana y doña Teresa (1), habian acudido tambien á la cabecera del lecho donde yacía el Conde de Morella, y le prodigaban solícitas sus cuidados más tiernos: ellas le velaban constantemente, ellas preparaban las medicinas, ellas se las administraban muchas veces con palabras de dulzura y de cariño; ellas, en fin, no perdonaban sacrificio alguno para contribuir al alivio de su querido hermano.

El dia catorce de la enfermedad, correspondiente al 30 de Diciembre, «en vista de lo trabajosa que habia sido la noche anterior, y de la gravedad suma en que estaba constituido el enfermo,» resolvieron los facultativos, de comun acuerdo, variar el plan curativo, desechando el antiflojístico que hasta entónces se habia observado escrupulosamente, por el antiespasmódico y revulsivo.

Los efectos de este tratamiento fueron felices: el general estaba hecho un mártir, cubierto materialmente de cantáridas; pero el alivio se manifestó desde aquella misma noche, y continuó en aumento durante los dias sucesivos.

El veinticinco de enfermedad, correspondiente al 9 de Enero de 1840, se dió órden para trasladar al enfermo á Morella.

«Mandóse recomponer un atajo,—dice una *Memoria* escrita por un jefe carlista, testigo presencial,—y preparar una camilla, donde colocamos al general: conducíanla

---

(1) Dichas señoras contrajeron matrimonio con los dos oficiales predilectos del Conde de Morella, D. Juan de Dios Polo y Muñoz y D. José Domingo y Arnau. Ambas viven actualmente.



cuatro Miñones, y, miéntras se relevaban, le administrábamos las medicinas dispuestas por los facultativos. En la Masía de Miró, á una legua de Morella, descansamos media hora. El frio era excesivo, y hallábase cubierto de nieve el terreno que pisábamos.»

Júzguese ahora del amor y hasta del entusiasmo que sentian los habitantes de aquellos pueblos por el general Cabrera, leyendo atentamente las siguientes líneas de la *Memoria*:

«Entró Cabrera en Morella el dia 9 de Enero, rodeado de la inmensa muchedumbre y de las autoridades que habian salido á recibirle, cuando se supo que estaba en la Masía de Miró.

»Como si se hubiera dado órden de silencio, era profundo el que allí reinaba.

»Las gentes, azoradas, se preguntaban al oido y nos preguntaban á nosotros: ¿cómo está el general?

»Conducido á su alojamiento, se metió en cama, y ántes de amanecer se agolpaban las gentes á la puerta todos los dias para saber si habia ocurrido novedad durante la noche.

»Además, se hicieron rogativas públicas para alcanzar del Cielo la salud del enfermo.»

Hasta aquí la *Memoria* citada.

Todavía sufrió un ligero recargo en el dia 11 de Enero; pero cesó pronto, y comenzó desde este instante el alivio y mejoría, no interrumpida hasta la convalecencia, que fué bastante lenta y penosa.

El 30 de Enero salió á misa, y el pueblo se entregó á la alegría al ver restablecido á su general, de la misma manera y con el mismo admirable instinto con que habia dado muestras de su pena cuando éste era conducido á su alojamiento en una triste camilla.

El mismo dia por la tarde, acompañado de su fiel amigo Forcadell, paseó á caballo, y se repartió á la tropa y voluntarios realistas doble racion (1).

Por fin, el 31 de Enero dijo él mismo, pretendiendo animarse:

—Ea, señores! me doy de alta. Mañana marcharémos á San Mateo, cuyo templado clima me sentará bien.

Y como el médico Sevilla, el docto catedrático de clínica de la universidad de Valencia, que queria al general como á un hijo, le hiciera algunas observaciones encaminadas á detenerle aún en Morella algunos dias más, hasta que cobrase nuevas fuerzas, Cabrera contestó:

—Vamos, mi viejo doctor, no me contraríe V., que ya estoy bueno.

No lo estaba, sin embargo, porque la convalecencia fué el principio de otra enfermedad más duradera, que consistia en un desfallecimiento general y una melancolía profunda.

No obstante, acompañado de Forcadell, de algunos ayudantes y de su leal secretario D. Agustin Caire, sin olvidarse por supuesto de *su viejo y querido doctor* Sevilla, partió en 1.° de Febrero para Vallibana, donde tomó algun alimento y reposó dos horas, y siguió la marcha á San Mateo, á cuyo punto llegó á las cuatro de la misma tarde.

Hé aquí descrita la enfermedad primera que sufrió el Conde de Morella, miéntras el ejército de Espartero se preparaba, en union con el del Centro, á la terrible campaña de 1840.

Repetimos lo que ántes hemos dicho: creyéronle algunos emponzoñado y aun se extendió el rumor por la prensa

(1) Todos estos detalles constan en el *Boletin del Ejército Real*, núm. 116.

periódica, contribuyendo no poco á ello la frustrada tentativa de asesinato de que hemos hablado anteriormente (1); juzgaron otros que la gravísima crísis de que era víctima el Conde debia atribuirse á impericia de los facultativos (2), y pocos fueron los que recibian como cierta la version de éstos, consignada en la *Relacion histórica* de los médicos Sevilla y Gonzalez.

El general Cabrera, de temperamento bilioso-nervioso, de una actividad y penetracion extraordinarias y de una salud robustísima, no alterada en muchos años por enfermedad alguna (3), tiempo hacia que por las circunstancias de la guerra tenia el espíritu en una contínua agitacion, sin permitirse al dia más que muy pocas horas de sueño y de descanso.

Hallándose en tal disposicion, recibió los dos disgustos de que hemos hecho mérito, que le afectaron en extremo, y le movieron á ponerse en marcha de noche y lloviendo.

En el siguiente dia, ya se sintió indispuesto.

En el otro, presintió que iba á padecer de una grave enfermedad, mas no por eso quiso desistir de sus ordinarias fatigas.

---

(1) Véase el tomo I, pág. 657 y siguientes de esta obra.

(2) Córdova lo consigna.—*Vida*, tomo IV, pág. 206.

(3) El Sr. Calvo y Rochina, quien no sabemos *en qué fuentes ha bebido* para escribir su *Historia*, después de hablarnos repetidas veces de las costumbres licenciosas del general, de su relajada vida, etc., etc., dice en la pág. 458:—"Llegó por fin el momento..... en que aquella naturaleza de hierro sucumbiese á las consecuencias de infinitas heridas recibidas en el campo de batalla, *al abuso de placeres violentos y sensaciones fuertes que no habia economizado... etc.*"

Ni lo uno, ni lo otro: vea V., Sr. Calvo, la *Relácion histórica* de la enfermedad, escrita por los médicos de cabecera é impresa en Morella.

En el tercero cayó, por último, en cama en el pueblo de la Fresneda, por más que los síntomas no manifestasen marcadamente el carácter de la extraña enfermedad de que adolecia.

Esto es la verdad, porque esto es lo que afirman los médicos de cabecera.

Concluirémos este asunto trascribiendo algunos párrafos del célebre Pastor Diaz, adversario político del Conde de Morella, referentes á la enfermedad de éste y causas que la originaron.

«En tanto, Cabrera, á quien nunca habian podido abatir ni vencer afamados é ilustres generales, rendíase al peso de su propia actividad y de los esfuerzos de una naturaleza agotada. Habíale postrado una enfermedad grave, que puso en cuidado á todos los que le rodeaban, y en peligro su vida. Faltáronle de repente sus fuerzas, perdió la energía del pensamiento, desfallecia rápidamente, una calentura lenta le devoraba, se consumia se moria, y no sabian de qué. Cabrera padecia lo que más ó ménos han llegado á padecer los hombres que, recibiendo toda la fuerza del poder de la voluntad, se consagran por espacio de algunos años á una vida de exaltacion y de contínuo trabajo, que por algun tiempo sostiene sus fuerzas, pero que las devora y las gasta al fin. Cabrera tenía una de aquellas enfermedades de que han sido víctimas tantas existencias revolucionarias. La enfermedad de Cabrera era como la de Massaniello, como la de Mirabeau, como la de Hoche, como la de D. Pedro de Portugal: el cansancio, el desfallecimiento. Los cuidados más asíduos, la asistencia más esmerada, le fueron prodigados para salvarle, y se hacian rogativas públicas para que el Todopoderoso prolongase una existencia tan preciosa á los ojos de los que le miraban como su salvador.

»Los que han despreciado á Cabrera y le han tenido por un hombre comun, podian volver sus ojos á este período de su existencia, en el cual un gran pueblo y un numeroso ejército veian consternados que, en el dia de su muerte, Cabrera no tenía sucesor. En aquel inminente recelo de una defeccion, de un *convenio*, los que rodeaban á Cabrera fijaban con dolor sus miradas en su lecho. Su única esperanza, el hombre que los apuros no le desalentaban, que los reveses le engrandecian; el hombre que no podia *transigir*; el hombre del entusiasmo, del fanatismo y del terror, estaba postrado, próximo á perecer, y á perecer con él su causa. El hombre que así la representaba, el hombre cuya vida era la de su partido, merecia la importancia que le daban (1).»

Después de esta entusiasta apología de Cabrera, considerado en el lecho de la agonía, escrita de mano maestra por un distinguido literato, enemigo político del Conde de Morella, nosotros no debemos añadir ni una sola palabra.

Vamos á terminar este capítulo.

¿No es verdad que el Conde de Morella, preparándose para combatir contra un ejército de *ochenta batallones, seis mil caballos y cien piezas de artillería*, cuando todo se derrumbaba en torno suyo, asemájase á esos colosos de los bosques que desafian á los furores del vendabal y á los estragos de los rayos de las tormentas?

---

(1) *Galería de Españoles célebres.—Biografía de Cabrera*, por D. Nicomedes Pastor Diaz, pág. 68.

CAPÍTULO II.

Correrías y escaramuzas. — Chelva y Casas de Ibañez. — Torre de Castro. —Chulilla. — Una Real órden. — Alcocer y Peralejos. — Monteagudo. — Segura.

Al comenzar este capítulo, en el cual inauguramos la narracion de la última formidable campaña de la fratricida lucha, más cruel y más desesperada, cuanto más se aproximaba á su término, permítasenos trascribir unas palabras de cierto biógrafo del Conde de Morella:

«Cabrera es un personaje que se crece con el tiempo y los sucesos. Cuanto más dilatada es la esfera de su accion, más dignamente la ocupa. Cabrera no decae nunca. Los que han dicho que no se mostró digno en los últimos tiempos de su elevacion y de su fama, no creemos que le hayan juzgado bien. Atacado por todo el ejército del Norte, con el Duque de la Victoria á su frente, 80.000 hombres, más de 6.000 caballos, 100 piezas de artillería, todo esto, que hubiera bastado en poder de Aníbal, de César, de Alejandro ó de Gonzalo de Córdoba y de D. Juan de Austria para conquistar la Europa, reducido á sus propios recursos, la

temeridad de resistir, más grande era que la gloria de vencer (1).»

No es por lo tanto exagerado, cuando esto y mucho más decian sus adversarios políticos, que los *Boletines* carlistas alzasen voces de júbilo por el fausto suceso del restablecimiento de Cabrera.

«Cesó ya el llanto, y todos los motivos de temor han desaparecido. Reemplácense nuestras tristezas con júbilos contínuos, y después de dar gracias al Todopoderoso por el feliz acontecimiento de volvernos á nuestro amado general desde el borde del sepulcro, entreguémonos á los trasportes de la justa alegría que debe suceder á nuestros lloros.

»Sí: el héroe del siglo XIX, el inmortal Cabrera se halla bueno: palabras consoladoras que resuenan dulcemente en el corazon de todos los que tienen la gloria de militar bajo sus órdenes (2).»

¿Quién debe extrañar este encomiástico lenguaje, en boca de la Junta de Gobierno, cuando todos los adictos á la causa realista tenian fijos los ojos en el bravo caudillo, colocado sobre las rocas del Maestrazgo como símbolo de la gloria del pendon legitimista, como esperanza postrera del anhelado triunfo?

Á Cabrera, sí, á pesar de los que han pretendido mancillar su gloriosa historia, suponiendo que no se mostró digno de sí mismo, en la última campaña de 1840, hay que contemplarle como un inmenso coloso que desafia altivo á sus contrarios, cuando todo caia en torno suyo, cuando se derrumbaba piedra á piedra el soberbio edificio del carlismo, minado profundamente por las intrigas, por

(1) *Cabrera, apuntes biográficos*, por D. Vicente Lalama, pág. 71.
(2) *Boletin del Ejército Real*, núm. 114.

las traiciones, por el oro, por la ambicion, por el egoismo.

Las audaces correrías, llevadas á cabo por las partidas carlistas, debieron demostrar al poderoso enemigo que á aquellos valientes no les intimidaban sus *ochenta batallones* y sus *seis mil ginetes*.

Es verdad que fuéron más ó ménos afortunadas, pero siempre atrevidas, siempre temerarias.

Arévalo sorprendió en Sisante (Cuenca) á 30 soldados y un oficial del regimiento de Extremadura, sin más pérdida por su parte que un herido (1).

Un batallon de Mora, el primero, batió á las fuerzas cristinas que estaban emboscadas en la Galera, cerca de Amposta, haciéndoles 40 muertos y 19 prisioneros, y apoderándose de 60 fusiles, sin más desgracia, por parte de los carlistas, que un soldado muerto y un oficial, y otro soldado herido, con baja además de cuatro caballos (2).

Llangostera sorprendió en Barrachina al batallon cazadores de Oporto, y á un escuadron, «á quienes causó terrible mortandad, gran número de heridos, 126 prisioneros, con tres oficiales y varios caballos, sin experimentar más pérdida por su parte, que cuatro muertos y 20 heridos (3)», aunque los partes cristinos aseguran que la columna atacada, no obstante la inferioridad del número, «atacó á su vez y batió á los rebeldes, causándoles muchos muertos y heridos y cogiéndoles 25 prisioneros, en la caza que les dió hasta más de una hora de distancia (4).»

Una compañía de tiradores de Aragon, «apresó todo el ganado que Espartero habia reunido en la Masía de la

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, 22 de Octubre.
(2) *Boletin del Ejército Real*, 24 de Octubre.
(3) *Boletin del Ejército Real*, núm. 84.
(4) *Gaceta de Madrid*, 24 de Octubre.

Serna (Aragon), para atender á la subsistencia de su ejército (1).»

El mismo intrépido Llangostera, emboscado en la Masía de Anduch con tres compañías, sorprendió á la fuerza cristina que escoltaba 250 cargas de víveres para las tropas de Espartero acantonadas en Alcorisa y Mas de las Matas, apoderándose de todas las cargas, y haciendo 133 prisioneros (2).

Tenia además tan bloqueado al general en jefe del ejército cristino, que muy poco faltó en esta ocasion para que cayese Espartero mismo en poder del valiente Llangostera.

Salió aquel caudillo, con una fuerte escolta de caballería, á recorrer las líneas, y se metió en el áspero terreno donde el jefe carlista habia emboscado á sus gentes, para sorprender el convoy; súpolo Llangostera en seguida, hizo movimientos para cerrar todos los pasos y cortar la retirada al Duque de la Victoria, apostando al mismo tiempo cazadores diestros y serenos en los desfiladeros de los fragosos caminos.

Su buena estrella libró á Espartero : ántes de terminar esta operacion el jefe carlista, un pastor avisó á aquel del peligro que corria, y pudo escapar á uña de caballo, seguido por su escolta, á través del único punto que aún no estaba cubierto por las tropas de Llangostera (3).

Por último, y prescindiendo de otras escaramuzas de más escasa importancia, Forcadell sostuvo un reñido combate con los cristinos entre los puntos denominados Bordon y Las Parras, haciéndoles 33 muertos y 100 heridos;

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 85.
(2) *Boletin del Ejército Real*, núm. 84.
(3) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 452.

el comandante Bosque, que bloqueaba incesantemente la plaza de Alcañiz, apresó todo el ganado que tenia la guarnicion para su abastecimiento; el intrépido marino Calderó, padrastro de Cabrera, apresó tambien dos pequeños buques cargados de efectos, y un cañon, causando doce bajas á los tripulantes; y Llangostera, que no descansaba en sus atrevidas correrías, puso sitio al fuerte cristino de Estercuel, cuyos defensores, «después de agotados todos los medios de defensa—dice imparcialmente el parte carlista—y de haber demostrado heróico valor», se rindieron prisioneros de guerra, en número de 210 peones, 14 ginetes y 8 oficiales, mandados por el capitan del regimiento del Infante, 5.° de línea, D. Vicente Garcés (1).

Tal era el esfuerzo, tal la constancia y denuedo de los carlistas aragoneses, valencianos y murcianos en aquellos supremos instantes, cuando tenian sobre sí todo el ejército isabelino de España: eran estos actos de arrojo ¡ay! el adios postrero á la victoria, los últimos resplandores de una vela que se apaga, la funesta mejoría del enfermo que yace en el lecho de muerte y que se reanima algunos momentos por la fiebre, para desfallecer y consumirse al breve rato.

Azpíroz (D. Francisco Xavier), jefe de la division primera del ejército del Centro, al mando del general O'Donnell, fué quien salió á campaña, en són de ofensiva, por la línea carlista de Valencia, resuelto á restablecer las comunicaciones con la capital.

Principió por fortificar algunos puntos como Jérica, Caudiel y Torres-Torres, y luego, dividiendo las fuerzas en dos columnas, cayó sobre las comarcas de Chelva y Alpuente.

(1) *Boletin del Ejército Real*, 30 de Noviembre y 3 de Diciembre.

La primera de aquellas, al mando del coronel D. Juan de Villalonga, ocupó sin dificultad la plaza de Chelva, guarnecida por muy pocos hombres, quienes la abandonaron al apercibirse de que la columna cristina amagaba un sério ataque.

Arévalo llegó tarde, con tres batallones de la division de Murcia, y no intentó combatir contra un enemigo tan superior en número, « pues era temeridad—dice el parte—hacer frente á más de 7.000 infantes y 400 caballos.»

Sin embargo, Azpíroz causó algunas bajas á la retaguardia de Arévalo y batió á una pequeña partida que conducia á Alpuente vestuario, calzado, 800 carneros y otros efectos, los cuales cayeron en su poder.

Pero el fracaso de Chelva quedó compensado con la completa victoria de Casas de Ibañez.

Hallábase el brigadier Valdés (1), comandante general de la provincia de Albacete, fortificando este punto con dos brillantes escuadrones de la Guardia Real.

Arévalo, que lo supo al retirarse de Chelva, léjos de ir á reconquistar esta plaza, pues no tenia artillería, combinó un hábil plan estratégico para destruir la brigada que estaba acontonada en Casas de Ibañez.

En efecto: corrióse hácia la Mancha, uniéronse á las escasas fuerzas de caballería los ginetes que mandaba don Vicente Rojeros Palillos, y el escuadron de Toledo, á las órdenes del comandante D. Valentin Bermudez, y cayó con tal ímpetu sobre el tranquilo enemigo, que acuchilló más de 200 hombres, apoderóse de otros tantos caballos, y sólo pudieron escapar unos 20 soldados, con el brigadier Valdés, á uña de caballo (2).

(1) El mismo que fué batido en Bañon por las tropas de Quílez. —Véase el tomo I, pág. 212 y siguientes de esta obra.

(2) *Boletin del Ejército*, etc.

La *Gaceta* no publicó parte cristino de esta desastrosa jornada; pero en el archivo del Ministerio de la Guerra existe un traslado de la comunicacion de Valdés.

Dedúcese de dicho documento—insiguiendo nuestra costumbre de ofrecer datos de ámbas partes beligerantes—que el enemigo *se consternó* con tres cargas sucesivas, dadas por los cristinos, á las voces de *Isabel y libertad*.... pero que—ya salió el *pero*!—«como las alternativas de la guerra disponen á veces el dolor donde se cree hallar el placer de la victoria (1), cuando me lisonjeaba de tenerla—dice Valdés—disponiéndome para coger el fruto, hallé que reforzado el enemigo con dos escuadrones más.... nos cargaba en todas direcciones.»

Resultado, segun este parte: que el brigadier Valdés dispuso la retirada al fuerte de Jorquera, y que siendo contínuamente acosado por el *tenaz* enemigo, «*fué necesario desordenarse, medida única que salvaba la columna y que produjo los más felices resultados.*»

¡Risible sería este parte, si en él no se tratase de la vida de tantos españoles!

Añade el Sr. Valdés que murieron en el campo de batalla, ó de la dispersion, los oficiales D. Juan Francisco Azótegui, D. Lino Fabrat, D. César Marquina, D. Cárlos Lopez Seco y su mismo ayudante de órdenes, Don Francisco Silva y Cedron, con seis sargentos, dos trompetas, trece cabos y 107 soldados.—En suma: 133 muertos.

Consuélase, no obstante, con decir que la pérdida del enemigo fué de consideracion.

¡Mala suerte tenía el brigadier Valdés!

La vez primera que sale á campaña en Bañon, con órden expresa del capitan general de Zaragoza, *para no*

(1) Mucha filosofía gastaba en los partes el brigadier Valdés.

comprometerse á nada que ofreciera grave riesgo, es derrotado completamente por los batallones del malogrado Quílez, logrando salvarse por milagro—y recibiendo en pago una sumaria y la prision en la Aljafería.

La segunda que le encontramos delante de las fuerzas carlistas dependientes del general Cabrera, sufre otra derrota aún más lastimosa que la primera, teniendo tambien que escapar, á toda brida, hasta la fortaleza de Jorquera, para librarse de caer en manos de los atrevidos ginetes de Arévalo.

Sin embargo, en los partes de ambas jornadas, para él desastrosas, aparecen los mismos rasgos de pedantería, las mismas acusaciones contra los jefes enemigos que le batieron—y de las cuales, en la ocasion presente, ya que en la anterior nos detuvimos en rechazarlas más tiempo del que debiamos (1), no queremos ocuparnos.

Entre tanto, el general Azpíroz caminaba hácia Torre de Castro, punto cercano á Chelva, y fortificado por los carlistas.

De orígen cartaginés, y una de las construcciones más notables de la España antigua, era la sólida torre ó fortaleza de este pueblo, dentro de la cual, segun tradicion constante, estaban sepultados los restos del general africano Asdrúbal.

Defendíanla á la sazon ***veinte hombres***, mandados por el teniente del batallon del Cid, D. José Mallofré.

No habiendo leido, ni visto, en obra alguna el parte carlista de esta jornada, nos limitarémos á las noticias que nos suministra la comunicacion del general Azpiroz.

Segun dicha comunicacion, al rayar el dia 21 de Noviembre un batallon de Saboya, cuatro compañías de la

---

Véase el tomo I de esta obra, pág. 212 y siguientes.

Reina Gobernadora, la volante de la línea del Túria y una seccion de artillería y zapadores cercaron el castillo: su guarnicionrompió el fuego despreciando las intimaciones de Azpíroz, y siguió todo el dia, aunque contestado vivamente por los sitiadores. A las diez de la noche se hallaban colocados los blindajes necesarios para volar el fuerte. La solidez del edificio dilató esta operacion durante la noche, y al dia siguiente empezaron las hostilidades otra vez, llegando la tenacidad de los sitiados hasta el extremo de arrojar sillares de los que componian la muralla cuando faltaron las piedras de antemano preparadas. A las dos de la tarde, heridos ya muchos indivíduos de la guarnicion, fatigados los restantes después de tan larga lucha, amenazados de morir entre los escombros de la mina, muy adelantada ya, enarboló Mallofré bandera parlamentaria, y se entregó al vencedor. Habíase refugiado en el fuerte pocas horas ántes del sitio una compañía del primer batallon del Túria, acosada por los cristinos, y tambien se dió á partido con la guarnicion (1).

Si se tiene en cuenta que *veinte* bravos lucharon tan enérgicamente *por espacio de dos dias* contra las numerosas fuerzas que los sitiaban, no rindiéndose al enemigo sino cuando ya no tenian ni piedras que arrojarles, se comprenderá todo el heroismo de aquellos valientes.

En esta última campaña de 1840 hallarán nuestros lectores muchos hechos de esta clase, más honrosos para los vencidos que para los vencedores.

Los resultados fueron caer prisioneros los 20 soldados de la guarnicion, y 60 más que habian pretendido entrar en la noche anterior, y apoderarse Azpíroz de cien fusiles,

(4) *Gaceta de Madrid*, número 1852.

cananas, víveres, etc., no sin pérdida,—segun la *Gaceta*, —de cinco muertos, once heridos y vários contusos.

El general vencedor cometió la torpeza, el sacrilegio artístico—mejor dicho—de volar la famosa torre cartaginesa, sepulcro de Asdrúbal, aplicando fuego á la mina que habia mandado construir con tal objeto.

Las gentes de armas, en dias de lucha, no respetan nada, ni siquiera esos pardos y venerables muros que son preciosos monumentos de la historia pátria; mas creemos que Azpíroz se excedió en esta ocasion del límite de la prudencia, haciendo destruir una fortaleza inútil para el enemigo, puesto que ya quedaba el pueblo de Torre de Castro á retaguardia de la primera línea cristina.

No sabemos, sin embargo, que protestaran los *sábios* de la época, ni siquiera los académicos de la de San Fernando y de la Historia,—por más que hemos repasado con celo muchas colecciones de periódicos de aquellos dias, incluso las *Gacetas de Madrid.*

El fuerte de Manzanera tambien se rindió al brigadier Hoyos, en 14 de Diciembre, no sin que circularan rumores de traicion por la conducta del jefe de los defensores, quien no utilizó los medios que tenía para resistir al enemigo, aunque éste fuera muy superior en número.

No sucedió lo mismo con los bizarros tortosinos que ocupaban la fortaleza de Chulilla.

Pintoresco pueblo, situado en las márgenes del rio Blanco, ofrecia un inexpugnable castillo, de construccion morisca, asentado en la cima de un alto peñasco, rodeado casi completamente por el rio, inaccesible, por lo tanto, en todo este espacio.

Mas en la parte Sur, única que podia proporcionar facilidad para el asalto, habia una sólida cortina de mampostería, flanqueada por torreones antiguos y muy fuertes.

Es de advertir que la parte superior de la roca servia de muro de contension á la cortina, formando un plano inclinado de bastante altura.

Dos compañías de tortosinos, al mando del valiente comandante D. Cristóbal Codorniú, guarnecian la plaza y el castillo, pertrechado este último de víveres y municiones.

Y estos valientes carlistas, reunidos en torno del jóven Codorniú, cuando tuvieron noticia de que el enemigo se preparaba á acometerlos, oyeron decir á su bravo jefe:

—Compañeros: ha llegado el momento de triunfar ó morir. Somos apénas *doscientos hombres*, y el ejército cristino se apresta al combate; pero tambien somos carlistas que hemos jurado defender la causa del Rey hasta el último trance, y seriamos cobardes si nos intimidásemos por la superioridad de nuestros enemigos. Compañeros, defenderémos á Chulilla hasta ser envueltos en los escombros de la fortaleza!

—Viva el Rey!— contestaron como un solo hombre aquellos bizarros españoles.

Y se prepararon á la defensa.

Era, sin embargo, una empresa temeraria, y apénas se concibe que un puñado de soldados tomasen la determinacion heróica de resistir á una division entera del Centro que llevaba entre sus numerosas filas poderosos cañones y obuses.

En efecto: el general Azpíroz hizo mover su hueste desde Chelva y Liria, donde se hallaba acantonada, en la mañana del 14 de Diciembre, y se presentó al anochecer del mismo dia delante de la plaza.

Los defensores se retiraron al castillo; Azpíroz ocupó la poblacion y mandó á sus avanzadas que destruyesen un puente que habian aquellos tendido sobre el Blanco: de

manera que los bizarros carlistas, quedando perfectamente aislados, no tenian más remedio que rendirse á discrecion, ó morir entre las ruinas del castillo, renovando los gloriosos dias de Numancia y de Sagunto.

Quedólos, sin embargo, otro recurso, gracias á la serenidad de Codorniú, como luego verémos.

Las fuerzas que mandaba Forcadell, tres batallones que obedecian á Arévalo y otros tres que Arnau habia llevado á aquellas inmediaciones, por órden del general Cabrera, se hallaban situados á la derecha del Túria, y alentaban con su presencia á los sitiados.

Pero, ¿cómo intentar una batalla sangrienta con las fuerzas triplicadas del enemigo?

Esto era imposible, y así lo conocia el bravo Codorniú; por eso nó confiaba en exteriores auxilios, sino en el valor indomable de sus denodados tortosinos.

El 15 de Diciembre, empezaron los cristinos á construir las baterías.

Y las fuerzas de aquellos jefes carlistas, que estaban en observacion permanente, ya que no podia intentar un combate decisivo con el formidable enemigo, entorpecian de contínuo los trabajos, destinando pequeñas columnas á sostener diariamente escaramuzas, que por lo general costaban caras al sitiador, colocado entre los certeros fuegos del castillo y los de los atrevidos enemigos exteriores.

Habíase levantado en las almenas la bandera negra: vencer ó morir.—Tal era su terrible significado.

El 17, ya se habian construido tres baterías para gruesas piezas de artillería.

El 18, impaciente el general Azpiroz por las considerables bajas que sufrian los batallones, á causa del mortífero fuego de los sitiados y de los combates parciales, á que le provocaba las fuerzas de Forcadell, Arnau y Aré–

valo, que ocupaban las alturas inmediatasde la Igueruela, mandó romper el fuego á todas las piezas colocadas contra la obra muerta del castillo, por la parte del Sur, único punto vulnerable.

El 19, continuó el cañoneo con horrendo estrépito, y considerable daño.

Hácia las dos de la tarde, la brigada tercera de la division isabelina pasó el rio, formó parapetos de faginas en la peña del Fraile, y rompió desde ellos vivo fuego contra los defensores, causando mucho daño.

Azpíroz envió un parlamentario, y fué recibido á balazos.

Causa asombro el teson de aquellos hombres impertérritos: llevaban ya cinco dias de sufrir el cerco de un enemigo poderoso, y tres de horrible fuego de cañon.

Y si se considera que durante la noche reparaban los desperfectos que ocasionaba el cañoneo, y que tuvieron aún aliento para construir un murallon de tierra de *quince varas de espesor*, á espaldas de la cortina de la entrada al castillo, el único punto vulnerable y propio para el asalto, nos asombrarémos más todavía de que estos trabajos pudieran ejecutarlos los mismos que durante el dia se batian con tanto denuedo.

Fué necesario que el sitiador construyese un camino cubierto para aproximarse al muro.

El 21, sin que cesara el fuego como en los dias anteriores, Codorniú cayó herido de un balazo.

El 22, el general Azpiroz intimó por segunda vez la rendicion, y tampoco fué admitida.

El 23, construida una nueva batería en la peña del Fraile, rompióse el fuego con más encarnizamiento, y sostuvieron un combate con las tropas de Forcadell.

Hé aquí de qué manera describe la *Gaceta* los sucesos

de este memorable dia, cuando Codorniú estaba ya herido gravemente, mas con ánimo esforzado y decidido:

«Los cazadores de Saboya y Princesa y los tiradores de la Guardia Provincial, cumplieron bizarramente su deber é hicieron retirar al enemigo muy escarmentado. Forcadell, que habia calculado bien el momento del ataque, esto es, aquel en que las tropas se hallaban más empeñadas, desde Alcubias se dirigió al Villar con 1.500 infantes, que unidos á las fuerzas de Arnau formaban un total de más de 4.000 hombres, á los que yo no podia oponer la mitad de su número á no desatender el sitio ó abandonar á Chelva. Convenia, pues, atacarle, si era posible, ántes que verificase su reunion, y al efecto, con la infantería disponible y la caballería del 4.°, marché sobre el Villar; pero aquel no quiso empeñarse solo, y variando su direccion pasó á Igueruela. Esto obligó á la tercera brigada á volver rápidamente á Domeño y Loriguilla para protejer á Chelva. Durante estos movimientos, los sitiados que veian aproximarse á aquellas tropas en su auxilio, provocaron de tal modo el valor de nuestros cazadores, que sin esperar la conclusion del camino cubierto, cogieron escalas, las aplicaron á la muralla y empezaron á subir á la brecha; mas era todavía de tal modo impracticable, que, faltando terreno para fijar el pié, cayeron algunos al rio. Los sitiados aprovecharon aquella pequeña ventaja para redoblar sus fuegos, y arrojaron enormes piedras, que hicieron malograr esta prematura tentativa, y no costó poco trabajo sacar al bravo comandante D. Francisco Perurena del punto peligroso adonde habia llegado, seguido de los cazadores. Un rasgo de humanidad, poco comun en nuestros enemigos, tuvo entónces lugar. Uno de los asaltantes quedó herido en la brecha, y no pudiendo retirarse esperaba allí la muerte; mas léjos de recibirla, los sitiados

le consolaron y prestaron los auxilios que necesitaba para salir de aquella angustiosa situacion. Esto suele verse entre valientes, y esta calidad no puede negarse á los defensores de Chulilla (1).»

Ya verémos de qué manera tan digna y generosa pagó este valiente aquel servicio.

Llegó el dia 24 de Diciembre.

Era el señalado para el asalto, y sabíanlo ya los sitiados, reducidos á una situacion desesperada, heridos casi todos, fatigados los restantes de ocho dias de combates.

Pero aún debia empeñarse otra recia pelea con las tropas de Forcadell, resuelto á interrumpir el asedio de la plaza y socorrer á sus valientes defensores.

Al amanecer se dejaron ver las avanzadas carlistas á la izquierda de la línea cristina.

El general Azpíroz habia mandado al coronel Descatllar, de quien ya nos hemos ocupado en otra ocasion, que reconociera el camino cubierto que se practicaba para facilitar el asalto, ordenándole además que hiciera activar las obras para terminar cuanto ántes un asedio que tanto le molestaba, que tal vez le ruborizaba, al tener en cuenta el escaso número de los defensores de Chulilla.

Pero, repetimos, se divisaban ya las avanzadas de los batallones de Forcadell y Arévalo, y miéntras Descatllar ejecutaba aquella operacion que le habia sido encomendada, Azpíroz formó una fuerte columna contra los amenazadores carlistas, y puesto él mismo á la cabeza, salió al campo inmediatamente.

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 30 de Diciembre.—Corre impresa una *Memoria* del sitio de Chulilla, escrita por el mismo general Azpíroz, en la cual repetidas veces hace justicia á sus valientes enemigos.

Llevaba seis batallones, dos escuadrones y una seccion de artillería de montaña.

Forcadell tenía sus tropas concentradas en el bosque inmediato, y en buenas posiciones.

Azpíroz dispuso que el coronel Sanz, con dos batallones de Almansa y otro del 6.° ligero, ocupase una pequeña colina que se levantaba en el centro; las compañías de Ceuta y Leon cubrian sus flancos; las de cazadores de los mismos su frente, y la caballería formó en una llanura de la izquierda de la línea.

Además, ordenó al capitan D. Juan Perez Cuesta que con las compañías de cazadores de la brigada tercera ocupase un cerro de la misma izquierda y cubriese el barranco del Agua Salada.

En este sitio, separadas las huestes combatientes por una corta llanura, debia decidirse de la suerte de Chulilla.

«A fin de provocar algun movimiento—dice la *Memoria* del general Azpíroz—que hiciese conocer las fuerzas enemigas, y proporcionase ocasion de emplear con oportunidad las nuestras, mandé seguir la marcha á Chelva á un convoy que se hallaba detenido á nuestra retaguardia. Apénas visto, Forcadell ocupó el camino de Domeño, moviéndose de flanco por su derecha, y dilatando la línea, que presentaba cinco batallones y algunos caballos. El primer obstáculo que hallaron, fuéron los cazadores de la tercera brigada que atacaban con energía. Tambien lo hicieron con fuerzas superiores á las compañías de Ceuta, que cubrian nuestra derecha, y que se sostuvieron con el valor distintivo de este cuerpo. Su centro hizo un movimiento de avance, y ocupó un olivar al frente de nuestros cazadores; la accion estaba empeñada y era llegado el momento apetecido. Los cazadores de la tercera brigada, fuéron protegidos por las compañías de Leon; el jefe de

Estado Mayor, D. Bartolomé Gaiman, restableció la accion en la derecha, donde fuerzas superiores ponian en conflicto á los bravos de Ceuta; cuatro compañías de cazadores, protegidas por una mitad de caballería, cargaron el centro enemigo al paso de ataque, que repitió, y llenó de entusiasmo á toda la línea, entusiasmo que jamas faltó á la primera division. Atravesaron las tropas un barranco que servia de natural defensa á la posicion de los carlistas, y huyeron estos por todas partes, enmudeciendo sus músicas que habian amenizado el combate. El fuego y los trabajos contra Chulilla no se interrumpieron, y al amanecer debia asaltarse el castillo; pero sus defensores, perdida una gran parte de su gente, ciertos de ser asaltados, y sin esperanza de socorro, vieron llegado el momento de rendirse. ***Sin embargo, todavía algunos oficiales y soldados fuéron de distinto parecer y tomaron la desesperada resolucion de descolgarse al rio con maromas, aprovechando la oscuridad de la noche***; pero fuéron alcanzados y muertos 11, salvándose sólo un pequeño número. Á las cinco de la mañana, después de ocho dias de una obstinada defensa, quedó prisionera una compañía de infantería, dejando en nuestro poder el fuerte con todas las armas, municiones y víveres.»

Hasta aquí, la ***Memoria*** del general Azpíroz y la ***Gaceta de Madrid***.

En ámbas publicaciones se hace justicia al heroismo de los defensores de Chulilla, que llevaron su resolucion hasta el último extremo, sosteniéndose ocho dias contra fuerzas numerosísimas del enemigo.

Veamos ahora lo que dicen los partes carlistas.

«El brigadier Arnau, á mediados de Diciembre, emprendió la marcha para reconocer los fuertes de la línea del Túria, y protegerlos, segun encargo de nuestro ge-

neral, cuyas dolencias no le permitian salir á campaña. Se hallaba tambien en aquel mismo distrito el mariscal de campo D. Domingo Forcadell. Sabedores de que Azpíroz, con fuerzas respetables, habia puesto sitio á Chulilla, combinaron sus movimientos sobre Lora, á la vista de Chulilla, con el objeto de animar á la guarnicion, pues el enemigo habia abierto brecha, *y dado dos asaltos sin más fruto que la pérdida que en ellos tuvo;* pero habia conseguido *poner fuera de combate á una tercera parte de dicha guarnicion, que no defendia ya murallas sino escombros*, hallándose atravesado de pecho á espalda el bizarro gobernador D. Cristóbal Codorniú. El segundo comandante de Múrcia, D. José María de Arévalo, que estaba á las inmediaciones del castillo, por su derecha, no podia con su escasa fuerza impedir las operaciones del enemigo, y hubo de limitarse á infundir aliento á la guarnicion de Chulilla, dejándose ver en aquellas alturas. Forcadell y Arnau se reunieron el dia 24 de Diciembre, en las cercanías de Loza; el fuego seguia contra el castillo, dos batallones rebeldes acompañaban un convoy de víveres, camino de Chelva, y atacados por la compañía de granaderos, primera y cuarta del 1.° de Tortosa, se dispersaron, tomando los montes de la izquierda, dejando en nuestro poder 23 cargas de arroz, sardinas, higos y aguardiente. La fuerza de Loza quiso socorrer á sus compañeros, pero fué recibida á balazos por los tres batallones y cuatro compañías de que podia disponer Forcadell, durando la accion desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en que se retiraron los cristinos á Loza y nosotros á Igueruela, donde fueron repartidos á la tropa los víveres tomados para que celebrasen Noche-buena. Nuestra pérdida consistió en un muerto y 22 heridos, calculando mayor la

del enemigo. Los defensores de Chulilla, heridos en su mayor número, y no pudiendo el restante continuar una fatiga de ocho dias consecutivos, acordaron abandonar la fortaleza, descolgándose al rio en esta forma: primeramente bajaron afianzados en una cuerda seis individuos sanos; luego los heridos, que recibidos por los primeros, eran conducidos en hombros á la otra parte del rio; después descendió la restante fuerza de la guarnicion.»

Ya habian bajado todos los defensores de Chulilla por el débil improvisado puente que les habia de poner en salvo.

Aún faltaba el intrépido Codorniú, atravesado de un balazo, el primero en la muralla para animar á sus compañeros, el último para ponerse en salvo.

Pero ¿cómo bajar por la maroma, si nádie quedaba ya dentro de los muros de Chulilla?

Sí; quedaba todavía un valiente: el prisionero cristino que habia sido herido en el primer asalto, y que debió su vida á la generosidad del jóven comandante tortosino.

—En tus manos fio mi vida—le dijo éste.

—Bajad, comandante—le contestó aquel soldado agradecido, cuyo nombre no sabemos por haberlo omitido el general Azpíroz en su *Memoria*, en virtud de un descuido incalificable.

El cristino sostuvo la cuerda, y el bravo Codorniú apareció en seguida suspendido sobre el abismo: bajó lentamente, como sus agotadas fuerzas lo permitian, y llegó por fin en salvo al lado de sus compañeros, quienes lo recibieron en sus brazos poseidos de trasportes de júbilo.

«El último que bajó—dicen los diarios carlistas—fué Codorniú, que fió su vida al prisionero hecho en uno de los asaltos, puesto que en su mano estuvo soltar ó cor-

tar la maroma y sepultar á Codorniú en aquel abismo.»

Un rasgo tal de gratitud—dirémos parodiando una frase del general Azpíroz—es muy propio de los valientes.

Hemos descrito en breves páginas la gloriosa defensa de Chulilla, uno de los hechos más notables de este último sangriento período de la guerra fratricida.

El vencedor hizo trasportar á Liria los heridos, los prisioneros y los parques, con municiones abundantes que en los almacenes encontrara, y volvió de nuevo á sus cantones, dejando en la plaza conquistada y en la de Loza, inmediata á aquella, una pequeña guarnicion.

Las tropas carlistas de Forcadell y Arnau pasaron á Andilla, en cuyo punto recibieron estos jefes, por medio del ayudante D. Narciso Cabrera, la noticia de la enfermedad del Conde de Morella : ámbos corrieron al punto hácia Hervés, con un batallon y algunos ginetes, dejando el mando de sus fuerzas al jefe Salvador y Palacios, á fin de que secundara los movimientos de Arévalo.

Cómo se hallaba miéntras tanto el general Cabrera?

Permanecia en San Mateo, meditando sobre su crítica situacion, y entregado á una melancolía devoradora.

En vano se disponian regocijos, fiestas de toros y fuegos artificiales, bailes, músicas, etc., para procurar devolver la alegría á aquel entristecido corazon; en vano le animaban sus hermanas con frases cariñosas, sus compañeros y amigos con la esperanza de mejores dias y de vencer al poderoso enemigo que los sitiaba, sus mismos ayudantes de campo con los cuidados más tiernos y solícitos; todo era en vano, decimos.

Su semblante apenado demostraba el desfallecimiento, el dolor, la melancolía; esa enfermedad terrible que parece tiene por empeño agotar insensiblemente las fuerzas vitales de los hombres de organizacion más poderosa, y con-

tra la cual apénas halla remedio la solicitud humana.

»Buscaba la soledad—dice la *Relacion histórica* que ántes hemos citado, escrita por testigos presenciales, amigos cariñosos que no abandonaron al Conde de Morella durante su enfermedad y convalecencia—amaba el silencio, tenia un placer en llorar y sus ojos le negaban las lágrimas.

» Sin embargo, estaba siempre con el mismo afan de ponerse al frente del ejército; no sabia hablarnos de otra cosa.

— » Pero ¿adónde voy yo, señores, — añadia — si cási no puedo tenerme á caballo, ni desenvainar el sable, ni mandar armas al hombro?

» La convalecencia sólo fué un anuncio de otra enfermedad que empezó por dolor de muelas y tos. Creyendo que la mudanza de aires le convendria, pasamos á Ulldecona. La entrada en este pueblo fué una verdadera ovacion. Los batallones y escuadrones estaban tendidos hasta una hora de distancia; hubo tambien danzas, toros, serenatas y funciones de iglesia. Pocos dias permanecimos en Ulldecona, porque al ver que su salud no adelantaba, dispuso, con acuerdo de los facultativos, trasladarse á Mora de Ebro. Esta marcha la verificó pasando por las Roquetas (arrabales de Tortosa) y toda la gente de la huerta y mucha de la ciudad salió á contemplarle de cerca. Las tiernas y variadas escenas que aquí tuvieron lugar no pueden pintarse. Hombres, mujeres y niños poblaban la carretera, y hasta algunos enfermos se levantaron del lecho para mirar al general.

» Afligidos todos al ver el estado de languidez y abatimiento en que se encontraba, prorumpian en dolorosas exclamaciones que aumentaban nuestra consternacion. Desde las Roquetas contempló las murallas de su pátria y

asomaron las lágrimas á sus ojos. Seguimos la marcha á Cherta y se metió en cama luego de llegar....

»Ya se entiende que por más que preguntaba sobre el estado de la guerra, sólo le indicábamos cosas agradables, que él aparentaba creer algunas veces y otras contradecia.»

Unicamente se le dejó leer la comunicacion recibida en aquellos dias de la Secretaría de Estado y del Despacho del noble desterrado de Bourges, que decia así:

«Excmo. Señor:—Con esta fecha digo á la Real Junta Gubernativa de Cataluña lo que copio:—El Rey N. S. se ha servido nombrar general en jefe de ese ejército y de los de Aragon, Valencia y Murcia al teniente general Conde de Morella.—De Real órden lo comunico á V. E. para su inteligencia y efectos consiguientes.—Dios guarde á V. E. muchos años. Bourges 9 de Enero de 1840.—Excmo. Sr.—*José Tamarit*.—Excmo. Sr. Conde de Morella.»

Es decir, que la corte de Cárlos V comprendió que en momentos tan críticos para la causa legitimista, debia reconcentrarse el poder militar en un solo hombre, leal, enérgico y bravo, á fin de que el impulso de accion y la resistencia correspondiesen á las supremas necesidades de aquellos: en defecto del Conde de España, asesinado ya villanamente, D.Cárlos de Borbon con fió sus valientes de Cataluña al invicto Conde de Morella.

Mas parece que en la corte del augusto desterrado se veian las cosas de muy diferente manera, ó se estimaba á las personas en más que merecian, porque el mismo secretario de Estado y del Despacho, D. José Tamarit, al participar confidencialmente á Cabrera su nuevo nombramiento, decíale tambien que «debia quedar Segarra de comandante general.»

Y el tal Segarra, segun verémos más adelante, era un traidor que debia vender la causa de su Rey y señor en Cataluña.

Algunos dias despues, fué tambien nombrado Espartero general en jefe del ejército de Cataluña, por el Gobierno de Madrid, á imitacion de lo que habia dispuesto el de Cárlos V.

Entónces fué cuando el jefe cristino dió señales de abandonar sus cuarteles de invierno, convencido acaso de que en el ejército carlista de Aragon, Valencia y Múrcia no hallaria un Maroto que se vendiese al oro de la traicion.—Ya era hora.

Pero entre tanto el coronel Salvador y Palacios, quien como ya sabemos habia quedado al frente de las tropas realistas de Forcadell y Arnau, cuando estos dos caudillos marcharon á Hervés, alcanzó dos señalados triunfos en las jornadas de Alcocer y Paralejos.

Era Salvador Palacios (D. Manuel), un voluntario realista madrileño, que en 1833 marchó á Portugal y ofreció sus servicios á D. Cárlos.

Ingresó en el cuerpo de Guardias Españolas, pasó luego á Inglaterra y Alemania, cruzó la Francia con fortuna, á pesar de la vigilancia del Gobierno de Luis Felipe, y entró en Navarra á mediados de 1834: Zumalacárregui le hizo sargento primero del 2.° batallon de Castilla, y ascendió sucesivamente hasta el empleo de teniente coronel, que obtuvo en 16 de Marzo de 1837.

Marchó con la expedicion real, fué herido en la accion de Guisona (Cataluña), y á mediados de Febrero de 1838, pasó al Maestrazgo, poniéndose á las órdenes de Cabrera, quien le nombró primer comandante del 2.° de Tortosa, ascendiendo más tarde, á consecuencia de su valor en Morella y Maella, al empleo de teniente coronel mayor.

Era entónces, en Enero de 1840, jefe de la primera brigada de Tortosa, y comandante general interino de la provincia de Múrcia, en Febrero del mismo año (1).

Enérgico, bravo y entendido, mereció desde el primer dia las distinciones y el aprecio del Conde de Morella, que se complacia en premiar el mérito donde quiera que lo encontrase.

Supo el coronel Palacios que una columna isabelina, titulada de la Alcarria, estaba muy tranquila en la villa de Alcocer (Guadalajara), hacía más de un mes.

Componíase la columna de la Alcarria de 1.500 infantes y dos escuadrones de la Guardia Real, al mando del brigadier Quiñones.

Palacios, á favor de una rápida marcha de ***treinta y seis horas***, se presentó delante de Alcocer, en el mediodia del 21 de Enero, sorprendiendo con tan intempestiva visita á los tranquilos cristinos: estos, no obstante, tuvieron tiempo de formarse en batalla, porque divisaron á la columna enemiga, por más que no la esperasen, una hora ántes de que llegara al pueblo, por hallarse éste situado en una altura, en el centro de un extenso llano.

El jefe carlista hizo alto en seguida que observó el movimiento de los constitucionales: formó en posicion paralela dos batallones de Tortosa, cubriendo sus flancos con la caballería de Toledo; puso de reserva cuatro compañías del 2.° de Valencia y los cazadores del mismo, y tocó inmediatamente marcha á paso de carga, acometiendo con ímpetu á aquellos, que ocupaban las eras de la villa.

No resistieron: arrojados de éstas, arrojados tambien del pueblo donde pretendieron parapetarse, á la bayone-

(1) Detalles biográficos facilitados por el interesado.—Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 244.

ta, y lanzados igualmente de cuantas posiciones ocuparon, pronunciáronse por último en derrota, que no terminó hasta Sacedon, á la entrada de la noche.

Quedaron en poder del bravo Salvador y Palacios, «194 prisioneros del provincial de Sevilla, inclusos un teniente coronel y tres oficiales, 16 caballos con todo su equipo de la Guardia Real, seis cargas de zapatos y 200 fusiles, habiendo visto en el campo unos 100 muertos y llevando los fugitivos infinidad de heridos.»

Así resulta del parte carlista (1), puesto que no hay comunicacion isabelina referente á esta jornada.

Pero no faltó un corresponsal de *El Eco del Comercio*, periódico liberal de Madrid, que escribiese acerca de dicha jornada las palabras siguientes:

«... Una descubierta de la columna Quiñones, se encontró el dia 21 con la faccion. El resultado fué fatal: sólo tres indivíduos se pudieron salvar, y uno de ellos logró volver á Alcocer, donde estaba la columna, que se alarmó al momento, y cargada por la faccion tuvo que retirar hácia Córcoles. Tampoco pudo sostenerse en este pueblo y marchó á Sacedon, pero el enemigo habia prevenido este movimiento, y por salvarse de esta fuerza tuvo que salir á Auñon. El Sr. Quiñones cortó el puente y pasó á Orche.

«Los facciosos han hecho lo que les ha dado la gana. Nosotros tenemos muchos dispersos, y esta capital (Guadalajara, desde cuyo punto escribia el corresponsal de *El Eco*) está muy alarmada.»

De manera que hasta el mismo parte carlista disminuye en gran manera el fausto suceso de Alcocer, para las

(1) Fechado en Alcocer á 21 de Enero: en el mismo dia del combate.

armas de Cárlos V, lo cual habla muy alto en favor de la modestia del digno jefe Salvador y Palacios.

Los facciosos han hecho lo que les ha dado la gana, dice el corresponsal isabelino, y debemos creerlo á ciencia cierta.

Tres dias después, alcanzó el mismo jefe otro señalado triunfo en el pueblo de Peralejos.

Miéntras parte de su fatigada tropa, á las órdenes del coronel D. Francisco Cases, se dirigia á Sacedon, á fin de ocupar 7.000 raciones que los cristinos tenian preparadas para el suministro de los sitiadores de Beteta, anunció un confidente á Salvador y Palacios que una columna enemiga, compuesta de 1.200 infantes y 100 ginetes, y mandada por el coronel Rodriguez, se encontraba en el pueblo de Peralejos de las Truchas.

Vaciló el carlista, teniendo presente el cansancio de sus tropas; «pero como los voluntarios de Tortosa, tan luego como son sabedores—dice el parte—ó se imaginan que se va á atacar al enemigo, se olvidan de los trabajos y fatigas que acarrea esta desoladora lucha,» emprendió, por fin, la marcha; descansó algunas horas en Valsalobre, y cayó, al amanecer del 24, sobre los enemigos, quienes fueron sorprendidos por tan repentino ataque, apoderándose de toda la brigada de municiones, calzado y equipajes, y haciendo 40 prisioneros.

Y aunque los cristinos, repuestos de la sorpresa, se rehicieron á la salida del pueblo, é intentaron hacer frente al audaz carlista, éste mandó cargar á sus bravos de Tortosa contra aquellos vacilantes soldados, que huyeron al punto en dispersion completa.

Mas ocurrió entónces un suceso lamentable, de tristes consecuencias para los constitucionales.

El segundo comandante del 2.° de Tortosa, D. Lorenzo

Ramirez, y el capitan de cazadores del mismo batallon, D. Joaquin Echazu, fuéron asesinados por los prisioneros, después de rendidos.—«Echazu, dice un historiador constitucional, cogió por el correaje á un soldado de la Reina, y lo sentó en el suelo como prisionero; pero éste *después*, le disparó su fusil y lo mató (1).»

«No puedo pintar, Excmo. Señor—exclama el coronel Salvador y Palacios, en su parte al Conde de Morella—el sentimiento é indignacion que causó á nuestros voluntarios ver muertos tan ignominiosamente á dos oficiales que tanto querian; entónces, olvidándose de la humanidad que les ha honrado en esta campaña, y sin que yo y otros jefes pudiéramos preverlo, ni alcanzar á contenerlos, acuchillaron á todos, resultando ser más de 200 los muertos (2).....»

Continuó la derrota de los cristinos y la persecucion encarnizada por parte de los carlistas, de tal modo que apénas lograrian salvarse 300 infantes y la mitad de la caballería de la lucida hueste que el coronel Rodriguez (3) acaudillaba.

Destruidas de tal modo las columnas de este y de Quiñones, los isabelinos desistieron por entónces del sitio de Beteta, con cuyo objeto caminaban aquellas en combinacion con otra tercera columna, más numerosa que ámbas, acantonada en la villa de Pedralva.

---

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 473.—Añade: "Observada la accion por los compañeros del capitan carlista, se arrojaron sobre el agresor y le hicieron pedazos, siendo después enterrado en una misma hoya con el que habia matado."

(2) Parte fechado en el pueblo de Peralejos de las Truchas, á 24 de Enero de 1840.

(3) Entre los carlistas, era conocido el coronel Rodriguez con el nombre de *Capa-Blanca*.

En la primera quincena de Febrero, cuando el Duque de la Victoria preparaba el sitio de Segura, cuya plaza bloqueaba el teniente predilecto de aquel, el desolador y cruel D. Martin Varea Zurbano—de cuyos atroces hechos delante de la plaza habrémos de ocuparnosmuy en breve, —ocurrieron algunos choques parciales, de escasa importancia, entre las fuerzas de ámbos ejércitos beligerantes.

El coronel realista D. Martin Gracia. sostuvo dos combates seguidos en las cercanías de Segorbe.

En el primero, proponiéndose apoderarse de un convoy que los constitucionales trataban de introducir en Jérica, causóles una pérdida «de 30 muertos, una porcion de heridos y dos prisioneros, ocupando á la par cuatro caballos, otras tantas acémilas, municiones y fusiles (1),» sin embargo de que los partes isabelinos afirman que el convoy entró en Jérica con 22 heridos y un oficial ménos que cayó prisionero, calculando de alguna consideracion las bajas de Gracia (2)», las cuales, segun éste, consistieron en dos muertos y seis heridos.

El segundo, ocurrido en Castellnovo con la guarnicion de Segorbe, en 10 del mes citado, apénas tuvo un suceso de importancia sino la pérdida por ámbas partes de algunos soldados, «siendo perseguidos los cristinos hasta bajo tiro del cañon de la plaza (3)».

Finalmente — para ocuparnos en seguida de otros hechos más señalados — frustróse una tentativa que hicieron los realistas al mando de los coroneles Bores (D. José María), y D. José Arnaled, contra el fuerte de Monteagudo, con pérdida de 21 muertos, 14 heridos y 11 prisioneros,

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 127.

(2) *Gaceta de Madrid*, núm. 1.928.

(3) Palabras del parte. — *Boletin* ya citado.

no sin causar al enemigo vários muertos y heridos, entre los primeros el capitan de zapadores D. Vicente Rodriguez, y hacer tambien 18 prisioneros.

Vamos, pues, á ocuparnos de la toma de Segura.

Ya en otra ocasion, al hablar del sitio *intentado* por Van-Halen contra esta fortaleza, hicimos una reseña de las principales obras antiguas y modernas que tenia para la defensa, gracias á la actividad que desplegaron en la recomposicion de unas y construccion de otras, los pocos voluntarios que la guarnecian (1).

Reducíanse estos, en Febrero de 1840, á dos compañías: la cuarta de los Guias de Aragon, al mando del capitan D. José Carot, y la primera del 6.° de Aragon, á las órdenes del de igual clase, D. José Mendez.

Habia tambien algunos cazadores del 3.° de Aragon, capitaneados por el teniente D. Jacinto Gago, por hallarse el jefe propietario desempeñando las funciones de Mayor de Plaza, y una pequeña seccion de artillería mandada por los oficiales D. Pedro Bonet y D. Julian Caldevilla (2).

El bravo, leal y pundonoroso comandante D. José Macipe, era gobernador de la plaza, dentro de cuyos muros debia perecer el desgraciado, no envuelto entre las ruinas de su querida fortaleza, como habia jurado por Dios y por su espada al saber que se aproximaban las tropas de Espartero, sino asesinado villanamente por algunos de sus mismos oficiales, los traidores, que representaron una segunda trágica escena de lós inícuos fusilamientos de Estella.

---

(1) Véase el tomo I, páginas 593 y siguientes de esta obra.

(2) Este era oficial del Ministerio de la Guerra, á las órdenes de Montenegro, cuando la traicion de Vergara.—Conviene que no olviden nuestros lectores que el tal Ministro Montenegro fué un traidor.

Debemos advertir á nuestros lectores, que, para juzgar de los sucesos de Segura, poseemos el ***único documento que existe*** de orígen carlista, puesto que los ***Boletines***, desde esta época de ruinas y desgracias, aunque tan gloriosa para la causa, dejaron de publicarse.

Consiste ese ***único documento carlista*** en una ***Memoria Narracion de los sucesos de Segura***, desde el 10 de Diciembre de 1839, hasta el 27 de Febrero de 1840, escrita por el ya citado capitan interino de la compañía de cazadores del 3.º de Aragon, D. Jacinto Gago, de guarnicion en la plaza, testigo presencial de todos los hechos acaecidos dentro de ella durante los últimos dias de la dominacion carlista, y cuyo noble y distinguido veterano, uno de los leales á la causa del Rey, sugeto de veracidad indudable y de buena fé á toda prueba, se ha dignado remitir al autor de esta Historia, sin excitaciones de ningun género, el precioso documento ***original*** á que aludimos, que tiene la ventaja de ser aún inédito (1).

Con él en una mano, y con los datos cristinos en la otra, harémos ver á nuestros lectores la verdad en este asunto, embrollado ***convenientemente*** por los que se dicen ***historiadores*** liberales, con el objeto de atribuir al general Espartero, niño mimado entónces de los constitucionales, un triunfo ***que no obtuvo***.

Ni más ni ménos que en Ramales y Guardamino, en Murguía y Elizondo, etc., etc.

Bloqueaba la plaza desde principios de Enero, segun hemos dicho, el coronel Zurbano; con tres batallones y tres escuadrones, auxiliándole el jefe de francos Campillo con buen número de peseteros.

---

(1) Pagamos una deuda sagrada, dando gracias muy cumplidas á nuestro amigo D. Jacinto Gago.

Estaba la plaza bien abastecida, pero hacía la guarnicion frecuentes incursiones hasta más allá de la línea, á fin de recaudar víveres, puesto que el noble propósito del leal gobernador Macipe, no era otro sino el de prolongar la resistencia hasta el último extremo.

Sin embargo, los francos estaban de avanzada en las alturas que rodean la plaza y apénas pasaba un dia sin escaramuzas y combates parciales.

Por otra parte, el cruel Zurbano, para intimidar á los afectos á la causa carlista, ejecutaba actos de terror que hacian honda impresion en los habitantes de los pueblos cercanos.

Citarémos dos de estos crueles hechos.

El 20 de Enero, después de una pelea en la que llevó el cristino la peor parte, hizo este incendiar el horno de cocer el pan para el consumo diario de la guarnicion. Guardábanlo dos infelices ancianos, hombre y mujer, «y les dió muerte alevosa.»

En otra ocasion, figurándose que el pueblo de Tosa no habia obedecido sus órdenes, mandó quintar á los vecinos, hizo que se les diera cien carreras de baquetas y dispuso igualmente que fuesen rapadas y expulsadas del país todas las mujeres de los carlistas comprometidos ó que servian en el ejército de Cabrera (1).

Actos de crueldad inaudita que dieron lugar al fusilamiento de 18 prisioneros de Cantavieja, por via de represalias.

Pero ¿quién era el que provocaba estos sangrientos sucesos?

Desde luego se echa de ver que el leal Macipe no tenia

(1) Calvo y Rochina lo dice, á quien no se acusará de parcialidad en favor de la causa carlista.—*Historia*, pág. 472.



carácter ni dotes suficientes para gobernar á Segura en circunstancias tan críticas.

Habia recibido un oficio del jefe del 6.° Aragon, que decia poco más ó ménos:

«Observará V. muy detenidamente la conducta del capitan D. José Mendez, para adoptar la providencia necesaria, en caso de que aquella no fuese satisfactoria.»

Mas léjos de observarle detenidamente, como se le ordenaba, Macipe no vió ó no quiso ver, fuese por debilidad ó por creer á Mendez incapaz de una traicion, que era bien sospechosa la conducta de este sujeto y de los pocos oficiales que con él se reunian.

Porque el citado capitan Mendez, ni era exacto en el cumplimiento de sus deberes, ni gozaba de la mejor opinion entre sus mismos compañeros, ni aun entre sus subalternos.

Reuníase en la cantina de la fortaleza con la gente más despreciable, entregábase á excesos que el gobernador, en honra de la clase, no debia haber permitido, y provocaba de contínuo excisiones y riñas de mal agüero y peores consecuencias en los demás oficiales.

A tal punto llegaron estas cosas, que medió un duelo entre dicho Mendez y el capitan Carot, extendiéndose en seguida la desavenencia de los dos jefes á sus respectivas compañías: de manera, que en la guarnicion de Segura, cuando la union debia haber sido perfecta, existian dos partidos intransigentes.

Desde el mismo dia en que estas excisiones se hicieron patentes, comenzó á fraguarse la cobarde y villana traicion que tuvo por fin el asesinato del infeliz gobernador y de algunos leales, y la entrega de la fortaleza al enemigo que la asediaba,—de aquella fortaleza, delante de cuyos muros se habian estrellado los planes de Van-Halen y de Ayerbe.

Desde este mismo dia, decimos, el capitan Mendez, unido con los oficiales de su compañía D Pedro Gaspar y D. Tomás San Miguel, separóse por completo del trato de sus compañeros, haciendo los tres frecuentes y sospechosas salidas, que llamaron la atencion de los mismos soldados, hasta el punto de hacer presentes sus observaciones al gobernador.

Mas éste, que hubiese dado una prueba de energía y salvado quizá la situacion deplorable de Segura, sepultando á Mendez, Gaspar y San Miguel en un oscuro calabozo, contestó muy tranquilo á los temores que los dignos oficiales y voluntarios leales le manifestaban:

—No importa: Mendez es un infeliz de quien no hay que temer. No hagan VV. caso.

Y en otra ocasion, habiendo desaparecido de la plaza un maestro albañil que habia estado en ella cerca de un año reparando las fortificaciones, y cuya conducta tambien era sospechosa, dijo:

—Mejor: con eso se marchan los malos y quedamos los buenos.

Conducta impropia, sin embargo, del gobernador de una plaza bloqueada por enemigo poderoso.

Llegó entre tanto el 18 de Febrero, —primer aniversario, por cierto, de los infames fusilamientos de Estella, cuyo terrible drama, aunque en menor escala, debia reproducirse en Segura.

Mas dejemos hablar al Sr. Gago, testigo presencial de los sucesos:

«Empleábase la tropa de Segura, franca de servicio, en subir agua al algibe, en demoler las tapias que quedaban del pueblo, y en los trabajos de fortificacion. En esto nos ocupábamos el dia 18 de Febrero por la tarde, bien ajenos de pensar que dentro de aquel recinto, tan venerado

por nosotros como respetado por el enemigo, trataban de cometer un horrendo crímen los mismos á quienes el gobernador habia confiado su custodia, que eran los del 6.° Todos los oficiales de la compañía del 6.° se hallaban dentro del fuerte, cuando el gobernador salió de él, acompañado del mayor de plaza, ayudante y otros, á los que luego nos unimos los de mi compañía, dirigiéndonos á las ruinas del pueblo con objeto de desplomar un lienzo de pared. Las cuatro de la tarde serian apénas, cuando oimos una descarga de fusilería dirigida á nosotros por los del 6.°, colocados sobre la muralla, é invitados por los jefes, que se esforzaban en animarles, como si nosotros fuésemos el enemigo. Despavoridos, y creyendo que nos habian sorprendido los cristinos, corrimos, incluso el gobernador, á tomar las armas; pero cuál fué nuestra sorpresa al llegar al pié de la muralla y ver que las balas caian á nuestros piés, oyendo las voces descompasadas de: *¡fuego al gobernador: muera ese traidor y los oficiales que nos tenian vendidos: no escucheis súplicas de esos infames, que esta noche nos habian de degollar á todos!*—Con tales expresiones, y las esparcidas de antemano entre la tropa, desempeñaban los soldados su cometido, tal vez los más de buena fé. El desgraciado Macipe se dirige á la puerta del fuerte, que halló cerrada. Llama y dice: *abrid que soy el gobernador*. — *A tí te buscamos*, contestó una voz desde adentro; y sacando un fusil por una aspillera de la puerta, disparó contra el gobernador, que, creyendo era ya una conjuracion, huyó con direccion á las ruinas de la iglesia. Miéntras esto sucedia, todos corriamos el mismo riesgo, en medio de las descargas no interrumpidas, llenos de consternacion, sin adivinar las causas. Levantábamos nuestras manos y pediamos á los amotinados nos dijesen qué querian de nosotros, que allí no se conocian

traidores, que el enemigo no estaba léjos y podia aprovechar aquella ocasion, que si habia algun traidor se le juzgase como tal. Nada valian nuestras súplicas para con unos hombres dispuestos á efectuar sus bárbaros planes, sólo por resentimientos particulares. Los oficiales recorrian la muralla, y el constituido en soberano de la insurreccion, D. José Mendez, gritaba espada en mano sobre lo elevado del fuerte: *fuego á los traidores! mueran los oficiales!* — Corrimos á buscar asilo cada cual donde mejor le parecia, porque el fuego no cesaba. Macipe, desde las ruinas de la Iglesia, oia la gritería y salió herido como estaba en un tobillo por el camino de Vibel, en busca de nuestras tropas; pero el desgraciado fué visto por el que ocupaba su puesto en el castillo, desde donde gritaba: *que se escapa el traidor*! *coged á ese ladron!* — Alcanzado á corta distancia, se le fusiló delante de la puerta del fuerte. De igual manera, y en el mismo sitio, murieron el mayor de plaza Fontan, y el capitan de guias Carot.

«Abrazado á uno de mis oficiales oí desde mi asilo las detonaciones de los tiros, y aunque con trabajo, le decia: *amigo y compañero, nuestros amados jefes han dejado de existir por una vil traicion*; *los excesos de Estella se repiten en Segura*; *nos llaman traidores*, *y esos son los que nos sacrifican*. Haciendo el esfuerzo mayor de mi vida salí á descubierto, y casi exánime dije: *compañeros*, *la causa del Rey nos une en este sitio*; *por ella he peleado voluntariamente*; *no soy cómplice ni directa ni indirectamente en ninguna trama*. Los soldados sublevados contestaron: *viva el teniente de cazadores*, *no quitarle la vida*, *que no es traidor!* Los oficiales, que no esperaban tal, no se atrevieron á insistir y se me mandó retirar. *Los fondos del fuerte*, *que segun los mejores informes ascendian á medio millon de reales*, sin contar 900 duros que tenia de-

positados el general Llagostera, y otros particulares, *fueron arrebatados en la misma tarde por los revoltosos, invadidos los almacenes y destrozado hasta lo más precioso.* Se ofició al jefe de mi brigada, manifestándole el riesgo en que nos hallábamos. El dia 19 se presentó en el fuerte un capellan de Fonfria con un oficio *que parecia ser* del comandante de las compañías francas de Calatayud, dirigido al difunto gobernador, cuyo contenido era: «—*Suponiendo no faltará V. á la palabra que me tiene prometida, cito á V. para que en el dia de mañana se presente V. en el punto señalado, bien con una compañía de esa guarnicion, ó solo, para tratar de la entrega de ese castillo, esperando de su honradez y hombría de bien, no faltará V. á su palabra. Por otro lado, sabe V. todo lo ocurrido en Navarra, y por consiguiente debe V. tratar de conservar su empleo como lo ofrecí bajo palabra de honor.*»—Todos creimos que *este escrito y otros eran hechura de los mismos corifeos de la conjuracion,* que se valian de tales ardides para culpar á los ya muertos. El plan de los sublevados era deshacerse de nosotros á toda costa. Primeramente, quisieron hacernos formar á cierta distancia del fuerte para arrojar sobre nosotros una descarga de artillería, pero desistieron al ver la reprobacion de sus soldados. Después me manifestó el subteniente de la primera del 6.° D. Tomás San Miguel (1) por escrito, lo siguiente:—« *Estas ocurrencias son una pura traicion que complica á todos los oficiales de guias con su fuerza para entregar el fuerte y degollar toda la tropa del* 6.°; *y aunque no estais comprendidos, soy de parecer os marcheis con la compañía, pues de lo contrario os exponeis á un funesto resultado. Adios y manda á tu amigo.—San Miguel.*»

(1) Uno de los compañeros del capitan Mendez.

—El dia 20 se nos manifestó con mucha solemnidad un oficio del general Llangostera, dirigido á Mendez, que decia así :—«*Después de darle á V. gracias por el interes que se toma en beneficio de la causa, nombro á V. gobernador interino, con facultades para hacer nuevas indagaciones, y si alguno resultare culpado, le quitará la vida como á los anteriores.—Dios, etc.*»—Yo eché de ménos en el oficio el sello que usaba dicho jefe, y así lo manifesté al secretario del difunto Macipe, invitándole á que se cotejase la firma, á lo cual contestó el portador del oficio (*que era el subteniente D. Pedro Gaspar*) que cuando vió al general Llangostera, se hallaba éste á caballo, en cuya posicion le despachó, y por esta razon carecia de sello. *A las doce de este dia se presentó Zurbano cerca del castillo*, sin duda por efecto de la combinacion, y como yo me hallaba fuera del fuerte, me puse en movimiento con la compañía y rompí el fuego sostenido hasta la noche, en que el enemigo se retiró.—El dia 21, recibí órden de Mendez para que con mi compañía fuese á Sacedillo, pueblo distante media hora, y me trajera la paja que pudiera para el consumo de los caballos y acémilas del fuerte. Cumplí la órden tiroteándome con Zurbano hasta la noche. Al retirarnos, *tres soldados del* 6.° *que con otros de la compañía vinieron con nosotros, refugiáronse entre peñas y no les vimos mas. Gaspar* (1) *salió del fuerte como á pasear, y uniéndose á los tres soldados, se pasó al cuartel de Zurbano.*—El dia 22, se me manifestó *un oficio fingido de Llangostera* en el que se leia :—«*Habiendo de pasar á esa el dia de mañana con ocho batallones, para relevar la guarnicion, se hace indispensnble disponga V.* (Mendez) *salga toda la tropa disponible de ese fuerte para proteger*

(1) El ya citado compañero de Mendez.

mi paso.» Mendez y San Miguel manifestaron deseos de obedecer la órden; pero los demás nos ofendimos. Ciertamente no estaban léjos los batallones, *pero eran los de Zurbano, que se dejaban ver por los cerros contiguos. Sin duda la confianza les hizo aproximarse demasiado*, por lo que tuve que sostener el fuego hasta la noche. Entre tanto, se hacian ver al soldado los riesgos que amenazaban si trataban de resistir, no pudiendo ser auxiliados. Repartió Mendez entre algunos oficiales nécios los empleos que habian disfrutado las víctimas. Todo esto nos condujo á un desórden, á una Babel en donde nádie se entendia....»

Comprenderán nuestros lectores, por la simple lectura de la narracion que antecede, extracto fiel de la *Memoria* que nos ha facilitado el Sr. Gago, que le sería muy fácil al general Espartero aproximarse á Segura, sitiar la plaza y rendirla en pocas horas, sin que los traidores que habian sacrificado á los leales se empeñasen mucho en prolongar la defensa.

Continuarémos refiriendo, á fin de que no queden ocultos, los hechos más notables.

Tales fueron las tropelías que intentaron llevar á cabo los infames asesinos, que apénas habrian dejado con vida á ninguno de los de la guarnicion de Segura, si no hubiese favorecido á los indivíduos amenazados la humanidad de los mismos voluntarios del 6.°—que eran los revoltosos, quizá engañados por Mendez, Gaspar y San Miguel, sus jefes.

Varios oficiales de la compañía de Guias, que acompañaban al infeliz gobernador, se arrojaron para salvarse por los derrumbaderos de la derecha de la plaza, con grave peligro de sus vidas: los amotinados, al ver que huian, gritaron frenéticos desde las murallas del castillo: —*A ellos! ¡Fuego!, fuego, que tambien son traidores!*—

y habrian perecido, al lado de su desgraciado jefe, si los soldados de los rebeldes no hubiesen intercedido por ellos.

Los oficiales D. Rafael Salas, factor, y D. Félix Quílez, teniente de Guias, que tuvieron la fortuna de hallarse dentro de la plaza en los críticos momentos de la sedicion, fueron presos y encerrados por Mendez en un calabozo: al primero se le amenazó con quitarle la vida en el mismo instante *en que se notasen señales de desafeccion* (¡y eran ellos los desafectos, los traidores y asesinos!) El segundo, como saliese de su habitacion blandiendo un fusil, al oír el primer grito de alarma, creyendo que el enemigo intentaba el asalto de la fortaleza, «fué maltratado y desarmado por el infame Gaspar,» y recibió las mismas amenazas que su compañero

Aún no se habian satisfecho sin embargo.

«.... Esperábamos nosotros—dice el Sr. Gago—los Guias y los cazadores del 3.° de Aragon, el momento en que se nos llamase á juicio, y no debiamos aguardar indulgencia.—En efecto, el avaro y soez Gaspar, como uno de los conjurados, nos ordena desde la muralla que toda la tropa y arrestados que existian en nuestro cuartel, saliésemos á formar al campo.—El infame se proponia disparar sobre nosotros las piezas de artillería del castillo, que habia mandado cargar con metralla y dirigir la puntería al paraje señalado por él para que formásemos.—Nos resistimos á ejecutar lo que se nos mandaba, después de haber penetrado las inícuas intenciones del Gaspar, y entónces, á pesar de éste, se dejó oir una voz de toda la tropa encastillada, pidiendo que se nos dejase, pues no nos conceptuaban como traidores.—Con este motivo se nos dejó en paz, pero con absoluta prohibicion de dar un paso fuera del cuartel.»

Así estaban las cosas en la tarde del 22, cuando aparecieron en las alturas inmediatas á la plaza las avanzadas del ejército de Espartero.

El 23, tomaron campo en las cercanías de Segura las formidables masas del Duque de la Victoria, y llegó á la puerta del fuerte un ayudante de campo con el siguiente oficio:

«Comandancia general de los ejércitos reunidos.—Secretaría de campaña.—Cuarenta batallones y cuarenta piezas de batir están al frente de Segura: por consiguiente, toda defensa será infructuosa, y una gota de sangre que se derrame por culpa de VV. merecerá mi justa indignacion. Animado de los sentimientos de humanidad, propia de pechos españoles, les intimo la rendicion, en cuyo caso serán tratados con la debida consideracion. Media hora les doy de término para resolverse: pasado que sea, establezco las baterías, y entónces ya pueden defenderse hasta morir, porque no doy cuartel. Dios guarde á VV. muchos años. Cuartel general del campo de Segura, á 23 de Febrero de 1840.—*El Duque de la Victoria.*—Señor gobernador de Segura.»

No era mucho que digamos, 40 batallones y 40 piezas de batir, contra un fuerte defendido por 200 hombres, cuyos jefes eran traidores y estaban en combinacion con el mismo enemigo.

Se ignora si el intruso gobernador, D. José Mendez, contestó al oficio de Espartero.

La verdad es, que trascurrida la media hora, principió á jugar la artillería cristina contra el fuerte, no cesando hasta la puesta del sol, después de disparar 400 tiros; pero contestó, aunque débilmente, la del castillo, y aquellos sólo causaron algun daño en el aspilleraje exterior.

El 24, aparecieron construidas cinco baterías en várias

direcciones, y continuó el fuego por una y otra parte, sin graves pérdidas materiales.

El 25, al amanecer, se vieron perfectamente acabadas siete baterías: dos, sobre el camino de Anodon, á medio tiro de fúsil del fuerte, por la parte del Norte; dos, entre el camino de Macías y Armillas, y otras tres, sobre este camino y una elevada roca que domina la plaza por el Sur. Disparó la artillería de Espartero 600 tiros, dirigiéndolos certeramente á los puntos más vulnerables, y apagó por completo los fuegos carlistas, inutilizando el único cañon de á 12 que la plaza tenia.

Esto probó á los oficiales y voluntarios leales, que alguno de los antiguos compañeros de guarnicion señalaban el blanco á los enemigos: y en efecto, el traidor Gaspar y el maestro albañil, que habian desaparecido del castillo, estaban con ellos.

Durante la noche, los oficiales y voluntarios de los sitiados, los que aún permanecian fieles, repararon como les fué posible los destrozos de la artillería en el fuerte, construyeron baterías con faginas y saquetes, reforzaron las puertas con sacos de tierra, y construyeron un camino cubierto para trasladarse con seguridad desde el primero al segundo recinto de la fortaleza.

El 26, los 800 disparos que hizo la artillería enemiga fueron todavía más certeros que los del dia anterior, y causaron un estrago horroroso en los ángulos del castillo.

Es de advertir, que durante los cuatro dias de fuego, Mendez, el intruso gobernador, en cama unas veces con el pretexto de una contusion en una mano, completamente beodo otras, y encerrado en su habitacion casi siempre, ni dictó disposicion alguna para la defensa, ni se le ocurrió una vez siquiera reanimar el valor del soldado con

una de esas arengas enérgicas y arrebatadoras que vienen á ser, en circunstancias críticas, aliento para los corazones y escabel del triunfo.

Pero al ponerse el sol en este dia, Mendez, como si ya estuviese bastante satisfecho de la resistencia de la plaza, mandó tocar á parlamento cuando ménos lo esperaban los sitiados.

Contestó el enemigo, y á los pocos instantes apareció un jefe de Estado Mayor isabelino, con bandera blanca.

Mendez, quizás temiendo que los oficiales carlistas, á quienes veia con semblantes de ira, se atreviesen á increparle duramente delante del parlamentario cristino, si le proponia capitulacion inmediata, dijo á éste que sólo deseaba obtener permiso del Duque de la Victoria para que vários paisanos de los pueblos cercanos que se albergaban en el castillo, en clase de arrestados y de trabajadores, lograsen un salvoconducto para sus casas.

Aún no habia marchado el jefe isabelino al cuartel general de Espartero, cuando se presentó un nuevo enviado de éste, con la mision de intimar la rendicion absoluta y en el acto, so pena de ser pasados todos á cuchillo en el asalto—que se preparaba, decia, para el dia siguiente, ó perecer envueltos en las ruinas.

Aquí llegó ya á su complemento la traicion, que se tenia preparada de antemano.

Desde luego Mendez se mostró decidido á capitular, como Espartero lo exigia, mas entónces el bizarro teniente D. Jacinto Gago (1), que se hallaba presente con otros oficiales, se opuso abiertamente á la determinacion cobarde que Mendez adoptar se proponia.

«Le manifesté,—dice nuestro digno amigo, el bravo ve-

(1) El autor de la *Memoria* cuyo extracto ofrecemos.

terano carlista,—que de ningun modo nos hallábamos en el caso de acceder, por tres razones: primera, porque acercándose la noche, no era hora oportuna para entrar en pacto alguno: segundo, porque no nos hallábamos en situacion extrema, y era preciso consultar con los oficiales de la guarnicion ántes de dar ese paso decisivo: tercera, porque en aquella noche era fácil y posible que se recibiera auxilio, puesto que él habia enviado á dos voluntarios de su confianza, y prácticos en el país, cerca del jefe de la brigada aragonesa para hacerle saber la situacion de Segura.»

Entónces Mendez, que no podia hablar á causa de una ronquera que padecia, facultó al Sr. Gago para que diese la contestacion á los parlamentarios cristinos, quienes se retiraron en seguida.

Celebróse acto contínuo junta de oficiales bajo la presidencia de Mendez: éste manifestó rotundamente que su dictámen era capitular en tal ocasion, porque en lo sucesivo, añadió, no podria hacerse; mas todos los oficiales presentes (allí no estaban los traidores) contestaron unánimes que la plaza podia resistir al enemigo dos dias más, por lo ménos, y que los jefes estaban obligados á dar ejemplos de valor y fidelidad.

Palabras un tanto atrevidas en tales momentos, cuando Mendez, el asesino de los desgraciados Macipe, Fontan y Carot, era dueño absoluto de aquel recinto y tenía á su devocion una cohorte de malvados que obedecian ciegamente el menor de los caprichos de su jefe.

El no contaba, en verdad, con semejante votacion unánime: así es que se enfureció en tales términos,—dice el autor de la *Memoria*,—que profirió contra nosotros la amenaza de hacernos colocar á todos, con el auxilio de sus voluntarios, sus esbirros mejor dicho, encima de las der-

ruidas aspilleras, á fin de que sirviéramos de blanco á los primeros disparos de los cristinos en el ataque del dia siguiente, en el caso de no acceder á su dictámen.

«A esto repuse yo, —continúa el Sr. Gago, —bastante secamente y con una altivez que Mendez no esperaba:

—Pues bien: hágalo V. así; mande fusilarnos á todos; pero tenga entendido que los oficiales aquí reunidos preferimos la muerte á la deshonra.»

Contestacion digna de un valiente, que fué recibida con aplauso por sus compañeros.

Entónces Mendez aceptó la proposicion de un oficial para que se reconociese la fortificacion por los jefes de la seccion de artillería y zapadores de la plaza, y obrar en consecuencia del dictámen que los prácticos emitiesen.

Hízose el reconocimiento pericial, resultando que las fortificaciones, á pesar de los dos mil disparos del enemigo, se hallaban en regular estado de defensa, sin que pudiesen abrigarse temores de un asalto, no obstante las alharacas y amenazas del general cristino: los oficiales, por lo tanto, se negaron con entereza á capitular.

Pero esto no entraba en los planes preconcebidos por los traidores: miéntras el reconocimiento se practicaba por los ingenieros, acompañados de los oficiales fieles, los partidarios de Mendez sublevaban á las tropas para que pidiesen capitulacion ó arrastrasen á los leales.

«El infame teniente San Miguel,—añade el Sr. Gago,—y otros de su calaña ganaban entre tanto á los voluntarios para que se negasen á continuar la defensa, y les hacian entender que era preciso asesinar á los oficiales que no opinaban del mismo modo: Mendez, al mismo tiempo, nos llamó á su cuarto y trató de inclinarnos á aceptar la capitulacion, primero por medio de halagos, y luego con amenazas terribles; pero observando á su pesar que per-

sistiamos en nuestros anteriores propósitos, salió de repente del pabellon donde estábamos reunidos, cerró la puerta con llave, y nos dejó dentro encerrados: todo esto fué ejecutado en breves momentos, de una manera tan rápida, que apénas pudimos comprenderlo hasta que ya estaba hecho. Recelando alguna villanía de aquel hombre indigno, nos lanzamos todos sobre la puerta, violentámosla con no pequeño trabajo, y salimos tambien en busca del intruso gobernador y de nuestros soldados; pero ¿cuál no fué nuestra sorpresa al encontrarnos con varios grupos de los voluntarios del 6.° que en actitud sediciosa gritaban: *Capitulacion*! *capitulacion*! oyéndose tambien algunas voces lejanas que decian: *Mueran los oficiales*!.. »

En vista de estos sucesos, y de las funestas consecuencias que podrian resultar de la completa insubordinacion de que hacian gala los individuos del 6.°, lo mismo oficiales que soldados, se resolvió proponer á Espartero una capitulacion honrosa cuyos artículos se dirigian á evacuar la fortaleza en la mañana del 27, mas permitiendo en cambio el paso á la guarnicion, con armas y bagajes, hasta reunirse con el ejército carlista.

Mas el general Espartero se negó abiertamente á aceptar la capitulacion que se le proponia : al contrario, contestó verbalmente á los parlamentarios *que en el preciso término de seis minutos se evacuase la plaza, rindiéndose todos á discrecion, sino querian perecer entre las ruinas ó pasados á cuchillo los defensores*, «sin derecho á invocar la gracia de cuartel, porque no se concederia á nádie.»

El mismo dia 27 por la mañana, después de recibida esta contestacion de Espartero, procedieron los oficiales fieles al recuento de las municiones que existian en los almacenes, y hallándolas bastante escasas, é influidos á la par por las voces sediciosas de los que querian capitular

á todo trance, determinaron enviar un nuevo parlamentario al Duque de la Victoria, pidiendo la capitulacion que se concedió por los carlistas á la guarnicion del fuerte de Estercuel, cuando éste cayó en poder de las tropas que Llangostera acaudillaba (1).

«Esta capitulacion—dice la *Memoria*—nos fué concedida por Espartero bajo palabra de honor, ofreciéndonos que la daria por escrito; ***mas no se cumplió, ni hasta el dia ha llegado á nuestras manos la comunicacion escrita.***

De esta manera se rindió la plaza de Segura.

....

Véanse ahora los datos isabelinos.

«Establecí—dice Espartero—el sitio, molestadas cruelmente las tropas por un récio temporal de lluvia y de nieve. Cinco fueron las baterías levantadas bajo los tiros del castillo, que rompiendo el fuego á las dos de la tarde del 23, lograron destruir las cañoneras y echar abajo todas las aspilleras del primer recinto..... Los enemigos habian fusilado al anterior gobernador, y á otros dos oficiales, á pretexto de sospecha de que querian entregar la fortaleza. Esto tenia dividida en bandos la guarnicion, y aun cuando semejante circunstancia deberia habernos sido favorable, empeñó más á unos y otros para despreciar mis intimaciones, hasta que en la mañana de hoy (27 de Febrero), conociendo inútiles todos sus esfuerzos, viendo próxima la hora de abrirse la brecha y la disposicion del asalto, me pasaron la capitulacion: mi contestacion fué verbal y reducida á que se entregasen á discrecion, ofreciéndoles las vidas que de otro modo perderian en el asalto; y después de nuevas contestaciones les permití, ***usando de generosidad***, que salvasen sus equipajes. Concedido un

(1) En este mismo capítulo hemos hablado, aunque ligeramente, de la toma de Estercuel por Llangostera.

breve término para recogerlos, mandé piquetes que se posesionaran del castillo (1).»

Como observarán nuestros lectores, esta relacion de Espartero confirma en muchos casos la del Sr. Gago, garantizando la veracidad del digno veterano carlista: pasamos por alto, por supuesto, las frases referentes á la generosidad sin límites usada por el Duque de la Victoria, con los defensores de Segura; porque nuestros lectores saben ya á qué atenerse en tal asunto.

Ahora bien: ¿quieren decirnos los encomiásticos biógrafos del general Espartero en qué consiste la gloria que alcanzó este personaje con la toma de Segura?

Seamos francos y dejemos que la historia diga la verdad sin ambajes ni rodeos.

Por lo demas, y para concluir con los sucesos de Segura, se nos permitirá recorrer las postreras páginas de la *Memoria* del Sr. Gago, que en ellas encontrarémos alguna luz que derrame cierta claridad sobre los acontecimientos tristes del 18 de Febrero y demas consiguientes.

Posesionados los cristinos de la plaza, fué entregada la guarnicion rendida al primer regimiento de la Guardia y llevada al campamento isabelino.

«Durante nuestra permanencia en este sitio—dice el Sr. Gago—vários jefes preguntaron á Mendez la causa que habia habido para hacer las víctimas del 18 de Febrero, y él les contestó que los habia sacrificado *por no convenir en ideas*; mas instado nuevamente por aquellos, á fin de que se explicase con más claridad, manifestó en absoluto que su objeto no era otro sino el deshacerse de los obstáculos mayores para entregar el fuerte á Zurbano, segun podia justificar por medio de las comunicaciones que de este coronel conservaba.»

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 1492.



Y sin embargo de que tal villanía apénas se concibe que cupiese en el pecho de un carlista aragones—por más que tuviera delante de los ojos la imágen del miserable Maroto—aún no estaba satisfecho el espíritu mezquino y bajo de aquel hombre.

Unido con sus dos íntimos oficiales, el ya citado San Miguel y el cínico y repugnante viejo D. Antonio Soler, subteniente de la misma compañía, instaba de dia y noche á los voluntarios prisioneros para que pidiesen las armas contra el mismo soberano que hasta aquella infausta época habian con tanto heroismo defendido.

—Nosotros—les decian, animándoles á imitar su ejemplo—nosotros ya las hemos pedido, y defenderémos desde hoy á Doña Isabel II.

Indigno comportamiento de traidores que debia merecer desprecio y asco, hasta de los mismos cristinos.

El dia 28 los prisioneros fueron trasladados á Lécera, por Muniesa, á pesar de hallarse intransibles los caminos por la mucha nieve que habia caido durante la noche.

El 29 entraron en Mediana, habiendo sufrido en Belchite los insultos más soeces por parte de los constitucionales.

El 1.º de Marzo llegaron á Zaragoza, donde esperaba á los desgraciados una turba imponente y desalmada del más bajo populacho.

«Aquí empezó el populacho á insultarnos—añade la *Memoria*—del modo más grosero é indecente, llegando á tal extremo su barbárie, que, á pesar de que el jefe encargado de nuestra custodia tomó las mejores disposiciones para evitarlo, fuimos apedreados várias veces (1)....

(1) Há pocos meses Madrid presenció una escena semejante, al ser conducidos al Gobierno civil y luego al Saladero algunos respetables sacerdotes de Sigüenza, acusados de supuesta conspiracion carlista.



Y se nos prodigaron insultos de todo género, y por toda clase de personas, que, ya armados de palos, ya de puñales ó pistolas, parecian querer arrancarnos de las filas de nuestra cŭstodia, por una especie de bullanga ó movimiento popular, para sacrificarnos bárbaramente á su brutal antojo.»

Finalmente, fueron encerrados en un largo calabozo subterráneo de la Aljafería.

Aquí fué donde se descubrió la verdad sobre los sucesos de Segura, viniendo á confirmar, lo mismo San Miguel y Soler que Mendez, la inocencia del infeliz gobernador asesinado y de sus desgraciados compañeros Macipe, Fontan y Carot, víctimas de su fidelidad á un juramento sagrado.

Aquellos, en cambio, á costa de bajezas y desdenes, consiguieron libertad á los pocos dias, lo mismo que todos los voluntarios del 6.°—es decir: la compañía de los traidores, — quedando en las mazmorras los demas soldados de la guarnicion de Segura hasta que fueron trasladados á Cádiz en calidad de prisioneros.

No sabemos si á los tres oficiales traidores tuvo el Gobierno de Madrid el pésimo gusto de darles las espadas en nombre de la Reina, pero sí es positivo que casi todos los indivíduos de la compañía del 6.° ingresaron en los Francos aragoneses.

Pero los perjuros viven entre la execracion y el vilipendio, al paso que los leales, aunque humillados por el rigor de la suerte, levantan su frente inmaculada por encima de todos los hombres, y en ella está escrito, por la mano invisible del genio de la nobleza, este augusto lema:—Honor á los buenos!

CAPITULO III.

Gloriosa defensa de Castellote.—Aliaga y Alpuente.—Sitios de Ares y de Alcalá de la Selva.

Después de una traicion infame, un hecho de grandeza y de heroismo; detrás de una página manchada con la relacion de asquerosos sucesos, un poema entero de gloria incomparable, de altivez española, de mitológica bravura.

Así tambien, en el órden moral cómo en el físico, á las penas más dolorosas sustituyen los placeres más dulces; en pos de la deshecha borrasca, aparece la bonancible calma; entre el revuelto cieno de las algas marinas, encuéntrase muchas veces la codiciada perla.

¡Castellote! — ¿Quién no ha oido hablar de la gloriosa defensa de Castellote? ¿Qué español no se vanagloría de haber nacido en la pátria de los valientes defensores de aquellos sagrados torreones? ¿Qué pecho carlista no late de orgullo y entusiasmo al recordar las heróicas hazañas de sus compañeros políticos en Castellote, dignas de la trompa épica, mejor aún que de la severa pluma de historiadores imparciales?

Niños éramos todavía cuando nos arrullaba nuestra noble madre con este cantar patriótico, que envolvia una epopeya de heroismo:

"Hijos eran de los Cides
los carlistas españoles
que humillaran á Espartero
delante de Castellote;

"Hijos eran de los Cides
aquellos *trescientos hombres*
que domaron el orgullo
de *cuarenta batallones.*" (1)

Y tenemos un placer muy grato en describir en estas páginas los altivos hechos de la arrogante y hazañosa guarnicion de Castellote, siquiera sea para que tan noble ejemplo anime á los débiles é infunda aliento en los corazones apocados, al pagar un tributo de admiracion y de agradecimiento á aquellos esforzados carlistas.

Castellote, villa de Aragon, á cinco leguas de Alcañiz, de 400 vecinos, está situada pintorescamente en el centro de una pequeña llanura, rodeada de fragosas montañas, en la márgen izquierda del Guadalope, y en la falda de un alto y descarnado peñasco, sobre cuya cima, desde los inquietos dias de la Edad Media, existia un fuerte castillo señorial que dominaba la poblacion y las cercanías.

Cabrera, que sabia aprovecharse perfectamente de todas las circunstancias, cuando pensó en asegurar su línea por

(1) Repetidas veces hemos oido estos cantares, y otros semejantes, y no hace mucho tiempo, en tierras de Aragon y Valencia.—¡Aún repite el eco los animosos acentos de los defensores de Castellote!



medio de un cordon de fortificaciones, impenetrable para el enemigo,—plan estratégico que ha merecido, como acontece bien á menudo, elogios desmedidos y censuras muy ácres,—mandó que el castillo fuese reparado por los voluntarios aragoneses y una seccion de zapadores, y que se construyesen nuevas obras hasta dejar la plaza en buen estado de defensa.

No eran muy importantes las fortificaciones de Castellote, por más que se diga, y ménos todavía para los poderosos elementos de ataque conducidos por el Duque de la Victoria, ufano con la toma de Segura, que atribuyó en cierto documento ***al valor y sufrimiento de los soldados isabelinos***, no habiendo para qué.

Sin embargo, al saber que se acercaba el ejército cristino, resuelto á emprender la rendicion de la plaza, cerraron con barricadas las calles de la villa, fortificaron el cerro del Calvario y asentaron en su cima dos piezas de artillería, y convirtieron en imponentes reductos la iglesia parroquial y las ermitas de San Cristóbal, San Macario y Vírgen del Agua, amen de algunas tapias aspilleradas, aunque bastante débiles, que levantaron en breves dias, como lazo de union entre los fortificaciones interiores.

Era gobernador de la plaza el comandante D. Pedro Marcó, cuyo nombre alcanzó en Castellote la aureola gloriosa que rodea el nombre de los valientes.

Natural de Fraga, soldado de la Independencia en 1812, realista entusiasta en Navarra durante la segunda época de la Constitucion, iniciado en 1834 en los atrevidos planes del Conde de Villemur, huyó de Zaragoza, donde á la sazon residia, después de haber escapado milagrosamente de las gradas del patíbulo por conspirador carlista (segun ***cierto parte***), y se presentó á Zumalacárregui, cuyo nombre resonaba entónces en el corazon de todos los valientes,

pidiéndole una espada para defender la causa de la legitimidad dinástica.

«Habiéndose distinguido en Navarra—dice un historiador constitucional — con hechos de temerario valor», obtuvo el empleo de teniente coronel.

Incorporado á la expedicion del general García (D. Basilio Antonio) en 1838, fué víctima con ella de la persecucion incesante de los generales Pardiñas y Flinter, y pudo acogerse á Aragon con los restos de su fatigada tropa, ofreciendo sus servicios al Conde de Morella.

Este le dió el mando del primer batallon de la tercera brigada aragonesa, y luego fué nombrado gobernador militar y político del fuerte de Castellote.

Hallóse en el sitio memorable de Lequeitio, en Arlaban, en la expedicion del general Gomez, en la del general García, en el sitio de Morella—y en todas partes dió testimonio de su bizarría y decision por la causa de Cárlos V.

Pertenecia además á una entusiasta familia de valientes realistas: su primo hermano, D. José Puértolas, coronel y jefe de E. M. de la division aragonesa que acompañaba á la expedicion real, fué muerto gloriosamente en la sangrienta batalla de Barbastro, y el hijo de este bizarro jefe, D. Leon Puértolas, servia en Castellote, al lado de su tio, en calidad de ayudante.

Tal era el hombre que habia de convertir á los carlistas de aquella plaza en dignos émulos de los heróicos numantinos.

Cuatro compañías de aragoneses (300 hombres, en junto), componian la guarnicion de Castellote: dos del 1.° y otros dos del 5.°—Mas permítasenos recordar los nombres de los valientes oficiales, en el cuadro que sigue:

Gobernador........	D. Pedro Marcó, comandante.
Segundo....	D. Ildefonso Martinez, id.
Mayor de plaza....	D. Antonio Jimenez, id.
Ayudante.........	D. Leon Puértolas, cadete.
Factor............	D. Manuel Sisques, capitan.
Capellan..........	D. Miguel Martinez.
Físico............	D. Faustino Villar.
Jefe de artillería...	D. Joaquin Rosado, comandante.
Capitanes.........	D. Mariano Sanz. D. Gregorio Gil. D. Antonio Diez. D. Jacinto Mora.
Tenientes.........	D. Calixto Cortés. D. Francisco Ibañez. D. Mauricio Gomez. D. Antonio Fuertes.
Subtenientes.......	D. Manuel Madrid. D. José Martinez. D. Pedro Berenguer. D. Eduardo Balaguer. D. José Borrás. D. Baltasar Cavaller. D. Baltasar Gonell.
Cadetes...........	D. Zacarías Tejedor. D. Mariano Gil.

La plaza estaba regularmente abastecida, y el general Llangostera, vagando por las cercanías, prometió auxiliar á la guarnicion cuando fuese necesario: —promesa que no cumplió, sin embargo, como verémos más adelante, por motivos que no son de este lugar.

Era el 21 de Marzo: hacía un frio horroroso, la nieve cubria los campos, intransitables estaban los caminos, y apénas quedaba duda de que la formidable artillería del ejército cristino quedaria sepultada entre los cenagosos barrizales, si Espartero intentaba sacarla de los respectivos cantones y dirigirla contra Castellote.

En efecto: el camino de Alcorisa estaba inutilizado, y la ruta casi circular de Mata y Ejulbe, no permitia tampoco la conduccion de los cañones.

Mas decidido Espartero á llevar adelante el sitio de Castellote, mandó que la 3.ª division del ejército, á las órdenes del general Ayerbe, — de vuelta ya en el servicio,— partiese desde Andorra, donde se hallaba acantonada, hácia la Mata y Castellote, conduciendo las baterías rodadas y cinco piezas de á 16, abriendo camino, si fuese necesario, y recomponiendo los pasos difíciles y peligrosos—al mismo tiempo que el grueso de las tropas salia de sus respectivos cantones en la misma direccion.

Al anochecer del mismo dia, llegaron los constitucionales á la vista de la plaza carlista, y divisaron en la torre del Homenaje del antiguo feudal castillo, la negra bandera de Morella.

No se descuidaban los carlistas.

Hallábase en la plaza en aquel dia, el general Llangostera, y observaba con atencion minuciosa los movimientos del enemigo, que se acercaba con inusitado aparato bélico: y al comprender que su objeto no era otro por el pronto, sino el de ocupar todas las masías de los alrededores, y quizá fortificarlas, convirtiéndolas en otros tantos reductos avanzados contra la asediada plaza de Cárlos V, salió el citado general al frente de la brava compañía de cazadores con el objeto de destruir aquellas,

que por estar situadas dentro del rádio de una legua, podian servir de apoyo á los cristinos.

Determinacion cruel, preciso es decirlo, y quizá no muy justificada, como lo acreditaron los sucesos inmediatos, que apénas tiene disculpa en las necesidades de una guerra desesperada y sangrienta, más sangrienta y desesperada cuanto más cerca de su término llegaba.

«Al acercarnos á las masadas,— dice un testigo presencial, defensor de Castellote,—salian las familias, sabedoras de la órden terrible, á suplicar con el mayor encarecimiento y con los ademanes más tiernos y expresivos al jefe de la fuerza, que no incendiase aquellos asilos de la decrepitud, aquellas moradas de la frugalidad y de la inocencia. No eran oidas. El soldado aplicaba su hacha incendiaria, y los apriscos, las casas, los muebles, y hasta el trigo que guardaban para dar un pedazo de pan á sus hijos, todo, todo era presa de las llamas. El anciano, que más de setenta veces habia visto cubrirse aquellos campos de nuevo verdor, caminaba agobiado bajo el peso de los años y del acerbo pesar que le afligia, sirviéndole de apoyo el brazo de la jóven llorosa, cargada con los mejores utensilios de la casa. Tambien mandó Llangostera tomar una pequeña altura, inmediata al campo sitiador, y allí permanecieron los cazadores hasta las diez de la noche, hora en que se retiraron á la desierta villa, pues todos los moradores se habian refugiado en las montañas.» (1)

El dia 22, miéntras Espartero, seguido de los generales de artillería é ingenieros, practicaba un reconocimiento de la plaza y hacía variar el plan de ataque, en vista de

(1) *Memoria sobre la defensa de Castellote*, por el teniente carlista D. Calixto Cortés, testigo presencial.—Corre impreso este librito, pero son muy escasos los ejemplares que existen.



la imposibilidad de conducir la artillería á traves de las inaccesibles cumbres, ordenó Llangostera que los oficiales Sres. Cortés y Cavaller, con 20 y 15 cazadores, acechasen al sitiador desde una posicion avanzada, y dando, por último, algunas órdenes, encaminadas á la mejor defensa de la plaza, y prometiendo su apoyo á aquellos valientes cuando fuese necesario el abandono de aquella, salió del recinto fortificado, cruzó el Guadalope y se reunió á sus batallones, acantonados sobre la márgen derecha de este rio.

El 23 amagaron los cristinos, la division de vanguardia, el ataque sobre las avanzadas carlistas, marchando de flanco, en dos líneas, contra la posicion del Calvario, á la par que otra division amenazaba por la izquierda, siguiendo el camino de la poblacion (1).

El ataque fué decidido, justo es confesarlo, y los carlistas abandonaron aquella por el temor de ser envueltos entre los numerosos batallones cristinos que los rodeaban como en ancho círculo de bayonetas, limitándose desde este momento á la defensa del castillo, del formidable reducto de San Cristóbal y de una gran caponera aspillerada que se habia construido en torno de la extensa línea de fortificaciones interiores:

Arrojaban granadas, sostenian un vivo fuego de fusilería y de cañon contra las fuerzas que se habian apoderado del Calvario y de la parte baja de la poblacion, causando horrorosos estragos; pero entre tanto penetraba tambien en el pueblo, por la derecha, otra columna isabelina, y el jefe hacía tomar á las compañías de cazadores las elevadas rocas que prolongan la cordillera por la parte opuesta del

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 1990, parte del general Espartero, fechado en 26 de Marzo.



castillo, y atacaron con denuedo al puñado de carlistas que las defendian, quienes se vieron obligados á encerrarse en el fuerte: y como la primera division del ejército de Espartero ocupó tambien las avenidas de los pueblos de Seno y Menfigo, privando á los sitiados de todo auxilio exterior, quedó completado el cerco.

En seguida rompieron el fuego dos cañones de á ocho contra la torre del Homenaje, en cuyas almenas flotaba la terrible enseña que decia *Vencer ó Morir*, y se empezó la construccion de baterías en el emplazamiento del Calvario, conduciéndose las piezas y los materiales á traves de las estrechas y tortuosas calles del pueblo, bajo el fuego incesante de los sitiados, durante la noche del 23 (1).

La batería del Calvario se construyó en dos partes; una á la derecha del emplazamiento para dos piezas, y otra á la izquierda para tres. El gobernador carlista conoció su falsa posicion, divididas como estaban sus fuerzas entre el castillo y el reducto de San Cristóbal, pues atacado éste, permitia la ocupacion del pueblo cortar la comunicacion, tomándose á viva fuerza una casa aspillerada que tenía sobre la caponera, á distancia próximamente igual del castillo y de la ermita fortificada de San Cristóbal. Por esto la incendiaron los carlistas durante la noche, igualmente que la casa aspillerada, contrayéndo su defensa á la fortaleza principal. Las tropas cristinas se apoderaron de aquellos puestos, lo cual hizo menor el peligro que corrian para el tránsito á la batería de brecha, y lograron que se subiese al romper el dia la última pieza que faltaba; es decir, una gruesa de batir que no habia podido trasportarse en las primeras horas de la noche (2).

(1) *Gaceta de Madrid* ya citada.
(2) *Gaceta de Madrid*, ya citada.

Pero el gobernador Marcó, que no cesaba de intentar y crear obstáculos al enemigo, al observar los movimientos de éste sobre el cerro del Calvario, sin dejar de molestarle con un vivo fuego de cañon desde la fortaleza, ordenó al teniente Cortés que con *veinte cazadores* saliese á incomodar á los cristinos.

Y este valiente oficial, aún después de haberse replegado á la línea fortificada aquellos pocos y bravos compañeros suyos que defendian el Calvario, conservaba todavía su puesto peligroso, con asombro de los mismos enemigos, expuesto á ser envuelto por las numerosas guerrillas cristinas que se aproximaban en todas direcciones.

Véase cómo describe los sucesos de este dia el autor de la *Memoria*, el mismo teniente Cortés:

«Roto el fuego por toda la línea, sufrió Espartero una pérdida considerable, logrando al fin parapetarse cerca del mismo fuerte. Merece particular encomio, la defensa de la ermita de San Macario, que se fió al digno capitan de granaderos, D. Antonio Diaz, quien al frente de su compañía causó al enemigo crecido número de bajas. Tal fué la energía y valor con que sostenia su puesto, que no advirtió el peligro de ser cortado; mas el gobernador, en quien competian la prevision y prudencia con el entusiasmo y la serenidad, mandó tocar retirada y se replegaron nuestras fuerzas á la línea, donde era ya general el combate. Desde el momento en que Espartero se apoderó del pueblo, tuvo la precaucion de ocupar la Iglesia, cuya torre hizo aspillerar, dirigiéndonos incesantes disparos. Al mismo tiempo jugaban sin descanso dos piezas de á 8 que protegian la construccion de baterías. Estas obras se emprendieron con tanto teson, que no pudo impedirlas con sus certeras granadas el bizarro teniente de artillería, D. Joaquin José

Rosado, objeto de la admiracion y elogios de los ingenieros y artilleros enemigos, al saber que careciendo de los más precisos instrumentos, pues graduaba la pólvora con la mano, dirigiá sus tiros á los parajes más dificultosos. Como las fuerzas sitiadoras constaban de 28 á 30 batallones, caballería competente y numerosos trenes de batir, lograron posesionarse de la cumbre del monte en que está situada la ermita de San Cristóbal, sin que pudiésemos embarazarlo. Conociendo nuestro jefe Marcó, que las circunstancias apuraban por momentos, resolvió, con acuerdo de los demás oficiales, abandonar toda la línea exterior, prendiendo fuego á los edificios para evitar que el enemigo los utilizase y que la tropa que los cubria cayese en su poder. Pasamos la noche del 23 con ménos sosiego que las anteriores, por el peligro que tan de cerca nos amenazaba.»

Rogamos á nuestros lectores que paren su atencion en los escritos de los diferentes autores que tenemos el gusto de presentar en este capítulo, como testimonio universal, esto es, de cada uno de los partidos políticos que entónces se conocian en nuestra desgraciada pátria : dichos escritos, mejor aún los de los enemigos de los carlistas, son la prueba más concluyente de la heroicidad desplegada en Castellote por los *trescientos* bravos aragoneses, á quienes el Conde de Morella habia encomendado la custodia de la plaza.

Siempre es consoladora la narracion de un hecho de grandeza y de heroismo, después de haber referido una série de criminales actos que concluyeron con la rendicion de Segura; pero es más consoladora todavía la idea de que los aragoneses de Castellote supieron lavar con su sangre generosa la negra mancha que habian arrojado sobre el honor de la division aragonesa los traidores soldados

de la primera compañía del 6.° de Aragon, que llevaron su infame conducta hasta el punto de trasformarse voluntariamente en una partida de francos y salir á pelear contra sus antiguos compañeros de armas.

Amaneció—y continuamos—el dia 24.

Al rayar el dia—dice la *Gaceta*—principió á jugar la artillería cristina, aumentada con tres piezas de á doce: además, se colocan en el reducto de San Cristóbal dos cañones de á lomo, obuses de á doce y otra seccion del mismo calibre en las alturas de Seno. Por la tarde suben á la batería del Calvario otras dos bocas de fuego y queda arruinado el torreon más saliente y parte de las defensas: un cordon de tiradores ofende á los sitiados, que se resisten obstinadamente, sosteniendo el fuego de fusil secundado por las granadas de á siete pulgadas (1).

Resuena el toque de diana,—dicen los documentos carlistas (2),—en toda la línea enemiga, apénas iluminaban débilmente el horizonte los primeros albores del dia.

Pero ya estaban en las murallas del feudal castillo los denodados aragoneses, y allí tambien el esforzado gobernador Marcó, que miraba detenidamente los adelantos y aprestos hechos por las tropas sitiadoras durante la noche; contestan ellos tambien con el mismo toque, saludan al nuevo dia con gritos de entusiasmo, y responden todos á Marcó, que grita *¡Viva el Rey!* con una voz unánime y atronadora, cuyos ecos se prolongan hasta la línea enemiga.

El estrépito del cañon anunció bien pronto el principio del ataque.

A las diez de la mañana cesa como por encanto el hor-

(1) *Gaceta de Madrid*, ya citada.

(2) *Memoria sobre la defensa de Castellote, etc.*

rible cañoneo de los cristinos, y cesa tambien en seguida el fuego animoso con que respondian los sitiados.

Espartero, creyendo acaso que los defensores de Castellote se parecian en algo á los desleales de Segura, envia á los sitiados un parlamentario, que éstos reciben á balazos.

Antes, el Duque de la Victoria habia mandado hacer señal de parlamento, mas los impertérritos carlistas, señalando á la bandera negra que flotaba en las almenas del castillo, como signo de su decision heróica, le respondieron con el toque de ataque.

Rompen el fuego con más empeño las baterías del humillado general cristino.

Mas contestan con no ménos vigor y fiereza los cañones del castillo, sin que evitaran por esto que fuese reducida á escombros la gran cortina del Mediodía.

No importa!—Allí estaba Marcó para animar á sus soldados, y ocupando á porfía las derruidas aspilleras y los puntos más débiles y peligrosos, que defendian ya á pecho descubierto, resístense con valor indomable, hasta que la noche viene á cubrir con denso velo aquellas escenas de incomparable energía y bravura.

No descansan los sitiados, sin embargo; pues como no existian ya por la parte del Mediodía sino vestigios de murallas, resuelve el gobernador que se trabaje alternativamente por todos en recomponer las obras destruidas y en aumentar los medios de defensa, formando un fuerte é improvisado parapeto con vigas y piedras.

«En el ataque de este dia,—dice el autor de la *Memoria*,—fueron víctimas de su entusiasmo y de su deber, además de vários soldados, el teniente D. Mauricio Gomez, y un crecido número de heridos de la clase de tropa, siéndolo tambien de gravedad el capitan D. Gregorio Gil.»

El dia 25, aumentáronse con seis piezas más de á doce las baterías cristinas, y rompióse el fuego al amanecer, tan nutrido como el del dia anterior.

«El efecto fué maravilloso,—dice el general Espartero,—pues quedaron reducidos á escombros los recintos primero y segundo, destruida la torre, maltratado el edificio y derribada la corona de la torre del Homenaje, sin que pudieran ya los sitiados penetrar por la de vigía, no siendo á descubierto....»

Pero los sitiados ocupaban el torreon principal del Occidente, cuya solidez resistia á los fuegos enemigos, y Espartero mandó socabar el muro y practicar una mina, con el objeto de volarlo.

«El blindaje quedó establecido y el muro socavado—añade la *Gaceta*—sin que bastáran á impedirlo las granadas de mano y piedras que arrojaban los carlistas por los matacanes de la garita situada en el ángulo del torreon por donde se ejecutaban los trabajos que protegian los tiradores colocados en las peñas de la cordillera y algunas piezas que asestaban sus tiros á la cresta de la torre. Viéronse los sitiados en la imposibilidad de penetrar en la garita, y creyendo que su enorme peso aplanaria á los minadores, consiguieron á fuerza de palancas derribarla sobre el blindaje (1).»

Amaneció el dia 25—dicen los documentos carlistas—más ceñudo y tempestuoso que los dias anteriores.

Espartero hizo nuevamente señal de parlamento; y los sitiados contestaron á balazos.

Exasperado el general cristino, y viendo practicable la brecha, dispuso dar el asalto: al efecto, apercibe las mejores tropas, y acomete con furia, sin más ventaja que

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 1.990.

haber llegado al pequeño reducto contiguo á la puerta principal del castillo.

Replegáronse al punto para dar un segundo asalto, y con este fin llama la atencion de los sitiados hácia la brecha del Mediodía, fingiendo acometer por esta parte y previniendo al mismo tiempo las escalas contra el gran torreon del Occidente.

Acuden numerosas fuerzas; embisten todos los ángulos de la fortaleza, trabajan, instan, porfian, luchan ciegamente, caen muertos los más osados; otros, en el momento de avanzar, son heridos y retroceden; algunos se resbalan y ruedan por las escalas por los escarpados peñascos, y por fin se retiran desesperadamente abandonando la empresa.

No hay más allá en la historia de las lides heróicas: un puñado de hombres, apénas llegaban ya á *ciento sesenta*, rechaza por dos veces á todo un poderoso ejército, y se resiste aún sobre los escombros ensangrentados de la que fué fortaleza de Castellote.

Hé aquí lo que dice, acerca de este dia tremendo, un historiador *muy liberal* de Espartero:

«.... Momentos de agonía y horror sucedíanse allí sin cesar. Un parlamentario del Duque es despedido á toque de marcha por los dementados defensores de la fortaleza. Viérase como se presentaban sobre el muro á cuerpo descubierto, y sin más parapeto que sus pechos, retando impávidos la horrible metralla que arrojaban sus acometedores, ofendiéndolos con cuantos objetos podian haber á las manos. Con no ménos porfia lidiaban los de abajo, molestados por un diluvio de piedras y de balas, y cuando veian que algun compañero caia finado en tierra presentábase otro á recoger la herramienta, de yertas y moribundas manos, remplazando sin perder instante aquel

lugar, y prosiguiendo firme la empezada obra. A pesar de tantos peligros y dificultades, muerto un oficial y heridos seis soldados de zapadores, lograron abrir un hornillo cabedero de dos quintales de pólvora, al cual sólo faltaba carga. Durante la noche que se siguió á este dia horroroso, no cesaron los sitiados de disparar granadas al pueblo y á las baterías del cerco. A fin de reparar el grande estrago ocasionado por la artillería de los constitucionales en las obras del castillo, cuyo primer recinto y parte del segundo habian ido á tierra, construyeron nuevos atrincheramientos con trozos de árboles, sacos de harina, arroz, y otras vituallas, pensamiento que sólo podian infundir la desesperacion y el frenesí de aquellos hombres, que aguardaban imperturbables la muerte entre los escombros, el hierro y el fuego (1).»

Horrible debió ser la pérdida de los constitucionales en este dia de sangre y de exterminio, por más que tambien lo fuese de heroismo y desesperacion, si se tiene en cuenta que recibieron á quema-ropa el certero fuego de los bravos defensores.

«Tuvimos nosotros que lamentar,—dice el teniente Cortés,—la muerte de los subtenientes Borrás y Balaguer y de muchos soldados: el número de heridos fué crecido y en la clase de oficiales tocó esta desgracia al valiente capitan Diez y al teniente Cortés (2).»

«A las pérdidas que sufrió la guarnicion—continúa—deben añadirse los daños ocasionados al torreon principal, casa del gobernador, que fué completamente destruida, cortinas de Oriente, Poniente y parte del Norte arrasadas,

(1) Florez, *Historia de Espartero*, etc.

(2) *Memoria sobre la defensa de Castellote*, por el teniente Cortés, etc.

quedando nosotros reducidos al espacio de diez varas.»

Qué hacer en esta situacion espantosa?

—Rendirse—contestaba el natural instinto de conservacion: era llegado el momento de abandonar la fortaleza y salvarse el que pudiese, imitando el ejemplo de los esforzados defensores de Chulilla.

Mas cuando los pocos oficiales que rodeaban al sereno Marcó se inclinaba á adoptar este partido de salvacion, una voz exclama:

—Y los heridos? ¿Abandonareis á vuestros compañeros heridos?

—No! Jamas!—responden todos.—¡Adelante, hasta morir!

Resolucion digna de los descendientes de aquellos españoles que humillaron á Cartago en Sagunto y á Roma en Numancia y Astapa.

Y en vez de proporcionarse el descanso que exigian los fatigados cuerpos, en virtud de los afanes de aquel dia, pusiéronse todos á trabajar con ahinco para rehabilitar un parapeto en las ruinas del gran torreon, hallándose ya concentrados en el último atrincheramiento, cuyo suelo era de roca viva.

Amaneció el dia 26. Todas las baterías cristinas rompieron el fuego para proteger la carga del hornillo, y á las nueve de la mañana mandó Espartero que el brigadier D. Manuel de la Concha (1) tomase á viva fuerza el edificio, casi arruinado, de la parte extrema del castillo. Un peloton de 20 hombres, con un oficial y sargento, de los regimientos de la Princesa y de Luchana, ofrecióse voluntario para esta arriesgada y dificilísima empresa.

«La casa (dice Espartero) en que debian alojarse, es-

(1) El actual Marques del Duero.

taba comprendida en el tercer recinto, dominando de flanco la puerta del castillo, asegurada con un terraplen de quince piés de espesor, además del foso, imposible de cegar por estar formado sobre la roca. Los primeros de aquellos valientes llevaban, además del fusil, algunos zapapicos para hendir el escarpe, y abrir un portillo en el muro. Algunas compañías de la vanguardia siguieron este movimiento. Todas las fuerzas estaban prontas á protegerlo, y dada la señal, trepan uno en pos de otro logrando establecerse en los escombros. Se traba el más encarnizado combate. Los sitiados pelean á la desesperada. Ya no se parapetan. Á cuerpo descubierto hacen un fuego mortífero, arrojan piedras con velocidad y fuerte impulso, lanzan infinitas granadas de mano, y no hay medio que dejen de emplear viendo próximo su exterminio. La tenaz resistencia enardece más á los valientes que atacan; su nutrido fuego hace estragos Un bizarro de Luchana pasa á la derruida torre de vigía: su inaudito arrojo hace fijar en él la vista del ejército. El estruendo simultáneo de la artillería, la rapidez de sus certeros disparos, la animacion y el general entusiasmo, todo presentaba un cuadro insólito, imposible de describir, pues que sólo la fija observacion del suceso, en sus complicadas y diversas situaciones, permite formar la cabal idea. Cerca de una hora de sangrienta lucha, rodando los cuerpos de los carlistas, mutilados y partidos por las balas y granadas, puestos muchos fuera de combate por el nutrido fuego del fusil, sepultados otros en los escombros, debilitadas las fuerzas de los demas, aniquilado su espíritu al ver tanto valor, tanto heroismo, de parte de nuestros valientes, y temiendo por momentos el efecto de la mina, se resuelven á enarbolar la bandera blanca, implorando á voces la vida. Eran Españoles, y *Españoles obcecados que*

se habian batido con suma bizarría, y no pude prescindir de dar entrada á los sentimientos de humanidad. La disciplina del ejército se ostentó en este dia de una manera admirable, pues en la fuerza del obstinado choque bastó la señal de cesar el fuego para que no se hiciese ni un solo disparo. Seguidamente ordené al brigadier D. Francisco Linaje subiese al castillo á garantizar únicamente la vida al resto de su guarnicion.» (1)

Hasta aquí un extracto del parte isabelino.

Amaneció, por fin, el malhadado dia 26,—escriben los documentos carlistas,—después de una noche la más cruel de todas, nevando sin cesar y con un frio horroroso.

Espartero recorre su línea, arenga al ejército sitiador y ordena que se rompa el fuego: suena al poco rato el clarin de parlamento y.... ¡todavía contestan los carlistas á balazos y con el toque de ataque!

«¡Queriamos presentar el ejemplo de Sagunto,—dice un testigo presencial, actor de aquel dramático y sin par episodio,—y poner un nuevo lauro á las armas del Rey!»

Embisten dos veces los regimientos de Luchana y Princesa, y todavía son rechazados con horrorosas pérdidas.

La subida era penosísima,—dice otro historiador,—y se ofrecieron voluntariamente á arrostrarlo y vencerlo todo algunos oficiales y tropa, además de los dichos, y procedentes de las diferentes fracciones de los batallones convenidos en Vergara, que iban con el ejército de la Reina, ostentando el valor que tan acreditado tenian en las provincias del Norte, y de que en aquella ocasion querian dar una nueva prueba en contra de los que poco ántes habian sido sus compañeros de armas.... (2)

(1) *Gaceta de Madrid*, número ya citado, parte del 26 de Marzo.

(2) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 492, nota.

¡Los traidores merecen el desprecio, la más cruel ironía para los hombres honrados, hasta de los mismos á quienes vendieron su lealtad por un puñado de oro!

Otra vez embisten con más furia, y de nuevo son rechazados con horrendas pérdidas, quedando cadáveres 96 soldados de la Guardia—segun un escritor añade.

Llegaba el sol á la mitad de su carrera, y todavía se alzaba la bandera negra sobre los escombros ensangrentados de lo que fué Castellote, y en torno de ella se agrupaban unos pocos hombres dispuestos á continuar tan frenética lucha.

Pero la mina estaba ya cargándose, y Espartero, desesperado ante aquellos valientes, que veian impasible la proximidad de una muerte segura, ordena un ataque general, y dicta disposiciones para prender fuego al hornillo cuya voladura sería la tumba de los ya escasos defensores de Castellote.

Estos no se rinden todavía!—Redóblase el cañoneo de los cristinos, acometen por todas partes á la vez, y á costa de enormes pérdidas consiguen apoderarse de los escombros del primer recinto.

Bátense á la desesperada los carlistas, sin poder disparar un fusilazo por falta de municiones y de tiempo para las cargas, con granadas de mano, con piedras, con todo cuanto encontraban que pudiera ofender á los que asaltaban, y sólo ganando terreno palmo á palmo, y regándolo con su sangre, llegan los isabelinos á penetrar en el último atrincheramiento.

Marcó, modelo de valientes, digno émulo de los antiguos guerreros de la noble Iberia, impertérrito aún y sereno, alzándose como el génio del heroismo sobre aquellas ruinas sagradas, tiende la vista en torno suyo, y apénas cuenta *veinte* soldados sanos : todos los demás yacian en

el lecho del dolor, heridos ó contusos, por el implacable enemigo.

Entónces sólo, para librar á estos desgraciados de las crueldades que acarrea un asalto, juzgando de su obligacion salvar á los heridos, tanto ó más que llevar la obstinacion en rendirse hasta ser sepultado en las ruinas de Castellote, baja él mismo la bandera negra que aún flotaba, y levanta la enseña española.

Habia llegado á su término aquella tremenda lucha.

Al toque de *alto el fuego* enarbólase en ámbos campos la bandera blanca, y cesa el ruido de los cañones, quedando todo en sepulcral silencio.

Marcó sale entónces al frente, acércasele el brigadier D. Manuel de la Concha, y pide á éste, en nombre de sus soldados y oficiales, la conservacion de la vida y de los equipajes: Concha le contesta *que el honor de las armas cristinas no permite acceder á lo segundo.*

Llega entónces un coronel isabelino con semblante ceñudo y airado, y cuando el brigadier Concha estrechaba entre sus brazos al valiente Marcó, en señal de la admiracion que sentia por el denodado gobernador de Castellote, aquel coronel exclama con ronco acento:

—No son VV. dignos de la clemencia de Espartero. Se han defendido hasta no poder más. Nos han causado una pérdida horrorosa.

Aquel coronel era.... ¡Fulgosio! — ¡Un antiguo carlista, *convenido* en Vergara! el compañero de Urbistondo, el cómplice del desleal Maroto....

Espartero subió á reconocer aquellas ruinas, y al serle presentados el gobernador y los pocos defensores de Castellote, dijo á sus soldados:

—¡Hé aquí unos valientes!

Tal fué, por último, la gloriosa defensa de aquella for-

taleza carlista, «la más obstinada, dice el mismo Espartero, de cuantas ofrece esta sangrienta lucha.»

Los cristinos mancharon el triunfo—si triunfo puede llamarse la toma de las ruinas de Castellote—con una accion indigna que no dejará de repugnar á nuestros lectores: Marcó, el valiente gobernador, fué envuelto en un sumario improcedente, y condenado á dos años de presidio.

El bizarro Marcó cumplió dia por dia la condena, llevando un grillete en el pié, como salteador ó asesino, en el correccional de Jaca. ¡Hecho, repetimos, indigno, que será siempre un baldon ignominioso para el Gobierno de Madrid, no ya por haber formado causa al bizarro defensor de Castellote, sino por haber permitido, en refinamiento de venganza mezquina, que cumpliese la condena!

Hemos dicho anteriormente que el general Llangostera habia ofrecido socorrer á los defensores de Castellote, y que, sin embargo, no los socorrió.

Corrieron rumores no muy favorables á la lealtad de este caudillo, en virtud de lo cual el general Cabrera mandó abrir una informacion para proceder á lo que hubiere lugar, suspendiéndole entre tanto del cargo que desempeñaba, en el cual le sucedió el brigadier D. Juan de Dios Polo y Muñoz, y enviándole de cuartel á Benasal.

Pero los jefes de la division aragonesa que seguian á Llangostera, explican la falta de aquel general por la escasez de cartuchos.

Para concluir dirémos, que la *Gaceta* fijó en 207 los muertos y heridos de las tropas de Espartero delante de aquella plaza (1), habiéndose disparado la enormidad de 3.404 proyectiles de grueso calibre.

(1) *Gaceta de Madrid*, parte ya citado.

Marcó, fijó su pérdida en 22 muertos, 93 heridos y casi todos los demás contusos.

Después de Castellote, Áliaga.

Así, paso á paso, se estrechaban los límites de la dominacion del Conde de Morella, haciendo presagiar, para un término bien próximo, la completa destruccion de todas las fortalezas carlistas.

Apénas conocido el suceso de Castellote, el general O'Donnell, jefe del ejército del Centro, emprendió movimiento contra la morisca Aliaga, al frente de dos divisiones y una brigada, al mando ésta del brigadier D. Manuel Pavía.

El 1.° de Abril salió O'Donnell de Teruel, el 2 pernoctó en Alfambra, el 3 en Camarillas, y el 4 en Peráles donde descansó: hasta el 11, no pudo el ejército cristino situarse delante de Áliaga, á causa del crudo temporal de nieves y frios excesivos que se experimentaban.

Gobernador era de Aliaga D. Francisco Macarulla, ya citado várias veces en esta historia, y presidiábanla 400 soldados aragoneses y tortosinos.

Es Aliaga una antigua villa morisca, que tiene sus cimientos en el valle del Jarque, entre dos sierras que baña el Guadalope.

Una escarpada montaña, circuida de peñascos y quebraduras, la domina, y en la cumbre de aquella se levanta un formidable y antiquísimo castillo, de grandes dimensiones y construccion muy sólida, como todas las antíguas fortalezas de la Edad Media.

Reparados por los carlistas los carcomidos muros, y ejecutadas otras obras de defensa, presentaba el castillo de Aliaga tres diferentes recintos, en figura triangular: constituia el primero una fuerte muralla flanqueada por doce torreones circulares y una gran torre cuadrada y

aspillerada; el segundo era formado por otra muralla, con baluartes tambien cuadrados, y el tercero era el castillo, con otras dos grandes torres de la misma figura.

Los defensores, á la vista del ejército isabelino, izaron sobre las almenas la bandera negra, resueltos á defenderse hasta el último trance.

Los dias 11 y 12, después de practicado el reconocimiento de la plaza por el general O'Donnell y demás oficiales generales que le acompañaban, no sin sostener una ligera escaramuza con un puñado de cazadores tortosinos que salieron á estorbarlo, empleáronse en preparar los trabajos de sitio: difíciles, por cierto, en aquel áspero terreno, erizado de obstáculos para la artillería, la cual tuvo que ser conducida á brazo hasta las baterías por los mismos artilleros, en la imposibilidad de ser arrastrada por el ganado.

En la madrugada del 13, aparecieron ya colocadas quince piezas de diferentes calibres contra el primero y segundo recinto de la plaza, inclusos tres morteros de á 10 y un obus de 7 pulgadas en la misma línea del frente.

A las seis de la mañana comenzó el fuego, á la voz de *viva la Reina*! siendo contestados por los sitiados con cuatro piezas que en el castillo tenian; mas á las pocas horas estaban ya éstas apagadas, destruido el primer recinto, batidos los tres torreones del frente, incendiado un cuartel é inutilizadas las comunicaciones entre el primero y el segundo, sin que el brio de los sitiados se debilitase por estos estragos.

El dia 14 se estableció otra batería de cuatro cañones.

El 15, rompióse el fuego con ímpetu, y se intentó abrir una mina, con gran pérdida de la compañía de zapadores, que no pudieron conseguir su objeto; las granadas, las balas, las piedras que arrojaban los carlistas sobre los

atrevidos minadores, que no retrocedian sin embargo, impidieron la continuacion de los trabajos empezados, y el teniente coronel de Ingenieros, Sr. Ubiña, que dirigia la operacion, ordenó la retirada de sus valientes soldados.

Entre tanto, el fuego de cañon seguia con violencia, y en pocas horas casi fué reducido á escombros el altivo castillo de Aliaga.

Entónces los soldados de Macarulla, que habian sufrido muchas pérdidas, y que llevaban ya veinticuatro horas sin descansar y sin tomar alimento, «se acogieron á mi generosidad—dice O'Donnell muy lacónicamente—y les concedí la vida.»

Rindióse, pues, Aliaga, y el pendon del regimiento inmemorial del Rey fué colocado sobre los derruidos murallones de la plaza, á las cuatro de la tarde del 15.

Todo esto resulta del parte isabelino (1), ofrecido en extracto á nuestros lectores.

El dia 11—dedúcese de la comunicacion que remitió el gobernador Macarulla al jefe de su brigada (2)—quedó circunvalado el castillo por el enemigo, posesionándose del pueblo y de las Peñas de las Cruces, á pesar de la heróica resistencia que opusieron los soldados carlistas.

Rompieron el fuego de cañon simultáneamente, y al poco tiempo los enemigos, no obstante la bandera negra (3) que flotaba en el castillo, mandaron un parlamento, que fué recibido á balazos y con gritos de *victoria ó muerte*.

Continuó el fuego con más fuerza, y fueron súbitamente destrozadas y voladas todas las defensas, hasta el punto de no quedar para «los heridos otro amparo que la cle-

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 2004.

(2) Parte fechado en Teruel á 20 de Abril

(3) "Esta bandera negra—dice el gobernador—era un paño de muertos que me procuré en la iglesia de Aliaga."

mencia del cielo,—dice el parte,—pues la bodega de mi casa no pudo albergar más allá que unos veinte moribundos (1).

Entónces, llegado el dia 15, y demolidas ya todas las defensas, hasta el punto de no conocerse ni zanjas, ni murallas, ni fosos, ni paredes, atacaron los cristinos para tomar por asalto aquellos montones de ruinas, y fueron rechazados todavía por los pocos valientes que aún estaban sanos.

«A las cinco de la tarde,—dice el parte del gobernador,—hallándose ya enteramente aterrada y desmoralizada la tropa útil, levantó el grito de ¡cuartel, cuartel, parlamento, parlamento, ántes que seamos todos víctimas! Quise recordarles el sagrado juramento de victoria ó muerte; mas todo era en vano; probé igualmente los medios de rigor, empezando á sablazos con todos los que se me presentaban por delante: todo fué infructuoso. En vista de esto reuní para consultar á los pocos oficiales que se hallaban en pié, los cuales, visto que ya no teniamos ninguna defensa, como tambien el espíritu y gritos de la tropa, hallándonos sumidos entre ruinas, aunque decididos desde el primero hasta el último á morir asados, acorda-

(1) A propósito de esto, dice la *Gaceta de Madrid*, número citado:

"En un lóbrego subterráneo, especie de infernal catacumba, veíanse mezclados con los heridos infinitos cadáveres: el abrigo de los primeros eran pieles de reses consumidas durante el sitio, las cuales exhalaban un olor fetidísimo. Aquello era el conjunto de todas las desdichas y de los horrores todos."—Un historiador añade: "Pocos espectáculos se ofrecerán á la consideracion del observador, más horribles que aquella mansion del infortunio y de la muerte."

¡Asombro causa la relacion de estos hechos! ¡Cuánto valor! ¡Cuánta fe! ¡Cuánta constancia!



ron por último que se capitulase, si era posible, para conservar las vidas de los que quedaban, á fin de no ser víctimas de nuestros mismos soldados. Vacilé un momento, porque me parecia imposible que el enemigo nos conservara las vidas, cuando por precision teniamos que sucumbir: sin embargo, á fuerza de súplicas mandé tocar parlamento, y al instante cesó el fuego de todas las baterías. Hice salir al mayor de plaza, á causa de hallarme yo imposibilitado, y no fué admitido, exigiendo que se presentase el gobernador; en vista de lo cual salí, apoyado en dos oficiales. Muchos cargos se me hicieron por nuestra tenacidad y por la efusion de sangre que habiamos ocasionado. Mi contestacion fué: «siento muchísimo no haber podido cumplir con mi deber y como lo exige el honor militar.» Por último, propuse al enemigo salir con todos los honores de la guerra, dándosenos el pase para reunirnos á nuestro ejército; pero fué inútil; prometiéndonos únicamente conservarnos las vidas y curarnos los heridos, aunque sujetos siempre como prisioneros de guerra. No quise aceptar, y sólo supliqué se me concediese un cuarto de hora para consultar con mis oficiales. Se me otorgó esta gracia; mas apénas volví á entrar en el fuerte, las tropas se hallaban ya mezcladas, los heridos pidiendo auxilio al enemigo; todo era desórden y confusion, y no hubo más remedio que sucumbir.»

Sucumbieron, en efecto, los defensores de Aliaga, cuya vetusta fortaleza, después de haber recibido más de 2.000 proyectiles de grueso calibre, se sostuvo hasta el último trance, teniendo los carlistas 43 muertos, entre ellos el bravo segundo gobernador, D. Domingo Fernandez Campomanes, 67 heridos de gravedad y la mayor parte de la guarnicion contusa, segun dice el parte oficial del señor Macarulla, y causando á los sitiadores pérdidas muy

grandes, no tanto por su número, como por los buenos jefes y oficiales á quienes la suerte les fué contraria en este asedio.

El mismo general en jefe del ejército cristino, reconociendo la bravura de los bizarros defensores, decia al final del parte que ántes hemos extractado:

«Mi relato hará conocer la buena defensa que ha hecho la guarnicion de Aliaga, y los obstáculos que han tenido que vencer estas bizarras tropas, mereciendo honroso recuerdo por la utilidad que han ofrecido con sus conocimientos, pericia y actividad, los comandantes generales y jefes, D. Narciso Clavería, D. José Paulin, D. Juan de Quiroga y Apeolaza, D. José Cabrera, D. Manuel Pavía, D. Manuel Crespo y D. José Samaniego. Hemos hecho al enemigo 282 prisioneros, apoderándonos de cuatro piezas de artillería y abundantes provisiones de boca y guerra: nuestra pérdida ha consistido en 16 muertos, 68 heridos y 32 contusos (1).»

Una á una iban cayendo en poder de los caudillos del ejército constitucional las plazas y fortificaciones carlistas de Aragon y Valencia.

La suerte estaba echada,—podemos decir como el vencedor de Pompeyo—y en el libro de los destinos aparecia escrito que la causa de la legitimidad debia sucumbir en breve, por entónces, á causa de la traicion infame que hubo de precipitarla.

En vano los atrevidos carlistas, D. Martin Gracia y el valiente La-Cova, intentaron tomar la ofensiva, atacando á Soneja y Onda, á Villafamés y Lucena: en todas partes sufrian descalabros considerables las armas de la legitimidad, como si el cielo se hubiese cansado de protegerlas.

(1) *Gaceta de Madrid*, parte ya citado.

El brigadier Pavía derrotó en 22 de Marzo á estos dos esforzados capitanes en las inmediaciones de Novaliches, haciéndoles 60 muertos, muchos heridos y 72 prisioneros.

El coronel Zurbano, auxiliado por la division de Ayerbe, sorprendió en Pitarque, cerca de Alcañiz, á los batallones carlistas 6.° y 7.° de Aragon, acuchillándolos tan completamente que apénas se salvarian 100 soldados (1).

El coronel Fulgosio se apoderó, casi sin resistencia, del fuerte de Villarluengo; y el Conde de Belascoain, después de una insignificante escaramuza, ocupó el de Peñarroya, que habia la guarnicion abandonado, persiguiendo á ésta en su fuga hasta rendirla prisionera, á la cabeza de su pequeña escolta de lanceros.

Y el mismo general Leon, eficazmente auxiliado por Zurbano, derrotaba á Bosque en las cercanías de Alcañiz; sorprendia, en Beceite, á la segunda brigada de Aragon, mandada por D. Joaquin Boisan, haciéndole 300 bajas, y ocupaba el hospital de Horta, haciendo prisioneros á los enfermos, físicos, capellanes y dependientes, y apoderándose de todos los utensilios que en él existian, quizá con violacion manifiesta del tratado de Lécera ó de Segura (2).

Entre tanto la division de Azpíroz se encaminaba á rendir á Alpuente, el general Ayerbe se movia contra el fuerte de Ares, y el jóven caudillo del ejército del Centro, general O'Donnell, aprestaba sus huestes para el famoso cerco de Alcalá de la Selva.

De los tres hechos de armas nos ocuparémos brevemente.

La fortaleza de Alpuente, rodeada de un profundo barranco, á manera de impracticable foso, se eleva sobre la

---

(1) *Gaceta de Madrid*, extraordinaria, 8 de Abril.

(2) *Gaceta de Madrid*, números 2004 y 2008.

cumbre de una alta roca, inaccesible por la parte Sur: es de construccion antiquísima; mas el Conde de Morella la habia hecho reparar por sus infatigables zapadores, de modo que ofrecia regulares defensas, además de su posicion.

Era entónces gobernador el jóven tortosino D. Tomás de Sanarau, y dentro de sus muros se hallaba refugiado el bravo Codorniú, último gobernador de Chulilla, curándose de la cruel herida que recibiera en el puesto del honor.

El coronel Salvador y Palacios, con algunos batallones, la protegia desde fuera.

Azpíroz apareció, por fin, delante de Alpuente con ocho batallones, seis escuadrones y numerosos trenes de artillería, al anochecer del 26 de Abril.

El gobernador Sanarau manda izar la bandera española, no la bandera negra, sobre los últimos adarves del castillo, y espera la proximidad del enemigo.

El dia 27 son embestidos los sitiados por una columna de cazadores, y rechazan á sus enemigos, no sin pérdidas por una y otra parte.

El 28, construidas ya las baterías, rompen el fuego los cañones de Azpíroz contra la plaza, destruyendo algunas obras de las más importantes para la defensa.

El 29, habiéndose practicado una mina para volar el fuerte, y estando ya señaladas tropas para el asalto, determinó Sanarau rendirse, pidiendo únicamente la conservacion de las vidas, á lo cual accedió el general Azpíroz.

En su consecuencia, fué ocupado el castillo de Alpuente por las tropas isabelinas á las once de la mañana del 2 de Mayo (1), quedando prisioneros de guerra el goberna-

(1) Calvo y Rochina, sin duda por error material, señala la fecha del 2 de Abril.

dor, otros dos oficiales que lo habian sido de Chulilla y Torre de Castro, 21 oficiales, 222 individuos de tropa, apoderándose de tres piezas de artillería, 250 fusiles y abundantes repuestos de municiones y víveres.

«Habia allí un oficial carlista — dice un historiador — que por estar herido iba con dos muletas, y encarándose al gobernador le dijo :—*Mi comandante, ¿sabe V. las condiciones bajo las cuales nos entregamos? ¿Sabe V. que sólo por gracia se nos conserva la vida?* — *Lo sé* — contesto el gobernador.—En tal caso—replicó el inválido—nada tengo que añadir.—Y volviéndose á los de la Reina, añadió: — Bien pueden VV. contar este dia por uno de los más gloriosos de la campaña. Vuelvan *VV. la vista á estas fortificaciones, y digan si podiamos aún resistirnos.... Mas no es esto lo que siento,* SINO DEBER Á LA TRAICION UNA ENTREGA *que por la fuerza seria imposible.....*

«Y retirándose al interior de la plaza, empezó á rasgarse los vendajes y revolcarse por tierra, lleno de rabia y desesperacion. Luego al salir del recinto.... quedándose el último, se volvió hácia los muros y exclamó :—*Adios, Alpuente : llevo el consuelo de saber que no soy yo quien te vende, ni entrega* (1).»

Ahora bien : sólo en este historiador á quien aludimos, hemos encontrado estos detalles, que hacen sospechar acerca de una traicion por parte del gobernador de Alpuente.

Desde luego es chocante que Azpíroz se determinase á sitiar á Alpuente con ocho batallones: Alpuente, posicion inexpugnable, con una defensa regular, abastecida abundantemente y defendida por 250 hombres, habria exigido los treinta batallones de Espartero que sitiaban á Castellote, plaza insignificante comparada con Alpuente.

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pag. 508.

Choca tambien á primera vista la escasa resistencia que opusieron los sitiados, á juzgar por el reducido número de bajas que tuvieron, las cuales debieron ser tan insignificantes, que ni siquiera las cita el general Azpíroz,—toda vez que no hay parte carlista—en la *Memoria* que escribió este general cristino (1), y la cual tenemos á la vista.

No sabemos, pues, á qué atenernos respecto á la conducta más ó ménos noble del gobernador Sanarau: Dios que lee en los corazones de todos, es el único que no ignora la verdad sobre los hechos misteriosos de Alpuente.

El coronel Salvador y Palacios se retiró á la fortaleza del Collado, en las inmediaciones de Alpuente, creyendo acaso en la proximidad de un ataque; mas Azpíroz no intentó siquiera el reconocimiento... Cosa rara, por cierto, y que acaso guarda alguna relacion con los anteriores párrafos.

No podemos resistir al deseo de señalar un hecho de valor, digno de encomio.

Dos cornetas del regimiento de la Princesa, Vicente Rodriguez y Juan Muñigorri, escalaron el muro, treparon por los peñascos y subieron á la brecha con la mayor serenidad y arrojo: los sitiados estaban en sus casamatas, y al apercibirse de la presencia en el muro de los dos audaces constitucionales, estos, sin esperar la lluvia de proyectiles que les amenazaba, se abrazaron á dos sacos de tierra de los mismos parapetos y cayeron rodando hasta el pié de la fortaleza sin recibir lesiones graves.

El general Azpíroz premió tanto valor, despues de convencerse de que no habian ejecutado aquel acto en virtud de ciega temeridad producida por algun exceso.

Miéntras así caia en poder de Azpíroz el fuerte de Al-

(1) Existe impresa la citada *Memoria*. — Véase la pág. 58 y siguientes.

puente, el general Ayerbe movia sus tropas en direccion de la fortaleza de Ares, llave de las comunicaciones carlistas entre la Plana y Morella.

No hay parte carlista acerca de la toma de Ares, y debemos concretarnos á trascribir la comunicacion isabelina.

Mandaba en Ares D. Francisco Beltran y Cabadés, y se rindió al enemigo en breves horas.

Véase de qué manera, segun el general Ayerbe:

«....Las dificultades que para la empresa ofrecian á mi vista aquellas escarpadas posiciones me hubieran hecho desistir, á no contar con la bizarría de mis tropas que á presencia del enemigo no saben retroceder. La fuerte posicion de mi izquierda, llamada la Muela, se hallaba ocupada por el 5.° batallon de Valencia. Sólo una subida estrecha y casi inexpugnable ofrecia, y por ella dirigí mis cazadores protegidos por los fuegos de dos piezas de montaña, y después por el 2.° batallon del Rey y 1.° de Mallorca. Mucho temí que la rendicion fuese operacion de algunos dias; sin embargo, establecí dos baterías de los obuses de montaña, y coloqué varias guerrillas de cazadores que hicieron constante fuego más de tres horas sin adelantar nada. Llenos de ardor estos valientes, despreciando la muerte que asomaba por las aspilleras del fuerte, y burlándose de las peñas que los enemigos arrojaban, se abalanzaron á la puerta y sin otras herramientas que sus manos y bayonetas la derribaron. El enemigo, aturdido, se situó en lo alto de la peña, y entónces ordené al coronel D. Ramon de la Rocha intimase la rendicion; pero si bien los enemigos se presentaron á parlamentar, desechó este jefe las condiciones por considerarlas inadmisibles. Su entereza evitó la efusion de sangre, entregándose prisioneros el gobernador D. Francisco Beltran y Cabadés con la guarnicion, quedando tambien en nuestro poder

armas, víveres y otros efectos. El enemigo ha tenido alguna pérdida, y como tantos obstáculos no pueden vencerse sin sangre, la ha habido, aunque corta, por nuestra parte, teniendo que lamentar la muerte, entre la de otros indivíduos de tropa, del bizarro capitan de cazadores del 2.º del Rey, D. José María Verona, y entre los heridos se cuenta el capitan graduado D. José Moreau (1).»

La verdad es que corrieron rumores de traicion, que no dejaron muy bien parada la fama política y militar del gobernador Beltran; pero éste, «para defenderse de las calumnias que la maledicencia levantaba—son sus palabras—y acallar los falsos rumores que habian ya llegado á sus oidos,» creyó oportuno sincerarse, en Febrero de 1846, afirmando que cumplió con su deber como militar exponiéndose á ser víctima de la tropa que mandaba por defenderse del enemigo, y «si en mí hay alguna falta—añade el documento á que aludimos—es la de haberme encerrado donde no debia ni tenía órdenes para ello....»

«Permití—continúa—que el parlamento se recibiera después de haber abandonado el fuerte lo mejor de la guarnicion, que lo verificó cobardemente al aproximarse los enemigos, después de seis horas de fuego y de tener algunos heridos sin poderlos colocar en parte alguna, ni curarlos, después de haber perdido el primero y segundo recinto por carecer de fuerzas con que defenderlos, y hasta de municiones, pues al empezar el fuego, sólo tenía en mi poder 4.000 cartuchos de fusil sin otro recurso que las piedras con que á lo último rechazábamos al enemigo (2).»

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 2006.

(2) Esta comunicacion se halla inserta en Córdova, *Vida*, tómo IV, pág. 292 y siguientes.—En el mismo libro se hallarán copias de la capitulacion del fuerte y del oficio parlamentario.

Justo es confesar que en esta comunicacion se nota cierta sinceridad que hace del Sr. Beltran una justificacion probable: invoca en ella el testimonio de todo el pueblo de Ares, y habiéndose publicado en una época en que todavía estaban en efervescencia los ódios y las pasiones políticas, no tenemos noticia de que las afirmaciones de aquel veterano carlista hayan sufrido contradiccion alguna.

Lo decimos con gusto, en honra del digno gobernador de Ares: sin embargo, en cuestiones de honra, *estamos por la claridad más clara*—como dice un insigne escritor.

Continuemos, para concluir este capítulo, refiriendo el famoso cerco de Alcalá de la Selva.

O'Donnell, después de la toma de Aliaga, se retiró á sus cantones para dar algun descanso á sus fatigadas tropas.

Mas resueltos los jefes del ejército isabelino á estrechar la línea de los carlistas, dispuso aquel caudillo dirigir su hueste contra la fortaleza del citado pueblo.

Alcalá de la Selva, villa de la provincia de Teruel, situada pintorescamente á orillas del Mijáres y entre los frondosos montes de Linares y Villarroya, guardaba en su recinto inapreciables vestigios de las edades pasadas.

Aún se ven algunos paredones construidos por los Cartagineses y Romanos, desmoronadas torres que debian su fundacion á los Arabes, y fuertes castillos levantados por los caballeros españoles de la Edad Media, que ostentan el sello del poderío feudal de aquellos tiempos.

Cabrera se aprovechó de estas reliquias de las viejas fortificaciones, y mandando repararlas convenientemente, dejó la plaza en regular estado de defensa.

D. Juan Pertegaz, el amigo de Cabrera, el leal realista de 1834, «tan sereno en la pelea — dice un cronista —

tan prudente en los consejos, tan rígido en la disciplina, tan amado de su general,» era el gobernador de Alcalá de la Selva, y apénas tenia á sus órdenes 110 soldados, de los cuales algunos fueron traidores en los momentos más críticos.

Pertegaz, nacido en 1801 en la villa de Cabra de Mora (Teruel), cayó soldado en 1819, cuando pensaba dedicarse al estado eclesiástico, teniendo casi concluidos los estudios necesarios y presentado ya para un beneficio patrimonial en la citada villa.

Hasta 1822, sirvió en la Guardia Real Walona, y luego se incorporó á las filas realistas del general Samper (Don Rafael), ascendiendo por escala y por su probado valor en diferentes acciones al empleo de capitan con grado de teniente coronel.

Retirado con la clasificacion de teniente, volvió al servicio en 1827 en el regimiento de Bailén, 5.º ligero, sirviendo hasta 1834 á las órdenes de los generales cristinos Hore, Carratalá y Azpíroz (D. Antonio), quienes lo recomendaron en diferentes ocasiones al Gobierno; mas fuese porque sus antecedentes realistas no inspirasen confianza, fuese por otras causas, el Gobierno de Madrid, en vez de complacer á los generales que se lo recomendaban, expidióle el retiro para Zaragoza, en 6 de Octubre de 1834.

A los pocos meses se hallaba Pertegaz en Aragon á las órdenes del malogrado Quílez, y luego en las filas de Cabrera.

Ya le hemos visto en diferentes combates demostrar un valor heróico; ya hemos observado con cuánta dulce ternura y sentimiento comunicó á su general la terrible nueva del fusilamiento de la desgraciada señora doña María Griñó; ya hemos hecho notar los generosos y humanos

sentimientos que se albergaban en el pecho de este valiente soldado.

Veámosle ahora en Alcalá de la Selva, defendiendo aquella fortaleza con un puñado de leales contra los batallones del general O'Donnell.

Este jóven caudillo se puso en movimiento desde Teruel y Camarillas, puntos de sus acantonamientos, en la mañana del 26 de Abril, llegando el 27 á Mezquita, al frente de trece batallones, cinco escuadrones y un poderoso tren de batir.

Fortanete, pueblo importante, situado en las inmediaciones de Alcalá, fué ocupado por las tropas cristinas sin disparar un tiro; y, al anochecer del 28, encontrábanse éstas delante de la fortaleza amenazada.

Un amigo oficioso, D. Pedro Tarin, vecino de Monteagudo, habia invitado al leal Pertegaz á adherirse al *Convenio de Vergara*, por encargo especial del general O'Donnell, escribiéndole una carta, fecha 22 de Abril, cuyos principales párrafos siguen:

«....Acabo de recibir la adjunta carta del señor general O'Donnell, y por ella verá las ventajas y la buena ocasion que se le presenta de ser feliz entre nosotros, y de librarse de una muerte segura, ó cuando ménos desgraciado para toda su vida. Medite V. su crítica y mala posicion; recuerde V. y hágase cargo que toda su vida está sirviendo, que no tiene otra carrera ni otro patrimonio que su espada. No dudo que se adherirá al *Convenio de Vergara*, y disfrutará de todas las consideraciones que obtienen los de aquel...»

La carta de O'Donnell (1) á que se alude en la anterior, decia al gobernador Pertegaz que «todo estaba dispuesto para caer sobre Alcalá y reducirla á escombros; pero que

(1) Fechada en Camarillas, á 22 de Abril.

si el gobernador se adheria al *Convenio de Vergara*, le prometia la conservacion de los galones y la proteccion del Duque de la Victoria.»

Por lo que se vé, O'Donnell no le iba en zaga á Espartero en esto de preparar los *negocios* con los enemigos, ántes de venir á las manos: verdad perfectamente demostrada ántes y después del famoso bienio de 1854-56; con los *resellados* del progreso y del moderantismo, que vinieron á formar esa *quisicosa* política llamada por buen nombre *union liberal*, y que ogaño se ha trasformado en *union montpensierista*, merced á los *cariñosos halagos* de M. Antoine d'Orleans.

Pero ni Espartero, ni O'Donnell, ni D. Pedro Tarin conocian el temple de alma del bravo Pertegaz, y se llevaron un chasco mayúsculo.

Los tres se unieron para comprarle de una manera ó de otra, es igual; y á los tres contestó el fiel carlista con una sola epístola, que trascribimos íntegra, porque seriamos criminales si suprimiésemos una palabra.

Héla aquí:

«Alcalá de la Selva, 23 de Abril de 1840.—*Sr. D. Pedro Tarin.*—Mi querido amigo: he recibido la estimada de V. de ayer, con su adjunta del señor general O'Donnell. Enterado de ámbas, manifiesto á V. francamente que estoy dispuesto á continuar con honor, y me es imposible adherirme á eso que llaman *Convenio de Vergara*, y que yo califico de *inaudita traicion*. Aceptando yo ser comprendido en esta infamia, sería tan traidor á mi causa como los demás que tomaron parte en la ejecucion de tan infernal plan. *¿Qué dirian VV. del Duque de la Victoria, si hubiese sido la oracion por pasiva?* (1). Por lo

(1) *Ecco il problema.* Pertegaz estaba en lo exacto.—¿Qué habrian dicho, en efecto, en este caso los señores constitucionales?

tanto, mi querido D. Pedro, primero es mi honor, que todas las ventajas que en ésta ó en cualquiera ocasion se me puedan presentar. Sin honor, no puedo ser feliz entre VV., ni entre nádie. Crítica y mala es mi posicion: moriré, ó cuando ménos seré desgraciado toda mi vida; pero con honor. Mi hoja de servicios responde de mis hechos y comportamiento: no tengo otro patrimonio que mi espada, seré víctima de la indigencia, pero no mancharé mi fidelidad por ninguna cosa de este mundo. Gruesa artillería, numerosas fuerzas con todo lo necesario están dispuestas contra este débil castillo y escasa guarnicion: cortísimos son los recursos de que puedo disponer para hacer frente á tan considerable superioridad. Deseo que llegue la hora de esta gloria militar, que por última vez se me presenta. Los muros de este fuerte, con dos piezas de á cuatro, harán la posible resistencia á las de á doce, diez y seis, veinticuatro y otras de los cristinos. *Pelearémos ciento ocho voluntarios* con el ardor de siempre, *contra más de diez mil contrarios*, sosteniendo la bandera que hemos jurado de nuestro Rey, en la última piedra de esta fortaleza. Reconozco el interes que tanto V. como el señor general O'Donnell se toman por mi suerte. Yo doy á VV. repetidísimas gracias, y queda singularmente agradecido su más atento S. S. Q. S. M. B.—*Juan Pertegaz* (1).»

Después de una contestacion de esta índole, modelo de caballerosidad al par que de nobleza, detrás de cuyas frases parece adivinarse el temple soberano del alma de Pertegaz, tan sereno en el combate como exacto y juicioso en el consejo, O'Donnell, despechado y lleno de ira, al verse humillado por un valiente y leal soldado de la causa legitimista, donde creia acaso encontrar un compa-

(1) Esta contestacion de Pertegaz la hemos copiado de la *Memoria de la defensa de Alcalá de la Selva*, escrita por él mismo; y en dicha *Memoria* tambien están íntegras las dos cartas de D. Pedro Tarin y del general O'Donnell. — Córdova las copia íntegras, *Vida*, tomo IV, pág. 308 y siguientes, notas.

ñero de traiciones de los Maroto, Urbistondo y Fulgosio, movió su poderosa hueste—segun hemos dicho—contra la fortaleza de Alcalá de la Selva.

Ocupado Fortanete, pasaron las tropas de O'Donnell á Alcalá, delante de cuyos muros acamparon el dia 28, ocupando con cinco batallones las avenidas de los pueblos cercanos, á fin de impedir todo auxilio exterior á los sitiados.

El mismo dia 28, una brigada estableció el cerco, miéntras várias compañías de cazadores se posesionaban del pueblo, abandonado por los habitantes, á pesar del continuado cañoneo del fuerte, no sin bastantes pérdidas de consideracion.

El 29, á la una de la tarde, estaban ya construidas tres baterías.

Rompióse el fuego á la voz de *¡Viva la Reina!* y en breve fueron destruidas las principales defensas, callando el cañon de los carlistas.

El 30 continuó el fuego horroroso de los sitiadores; mas no pudieron abrir brecha para el asalto: entónces el brigadier Clavería, jefe de E. M., á la cabeza de algunas compañías de ingenieros y minadores, trató de ejecutar una mina para volar el castillo y enterrar bajo los escombros á sus denodados defensores.

Redobló sus disparos la artillería gruesa; subiéronse obuses á la torre de la iglesia, desde la cual hacian un fuego terrible los sitiadores; escalóse un torreon principal, unido al fuerte, y demoliéronse, al choque mortífero de los proyectiles de grueso calibre, las principales obras del último recinto.

Los sitiados se batian á la desesperada.

Su gobernador les daba ejemplo,—son palabras del general O'Donnell,—arrojando á cuerpo descubierto granadas de mano, piedras, maderos y cuanto podia dañar á los

cristinos: esta defensa no es fácil describirla,—añade el jefe de los sitiadores.

Tenian ya los carlistas apagados todos los fuegos, destruidas las fortificaciones, arruinadas las torres, derribados los rastrillos, ocupada por el enemigo una parte del fuerte, abierta y cargada una mina que debia estallar como volcan destrüctor de un momento á otro, muertos ó heridos y contusos muchos de los sitiados, y todavía el bravo Pertegaz, bañado en sangre á consecuencia de una peligrosa herida, hacía tremolar la bandera española–carlista sobre las almenas del antiguo señorial castillo.

Por último habiendo sabido que algunos de sus soldados, durante la noche, se habian pasado al enemigo, reunió á los oficiales en consejo y se decidió á pedir una honrosa capitulacion.

«Mi intento era—dice O'Donnell—sepultarlos en las ruinas ó entregarlos al rigor del asalto, *porque irritaba su obstinacion* (1); mas cuando clamaban dejando su vida á merced de los vencedores, hice cesar el fuego, y no recibieron daño.»

Esto resulta del parte cristino (2).

En la *Memoria* de Pertegaz, que tenemos á la vista, se lèen los mismos detalles que cuenta el parte cristino, con escasa diferencia, sobre los sucesos de los dias 27 y 28, primeros del asedio.

Mas justo es que refiramos lo que pasaba dentro de la fortaleza.

Empezaron á notarse síntomas de infidencia en algunos soldados, en la misma noche en que fué ocupado el pueblo por los constitucionales: éstos llamaban á los carlistas que

(1) En este *generoso intento* está retratado el carácter del general O'Donnell.

(2) *Gaceta de Madrid*, números 2.008 y 2.017.

guarnecian la fortaleza y les gritaban que abandonasen á su gobernador, el cual sólo queria sepultarlos entre las ruinas del fuerte.

Pertegaz, que oyó estas voces, prohibió á sus soldados, bajo pena de la vida, hablar en ningun sentido con los enemigos.

El dia 29, entre once y doce de la mañana, se presentó un parlamentario cristino, y fué admitido: les intimó éste la rendicion absoluta, ó de lo contrario aseguraba que serian pasados á cuchillo los defensores del fuerte.

Pertegaz le despidió, dándole una contestacion negativa, y continuaron las hostilidades.

En la noche del 29 al 30, recorriendo aquel los puntos más comprometidos, se acercó al fortin llamado la *Avanzadilla*, guarnecido por un oficial y doce soldados, hizo una seña particular (convenida con el jefe de aquel fortin) para comunicarle las órdenes, y no recibió contestacion. Llamó al oficial por su nombre (1), y contestó un voluntario:

—Mi comandante, aquí no hay nádie sino yo: todos se han pasado al enemigo, incluso el oficial, pero yo no he querido seguirles.

Este leal soldado se llamaba Antonio Torres: el oficial traidor, D. Manuel Edo.

¡Vayan juntos estos dos nombres para que la posteridad dé á cada cual su merecido!

Contrariado Pertegaz por un suceso que no esperaba, y que le ponia en situacion muy crítica, no sólo por la pérdida experimentada, sino por las confidencias que el oficial traidor pudiera hacer al enemigo, reunió á los oficia-

(1) O'Donnell hace tambien mencion de este cobarde desertor. — *Gaceta de Madrid* ya citada.

les, señores Bayot, Añon (D. Joaquin) y Torrente, y enterándoles de la ocurrencia, resolvieron de comun acuerdo abandonar el puesto de la *Avanzadilla* ó incendiarlo.

Así se hizo por el bravo soldado Antonio Torres, á quien se comunicó la órden correspondiente, subiendo éste, luego de ejecutada, por una cuerda y con ayuda del mismo Pertegaz, á la muralla del castillo.

El dia 30 cuando ya todos los baluartes estaban reducidos á escombros, se presentó un nuevo parlamentario cristino, intimando la rendicion, *por segunda y última vez*.

Pertegaz contestó:

—Tengo medios para resistirme detras de estas ruinas, y el valor de mis soldados no se amengua con las contrariedades de la lucha; consultaré con ellos, sin embargo, y trasmitiré inmediatamente al general O'Donnell la respuesta.

El generoso Pertegaz habló entónces á sus subordinados, haciéndoles ver con negros colores la situacion extrema á que estaban reducidos, para librarlos acaso de un sacrificio inútil, sintetizando su discurso en estas nobles frases:

—Si resolveis entregaros, me vereis rendir mi espada al par de la vuestra: pero si decidís continuar la defensa, derramaré mi sangre á vuestro lado.

Aquellos valientes contestaron:

—No, señor, no queremos rendirnos; no queremos entregar nuestras armas á los mismos á quienes se las hemos quitado en mejores dias. ¡Viva el Rey!

—Viva el Rey!—contestó enorgullecido Pertegaz.

No obstante, aún insistió haciéndoles presente que no era un deshonor para ellos proponer una capitulacion honrosa, cuando podian decir al mundo que *los carlistas habian sido vendidos*, *pero no vencidos*, y autorizado para

ello por sus soldados, él, acompañado de un indivíduo de cada clase, propuso al oficial parlamentario una capitulacion reducida á salir con armas y bagajes del fuerte y, ó reunirse á sus compañeros, ó emigrar á Francia, siendo acompañados en este caso hasta la frontera por un oficial de Estado Mayor.

O'Donnell contestó á esta proposicion rompiendo el fuego por todas las bocas de sus cañones, y dirigiendo en seguida un asalto.

El fuerte contestó con energía y rechazaron los sitiados á los que intentaban apoderarse de las puertas, causándoles numerosas pérdidas.

Pero apoderáronse en seguida, casi sin resistencia, de la posicion llamada el *Bonete*, llave del fuerte; entónces Pertegaz, seguido por unos pocos valientes, á pecho descubierto, cayó sobre la fuerza enemiga que habia tomado aquella posicion, y la obligó á abandonarla y á huir en derrota, dejando cubierto el suelo de cadáveres.

Aquel sangriento combate, digno de titanes, fué el postrer esfuerzo de los defensores de Alcalá: Pertegaz, herido en un brazo, no pudo ocultar la sangre, que caia copiosamente, á la mirada de los voluntarios, y éstos pidieron capitulacion.

«En esta apurada situacion — dice Pertegaz — dispuse tocar á parlamento, y los enemigos, sin parar el fuego, gritaban: *no hay cuartel! que mueran todos*!

»Se repite el toque hasta tercera vez, y *no siendo contestado* (1), mandé romper el fuego arrojando al mismo tiempo granadas de mano, troncos y piedras.

«A los pocos minutos, tocaron los sitiadores *alto el fuego*, y cesó en el acto por ámbas partes.»

---

(1) No honra mucho esta accion indigna al general O'Donnel.

Para concluir: á aquellos pocos valientes que se entregaron prisioneros de guerra, les concedió aún el vencedor sus equipajes,—segun la citada *Memoria*,—y la seguridad de que no serian molestados por sus opiniones políticas: capitulacion propuesta por Pertegaz en último extremo', y aceptada por O'Donnell.

Tal fué,—al decir de la *Memoria* referida,—el sitio y toma de Alcalá de la Selva.

La pérdida de los carlistas consistió en 17 muertos, 26 heridos (entre ellos, de gravedad, los oficiales D. Joaquin Añon y D. Angel Otovia) y muchos contusos; de manera que componiéndose la fuerza que presidiaba la fortaleza de *ciento ocho* soldados, apénas quedarian sanos algunos pocos, en el acto de rendirse.

O'Donnell fija su pérdida en cinco muertos, 25 heridos y 22 contusos—lo cual, dichó sea en verdad, no creemos—y anuncia en el parte haber hecho 95 prisioneros, y apoderádose de dos cañones y considerables repuestos de víveres y municiones (1).»

Poco á poco sucumbian ante el formidable ejército de Espartero, los últimos heróicos restos del ejército carlista.

Pero sucumbian con gloria, engalanando su vendida bandera con eternos y purísimos laureles,—como si aquellos bravos que aún luchaban en Aragon y Valencia hubiesen querido lavar con su sangre, derramándola á torrentes, las manchas ignominiosas de Vergara, Lecumberri y Urdax.

(1) *Gaceta de Madrid* ya citada, parte de O'Donnell.

CAPITULO IV.

Cabrera.—Mora de Ebro.—A Morella.—Vall de Ladres.—Abandono de Cantavieja.—La Cenia, Montan y Begis.—Toma de Morella.—A Cataluña.—Berga.—Ultimos desastres.—Adios, pátria mia.—En Francia.

Vamos á escribir las últimas páginas de la campaña memorable de 1840.

Vése por momentos cuál se rompe en mil pedazos y cómo cae derrumbado el gigantesco edificio que levantó Cabrera en Aragon y Valencia sobre los cimientos que habian preparado los Carnicer, los Marcovall y los Quílez, despues de siete años de combates.

Pero cae con gloria imperecedera, guarnecido de laureles inmarcesibles, que la fama conservará hasta el dia supremo, á semejanza de aquellos atletas de los circos romanos que sólo caian, acosados por el número, sobre una sangrienta pira de gladiadores vencidos.

Chulilla! Castellote! Aliaga! Alcalá de la Selva! Nombres que guardará la historia heróica de la sin par hidalga nacion española, como si fuesen gloriosas etapas del postrer camino que recorrieron las armas legitimistas en la asoladora lucha de los siete años.

Admira en verdad aquella obstinacion que demostraron los Codorniú, los Marcó, los Macarulla, los Pertegaz, tantos otros esforzados varones, en luchar contra la adversa suerte, disputando hora por hora, minuto por minuto, la victoria al poderoso ejército que Espartero acaudillaba,— quizá no dándose cuenta, en medio del frenesí de su desesperacion, del miserable estado á que se veian reducidos, por intrigas y traiciones, los poco ántes formidables tercios del augusto desterrado de Bourges, del bondadoso Cárlos V.

Traidores hubo tambien en las filas de Cabrera....

¿Por qué no haberlos, cuando el oro y los halagos isabelinos compraban la traicion á subidos precios—como si fuese mercancía indigna el honor de los caballeros y el valor del soldado?

Pero si tenemos en cuenta que fueron estos bien pocos y que los más permanecieron leales y bravos hasta el postrer momento, justo es presumir que deberia estar orgulloso de sus soldados el ilustre Conde de Morella.

Mas ¿qué hacia mientras tanto este varon insigne? ¿Dónde se hallaba cuando caian destruidos por el plomo y el hierro de los cristinos los muros de Castellote y Aliaga? ¿Cómo no corria, montado en su raudo corcel de batalla, en socorro del pundonoroso Pertegaz, de su leal amigo, si éste se veia rodeado en Alcalá de la Selva por las tropas victoriosas de O'Donnell?

Cabrera sólo habia salido de una enfermedad peligrosa, para caer en otra más peligrosa todavía: parece como que, estando decretada la ruina de los partidarios de la legitimidad dinástica, el destino adverso se complacia en prepararla por todos los medios.

El ejército carlista de Aragon y Valencia, modelo de lealtad y bravura, al ver caer en poder de los cristinos

los mejores baluartes, se preguntaba con cierto sombrío recelo:—Dónde está D. Ramon? ¿Qué hace nuestro general? Nosotros queremos verlo!

Y como los jefes, que no ignoraban el estado del Conde de Morella, procurasen calmar los agitados ánimos de los voluntarios con palabras de esperanza, pero sólo con palabras que no se cumplian, cundió la voz por las filas de que Cabrera habia sido envenenado; que su muerte sobrevendria muy en breve, después de una terrible agonía, porque un tósigo devoraba las entrañas del ilustre caudillo tortosino (1).

Creencia que parecia confirmar la extraña enfermedad de que nuevamente adolecia Cabrera, teniendo en cuenta que se habian frustrado dos nuevas tentativas de asesinato dirigidas contra el valeroso jefe carlista (2).

No era cierto, sin embargo.

El Dr. Hernandez (D. Roque), consultor supernumerario y cirujano mayor del ejército de Cataluña, comisionado por el mismo Rey, en órden de 9 de Mayo de 1840 (3) para la asistencia del general Cabrera, declara en su informe que éste, «reducido á la armazon huesosa, cubier» ta de débiles músculos y de piel,» padecia una enfermedad, que fué calificada por el Dr. Sevilla de *tos ferina*, «afeccion catarral intensa, pertinaz, con fiebre, expecto-

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 318.

(2) Un miserable llamado José Guarch fué fusilado en Morella, convicto y confeso de haber querido intentar semejante crímen, para lo cual habia recibido 80.000 rs. y el empleo de capitan.—Otro miserable por el estilo, que confesó su designio malvado y descubrió á las personas que le enviaban para realizarlo, «fué perdonado en atencion á su corta edad y arrepentimiento.»—*Boletin del Ejército Real*, 17 de Octubre de 1839.

(3) Fechado en Bourges.—Puede leerse en Córdova, *Vida*, tomo IV.



»racion y vómitos,» que «á los 50 dias de padecer horrible »tos, empezó á ceder la enfermedad, rebajándose la fiebre »primero y extinguiéndose después con bastante lentitud.»

«Observamos en él —dice un testigo ocular —cierta es»pecie de alelamiento, que nos daba gran cuidado; cui»dado que subia de punto á medida que llegaban á nuestros »oidos las noticias de las contínuas pérdidas de plazas »fuertes, las deserciones, las infidencias y otras malas nuevas (1).»

En Mora de Ebro—donde, como sabemos, se hallaba— las dolencias se aumentaron con un carácter tan alarmante, que el mismo enfermo pidió que se le administrasen los últimos sacramentos de la Iglesia, incluso la Extrema-Uncion.

Recibióse á poco la noticia de que el general Leon, y Zurbano, dueños de Horta y Beceite, avanzaban hácia Mora de Ebro, y fué trasladado, por Benisanet, Cherta y Ulldecona á la Cenia, donde llegó el 1.° de Mayo, sufriendo en el camino violentísimos dolores, toses y náuseas.

Con tiempo se hizo esta traslacion, porque el Conde de Belascoain llevó sus tropas á las fortalezas de Mora de Ebro, y después de haber derrotado á los batallones carlistas que en la cordillera del Este se apercibian á disputarle el paso, avanzó hácia el pueblo, «cuyos defensores, »no creyéndose capaces de impedir la toma del fuerte, »que carecia de apoyo exterior, lo abandonaron,» y el general Leon mandó que fuese arrasado (2).

Forcadell, el general en quien Cabrera tenía más confianza, estaba al frente de los sucesos desde los primeros dias de la enfermedad de éste, en virtud de un dictámen

---

(1) *Relacion de la enfermedad* etc., ya citada.
(2) *Gaceta de Madrid*, núm. 2.008.

acordado en consejo de oficiales generales; pero la situacion era ya muy crítica para no poner en conocimiento del Conde de Morella, á quien todo lo posible se le ocultaban tantos desastres, los últimos adversos sucesos para las armas carlistas.

Como éste se hubiese mejorado bastante en la Cenia, resolvióse en junta noticiarle todas las desgracias sobrevenidas con dolorosa insistencia durante su enfermedad.

Pero Felipe Calderó se adelantó á esta combinacion y dijo francamente á su entenado:

—Hijo mio, nuestros asuntos van mal, cada dia peor: hemos perdido á Segura, Castellote, Aliaga, Alpuente y Alcalá.... Qué hacemos, Ramon?

«Al oir estas palabras siniestras—dice un testigo presencial, el autor de la *Relacion* citada tantas veces—desfallece Cabrera y cae en un parasismo mortal. Vuelto en sí, llama á los de la comitiva y exige explicaciones claras y detalladas de todos los acontecimientos.

—Qué es esto, señores?—dice—yo he sido engañado; con qué derecho se me ocultan tamañas novedades?

»Trabósele la lengua, y un movimiento convulsivo se apoderó de todos sus miembros, no pudo continuar, y aquellos ojos medio apagados centellearon un momento para echar rayos de cólera y desesperacion.

—La enfermedad de V. E. y la conservacion de su vida, tan cara para nosotros (dijo uno de los circunstantes), nos han hecho guardar silencio hasta hoy.»

En fin; habiéndosele dicho que el ejército anhelaba verle, puesto que se le creia muerto, y la desercion y la indisciplina progresaban en las filas, dijo:

—Estoy pronto: que me lleven á los campamentos, y puesto que Dios así lo dispone, buscaré la muerte al lado de mis camaradas. Vamos á Morella, señores.

En efecto: á las ocho de la mañana del 3 de Mayo salió para Morella, escoltado por una compañía de granaderos tortosinos y algunos Ordenanzas, al mando del bizarro capitan, teniente coronel graduado, D. Pablo Alió, cuyo nombre repetimos, siempre que la ocasion se nos ofrece, con un sentimiento nobilísimo de entusiasmo y cariño hácia el bravo y sereno conquistador de Morella (1).

Pernoctó la comitiva en Chert, donde se reunieron los batallones aragoneses y dos escuadrones, que fueron revistados el 4 por el Conde de Morella, en gran parada, y les animó con una corta, pero enérgica arenga (que pronunció en voz alta el coronel Gonzalez, repitiendo los apagados ecos del general), á permanecer fieles á la causa y á tener confianza en su general.

—Sí, D. Ramon; sí, mi general,—contestaron entusiasmados aquellos valientes.

En seguida, después de haber mandado ejecutar un acto de justicia (2), caminó en direccion á Morella, en cuyo punto entró, entre el repique de campanas, el estruendo de las salvas de artillería y las aclamaciones frenéticas del pueblo y del ejército, á las seis de la tarde.

(1) Vean VV. lo que son las cosas: ogaño saltan los cabos y sargentos de 1866 á comandantes y coroneles, en 1869 y 1870, merced á los *recuerdos* del cuartel de San Gil, á la *gloriosa* setembrina y al *porque sí* de D. Juan Prim y Prats. Antaño, en aquella guerra de titanes, que asombró al mundo, el ejército realista nos ofrece el ejemplo de D. Pablo Alió, el que tomó á Morella, capitan en 1838 y capitan en 1840.—Como este ejemplo podriamos citar otros muchos: Pertegaz, bravo entre los bravos, amigo íntimo de Cabrera, comandante en 1836 y coronel en 1840, después de *cuatro años* de combates sangrientos y hazañas incomparables.—Hoy se *progresa* en muchas cosas.... pero se *retrocede* en dignidad!

(2) Mandó fusilar al oficial D. Mariano Cabañero, hijo del *convenido* D. Juan, por infidencia.

Inspeccionó los almacenes y fuertes, pasó otra revista como la de Chert, á las tropas allí reunidas y, aunque débil, calenturiento y atormentado contínuamente por golpes horribles de tos, que aniquilaban completamente sus escasas fuerzas, empezó á inspirar aliento y brios en el corazon abatido de los suyos.

¡Ay!—Escasos fueron estos momentos de alegría y esperanza: cada dia llegaban noticias de nuevos desastres.

El general Leon, arrasado el fuerte de Mora y el de Flix, dispuso dirigirse sobre Gandesa, miéntras Zurbano cruzaba á Valderobres: el brigadier carlista Arnau ocupó, á fin de impedir el paso al primero, las montañas de Vall de Ladres, posiciones ventajosas inmediatas á la carretera, y presentó la batalla.

Tenia Arnau á sus órdenes tres batallones (el 2.º de Tortosa y 2.º y 3.º de Mora), el escuadron de tiradores del 1.º de Aragon y 300 voluntarios realistas, demasiado bisoños aún.

Apareció Leon con siete batallones, y la correspondiente fuerza de caballería y artillería, conduciendo un convoy de heridos y enfermos, y el brigadier carlista cayó sobre la retaguardia de aquel, al frente del 2.º de Mora, miéntras el coronel Pons, con el 2.º de Tortosa, atacaba por el flanco derecho al enemigo.

El 3.º de Mora y los voluntarios, quedaron de reserva.

Atrevido fué el ataque y bien pronto se hizo general, tomando parte en el fuego todas las tropas: luchaban con energía las escasas fuerzas carlistas contra un enemígo tan poderoso, sosteniendo encarnizada pelea desde las seis de la madrugada hasta la una de la tarde del 10 de Mayo, causando á Leon bastantes pérdidas; mas de pronto ordena éste un brusco ataque de la caballería en el centro

de los batallones realistas, desorganízanse éstos, engéndrase la confusion en las filas y comienza la retirada por escalones, con baja de tres muertos y 17 heridos, apoyada por el escuadron de tiradores que no perdió la serenidad durante los momentos de desórden.

Así resulta de los diarios carlistas.

El Conde de Belascoain, por su parte, dice que Arnau, con cinco batallones, 500 voluntarios realistas y 200 ginetes esperóle en las montañas de Vall de Ladres.

«Convencido — dice en la *Gaceta* — de la imposibilidad de sacar ventaja, admitiendo el combate en los puntos que el enemigo deseaba, continué el movimiento para atraerlo á un terreno más fácil, y aunque con suma prudencia, siguieron á retaguardia, hasta que dispuse que el primer batallon del primer regimiento de la Guardia Real se encargase de los enfermos y convoy, y con los seis restantes ordené el ataque general, ejecutado con decision y arrojo. Vencidos y perseguidos los enemigos desde las seis y media de la madrugada hasta la una de la tarde, continué la marcha con pérdida de cinco muertos y 30 heridos, siendo muy superior la del enemigo (1).»

Pocos dias ántes, habia dicho tambien el general Leon al Gobierno de Madrid:

«Los rebeldes, temerosos sin duda de los aprestos reunidos para atacar á Cantavieja, han abandonado esta plaza, incendiando ántes la poblacion y llegando su barbárie hasta el extremo de quemar su mismo hospital, con los heridos y enfermos que no pudieron marchar. Los fuertes están intactos, y en ellos la artillería gruesa, aunque clavada, sin que llevasen á efecto el intento de volarlos como lo tenian dispuesto, segun los preparativos (2).»

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 2.025.

(2) *Gaceta de Madrid*, número 2.020.

Asombro causa, y tambien vergüenza, que se mienta con tanto descaro, en las comunicaciones oficiales, por un general en jefe, que está obligado, por deberes de conciencia y de honor, á decir la verdad al Gobierno que deposita en él su confianza, y al pueblo que espera el resultado cierto de sus sacrificios — que no eran pocos en aquella época.

Ya conocemos el desparpajo — perdónesenos la palabra — con que mentian los generales del ejército cristino, cuando las mismas Córtes Constituyentes de 1837, tomaron enérgicas medidas para aclarar la verdad de muchas cosas que ocultaban ó embrollaban aquellos (1); pero francamente, dudamos de que exista una comunicacion semejante á la que antecede, en la cual hay más mentiras que palabras.

Nuestros lectores juzgarán sin pasion cuando sepan lo ocurrido en Cantavieja.

Era gobernador de esta plaza, primer baluarte carlista en Aragon, centro de las operaciones de Cabrera y base en cierto modo del progreso de sus armas, hasta la toma de Morella, el coronel D. Manuel de Marconell y Gasque. que habiendo servido en el ejército de Cataluña, estaba agregado al Estado Mayor del Conde de Morella en 1838 (2).

Las fortificaciones de la plaza, *por motivos que me abstengo de calificar* — dice un testigo presencial (3) — se hallaban en mal estado de defensa, cuando las fuerzas de

(1) Véase el tomo I, pág. 371 y siguientes de esta obra.

(2) En Mayo de este año, 1870, han publicado los periódicos legitimistas un manifiesto de este caballero, hoy general de D. Cárlos VII, del cual habrémos de ocuparnos.

(3) *Memoria sobre el abandono de Cantavieja*, escrita por el comandante D. Vicente Ceballos.

los generales O'Donnell y Ayerbe la bloqueaban con rigor y aprestaban un material inmenso para proceder á su conquista — conquista necesaria para las armas cristinas, después de los sucesos referidos, si pretendian avanzar sobre Morella, capital de la dominacion carlista.

Sin embargo, se ocupaban en reparar las fortificaciones todos los soldados, animados por el ejemplo de los oficiales, que eran los primeros en el material y duro trabajo, y la disciplina y el entusiasmo se conservaban en toda su integridad entre aquellos valientes.

Sucedió, en prueba de esto, que un parlamentario cristino se acercó á la plaza en uno de los primeros dias de Mayo, y habiendo mostrado el gobernador deseos de admitirlo, y divulgádose la noticia entre los voluntarios, éstos se amotinaron al grito de ¡*Mueran los traidores*! ¡*Mueran los cobardes! ¡El gobernador nos ha ofrecido no parlamentar*!

Pues bien: ¿qué sucedió en aquellos dias, cuando estos mismos entusiasmados voluntarios se desmoralizaron en tales términos que hubo de apelarse, para evitar mayores males, al abandono de Cantavieja, la plaza más querida, después de Morella, del general Cabrera?

Que la traicion se anidaba tambien dentro de aquellos muros.

Misterios son estos, sin embargo, que no tendrán aclaracion completa sino el dia en que la historia recoja muchos datos que hoy nos faltan, y cuya reunion es imposible.

No se parlamentó: al contrario, habiéndose divisado al oficial cristino desde las murallas de la plaza, se hizo oir el toque de retirada, y restablecióse el órden.

Mas el dia siguiente hubo nuevo motin, á consecuencia de haberse repartido malas raciones á la guarnicion, apa-

reciendo como instigadores de estas conmociones los voluntarios realistas de Cantavieja (no los soldados de línea), quienes tenian proyectado—al decir de la *Memoria* citada—vender la plaza al enemigo.

Descubrióse la conspiracion, no tan á tiempo como se quisiera, puesto que el segundo jefe de aquellos y algunos de sus cómplices pudieron evadirse de la plaza y pasarse á las filas de O'Donnell; mas todavía fueron fusilados dos oficiales, á quienes se les probó el delito.

No obstante, la desercion aumentaba, y para ver de resolver lo conveniente en unas circunstancias tan críticas, reunidos los oficiales en junta determinaron ponerlo todo en conocimiento del Conde de Morella, encargándose de esta expedicion arriesgada el comandante D. Juan Contin, quien la desempeñó con fortuna y brevedad, cruzando por en medio de los campamentos enemigos hasta llegar sano y salvo á Morella y regresar en seguida á Cantavieja.

Cabrera, oido el parecer del Consejo de oficiales generales, dió órden verbal de evacuar la plaza, prévio el incendio de los fuertes y la salvacion de los heridos y guarnicion.

Así se efectuó en el siguiente dia, sin perder un solo hombre.

Tal resulta de la *Memoria* escrita por el Sr. Ceballos, comandante del 4.° de Aragon, de guarnicion en la plaza, y testigo, por lo tanto, y actor en aquellos sucesos.

Noten, pues, nuestros lectores la diferencia que existe entre esta relacion y el parte del general O'Donnell.

¿Cómo creer lo que afirma este jefe isabelino, acerca del abandono en que dejaron los fugitivos á los heridos que existian en los hospitales de Cantavieja?

Y ¿cómo creer que los abandonaban, segun el general

O'Donnell, poniendo ellos mismos las llamas del incendio en los edificios donde aquellos infelices se albergaban?

Además, adviértese una contradiccion palpable en las escasas líneas que contiene la comunicacion isabelina: ¿es de suponer, en efecto, que los carlistas *incendiasen la poblacion, y dejaran intactos los fuertes*; que *llevaran su barbarie* hasta quemar el hospital y *que no se cuidasen de destruir las sólidas obras de defensa* que dejaban al enemigo?

«Yo cerraba la retaguardia—dice terminantemente Ceballos en su *Memoria*—con las compañías de granaderos, primera y quinta del 4.° de Aragon *después de haber volado el castillo*, comision que me fué confiada (1).»

Casos parecidos se nos han presentado, bien á menudo, en que un general cristino afirma lo contrario á lo que asegura el general carlista; mas achaque siempre fué de D. Leopoldo O'Donnell desfigurar los hechos y pintarlos á su gusto—en tanto que le fuera posible:—testigos sean los sucesos políticos posteriores en que ha intervenido este hombre público, desde el manifiesto y bombardeo de Pamplona, hasta la fazaña de Vicálvaro y el programa de Manzanáres; desde los incendios de Valladolid y el ametrallamiento de la Corte, hasta la paz de Vad-Ras y las sangrientas hecatombes con que terminaron los incomprensibles hechos del 22 de Junio de 1866.

La historia del general O'Donnell—segun hemos probado en otros escritos—que por sus condiciones de valor y caracter hubiera podido ser la gran figura de nuestra época,—ha quedado reducida, pese á sus encomiásticos biógrafos, á la de un oligarca militar de audacia y fortuna.

Perdónesenos esta pequeña digresion.

Cabrera, desde Morella, avanzó hacia la Cénia, cuan-

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 330.

do supo, por un confidente de Ulldecona, que O'Donnell avanzaba hacia el mismo punto: en 20 de Mayo se avistaron, en efecto, las dos huestes enemigas y se ofrecieron mútuamente la batalla.

El parte isabelino cuenta este primer combate de la Cénia de este modo:

«.... Los enemigos, superiores en infantería, eran próximamente iguales en caballería. Apoyando su derecha en el pueblo, el grueso de sus fuerzas estaba en las colinas inmediatas. Cabrera con su Estado Mayor ocupaba la meseta más dominante: allí dirigí el ataque. La columna de cazadores la confié al coronel Ruiz, y en su apoyo seguian tres batallones, conducidos por el Marqués de las Amarillas. La caballería, reunida al mando del brigadier Schelly, seguia el flanco de los cazadores, prontos á arrojarse sobre los batallones rebeldes. El brigadier Pavía, á la cabeza de un batallon, estaba destinado á envolver la izquierda de la línea enemiga: el ataque de la extrema derecha lo encargué al coronel de Estado Mayor D. Bernardo Cotoner. La presencia de Cabrera, las noticias de prontos socorros, y otros ardides estimulaban á los suyos y les excitaban á empeñar la accion con muestras de hacerla obstinada y sangrienta. No duró largo tiempo este ardor: los cazadores no se detuvieron á hacer fuego: Pavía marchó decididamente: Cotoner ocupó el pueblo, y las fuerzas de Cabrera se pronunciaron en retirada hácia las asperezas de Beceite, acantonándose mis tropas en la Cénia (1).»

Y en otro parte más detallado del combate de la Cénia añadia el general O'Donnell:

«....Esta accion, feliz para nuestras armas, ha sido costosa al enemigo; pero su pérdida, grave sin duda, no

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 2.033.

basta á templar mi dolor por la sangre vertida de mi hermano Enrique, sufriendo igual suerte otros oficiales, entre ellos el comisionado inglés Mr. Askwit y hasta 70 soldados (1).»

O'Donnell, al decir de estos partes, acaudillaba seis batallones, tres escuadrones y una batería de montaña, lo cual no confirman los partes carlistas.

Segun éstos, extractados por un historiador (2) de los diarios del Estado Mayor de Cabrera, este bravo caudillo, con cuatro batallones (1.° y 2.° de Mora, 2.° y 3.° de Tortosa), 80 caballos del 4.° escuadron y tiradores del primer regimiento, ofreció la batalla contra ocho batallones, cuatro escuadrones y una batería de á lomo que mandaba O'Donnell. El segundo de Tortosa se colocó en el monte inmediato al cementerio, con el fin de impedir el avance del ala derecha enemiga: el primero de Mora formó en columna en las afueras del pueblo para apoyar la retirada del general, que con la caballería practicó un reconocimiento del terreno, miéntras los batallones segundo de Mora y tercero de Tortosa se posesionaban del Martinete y alturas inmediatas, donde convenia atraer á O'Donnell.

Replegó éste sus fuerzas sobre el punto denominado vulgarmente el Calvario, y divididas en tres columnas, se dirigieron, una al pueblo, otra contra el general, y la tercera atacó al segundo de Tortosa, que resistió con bizarría las primeras acometidas de los isabelinos; pero no pudiendo hacer frente mucho tiempo á unas masas tan numerosas, se replegó por escalones, cuyo movimiento paralelo seguia el Conde de Morella por la llanura hasta que se incorporaron á la reserva. La accion empezó con

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 2.043.
(2) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 337-39.

mucho denuedo por ámbas partes, y hubo punto que se ganó y perdió consecutivamente seis ó siete veces. En estos hechos tomaron parte los jefes Lluis, Tallada y Ceballos, y las compañías de tiradores de los mismos cuerpos, dirigidas por los intrépidos capitanes Cortecero y Vallés.

Los esfuerzos de los cristinos,—al decir de los carlistas en el diario citado,—fueron infructuosos, y sosteniendo unos y otros las mismas posiciones inmediatas, continuaron todo el dia un fuego muy nutrido, hasta que, llegada la noche, se retiró O'Donnell á la Cénia, con pérdida de 37 muertos y más de 200 heridos.

Así resulta de los documentos citados.

Cabrera, que apénas podia tenerse sobre el caballo, débil y calenturiento, segun el doctor Hernandez (1), hizo prodigios de valor en esta ocasion, como previendo que se le presentarian pocas, en la campaña de 1840, próxima á terminar, para hacer un esfuerzo por la noble causa que con tanto teson defendia.

Los diarios carlistas hacen tambien honrosa mencion de casi todos los leales jefes y oficiales de aquellos batallones (2) que se batieron en la Cénia, encomiando la temeridad del bravo general Forcadell, el valor sereno del intendente general del ejército de Aragon, Valencia, Múrcia

(1) *Informe* citado.

(2) Ocúrresenos ahora una cita muy curiosa.—El Sr. Gutierrez de la Vega, ex-gobernador de Madrid y de la Habana, en un largo escrito que publicó *La Epoca* (de Madrid), y reprodujo el *Diario de la Marina* (de la Habana), relativo á la funesta insurreccion cubana, decia entre otras peregrinas cosas:

"…. Después de firmarse el célebre Convenio de Vergara…. Cabrera, *con cuatrocientos hombres*, mantuvo la guerra largos meses en las montañas de Aragon y Valencia…."

¿Dónde habrá estudiado la historia contemporánea el Sr. Gutierrez de la Vega, ex-director del famoso periódico *El Leon Español*?

y Cataluña, Sr. Diaz de Lavandero (D. Gaspar), «que estuvo todo el dia constantemente al lado de Cabrera, y le mataron el caballo;» el arrojo del brigadier Domingo y Arnau, y de los coroneles Ojeda, Feliú, Pons, Tallada y de otros muchos valientes cuya enumeracion sería enojosa, sin que por esto nos olvidemos de citar al intrépido capitan Alió, el conquistador de Morella.

Un error se nos figura que se ha deslizado en cierto historiador isabelino, al hacer la reseña de esta penúltima batalla en el Maestrazgo.

«D. Enrique O'Donnell,—dice el cronista de Espartero (1), — que habiendo abrazado desde el principio la causa de D. Cárlos, luchaba á muerte con su hermano don Leopoldo, sacó su cuerpo acribillado de heridas en la liza que acababa de fijar la victoria al lado de este último.»

De donde parece desprenderse que D. Enrique se hallaba aún en las filas carlistas en el combate de la Cénia.

Lo cual, sin embargo, no admitimos.

D. Leopoldo O'Donnell, al dar la noticia de la herida de su hermano, deja ver claramente que éste se hallaba á su lado; y el diario carlista que hemos extractado, después de señalar la pérdida de los constitucionales, añade:

«...Entre los heridos se halla un hermano de O'Donnell, segun nos dijeron los paisanos (2).»

Si D. Enrique hubiera estado en la Cénia con los carlistas, no necesitarian éstos la noticia de *los paisanos* para saber que aquel estaba herido de gravedad.

Por lo demás, creemos que D. Enrique procedia de los

(1) Florez, *Historia de Espartero*, tomo III, pág. 377.

(2) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág 339.—Calvo y Rochina refiere que la herida de D. Enrique O'Donnell fué en la accion segunda de la Cénia (que más tarde describirémos), lo cual no es exacto. — *Historia*, pág. 520.



ya *convenidos* en Vergara — como los Urbistondos, los Fulgosios, los Cabañeros, etc., etc. — que *hacian méritos* ahora en las filas constitucionales.

Por todas partes le seguia á Cabrera su adverso destino.

Como si el triunfo de Carboneras hubiese sido el último paso en la senda de la victoria, desde aquel momento comienza á palidecer la estrella del Conde de Morella y sólo se ven desventuras y desastres en torno suyo, siquiera fuesen rodeados casi todos de gloriosas aureolas.

Ántes del combate de la Cénia, se habian abandonado por sus defensores los fuertes de Villa-Hermosa, San Mateo, Benicarló y Ulldecona; unos por reconcentrar las fuerzas en puntos más seguros, puesto que no podian oponer formal resistencia á los elementos de que disponian los isabelinos; otros, porque las infidencias y traiciones se multiplicaban en aquellas infelices postrimerías del ejército carlista de Aragon y Valencia.

De manera que apénas quedaba en pié la fortaleza de Morella y algunos otros fuertes de escasa importancia, que parecian como olvidados por las líneas enemigas.

El fuerte de Montan, aquel delante de cuyos muros retrocedió Van-Halen, ántes de la tentativa sobre Segura, fué abandonado por los carlistas, en cuanto se divisaron desde las almenas las tropas del brigadier cristino Villalonga, quien le ocupó en seguida, lo incendió y redujo á miserables escombros.

El de Bejis, sitiado por Azpíroz, se resistió con buen éxito por espacio de dos dias, contra el fuego horroroso de la division cristina que le asediaba; mas habiéndose persuadido su gobernador de que no podia esperar auxilio, ni escapar de la rendicion delante de un enemigo tan poderoso, intentó fugarse, á favor de la oscuridad de la noche del 21 de Mayo; «pero observada la fuga por los

escuchas, fueron muertos siete y aprehendidos 14, salvándose el gobernador con cinco indivíduos más. Los restantes, hasta el número de 119 — añade el parte isabelino, puesto que no le hay carlista — cayeron prisioneros. En el fuerte habia tres piezas de artillería y repuestos de municiones y víveres (1).

Hemos llegado al sitio de Morella, última jornada de la campaña del Maestrazgo.

Era gobernador de la plaza el brigadier D. Pedro Beltran (ya citado en esta historia várias veces); segundo gobernador, el coronel D. Fernando Pineda, y teniente de Rey el de igual clase D. Leandro Castilla.

Como en el primer sitio por el general Oráa, estaba tambien ahora dividida en cuatro distritos: mandábanlos los coroneles D. Martin Gracia, D. Francisco Cases, don Pedro Martinez y D. José Torner, teniendo cada uno un suplente, que lo eran los coroneles Águilera (ayudante de campo del Conde de Morella) y Salinas, y los comandantes Quirós y Viscarró.

Mandaba en el castillo el comandante D. José Domingo y era jefe del último recinto del mismo punto el Sr. D. Antonio Baima; la artillería estaba á cargo del bravo coronel Soler y la brigada de ingenieros al mando del teniente coronel D. Juan José Alzaza.

Presidiaban la plaza 2.095 hombres, en esta forma:

	Plazas.
Del 1.º de Tortosa...........	617
Del 5.º de Aragon...........	385
Del 3.º de Valencia..........	411
Del 5.º de Valencia...........	382
Voluntarios de Morella.......	300
Total......	2.095

(1) *Gaceta de Madrid*, número 2.030

El castillo tenia 13 piezas de diferentes calibres, y estaba defendido por dos compañías de Miñones y una seccion de Artillería y Zapadores, sin contar con los inválidos que hacian servicios de escuchas, vigilantes, etc.

En los demás recintos y murallas de la plaza, existian várias otras piezas de artillería, una carronada de á 12, un obus de 7 pulgadas y diferentes morteretes (1).

Indudablemente, que si la guarnicion hubiese estado decidida á vender caras sus vidas, ó alentada por la presencia del Conde de Morella, Espartero habria sido, por lo ménos, detenido durante muchos dias en los ásperos alrededores de la inexpugnable plaza; pero sucedió lo contrario: la guarnicion, exceptuando algunos valientes, se prestó bien pronto á capitular; y el Conde de Morella, ora fuese por hallarse aún sobre la Cénia, ora por haber fracasado una excelente combinacion que tenía proyectada para destrozar á O'Donnell, y caer después con todas las fuerzas sobre Morella, lo cierto es que no se precipitó á socorrer á la amenazada plaza, cuyo nombre glorioso llevaba esculpido en su título nobiliario.

No es nuestro ánimo inculpar al general Cabrera.

Léjos de eso, conocemos perfectamente que los acontecimientos eran poco á propósito para aventurarse á una funesta derrota, causando quizá el exterminio de su heróico ejército, cuya conservacion y bienestar debe ser el primer cuidado de todo general que su obligacion comprende.

En efecto: Cabrera, que «era entónces—como dice la *Relacion* citada —un cadáver, una sombra, que no podia

---

(1) Extractamos estos datos de la *Memoria sobre la toma de Morella*, escrita por D. Pedro Pablo Pallarés, presbítero, capellan del 1.° de Tortosa, testigo presencial.



andar, ni montar á caballo, ni dormir,» conservaba no obstante su energía de espíritu, después de haber salido de aquella especie de alelamiento en que le habia sumido la intensidad del mal, y tenía el osado pensamiento de batir á O'Donnell.

«En el pueblo de Canet—dice él mismo en sus *Memorias*—distante dos horas de Rossell, estaba acantonada una columna enemiga, y para sorprenderla, mandó al general Forcadell y al brigadier Polo que concentrase sus fuerzas sobre los pueblos llamados *la Tenencia de Benifasá*, situados en lo interior de los puertos, para desde allí caer sobre Canet, por medio de una marcha muy rápida, miéntras yo por la noche, con seis batallones y la caballería verificaba la sorpresa, dejando emboscado el resto de mi fuerza en la hondonada de Cervol, entre Canet y la Cénia, único camino que podia seguir O'Donnell si trataba de proteger á la columna sorprendida. Suponiendo que este plan tuviese buen resultado, es decir, que verificada la sorpresa batiésemos después á O'Donnell, era mi intento seguir con todas las fuerzas reunidas al socorro de Morella. Sometido este plan á una junta que reuní, compuesta del mariscal de campo Forcadell, intendente general Diaz de Lavandero, brigadieres Polo y Arnau, los jefes de Estado Mayor de las divisiones, y algunos ayudantes de campo, fué aprobado por unanimidad.»

Y efectivamente: se hostilizó al enemigo en cuanto lo permitian las circunstancias, y se situaron las fuerzas en posiciones oportunas, diestramente escogidas, para que saliese realizada la sorpresa de O'Donnell, cuyo resultado final deberia ser acaso la salvacion de Morella.

Pero se frustró esta hábil combinacion.

Entre los pueblos de Castell de Cabres y el Bojar se hallaban situadas los fuerzas de Aragon y un batallon de Va-

lencia, al mando de Forcadell, cuando fué éste sorprendido por Zurbano.

Emprendió el cristino la marcha, en la tarde del 28 de Mayo, hácia los puertos de Beceite, ocupando las ventajosas posiciones de San Miguel de Valderobles: Forcadell, entre tanto, engañado por sus confidentes, permanecia desprevenido (1).

Zurbano, al amanecer del 29, caminando con guias seguros por aquellas asperezas, llegó al Bojar sin que los carlistas conociesen la aproximacion de su adversario.

La sorpresa fué completa: apénas algunos asustados grupos se formaron en las afueras de la poblacion, no obstante la serenidad del valiente Forcadell para organizar sus tropas y resistir al envalentonado enemigo.

Trabóse una sangrienta pelea, muy encarnizada y mortífera, por hacerse las descargas á quema-ropa, y fueron arrollados los carlistas hasta las cumbres de Castell de Cabres, y aun perseguidos en estas posiciones por las victoriosas tropas de Zurbano, dejando aquellos en el campo considerable número de muertos y heridos, con 70 prisioneros y todos los bagajes que quedaron en poder de los afortunados cristinos (2).

Esta desgracia de Forcadell destruyó completamente los planes preparados por Cabrera para el socorro de Morella: el Conde se vió obligado á permanecer en sus mismas posiciones, miéntras O'Donnell, con fuerzas numerosas, acantonado entre la Cénia, Canet y San Mateo, acechaba al caudillo carlista, impidiéndole el paso y esperando el momento de acometerlo para librar el último combate.

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 360.

(2) No hay parte carlista: nos referimos, pues, á Florez, *Historia de Espartero*, tomo III.

Espartero, miéntras tanto, asediaba con rigor á Morella.

De la misma manera que lo hicimos en otra ocasion, seguirémos paso á paso los movimientos de sitiados y sitiadores en esta última celebérrima jornada del Maestrazgo.

DIA 19 (MAYO).

Cristinos.—Espartero avanza desde la Pobleta, pero es detenido por un fuerte temporal y acampa en Mas de las Matas. El Conde de Belascoain ocupa la ermita de San Márcos, hora y media de la plaza; la tercera division, al mando del general Ayerbe, se estaciona en Chiva, á una legua de distancia; la cuarta division, mandada por el general Castañeda, se situa en el Horcajo, á media jornada. En junto: se acercan á Morella más de cuarenta batallones y numerosa caballería y artillería.

Carlistas.—Conocen el movimiento del enemigo, pero aún no se divisan sus masas desde las almenas del castillo.

DIAS 20, 21 Y 22.

Cristinos.—No obstante ser los últimos dias de Mayo, el frio es horroroso y se desata un fuerte temporal de nieves, cubriéndose el campo con una nevada de más de un pié de espesor: algunos centinelas y escuchas aparecen helados. Al amanecer del 22, abonanzado el tiempo, se pone el ejército isabelino en movimiento: la caballería y artillería, detenidas por el temporal en Torre de Arcos y Monroyo, se unen á la infantería: el general Leon se adelanta hácia la ermita de San Pedro Mártir.

Carlistas.—Al amanecer del 22 se divisan ya desde el castillo las masas cristinas: elévase en éste la bandera

negra: empieza el reconocimiento del campo. Es gobernador del fuerte de San Pedro Mártir el coronel D. Antonio Camps, y su segundo el comandante Arnaled: la guarnicion se compone de 250 soldados del 3.° de Valencia, 12 oficiales y algunos artilleros y zapadores: está artillado con una pieza de á seis y un cañoncito de montaña.

DIA 23.

Cristinos.—Al amanecer llegan las avanzadas constitucionales á las colinas del Mas de Pou y la Pedrera, á media hora de Morella. Un batallon carlista es batido, en las inmediaciones de San Márcos, por la escolta del general Espartero. Practícase el reconocimiento de los reductos San Pedro Mártir y la Querola, rompiéndose el fuego contra el primero á la una de la tarde: formalízase el ataque á las cuatro: dispáranse contra este fuerte 500 proyectiles gruesos (granadas y balas rasas de á doce y dieciseis). Durante el ataque, las compañías de cazadores de los regimientos Borbon y Mallorca extienden guerrillas sobre el fuerte, siendo hostilizadas por dos compañías del 3.° de Valencia, *sin arredrarse los carlistas ante el imponente aspecto del ejército sitiador* (1). El segundo don José Arnaled sale con la mitad de la guarnicion á rechazar á los agresores, y logra restablecer las comunicaciones con la Querola, interrumpidas por el ejército sitiador. Durante la noche, el general de ingenieros Cortinez establece una batería á tiro de pistola de las troneras del fuerte, á pesar de los disparos de metralla con que la artillería de éste inquietaba á los trabajadores.

Carlistas.—Hácia los dos de la tarde, cruzan por el

(1) Palabras textuales del parte isabelino.

frente del reducto San Pedro Mártir algunos batallones constitucionales, arrastrando piezas de artillería, que son colocadas en el cerro Mallonet. Rompen los sitiadores el fuego contra la citada fortaleza: los cristinos avanzan una guerrilla, «sin duda para probar en qué sentido están nuestros soldados (dice el presbítero Pallarés en su *Memoria*), pero éstos á porfía se disputan la salida, y obligan á las guerrillas á replegarse á sus masas.» Durante la noche, aproximan los sitiadores las baterías, y el fuerte queda circunvalado.

DIA 24.

Cristinos.—Conclúyese otra batería de brecha, y es artillada con cañones de grueso calibre: el fuerte, rodeado por todas partes, blanco de un fuego terrible de todas las baterías y de fusilería, resiste audazmente y contesta con brío: «el Duque de la Victoria (dicen los partes cristinos) se impacienta por hacerse dueño de una fortaleza incapaz de resistir mucho tiempo á tan colosales medios de accion.»

Carlistas.—Á las tres de la madrugada salen dos compañías de preferencia, á las órdenes del comandante Mirálles, con algunos zapadores, con el objeto de reforzar las obras exteriores de defensa. Los enemigos se retiran hasta el Mas del Pou. Prosigue el cañoneo contra el fuerte de San Pedro y la Querola: durante la noche levanta el enemigo una nueva batería á doscientos pasos del muro. Un cañonazo de los carlistas mata á un capitan de ingenieros y 14 soldados isabelinos.

DIA 25.

Cristinos.—Redóblanse los fuegos contra el reducto: el comandante Fulgosio (D. José), con algunos centenares de

soldados carlistas, *procedentes del Convenio*, «comete el arrojo de colocarse bajo los fuegos del fuerte, en el foso, y entra en conferencia con el gobernador Camps, ofreciéndole buen pasaje para él y su guarnicion si se rinden: Camps hace proposiciones que Espartero no admite. Prosiguen las hostilidades, y causan tal destrozo, que los sitiados se ven obligados á rendirse á discrecion: el gobernador, 13 oficiales, un capellan y 264 soldados se entregan prisioneros de guerra.— Ocupan el fuerte los cristinos y asestan sus tiros contra la Querola, á medio tiro de fusil de San Pedro Mártir; la guarnicion le abandona y se retira hácia Morella, protegida por un batallon que sale de la plaza; tres batallones isabelinos y dos mitades de caballería de la escolta de Espartero cargan á aquellos, los cuales se encierran en Morella después de haber salvado á la guarnicion de la Querola: este fuerte es tambien ocupado por los isabelinos.—Apodérase el desaliento de los defensores de Morella; muchos se descuelgan por las murallas y se pasan al enemigo; entre éstos dos coroneles, á quienes están encomendados puntos de importancia, *hacen traicion al gobernador* (1) *en la tarde del* 25, *abandonando sus destinos y trasladándose al cuartel general del Duque, á quien dan minuciosa cuenta del estado de las fortificaciones, á fin de que puedan los sitiadores dirigir sus ataques á los puntos vulnerables*, como lo ejecutan. —Las tropas isabelinas se estrechan, colocándose de este modo: en la Pedrera, el cuartel general y brigada de vanguardia; primera division, á la izquierda; tercera, en la falda de la Muela de San Pedro Mártir; las demás en sus antiguas posiciones.

Carlistas.—Aparece otra batería á treinta pasos del

(1) Palabras textuales.

foso: el enemigo intenta asaltar tres veces consecutivas, y es rechazado: en estos choques muere el capitan Covarsi (1), dos oficiales y 13 soldados.—Los voluntarios vacilan ante el fuego horroroso de los sitiadores; el impávido gobernador Camps, que en todos los momentos se deja ver sobre la muralla, á cuerpo descubierto, *como una estátua de mármol*, procura reanimar con arengas enérgicas primero y con amenazas luego á sus soldados, y no lo consigue; reune á los oficiales y proponen capitular: Espartero rechaza la capitulacion propuesta.—Renúevanse las hostilidades; la fortaleza de San Pedro es reducida á escombros en pocas horas, lanzándose contra ella 2.500 disparos de á 16, 18 y 24; los enemigos tocan *alto el fuego*; Camps, decidido á enterrarse en las ruinas, contesta con el toque de ataque y manda una descarga cerrada; los soldados se niegan á obedecerlo: ríndense todos á discrecion.—Los cristinos ocupan el fuerte con una gritería extraordinaria.—La guarnicion de la Querola, apoyada por cuatro compañías de Morella, se retira á la plaza; el gobernador de este fortin, D. Antonio Bellugera, al abandonar la Querola, entra en el almacen de municiones, prende fuego á algunas estopadas, sale y cierra la puerta con llave; poco tiempo después estallan con horrible estrépito los cajones de cartuchos, y perecen en la explosion muchos soldados de la Guardia Real.—Los coroneles Don Juan Quirós y D. Antonio Salinas, salen de Morella con el pretexto de salvar á una hermana de los horrores del sitio, y se presentan al enemigo; dan toda especie de de-

(1) Esta desgraciada familia de los Covarsi, bien sufrió los horrores de la suerte más adversa en la terrible lucha civil, desde que en 1834 fué fusilado el jefe de ella, D. Cosme, hasta 1840 en que una bala de cañon parte por medio á aquel infeliz jóven.

talles á Espartero, «que en un principio les recibe bien y después los mira con desprecio (1).»

DIAS 26, 27 Y 28.

Cristinos.—Levantan baterías los sitiadores á derecha é izquierda de la Querola; rompe el fuego contra la plaza y castillo la numerosa artillería; los morteros incendian algunos edificios; la division primera recibe órden de circunvalar la plaza; la division cuarta ocupa el punto llamado el Balcon de Morella.—Constrúyese otra batería con cinco piezas de á 24 y redóblase el fuego con horrendo furor; «nada es comparable—dicen los partes—al ardor perseverante de sitiados y sitiadores:» la plaza y el castillo redoblan tambien sus fuegos á medida que se aumentan los de los contrarios.

Carlistas.—Los sitiadores colocan en la Querola una batería de ocho cañones, y á retaguardia de ésta otra de ocho morteros.—Empieza el bombardeo: el castillo contesta y desmontan sus disparos certeros dos piezas de la Querola; desplómanse muchas casas; la poblacion es un inmenso campo de ruinas y desolacion; la muerte vuela por todas partes; los voluntarios se enardecen con el bombardeo, y *en prueba de serenidad impertérrita, cantan al compás de las bandurrias y guitarras.*—En la iglesia arciprestal, refugio de mujeres, niños y heridos, penetra un proyectil de catorce pulgadas; estalla de repente, y *cuando todos nos considerábamos próximos á perecer, sólo causa dos víctimas* (2).

(1) Siempre fué el mismo el pago que recibieron los traidores.

(2) Palabras de un testigo presencial, el capellan Pallarés, autor de la *Memoria.*— Otro historiador da noticia de este suceso en tales terminos:—"..... Una bomba entró por la ventana que formaba el camarin de la Vírgen de la Capilla de los Angeles..... sin embar-



DIA 29.

Cristinos.—En la mañana de este dia iban ya lanzados sobre la plaza y castillo más de 7.000 proyectiles sin señal de rendimiento por parte de los sitiados.—Los sitiadores redoblan los fuegos y derriban dos torreones del castillo y vários lienzos de muralla.—Una bomba cae en el depósito de municiones: vuélase el edificio como volcan espantoso con una detonacion horrenda, producida por una considerable cantidad de granadas y bombas cargadas que se inflaman de repente, á la par que millares de arrobas de pólvora que habia almacenadas. — El estrago es incalculable: los peñascos inmediatos, los lienzos de murallas, los sillares del edificio vuelan por el aire y son arrojados á largas distancias, cayendo sobre las casas que se desploman al fuerte y extraño impulso: — mueren muchos de los sitiados, víctimas de este horrible siniestro.— Las balas rasas de los cristinos derriban dos veces el asta de la bandera negra del castillo.—Durante la noche, los sitiados resuelven abandonar la plaza: apercíbense las tropas de Espartero: un capitan carlista (¡traidor!) escapado de la plaza, da al jefe cristino noticias exactas del intento de los sitiados: los fugitivos, acosados por descargas á quema-ropa de los sitiadores, quieren volver á encerrarse en Morella, y son tambien rechazados por los pocos soldados que habian quedado en la fortaleza, quienes no aciertan, en la oscuridad de la noche, á distinguir si son amigos ó enemigos. — «En tan lamentable situacion, se

---

go (y esto fué tenido por milagro), la bomba no tocó á la imágen de la Vírgen, detrás de la cual pasó, y aunque reventó en medio del templo, no causó más daño que la muerte de un infeliz herido y del físico que le curaba.»—Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 534.



acogen muchos al puente levadizo del foso, mas como el número de gentes es excesivo, se hunde el puente con estrépito: centenares de víctimas exhalan allí su postrer aliento: otros desgraciados que buscan el mismo funesto asilo, huyendo del plomo de los sitiadores, corren de tropel y engañados por la oscuridad se precipitan dentro del mismo foso, donde yacen sus compañeros, para aumentar el número de cadáveres. Después de algunas horas tan penosamente trascurridas, reconociendo por fin los de adentro á sus compañeros, abren las puertas, no sin sufrir estos últimos algunos cañonazos del castillo, en donde juzgan que es un asalto intentado por los sitiadores, quienes, además del considerable número de muertos que ocasionan á los fugitivos, cogen más de 500 prisioneros y gran porcion de equipajes.—El gobernador de Morella, D. Pedro Beltran, y algunas compañías de cazadores que salieron en vanguardia, lograron salvarse (1).»

Carlistas. — Una bomba cae en un subterráneo que servia de almacen de municiones, ocasionando la terrible explosion que hemos descrito en las líneas precedentes: vuelan tambien vários edificios contíguos, la cantina, el cuartel de Miñones y la capilla del fuerte, pereciendo entre las ruinas más de 100 desgraciados, entre ellos el bravo, pundonoroso y leal coronel de artillería D. Luis Soler, y vários religiosos de San Francisco con su prelado (2).— Como apénas quedan municiones después de este incendio, decídese en junta de oficiales abandonar á Morella durante la noche, dejando en la plaza dos compañías para que cor-

---

(1) Extracto de los diarios isabelinos y de la *Historia de Espartero.* — Córdova, *Vida,* tomo IV, pág. 348.

(2) A buen seguro que allí no se encontraba el ex-general de la misma órden religiosa, compinche del traidor Maroto, D. Fr. Cirilo de Alameda y Brea, actual Arzobispo de Toledo.

ran los *alertas* y engañar al enemigo; pero un capitan de Miñones, D. Lorenzo Anglés (este fué el traidor), que estuvo en la junta enterándose de todas las disposiciones, se pasa al campo enemigo (1), y entera del proyecto al general Espartero. — Los sitiados cometen no obstante la insigne torpeza de llevar adelante su plan: reúnense en la plaza del Estudio los batallones, y salen á la media noche: en vanguardia, el gobernador Beltran con cuatro compañías de cazadores: después el resto de la fuerza. — Siguen sin novedad hasta el Mas de Nou, camino de Vallibona, y allí se oye el *quién vive* de los sitiadores: los fugitivos contestan á balazos, y se arrojan después á la bayoneta sobre los cristinos: estos cercan la retaguardia, rompen el fuego y se introduce el desórden: retroceden aquellos y quieren entrar en la plaza á un mismo tiempo: el castillo hace fuego sobre ellos creyendo que son enemigos: el puente levadizo se hunde bajo el enorme peso de soldados y bagajes: mueren en el foso infinidad de gentes de todas clases, y encima de los moribundos y de los cadáveres caen otros desgraciados que llegan al mismo sitio, ignorando lo que pasaba. — *Esta noche es más cruel que la de Troya*, dice la *Memoria* que extractamos. — El gobernador Beltran, con cuatro ó cinco jefes y oficiales y algunos voluntarios, pueden romper la línea y salvarse; pero casi

(1) "... No hacia más que pasearse por la muralla — dice un historiador — y mirar de cuando en cuando al campo enemigo, hasta que dió que sospechar á sus compañeros. No fueron vanas las sospechas, pues tan luego como anocheció, bajó con el mayor disimulo á la plaza, se acercó á la muralla y se descolgó por ella... Los compañeros del prófugo empezaron á gritar: *á ese traidor! á ese traidor!* — y le tiraron vários tiros, sin atinarle ninguno, pues echó á correr precipitadamente en direccion del campo contrario." — Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 534.

todos los demás que le seguian caen tambien prisioneros. —Abrense por fin las puertas de la plaza, y entran los que aún estaban fuera, ocupando instantáneamente su lugar en las aspilleras.—Reúnense en junta los oficiales, y después de una acalorada discusion, se decide proponer al enemigo una capitulacion honrosa.

DIA 30 Y SIGUIENTES.

El teniente de Rey, D. Leandro Castilla, gobernador accidental de Morella, remite al Duque de la Victoria, el siguiente oficio y la capitulacion adjunta:

«Excmo. Sr.: Deseando evitar los males que son consiguientes á esta desastrosa guerra, y las molestias que debe causar á V. E. el campamento del digno cuartel general de V. E., espero que su generosidad se dignará conceder á la guarnicion de esta plaza las capitulaciones que designan los artículos del adjunto papel que tengo el honor de elevar á las superiores manos de V. E., esperando al mismo tiempo que ínterin se verifican las capitulaciones, se dignará mandar se suspenda toda hostilidad contra esta plaza, y al mismo tiempo el que las tropas avanzadas del ejército de V. E. permanezcan en las posiciones que ocupan en estos momentos.—Dios guarde á V. E. muchos años. Morella Mayo á las cinco de la mañana del 30 de 1840.—Excmo. Sr.—*Leandro Castilla.*—Excmo. Sr. D. Baldomero Espartero, Duque de la Victoria y capitan general de los ejércitos nacionales.»

La capitulacion que Castilla proponia, digna de conocerse, es como sigue:

Artículo 1.° La guarnicion de esta plaza entregará las armas con la condicion que ha de quedar en plena li-

bertad el total de sus jefes y oficiales, y por consiguiente la tropa, para ir al país extranjero que más le convenga, con la precisa condicion de que no han de volver á tomar las armas en la presente lucha contra los derechos de S. M. la Reina Doña Isabel II.

Art. 2.° Se espera de la generosidad del Excmo. Señor Duque de la Victoria, se dignará conceder el uniforme y equipaje á los jefes y oficiales de esta guarnicion, como igualmente á la tropa, y que se queden en el pais los que no quieran pasar al extranjero, á quienes no se les molestará por sus opiniones anteriores, si la conducta de los que se queden no es hostil á la causa de S. M.

Art. 3.° Que en virtud de esta capitulacion, no se molestará á ninguno de los jefes y oficiales, indivíduos de tropa y empleados en la guarnicion de esta plaza, por hechos puramente políticos que tienen tendencia con sus empleos y cumplimiento de las órdenes que se les dieron por sus respectivos jefes, aun cuando sea por reclamo de alguna persona.

Art. 4.° Los jefes, oficiales é indivíduos de tropa de esta guarnicion, serán conducidos por una partida de escolta hasta la raya de Francia, por el frente que resulta por el reino de Aragon á aquel país extranjero, sin entrar en las principales capitales del reino.

Art. 5.° Se entregarán las existencias de los almacenes establecidos en esta plaza con la mayor integridad, como igualmente los fusiles, cañones y demás que existan en ella.

Art. 6.° Será de cuenta del Erario nacional la existencia de los enfermos de los hospitales, como igualmente franquearles el correspondiente pasaporte para que puedan marcharse tambien al extranjero, quedando desde luego dichos indivíduos comprendidos en todos los artículos de

esta capitulacion.—Morella, Mayo 30 de 1840.—*Leandro Castilla* (1).»

Espartero recibió el oficio y propuesta que antecede, y examinó detenidamente al portador.

Convencióse á primera vista de la situacion penosa y extrema á que se veian reducidos los sitiados, pues sabia detalladamente los sucesos acaecidos en la noche anterior, y estaba enterado del pánico que se habia apoderado de los voluntarios carlistas.

Entónces, para obligar acaso á los sitiados á una resolucion extrema, envióles un ayudante de campo, al rayar el dia 31, con el siguiente altanero oficio, á guisa de *ultimatum*:

«Recibo el oficio de V. de esta fecha con la capitulacion que me incluye, cuyos artículos no pueden ser aceptados, así por la bandera que han tenido VV. enarbolada, como porque desplegados ya parte de los medios que tengo para reducir la plaza y el castillo, faltaria en el hecho de admitir condiciones contrarias á la situacion en que VV. se encuentran, mayormente desde la derrota de anoche. Los sentimientos de humanidad me fuerzan sin embargo, á convenir en que cese toda hostilidad hasta recibir la contestacion á este oficio, que ha de ser en el tér-

(1) Todos estos documentos fueron publicados en la *Gaceta de Madrid* y periódicos constitucionales, los cuales, en el dia de la victoria, se gozaban en comentarlos á su gusto, sazonando sus comentarios con *gracias* singulares, dignas de la gente patriotera.

Uno de ellos, en especial, órgano del partido exaltado, y por lo tanto, afecto á Espartero, llegó hasta á llamar *cobarde* al gobernador accidental de Morella D. Leandro Castilla. Para el citado periódico debia ser el *valiente* quien iba á sitiar una plaza, defendida por 2.000 hombres y 13 cañones, con un ejército de todas armas que *bastaba para conquistar el mundo*, segun el dicho del célebre Pastor Diaz.

mino de una hora. No hay más condicion posible que la de que se entregue prisionera de guerra la guarnicion de la plaza y de su castillo, en el concepto de que serán respetados y ninguno de sus indivíduos molestado por sus opiniones políticas. En el caso de que V. no acceda llorará, aunque tarde, las consecuencias de una defensa enteramente inútil, y las víctimas obligadas á continuar las hostilidades no dirigirán las terribles imprecaciones en el momento de sucumbir contra las armas victoriosas, sino contra los que les hayan forzado á tan duro trance. Mando á un ayudante de campo con esta intimacion; su permanencia no será más que una hora, pues lleva órden de regresar con la contestacion ó sin ella. A la inmediacion de la plaza se halla el general segundo jefe de E. M. general, y V. podrá avistarse con él, si le queda alguna duda sobre la seguridad que ofrezco á los prisioneros.—Dios guarde á V. muchos años. Cuartel general-campamento al frente de Morella, 30 de Mayo de 1840.—*El Duque de la Victoria.*—Sr. Gobernador interino de Morella.»

Recibió Castilla la comunicacion anterior, y ántes de resolverse á aceptar la proposicion extrema de Espartero, determinó, que todos los indivíduos de la guarnicion del castillo se enterasen del pliego isabelino, obrando con una nobleza digna de mejor suerte.

Por fin, se aceptó la terrible condicion, y Morella se entregó al Duque de la Victoria.

Necesitariamos un libro entero para hacer mencion de los principales hechos particulares que ocurrieron durante los breves dias del asedio de Morella.

Los voluntarios, sobre todo, dieron pruebas de un arrojo que rayó en temeridad y locura, hasta que la explosion del

almacen de municiones abatió los ánimos de los más fuertes.

Seguian con fijas y ávidas miradas las bombas *inglesas* que arrojaban los cristinos, y esperábanlas al caer con tanta serenidad como si no fuesen volcanes horrorosos que sembraban la muerte y el exterminio; llamábanlas *grullas* en el gráfico lenguaje del pueblo, porque al rodar por el aire dejaba escapar un sonido semejante al desagradable graznido del ave cuyo nombre las dieron, y como se les hubiese advertido á los bravos voluntarios que las arrancasen la espoleta encendida, siempre que pudieran, á fin de evitar la explosion y sus terribles efectos, se arrojaban sobre ellas como leones con gran peligro de ser despedazados.

El comandante de ingenieros, D. Juan José de Alzaga, y el jefe de la seccion de artillería, el bravo y desgraciado Don Luis Soler, se cubrieron de gloria durante los dias del cerco.

Bajo el fuego mortífero de los sitiadores, construyeron una segunda línea de retrincheramientos, á quince pasos de la muralla, reforzándola con un terraplen imponente y cubierto de talas y otros obstáculos, uniendo sus extremos á las dos líneas interiores del castillo y de la plaza; nada impidió la construccion de este sobre humano esfuerzo, ni la estrechez del sitio, ni el empeño de los cristinos en destruir los trabajos y en impedir su continuacion, no obstante el ciego furor con que las potentes baterías de Espartero arrojaban proyectiles de grueso calibre sobre los valientes zapadores y artilleros carlistas, «teniendo constantemente en el aire—dice un cronista—ocho ó diez bombas, de catorce pulgadas, y granadas reales, dirigidas á este sitio con certera puntería»

Y el aspecto que presentaban aquellos defensas era tan imponente, que Morella se hubiera convertido en un lago de sangre para el ejército sitiador, llegado el momento del asalto.

Pero escenas imposibles de describir fueron las de la infausta noche del 29—noche más cruel que la de Troya, segun el lacónico dicho de un testigo presencial.

Ancianos, mujeres y niños, llevando en sus brazos lo más precioso que guardaban en sus hogares, abandonados quizá para siempre, se reunen llorosos en la plaza del Estudio, para huir del infernal asedio, en medio de los batallones que les protegian.

Y cuando son detenidos por las avanzadas cristinas, y suenan las mortíferas descargas, huyen todos los grupos de los desgraciados fugitivos, retroceden á la plaza, ésta los desconoce y recibe con espantosa metralla, y los batallones sitiadores del lado opuesto rechazan tambien fieramente á aquellos indefensos mártires de la desgracia.

La noche es oscura: gritos de espanto, alaridos de dolor, ayes de agonía, quizas desesperados acentos de ira ó blasfemas imprecaciones de cólera resuenan por todas partes, cuando no se oyen los estridentes sonidos de la fusilería ó la ronca detonacion de los cañones y de la metralla, que siembran la muerte.

De pronto se hunde el puente levadizo de Morella y caen centenares de desgraciados en el foso, exhalando un grito horrible, un grito de desesperacion y de locura, como deben ser los gritos de los réprobos ante el fallo inexorable del Juez supremo que los condena.

Porque allí tampoco habia esperanza, y el corazon humano, que presiente los sucesos más horrendos en toda su latitud espantosa, sabe tambien expresarlos con gritos indefinibles.

Hombres y mujeres, ancianos y niños, caen revueltos en aquella sima fatal que les devora con anchas fáuces, y los que huyen de la muerte y pretenden en su ceguedad alejarse del siniestro lugar de la catástrofe, son recibidos

por las bayonetas isabelinas, que sin piedad los pasan á cuchillo, ó hechos pedazos por las bombas que estallan, ó por la metralla que los barre con titánica fuerza.

Y este doloroso desórden, este negro cuadro de horrores y lágrimas y confusion inaudita duró más de una hora: hora aciaga, en la cual perdieron la vida muchos infelices.

Y habria durado quizas hasta el amanecer del 30, si algunos valientes oficiales de los batallones rechazados en la fuga no hubiesen acometido la arrojada empresa de acercarse á las murallas, recibiendo el fuego de sus mismos compañeros, quienes se figuraban aún que los enemigos intentaban el asalto, haciéndoles conocer al cabo que los grupos á quienes ametrallaban fieramente estaban compuestos de leales carlistas que volvian á la abandonada fortaleza, no de adversarios isabelinos que intentaban escalar las murallas y violentar las puertas á favor de la lobreguez de la noche.

Así terminó por fin esta sangrienta tragedia, cuyos ejemplares son escasos, afortunadamente, en la historia de las luchas con que la desdichada humanidad se despedaza.

«No hubo mayores desgracias,—dice un historiador liberal,—porque las tropas de Espartero no tuvieron sin duda el mayor arrojo para perseguir á los fugitivos...., ya fuese porque la horrible escena era suficiente para hacer temblar á los más impertérritos, ya porque la noche era tan oscura, que aterraba á los más animosos, lo positivo es que los sitiadores no se movieron de donde se habian apostado para rechazar la salida de los sitiados (1).»

Sin embargo, los batallones carlistas *no temblaron* por

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 537.

la horrible escena, *ni se aterraron* por la oscuridad de la noche, como los sitiadores, cuando (segun el mismo historiador, bien poco afecto á la causa legitimista y á sus denodados defensores) «mostraron el mayor valor y serenidad en medio de la tremenda confusion del paisanaje.»

Al pensar que todas estas desgracias fueron motivadas por la delacion de un cobarde desertor de la bandera de Cárlos V, la sangre hierve de cólera en las venas.

Maldicion sobre los traidores!—El nombre de D. Lorenzo Anglés, ex-capitan de la compañía de Miñones, pasará á la posteridad más remota escrito con letras de sangre.

Por lo demás, la entrega de la plaza y su ocupacion por los cristinos se efectuó con solemne aparato: era el más formidable baluarte carlista, y bien merecia la pena de una formacion majestuosa donde los isabelinos luciesen sus espléndidos uniformes....

Los ingenieros construyeron en breve un puente levadizo sobre el monton de cadáveres que estaban hacinados en el foso; pero la guarnicion se resistia á salir de los muros sin armas, á semejanza de bandidos cazados por los guarda-bosques: Espartero *se dignó* conceder á aquellos bravos los honores militares, y desfilaron llorosos los carlistas, empuñando por última vez sus fusiles, delante de las divisiones del ejército del Duque de la Victoria, formadas en gran parada.

«Imponente era el golpe de vista que ofreció la ceremonia de deponer las armas,—dice el cronista citado, quien sigue paso á paso las descripciones de la *Gaceta*.

»Por una parte, la numerosa hueste de Espartero, brillante y bien uniformada, estaba preparada de antemano de gran gala, y en los semblantes de todos se manifestaba la satisfaccion de ver rendidos á los que poco ántes les habian disputado la victoria: por otra, la guarnicion carlista

triste y despechada, manifestaba el profundo sentimiento que le causaba desprenderse de unas armas que habia empuñado con tanto valor (1).»

Concluida la entrega de armas, y declarada la guarnicion prisionera de guerra, entraron en Morella tres compañías de preferencia del ejército isabelino para ocupar los principales puntos de la plaza.

Al anochecer del mismo dia, 30 de Mayo, entró Espartero en la rendida plaza, á la cabeza de la mayor parte del ejército, tremolando la bandera constitucional de Isabel II, y dando vivas á la Reina y á la Constitucion.

Mas no por haberse rendido los carlistas, sin esperar á los horrores del asalto, se libraron los habitantes de Morella de ser tratados como tales víctimas: algunos batallones cristinos, en efecto, se entregaron desenfrenadamente al saqueo, cometiendo lamentables excesos.

Los prisioneros, en cuyo número fueron comprendidos por el vencedor todos los moradores del castillo y demás puntos fortificados, tales como los magistrados, asesorès, comisarios, oficiales de hacienda, físicos, capellanes, etc., componian en junto 2.731 indivíduos, —al decir de los documentos isabelinos.

Morella, después de la rendicion, ofrecia el cuadro más úgubre y terrible.

La ciudad estaba desierta, las casas arruinadas, las calles obstruidas por los escombros.

El castillo era un monton de ruinas, elevadas sobre la alta roca que le servia de asiento; las murallas eran un conjunto informe de piedras agrupadas y ennegrecidas, la batería Real destruida, y el murallon que serpenteaba por

---

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 541.

las rocas hasta la cumbre del castillo, batido en brecha por diferentes puntos y demolido en otros.

«La pérdida de las municiones,—dice en resúmen un »cronista,—y las repetidas defecciones de los sujetos que »por su posicion debian conocer los secretos y los planos »de la plaza,» fueron la causa principal de la pronta rendicion de la altiva fortaleza.

Pero los voluntarios no fueron traidores, nó: defendiéronse como leones dentro de aquellos muros donde habia resonado, en 1833, el primer grito de *Viva Cárlos V*:—de aquellos muros delante de los cuales se habian estrellado, en 1838, los titánicos esfuerzos del ejército que el general Oráa comandaba.

Por lo demás—y para concluir—hé aquí el extracto del *Diario* de un prisionero de Morella hasta su entrada en la Aljafería de Zaragoza:

»....Tristes espectadores de las entradas y salidas de nuestros enemigos en la plaza, para posesionarse de todo, empezamos á desfilar por entre numerosos batallones, colocados á un lado y otro del camino de Monroyo. Sea porque Espartero lo mandase, ó porque no se creen militarmente satisfechos de una victoria debida tan sólo á sus grandes aprestos, capaces de arruinar media nacion, nuestros contrarios no nos insultan ni atropellan. Escoltados por dos batallones de la Guardia y un escuadron de caballería, se nos conduce á Monroyo. La guarnicion de Morella nunca podrá elogiar bastante el caritativo comportamiento de estas fuerzas. Todos se esmeran en servirnos y proteger nuestra seguridad individual. En algunos pueblos del tránsito se nos prodigan insultos, especialmente en Alcañiz é Híjar. El dia 3 de Junio dormimos en la Cartuja, y el 4, á las siete de la mañana, salimos para Zaragoza. Aquí fué Troya. Todas las mujeres per-

didas, niños y gentes de baja ralea, se disputan el derecho de insultarnos. Entramos entre las filas de la Milicia Nacional, que por cierto se conduce muy bien, y nos protege contra los que intentan darnos algun garrotazo. Nos pasean por la calle del Coso y otras principales, y aquellos gritos y algazara parecen el encierro de unos toros que van á ser corridos al dia siguiente. Por fin, llegamos al castillo de la Aljafería, lugar destinado para nuestra prision, donde, en verdad, lo pasamos muy mal. Este depósito fué dividido, y trasladados á Cádiz la mayor parte de los oficiales.»

No todos los prisioneros de Morella tuvieron tan buena suerte.

Quedáronse en la plaza 40 zapadores, á las órdenes de Alzaga, su antiguo jefe, para hacer entrega al general de ingenieros isabelino, Sr. Cortinez, de los efectos del parque, maestranza y almacenes, saliendo para Zaragoza el 2 de Junio.

Dícese que fueron tratados con los mayores miramientos por la custodia isabelina que los conducia, pero la verdad es que los desgraciados prisioneros D. Domingo Sástegui y D. Félix Rodriguez, «murieron en la marcha—dice un escritor isabelino (1),—víctimas de su imprudencia:» fueron pasados por las armas, con el pretexto, poco justificado, de que habian intentado fugarse.

Perdida Morella, después de haber caido una por una en poder de los constitucionales las principales fortalezas de Aragon y Valencia, ¿qué recurso les quedaba á los valientes soldados del general Cabrera?

El paso del Ebro, Cataluña.... ¡Francia!....

Es decir: el abandono del teatro de tantos combates y

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 542, nota.

tantas glorias, de tantas fatigas y tantas privaciones, regado con sangre de valientes que habian sucumbido en el campo del honor pronunciando el entusiasta grito de ¡*Viva el Rey*!; un país desconocido, más tarde, quizás hostil y sembrado de traidores, donde aún vagaba clamando venganza la ensangrentada sombra del valeroso Conde de España, del héroe carlista de Cataluña, como lo fué Zumalacárregui en Navarra, como lo era en Aragon y Valencia el esforzado Conde de Morella; y luego, en lontananza, las ásperas cumbres del Pirineo, Francia, el ostracismo, el frio suelo del extranjero... donde no se reflejan los rayos vivificantes del sol de la pátria, donde no se siente el dulce calor del hogar doméstico, ni se ven los campos consagrados por los infantiles juegos de la niñez, ni la iglesia bendita que guarda en su recinto la pila cristiana donde nos bautizaron, ni el santo y silencioso cementerio donde reposan en reducido nicho los venerandos huesos de nuestros mayores.

¡La emigracion!—Para quien siente arder en su seno el fuego del patriotismo, ese purísimo amor á la pátria, amor de los amores; amor que inspira á Viriato y á Pelayo; amor que hace arrojar á Guzman *el Bueno* el puñal parricida desde las murallas de Tarifa, y convierte en leones rugientes y frenéticos á los Madrileños del 2 de Mayo; amor que alentó á los Saguntinos y á Numancia; amor que trasforma en héroes á los defensores de Gerona y convierte en heroinas á débiles mujeres en Zaragoza;—para los que aman á la pátria, repetimos, la emigracion es una muerte horrible, de suplicios crueles é incesantes, de penas y amarguras sin cuento; más horribles cuanto más se prolonga la miserable existencia.

Esto era lo que veian en lejana y triste perspectiva los infelices y valientes soldados de Cabrera, como premio de

sus inmensos sacrificios, de su sangre pródigamente derramada.

Cabrera y O'Donnell continuaban aún el dia 30 en las mismas posiciones.

Mas el primero se decidió á emprender la marcha, por la falda oriental de los puertos.

Era el mismo dia en que sucumbió Morella!

Salieron, pues, los carlistas, tomando todas las medidas necesarias para evitar la derrota que O'Donnell preparaba y esperaba con tanta constancia entre San Mateo, Canet y la Cénia.

«....Pero nuestro movimiento fué tan rápido,—dice un *Diario* carlista (1),—que cuando los enemigos quisieron impedirlo, dominábamos ya las sierras de la Cénia, y O'Donnell no intentó atacarlas, porque era seguro nuestro triunfo. Una dificultad se nos presentaba; á saber, que dos ó tres escuadrones cristinos trataron, al apoyo de su infantería, de interponerse y estorbar nuestro desfile, y como la intencion del general estaba reducida á ganar la montaña y Mas de Barberans, conoció que su objeto no podia conseguirse si no entretenia por algunos momentos aquella fuerza. Al efecto, puesto á la cabeza de sus ayudantes y algunos Ordenanzas, acompañándole tambien el intendente Labandero, llamó la atencion del enemigo hácia este grupo. Entre tanto los batallones seguian retrogradando por escalones, hasta rebasar el estrecho de Martinete. Cargado por el escuadron inglés, hubo nuestro general de retirarse, lo que no era fácil sin exponer muchas veces su vida, y cuando se creia fuera de peligro recibió su caballo *Garrigó* cinco balazos, y el ginete quedó debajo sin poderse mover. Afortunadamente la com-

(1) Véase en Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 363 y 364.

pañía de granaderos del 1.° de Mora, desplegado en guerrilla por aquel frente, observó esta desgracia, y el capitan graduado D. Ramon Solá, á las voces de: *¡muchachos! ¡el general está en peligro, corramos á salvarle ó á morir!* mandó armar bayoneta, y á la carrera se lanzó contra la caballería inglesa, próxima á apoderarse de la víctima. El teniente coronel graduado D. Gregorio Sanz protegió el movimiento de Solá, ínterin ocho granaderos sacaban al general, muy mal parado de la caida, y de la mole que le abrumaba. Montáronle en la jaca del coronel D. Lúcas Domenech, hasta la cuesta de Pallerols, y desde allí, en una camilla, le trasladamos al Mas de Barberans. La refriega continuó hasta el anochecer, y tuvimos diez bajas entre muertos y heridos, ignorando las de O'Donnell.»

Tal fué el segundo combate de la Cénia,—segun los documentos carlistas.

Hé aquí cómo refieren este episodio los documentos isabelinos:

«... Al oir nuestro general que Cabrera emprendia el movimiento hácia el Mas de Barberans, mandó formar las tropas para observarle, y que adelantasen las compañías de cazadores, que protegidas por la artillería de montaña, obligaron al enemigo á desbaratarse y gatear la sierra, picándole la retaguardia hasta una hora de la Cénia. Cabrera se vió envuelto en persona y debió á la casualidad su salvacion, á pié y muerto su caballo, y teniendo que marchar así en su valetudinario estado, algun trecho, con inminente riesgo. Nuestros ginetes de tiradores estuvieron hasta temerarios, y á no ganar el enemigo la cumbre de la cordillera, hubiera sido deshecho ántes de llegar al Mas (1).»

(1) *Diario de operaciones del Centro*, tomo III.

No habia otro remedio: apelar al abandono del Maestrazgo y Aragon, pasar el Ebro, entrar en Cataluña, unirse con los apurados restos del ejército del Conde de España, y combatir allí, miéntras la situacion lo permitiese, hasta el último instante.

Esta fué la resolucion adoptada por Cabrera en vista de las desgracias ocurridas.

Dióse la órden de marchar, y las tropas se encaminaron á Cherta, sitio de tantos recuerdos para el caudillo tortosino.

Mas al mismo tiempo las huestes enemigas de O'Donnell y Zurbano caminaban tambien hácia Tortosa, enteradas del movimiento del general carlista, á fin de impedirle el paso del rio.

Estaba enfermo el Conde de Morella: sólo por un esfuerzo enérgico de su voluntad poderosa habia montado á caballo en los últimos combates de la Cénia, para luchar contra el destino fatal que lo perseguia, y tuvo que hacer el viaje tendido casi siempre en una camilla que conducian en sus hombros algunos fieles Miñones que le seguian.

¡Cuántas lágrimas derramó el antiguo estudiante, al divisar las murallas de Tortosa!

¡Cuántos suspiros de honda pena se escaparon de su pecho, al distinguir á lo léjos las ásperas cumbres de Beceite!

A la derecha, Tortosa, su ciudad natal, la casa de su niñez, el cláustro de los Trinitarios y la tumba de su madre querida, de la pobre víctima María Griñó....

A la izquierda, Beceite, las cuevas que le habian dado asilo en los primeros dias de su vida aventurera, cuando acaudillaba quince hombres armados con palos...

—Adios, pátria mia,—murmuró llorando—adios, tal vez para siempre....

«.... Como no podia perderse tiempo—dice el *Diario*—por si O'Donnell y Zurbano trataban de impedir nuestro movimiento, segun nosotros creiamos, pues era operacion muy fácil, mandó el general que saliese aquella noche hácia Mora y Flix el coronel D. José Brú y Calanda para que preparase lanchas en que pasar el Ebro. De antemano se habian circulado órdenes á las tropas inmediatas, á fin de que se reuniesen en dichos puntos, é instrucciones á Balmaseda y Palacios, que operaban en los confines de Valencia y Castilla. La misma noche convocó á los oficiales y jefes, y les habló de esta manera:

—«No necesito explicar á VV. en qué estado nos encontramos; pues por desgracia es bien notorio. Creo imposible continuar la guerra en este pais, y mi intencion es reunirme á las fuerzas de Cataluña y sostenernos allí miéntras podamos. Si la suerte de las armas es propicia, volverémos á este territorio. Ven VV. tambien el estado de mi salud, que no me permite combinar ni ejecutar ninguna operacion. Si alguno de VV. se ve con fuerzas y medios para seguir aquí la guerra, desde luego le autorizo y me ofrezco á pelear como simple voluntario (1).»

Todos los jefes y oficiales reunídos, con el semblante demudado por la pena, contestaron que se hallaban conformes con lo que el general dispusiera, y resueltos á seguirle donde la suerte les llevase, haciendo, si preciso fuese, abnegacion de sus vidas por conservar la suya. Con pruebas tan satisfactorias, y bañados en lágrimas sus ojos, se encaminaron á Flix el dia 1.° de Junio: allí estaba ya la division de Aragon y los batallones 1.° de Valencia y 3.° de Mora, con Forcadell y Polo.

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 366, quien lo copia del *Diario* de un jefe carlista, testigo y actor.

Inmediatamente empezaron las tropas á pasar el Ebro, operacion que duró toda la noche, quedándose el general en Flix con Arnau para efectuarlo, como lo hizo, el último de todos, á las siete de la mañana del dia 2, caminando sin tregua hasta el dia 8, en que entraron en Berga, donde fueron recibidos con mucho entusiasmo.

Cabrera llevaba á sus órdenes tres batallones, 1.° y 3.° de Tortosa, y 1.° de Valencia, quedando las fuerzas restantes, al mando de Forcadell y Polo, en Sanahuja y pueblos inmediatos.

Volvamos nosotros en seguimiento de los bizarros jefes Balmaseda y Palacios.

Todavía existian algunos castillos de la antigua línea en poder de los carlistas.

Pero casi todos se rindieron á la primera intimacion de las tropas cristinas que se presentaron á asediarlos: Culla, Castellfavit, Cañete y Miravete, fuéron de este número.

Villamalefa fué abandonado y arrasado por los mismos carlistas; Beteta resistióse con teson enarbolando la bandera negra, contra las fuerzas del general Azpíroz, entregándose por fin *á voluntad del vencedor* después de dos dias de horroroso fuego, y *la voluntad del vencedor* dispuso que fuese diezmada la guarnicion y pasados por las armas 14 infelices.

El imponente castillo de Collado, el último baluarte donde ondeó la bandera carlista, fué abandonado por sus defensores; mas éstos desgraciados cayeron, por una traicion infame, en poder de los cristinos, quienes fusilaron á casi todos.

¡Es claro!—Ya no habia que temer represalias, y los constitucionales desplegaban de nuevo el sistema de crueldad que habian emprendido al comenzar la guerra; en-

tónces, como las fuerzas carlistas no estaban organizados y los ilusos constitucionales se figuraban que el movimiento en favor de Cárlos V sería únicamente un fuego fátuo que podia apagarse con sangre, fusilaban sin piedad á todos los que caian en sus manos; luego, cuando se convencieron de lo contrario y observaron que los carlistas les pagaban en la misma moneda, apellidando tigres é inhumanos á éstos, que sólo hacian lo mismo que sus contrarios les enseñaban, pero en menor escala, invocaron piedad para los vencidos y gracia para los prisioneros.

Ahora ya era muy diferente: ¡Cabrera no causaba miedo!

Por eso se fusilaba inhumanamente á sus soldados, porque cumplian como buenos y bravos.

¿Puede darse mayor iniquidad?

Hemos dicho anteriormente que Balmaseda, y Salvador y Palacios, debian haber recibido una comunicacion de Cabrera, donde éste les daba noticia del paso del Ebro, y les ordenaba que concurrieran con sus fuerzas á Mora y Flix, para entrar juntos en Cataluña.

Ni uno ni otro recibieron la órden: confiada ésta á un ayudante de campo del general Arnau, este oficial traidor se pasó á los cristinos sin haberla cumplimentado.

Reproducida luego por medio de un confidente, tambien éste fué desleal.

Palacios supo el movimiento de Cabrera por medio del comandante D. Vicente Barreda, quien tampoco pudo incorporarse al Conde de Morella, y marchó al encuentro de aquel.

En situacion tan difícil, Salvador y Palacios reunió en consejo á los jefes de los cuerpos que mandaba, y todos, de comun acuerdo, resolvieron encaminarse á Francia.

Comenzó por replegar las fuerzas en Albarracin y Ar-

royo-Frio, y pasó á los gobernadores de los fuertes la circular que sigue:

«Ejército Real de Aragon, Valencia y Múrcia.—El mejor servicio del Rey, y las apremiantes circunstancias, exigen y motivan una larga expedicion. Si en este tiempo fuese hostilizado el fuerte que á V. se ha confiado, tratará de obtener las garantías posibles á fin de salvar con honor la guarnicion que tiene á sus órdenes. Dios guarde á V. muchos años. Arroyo-Frio, 11 de Junio de 1840.—El segundo comandante general, ***Manuel Salvador y Palacios*** (1).»

En seguida, con las fuerzas de su mando y tres batallones de Valencia, el de Guías, el de la ***Fidelidad***, once compañías del 1.° y 2.° del Cid, dos regimientos de caballería de Aragon, y los escuadrones del Cid, Mancha, Toledo y Valencia, se puso en camino hácia la provincia de Sória, con intencion de atravesar los pinares y unirse al general Balmaseda.

La suerte lo quiso de otro modo.

Llegó Palacios sin novedad á la villa de Horna, pueblo cercano á Medinaceli.

Mas en esta antigua y noble ciudad se hallaban (14 de Junio) las Personas Reales, que pasaban á Barcelona ***con el pretexto ostensible*** de tomar baños de mar, fuertemente escoltadas por várias columnas á las órdenes del teniente general D. Jerónimo Valdés, del brigadier D. Rafael Mahy y del mariscal de campo D. Manuel Gutierrez de la Concha.

Este último atacó á Palacios en Horna, donde se hallaba acantonado, y después de una reñida pelea, consiguió derrotarle

(1) Fué interceptada, y la publicaron la *Gaceta* y los periódicos constitucionales.

Segun los documentos cristinos, «los resultados fueron hacer á los carlistas más de 1.000 prisioneros, entre ellos 105 oficiales y tres jefes, y un considerable número de muertos y heridos, huyendo los restantes desbandados y fugitivos.»

Salvador y Palacios, acerca de este combate y sucesos posteriores, dice:

«.... Perdí 900 hombres, pero se salvó el todo de mis fuerzas, que lograron pasar el Duero y reunirse con Balmaseda en Ontoria del Pinar. Le entregué el mando, quedando yo de jefe de Estado Mayor, con la condicion de que si el general Cabrera se sostenia en Cataluña, tomaria yo el de mis fuerzas para unirme á este caudillo. Así pasamos á las Provincias Vascongadas, atacando á Rivero, que trató de impedirnos la marcha, y en la primera carga le cogimos 40 hombres y matamos al coronel Estrandi. El dia 19 cruzamos el Ebro; el 20 pernoctamos en el Valle de Cuartango; el 21 en Villareal, y el 22 en las Amézcuas: allí nos separamos, quedándose Balmaseda en Lezaun y yo en Abarzuza. El enemigo se interpuso, y no pude ya reunirme con Balmaseda, que, sorprendido en Munárriz, me envió un confidente para que pasase á las Amézcuas. En efecto, emprendí la marcha, y al llegar á la altura del puerto sólo me seguia el batallon de Guias, *pues seducida la demas fuerza por dos jefes que no quiero nombrar*, marcharon todos hácia Francia. En tal situacion, dí libertad á 62 prisioneros de la clase de tropa, á cuatro oficiales, al juez de primera instancia de Salas de los Infantes, á un cura y un diputado de la provincia de Búrgos llamado D. Simeon Pancorvo, los cuales me dieron un recibo que obra en el proceso pendiente contra mí. En cumplimiento de la órden de Balmaseda, me encaminé á la venta de Lezaun, y allí supe que Concha le habia bati-

do y obligado á meterse en Francia con 200 ó 300 individuos. Quise yo tomar la misma direccion con unos 50 hombres, la mayor parte oficiales, que me seguian. Ocultábame de dia en los montes, y de noche andaba. Tuve que matar mi caballo y ponerme unas alpargatas, pues yendo montado quizá hubiera perecido á manos de los pocos que me acompañaban. Por fin, el dia 29 de Junio, entrando al amanecer en el pueblo de Lanz á buscar comida, pues hacía tres dias que no habiamos tomado alimento, nos cogieron los carabineros de costas y fronteras (1).»

Efectivamente: tal pasó como lo escribe en resúmen el mismo Salvador y Palacios.

La casualidad hizo que las huestes que escoltaban á las Reales Personas se encontrasen en Medinaceli, entre las numerosas fuerzas (siete batallones y 1.200 ginetes), que aquel acaudillaba, y las tropas que seguian al valiente Balmaseda, que por entónces se hallaba en las cercanías de Ontoria del Pinar.

Ninguno de los dos jefes carlistas estaba en combinacion para realizar este movimiento, y preciso es confesar que no supieron, ó no pudieron, aprovecharse de las circunstancias.

Balmaseda (2) entró en Francia con 400 soldados, después de haber sido destrozado en la tarde del 25 de Junio

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 374 y siguientes.

(2) Este bravo adalid legitimista, natural de Fuentecen (provincia de Búrgos), comenzó su carrera militar en 1820, sirviendo á las órdenes del general Merino y ascendiendo al empleo de capitan de caballería. En 1833, alzó pendones por Cárlos V, siendo uno de los más valientes y leales partidarios del augusto Príncipe.—Falleció en San Petersburgo en Marzo de 1846, perteneciendo al E. M. del Emperador de Rusia, Nicolás I, cuyo Monarca le dispensaba repetidas pruebas de cariño y confianza.

por el general Concha, en las inmediaciones de Miranda de Angulo, y Salvador y Palacios,—segun él mismo indica en las líneas anteriores, copiadas de su *Diario*,—fué sorprendido y hecho prisionero en el pueblo de Lanz (valle de Ulzama), y encerrado en la ciudadela de Pamplona, sujeto á un largo, improcedente y enojoso sumario.

Miéntras tanto, el gobernador de Morella, brigadier D. Pedro Beltran, mal recibido por el general Cabrera, recibió órden de reunir los dispersos del Maestrazgo y acudir con ellos á Cataluña: no lo consiguió, sin embargo de sus fatigas y celo para lograrlo, y tomó el extremo recurso de presentarse á las autoridades cristinas.

Estas, *que nada temian ya por la causa constitucional*, recibiéronle de mala manera, y le encerraron en las cárceles de Valencia, sujetándole á un sumario: mas el vil populacho reclamó la cabeza del infeliz ex-gobernador de Morella, y las autoridades de la ciudad del Túria, dando término al proceso bajo la presion de aquel alzamiento de la chusma valenciana, accedieron á la inícua pretension (¡horror causa decirlo!), y le sentenciaron á ser pasado por las armas: sentencia que se ejecutó inhumanamente, quedando manchadas con la sangre del desgraciado Beltran las nociones más sagradas de la justicia y la religiosidad de solemnes pactos.

Así concluyeron los principales jefes que aún sostenian la bandera carlista en Aragon y Valencia.

Cabrera entre tanto, habia llegado á Berga.

Capital del antiguo y nobilísimo condado de este nombre, asentada en la falda del Bajo Pirineo y encerrando en su estrecho circuito 700 vecinos, Berga, imponente fortificacion carlista, la Morella de Cataluña, estaba rodeada de catorce altivos torreones y una larga é insuperable línea de reductos, perfectamente artillados.

En la cumbre de una alta colina descansaba el antiguo castillo, de construccion muy sólida, con ancho y profundo foso, y tres órdenes de murallas, talladas algunas en la roca, de más de cincuenta palmos de altura, artillado aquel con 25 piezas de gruesos calibres.

Otro fuerte se alzaba en la parte del Este; en la *Petita*, fragosa é inaccesible sierra del Oeste, habia otro magnífico castillo, capaz de hospedar en su recinto 2.000 infantes y 300 ginetes, y al Sudeste de la villa, sobre el camino de Barcelona, todavía levantaba su erguida frente la fortaleza de las Horcas, contruida sobre un alto y escarpado peñasco.

Tal era Berga, la imponente capital carlista de Cataluña, elevada á plaza de primer órden, llave del Principado, por los asíduos cuidados del noble y leal Conde de España.

Cabrera, que veneraba la memoria de este ilustre caudillo, tenia la mision de investigar las causas de la desastrosa muerte del malogrado general.

En los últimos dias de Octubre de 1839, la junta carlista de Cataluña decretó la deposicion del Conde, y puso al frente del ejército al traidor y ambicioso general Segarra.

Salió aquel un dia de Berga, escoltado *por gentes de confianza*, para ser conducido á Francia.... en calidad de desterrado ¡por los mismos carlistas traidores!...

¡Ya se habia consumado la traicion de Vergara!

Pues bien; la escolta del general volvió á Berga, pero éste desgraciado no llegó á pisar el hospitalario suelo francés: á los pocos dias apareció en el Segre, al pié de las escarpadas alturas de Coll de Nargo, el cadáver del Conde de España, desnudo, atado de piés y manos, y cosido á puñaladas...

¿Quién fué el autor de este bárbaro asesinato?...

Quizás no se ignore hoy, pero entónces nádie lo sabia, y el general Cabrera se propuso averiguarlo.

La guarnicion de Berga se componia de dos batallones de línea, otros dos de voluntarios realistas, y dos compañías de artilleros y zapadores.

Era comandante general de Cataluña D. José Segarra, y residia en aquella plaza á la llegada del Conde de Morella.

Este, desde hace mucho tiempo, tenía algunas sospechas, confirmadas por delaciones y otras leves pruebas, de que el general Segarra habia tomado parte muy activa en la muerte del Conde de España, bien fuese por la ambicion de ocupar su puesto, bien acaso para ejecutar en Cataluña lo mismo que Maroto habia realizado en Vergara.

Mas Cabrera no queria juzgar sin pruebas indudables y aparentaba olvido del aquel sangriento suceso, cuando más actividad desplegaba para reunir datos exactos.

Segarra no esperó el resultado.

Quizá sus espías le pusieron al corriente de los planes del Conde de Morella, ó (como quieren algunos escritores) acaso en su carácter ambicioso é indómito no se hallaba muy á su gusto ocupando segundo lugar donde habia mandado como dueño absoluto, lo cierto es que pidió permiso á Cabrera para ir á tomar baños.

«Existian algunos indicios contra Segarra,—dice el mismo Cabrera,—pero no me parecian suficientes para disponer su arresto; así es que habiéndome pedido permiso para tomar baños, se lo concedí; y no porque yo creyese en la enfermedad ni en los baños, sino porque me resistia á creer que un militar y un caballero fuera capaz de cometer las felonías que le imputaban.»

Segarra marchó y el mismo dia recibió Cabrera pruebas evidentes de que Segarra era un traidor á la causa de su Rey y señor; mas cuando el Conde de Morella dió órden de prenderle, avisado tal vez el traidor por sus espias, escapó á uña de caballo, pasándose al enemigo.

En Vich, donde se acogió, publicó la alocucion siguiente:

«Compatriotas armados aún contra la causa de S. M. la Reina:—Largo tiempo he permanecido á vuestra cabeza. Mis conatos se han dirigido siempre al bien de la pátria, y en particular al de esta provincia. Mientras creí que esto podia conseguirse defendiendo la causa del ex-infante D. Cárlos, lo he hecho con decision y me habeis visto á vuestro frente arrostrando todo género de peligros. He dulcificado los males de una guerra civil que *algunos de mis antecesores habian llevado á un extremo vergonzoso y horrible*..

»Sometidas las Provincias Vascongadas y Navarra, vencidas las fuerzas de Aragon, y próximas á entrar en este Principado las numerosas é irresistibles huestes del Excelentísimo Sr. Duque de la Victoria, el problema está resuelto...

»Al efecto, *tomé mis disposiciones, y dentro de breves dias os hubiera dado el dichoso resultado que tanto anhelámos, reuniéndonos unos y otros en el regazo de nuestra madre comun, la Reina Doña Isabel II, llena de amor y de solicitud hácia sus pueblos* para ocuparnos en cicatrizar las heridas públicas, *si mis pasos no se hubiesen malogrado por una traicion, que no podia esperar, de personas que juzgaba muy predispuestas al bien general.* Vuestros sufrimientos van á prolongarse indefinidamente, si no mirais por vosotros, si no escuchais la voz de un jefe á quien habeis estimado siempre. La causa que sosteneis

está perdida sin remedio. ***Desoid las sugestiones sangrientas de esa turba de hombres perdidos que despues de asolar el país que los vió nacer, han entrado ahora en nuestro suelo á concluir de arruinarlo, á sacrificar más vidas,*** y á cubrir á Cataluña de desastres ***para saciar odios y venganzas,*** y poner en salvo lo que acaben de esquilmar á vuestros bienes. Esto es la verdad. Preserváos de estos males que tan de cerca os amenazan, no creais la venida de los extranjeros en vuestro apoyo, deponed las armas. Contribuid á la pacificacion general uniéndoos al único centro de ventura y de felicidad de los Españoles, el trono de Isabel II y la Constitucion del Estado. Presentáos á las autoridades militares de S. M. Os esperan con los brazos abiertos y sereis recibidos por ellas, por las tropas y por los pueblos ***con la cordialidad y buena acogida que me han dispensado á mí,*** y de que está recibiendo contínuos testimonios en esta ciudad de Vich vuestro paisano y compatriota, *José Segarra.*—Vich, 13 de Junio de 1840 (1).»

Si nuestros lectores han tenido paciencia para examinar el anterior documento (la cual le habria faltado al autor de este libro, si no hubiese tenido presentes sus deberes de historiador y sus compromisos con el público), habrán deducido:

Que el traidor Segarra acusaba al Conde de España (su antecesor) de haber llevado la guerra á un extremo horrible y vergonzoso;

Que el traidor Segarra ***tenia tomadas sus disposiciones*** para una segunda ***Marotada;***

Que al traidor Segarra le hicieron traicion otros trai-

---

(1) Fué publicada en la *Gaceta* y demás periódicos.—¿Cómo no serlo? ¡Ya lo creo!

dores, y no sacó ningun fruto de aquellas hábiles disposiciones;

Que el traidor Segarra, no pudiendo vengarse de otro modo del general Cabrera, que le desenmascaró bien pronto, le colmaba de improperios y de acusaciones villanas y cobardes.

El Conde de Morella contestó con este documento:

«Voluntarios: vuestro general en jefe os dirige la palabra, no para hacer ostentacion de sus principios, pues los dejó ya marcados en los campos de batalla; vuestro general os habla, no para aumentar vuestro valor, porque en los pechos de los valientes jamas halla cabida el desmayo: os dirijo, sí, mi voz para que quedeis enterados de la verdadera urgencia que me ha impulsado á pasar el Ebro con una parte de mis fuerzas que se hallaban reunidas en Aragon y Valencia. *Comunicaciones oficiales interceptadas al enemigo*, llegaron á convencerme de que en este Principado corria inminente riesgo la causa de la Religion y del Monarca legítimo. Manejos de la revolucion, ocultos, á la par que combinados, iban á enarbolar entre vosotros el negro y asqueroso pendon de la perfidia. Se movian todos los resortes para burlar vuestro valor, y los vencedores en el campo de batalla iban á quedar vencidos, no por la fuerza de las armas, sino por el refuerzo vil de la intriga. Gracias al Señor, está descubierta ya la trama....

«.... Adoptando las medidas que he creido oportunas, acabo de arrancar la máscara al hipócrita Segarra. Sí: este ingrato general, con el honor en la boca y la infamia en el corazon, no ha podido ocultarla por más tiempo. Lo hallareis ya en Vich fraternizando con los enemigos de Cárlos V. Este es un triunfo para las armas del Rey, pues la causa de la lealtad acaba de arrojar de su seno á un general fementido. No dejaré la obra incompleta, y al trai-

dor que pretenda abrigarse entre vosotros no le queda otro recurso que la fuga, si primero no le alcanza la severidad de las leyes.....

»Catalanes: la rectitud de mis intenciones os es bastante conocida: sabré recompensar el mérito, pero inexorable me tendreis con el delito. Voluntarios: sé que me amais y que os hallais persuadidos de que vuestro general os ama; mucho me prometo tambien de vuestro valor y constancia: no se me oculta que la cábala de la revolucion es la que en diferentes períodos ha puesto en estado de inercia la robustez de vuestros brazos; pero sé tambien que deseais batir al enemigo y que vuestro elemento natural es el lugar del combate: yo me pondré á vuestro frente; yo mismo en persona os conduciré al campo del honor, y, con el auxilio de Dios, á la victoria, y conservando la union y el amor fraternal que veo reinar entre vosotros, me cabe el dulce placer de no descubrir en todo el ejército de mi mando más que soldados de Cárlos V....—*El Conde de Morella.*»

Los ánimos se agitaron después de estos hechos: Cabrera halló pruebas de que «se trataba de introducir la discordia y fomentar la desercion en aquellos restos del ejército aragonés, valenciano y catalan, leales aún á su general y á la causa que defendian.»

Oyó voces alarmantes, recibió confidencias, cayeron en sus manos proclamas subversivas.

El comandante Castañola, acusado de infidencia, convicto luego y confeso de hallarse en correspondencia con el enemigo, fué condenado á la última pena.

Y como tambien se descubriesen pruebas convincentes de que algunos indivíduos de la Junta gubernativa de Berga aparecian culpables de la desastrosa muerte del Conde de España, Cabrera, «*obrando segun las instruc-*

ciones de S. M.»—dice él mismo en sus *Memorias*,—mandó que se les redujese á prision é instruyese un sumario por el brigadier D. Antonio Jesus Serradilla, para la aclaracion del hecho: sumario que «no pudo concluirse ántes de nuestra entrada en Francia,—añade el Conde de Morella,—quedando abierto el proceso hasta que las circunstancias permitan su continuacion.»

Y no pudo concluirse, porque se acercaba con pasos de gigante el triste momento en que todos aquellos valientes guerreros de los siete años pisasen el extranjero suelo, abandonando, quizá para siempre, á la pátria en que nacieron.

En efecto: el Duque de la Victoria, que no habia podido oponerse al paso del Ebro, se acercaba á Berga, al frente de numerosas tropas.

La division de Ayerbe estaba en ¡Cervera, la de Zurbano en Tárrega, la de Leon en el llano de Urgel, la de Castañeda en Balaguer y la del general Espartero en Lérida: preparábanse á caer sobre la plaza de Berga, último baluarte de Cárlos V.

Al amanecer del 3 de Julio, salió el Duque de la Victoria de Casenas, hasta cuyo punto habia llegado en los dias anteriores sin obstáculo, y se presentó delante de la plaza, acampando en las inmediaciones de la sierra de Nuet.

Esta estaba defendida por el segundo batallon de Mora, á los órdenes del coronel D. Domingo Gombau, pero fué reforzada por el brigadier Arnau con el 2.° de Tortosa, miéntras el mismo jefe avanzaba para tomar posiciones, ocupando una extensa línea entre los reductos exteriores, el fuerte de las Horcas y la sierra de Fullaraca: el centro y flanco derecho, estaban confiados al ya coronel D. Hermenegildo Ceballos; la izquierda corria á cargo del de igual clase D. Juan Huertas y la reserva se quedaba en

Nuet, al mando de D. Francisco Ramirez: la caballería de Tortosa se colocó á la izquierda de la línea carlista, en retaguardia.

Habia tambien una escuadra de marina, unida al 2.° de Mora, la cuál cometió la felonía de pasarse al enemigo durante el combate.

Era el amanecer del 4 de Julio.

Atacadas las primeras líneas de defensa por la division del Conde de Belascoain, rompieron los carlistas vivísimo fuego, que diezmaba los batallones cristinos: casi todos los que rodeaban al general Leon fueron muertos ó heridos, y el caballo de éste recibió cuatro balazos, quedando ileso el ginete.

Tomada la línea primera, se defendieron los soldados de Cabrera en la segunda, y á pesar de los prodigios de valor de éste, Forcadell, Arnau, de todos los valientes que libraban allí la última batalla, por entónces, la sierra de Nuet fué ocupada por los isabelinos.

Inmediatamente descendieron los batallones por la izquierda de la quebrada sierra, y fueron ocupando, uno por uno, los fuertes y reductos que se alzaban en este flanco: de manera, que cási con un amago de combate, quedó en poder de los cristinos la formidable línea exterior.

Berga, por lo tanto, no podia resistir, á pesar de sus cañones.

Dos compañías de Mora la defendian, y al Conde de Morella le constaba que sus valientes estaban decididos á vender caras sus vidas.

Pero ¿qué podia hacerse, en tan graves momentos, contra la poderosa fuerza que obedecia al Duque de la Victoria?

Cabrera no quiso que se derramase la sangre de sus sol-

dados, de los soldados que la habian derramado tan generosamente en la ya espirante guerra dinástica; guerra cuyos hechos y episodios admirarán nuestrcs descendientes mejor que nosotros, que estamos aún cegados por la pasion política.

Abandonada Berga, Espartero alzó sobre los muros de la plaza el pendon constitucional.

Perdieron los batallones carlistas 13 muertos y 45 heridos, y la division de Leon, única que tomó parte en el combate, contó 70 bajas, entre muertos, heridos y contusos.

En Berga, el 4 de Junio de 1840, se disparó el último cañonazo de la asoladora y fratricida lucha de los siete años.

El 5 pernoctó Cabrera en la línea divisoria de Francia, y España.

El 6 en Palau, entregó su espada al Comisario de policía francesa.......................................

Espartero habia dicho:

«Lucirá para España una nueva era de paz y de ventura.....»

—Veámoslo!

PARTE TERCERA.

(1841-1849.)

CAPÍTULO V.

LA NUEVA ERA DE PAZ Y DE VENTURA.

En la Puerta del Sol de Madrid, hácia el mes de Marzo del año de gracia de 1838, apareció un delicioso pasquin, que la historia conserva, redactado en estos términos:

¿Qué nos dejó Cárlos tercero?
—Mucho dinero.
¿Y Cárlos cuarto?
—Alguno que otro cuarto?
¿Y D. Fernando?
—Metidos en un gran fandango?
¿Y Doña Isabel segunda?
—Hará que la España se hunda.
¿Y los nuevos regeneradores?
—Serán los ejecutores (1).

---

(1) Véase *La Esperanza*, núm. 7.465, 17 de Febrero de 1869.

Que no les choque á nuestros apreciables lectores la preferencia que concedemos á estos mal pergeñados versos en la página primera de este interesante capítulo: ellos envuelven la historia de nuestra desgraciada pátria, desde el asqueroso motin de Aranjuez hasta el alzamiento carlista de 1834; desde la Regencia de Espartero, hasta la *gloriosa* Revolucion de Setiembre de 1868.

Justo es confesar, en obsequio de la verdad histórica, que no fueron los *nuevos regeneradores* los únicos que *hicieron hundir* á la España: tomaron estos por modelo á los antignos, á los *patriotas* de 1820, á los demagogos de aquella época infausta, desde la cual se deben contar una por una todas las grandes desdichas de nuestra nacion, ó referirlas á aquella, como á su más legítimo orígen.

Vamos á probarlo—y, puesto que de paso probarémos tambien la exactitud del célebre dicho de los constitucionales, que sirve de epígrafe á este capítulo, habrán de perdonarnos nuestros lectores si reducimos á breves páginas la extensa narracion de muchos, grandes, vergonzosos, miserables, inauditos é inverosímiles sucesos.

Al romper el alba del 1.° de Enero de 1820, nació para España la triste edad de los alzamientos militares.

Hallábase ya tranquila Europa, reponiéndose de las guerras napoleónicas, después de haber encadenado al coloso á la roca de Santa Elena, y haber tratado á España, á la nacion generosa y brava que fué la causa primera del derrumbamiento del Imperio, con desden profundo en el celebérrimo Congreso de Viena, discutiendo la legitimidad de Fernando VII, aprobando la nueva renuncia de Cárlos IV, sosteniendo el desastroso *Pacto de familia*, y negándonos el reintegro del gran Ducado de Parma, que nos habia arrebatado injustamente Napoleon I, y que el

Austria anhelaba, — merced á la ineptitud del menguado diplomático D. Pedro Labrador, embajador de España en aquella Junta solemne de las Potencias.

Pero nosotros, como si estuviésemos condenados á perpétuas luchas en este malhadado período, luchábamos aún en América contra los ardientes emancipadores.

Cási todas las colonias americanas se hallaban en combustion á la llegada á Madrid del desterrado de Valencey: Buenos-Aires, independiente; en Chile y Perú se sostenia sangrienta lucha; Venezuela se escapaba de las garras del leon castellano; en Méjico, cuya capital y gran parte del reino obedecia la autoridad del Virey, aunque contrariándola sordamente, ardia ya la guerra civil, amenazando incendiar á su tiempo nuestras más ricas y dilatadas colonias.

El Gobierno de Fernando VII mandó la formacion de un numeróso ejército en la isla de Leon para que fuera á reforzar los gloriosos restos del de la Independencia que luchaba por España en aquellas lejanas tierras; pero los viles ardides tramados por las lógias masónicas, por los indivíduos del *Taller sublime* (1), sobre todo, que anhelabau vivamente la restauracion del sistema constitucional, ya que no el destronamiento del monarca, hicieron que el ejército expedicionario se sublevase en las Cabezas de San Juan, en 1.° de Enero de 1820, proclamando el Código político del año 12, á las órdenes del general Quiroga y del comandante Riego.

Y cuando la insurreccion iba á sucumbir en su orígen, no obstante la indiferencia y culpable apatía del Gobierno, el Conde de La Bisbal se insurreccionó tambien en

(1) A esta lógia pertenecian los señores Alcalá Galiano, Mendizábal, Romero Alpuente, Sancho, etc.

Ocaña, y alzaron pendones constitucionales la Coruña, el Ferrol y Vigo, Zaragoza, Pamplona y Tarragona.

Triunfaron, por fin, los revoltosos, y santificaron solemnemente el principio revolucionario del derecho de insurreccion: el populacho madrileño, excitado por las lógias masónicas, allanó la morada del monarca (1), impuso á éste su voluntad omnímoda con gritos, imprecaciones y amenazas, y juró Fernando VII, en el salon de Embajadores del Real Alcázar, la Constitucion de 1812.

Escenas tumultuosas y ridículas, parodias de los viles desmanes de la Revolucion francesa, cuando la chusma despreciable de los arrabales de Paris, acaudillada por el cervecero Santerre y el carnicero Legendre, invadió los salones de palacio en són de amenaza, como rugientes fieras que buscan á la desgraciada víctima, y obligó á Luis XVI á ceñir su arrogante cabeza con el gorro frigio, y acercar á sus lábios el vaso de las tabernas que le ofrecia con semblante amenazador un beodo.

La verdad es que los reyes, delante de las revoluciones, si no resisten, caen; si conceden, abdican; si tiemblan, mueren.

La *Junta provisional consultiva*, creada para representar los intereses de la revolucion triunfante, con mengua de la dignidad y del poder del rey, cometió la insigne torpeza ó maquiavélica astucia de licenciar el ejército insurreccionado, á guisa de premio que se concedia á sus indivíduos por el alzamiento en 1.° de Enero.

Y como si esto no fuese bastante, ascendió á generales á los simples comandantes de batallon que habian dado el grito en Cabezas de San Juan.

Es decir, de la faja que ciñó el farsante Riego, brota-

(1) El 9 de Marzo.

ron como por encanto las futuras conspiraciones militares, los alzamientos, las asquerosas é indignas rebeliones de que están llenos los fastos del último reinado; en fin, *la nueva era de paz y de ventura.*

Conspiraciones realizadas, por lo comun, para satisfacer la ambicion de algunos con un entorchado más en las bocamangas de la casaca, ó una cartera ministerial debajo del brazo derecho, magníficos premios de la traicion y del crímen; alzamientos que rasgan la severa ordenanza militar en cien pedazos, desmoralizan el ejército y hacen de la fuerza pública, destinada á proteger el órden, un elemento perturbador de las sociedades; rebeliones, por último, que se llevan á cabo por sus jefes ó directores á espensas de la sangre generosa del pobre soldado ó de las crédulas turbas populares, que son las humilladas siempre con la victoria y con la derrota (1).

Pero si mucho hizo la *Junta*, más hizo la célebre sociedad de la *Fontana*, y más hicieron aún las Córtes de 1820 para santificar las rebeliones militares.

Riego, *el hombre extravagante*, como le llama el gran maestro y patriarca liberal, D. Manuel José Quintana (2); «el que siempre se equivocó en las ideas que formaba de »las cosas y de los hombres, y mucho más en las de sí »mismo», aquel «en cuyos desvaríos consiste una gran

(1) Esta es la verdad.—Sesenta y tantos infelices, militares y paisanos, fueron fusilados por O'Donnell á consecuencia de la sublevacion militar del 22 de Junio de 1866; *pero ni uno sólo de los jefes* de aquellos, es decir, *de los que buscaban detrás de las barricadas los entorchados*, *las carteras*, *las credenciales y las altas condecoraciones*: Madrid entero sabia dónde estaban después de la lucha, y dónde estuvieron ántes los Pierrard, los Contreras, los Sagasta, los Rivero, los Castelar.... Sólo el Gobierno *no lo sabia.*—¡Aprende, pueblo!

(2) *Obras de Quintana*, *Cartas* á lord Hotland.

»parte de nuestras desgracias, y ellas caracterizan mu-»chos de nuestros errores» — Riego, decimos, fué llamado á la corte para disolver sin obstáculo el ejército que comandaba en la isla de Leon, en defecto del general Quiroga, nombrado vicepresidente del Congreso.

Los sócios de la Fontana le prepararon un obsequioso y entusiasta recibimiento, celebrándose un convite en la tarde del 3 de Setiembre, que degeneró en desordenada é infernal orgía.

Por la noche, en el teatro del Príncipe, templo de las musas españolas, donde se habian estrenado los magníficos dramas de Calderon, las deliciosas farsas de Lope y las bellas comedias de Moreto, resonaron los roncos acentos del general patriotero, quien después de pronunciar un *discurso*, lleno de palabrotas de relumbron y chocarreras, *libertad y cadenas*, *pátria* y *tiranía*, *serviles* y *liberales*, etc., etc., el mismo general, acompañado por sus ayudantes, cantó la insultante letra del *Trágala* en medio de los gritos, aplausos y voces descompuestas de los concurrentes, «convirtiendo el teatro —dice un escritor *liberal* — Riego y sus amigos, que todavía se *hallaban dominados por los recuerdos del banquete* (1)—en una plaza de toros.»

Riego fué desterrado, por los excesos de aquella noche memorable; pero la historia guarda en sus páginas una relacion tan impura y grotesca.

Las Córtes, más adelante, elevaron á dogma revolucionario la rebelion armada, por medio de una ridícula escena *patriotera*.

(1) ¡Delicada manera de hablar! — Cuando veais, lectores queridos, á un hombre que se tambalea, porque tiene *pesada* la cabeza, no digais, nó, que está *beodo*; decid unicamente *que se halla dominado por los recuerdos.... de lo que ha bebido!*



Debia pasar por delante del antiguo palacio de Doña María de Aragon, lugar donde aquellas celebraban las reuniones, el segundo batallon de Astúrias, el mismo que mandaba D. Rafael del Riego cuando la sublevacion del año 20, y acordaron los Diputados recibirlo en la barra del salon *con todos los honores debidos á quien habia roto las cadenas de la tiranía.*

El batallon entró triunfalmente en la corte, desfilando por delante del palacio de Doña María de Aragon, entre músicas y gritos de entusiasmo: allí lo recibieron los maceros de las Córtes en traje de ceremonia, condujeron á la barra al nuevo comandante y una comision del Cuerpo, pronunciáronse discursos, hubo aplausos frenéticos para todos y hasta se cambiaron patrióticos obsequios: el vicepresidente de las Córtes regaló al comandante un ejemplar de la Constitucion (sin duda para que volviera á sublevarse en ocasion oportuna) y el comandante regaló al Congreso... el sable que llevaba Riego al dar el grito de rebelion!

El Sr. D. Ramon Salvato, Diputado por Cataluña, vicepresidente de las Córtes, prorumpió en estas *elocuentes frases*:

—Las Córtes admiten con singular aprecio este acero, fasto vivo del pronunciamiento de la libertad y trofeo de un héroe.

¡Así elevaron aquellos hombres ilusos, por no decir malvados, á deber imprescriptible de los ambiciosos las sublevaciones militares!

Aquel sable del hombre extravagante,—como el poeta Quintana llamaba á Riego—no era el trofeo de una gloria nacional, no era la sagrada reliquia de un héroe de la pátria que ésta recibe con veneracion y júbilo para guardarla entre dobleces, como si oro finísimo fuera: era, sí, el emblema de

un partido político, que sublevaba á las tropas destinadas á combatir en lejanas tierras por la integridad de la nacion; era el símbolo de la desobediencia, la enseña vergonzosa de la insubordinacion, el blason de un hombre que habia sido elevado á la alta categoría de general español, desde segundo comandante, por haber cometido un delito marcado en las Ordenanzas con la pena de fusilamiento.

De aquí nacieron todas las sublevaciones militares.

Es decir: al sistema parlamentario, á la estupidez ó mala fé de unas Córtes patrioteras, debemos la santificacian de los alzamientos y rebeliones; la promulgacion franca del derecho de insurreccion, cuando los ambiciosos de entorchados ó de carteras ministeriales se cansen de esperar *el turno pacífico*—segun se dice en la gerga parlamentaria.

Sentado este precedente, necesario para nuestro propósito, hagamos la historia de la *nueva era de paz y de ventura*.

Comiencen nuestros lectores á formar apuntes.

Y prescindamos, por supuesto, de la *era feliz, aunque sangrienta* de 1834 á 1839, con el célebre dicho de un constitucional famoso. Sin embargo, recordemos por breves momentos la osada rebelion del teniente D. Cayetano Cardero (1) que comenzó con el asesinato del pundonoroso general Canterac y concluyó, para escándalo perpétuo del honor y disciplina militar, con una capitulacion vergonzosa del Gobierno, en virtud de la cual salieron de la corte los sublevados, con banderas desplegadas y tambor batiente, á guisa de victoriosos héroes, para el ejército del Norte, *á fin de borrar con su fidelidad y servicios ulteriores la gran falta cometida* (2).

(1) El 18 de Enero de 1835.

(2) Palabras textuales de la órden, que tenemos á la vista.

Humillacion indigna, trato asqueroso, sin ejemplo en la historia de las naciones, en que un Gobierno desciende á capitular con un puñado de revoltosos,—medio batallon del regimiento de Aragon, 2.° de ligeros,—y les concede honores que sólo están reservados á los que vencen en el campo del honor.

«Cómo es esto, señores!—decia en el Estamento de Próceres el Sr. Navarro Sangran.—¡Cómo es esto, señores! ¡Honores militares á los traidores, y hechos por los leales! ¡Oh, vergüenza, vergüenza del honor militar!

A cuyas palabras contestaba el general Palarea, Procurador por Múrcia:

«..... Esos soldados, *instrumentos y nada más*, de la rebelion del 18, eran unos valientes, y se los engañó haciéndoles creer que hallarian apoyo.....»

«¿Qué extraño es,—decia tambien Alcalá Galiano, el famoso tribuno de la Fontana,—que *los infelices* de la casa de Correos (los sublevados) adoptaran los medios *que tenian en su mano*, cuando creian que el Ministerio caminaba mal?»

Y el Procurador Istúriz, que militaba entónces en las filas más avanzadas del liberalismo, resumia ingeniosamente aquel vergonzoso debate con esta exacta apreciacion:

«Sí: los rebeldes se han llevado consigo la fuerza del Gobierno clavada en las puntas de sus bayonetas.»

Esto es: si la sublevacion de Riego en las Cabezas de San Juan no era bastante para santificar las rebeliones armadas, ahí están la osada sublevacion del teniente Don Cayetano Cardero, la debilidad del Ministerio, los honores militares otorgados á los rebeldes, la discusion imprudente de los indivíduos del Estamento de Próceres,—parto maravilloso de la imaginacion del Sr. Martinez de la Ro-

sa, tan excelente literato como despreciable y veleidoso político.

Continúen nuestros lectores tomando notas para la historia de la *nueva era de paz y de ventura*.

Hemos dicho en uno de los capítulos precedentes (1) que el general Espartero, después de la pacificacion de las provincias del Norte, y cuando ya su victorioso ejército se hallaba acantonado en el Maestrazgo y Aragon para tomar la ofensiva contra las fuerzas del general Cabrera, lanzó al viento de la publicidad el célebre manifiesto de Mas de las Matas, primer cañonazo disparado por el orgulloso general contra los cimientos de la Regencia de Doña María Cristina.

En efecto, en dicho manifiesto se leia el párrafo siguiente:

«Este (Espartero,—decia el brigadier Linaje, secretario de aquel) desaprueba algunas acciones de los moderados y la conducta seguida por los Ministros en punto al trato que daban á la parcialidad contraria (á los progresistas) y á haber disuelto unas Córtes, de las cuales, procediendo con destreza, imparcialidad y justicia, podian haber sacado partido en comun provecho.»

Como el Ministerio Castro-Arrazola, que entónces regía los destinos de España, estaba compuesto de moderados, y las Córtes disueltas por decreto de 18 de Noviembre de 1839 eran casi progresistas, claro está que el Duque de la Victoria se significaba abiertamente hostil á la política del Ministerio, y afiliado al partido opuesto.

Resultado: que la Reina Cristina y el Ministerio Castro-Arrazola se hallaron como quien dice entre la espada y la pared; entre el principio de autoridad que debia conser-

---

(1) Véase el tomo II, pág. 22 de esta obra.

varse incólume, y la audaz declaracion del general en jefe del ejército del Norte, que arrojaba el peso de su acero, de aquel acero que se le habia confiado para terminar la lucha, en la raquítica balanza de los partidos *interiores*.

Reunióse el nuevo Congreso en 18 de Febrero de 1840. Y miéntras tanto y luego, una prensa desbordada batia en brecha al Ministerio Castro-Arrazola, y la insurreccion progresista se anunciaba con frecuentes chispazos.

El Eco del Comercio, *La Revolucion*, *Fray Gerundio*, *El Huracan* y otros procaces periódicos predicábanla descaradamente, y el famoso *Guirigay*, cuyos folletines ó *cencerradas* estaban escritos,—segun de público se dice,—por D. Luis Gonzalez Brabo, bajo el pseudónimo de *Ibrahim Clarete*, parecia querer reproducir en nuestra España, en la mitad del siglo XIX, el escándalo, la procacidad, el desbordamiento de la prensa maratista y *guillotinadora*, que brotó en la vecina Francia al calor de una revolucion sangrienta y entre los escombros del trono de Luis XVI y María Antonieta de Austria.

Hé aquí un trozo de la *cencerrada* del 19 de Marzo de 1839:

«La justicia de los pueblos no avisa: es como la de Dios: cae *sobre los criminales* cuando ménos lo piensan; es el rayo que abrasa, es el volcan que estalla, es el torrente que inunda, es la devastacion, el incendio, la ruina....

—Poesía y embuste.

—Verdad eterna!

—Hay cañones....

—Esa es la respuesta de los tiranos y la señal de la ruina, porque el pueblo tiene piedras en las calles.

—El pueblo huye.

—Y tambien triunfa.

—Alguna vez; muy rara.

—Esa vale por todas. Llega un dia en que los hombres se cansan, y ese ruge la voz tonante del pueblo, y los déspotas se estremecen, las generaciones se levantan como si fueran un hombre solo, se rompen las exclusas, la sangre corre á mares, los orgullosos de ayer mueren en el lodo de las plazuelas, los traidores se ocultan, los palaciegos cobardes abandonan el ídolo á quien incensaban, el pueblo usa del más terrible de los derechos, del de represalias; el pueblo entónces es tirano á su vez y á su vez verdugo, y después la historia desenvuelve en páginas de sangre el drama de un siglo sangriento. Esta sangre cae entónces....

—Qué disparates!

—Gota á gota, como decía Istúriz, sobre la cabeza de los que mandaban contra la opinion y desoian el grito universal.»

Así se usaba entónces,—y se ha usado siempre,—de la libertad de imprenta.

Cada periódico exaltado era una proclama incendiaria; cada folletinista audaz se convertia en un émulo de Marat y de Collot D'Herbois.

Qué sucedió bien pronto?—Consecuencia de esta anarquía moral, alzáronse en armas las chusmas revoltosas de las capitales más importantes: Sevilla, Málaga, Tarragona, Santander, fueron teatro de sangrientas escenas; reprodujéronse en Barcelona los vandálicos actos de otra época no remota; Madrid mismo, en la tarde del 24 de Febrero de 1840, presenció un motin asqueroso é innoble, fraguado por una minoría turbulenta que pretendia, *en uso de su libertad*, coartar la libertad de los demás, dentro y fuera del Congreso de Diputados.

Inútiles fueron los desesperados esfuerzos del Ministro

de la Guerra, el bravo, desgraciado Montes de Oca, y más inútil aún la entereza de ánimo del Sr. Arrazola.

Rodeado el Congreso de revoltosos, «la Representacion nacional está sitiada,—decia un Diputado,—y no truena el cañon contra los sitiadores.»

Por qué?—Porque se habia levantado en el Ayuntamiento *progresista* un nuevo poder contra el poder del Ministerio, depositario del poder Real.

—*Me han desarmado,* — decía el jefe político al señor Arrazola después de haberse dejado arrancar el baston de mando por los corifeos de las turbas.

—*Habia más honor en haber muerto en la plazuela,*— contestóle arrogantemente el Ministro:—*la autoridad que ciñe una espada no se la deja arrancar sino con la vida.*

El motin concluyó cuando una compañía de granaderos se presentó en la Casa de Villa y arrojó al Ayuntamiento sedicioso que se habia declarado en sesion permanente.

Y era que el partido progresista, vencido en las urnas y derrotado en el Parlamento,—segun un escritor liberal, —habia llevado al Municipio, donde dominaban sus ideas y sus hombres, en virtud de la exagerada ley de 3 de Febrero de 1823, el gérmen de la resistencia, de la perturbacion, de sus desorganizadoras teorías.

Porque confiaba en la espada del nuevo Brenno,—del general Espartero.

La famosa *cuestion de fajas* no bastó para derrocar al Ministerio: Linaje, mortal enemigo del Gabinete Castro-Arrazola, el que fomentaba las ambiciosas aspiraciones de Espartero, el autor del manifiesto de Mas de las Matas, el que debia haber sido entregado á un consejo de guerra por sus ataques virulentos á la situacion de 1840,—¡vergüenza causa decirlo!—fué ascendido, por los mismos que le odiaban, al empleo de mariscal de campo.... á true-

que de conservar una cartera vilipendiada y escarnecida.

Pero en seguida escribió Espartero á la Reina Gobernadora:

«Puesto que al nombre mágico de V. M. se ha peleado y vencido, á su nombre tambien y con su presencia debe concluirse la guerra: á este efecto V. M. debe trasladarse á Barcelona, poniendo por su mano la última piedra á la obra de la pacificacion, volviendo después á la corte con la palma de la victoria y la oliva de la paz (1)....»

Hé aquí el secreto del viaje á Barcelona de Doña María Cristina y de sus hijas, en Junio de 1840.

«Cristina—dice un escritor liberal—desgraciadamente para ella, confiaba demasiado en la lealtad y en la gratitud de Espartero....

«¿Cómo temer á la revolucion? ¿Cómo no contar con la victoriosa espada de un general sobre quien habia derramado á manos llenas cuanto un rey puede conceder á su súbdito: grados, condecoraciones, títulos, honores, grandeza, regalos? ¿Cómo dudar de la palabra de sumision y respeto, empeñada por un caballero, por un militar, á quien habia elevado á una altura tal, que desde el Príncipe de la Paz no alcanzara ninguno?»

El viaje se llevó á cabo, con excelentes auspicios para la Reina Gobernadora, quien acababa de conferir á Espartero el título de Duque de Morella, y el alto empleo de Comandante general de la Guardia Real.

Pero si el manifiesto de Mas de las Matas fué la primera etapa de la caida de la Reina regente, el viaje á Barcelona, cuando tanto confiaba en el *general* Espartero, fué la última.

---

(1) Rico y Amat, *Historia política y parlamentaria de España*, tomo III, pág. 255.

Ya hemos hecho mencion de este viaje en el capítulo precedente, al dar noticia del desgraciado combate sostenido por las tropas del jefe carlista Salvador y Palacios contra las que acaudillaba el general Concha en las inmediaciones de Medinaceli (1).

Llegó Cristina á Zaragoza, pueblo que tenía á su devocion el Duque, y allí empezaron ya las exposiciones irrespetuosas para que no se sancionase la nueva ley de Ayuntamientos, manzana *aparente* de la discordia: miéntras se victoreaba á la Reina, se oian voces agresivas contra los *traidores*.

Eran los primeros síntomas de una revolucion funesta.

En Lérida, por fin, ántes de la accion de Berga, presentóse Espartero á la Reina Gobernadora, «no como el militar que pide órdenes—dice un cronista liberal,—sino como el político, como el súbdito que, al frente de una revolucion triunfante, impone condiciones al Soberano. *A nombre*, pues, *de la insurreccion* exigió á la Reina, no sólo la no sancion de la ley de Ayuntamientos, sí que tambien la variacion del Ministerio y la suspension de las Córtes.»

Ecco il problema: lo de ménos, bien mirado, era la ley de Ayuntamientos; fantasma que se exhibia por una minoría turbulenta para encubrir siniestros planes; la cuestion era el Ministerio, el poder: las carteras y los entorchados.

Rendida Berga; habiendo entrado en Francia el general Cabrera y demas caudillos carlistas; *pacificada* la Península, merced á lo que se llamaba por algunos pe-

---

(1) Vários historiadores (Rico y Amat, Fernandez de los Rios, Calvo y Rochina, etc.) han creido que este combate fué preparado por el general Cabrera, para apoderarse de las personas Reales en combinacion con Palacios y Balmaseda.—No es cierto.



riódicos el formidable, irresistible, flamígero, triunfador, y qué sé yo que más, acero del Duque de la Victoria, entró en Barcelona, donde ya moraban las Reales personas, siendo recibido con pompa régia. Mas no crean nuestros lectores que llevaba el objeto de invitar á Doña María Cristina para *que pusiese por su mano la última piedra de la obra de la pacificacion, y volver después á la corte con la palma de la victoria y la oliva de la paz*—como ha bia dicho anteriormente.

No, señores: Espartero daba al diablo sus promesas de antaño (costumbre liberalesca) y aspiraba á ser dueño absoluto de la situacion.

María Cristina cometió la torpeza, incomprensible en una señora de tan claro talento, de contemporizar con el rebelde, olvidándose de aquella profunda máxima política que los reyes deber tener siempre presente: la duda es la abdicacion; no resistir es caer.

Efectivamente; al anochecer del 14 de Julio, se presentó en palacio el Duque á recibir órdenes, y la Reina le dijo:

—Estoy resuelta á sancionar la nueva ley de Ayuntamientos, porque así lo exige, en mi concepto, el bien del Estado.

Y Espartero cortó de pronto la conversacion, y contestó con acento desabrido:

—Señora: he venido á recibir la órden, y no para hablar de política con V. M.

Contestacion irrespetuosa y poco noble, si se tiene en cuenta que los reyes *mandan* á sus súbditos—mucho más cuando estos súbditos ocupan altos puestos y se adornan con grandes cruces y honrosos títulos, que deben *únicamente* á la excesiva munificencia de aquellos.

La ley se sancionó á pesar de todo, pero «el Duque de

la Victoria, *por aquel desaire que se le hacia*—dice un su biógrafo—envió á la Reina (el 16) la renuncia de todos sus empleos, grados y condecoraciones.»—teniendo buen cuidado de hacerla publicar en los periódicos, *ántes de ser admitida*.

Pero este golpe de teatro no surtió efecto : la poblacion permaneció tranquila y las tropas fieles.

Espartero ensayó otro más decisivo.

«El 18 por la mañana,—dice un historiador liberal (1) —se presentó en la Real Cámara para despedirse de S. M. —Adónde vas?— le preguntó la Reina.—Voy á ponerme á la cabeza de mis tropas, porque ya nada tengo que hacer aquí.—El momento de tu partida no me parece oportuno, porque podria suceder que tu presencia fuese pronto necesaria para mantener el órden.— *Para ese caso yo no puedo ser útil a V. M.*; pues.... *si el pueblo se insurrecciona*, con motivo de los últimos sucesos, *mis tropas no están dispuestas de ninguna manera á hacer fuego contra él.*— Véte cuando quieras!—replicó la Reina indignada....»

El motin estalló, y los cobardes Ministros huyeron abandonando á la Reina.

¡Digna accion de caballeros españoles—exclama el historiador citado—la de huir del lado de una señora al verla afligida y amenazada!

Pero esto es costumbre inveterada en liberales, llámense progresistas ó moderados.

¿No huyó tambien el mismo Espartero y Escosura y demás familia, durante las sangrientas jornadas de Julio de 1856, unos para ocultarse, otros para ponerse en-

---

(1) Rico y Amat, *Historia política y parlamentaria de España*, tomo III, pág. 259.

frente de la régia prerogativa con las armas en la mano?

¿No huyeron los Gonzalez Bravo, los Orovio, los Belda, al estallar la última *gloriosa* revolucion de Setiembre?

Sólo quedó al lado de María Cristina el noble Conde de Vigo, jefe político de Barcelona, y como ofreciese sus servicios y su existencia para salvar la de su Reina, ésta le dijo con amarga sonrisa:

—No temas escenas deplorables; sólo se trata de una agresion como la de la Granja, *con la diferencia de ser obra de generales, en vez de sargentos* (1).

Cuyas frases hacen honor á la perspicacia de Doña María Cristina, por más que estén en contradiccion con la política vacilante y temerosa de esta señora, ante la situacion agresiva en que se habia colocado el Duque de la Victoria.

Pero entre tanto ocurrian en Madrid los *desahogos patrióticos* del 7 de Julio y el famoso *motin de las galgas*, en 18 del mismo mes, promovidos ámbos por los clubs ultra-progresistas de la corte, en connivencia con los alborotadores de Barcelona, sin que bastase á extinguir la alarma el nombramiento de un nuevo ministerio, en el que hallaron cabida los *niños mimados* del general Espartero, Gonzalez (D. Antonio), Sancho y los dos Ferraz.

Al contrario, el cuartel general del Duque se colocaba en una actitud francamente revolucionaria, y «pronunciábase el nombre de la Reina Cristina acompañado de los epitetos más infamantes, hasta iniciarse en el consejo privado de Espartero la idea de despojarla de la Regencia (2).»

Marchó á Valencia la viuda de Fernando VII, creyendo

---

(1) *Historia política y parlamentaria etc.*, tomo III, pág. 261.
(2) Obra citada.

hallar apoyo en la espada del general O'Donnell; mas destruyó sus esperanzas é ilusiones el *pronunciamiento* de 1.° de Setiembre: Espartero triunfaba en toda la linea!

Y habiéndole pedido la Reina, aún confiando en el hombre de *la espada de Luchana*, en una carta autógrafa, que pasase á la corte con fuerzas suficientes para restablecer el órden y defender el trono, «Espartero desoyó la voz de su deber y de su gratitud, y desde Cataluña, donde se encontraba, contestó á la Reina *que no podia obedecer las órdenes de S. M., temeroso de que sus tropas no quisieran batirse contra el pueblo.*»

La maltratada señora, que habia improvisado durante su regencia gran número de magnates—segun una expresion feliz—pero que habia sido poco dichosa para hacer caballeros, nombró al ambicioso Presidente del Consejo de Ministros, renunció al poder y á la regencia, abandonó á sus hijas, y se embarcó para Port-Vendres, en el vapor *Mercurio* el 17 de Octubre.

El poeta Campoamor cantaba así en el *Liceo* de Madrid á la ilustre fugitiva:

"Adios, reina querida!
si al ronco són del huracan que zumba,
te abre la mar guarida,
yendo de muerte herida,
feliz serás en encontrar la tumba."

Y en la misma *oda* decia el vate al pueblo español:

"Aparta, infiel alano,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano:
hoy te alzas soberano
y un vil rufian te azotará mañana."

. . . .

"Engrie tus pendones
agobiados de bélicas coronas:
quien venció Napoleones
añade á sus blasones
la baja prez de proscribir matronas!... "

Espartero, por fin, acompañando á las dos jóvenes princesas entró en Madrid el 28 de Octubre, siendo recibido por este voluble pueblo con arcos de triunfo y ovaciones ruidosas.

¡Primera etapa de la *nueva era de paz y de ventura!*

Pasemos á la segunda.

Pisó Cristina las playas de Marsella, y lanzó un tremendo reto al poderío de Espartero: reto que debia recogerse más tarde, manchado con sangre de valientes.

Reuniéronse nuevas Córtes, perfectamente progresistas; nombróse nuevo ministerio; discutióse por *El Huracan* y *El Peninsular*, periódicos revolucionarios (redactado este último por D. Eusebio Asquerino), la conveniencia de establecer un gobierno republicano y federativo; aparecieron en la arena periodística *El Correo Nacional* y *La Postdata* con la mision de combatir al nuevo Gobierno, y entablóse la ardiente lucha entre vencedores y vencidos.

Espartero, en virtud de ciertos sucesos que no son del caso en esta obra, alcanzó el objeto de sus deseos: en la sesion de 8 de Mayo de 1841 fué nombrado Regente único, por 153 votos—es decir, por *siete* de mayoría.

Mas ántes habia dicho á los Diputados y Senadores, por boca de su secretario Linaje, cuando parecia dominar la idea de la regencia trina (1):

«... Autorizado por el mismo Duque, ratifico el juicio

(1) Comunicado que dió á luz *El Eco del Comercio*, 28 de Marzo de 1841.

de que su deseo es retirarse de los negocios públicos... Se halla dispuesto á obedecer y hacer que se obedezca la resolucion de las Córtes sobre el número de personas de que se haya de componer la regencia; *pero no á tomar en ella la parte que le indiquen las mismas, si lo que determinen no fuese conforme á su opinion* y á lo que en su concepto es necesario para salvar el país en las actuales circunstancias.»

Espartero—segun reconoce un escritor *progresista*—empezaba amenazando ántes de ser regente: y si peligroso era el pretendiente á la regencia, desairado, más debia serlo el regente amenazador, complacido (1).

Exigia sus votos á los partidarios de la regencia trina con la punta de la espada, contraponiendo al bien general—añade otro escritor—su vanidad privada, su inmoderada ambicion de mando.

Y aquí tenemos ya al soldado democrático cubierto con régias vestiduras, y rigiendo los destinos de la nacion el inepto partido de los *ayacuchos*.

Pero esta elevacion fué el primer paso de la caida.

En tanto que *La Postdata* comparaba á Espartero, al lado de las régias huérfanas, con el brutal zapatero Simon, verdugo del desdichado vástago del más desdichado Luis XVI, y *El Papagayo* de Barcelona estampaba una viñeta representando á aquel personaje en garrote vil, y *El Republicano*, *La Guindilla*, *El Sapo* y otros periódicos de este género escribian artículos virulentos ó envenenadas sátiras y procaces diatribas contra el regente—los vencidos en Setiembre urdian tenebrosos planes para conquistar el poder perdido.

---

(1) *Olózaga: estudio biográfico-político*, por Fernandez de los Rios, pág. 325.

Los conjurados, «generales resentidos con el regente —segun un escritor de la familia— por la indiferencia y precaucion con que los tratara desde su subida al poder,» se proponian hacerse dueños de la persona de la Reina (1), proclamar á la par la deposicion de Espartero, y la elevacion de la Reina madre á la regencia.

Todo el mundo lo sabia en Madrid, ménos el Gobierno: guardábase tan poco el secreto —dice Alcalá Galiano— que era maravilla que no diese el Gobierno pasos para alejar el peligro, sólo de él ignorado.

Y aunque *El Castellano* (ministerial) decia sobresaltado en 1.° de Octubre que circulaban rumores de próximos trastornos, «no limitándose á un cambio de Ministerio, como otras veces, sino á la subversion de todo Gobierno, inclusa la regencia,» el Ministro de la Gobernacion, D. Facundo Infante, publicó en la *Gaceta* del 7 de Octubre un manifiesto en el que *se aseguraba* á los españoles que el Gobierno velaba por el órden y la libertad.

¡Farsa liberalesca! —Al anochecer del mismo dia 7 de Octubre, penetraban las balas de los sublevados en las habitaciones de palacio ocupadas por las jóvenes princesas.

Procedamos con órden.

El general O'Donnell, al frente de una gran parte de la

(1) Es muy gracioso lo que pasa con los escritores liberales acerca de este escandaloso hecho: los progresistas acusan á los moderados, á quienes llaman sarcásticamente *los hombres de órden*, de haber querido apoderarse de la Reina niña; pero estos contestan que sólo querian asegurar la persona del regente.—De este número es Rico y Amat (pág. 308) quien, en honor de la verdad, incurre en una contradiccion gravísima: si la agresion era contra Espartero, y éste, segun el Sr. Rico y Amat, se hallaba en la casa de Correos (lo cual no es exacto) ¿por qué se batieron los sublevados en las escaleras de palacio?

guarnicion de Pamplona, y apoderándose de la ciudadela, proclamó el primero la caida del Duque Regente; el general Montes de Oca, á la cabeza de la guarnicion de Vitoria, secundó el movimiento; imitaron á estos los generales La Rocha en Bilbao y Borso di Carminati en Zaragoza, y esperábase que Narvaez se sublevara en Andalucía.

Por otra parte, el Conde de Belascoain, el bravo general Leon, ayudado por el general Concha, el brigadier Pezuela, el coronel Fernandez de Córdova y otros militares de nombradía en el ejército, seguidos de algunos ginetes y del regimiento de la Princesa, intentaron penetrar en el Real Alcázar, que defendian heróicamente los alabarderos, capitaneados por el coronel D. Domingo Dulce,—miéntras el Duque de la Victoria, al decir de un cronista, asustado quizás ante aquella sublevacion inesperada é imponente, mandaba prevenir caballos y escolta, para marchar á Alcalá de Henares (1), ó, como quieren otros historiadores progresistas, permanecia *oculto* en el Ministerio de Estado (piso bajo del mismo palacio), en compañía del inepto y presuntuoso Ministro D. Antonio Gonzalez, favorito del de Luchana (2).

Ni moderados, ni progresistas tenian ya nada que echarse en cara: estos, colocándose al frente de una rebelion armada, habian dicho á la Reina Gobernadora, en 1840:— «*es forzoso que V. M. abdique porque ha perdido la con»fianza de la nacion*;» aquellos, por satisfacer sus ódios de vencidos y apoderarse nuevamente del mando, no titubearon en convertir en lagos de sangre española las antecámaras de la morada de su Reina.

(1) Rico y Amat, *Historia política y parlamentaria de España*, tomo III, pág. 313.

(2) *Olózaga: estudio biográfico-político*, por Fernandez de los Rios, pág. 342.

Veamos ahora el desenlace de este drama, á grandes rasgos bosquejado.

O'Donnell, encerrado en la ciudadela de Pamplona, y abandonado por las tropas, hubo de huir á Francia—lo cual no fué poca fortuna.

Montes de Oca, que vió tambien frustradas sus esperanzas, fué preso en Vergara por los Miñones que le seguian, y mandado fusilar por el general Aleson, sin ninguna forma de proceso.

«Sus últimos momentos,—dice un historiador,—fueron notables.... Al gritar: *Viva Isabel II*! *viva la Reina Gobernadora*! una descarga siguió al eco de esta última voz

»Tres balazos entraron en el vientre, y atravesaron el cuerpo de la víctima, pero se mantuvo firme como una roca, guardadas sus manos, como hasta entónces, en el bolsillo del gaban; segunda vez tiraron los soldados, y otras tres balas le rompieron el pecho, vaciló un momento, y cayó al fin bañado en sangre. Acudió á reconocerlo un oficial, y dirigiéndole sus miradas el moribundo, le señaló con el dedo las palpitantes sienes: inmediatamente disparólo un soldado el fusil en el oido, y el plomo destrozó el cráneo del esforzado é infeliz caballero (1).»

Borso di Carminati, el general piamontés que habia hecha tan ruda campaña en Aragon y Valencia, abandonado tambien por las tropas de la Guardia Real que lo seguian, y asustado al oir algunas voces sediciosas entre los sol-

(1) El general Rodil, tan cruel como injusto en muchas ocasiones, cometió la bajeza de pregonar la cabeza del desgraciado Montes de Oca, ofreciendo *diez mil duros* á quien le entregase. ¡Pacto infame que tanto manchaba á quien le aceptase como al que le ofrecia!

dados de su escolta, picó espuelas al caballo que montaba y trató de huir y librarse de la suerte que le reservaban aquellos traidores; mas alcanzándolo en el siguiente dia algunos nacionales, fué fusilado en seguida por órden de su antiguo compañero de campaña el general Ayerbe.

Fracasada la tentativa de apoderarse de la Reina, Concha, prudentemente vestido de paisano, regresó á Madrid sin que nádie le conociera, ocultóse en una casa de las afueras, huyó luego disfrazado hácia la serranía de Cuenca y pudo ganar la frontera de Francia.

El general Leon y el brigadier Pezuela, lanzaron sus caballos por el camino de Castilla, sosteniendo en las cercanías del Pardo una escaramuza con un piquete de caballería de Lusitania, saliendo el segundo herido y quedando su caballo muerto en la refriega: pudo Pezuela esconderse debajo de uno de los arcos del vecino puente sobre el Manzanares, lavarse la herida, y huir al Escorial en breves horas, ocultándose en la morada del P. Lopez, bibliotecario de aquel sitio, y después obispo de Osma, escapando más tarde á Salamanca, con el disfraz de escopetero de una diligencia, y ganando la frontera de Portugal á los pocos dias.

El desgraciado Conde de Belascoain fué preso por un escuadron de Húsares de la Princesa, —por los mismos soldados á cuya cabeza habia cogido tantos laureles en la última campaña,—conducido á Madrid y encerrado en el cuartel de Santo Tomás, por órden del regente.

El dia 13 de Octubre, á la una de la tarde, se celebró consejo de guerra.

El fiscal Minuisir pidió la pena de muerte para el bravo general Leon; el general Roncali le defendió con voz sollozante; los generales Mendez Vigo, Isidro y Ramirez votaron tan atroz sentencia, y los otros tres vocales del

consejo, generales Grasses y Cortinez y brigadier Lopez Pinto, fueron contrarios á la imposicion de la última pena.

Habia empate, y en tales casos el voto del presidente es siempre favorable al reo: mas el presidente ahora era hechura de Espartero, el general de la armada Capaz: «representaba en el sillon de la presidencia al demonio de la venganza, y no quiso ser el ángel de la clemencia.»

Leon debia morir por el grave delito de ser rival de Espartero!

Capaz votó por la muerte!

El general Grasses, conocido el voto cruel del presidente, se atrevió á decirle:

—Si el general Leon ha de morir por haberse sublevado, ¿qué hacemos nosotros que no nos ahorcamos ahora mismo con nuestras propias fajas?

En efecto: ¿qué hacia el mismo Espartero que no se ahorcaba con su propia faja?

Aprobó el Tribunal Supremo de Guerra la sentencia, sin poner el menor reparo á las actuaciones que dilatase al ménos la ejecucion, «porque la vara de su alta jurisdiccion militar, —exclama indignado, con bajeza tan señalada, un escritor moderado,—se doblaba tambien, como en Junio, ante el viento de las circunstancias.»

El general Leon, aquel cuya temible lanza decidió en favor de los cristinos la accion de Villarobledo; el temerario guerrero de Belascoain, que ganó su título de Conde penetrando á caballo por una tronera de las fortificaciones de aquel pueblo, —fué puesto en capilla en la tarde del 14 de Octubre, al siguiente dia del Consejo.

El 15 fué fusilado en las afueras de la puerta de Toledo.

«Su tránsito hácia el suplicio,—dice un testigo presencial,—fué un espectáculo de desolacion y de lágrimas, que el pueblo de Madrid no podrá olvidar nunca.

»La pasmosa serenidad del reo, su arrogante figura, su noble altivez, arrancaban hondos suspiros á la apiñada multitud.

»Al llegar al sitio de la ejecucion, preocupado naturalmente con la idea de la muerte, miró con fijeza los fusiles del piquete que le rodeaba, y dirigiéndose al general Roncali, exclamó:

»Camarada: ¡sabe V. que se me figura que no me han de dar! ¡Son tantas las veces que me han tirado de cerca, y no me han acertado! Estas palabras significaban la magnanimidad del héroe, la familiaridad con el peligro, la última ilusion de ese fatalismo que llevan en el corazon los militares que han escapado muchas veces de la muerte, y que en pocos debia ser tan profundo como en Diego Leon.

»Hechos ya los últimos preparativos, abrazó á su confesor, y tomando una actitud majestuosa, *no tembleis!*, dijo á los granaderos: ¡*al corazon!*—Dió con sonoro acento las tres voces de mando, y cayó.

«Aquellas eran las primeras heridas del general Leon, y aquel dia fué el más terrible de la revolucion española.

»Así pereció el tipo de los caballeros, el modelo de los generales, el *Leon de la guerra* como le llamaban los carlistas (1).»

Espartero no perdonó, porque Espartero no perdonaba nunca.

Quiroga, Fulgosio, Gobernado y Boria, teniente éste último en el regimiento de la Princesa, fueron tambien inmolados por el vengativo regente, muriendo Boria con un valor y serenidad de que no hay ejemplo en la historia contemporánea.

(1) Rico y Amat: *Historia política y parlamentaria*, tomo III, página 321 y 322.

De tal manera concluyó la segunda fase de *la nueva era de paz y de ventura*.

Prosigamos.

El Duque de la Victoria, ganoso de populares aplausos, emprendió inmediatamente un largo viaje *de triunfo*: dos dias después del fusilamiento de Montes de Oca, el general Espartero, cubierto de bordados y de placas, seguido de un numeroso y brillante Estado Mayor, galopaba por las llanuras de Vitoria, levantando con los cascos de su caballo el polvo, húmedo todavía con la sangre de aquel general desventurado.

Pero Barcelona se empeñó en demoler su ciudadela y alzóse en armas contra su ídolo, el regente de España, y aunque el tumulto fué reprimido, los ánimos quedaron preparados para sucesos posteriores, bastante más graves por cierto.

Abriéronse las Córtes, entre tanto; cayó el ministerio que presidia D. Antonio Gonzalez y ocuparon las doradas poltronas *los inválidos del siglo XVIII*, segun llamó *El Eco del Comercio* á los hombres que formaron el nuevo gabinete, presidido por el Marqués de Rodil.

Ya se habia dibujado en el Congreso una oposicion formidable que hacía presagiar para muy en breve la caida del ambicioso regente.

Mas la famosa *cuestion algodonera* vino á agitar los ánimos en la opulenta y revoltosa Barcelona, que fué teatro de sangrientos horrores y deplorables escenas.

Desde el motin de Julio, en 1840, instigado y alentado por el mismo Espartero, cuando se hallaba en oposicion con la Reina Gobernadora, dominaba á la capital de Cataluña el partido republicano: Abdon Terradas, caudillo de este partido, cuando fué nombrado alcalde se negó á prestar juramento de obediencia al regente del reino, ma-

nifestando bien á las claras la antipatía y el odio que separaba á los demócratas de su antiguo ídolo, el Conde-Duque.

El 13 de Noviembre de 1842 se amotinó la chusma republicana, al verificarse por los guardas de la puerta del Angel el registro de unos jornaleros que volvian de una gira campestre: tal fué el pretexto de los demócratas-socialistas para llevar á cabo sus planes, de antiguo preparados, que se extendian, segun un escritor, hasta proclamar la independencia del Principado.

Era capitan general de Barcelona nuestro antiguo conocido Van-Halen y jefe político el Sr. D. Juan Gutierrez: ninguno de los dos estaba á la altura de las circunstancias, y sólo consiguieron, con sus primeras medidas, irritar al populacho y dar fuerza al motin.

Los redactores de *El Republicano* que no habian sido presos, colocados á la cabeza de las turbas, enseñoreáronse de la plaza de San Jáime, convirtiéndola en teatro de horribles escenas; lucharon contra las tropas leales, venciéronlas, y las obligaron á salir de la ciudad y encerrarse en Sarriá y en Monjuich.

Barcelona, á merced de una *Junta Suprema* de patrioteros, á cuyo frente figuraba el advenedizo Carsy, redactor de *El Republicano*, fué el centro del desórden, de la confusion, de la anarquía más espantosa: llamábanse demócratas los revoltosos y cometieron exacciones violentas y atropellos irritantes, dominando con la mas brutal tiranía.

Terrible debia ser el desenlace del drama.

Espartero, al tener noticia de la rebelion de la ciudad mimada, marchó á Barcelona creyendo que con su presencia volverian los descontentos á someterse.

Error!—Aquel imprudente paso del regente sólo sirvió

para minar por completo su vacilante poder y dar el golpe de gracia á la ya dudosa popularidad del Duque.

La ciudad Condal se resistió, y fué bombardeada: la sangre corrió á torrentes y las casas de la rica Barcelona se transformaron en montones de ruinas.

Espartero, el mismo que habia alentado á los catalanes en el motin de Julio de 1840, los ametrallaba ahora, sublevados contra él, para castigar otro motin.

Á la luz siniestra del bombardeo de Barcelona, quemó el general Espartero los títulos que poseia á la gratitud de los patriotas: ántes habia desgarrado los que podia tener para el aprecio y confianza de su Reina.

Continúan los apuntes para la historia de *la nueva era de paz y de ventura.*

Puesto en lucha con las Córtes, disolviólas.

Y formóse la célebre *coalicion* que habia de ser el dogal de la regencia de Espartero: extraña amalgama política que tenía por objeto combatir y derrocar al orgulloso regente, convertido en dictador más ó ménos disfrazado.

Reunidas nuevas Córtes, cayó el Ministerio de *los inválidos del siglo XVIII*, y se confió el poder á las inexpertas manos de D. Joaquin María Lopez, famoso tribuno, pero inepto hombre de gobierno: mas como se negase el regente á la destitucion, que éste le proponia, de algunos generales de su intimidad, tales como Linaje y Zurbano, cayó tambien el Ministerio Lopez en breves dias, y fué sustituido por el de Becerra-Mendizábal, en cuyo Gabinete fué Ministro de la Guerra el tristemente célebre don Agustin Nogueras: éstas eran las tres personas más importantes del nuevo Ministerio, y todas tres bien odiosas á todos los partidos: Mendizábal, por su empirismo rentístico; Gomez Becerra, por su exagerado regalismo y sus persecuciones al clero; Nogueras, por la sangrienta

memoria que excitaba el nombre del asesino de la madre de Cabrera en todas las personas honradas.

La ardiente oposicion que en las Córtes combatia al Regente, capitaneada por el Sr. Olózaga, enemigo personal de aquel, tan vano como el mismo Espartero, y que no admitia nunca ser soldado de segunda fila sino el *primero de la primera*,—como dijo más tarde el Marqués de Molins en una sesion célebre,—formuló una proposicion contra el nombramiento del nuevo Gabinete, expresando que «*el Ministerio caido habia obtenido hasta el último momento de su permanencia en el poder la confianza de los Diputados.*»

Aprobada casi por unanimidad, en sesion de 19 de Mayo de 1843, firmó Espartero un decreto suspendiendo las sesiones de Córtes hasta el dia 27, y con tal documento se presentó el 20 en el Congreso el Presidente del Consejo, D. Alvaro Gomez Becerra.

Mas ántes habló el Sr. Olózaga, y lanzó aquel memorable grito: ¡*Dios salve al país*! ¡*Dios salve á la Reina*! (1), que fué la bandera de la sublevacion inmediata.

Las Córtes fueron otra vez disueltas, no suspendidas; los diputados marcharon á las provincias, y á sus excitaciones, secundadas por la desenfrenada prensa, empezaron á conmoverse los pueblos, y estalló la revolucion.

El Pabellon Español, periódico exaltado que dirigia el diputado D. Pedro Mata, decia con insolente descaro: «¿*Qué haceis aquí, hombre fatal, único pero deplorable*

(1) No hay que atribuir á Olózaga, como lo han hecho sus admiradores, la originalidad de este famoso grito: ántes que el diputado progresista, lanzólo *El Corresponsal*, periódico madrileño, y ántes que éste el Conde de Mirabeau en la Asamblea legislativa de Francia.—A cada cual lo suyo.

resto del pronunciamiento de Setiembre, encerrado en el palacio de Buenavista?»

Lo mismo, y peor, se expresaban los numerosos periódicos detodo género, en Madrid y provincias.

Granada y Málaga se sublevaron en seguida; Valencia y Barcelona, luego; Búrgos, Alava y puntos comarcanos secundaron el movimiento, y al cabo, aunque lentamente, la insurreccion fué general.

No habia unidad de miras en las juntas formadas, como que estaban compuestas por hombres de todas las banderías políticas; pero eran unánimes sus gritos de, ¡*fuera los ayacuchos*! ¡*Abajo el regente*!

Los militares emigrados en 1841 volvieron á la Península para ponerse al frente de los sublevados: Serrano y Dominguez (1) apareció en Barcelona, con la alta investidura de *Ministro universal*; Narvaez, Fulgosio y Pezuela desembarcaron en Valencia, y sus ofrecimientos fueron recibidos «con el mayor entusiasmo» por la junta; Azpíroz se aproximaba á la corte por las asperezas de Guadarrama, y Concha, mandando una pequeña brigada, estaba en observacion del cuartel general del Duque de la Victoria, establecido ya en Albacete.

Pero como si un génio maléfico hubiese influido en el espíritu osado del *hombre fatal de Setiembre*, ó como si la Providencia tuviera determinado imponerle el mismo castigo, en justa expiacion, que él habia impuesto en 1840 á Doña María Cristina, Espartero seguia en Albacete entregado á las delicias, cual otro Aníbal en la embriagadora Cápua, miéntras las tropas de Narvaez se adelantaban hácia la capital de España.

---

(1) El actual Duque de la Torre. Era su secretario, en tal ocasion, D. Luis Gonzalez Brabo.

Por último, las tropas de Seoane y Zurbano, después de haber bombardeado á Reus (defendido por Prim (1) que tambien se habia alzado contra el Duque), bajaron á Aragon en seguimiento de las del general Narvaez, adelantaron hasta Guadalajara y ámbas huestes enemigas, al parecer, se encontraron en los campos de Torrejon de Ardoz, fraternizando unos y otros al grito de ¡*viva la Reina*! ¡*Abajo el regente*!

Espartero, despechado, lleno de ira al verse arrojado por los suyos, cometió un acto de vandalismo contra la hermosa Sevilla, entró en Cádiz, protestó contra la violencia de los vencedores, se embarcó en seguida con los pocos que le habian quedado fieles y salió para Inglaterra viento en popa.

Así concluyó la regencia de Espartero.

Un motin lo elevó, otro motin le arrojó de la poltrona: él, sublevándose contra Doña María Cristina y los moderados que la rodeaban, subió al poder por un acto de ingratitud, insigne, de escandalosa defeccion: otro acto de ingratitud, y las defecciones de sus mismos amigos, coaligados con los vencidos en Setiembre de 1840, le arrojaron inesperadamente de la cumbre de la fortuna y del poder.

Era un hijo de la revolucion, y la revolucion le devoró: ley expiatoria é implacable que hizo rodar, sobre la guillotina de Luis XVI y de María Antonieta, las cabezas de sus sanguinarios verdugos, los Robespierre, los Danton, los Hebert....

Porque Espartero, *soldado de las casualidades*,—como le llamó por entónces el actual Duque de la Torre,—no tenia la talla de un Cromwell ni de un Washington.

Si paso á paso siguiéramos la historia de la *nueva era*

---

(1) ¡Ate V. esa mosca por el rabo!

de paz y de ventura, hariamos interminable este capítulo, cuya conclusion anhelarán seguramente nuestros benévolos lectores.

Pasarémos por alto el movimiento *centralista* de Cataluña en Setiembre de 1843, sostenido por un general ambicioso (¡siempre generales!), D. Narciso Ametller, que se puso al frente, con la division que mandaba, del pueblo alborotado, y cuyo movimiento no terminó sino con un nuevo y horrible bombardeo de Barcelona; harémos caso omiso del audaz atentado contra la jóven Reina de que fué acusado el Sr. Olózaga, Presidente del Consejo de Ministros.

La situacion era peligrosa: una atmósfera de terror flotaba en torno del sólio de Isabel II, y los más atrevidos consejeros de esta Reina, previendo acaso una revolucion sangrienta, cuyos rugidos se oian abajo entre las oleadas del pueblo descontento, no se atrevian á alargar la mano para empuñar las riendas del Estado, tan ambicionadas otras veces.

Exonerado Olózaga,—*por motivos graves, á Mí reservados*, segun decia el primer decreto de exoneracion,—ninguno se atrevia á ocupar su puesto.

Pidal, Presidente del Congreso; Narvaez, capitan general de Madrid; Miraflores, que parecia ser el hombre necesario, ó el testaferro político en las grandes crísis,—todos, en fin, los personajes más importantes del partido moderado, huian de la tempestad que se acercaba.

Necesitábase un hombre de ambicion y de arrojo, que acometiese de frente á la revolucion, que estuviese dispuesto á atajar su paso, de cualquier manera posible, aunque fuese necesario, para detenerla, arrojar su propia cabeza.

Ese hombre se presentó.

Cuando todos aquellos antiguos servidores del trono, morosos ó previsores, temblaban al parecer ante la furia revolucionaria que se oia á lo léjos, y ninguno se atrevia á salvar á la Reina y al país de aquella situacion peligrosa, un jóven escritor, de audacia sin ejemplo, de ambicion desenfrenada, de carácter altivo y dominante, acercóse hasta las gradas del trono, arrojó una mirada desdeñosa y provocativa sobre todos los que le contemplaban, y recogió del suelo las riendas del Gobierno, exclamando con voz resuelta:

—¡La Reina sobre todo! ¡O la revolucion ó yo!...

Era D. Luis Gonzalez Bravo, el procaz é incendiario folletinista de *El Guirigay*, el tribuno fogoso de 1840 en la Plaza Mayor de Madrid, el consejero del general Serrano en Barcelona, el ayudante del general Narvaez en el campamento de Torrejon de Ardoz.

Aquel hombre que habia insultado á Doña María Cristina, como reina y como señora, en unos versos célebres que la pluma de los hombres honrados se resiste á trascribirlos, presentábase ahora á defender el vacilante sólio de Isabel II.

Revolucionario por temperamento, tribuno del pueblo por génio, demócrata por ideas, se hizo el primer retrógado de España por ambicion, —dice con despecho un escritor progresista,— el primer tiranuelo moderado por ánsia de figurar (1).

Acusó á Olózaga, en la famosa *Acta real*, en medio del asombro de todos, dando lugar á aquellas célebres sesiones de Córtes que fueron el escándalo de la Europa, y que contribuyeron más que nada al desprestigio de la Corona

(1) Fernandez de los Rios, *Olózaga: estudio biográfico—político*, pág. 397.

y al encumbramiento del osado Ministro, á quien se pretendia humillar; intentó deshacer lo hecho en los tres años de dominacion progresista; restableció la abolida ley de Ayuntamientos de 1840, que sirvió de bandera á la Revolucion de Setiembre; ahogó en sangre las sublevaciones de Alicante y Cartagena, conteniendo con mano de hierro los amagos de motin que se presentaron en Zaragoza, Sevilla, Lérida y otras poblaciones; levantó el destierro á los obispos, restableció el Tribunal de la Rota, y pagó los atrasos á las clases religiosas; decretó, por último, la anulacion de dos ingratas é injustas disposiciones del ex-regente, concediendo á Doña María Cristina la facultad de volver á España y devolviéndola la pension de que Espartero la habia despojado.

Desde su tiempo data la creacion de la *Guardia civil*, cuyos servicios son tan meritorios y útiles para los pueblos.

Pero Gonzalez Bravo cayó tambien, empujado por otros ambiciosos: Narvaez y Viluma, Mon y Pidal.

Un hecho escandaloso tuvo lugar durante el primer ministerio de Narvaez.

En virtud de Real decreto, el cadáver del desgraciado Montes de Oca fué exhumado y trasladado á la Corte con inusitada pompa y fúnebres honores, sufragándose los gastos por el Estado.

Montes de Oca, sublevado en Vitoria, fué sacrificado á los celos, á la rivalidad, á la baja venganza del regente: lo sabemos; pero la disposicion de Narvaez era facciosa y revolucionaria, porque con ella se hacía la apoteosis de las rebeliones militares, se sancionaba un delito, se proclamaba el derecho de insurreccion por el mismo partido moderado que acababa de borrar con sangre las sublevaciones de Alicante y Cartagena.

Y si comparamos esta conducta con la que observaron

las Córtes de 1822 á la entrada en Madrid del batallon de Astúrias y con la debilidad del Gobierno cuando la sublevacion del teniente D. Cayetano Cardero, deducirémos lógicamente, que lo mismo el partido moderado que el progresista han hecho alarde de legalidad y consecuencia *siempre que les ha convenido*, convirtiéndose igualmente, cuando los sucesos lo pedian, en conspiradores y revolucionarios, tiránicos y despóticos.

Vamos á concluir con estos ya largos apuntes para la historia de *la nueva era de paz y de ventura*.

Á Narvaez sucedió en el Gabinete el Marqués de Miraflores, no sin que ántes se reformara la Constitucion de 1837, después de acalorados y tumultuosos debates entre *reformistas* y *anti-reformistas*, cuya reforma dió lugar á la sublevacion del inquieto general Zurbano, que fué fusilado, en fin, con cási toda su familia.

Á Miraflores, tras una laboriosa crísis, remplazó nuevamente el general Narvaez, cayendo éste en breve de una manera misteriosa, para dejar el puesto al Ministerio Istúriz.

Durante el segundo mando de aquel ocurrió la sublevacion de Galicia, que sólo concluyó con el fusilamiento de sus desgraciados jefes.

Istúriz, que formó un *Ministerio de familia ó casamentero*, no traia otra mision sino la de preparar las bodas de las dos infantas (1)....

¿Para qué seguir detallando sucesos que todos conocen?

Ocupaba el poder D. Ramon María Narvaez, cuando rodó por el suelo la corona de Luis Felipe y se conmovieron todos los tronos europeos.

En Madrid tambien se reflejó el incendio que parecia querer consumir á las antiguas sociedades.

---

(1) En el capítulo VII tratarémos de esta famosa cuestion.

El 26 de Marzo de 1848, cuando los habitantes de la corte se hallaban entregados á la confianza y en el Prado se paseaban los Reyes, una turba de hombres desesperados, con el trabuco en una mano y el puñal en otra, lanzáronse á las calles en són de acometer al Gobierno y quizas de derribar el Trono.

El partido republicano, alentado por las victorias de su correligionarios en otras naciones de Europa, pedia con las armas el triunfo de sus principios.

Es decir: se aprovechaba de las lecciones que le habian dado en épocas anteriores los partidos progresista y moderado.

Tremenda fué la lucha, y aquel puñado de hombres, abandonados en la pelea por los que les habian comprometido — como siempre sucede en las filas de los liberales —alzaron barricadas y defendiéronlas con teson y valor increible, acaso esperando un socorro que no llegaba.

Al anochecer, sin embargo, acometidos los revoltosos por fuerzas muy superiores, se hallaban encerrados en las inmediaciones de la plaza de la Cebada: el brigadier Lersundi, cargando á la bayoneta al frente de una compañía de cazadores, ganó la faja de mariscal de campo entre un diluvio de balas, y arrojó á aquellos de sus últimas trincheras.

Otra convulsion más importante, pero tambien aislada, del partido republicano, se sintió en Madrid el 7 de Mayo. Fulgosio, capitan general de Madrid, quedó tendido en la Puerta del Sol, al iniciarse el movimiento, en el momento de recibir órdenes del Ministro de la Guerra, general Narvaez, y montar á caballo, recogiendo Pezuela el baston ensangrentado de manos del moribundo.

Graves fueron aquellos instantes: la Plaza Mayor, centro de la insurreccion, y calles inmediatas, ocupadas por

los republicanos y por algunas compañías de los regimientos de España y Chiclana, que rasgaron la bandera monárquica, haciendo causa comun con ellos, presentaban un aspecto imponente.

Otra vez le tocó á Lersundi ser el salvador de Madrid en aquel terrible dia, penetrando en la Plaza Mayor con indecible arrojo, y lanzando á los rebeldes de todas sus posiciones.

«Severo, duro, inexorable, suspicaz — dice un escritor moderado (1) — se mostró el Gobierno después de la victoria», magüer le acusaran algunos de haber preparado él mismo las insurrecciones de Marzo y Mayo (2), para justificar el uso dictatorial que hacía de las medidas extraordinarias de que se hallaba revestido.

«A medida que algunos ciudadanos eran presos—añade otro escritor—eran pasados por las armas, sin proceso de ningun género, sin auxilios espirituales, en el oscuro rincon de una calle. Muchos fueron fusilados, ajenos de todo punto al movimiento. De la misma manera se hicieron tenebrosas prisiones...

»Sin informacion alguna, de una manera arbitraria y dictatorial se hicieron *cuerdas* con los presos, y arrancándolos del seno de sus familias, se les deportó á Filipinas. Muchos murieron en la deportacion; otros muchos, al volver, encontraron en sus familias horribles desgracias, causadas por su desamparo (3)....

....

(1) D. Andres Borrego, *De la organizacion de los partidos en España.*

(2) Fernandez de los Rios, *Olózaga: estudio biográfico-político* pág. 492.

(3) *Historia de la Milicia Nacional* (anónima), imprenta de Repullés, Madrid, 1855.

Tal fué, en pocas pinceladas dibujada, ***la nueva era de paz y de ventura***, desde que Cabrera entró en Francia, hasta que volvió á pisar el suelo de la pátria enarbolando la bandera de D. Cárlos VI.

Nuestros lectores han visto pasar ante sus ojos negros cuadros de ambicion desenfrenada, de intrigas cortesanas, de perfidia maquiavélica; escenas cruentas, revoluciones inícuas, alzamientos militares y asonadas de las turbas.

Un capricho de un Ministro disolvia las Córtes, un gesto de un general desairado provocaba una rebelion, una trama de palaciega camarilla tumbaba los Ministerios.

Violencia, conmocion, alarma, intranquilidad perpétua, sangre en todas partes, oligarquía militar y ambiciosa por do quiera: hé aquí la historia, en breve resúmen, de 1840 á 1848.

¡Hermosa era, á fé mia, de paz y de ventura!

CAPITULO VI.

Cabrera en Francia.—Capitulacion.—Patriotismo de los carlistas.—A Paris.—Dos interrogatorios.—La fortaleza de Ham.—A Hyeres.—Los estudiantes de Montpeller.—Doña María Cristina.—En Lyon.—Los millones de Cabrera y la vajilla de plata.

Volvamos á encontrar al héroe de nuestra HISTORIA, en el momento de entregar su vencedora espada á un comisario de policía francesa.

Cabrera empezaba á sentir los padecimientos de la emigracion.

Haber luchado por espacio de siete años contra ejércitos poderosos; haberse elevado hasta la inmensa altura en que le han visto colocado nuestros lectores desde que mandaba quince hombres armados de palos en las asperezas de Beceite; haber triunfado de Iriarte en Uldecona, de Nogueras en Alloza, de Alaix y Rodil en Córdoba, de Borso en Cherta, de Oráa en Morella, de Pardiñas en Maella, de Van-Halen en Segura, de O'Donnell en Táles; haber ceñido su frente con los laureles de Daroca, de la Yesa, de Terrer, de Liria, de Alcotas, de Almaden, de San Mateo, de Benicarló, de Carboneras; haberse encontrado, á la

cabeza de sus bravos batallones, delante de las tapias de Madrid, ardiendo en deseos de acometer á la asustada capital de las Españas; haberse atrevido á desafiar el poderío de Espartero, *con cuyos cien cañones*—segun el dicho de un oficial isabelino—*podria cubrirse de hierro todo el término de Morella*,.... y verse ahora reducido á entregar su espada á un oficial frances, á pisar un suelo que no era el de la pátria, á decir ¡*adios*! á los queridos lugares de sus triunfos y de sus reveses, de sus fatigas y de sus glorias, hasta á la pobre iglesia titular de su beneficio, y á la tumba solitaria de su madre....

Hé aquí lo que significaba la emigracion de Cabrera.

Con él pasaron la frontera los generales Forcadell, Llangostera y Burjó, y los brigadieres Añon, Arnau, Franco y Valls, el intendente general Diaz de Lavandero, los ayudantes de campo y los indivíduos de la Plana Mayor.

Y con él tambien depusieron las armas 4.600 infantes y 300 caballos; llegando poco á poco á introducirse en Francia los demás batallones del ejército aragones, valenciano y catalan, hasta el número de 15.000 peones y 2.000 ginetes.

Al hallarse sobre la raya de Francia, reunió Cabrera á los jefes y les hizo presente la necesidad, por todos reconocida, de deponer las armas delante de tantas contrariedades.

No tenian víveres, pues en el castillo de Berga, tan perfectamente abastecido durante el mando del Conde de España como desprovisto de todo en aquellos últimos dias, merced á los traidores proyectos del general Segarra, apénas habian hallado recursos para cuatro dias; carecian de dinero, y el país estaba exhausto y cansado; Espartero se hallaba en persecucion incesante con 60 batallones y 4.000 ginetes, Cabrera mismo estaba aún en-

fermo é imposibilitado para sufrir las fatigas de mejores dias.

Todo esto se lo hizo saber á los jefes reunidos, y añadió:

—«En vista de tales y tan graves circunstancias, señores, juzgo como español y amante de mi pátria, que la prolongacion de la guerra no tendrá otro resultado que la inútil efusion de sangre sin obtener ventajas positivas para la causa de la legitimidad.

»El medio más preferible es buscar asilo en el territorio frances. Pero aunque tal sea mi opinion, si alguno de VV. cree posible continuar la guerra con ventaja estoy pronto á entregarle el mando de las tropas. Yo creo haber cumplido siempre con mi deber; si cualquiera de VV. quiere hacerme cargos, éste es el momento. Aún pisamos el suelo español, y no quiero que se me juzgue como á general sino como á un simple voluntario, pues prefiero morir que emigrar con ignominia.»

Escucháronle todos en silencio, y al concluir este breve y triste razonamiento, aquellos hombres que no se conmovian quizás en el campo de batalla, delante de la muerte y del exterminio.... ¡lloraban!....

Y Cabrera tambien lloró.

El *inhumano*, el *tigre* Cabrera, el *hombre de corazon de fiera*—segun le llamaban cobardemente algunos escritorzuelos, arrogantes desde su bufete, —lloraba tambien al despedirse de su amada pátria.

Ah!—No le halagaban á él, profundo conocedor de los hombres, las falaces palabras de los nuevos regeneradores de la pátria; no se hacia ilusiones sobre la triste suerte que el cielo reservaba á la noble España, á merced de banderías y partidos miserables; no creia, nó, en *la nueva era de paz y de ventura* que los liberales ofrecian á los incautos para arrojar al noble enemigo, y despedazarse después

ellos mismos, como fieras de los bosques, con ódio más enconado, con furor más sangriento.

«Me faltan palabras — dice sencillamente en sus *Memorias* — para describir esta escena.»

Como todos, jefes, oficiales y soldados, estuviesen conformes con su general en la manera de apreciar su situacion, comisionó éste al coronel D. Fernando Pineda y al ayudante de la division de Tortosa, D. Luis Adell, para que se presentasen á las autoridades francesas de la frontera y estipularan las correspondientes condiciones.

Fueron estas:

1.ª Que los generales, jefes, oficiales y soldados serian destinados á los depósitos que señalase el Gobierno de Luis Felipe, recibiendo los mismos subsidios señalados á otros emigrados políticos.

2.ª Que serian recibidos, tratados y respetados como refugiados.

3.ª Que todos tendrian derecho á residir en Francia, ó pasar á otro país, segun los conviniese.

4.ª Que se entregarian las armas y caballos, exceptuándose los de los generales, jefes y oficiales, por ser de su propiedad particular, así como las acémilas y equipajes.

Estas condiciones le fueron presentadas á Cabrera por un capitan del 36 de línea, que llegó al campamento carlista con los dos comisionados.

Admitiólas el Conde de Morella y entraron en Palau todos los valientes carlistas, en las primeras horas de la mañana del 6 de Julio, dando un *adios!*, el postrero para muchos, á su pátria querida.

Las autoridades francesas obraron con doblez, faltando á la palabra empeñada; porque desde el mismo momento de la entrada de los carlistas empezaron á violarse las condiciones estipuladas, apoderándose aquellas de los caballos

y bagajes de generales, jefes y oficiales, sin que valieran para nada las reclamaciones acaloradas de Cabrera, de Forcadell y de los demás interesados.

Conducta poco digna con los infelices emigrados, que se entregaban á la nobleza de la Francia.

Apénas habian entrado en Palau los valientes carlistas, distinguiéronse en las inmediaciones de la villa algunos gendarmes de caballería y un comisario.

Adelantóse éste hácia el grupo de jefes y oficiales que acompañaban á Cabrera, y preguntó:

—El señor general Cabrera, quién es?

El Conde de Morella contestó en el acto:

—Servidor de V.;—y se adelantó hasta donde se hallaba el interpelante.

Este, separando á Cabrera de los suyos, y dando órden á la escolta de gendarmes para que siguiese con ellos, tomó con Cabrera y Arnau, de quien no se separó el Conde, el camino de Prades, y dió á éstos conocimiento del viaje que tenian que hacer inmediatamente: el Gobierno frances habia ordenado que se condujese á Paris, en calidad de arrestado, al Conde de Morella.

Miéntras tanto, los bravos soldados carlistas, desarmados ya, al ver cruzar á Cabrera por el camino de Prades, gritaban con el mismo entusiasmo que si estuviesen en Morella, desafiando al enemigo, ó en Maella y Carboneras despues de una victoria:

—Viva D. Ramon! Viva nuestro general!...

Ocupémonos ahora, por cortos momentos, de estos esforzados guerreros, y pongamos de relieve la altivez de su alma y su ardiente patriotismo, siquiera tengamos que censurar la conducta poco noble, hasta cruel y despreciable, del Gobierno frances, en lo que toca á estos valientes.

El 2.º batallon de Tortosa fué el primero que depuso las

armas, después el 3.°, el 1.° de Valencia y la brigada de Mora: los ginetes echaron pié á tierra y encadenaron los caballos; los infantes formaron pabellones, y sobre los fusiles dejaban las cananas.

¡Con qué sentimiento abandonarian las armas aquellos bravos!—Casi todas, testigos de heroicidades sin cuento, habíanlas arrebatado á los cristinos en los primeros meses de la lucha, y las habian estrechado contra su pecho durante siete años en combates encarnizados y sorpresas increibles.

En el semblante de unos se veia pintado el dolor, en el de otros el abatimiento, en muchos la resignacion y la serenidad; pero hubo tambien algunos que lloraban al entregar los fusiles, y no pocos que los hicieron pedazos ántes de ponerlos en manos de los gendarmes franceses.

Verificada la entrega, y extendida una relacion de la fuerza que habia penetrado en Francia, tratados con aspereza por los encargados de su custodia, emprendieron los carlistas la marcha hácia el interior, escoltados por tropa de línea.

La marcha fué penosísima, y los infelices sufrieron insultos y provocaciones groseras por los vecinos de algunas poblaciones fronterizas.

¡Ellos, los leones de los siete años, fueron insultados por la chusma extranjera!

Llegaron á Prades, y el prefecto invitó á los coroneles Tallada (D. Marcelo) y Ceballos (D. Hermenegildo) para que leyesen á los batallones un escrito que aseguraba á los que quisiesen servir á la Francia, en la legion que destinaba á Argel, todas las ventajas de que disfrutaban los indivíduos del ejército nacional.

Ninguno admitió, y esto exasperó al prefecto, que tenía órdenes de intentar todos los medios para lograr que aque-

llos bizarros españoles, bien experimentados en una lucha tan larga y fatigosa, sentasen plaza en el ejército de Francia.

Caminaron en seguida á Perpignan, siempre custodiados, y acamparon en el Campo de Marte, no permitiéndose la entrada en la ciudad sino á los oficiales.

Lo mismo que el prefecto de Prades, intentó el de esta ciudad,—y tambien en vano: los Españoles, que habian derramado á torrentes su sangre generosa en defensa de la legitimidad dinástica, no querian alistarse bajo unas banderas que no eran las de su Rey y su Pátria.

Inventó entónces el prefecto de Perpignan los medios más crueles para obligarlos al enganche, y no fué el ménos terrible la determinacion impía que tomó de tenerlos encerrados en un arenal, sin resguardo, ni apoyo, ni sombra alguna para defenderse de los rayos del sol de Julio: muchos infelices murieron sofocados; otros, que fabricaron en aquel suelo movedizo una especie de grutas para cobijarse, quedaron sepultados; muchos hubo que contrajeron enfermedades terribles.

«No se les daba más racion que una libra de pan,—dice el mismo Cabrera,—y la cuarta parte de un cuartillo de vino por plaza. Esta falta de alimento causó muchas enfermedades, y no habiéndose podido recibir en el hospital sino un corto número de individuos, amanecian todos los dias tres ó cuatro cadáveres en el campo.»

En otro documento que tenemos á la vista, de testigo presencial, se dice:

«Nada se pudo conseguir de aquel inhumano prefecto: el general Castellane nos facilitó las casamatas de la fortificacion, en donde pusimos paja y colocamos á nuestros enfermos á cargo del cirujano de Tortosa, Sr. Cisneros, y de un religioso capuchino, que los cuidaban con el ma-

yor esmero, teniendo que pedir de puerta en puerta socorros para auxiliarlos.»

Á propósito de esto, dice un escritor *liberal*:

«El Gobierno frances, hábil en sacar provecho de todo, vió que en el mes de Julio tenía ya un total de refugiados españoles que ascendia á 28.000 hombres... mas á pesar de las ofertas que les hizo, á oficiales y soldados, para que se enganchasen en la legion extranjera de Africa, y de que autorizó la reunion de los aragoneses, navarros y catalanes en compañías; y á pesar de haber pasado á Perpignan un oficial de Estado Mayor del Ministro de la Guerra frances para activar la formacion de batallones, y aunque fueron muchos los medios empleados para hacer halagüeños los enganches, *pocos ó ningun carlista entró en ellos*, y aun hubo algunos que contestaron *que si habian prodigado su sangre en España no estaba en situacion de vender la que les quedaba al extranjero*.

»..... Los soldados fueron distribuidos en diferentes depósitos del interior, en los cuales fueron socorridos en un principio, miéntras creyó el Gobierno frances que tomarian el partido de engancharse para las colonias de Africa; pero después, ya para obligarlos por hambre, ya por economía, fué aminorando los socorros, hasta el punto de que una gran parte hubiera perecido de miseria sino hubiese sido por la caridad y filantropía de los particulares (1).....»

Efectivamente: la caridad de los habitantes de Perpignan fué muy notable.

El Obispo mandaba diariamente un carro de comestibles; las Hermanas de la Caridad facilitaban cuatro grandes calderas de sopa para los enfermos é inválidos; los ecle-

---

(1) Calvo y Rochina. *Historia*, pág. 570.

siásticos, los legitimistas, hasta personas de diferentes opiniones políticas enviaban á los desgraciados carlistas cuanto permitian sus facultades, al mismo tiempo que el prefecto obraba tan inhumanamente.

Hubo una señora que daba diariamente de comer á veinte oficiales.

Sentimos ignorar los nombres de estos bienhechores, así como el del prefecto de Perpignan.

Por último, viendo el Gobierno frances que á pesar de sus gestiones y de los malos tratamientos que daba á los carlistas, apénas siete oficiales y 400 soldados aceptaron sus ofertas para Argelia, disolvió el campamento y fueron enviados los que le ocupaban á diferentes depósitos.

Cabrera, entre tanto, en compañía del brigadier Arnau, fué conducido á Paris y presentado al Ministro de lo Interior, M. Remussat.

Véase el primer interrogatorio que le hizo este personaje:

—¿Cuántos jefes y soldados han entrado con V. en Francia?

—Los generales Forcadell, Llangostera, Burjó; los brigadieres Añon, Arnau, Valls y Franco, cinco batallones de Tortosa, el 1.° de Valencia, el regimiento caballería de Tortosa, la compañía de tiradores dèl 1.° de Aragon, y dos secciones de artillería, que con la division de Aragon y los que habian entrado después de Cataluña, formarán un efectivo de 15 á 16.000 hombres, segun mi cálculo.

—¿Qué fuerzas habia en Cataluña? ¿Quién las mandaba? ¿Cuántas eran las de Espartero cuando atacó á usted?

—El número de fuerzas que yo tenía en Cataluña es el mismo que me ha acompañado á Francia. Espartero con-

taria entónces con 60 batallones y 4.000 caballos, y cuando con una gran parte de estas fuerzas me atacó en Berga, no pude oponerle más que seis batallones y 300 caballos, pues mis restantes tropas se hallaban diseminadas por todo el país.

—¿Cuánto tiempo hace que V. está enfermo? ¿Cómo perdió V. á Morella?

—Ocho meses. Esta falta de salud y la gran superioridad numérica del ejército de Espartero, unidos á la carencia de municiones que una bomba incendió en Morella, ocasionaron la pérdida de dicha plaza, aunque casi inevitable ya, atendido el estado á que habian llegado las cosas, y que sería muy largo de referir á VV.»

El segundo interrogatorio que se le hizo es más interesante, no sólo por las capciosas preguntas del Ministro, en presencia de vários personajes, sino por las respuestas del Conde de Morella, sobre las cuales llamamos la atencion de nuestros lectores.

—¿Cómo se encuentra V. de salud?—le preguntaron.—¿De cuántas fuerzas disponia Espartero cuando se hallaba V. en Aragon? ¿Cuántos soldados tenía V.?

—Mi estado de salud es fatal. Sufro mucho del pecho. El ejército de Espartero en Aragon se componia de 100.000 infantes y 6.000 caballos. Yo no podia oponer más que 2.000 de éstos y 20.000 de los primeros, y con ellos debia cubrir las guarniciones de mis fortalezas.

—¿Se ha batido V. con Espartero? ¿Son buenas tropas las de V.?

—Mi enfermedad me ha impedido medir mis fuerzas con las suyas tan á menudo como yo deseaba; sin embargo, no he desperdiciado las ocasiones sin reparar el número de soldados enemigos, *que siempre ha sido doble, triple, y hasta cuádruple que el mio*. El plan de Espartero

era el mismo que siguió en las Provincias Vascongadas. Viendo que no podia conseguir nada por la seduccion, se propuso ganar tiempo. ¡*Y si son buenas mis tropas, me pregunta V.! ¡Mis tropas*, señor Ministro, *son las mejores del mundo!*

—¿Tenía V. confianza en sus soldados? ¿Es cierto que Balmaseda fué á las provincias por órden de V.?

—La confianza que yo tenia en mis soldados era ilimitadísima. Un general nunca desconfia de sus soldados cuando son valientes y disciplinados. *Tanto como los mios, podrá haber otros*; MÁS, NÓ! Modelos de valor y de fidelidad, cuando marchaban al combate uno contra dos, iban seguros de la victoria. Yo amaba y amo á mis soldados como si fuesen mis hijos. Es cierto que mandé al brigadier Balmaseda que reunido con el coronel Palacios se dirigiese á las Provincias Vascongadas (1).

—¿Cree V. que si el gobierno frances diese las armas á los soldados que han entrado con V. serian fieles? ¿Les escribiria V. para que se alistaran?

—Ellos han sido fieles hasta la muerte y lo que es más hasta la expatriacion y la miseria. Yo no puedo decir si consentirian en alistarse bajo las banderas de la Francia. *En cuanto á invitarles á ello, mi honor no me lo permite*; yo no lo haré jamás!

—Ahora que la guerra se ha concluido en España. ¿Por qué no hace V. sumision á la Reina Cristina?

—Si en el ejército de mi Rey y Señor hay hombres que

---

(1) Véase, pues, confirmado por el mismo Cabrera lo que ántes hemos dicho: Balmaseda y Palacios no tuvieron proyecto de apoderarse de la Reina Gobernadora y de sus hijas, cuando éstas se dirigian á Barcelona. Sólo la casualidad realizó el encuentro con las tropas del segundo.

deseen someterse á la revolucion, libres están para hacerlo; *pero Cabrera prefiere la muerte á semejante felonía.* En cuanto á la guerra que VV. creen concluida en España, la verán renovarse cada dia entre las diferentes fracciones del partido cristino, que acabará por aniquilar á mi desgraciada pátria.

—¿Tenia V. relaciones con los generales Elío y Alzáa? ¿Sabia V. los preparativas hechos en Navarra para sublevar de nuevo las Provincias?

—Yo no tenia relaciones con los generales que V. cita, ni conocimiento de la sublevacion de que me habla.

—¿Es cierto que Segarra se pasó á los cristinos? ¿Que el Conde de España ha sido asesinado y que se le ha propuesto á V. que entregase su ejército?

—Cuando llegué á Cataluña, en el momento en que Segarra debia entregar al enemigo el ejército real, el temor de ser castigado le decidió á huir solo al cuartel general cristino. Todos los jefes y oficiales, convencidos de traicion, han sido pasados por las armas. Si no he hecho lo mismo con los asesinos del Conde de España, ha sido porque no ha habido tiempo para probar, en justicia, toda la trama de este crímen, y todos sus autores y cómplices. *Es muy cierto que los agentes de la revolucion me han ofrecido intereses para que me sometiese.* Yo he preferido emigrar y sufrir todas las desgracias y privaciones que me esperan: *entre la posicion más miserable y la sola idea de hacer traicion á mi Rey y á mi Pátria, un hombre leal no vacila en la eleccion.*

—¿Por qué ha hecho V. tanto daño en España?

—Que se comparen las crueldades de los cristinos, desde el principio de la guerra hasta el dia, con las mias: que se lean las correspondencias de los jefes de los partidas, y que se decidan con imparcia-

lidad de qué parte han estado la clemencia y la justicia (1).»

No es esto sólo: como los ministros franceses, allí reunidos, manifestasen su opinion de que *la paz y la ventura*— ¡frase vana en el sistema doctrinario!—*renaceria en España*, después de la conclusion de la guerra, el Conde de Morella les hizo conocer lo ilusorio de sus ideas:

—Existen en mi poder,—añadió,—interesantes documentos interceptados, que me han puesto al corriente de todo lo que se trama. Pronto verán VV. á Espartero dueño de la nacion y á Doña María Cristina emigrar como yo.

Exactamente, á los tres meses y pocos dias se cumplia este vaticinio.

Añade tambien Cabrera que uno de los Ministros le dijo *que debia entregar* esos documentos.

Ignoramos en qué se fundaba el cortesano de Luis Felipe para señalar semejante *deber* al Conde de Morella; pero éste le contestó con altivez española que *no los entregaria jamas*.

» A propósito de documentos,—continua el Conde,— »téngolos yo tan curiosos y tan interesantes, que, si los »publicara, grandes personajes que han figurado y figu»ran hoy en España se verian puestos en evidencia. Pue»den sin embargo vivir tranquilos estos señores: sus nom»bres no saldrán *por ahora* de mi boca.»

Nosotros tenemos motivos para creer que el término de ese *por ahora* se acerca.

A los tres dias del último interrogatorio, le comunicó un agente del Gobierno la órden de que estuviese dispuesto para marchar á la fortaleza de Ham, en calidad de preso.

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 410 y siguientes.

Cabrera protestó dignamente contra aquella infraccion de las condiciones que se estipularon solemnemente en el acto de atravesar la frontera francesa.

Mas escoltado por la gendarmería, y siendo objeto de la curiosidad de todos, llegó á la fortaleza de Ham y fué encerrado en las habitaciones que habia ocupado el desgraciado Cárlos X, las mismas tambien que debia ocupar en breve el que hoy se sienta en el trono de Francia, Luis Napoleon.

Enteramente solo estuvo los primeros dias, sin que obtuvieran permiso para visitarle las muchas personas que lo anhelaban, y que lo intentaron con ingeniosos medios: únicamente le veian con frecuencia, por órden del Gobierno, el general Freistham y el *Maire* de la poblacion. El coronel y oficiales de las tropas que guarnecian la plaza infringieron, sin embargo, tan severa consigna, visitaron al ilustre preso y procuraron consolarle y hacer ménos aflictiva su suerte.

No obstante, los rigores de la prision y el clima de Ham agravaron la enfermedad que el noble proscripto padecia, y en breve tiempo se halló casi en las puertas del sepulcro.

Entónces se reunió con él su familia, sus cariñosas hermanas, que le cuidaron con tanta solicitud y esmero como en Hervés y Morella.

Habiendo sido arrestado el inquieto y ambicioso príncipe Luis Napoleon Bonaparte, el Gobierno de Luis Felipe dispuso que fuese conducido á Ham, y encerrado en las habitaciones que ocupaba el Conde de Morella, disponiendo la traslacion de éste á la fortaleza de Lila.

Llegó á esta plaza el 10 de Agosto, y se le relegó á la parte más retirada de la ciudadela, guardándose mayor severidad, si era posible, que en la prision anterior.

Sólo su familia estaba autorizada para verle, las inmediaciones del castillo estaban cuidadosamente vigiladas, no se le permitia leer periódicos políticos, se le concedian únicamente dos horas de paseo, y escoltado por gendarmes, en el jardin del Gobernador, y se tenían con él, en fin, las mismas exajeradas precauciones que con el más peligroso reo de esa nacion.

Su salud se resintió de nuevo con rigores tan extremados.

Asistíale un buen facultativo, M. Dupui, y le dijo terminantemente que estaba gravemente afectado el pulmon derecho, no obstante los exquisitos cuidados que el excelente doctor prodigaba al enfermo, quien seguia con exactitud el régimen que se le ordenaba, sin encontrar alivio.

El Dr. Dupui, á peticion del Conde de Morella, extendió entónces la certificacion que copiamos:

«Desde mi llegada á Lila, hace tres meses, he reconocido en el general Cabrera todos los síntomas de una pneumonia crónica, parcial, y desde aquella época no ha cambiado mi opinion. ¿Hay grandes inconvenientes en dejarle en el Norte? Sí: en razon al frio que reina una gran parte del año, y que bajo su influencia no hay duda de que su enfermedad se agravará. En consecuencia, soy de dictámen que debe accederse á su deseo de trasladarle al Mediodia, ó al ménos á una provincia ménos húmeda y fria que el departamento del Norte.—*Dupui*, médico en jefe del hospital militar de Lila.»

Con este documento, los amigos del general solicitaron permiso, en nombre de éste, para que cambiase de residencia, y el Gobierno frances prometió que atenderia á la justa súplica.

Fué tan severa la prision que sufrió en Lila el Conde de Morella, que estando presos en la misma fortaleza los

generales carlistas Alzáa, Elío y Balmaseda, «tan sólo pude hablar á Alzáa—dice—despues de algun tiempo, y no á los demás, pues no me lo permitieron,»

Pero no podrá olvidar nunca el noble comportamiento y los finos obsequios que mereció de una infinidad de personas notables, que no titubearon en quebrantar las órdenes, andando el tiempo, del Gobierno.

Los generales del departamento, el gobernador, el ayudante, el médico de la fortaleza se esmeraron á porfía en agasajarle y tributarle consuelos para su desgraciada situacion, sobre todo cuando se presentaron alarmantes síntomas de una enfermedad cruel y cási siempre funesta.

Lo mismo hicieron las personas más notables de Lila, lo mismo legitimistas que orleanistas, no viendo éstos en Cabrera sino un ilustre desterrado y enfermo.

Después que pudo hablar con los generales Alzáa y Balmaseda, las horas pasaban más veloces para los tres emigrados.

Hablaban de su pátria querida, eterna conversacion de los que están ausentes de ella; contaban sus combates y las proezas de sus soldados; departian amistosamente acerca de los tristes acontecimientos del Norte, que la traicion más infame preparara en el silencio, cubierta con la máscara de la lealtad.

Y como los periódicos liberales proclamasen entónces, en són de júbilo, que habian surgido sérias desavenencias entre los *cabecillas carlistas* emigrados, principalmente entre Cabrera y Balmaseda, éstos, de comun acuerdo, escribieron y publicaron en los periódicos la enérgica declaracion que sigue:

«La calamidad que pesa sobre todos los refugiados españoles, y especialmente sobre los que gimen en duras prisiones, no basta á calmar la irritacion y acallar los

ultrajes de sus encarnizados enemigos. Ningun medio perdona el maquiavelismo para ofrecer los nombres de tantos héroes al ridículo y al oprobio, con el fin de destruir al partido realista, tan dignamente representado por aquellos que, víctimas de la más horrible traicion, sufren resignados, y puede decirse con orgullo, su cautividad sobre una tierra esencialmente hospitalaria, y además los insultos que son dirigidos por la prensa liberal, la cual publica que existe una enemistad irreconciliable entre la mayor parte de los ilustres jefes que con tanta gloria han combatido por la causa de su Rey y Señor. Para confundir á los calumniadores y evitar la fatal impresion que esto pudiera producir sobre ciertos espíritus crédulos, es deber de los abajo firmados, el manifestar á nuestros compatriotas y compañeros de armas, así como á toda la Francia, que existe y existirá siempre la más completa armonía entre nosotros y entre los demás jefes, é igualmente que en todos tiempos será nuestra divisa *union y fidelidad* á nuestro Rey, el Sr. D. Cárlos V de Borbon, y á todos los principios monárquicos y religiosos, por los cuales estamos y estarémos siempre prontos á sacrificar nuestras vidas. Ciudadela de Lila 7 de Setiembre de 1840.—*El Conde de Morella.—Juan Manuel de Balmaseda.*»

De esta manera respondieron á las calumniosas noticiotas que se complacian en propalar los periódicos liberales,—que siempre han sido verdaderos órganos de Móstoles, mejor que de la opinion pública.

Fueron oidas las contínuas reclamaciones que dirigian al Gobierno frances los legitimistas parisienses para conseguir la traslacion del Conde á un punto cualquiera del Mediodia de Francia, y salió, por fin, Cabrera de Lila, en 24 de Setiembre, con direccion á Hieres, lugar que se le habia señalado para su residencia.

Llegó á Paris, acompañado por supuesto de un jefe de policía, y tuvo la delicadeza de presentarse á los Ministros para darles gracias por haberle permitido cambiar de clima, siendo muy bien recibido de dichos señores, quienes dieron órden para que se le alzase la incomunicacion.

Entónces, en la fonda de Orleans, donde se hospedó el proscripto, recibió un sinnúmero de visitas de personas notables de Francia, de todos los partidos políticos.

«Tampoco faltaron españoles — dice en su relacion el general Cabrera — y tuve la satisfaccion de oir de boca de muchos, que sólo con verme y hablarme estaban ya desimpresionados del equívoco concepto que de mí habian formado por la lectura de los periódicos de mi nacion (1).»

Luego añade con gracia:

«Tan exagerada era la idea que habian formado de mí, que sin duda creian ver alguna especie de fiera desconocida del mismo Buffon.»

A propósito de esto, refiriendo un escritor — citado várias veces — *liberal*, la impresion que causó el general Cabrera en los habitantes de Perpignan, dice estas frases:

«... Todas las personas que fueron á visitarle quedaron admiradas de hallar en él un hombre cuya presencia, fisonomía y modales ninguna relacion tenian con cuanto habian leido de su ferocidad. ¿Es éste (se decian al salir), el tigre de que nos han hablado los periódicos? ¿Es éste el

(1) Lo mismo, poco más ó ménos, ha sucedido en el año pasado, 1869, con los Sres. Polo, Milla y el desgraciado Balanzátegui. A los tres presentábalos la prensa revolucionaria como jefes de bandidos, causando asco leer algunos brutales sueltos que los dedicaron: cuando los habitantes de Madrid en gran número acudieron á visitar en las prisiones á los dos primeros, *oimos nosotros* á muchos liberales de buena fé, que se habian engañado miserablemente, por las relaciones de los periódicos de su partido, complaciéndose en hallar caballeros donde sólo creian encontrar dos séres despreciables.

hombre sobre cuya cabeza han cargado sus enemigos la responsabilidad de muchos hechos de que ahora al verlo nos es permitido dudar? Y en fin, éste que acabamos de ver cubierto de catorce heridas, ¿no nos ha dicho que con los 15.000 leones de que podia disponer no hubiera entrado en Francia á no haberle faltado víveres, municiones y dinero? Pues sólo vemos en él un héroe del partido carlista cuya causa defendió fielmente hasta el extremo; un jóven general valiente, aguerrido y de más conocimientos que los que le han concedido sus émulos ó enemigos; un hombre de mérito poco comun, si se atiende á que supo elevarse desde la oscuridad de su cuna hasta tener ocupada á la Europa con sus hechos y ser el más firme apoyo de un príncipe que al nombrarle su generalísimo, al llenarle de distinciones, ya concediéndole cruces y bandas, ya admitiéndole á su intimidad ó dándole el título de Conde de Morella, no tuvo presentes los servicios que le habia hecho, sino que los talentos y modales del jóven premiado no estaban en oposicion con las dignidades que le concedió.

No puede oirse más, ni siquiera en boca de un entusiasta admirador del ilustre general.

Este recibió en Paris las visitas de los más distinguidos jefes del partido legitimista, tales como el Duque de Fitz-James, el Marqués de la Rochejaquelin, el Vizconde de Walls (que tantos servicios prestó á la causa de Cárlos V), y otros muchos cuyos nombres omitimos por brevedad.

Con ellos, y acompañado del general Elío, visitó los monumentos, palacios, museos y demás cosas notables de Paris y Versailles, recibiendo obsequios y siendo objeto de atenciones delicadas por parte de la aristocrática sociedad del *faubourg* de Saint-Germain, que le invitó cordialmente á saraos y banquetes espléndidos.

En Paris fué tanta la curiosidad que excitó, que cuando

se hallaba en el teatro y circulaba la voz: *ahí está Cabrera*! tenía por necesidad que levantarse del asiento que ocupaba en el palco y asomarse al salon para satisfacer los deseos de los concurrentes, que le saludaban con aplausos.

Sin embargo, iba siempre acompañado de un jefe de policía, y en los jardines de Versailles ocurrió el lance chistoso que nos refiere Cabrera en estas líneas:

«Me separé con los amigos del jefe de policía que me seguia, y la multitud de gente que paseaba impidió que nos reuniésemos con él. Creyendo que no volveria á encontrarme, y lleno de miedo por ver comprometida su responsabilidad, dió parte al Gobierno de la ocurrencia. Al cabo de una hora me encontró paseando tranquilamente, y me manifestó los temores que le habia causado mi desaparicion.

»Yo le contesté sonriéndome:

»—Cabrera es incapaz de comprometer á V.; es español y basta.»

Por fin hubo de emprender el viaje á Lyon, para cuyo punto salió el 1.° de Octubre, experimentando iguales demostraciones de afecto por parte de los españoles emigrados y los legitimistas franceses que residian en las poblaciones del tránsito.

Desde Lyon hasta Nímes, la altiva ciudad romana, fué acompañado por el insigne legitimista M. Allut, cuyo nombre excita recuerdos que deben enorgullecer á los partidarios de la santa bandera que tiene el lema de DIOS, PATRIA Y REY.

En Avignon, la histórica ciudad de los Papas, esperaba al ilustre emigrado el partido legitimista de la poblacion, teniendo preparada una magnífica fiesta para agasajar á su huésped; pero el jefe de policía que acompañaba á éste

no quiso detenerse, quizá para no incurrir *en otra responsabilidad* por el estilo de la de Versailles.

Llegó á Montpeller el 6 de Octubre, y aprovechó la ocasion de consultar con los afamados doctores de medicina de aquel colegio, célebre en todo el mundo, quienes confirmaron la opinion del Dr. Dupui, asegurando que la dolencia del general era grave, y admirándose de que una naturaleza, al parecer tan débil, hubiese podido resistir tan largo tiempo; todos, no obstante, convinieron en que el clima de Hieres, muy benigno, influiria favorablemente para el restablecimiento del enfermo.

Habia en Montpeller una veintena de estudiantes españoles, que cursaban medicina en aquel renombrado colegio.

Y como casi todos eran liberales (1), parece que trataron de *manifestar*, con algun acto público, el desagrado que les causaba la presencia en Montpeller del Conde de Morella.

Oyéronse, en efecto, al anochecer del 11 de Octubre—si no está equivocado el *testigo* que nos proporciona este detalle—vários gritos insultantes, acompañados de los primeros preludios del famoso y nunca bien ponderado y elogiado *trágala*—obra maestra, en punto á música ratonera-política, del piramidal ingenio liberalesco.

Pero los infelices tuvieron que *tragarse* el *trágala*.

Cabrera llamó al jefe de policía, y señalando á una infinidad de macetas que habia en los balcones de su hospedaje, le dijo con acento que no admitia réplica:

(1) No hace muchos dias que uno de estos estudiantes, médico afamado ahora, ha tomado café con el autor de esta *Historia*. Pero tengan entendido nuestros lectores, que el estudiante republicano de antaño, desengañado de la farsa liberalesca, es ogaño *mas carlista que el Rey*—como suele decirse.—Mi respetable amigo me perdonará esta franqueza.

—Si ántes de tres minutos no se ha marchado esa turba, arrojo sobre ella estas macetas, tomo en seguida un palo, bajo á la calle y empiezo á trancazos con los insultantes.

El jefe de policía, que como sabemos se alarmaba pronto tratándose de Cabrera, corrió inmediatamente á desvanecer el tumulto, lo que consiguió con facilidad extremada, trasladando á los *cantaores* del *trágala* las amenazas del general.

Por aquellos diàs llegaba á Montpeller la Reina Cristina.

Un batallon de Tortosa, que se encontraba en el depósito de este punto, exasperado quizá por el mal trato que recibia de las autoridades francesas, parece que formó el propósito de hacer una demostracion contra la ex-Regente, á quien achacaban los bravos tortosinos gran parte de culpa en los males que entónces padecian, como triste premio de haberse batido cual leones por la causa de Cárlos V.

Pero Cabrera, avisado á tiempo del poco noble propósito de sus leales soldados, llamó á los capitanes y demás oficiales del batallon citado, que tambien en Montpeller residian, y les encargó con mucho encarecimiento que impidieran á todo trance la demostracion anunciada, «para que no se dijese—cuenta en su relato el Conde—que los realistas que habian estado á mis órdenes olvidaban los respetos debidos á la viuda del hermano de nuestro augusto Monarca »

Los voluntarios de Tortosa, tan valientes como disciplinados, escuchaban aun en extranjero suelo la voz de su general querido como si fuese la de un oráculo: María Cristina entró en Montpeller, pasó por en medio de los emigrados carlistas, y ni una voz se oyó que pareciera

ofensiva á la augusta desterrada, víctima tambien del ostracismo, merced á las arterías políticas de su general predilecto, tan ambicioso como ingrato.

No sabemos quién ha dicho (y repítelo con frecuencia un diplomático progresista, muy aficionado á campanudas frases y á plagios *de efecto*) que la política no tiene entrañas: Doña María Cristina concretó más sus ideas cuando dijo *que habia creado magnates, pero no caballeros.*

A Cabrera se acercó el jefe de policía, y le indicó que *no se dejase ver* durante la permanencia en Montpeller de la madre de Isabel II; mas aquel le contestó:

—Yo nunca ofendo á los desgraciados ni insulto á los caidos: semejante villanía no es propia de españoles ni de hombres bien nacidos.

¡Contraste singular!—Esto decia el Conde de Morella, adalid de la causa carlista, miéntras D. Baldomero Espartero, en cuyo cuartel general—al decir de un escritor *moderado* (1)—se habia pronunciado el nombre de la Reina viuda acompañado de los epítetos más infamantes, se presentaba osadamente á decir á la angustiada Regente:

—*Hay quien cree, señora, que V. M. ha perdido la confianza de la nacion....*

¡Amarga sonrisa debió de señalarse en los lábios de Doña María Cristina, al comparar la conducta en esta ocasion de los dos generales enemigos!

Pasó Cristina por delante de la fonda donde se hospedaba Cabrera: éste se habia colocado en una ventana, y aquella, advertida acaso por alguno, fijó sus miradas con tanto detenimiento como lo permitia la velocidad del carruaje, en el ilustre Conde.

Por fin salió éste de Montpeller para Hieres en la tarde

(1) Rico y Amat, *Historia política*, tomo III, pág. 263.

del 26 de Octubre, y mediante palabra de honor de no intentar la fuga, se vió libre del jefe de policía, aunque quedó sujeto á la vigilancia de las autoridades.

Quedó, pues, en Hieres el proscrito, donde permaneció hasta mediados de Junio de 1841.

Porque no hallando gran alivio á sus dolencias, y habiendo juzgado los facultativos que deberia pasar el verano bajo un clima ménos cálido, solicitó del Gobierno el competente permiso, que le fué concedido, para residir en Lyon.

—«Allí — dice — M. Didier Petit me invitó á ocupar una casa de campo de su propiedad, situada en un punto muy delicioso.... Tuve el gusto de abrazar á la mayor parte de los jefes de mi ejército, y sus visitas, y las de otras personas, las cartas que S. M. se dignó dirigirme asegurándome siempre su Real aprecio é interesándose por mi salud, y las contínuas atenciones que me dispensaban los Sres. Condes de Fleurieux, de Chavannes y M. Allut, me hicieron adquirir mi pasada robustez.»

No faltaron, sin embargo, algunos malévolos, aun del mismo ejército carlista, envidiosos de la nombradía del Conde, que propalaran calumnias contra él, no siendo la ménos villana la especie que tendia á afear su conducta militar durante el último período de la guerra.

Cabrera pidió permiso á D. Cárlos para defenderse por medio de la prensa, mas el noble y desventurado Monarca le contestó con esta amable y expresiva carta:

«Bourges 11 de Febrero de 1841.—Mi querido Cabrera: He sabido que tuviste la visita que te entregó mi carta, aunque bien atrasada; pero no he recibido contestacion tuya. Tambien he sabido de tu salud, que aunque no es como yo deseo, me da fundadas esperanzas de que en la primavera te restablecerás completamente. Así lo espero:

Dios lo quiera. El 9 recibí tu carta del 3, y he tenido mucho gusto en leerla, pero quiero que te convenzas por una vez de que estoy muy satisfecho de tus servicios, de tus méritos y de tu fidelidad; que debes hacerte superior á todas esas calumnias que vomitan contra tí; cuidar de tu salud; esto es lo que te encargo, sobre todo. La Reina, mi muy amada esposa, te encarga lo mismo y te da sus finas memorias, y á tus hermanas, y de mi parte tambien. Cree que te estima y quiere, *Cárlos.*»

Buena prueba es que el verdadero príncipe estaba satisfecho, segun dice la carta precedente, de los servicios, méritos y fidelidad de Cabrera, el hecho de haber concedido á éste, después de su entrada en Francia, la Gran Cruz de Cárlos III, «teniendo presente la virtud, mérito, constante lealtad y decidida adhesion á mi Real persona» —consigna el decreto (1).

Y como no se olvidaba de los valerosos y leales soldados que habian guerreado á las órdenes del Conde de Morella, concedióles tambien «por la constancia y heroismo con que han sabido mantener el honor de mis armas—dice el diploma original, cuya copia autorizada tenemos á la vista—después de la horrenda traicion que me obligó á refugiarme en este reino,» el uso de una cruz de distincion, en cuyo anverso se leyese el nombre de *Cárlos V*, en

(1) Expedido en Bourges, á 14 de Julio de 1840.—Aquí viene de molde una observacion: Cabrera, después de siete años de combates, recibia la Gran Cruz de Cárlos III. Vamos á ver: ¿quieren ustedes decirme cuántas grandes cruces, y por qué méritos, se han concedido en España desde la *gloriosa* á la fecha? ¿Quién es el *héroe* de barricada ó de plazuela que no adorna hoy su *democrático* pecho con una encomienda *merecida*?— ¡Hasta el divino Rivero! No extrañariamos que algun austero republicano interpelase de esta guisa á su antiguo correligionario:—*¡Tu quoque, Brutus!*

campo rojo, y en el reverso, sobre campo blanco, este honroso mote: *A la fidelidad*, 1839 (1).

Si fuésemos á trascribir á nuestras páginas todas las cartas y documentos que tenemos sobre la mesa, referentes á demostraciones entusiastas de aprecio que por entónces dirigieron ál general Cabrera las personas más distinguidas de Europa, necesitariamos un nuevo tomo.

Véase, no obstante, la carta que sigue, del esclarecido legitimista frances, Príncipe de Monti.

«General: dispensadme, ya que no tengo el honor de conoceros, que me tome la libertad de escribiros, para manifestar toda mi simpatía y admiracion por vuestra fidelidad, vuestro valor y vuestra gloria. Vuestra conducta tan leal y vuestra ejemplar constancia han hecho ver á la Europa entera que la noble España no ha degenerado. Proscrito como vos, General, y condenado á muerte, por haber seguido la senda que me trazaba el honor, no desesperé nunca del porvenir de la Francia. Dios no abandonará á mi país, Dios velará sobre el vuestro, y verémos un dia la Francia y la España dichosas y amigas. M. Didier Petit os dirá todos mis cuidados para disminuir las penalidades de vuestros soldados: por ellos voy mañana á Vienne: ojalá no sean inútiles mis esfuerzos! El celo no me falta, y llamaré á todas las puertas. Dignaos recibir, mi General, el respetuoso afecto de un vendeano, y creed en los sentimientos de la más alta consideracion de vuestro afectísimo servidor,—*El Vizconde de Monti.*—Gratz, 17 de Enero de 1842.»

Un príncipe parmesano, el Marqués Meli Lupi de Sovapra, escribióle tambien una entusiasta carta, de la cual extractamos estos párrafos:

---

(1) Expedido en Bourges, á 14 de Febrero de 1840.

«..... Desde el primer dia en que apareció sobre la España monárquica vuestro invencible nombre, ha ido acompañado de tanta gloria, que yo, partidario ardiente de los principios que vos, noble General, habeis defendido con tanto valor y lealtad, experimento la necesidad de manifestaros directamente el entusiasmo que por vos abriga mi corazon. Las faltas de otros, valiente Conde de Morella, no impiden que seais el Cid de nuestra época. Vos solo hubiéseis colocado la corona de las Españas sobre la cabeza de Cárlos V, si tan dichoso como aquel no hubiéseis tenido más que enemigos para combatir.... »

Y el Vizconde de Caussau, Par de Francia, le escribia tambien :

« Permitidme que os presente al Sr. Conde de la Bourdonaye, yerno del Marqués de Villafranche, ámbos colegas mios en la Cámara de los Pares, y conocidos en Francia por su lealtad á la causa legítima de los Borbones, de quienes habeis sido en España el ilustre defensor. Desean saludar al héroe español á quien nosotros apreciamos y admiramos....»

Así consideraban á Cabrera los hombres más importantes del partido legitimista.

Vamos á tocar ahora dos puntos muy delicados, que atañen á la honra del Conde de Morella, sacados á plaza y manoseados lindamente por los periódicos liberales de aquel entónces, y que no hace muchos meses han sido recordados por algun diario setembrino.

Nos referimos á los dos célebres asuntos de los millones y de la vajilla de plata.

Poseia la familia Cabrera-Calderó una suma de once mil duros, más ó ménos, que la desgraciada María Griñó tenía oculta bajo los ladrillos que formaban el pavimento del cuarto donde se amasaba el pan en su casa.

Pocos dias ántes de morir reveló este secreto, que ella sola conocia, á su hija Francisca, y cuando esta desventurada jóven fué acometida del *tifus* en Morella, viendo cercana su hora postrera, se lo hizo saber al general, que hasta entónces lo habia ignorado.

Al acercarse la hora de la emigracion, comisionó Cabrera á un pariente suyo para que sacase el dinero escondido y lo condujera á Benisanet (donde aquel se encontraba enfermo) con el objeto de trasladarlo á Francia.

En efecto: arrinconado ya sobre la frontera el ejército carlista, las dos hermanas del Conde, Juana y Teresa, que guardaban el dinero, fueron confiadas á un guia frances, llamado Pícola, quien las robó lo que llevaban.

Con respecto á la vajilla de plata, dirémos tambien pocas palabras.

El brigadier Polo, en una de las expediciones que hizo á Castilla, se apoderó de una galera que, entre otros objetos, conducia á Madrid una vajilla de plata para Doña María Cristina: Polo creyó de su deber ocuparla, como lo hizo, avisando al Conde de Morella.

En esto se obró por el ejército carlista de la misma manera que habia obrado el isabelino en los primeros tiempos de la guerra, cuando el general Rodil se apoderó, cerca de Portugal, de las alhajas y joyas del Rey Don Cárlos V.

Cabrera anunció á su monarca la presa que se habia hecho, y éste le ordenó que conservase la vajilla en su poder hasta nueva órden.

Así lo verificó, y cuando Pícola robó el dinero á las hermanas de Cabrera, sufrieron la misma suerte la mayor parte de las piezas de la vajilla: las pocas que se salvaron del robo, y de las cuales se apoderaron en su principio las autoridades francesas, fueron entregadas por éstas al Viz-

conde de Wals, quien las remitió á D. Cárlos por aviso de Cabrera, constando evidentemente que S. M. las recibió.

Como estos asuntos son tan graves desde el punto de vista de la moralidad del Conde de Morella, quien confiesa que las acusaciones de que ha sido víctima, le han mortificado sobremanera en la emigracion y héchole derramar lágrimas infinitas en el rincon de su pobre retiro, nos permitirémos extractár las principales piezas del proceso instruido en Perpignan á instancia de Cabrera, y cuya copia tenemos á la vista.

«De los documentos auténticos archivados en la escribanía del Tribunal de Perpignan—dice un alegato del abogado Lafabregue, defensor y representante de Cabrera,—del juicio del tribunal y de las disposiciones de los testigos citados en las piezas del proceso, resultan los hechos y circunstancias siguientes.—Estando enfermo en Benisanet, corregimiento de Tortosa, y hallándose hospedado en casa de los señores de Boffil el general Cabrera, Conde de Morella, en Abril de 1840 puso en conocimiento de dichos señores, que las hermanas del citado general, Doña Juana y Doña Teresa, poseian una suma de 50.000 francos en oro (189.708 reales de vellon) cuya suma constituian los bienes patrimoniales, la cual habia estado escondida en la casa que habitaba la madre del general en Tortosa, durante la guerra.—En el mes de Junio del citado año, cuando el general quiso entrar en Francia con los restos del ejército carlista, arrinconado ya sobre la frontera, dichas señoras le fueron confiadas á Pícola, agente del ejército y vecino de Osseja, que se encargó de conducirlas con toda seguridad al territorio frances.—Estas señoras salieron de Berga llevando consigo la suma de que se ha hecho mérito, y recomendadas á Pícola, que fué su conductor. Pícola que se encargó tambien de una suma de 10.000 francos (37.941 reales

de vellon) que el general le entregó por separado (1) y de una vajilla de plata propia de S. E., recibiendo el encargado órden del general para hacerla efectiva en Tolosa de Francia.—Acompañó Pícola á las referidas señoras, y el 7 de Junio llegó con ellas á dos horas de distancia de la frontera, en cuyo punto las confió á su mujer, que habia ido allí expresamente para recibirlas.—Durante el viaje por España con direccion á Francia, Pícola trató de inspirar sérios temores á las señoras sobre la posesion de su oro, y las persuadió para que se lo entregasen á su mujer, diciéndolas que las autoridades francesas no la registraban jamas.—Pícola volvió á Berga, y el 24 de Junio declaró al general, en presencia de su Estado Mayor, que todo cuanto le habia entregado estaba en Francia con toda seguridad.—Sin embargo, esto no era cierto. La vajilla de plata sobredorada habia sido robada y escondida en lugar secreto, y la mujer de Pícola se habia valido de todos cuantos medios habian estado á su alcance para arrancar el oro de las señoras en cuestion.—Las autoridades francesas de Osseja habian visto los saquillos que contenian este oro, y por la noche la mujer de Pícola supo inspirar tal terror á las señoras, que las determinó á confiar en ella y á entregarla la suma de que se va hablando. En la mañana del 8 de Junio, la mujer de Pícola entregaba á un amigo de éste las onzas de las engañadas señoras, y un taleguillo lleno de oro en otras monedas.

Hallándose ya el general Cabrera en el territorio francés, produjo queja en debida forma de este infame robo: las autoridades francesas cumplieron su deber con celo y actividad. Pícola y su mujer fueron perseguidos y pues-

(1) Estas cantidades eran el patrimonio de la familia Cabrera-Calderó.

tos en prision; pero, por desgracia, resultaron infructuosas cuantas investigaciones se hicieron para descubrir el paradero del oro y de la plata. Formóse el correspondiente sumario, y en el mes de Julio del mismo año se abrieron los debates solemnes ante el tribunal de Perpiñan para la averiguacion del hecho y sustanciacion del suceso. Allí se demostró por juicio contradictorio, y resultó probado, que las sumas de oro sustraidas eran el patrimonio de la familia; que dichas sumas habian sido entregadas á los consortes Pícola; que estos las habian sustraido fraudulentamente, y que la vajilla habia sido robada por Pícola, que tuvo el descaro de presentar en la audiencia las cajas que la habian contenido. Pícola y su mujer emplearon toda clase de recursos y se valieron de todos los subterfugios que caben en el foro cuando se obra de mala fe para poderse librar de la suerte que les aguardaba. En vista de las enérgicas reclamaciones del ministerio público y del alegato del abogado del Conde de Morella, que presentó los hechos bajo su verdadero punto de vista y los principios de derecho en todo su vigor, el tribunal correccional de Perpiñan, por su fallo de 19 de Julio de 1841, sábia y lógicamente motivado, declaró á Pícola y á su mujer autores y cómplices de violacion de depósito, y en virtud de los artículos 406 y 408 del Código penal, los condenó á dos años de prision y á la restitucion de la vajilla de plata y dinero. Apelaron de esta providencia los consortes Pícola ante el tribunal de Carcasonne, y éste, por su fallo de 5 de Junio de 1842, confirmó la decision del de Perpiñan, reduciendo el tiempo de prision, en cuanto á la mujer, á un año. Los consortes Pícola acudieron al Supremo Tribunal de *Cassation*; pero éste no admitió el recurso. Pícola y su mujer han sufrido su condena en las cárceles de Perpiñan; pero ni el general Cabrera ni sus hermanas las

señoras de Polo y de Arnau han podido lograr que se les restituyese lo robado. En vano el Conde de Morella ha hecho retener en la cárcel á Pícola por el derecho que en Francia se llama *contrainte par corps*: Pícola, que podia ser retenido hasta diez años, ha sido puesto en libertad al cabo de dos, porque el general no ha podido sufragar los gastos de una prision más larga, siempre gravosa para las partes que la hacen ejecutar. —*Lafabregue*, abogado (1).»

Aquí deberiamos cerrar el capítulo presente, sin que nos esforzásemos en probar la falsedad de tantas calumnias como la mala fé de los partidos ha inventado contra la honra del Conde de Morella, que brilla siempre esplendorosa.

Mas no queremos pasar en silencio dos hechos bien señalados.

Cabrera, al entrar en Francia, apénas llevaba por todo capital *mil duros*, producto de la última paga de teniente general, recibida en Berga, y de las economías anteriores.

«Desde mis primeros años,—dice él mismo, sincerándose de las acusaciones que se le han dirigido,—fuí siempre franco y generoso, y si tenía un doblon lo gastaba alegremente.... Jefe ya y general, sólo me acordaba del dinero para mi ejército, para esos valientes soldados que morian gritando: *Viva Cárlos V!* y *Viva Cabrera!*

»Y tenía otra razon para no acordarme del dinero, á saber: que nunca jamas me ocurrió la idea de que mi causa dejase de triunfar, y por consiguiente de que yo debiera

---

(1) Copiamos este documento de la obra del Sr. Córdova, á quien se lo facilitó el Conde de Morella. *Vida*, tomo IV, páginas 403 y siguientes.

emigrar. Tanta confianza, tanta conviccion, tanta fé tenía en el triunfo, que pisaba ya el territorio frances y me parecia un sueño....

»Hacíame durante la guerra esta cuenta:—Es probable que mueras en la campaña, porque todos saben, y hasta mis mayores contrarios que yo no huia de los peligros (1), ¿para qué quieres, pues, el dinero? Si mueres, todo se acabó; triunfando, ¿qué te ha de faltar cuando es tan grande la munificencia de tu soberano (2).»

Pues bien: el hombre que habla de este modo, el que fué objeto de tan indignas acusaciones, el primer adalid carlista, el Conde de Morella, en fin, vió llegar en la emigracion una época triste de penuria, no obstante las cariñosas atenciones y vivas simpatías con que le distinguian los más ricos y nobles legitimistas del Mediodia de Francia.

Entónces, pensando en el medio de vivir, trató de montar un pequeño comercio de géneros españoles en la misma ciudad de Lyon, asociándose á su familia, y poniendo el establecimiento bajo la direccion de D. Francisco Martinez, comisario de guerra que habia sido del ejército de Aragon y Valencia.

«Reunida entre todos—dice Cabrera—la suma de 7.640 francos, tratamos de invertirlos en abrir un almacen de vinos, chocolate y frutos de España, en la calle de San José, núm. 3, de esta ciudad (Lyon).

»Lleno de los mejores sentimientos y deseando ser útil á muchos de mis desgraciados compañeros, dije á Marti-

(1) Y sin embargo, periódicos hubo que acusaban á Cabrera de cobardía, ó poco ménos, *porque nunca se vestia de general para no llamar la atencion del enemigo.*—Los que esto escribieron, á doscientas leguas de distancia del hombre á quien injuriaban, ¿se atreverian á decírselo cara á cara?—Quiá!

(2) Córdova, *Vida*, tomo IV, páginas 408 y 409.

nez que podia darles algunos géneros, al fiado, ó con un pequeño premio por su venta. Esto cundió y se presentaron infinitos á gozar de este beneficio; pero la inexperiencia de algunos en el comercio y la miseria de otros (por no atribuirlo á mala fe), hicieron que mis proyectos se frustrasen, por no solventar la mayor parte el importe de los géneros que habian tomado. Estas contrariedades nos obligaron á cerrar el establecimiento al cabo de un año, y me quedé sin capital y sin almacen.»

A tal punto llegó entónces la escasez de recursos del general Cabrera, reducido casi á la exígua pension de 80 francos mensuales con que le socorria el Gobierno frances, que un periódico de Madrid, *El Heraldo*, bien poco sospechoso por cierto, alguno de cuyos redactores visitó en Lyon al Conde de Morella, escribia en Julio de 1844 que el ilustre vencedor en Maella, «vivia en una habitacion humilde y comia en la cocina, en una mala mesa sin manteles (1).»

En el año siguiente decía con gracia el insigne proscripto:

«Ya que la curiosidad se interesa en saber hasta mis acciones más insignificantes, añadiré que cómo á las cinco, en la fonda, *por cinco reales.*»

«Entre el sufrimiento de sus numerosas heridas y las mayores privaciones — añade una obrilla publicada recientemente (2), — hacía la vida triste y penosa del emi-

(1) Esto dijo *El Heraldo*, y era verdad; pero á renglon seguido significaba el mismo periódico que la pobreza de Cabrera *era aparente*. Vamos, moderado y basta!

(2) *Biografía de D. Ramon Cabrera*, por B. C. (¿Benitez Caballero?) -- En este librito se comete el error de hacer residir al Conde de Morella en Burdeos por espacio de ocho años, desde la emigracion hasta 1848, lo cual no es cierto: vivió, como nosotros decimos, en Lyon.

grado pobre, viéndose precisado á ir á la plaza diariamente á comprar lo más preciso para su manutencion....»

¿Qué habia hecho el general Cabrera de *tantos millones*, cuando al año de la emigracion se hallaba en tan crítico estado?

Verdad es que hay una máxima maquiavélica, constantemente seguida por los liberales en todo lo que se relaciona con el partido carlista y sus hombres más importantes.

Héla aquí:—*Calumnia, que algo queda!*

Y lo peor es, que tambien algunos de los calumniadores de Cabrera en aquellos infaustos dias, eran personas que durante la campaña se llamaban sus amigos.

»Yo les tendí la mano, — dice el Conde — les senté á mi mesa, les prodigué distinciones... y ahora los ingratos, los desleales, han escarnecido mi nombre.

»Yo les enseñó á ser generosos, olvidando sus nombres.

»Yo les perdono.»

CAPITULO VII.

Abdicacion de Cárlos V.—Viva Cárlos VI!—El Gabinete casamentero.—Las bodas.—Adelante!—Inauguracion de nueva campaña.

Como sabemos, D. Cárlos María Isidro residia en Bourges (1).

Allí fué encerrada la Real familia por el *rey de los tenderos*, que debió frotarse las manos de gusto al ver consumada la indigna obra concebida por el famoso M. Guizot, su primer ministro, de acuerdo con Doña María Cristina, teniendo por auxiliares á los traidores de Vergara y de Elorrio, D. Rafael Maroto, el P. Cirilo, el P. Gil, etc., etc.

El noble proscripto, encerrado en el *Hotel Pannette*, miserable vivienda que se asemejaba á una cárcel lóbrega mejor que á la morada de un monarca desposeido de

---

(1) Debemos advertir, que el Gobierno de Luis Felipe habia empeñado su palabra de honor, por medio del general Harispe, de permitir á la Real familia que se hospedase donde fuera de su agrado: no la cumplió, porque la raza de los Orleans tiene por costumbre faltar á sus promesas.

su trono por amaños pérfidos y viles, sufria con resignacion los rigores de la suerte, que se habia complacido en serle adversa desde los primeros años de su vida.

Allí vivia el nieto de cien reyes, rodeado de la augusta familia, que procuraba con solícitos cuidados desterrar del ánimo del infeliz monarca la profunda melancolía que le devoraba, engendrada por el disgusto y las contrariedades sufridas, merced á bajas traiciones.

Un diario frances, legitimista, decia claramente que el *Hotel Pannette*, «mejor que á morada de un rey, se asemejaba á una cárcel y á un sepulcro»; otro confesaba que «era un edificio mezquino, digno á lo sumo de un pequeño comerciante»; alguno tambien hubo que no tembló en decir á Luis Felipe, que «Cárlos X habria hospedado á su ilustre primo, al noble y bondadoso Carlos V de España, en los salones más espléndidos de las Tullerías ó de Versailles».

Pero si el Gobierno orleanista *se dignaba* tratar con tanto desprecio á los ilustres prisioneros de Bourges, el pueblo entero de esta ciudad, al considerar tan inmenso infortunio sobrellevado con tanta resignacion; al ver tan grandes virtudes en séres tan desgraciados, — concedió todos sus respetos, todo su cariño á la noble familia española.

Porque miéntras Luis Felipe colocaba una guardia de gendarmes delante del *Hotel Pannette*, en observacion de los ilustres desterrados, las gentes de Bourges seguian detras de los coches de éstos, al par del piquete que los *custodiaba* (1), prorumpiendo en vivas y otras entusiastas

(1) Cuando salia á paseo el Rey, siempre llevaba batidores y guardias. Ocasiones hubo en que paseándose en coche D. Cárlos, los gendarmes corrian á todo escape detras del vehículo, *para no perder la pista.*

demostraciones de afecto, que no debian de ser muy del agrado del doctrinario *rey de los tenderos*.

Y lo prueba palpablemente la negativa injusta con que respondió Luis Felipe á la solicitud de D. Cárlos María Isidro, referente á permitirle pasar á Alemania con toda la familia, donde la esclarecida princesa de Beira poseia un patrimonio bastante cuantioso.

Decimos injusta, si bastó para esta negativa la consideracion de tener encadenado al primer representante de la rama legítima de los Borbones—como quiere un escritor contemporáneo—para obrar *con desembarazo* y *sin obstáculos* en la cuestion famosa de los matrimonios españoles, medio arreglada ya por Luis Felipe con su digna competidora Doña María Cristina.

Acercábase por momentos la hora señalada por el Gobierno de Madrid, de acuerdo con Luis Felipe de Francia, para el casamiento de las princesas españolas, de cuyo suceso nos hemos ocupado, auque muy ligeramente, en el capítulo que antecede.

El plan de Doña María Cristina, en connivencia secreta con el Orleans frances, se reducia simplemente á casar á la Reina de España con el Duque de Montpensier.

De este modo, reinando un Orleans en Francia y otro en nuestra pátria, Luis Felipe nos convertia en colonia francesa y aseguraba, hasta cierto punto, el triunfo de la segunda rama en los sólios de los dos países vecinos.

Mentira parece que hubiese entónces quien á favor de su posicion altísima en el palacio de la plaza de Oriente, intentase convertir á este pueblo de valientes, al heróico pueblo del Dos de Mayo, en una nacion sucursal de Francia.

Apartemos los ojos de este sucio cuadro de bajezas y de intrigas.

Luis Felipe y María Cristina tenian sin embargo el rival más poderoso en D. Cárlos Luis de Borbon y de Braganza, Conde de Montemolin.

Hijo primogénito de D. Cárlos María Isidro, y de Doña María Francisca de Asís de Braganza, nació el augusto príncipe en Madrid, á 31 de Enero de 1818.

«A las seis y treinta y cinco minutos de la madrugada — dice un biógrafo de este desventurado jóven — vió la luz del mundo este primer vástago de aquel príncipe, considerado entónces por el público como inmediato sucesor de la corona...

»Hubo en Madrid regocijos públicos y accion de gracias por espacio de tres dias consecutivos con sus noches, repetidos en las provincias á medida que á cada uno de los pueblos iba llegando la dichosa nueva... (1).»

Educado D. Cárlos Luis al cuidado inmediato de su virtuosa madre, en breve dió pruebas evidentes de un talento nada comun, de un corazon bellísimo, inundado de generosos sentimientos, de un carácter afable y simpático para todos.

De regular estatura, — dice un cronista — era D. Cárlos, ojos negros y cabello castaño; la blancura de su rostro, su correcta nariz y los perfectos contornos de la boca, formaban un agradable conjunto: su frente limpia y despejada; su cuerpo robusto, su paso firme, sus movimientos naturales y graciosos...

Tenia sobre la pupila del ojo izquierdo — continúa este último escritor — una ligera señal blanquecina, principio de una catarata, que desarrollándose después le obligó á sufrir una operacion muy dolorosa (2).

(1) *Historia de D. Cárlos Luis*, por Centurior.

(2) *Historia de D. Cárlos*, por D. Pablo de Córdova.

Fueron sus maestros el sábio P. Puyal y el P. Frias, ambos de la compañía de Jesus, y enseñóle el arte divino de la música el reputado maestro de la Real Capilla, Don Mariano Lidon, y el arte de la pintura el célebre D. Vicente Lopez, autor de alguna artística joya que el pueblo de Madrid admira.

Creció el noble niño en la corte de su tio, el rey Don Fernando VII, y cuando D. Cárlos María Isidro hubo de salir para Portugal, allí le siguieron todos sus hijos, y compartieron con él penalidades sin cuento, que no son para descritas en una obra de esta clase — porque la historia del desgraciado Conde de Montemolin, exige por sí sola un extenso volúmen, que acaso tengamos el honor de ofrecer algun dia á nuestros correligionarios políticos.

Marchó luego el rey á Inglaterra en el navío *Donegal*, y allí tambien fueron con él, consolándole en su desgracia é infundiéndole alientos para el porvenir, la animosa reina y los tres ilustres niños, D. Cárlos, D. Juan y Don Fernando.

Por primera vez entró en España, después de la expatriacion, el príncipe D. Cárlos Luis, hácia el mes de Octubre de 1838, acompañado de su nueva madre y tia, la augusta Princesa de la Beira, que venian á las Provincias Vascongadas, al lado de D. Cárlos María Isidro, para compartir con él los peligros y la gloria.

Y con él estuvieron durante los últimos meses de la lucha, con él presenciaron los sucesos inauditos que ocurrieron en el campo carlista desde los primeros dias del año 1839, con él tambien se hallaron presentes á la traicion de sus generales más queridos, de aquellos á quienes el bondadoso monarca habia colmado de distinciones y de honores.

De Estella á Elorrio y Lecumberri, después á Elizondo,

de Elizondo á Urdax, luego á Francia, y por ultimo á Bourges... Tales fueron las postreras etapas de la senda seguida por D. Cárlos María Isidro en Agosto de 1839, después de la miserable traicion de Maroto,—y en todas ellas recibia los consuelos, el desgraciado monarca, digno de mejor suerte, de su esclarecida esposa y de su hijo primogénito, D. Cárlos Luis, Príncipe de Asturias, que no se apartaba de su padre querido y venerado.

Alguien ha habido, para mengua de la hidalguía española, que ha intentado mancillar la reputacion de D. Cárlos Luis, respecto á su conducta durante estos dolorosos sucesos; pero nosotros no nos detendrémos á destruir calumnias pérfidas, urdidas en el misterio y sin pruebas por la ciega pasion de los partidos políticos.

Otros escritores lo han hecho con fortuna, y á ellos remitimos á nuestros lectores.

D. Cárlos Luis fué siempre víctima de la perfidia, de los villanos que le rodearon, cubriéndose el rostro con máscara de leales.

Volvamos á anudar el hilo de nuestro relato.

Al iniciarse por la prensa española y extranjera, lo mismo que por los diplomáticos de Europa, los proyectados matrimonios de las dos princesas españolas, D. Cárlos María Isidro, desechando los consejos de algunos que le rodeaban, escribió á su primogénito la carta que sigue:

«Mi muy querido Hijo: Hallándome resuelto á separarme de los negocios políticos, he determinado renunciar en tí y trasmitirte mis derechos á la corona. En consecuencia, te incluyo el acta de renuncia, que podrás hacer valer cuando juzgues oportuno. Ruego al Todopoderoso te conceda la dicha de poder restablecer la paz y la union en nuestra desgraciada pátria, haciendo así la felicidad de todos los Españoles. Desde hoy tomo el título de Conde de

Molina, bajo el cual quiero ser conocido en adelante.—Bourges 18 de Mayo de 1845.—*Cárlos.*»

El acta á que se refiere el anterior documento es la siguiente:

«Cuando á la muerte del Rey D. Fernando VII, mi muy querido hermano y Señor, la Divina Providencia me llamó al trono de España, confiándome el bien de la monarquía y la felicidad de los Españoles, le consideré como un deber sagrado. Penetrado de sentimientos de humanidad y confianza en Dios, he consagrado mi existencia entera á cumplir tan difícil y penosa mision. En España, como fuera de ella, al frente de mis fieles súbditos y hasta en la soledad del cautiverio, la paz de la Monarquía ha sido constantemente mi único anhelo, el fin principal de mis desvelos. En todas partes mi corazon paternal ha deseado ardientemente el bien de los Españoles. He debido respetar mis derechos, pero no he ambicionado jamas el poder: por lo tanto, mi conciencia se halla tranquila. Después de tantos esfuerzos, tentativas y sufrimientos soportados sin éxito, la voz de esta misma conciencia y los consejos de mis amigos, me hacen conocer que la Divina Providencia no me tiene reservado el cumplir el encargo que me habia impuesto, y que es llegado el momento de trasmitirlo al que los decretos del Altísimo llaman á sucederme.—Renunciando, pues, como renuncio, á los derechos que mi nacimiento y la muerte del Rey D. Fernando VII, mi augusto Hermano y Señor, me dieron á la corona de España, trasmitiéndolos á mi Hijo primogénito, Cárlos Luis, Príncipe de Astúrias, y comunicándolo á la España y á la Europa por los solos medios de que puedo disponer, cumplo un deber que mi conciencia me dicta, y me retiro á vivir libre de toda ocupacion política, y pasaré lo que me queda de vida en la tranquilidad doméstica y en la paz

de una conciencia pura, rogando á Dios por la felicidad, la gloria y la grandeza de mi amada pátria.—Bourges 18 de Mayo de 1845.—*Cárlos.*»

Á esta generosa renuncia, que fué publicada por todos los periódicos europeos, cayendo como una bomba en medio de los secretos pactos de María Cristina y Luis Felipe, porque hacian presentir que el nuevo rey, aunque encerrado en Bourges, haria valer sus derechos, para dar tranquilidad á España y satisfaccion á sus leales servidores, siguió la carta-contestacion del príncipe D. Cárlos Luis, tal como sigue:

«Mi muy amado Padre y Señor:—He leido con el más profundo respeto la carta con que V. M. me ha honrado en este dia y acta que la acompaña. Cual hijo obediente y sumiso, mi deber es conformarme con la soberana voluntad de V. M., y así tengo la honra de elevar á sus Reales piés el acta de aceptacion.—Imitando el buen ejemplo que V. M. me dá, tomo desde este dia, y por e tiempo que crea oportuno, el título de Conde de Montemolin. Quiera el cielo, oyendo mis fervientes ruegos, colmar á V. M. de toda suerte de prosperidades, como le pide y pedirá su más respetuoso Hijo.—Bourges 18 de Mayo de 1845.—*Cárlos Luis.*»

La *aceptacion* que se indica en el documento anterior, es la siguiente:

«Me he enterado con filial resignacion de la determinacion que el Rey, mi augusto Padre y Señor, me ha comunicado en este dia, y aceptando, como acepto, los derechos y deberes que su voluntad me trasmite, asumo una carga que procuraré cumplir, con el auxilio divino, con los mismos sentimientos y el mismo celo por el bien de la Monarquía y felicidad de España.—Bourges 18 de Mayo de 1845.—*Cárlos Luis.*»

De manera, que por los documentos anteriores, publicados segun hemos dicho, por los periódicos de Europa, único medio que tenia D. Cárlos María Isidro de dar á conocer á las córtes extranjeras su determinacion generosa, quedaba el Príncipe de Astúrias, D. Cárlos Luis, revestido de la augusta y suprema dignidad de Monarca.

Así lo anunció enseguida con el manifiesto que copiamos á continuacion:

«Españoles: La nueva situación en que me coloca la renuncia de los derechos á la corona de España, que en mi favor se ha dignado hacer mi Augusto Padre, me impone el deber de dirigiros la palabra: mas no creais, Españoles, que me propongo arrojar entre vosotros una tea de discordia. Basta de sangre y de lágrimas. Mi corazon se oprime al solo recuerdo de las pasadas catástrofes, y se extremece con la idea de que se pudieran reproducir. Los sucesos de los años anteriores habrán dejado quizá en el ánimo de algunos prevenciones contra mí, creyéndome deseoso de vengar agravios. En mi pecho no caben tales sentimientos. Si algun dia la Divina Providencia me abre de nuevo las puertas de mi pátria, para mí no habrá partidos, no habrá más que Españoles. Durante los vaivenes de la revolucion se han realizado mudanzas trascendentales en la organizacion social y política de España; algunas de ellas las he deplorado ciertamente, como cumple á un Príncipe religioso y español; pero se engañan los que me consideran ignorante de la verdadera situacion de las cosas, y con designios de intentar lo imposible. Sé muy bien que el mejor medio de evitar la repeticion de las revoluciones, no es empeñarse en destruir cuanto ellas han levantado, ni en levantar todo lo que ellas han destruido. Justicia sin violencia, reparacion sin reacciones, prudente y equitativa transaccion entre todos los intereses, apro-

vechar lo mucho bueno que nos legaron nuestros mayores, sin contrarestar el espíritu de la época, en lo que encierre de saludable (1). Hé aquí mi política. Hay en la familia Real una cuestion que, nacida á fines del reinado de mi augusto Tio, el Sr. D. Fernando VII (que santa gloria goce), provocó la guerra civil. Yo no puedo olvidarme de la dignidad de mi persona y de los intereses de mi augusta familia; pero desde luego os aseguro, Españoles, que no dependerá de mí si esta division que lamento no se termina para siempre. No hay sacrificio, compatible con mi decoro y mi conciencia, á que no me halle dispuesto dara dar fin á las discordias civiles y acelerar la reconciliacion de la Real familia. Os hablo como á Españoles, con todas las véras de mi corazon: no deseo presentarme entre vosotros apellidando guerra, sino paz. Sería para mí altamente doloroso el verme jamas precisado á desviarme de esta línea de conducta. En todo caso, cuento con vuestra cordura, con vuestro amor á la Real familia y con el auxilio de la Providencia. Si el Cielo me otorga la dicha de pisar de nuevo el suelo de mi pátria, no quiero más escudo que vuestra lealtad y vuestro amor; no abrigar otro pensamiento que el de consagrar toda mi vida á borrar hasta las memorias de las discordias pasadas, y á fomentar vuestra union, prosperidad y ventura; lo que no me será difícil si, como espero, ayudais mis ardientes deseos con las prendas propias de vuestro carácter nacional, con vuestro amor y respeto á la santa Religion de nuestros padres, y con aquella magnanimidad con que fuísteis pródigos de la vida cuando no era posible conservarla sin mancilla.— Bourges, 23 de Mayo de 1845.—*Cárlos Luis.*»

---

(1) Rogamos á nuestros lectores que lean detenidamente este párrafo, donde se expresa el plan de política que habria adoptado en España el infortunado Príncipe.

Este bien escrito documento, causó una viva impresion en España.

Habia un partido numeroso, verdaderamente nacional, — no ya solamente compuesto del partido carlista — que anhelaba con fervor el enlace de los dos jovenes primos, Doña Isabel y D. Cárlos Luis, para poner término feliz y perdurable á las prolongadas luchas que se adivinaban en lontananza para el caso contrario.

Habia tambien, preciso es decirlo, una inmensa multitud de hombres sensatos, ajenos á las cuestiones políticas, y dedicados exclusivamente al fomento de la industria, de las artes y del comercio, que lo deseaban igualmente, no sólo por la razon suprema que presentaban los del partido ántes citado, sino porque creian, muy fundadamente por cierto, que en el reinado de los nuevos reyes católicos, sentándose en el trono, al lado de una jóven señora, débil por muchos motivos, un hombre de tan excelentes dotes, de carácter tan elevado y noble como el insigne Conde de Montemolin, se contendrian en sus justos límites las desmedidas ambiciones de los magnates, que se significaban descaradamente con frecuentes sangrientas convulsiones, y se inauguraria en realidad la nueva era de paz y de ventura que habian ofrecido á la pátria sus maquiavélicos *regeneradores*, y cuya nueva y feliz era, sin embargo, no se anunciaba nunca en el horizonte político.

Pero estos deseos, si se realizasen, trastornarian los proyectos del Orleans y de la Napolitana, maestros ámbos en intrigas, y era preciso destruirlos á todo trance.

Veamos cómo lo efectuaron.

Mas no nos olvidemos — que es parte esencial — de exponer sumariamente el juicio que formó la prensa perióca del manifiesto de D. Cárlos Luis, que vino á caer de

golpe en medio de los planes que abrigaba *el Gabinete casamentero.*

Y como sería interminable este relato si copiásemos los artículos que se dedicaron á tan vital asunto, nuestros lectores sabrán perdonarnos si, en gracia de la brevedad, hacemos únicamente el extracto de los más principales.

El *Pensamiento de la Nacion*, periódico redactado por el insigne publicista D. Jaime Balmes, cuyo nombre es una gloria española, juzgaba el manifiesto de este modo:

«D. Cárlos ha desaparecido de la escena política, y en su lugar se ha colocado su hijo; este es un acontecimiento importante. El manifiesto que ha seguido á la renuncia, indica un notable cambio en la política; esto es todavía más importante. Pocos hombres habrá que reunan una opinion más general y más bien sentada de honor, de religiosidad, de sinceridad, de convicciones del deseo del bien público, que D. Cárlos; pero si como hombre obtiene el aprecio y respeto universal, tampoco puede negarse que como Príncipe era objeto de prevenciones tan fuertes, que nada hubiera sido bastante á disipar. Fueran justas ó injustas, fundadas ó infundadas, lo cierto es que existian; tratamos únicamente del hecho, no de la razon en que pueda estribar. Y en circunstancias como las de D. Cárlos, un hecho semejante no puede ser desatendido; quien no cuenta con fuerza material ¿á qué queda reducido si le falta la moral? Y esta fuerza moral en un Príncipe es muy diferente de su buena reputacion como hombre particular; errados consejos ó circunstancias infaustas pueden hacer inútil para ciertos objetos al mejor hombre del mundo. En 1832, la fuerza moral de D. Cárlos como Príncipe, era muy grande; los errores, las desgracias y el mismo curso de los años, la han consumido...............

«El manifiesto del Príncipe que reemplaza á D. Cárlos,

producirá en España y en Europa una impresion profunda. En él hay dignidad sin altanería, blandura sin humillacion, indicaciones graves sin manifestaciones importunas é impropias. En breves palabras, como á tan alto rango cumple, sentidas como las inspira el infortunio, están tocados extremos tan delicados de una manera que ni rebaje al que habla, ni hiera la susceptibilidad de ninguno de los que escuchan. A las dificultades relativas á la persona, se contesta; á las que se refieren á las cosas, se deja entrever la contestacion. Un Príncipe que hiciese el manifiesto con la mano en el puño de la espada, sería rechazado por espadas; un Príncipe que hablara en actitud de suplicante, puesto de rodillas, sería despreciado. Entre el ruego y la amenaza habia un medio, y este medio lo ha encontrado el ilustre proscrito.»

El Español, periódico liberal, dirigido por el célebre escritor político D. Andrés Borrego, uno de los hombres más prácticos en las soluciones de la cosa pública y que mejor manejaban la péñola periodística, decia:

«No ha llegado el caso de tratar la cuestion del casamiento de la Reina: cuando llegue, el hijo de D. Cárlos puede hablar sin mengua y debe ser escuchado sin cólera. La respuesta de la España liberal á la propuesta de casamiento con aquel Príncipe, sería tan sencilla como comedida y concluyente: *Vuestro partido y vuestras ideas no ofrecen garantías; ninguna seguridad valedera podeis darnos de que vuestro ensalzamiento no seria la ruina de la causa de la libertad.*

»Excluido el Príncipe, hemos de acordarnos de que sus súbditos son nuestros hermanos, y ponerlos en situacion de vivir entre nosotros, con la misma libertad que en Francia viven los legitimistas, en Inglaterra los católicos, los disidentes de opiniones ó de culto en todos los países civilizados.»

El Heraldo, periódico rabiosamente moderado, cuya exageracion política llegó más tarde (en 1854) al último límite, de tal manera que apénas si podia compararse con la famosa *Postdata*, se expresaba de esta suerte:

«Desgraciada ó afortunadamente, el manifiesto de que se trata es demasiado explícito en medio de su estudiada fraseología, para no alucinar ni al más insensato. No se contiene en él una promesa clara, terminante, inequívoca de respetar el órden de cosas existente; no se anuncia el intento resuelto y decidido de conservar todos los hechos que las reformas han creado, ni se da seguridad alguna respecto á las instituciones actuales. Algunas frases vagas estudiadamente compuestas de una elasticidad calculada, y cuyo espíritu recuerda el sistema político explanado en *El Pensamiento de la nacion*, y en el discurso célebre de un diputado dimisionario, son el único lazo que se tiende á la credulidad de los españoles, amaestrados por largos desengaños. *Justicia sin violencia, reparacion sin reaccion, transaccion prudente y equitativa entre todos los intereses, deseo de utilizar todas las cosas buenas que nos han legado nuestros padres*: tales son las ofertas que se hacen á la nacion por el Conde de Montemolin, al presentarse como candidato á la mano de la jóven reina. Y ¿á quién van dirigidas esas ofertas? ¿En qué ocasion nos tiende su mano protectora este nuevo representante de la causa carlista? Dirígense á una nacion que ha conquistado á fuerza de victorias las instituciones que la rigen, que ha comprado con arroyos de sangre las reformas que en términos dudosos se le ofrecen, y que ha lanzado de su suelo hasta el último soldado del que hoy afecta hablarle con cierta compasion desdeñosa. Los que han dictado esas palabras al nuevo pretendiente, se han olvidado ciertamente de que sólo consiguen derramar el ridículo sobre

unas personas, á quienes debian esforzarse en rodear de consideracion y de respeto.»

Fl Clamor Público, progresista, célebre por su lema, por su atrevimiento, por las buenas plumas que le redactaban y por la destreza con que atacaba en todas las cuestiones á los Gabinetes *moderados* que se venian sucediendo en el poder, con infraccion de aquella costumbre constitucional que establece el turno pacífico, habla así:

«Excusado parece que consignemos nuestra reprobacion al enlace de la Reina Isabel con un hijo de D. Cárlos: pensamos que semejante matrimonio prepararia no sólo el destronamiento de la Reina, sino es tambien la completa ruina de las instituciones representativas, para ser reemplazadas por un absolutismo fanático y perseguidor. No se ha vertido tanta sangre generosa, no se han hecho tan inmensos sacrificios para venir á un término tan funesto, para volver al mismo punto de partida de nuestra regeneracion, y los Españoles, que cual nosotros se precian de leales á su Reina y de ardientes partidarios del Gobierno representativo, combatirán tan negra traicion contra el trono y la libertad de su pátria. Y no somos arrastrados por el ódio á esa familia que ha traido sobre la España tanto linaje de calamidades y desastres, sino por amor á los príncipes constitucionales, cuyo imperio es incompatible, sentándose bajo el sólio, ya como rey, ya como marido de Isabel II, un príncipe que los ha combatido y que jamas podrá aceptarlos de buena fe. La lucha que hemos sostenido, es de principios no de personas. Si estas pueden terminar felizmente por enlaces y transacciones privadas de familia, no así aquellos, donde necesariamente debe triunfar uno de los principios militantes.»

Y despues de todo este fárrago de *razones* especiales, al uso de los progresistas, de los cuales no sabian prescin-

dir los hombres de más talento de la escuela, concluia con estas *lúgubres profecías*, para producir efecto:

«Desgracias sin número lloverian sobre la infeliz España si tal consorcio se verificase. Posesionado de la potestad régia el príncipe del absolutismo, desde este alcázar inexpugnable combatiria el régimen constitucional, se rodearia de sus partidarios y defensores, ganaria terreno y fuerzas, y muy poco tardariamos en ver hundirse aquel sistema con el trono á que sirve de apoyo (1) y cimiento contra las pretensiones del carlismo. Miéntras tanto se consumiria nuestra pátria en una lucha intestina, más sangrienta que la que terminó en los campos de Vergara, porque el conspirador principal se hallaria entónces en el Régio Alcázar, amparado con el título de esposo de la Reina, y desde este foco se derramaria sobre la Península la lava ardiente de las intrigas, de los ódios y de las venganzas.»

El periódico progresista, *más progresista hoy que ayer, y mañana más que hoy*,—lo cual, dicho sea de paso, era una solemne tontería,—terminaba el artículo increpando duramente al Gobierno por suponerle inclinado á favorecer esta solucion *desgraciada y de mal agüero*.

Buenas noticias tenía *El Clamor Público*!

Pero el más brillante y sesudo artículo que se publicó en los periódicos políticos de España, acerca de esta vital cuestion, fué debido á la pluma del ilustre escritor monárquico D. Pedro de la Hoz, director de *La Esperanza* (2).

---

(1) Perdónenos el Sr. Corradi: se ha hundido el trono y ha quedado el sistema.—Aquí nos hallamos, confesado por los mismos progresistas, con que los susodichos sistemas liberales no sirven para *apoyo y cimiento* de los tronos.

Con que, señores, ó lo uno, ó lo otro; que á tiempo están aún.

(2) 26 de Noviembre de 1844.

Al hacer la reforma de la Constitucion de 1837, presentóse á las Córtes una enmienda que decia así, en sustancia:

«El Rey no podrá contraer matrimonio con persona excluida de la sucesion á la corona.»

Esta enmienda, como se ve, era una inocentada liberal, puesto que cualquier candidato á la mano de la Reina se hallaba dentro del círculo que por aquella se trazaba; pero el tiro, — como vulgarmente se dice, — era dirigido contra el Príncipe D. Cárlos Luis.

El escritor de *La Esperanza*, tomando pié de este asunto, empieza por decir que semejante enmienda habia de causar la ruina del país, la desgracia de la Reina y considerables perjuicios á sus mismos autores (1), y añade luego:

«..... ¿Cómo puede ponerse en duda que el afecto de la familia real carlista se ha arraigado profundamente en el corazon de la España? ¿Cómo no se conoce que la pasion nacional habrá fácilmente convertido en convicciones á favor de esta rama las dudas suscitadas sobre el derecho de sucesion á la corona, por infundadas que las supongamos? ¿Cómo no se ve, ó no se calcula al ménos, que esta nacion monárquica y religiosa se ha de haber ligado pública ó secretamente con la causa carlista, y que una ley que imposibilite á la Reina para aliarse con la rama carlista, imposibilitaria á la nacion carlista para aliarse con el Gobierno de la Reina, y con su real consorte, y con todos sus defectos y desórdenes?

»El partido carlista entónces sería considerado como una nacion conquistada, y se tendría á sí mismo como

(1) Como si el escritor hubiese estado poseido de espíritu profético, todo se ha cumplido al pié de la letra.

proscripto, con el Príncipe que era su jefe. Imposible sería que, aun dado caso que se empeñaran los parlamentarios en conquistar los corazones monárquicos, abandonaran estos el culto de un Príncipe desgraciado, para rendirlo á otro á quien la suerte ha favorecido en su perjuicio. La obra de trastornar la conciencia de una nacion es muy superior á los recursos de los partidos y de los gobiernos; es muy diferente de la de deslumbrar y comprometer una compañía, un regimiento, una division, todo un ejército.

»Demos de barato que un gobierno gane todos los jefes naturales de los pueblos que tenga que convertir á su favor; supongamos que vaya hasta á separarlos, de grado ó por fuerza, de las personas dependientes de su influjo. Todo esto sería muy poco. Sería preciso que separase los esposos de sus consortes, y las madres de sus hijos mayores, y los hijos mayores de sus hermanos menores, y los niños tiernos y sus descendientes hasta la segunda ó la tercera generacion, de cuantos monumentos y objetos pudieran revelarles, en edad adulta, las políticas filiaciones.

»Tras de guerras tan populares, tan largas y encarnizadas como nuestra guerra civil, serian necesarias, para que el vencedor no tuviera que recelar, medidas como las de los Felipes contra los moriscos, ó como las del revocador del edicto de Nántes contra los disidentes; mas ¿dónde está el español que quiera hacer de su pátria un páramo? ¿Dónde está el signo exterior para no equivocarse al aplicar tales medidas? ¿Dónde está ya el poder fuerte que las ejecute? ¿Dónde el siglo, el mundo que las tolere?

....

»Si desechamos, en una palabra, la reconciliacion que ahora se ofrece para obtener la reconciliacion general por medio de la dinástica, sólo el tiempo y la muerte, tra-

bajando de consuno, podrán proporcionarla; pero entre tanto, pasarán muchas docenas de años, y habrá vencedores y vencidos, y patricios y plebeyos, y desconfianzas recíprocas, y profundos rencores, y miseria privada, y nacional impotencia, y todos los males y calamidades que son consiguientes al estado de discordia.»

Después de estas valientes razones, que no tenian vuelta de hoja,—como suele decirse,—en el ánimo de las personas de buena fé, examina el escritor la situacion de España, con respecto á cada uno de los demás candidatos propuestos; y rechazando á todos, como inconvenientes y hasta peligrosos para el porvenir de la pátria, exclama:

«Y vuestro candidato—se pregunta,—qué bienes aportaria al matrimonio?—Si los nuestros están indotados, ¿lo estaria ménos el vuestro?—Estas son las observaciones que nos parece oir en este momento en boca de los parlamentarios.

»Qué bienes trae nuestro candidato! se nos pregunta.—Vamos á decirlo: trae el caudal más pingüe que pudiera aportar ningun otro príncipe de la tierra; caudal que no está sujeto á las alteraciones del cambio comercial, ni á las vicisitudes de la guerra, ni á las variaciones de la política, ni á averías marítimas, ni á plagas ó mudanzas terrestres: caudal que consiste en bienes raíces situados alrededor, á la vista de la morada conyugal, bien amojonados, durante largos siglos, y sin contradiccion cultivados por sus abuelos; trae, en una palabra, EL AMOR DE MUCHOS MILLONES DE ESPAÑOLES, *y no de aquellos españoles* QUE QUIEREN MANDAR, *sino de los que* QUIEREN QUE SE LES MANDE; no de aquellos que pretenden discutirlo todo, sino de los que teniendo fé en sus superiores, no regatean sobre la obediencia; no de aquellos que miran

á la mano del que los manda, para saber lo que de él tienen que esperar ó que temer, sino de los que observan el movimiento de sus ojos para ir delante de sus preceptos; *no de aquellos que disertan con peripatética sutileza sobre las facultades de los reyes, sino de los que las comprenden y respetan*, sin explicarlas en demasía; *no de aquellos que desean que el poder real suene mucho y no sea nada; que declaran inviolables á los reyes, á condicion de que se dejen gobernar como súbditos, sino de los que quieren que los reyes* REINEN Y GOBIERNEN *sin más restricciones que las que no sirvan de impedimento para bien reinar y gobernar*.

»Tan rico, como todo esto es nuestro candidato, por más que se le vea en pobreza material: tantas y de tan grande estima son las voluntades que en pos de sí lleva encadenadas, por más que él mismo esté actualmente careciendo de libertad.»

Termina por último el magnífico artículo de *La Esperanza* con un bellísimo apóstrofe á Doña Isabel de Borbon, en el cual sincera al noble partido carlista de las acusaciones que los liberales le dirigen.

Tanto ruido causaron en España los brillantes debates sostenidos por los diarios monárquicos contra los parlamentarios, acerca de la famosa *cuestion de las bodas*, que en diferentes naciones de Europa se discutieron igualmente las ventajas ó desventajas que podrian resultar, andando el tiempo, del matrimonio de Doña Isabel con D. Cárlos Luis.

La Gacette de France y *la Mode*, sobre todos, dirigido el último por el ilustre Vizconde de Wals, de quien ya nos hemos ocupado en el anterior capítulo, rompieron lanzas con fortuna contra los periódicos liberales del reino vecino, aconsejando á España que se entregase confiada

mente á los dos nuevos reyes católicos, Doña Isabel y don Cárlos, por medio del enlace de estos dos augustos jóvenes, para volver á adquirir el rango que la estaba reservado entre las grandes potencias europeas.

Pero el Gobierno de Madrid no estaba de ese modo de pensar.

Asustado del éxito que alcanzaban los documentos que dejamos trascritos, todos los indivíduos del Gabinete se movieron para salir al encuentro de la opinion, bien pronunciada en favor del Conde de Montemolin.

La *Gaceta* publicó por de pronto la siguiente Real órden, emanada del poder dictatorial del Duque de Valencia:

«*Ministerio de la Guerra.—Circular á los Capitanes generales.* —Excmo. Sr.: En virtud de lo prevenido de órden de la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) por la Presidencia del Consejo de Ministros, á todos los Ministerios, para que se circulen á las autoridades del Reino las órdenes más terminantes con el objeto de vigilar á los enemigos del reposo público, y reprimir con toda la seguridad de la ley sus intentos, cualquiera que sea el aspecto con que se presenten, como contrarios á los legítimos derechos de la Reina nuestra Señora y á la Constitucion del Estado, me manda S. M. decir á V. E.: que, no obstante hallarse penetrado su Real ánimo de que la consumacion de hechos recientes, y la lectura de los documentos que han visto la luz pública, no pueden causar en sus leales súbditos la sensacion que sus autores quisieran, y aun cuando el acto de la pretendida abdicacion de D. Cárlos, *que revela la más insigne mala fé* y patentiza una ciega obstinacion de envolver al país en ciegas discordias, trastornando el sosiego y la paz que afortunadamente disfruta, de inspirar menosprecio y ninguna alarma ni temor á los pueblos:

como quiera que sin embargo puede abrir campo á nuevas esperanzas y arrastrar á los ilusos que todavía intenten renovar los dias de luto y desolacion por que el país ha pasado, es su Real voluntad recuerde á V. E. que el rebelde D. Cárlos y su familia están extrañados del Reino, excluidos por la Constitucion del Estado y por las leyes especiales, de la sucesion á la Corona, y privados de los derechos que gozaron en su calidad de Infantes de España, previniéndole que, á los que tomasen parte en la realizacion de sus quiméricas pretensiones, sea cual fuere el velo con que quisieran encubrirlas, *se les persiga hasta su exterminio*, si pisaren el territorio español, *y en caso de ser habidos, se les juzgue breve y sumariamente por un consejo de guerra, como traidores y enemigos declarados del Trono* y de las libertades de la Nacion; en concepto de que la ley será inexorable con los que intenten directa ó indirectamente trastornar las instituciones fundamentales del Reino, ó el órden de sucesion á la Corona, bajo engañosas promesas y mentidos sacrificios que la Reina, como Jefe supremo del Estado, y la Nacion entera rechazan abiertamente.—De Real órden lo digo á V. E. para su más exacto cumplimiento.—Dios guarde á V. E. muchos años. Barcelona, 18 de Junio de 1845.—*Narvaez*.—Sr. Capitan general de....»

Y por si acaso no era bastante lo que el general Narvaez decia en la *fulminante* circular que antecede, añadia el Capitan general de Madrid, al trasladarla á sus subordinados:

«Excusado me parece añadir que seré inflexible en exigir su más puntual cumplimiento, en la parte que pueda corresponderles, á todos cuantos funcionarios están sujetos á mi autoridad, convencido como lo estoy, además de cumplir en ello con el deber que me impone la con-

fianza de S. M. y de su Gobierno, *de que las* RIDÍCULAS É INSOLENTES *pretensiones de un* PRÍNCIPE TRAIDOR deben ser rechazadas con indignacion por todos los Españoles amantes de su Reina y de la Constitucion del Estado, sin que sea posible transaccion alguna en ellas.»

Después nos ocuparémos de la circular y de la postdata.

Al dia siguiente, enderezó el Ministro de la Gobernacion, el célebre Marqués de Pidal, el documento que sigue:

Ministerio de la Gobernacion de la Peninsula.—Seccion de Gobierno.—Circular.—Ha llegado á noticias del Gobierno que algunos de los partidarios de la causa de D. Cárlos tratan de volver con nuevo empeño á sustentar sus ilegítimas y ya olvidadas pretensiones, á conmover y agitar los ánimos, y á perturbar el órden y quietud general, preparando á la nacion nuevas discordias y desventuras: á estos designios y maquinaciones han dado, segun parece, impulso y ocasion *los papeles* y manifiestos que los príncipes de la rama excluida han firmado últimamente en Bourges, renunciando D. Cárlos sus pretendidos derechos en su hijo mayor y dirigiéndose éste á los Españoles en un lenguaje, por el cual, á vueltas de su carácter ambíguo y oscuro, descubre muy claramente que está léjos todavía de reconocer como su Reina y Señora á la augusta Princesa que ocupa el trono por las leyes de la Monarquía y la voluntad de la Nacion. Este acontecimiento, que sólo ha llamado la atencion de S. M. por lo que en ello puede interesarse la paz y el órden público, no varia ni puede variar en nada la política y la marcha de los Consejeros responsables de la Corona.

»La exclusion de D. Cárlos y de todos sus descendientes, decretada solemnemente por los altos poderes del Estado, sancionada por la voluntad nacional y afianzada por la victoria, traza de antemano la línea de conducta que en

este punto debe seguirse; y el Gobierno, por tanto, se halla bajo este concepto decidido á que no quede ilusoria tan solemne resolucion, á sostenerla á todo trance y á no consentir que por medios indirectos ó cautelosos puedan los enemigos de los derechos de S. M. llevar á cabo sus conocidos intentos, reproducir en España lamentables disturbios y malograr tantos nobles y costosos sacrificios y tanta sangre derramada.

»A este fin, S. M. ha tenido á bien mandar, conformándose con el parecer del Consejo de Ministros, y en órden comunicada desde Barcelona por el Presidente del mismo Consejo, que las autoridades de las provincias, penetrándose bien de las miras é intenciones del Gobierno, y poniéndose de acuerdo, si las circunstancias lo reclamasen, vigilen con actividad y repriman con vigor á los díscolos y perturbadores; en la inteligencia de que el Gobierno se halla resuelto á emplear todo el rigor de las leyes contra los que, bajo cualquier pretexto y bajo cualquiera forma, se atrevan á desconocer los legítimos derechos de S. M. la Reina, nuestra Señora, ó atenten de cualquier modo á la seguridad del trono ó á la Constitucion del Estado.

»De Real órden lo digo á V. E. para que arregle á esta instruccion su conducta en el caso de que sea necesario adoptar en este punto alguna providencia.—Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 19 de Junio de 1845.—*Pidal.*—Sr. Jefe político de....»

Y como si todavía faltase algun requisito para lograr el objeto de rechazar *con indignacion las ridículas é insolentes pretensiones del príncipe traidor*, hasta el Ministro de Hacienda dictó medidas como la que se contiene en el párrafo que sigue, de otra circular, fecha 18 de Junio, firmada por el famoso Mon:

«En nada ha variado con dichos actos (la renuncia de D. Cárlos V y la aceptacion de su hijo) la posicion de D. Cárlos ni la de su familia respecto al Gobierno español: las mismas leyes que le excluian para siempre de la Corona de España, igualmente que á sus sucesores, subsisten en toda su fuerza y vigor, y los nuevos sucesos que á él se refieren no pueden tener otro objeto sino el de conseguir por medios indirectos y tortuosos lo que no ha podido ni por la fuerza de las armas, ni por ninguno de los medios que ha empleado hasta el dia. Puede esto dar lugar á que se fragüen criminales proyectos; puede servir de estímulo para que se dejen seducir algunos hombres incautos. Debe V. S., pues, exigir de todos sus empleados la mayor decision por los legítimos derechos de nuestra Reina Doña Isabel II y por las libertades que bajo su reinado han sido reconquistadas; debe V. S. prestar y hacer que todos presten la cooperacion más activa para el objeto á las autoridades encargadas más especialmente del gobierno del país y de la conservacion del órden público, ya asistiendo siempre que sea necesario á su llamamiento, ya anticipándose, si posible fuese, á su mismo celo y vigilancia; y por mi parte, consideraré como un nuevo testimonio de sus buenos servicios todo lo que V. S. ejecute en cumplimiento de lo que en esta comunicacion se le previene.»

No somos nosotros los llamados á juzgar las circulares que anteceden: se nos culparia de parciales.

Por eso tomamos los párrafos más salientes de dos artículos que periódicos *liberales* de la época dedicaron á este asunto.

El Español, que, como sabemos, estaba redactado en primer lugar por D. Andrés Borrego, nada sospechoso en la materia, decia:

«....Los Gobiernos no deben nunca mostrar cólera, por-

que degradan ó debilitan el poder, mostrándose accesibles al ódio y á la venganza. Si queria el Gabinete hablar con ocasion de los manifiestos de Bourges, hubiéralo hecho en buen hora en términos comedidos, dignos, mesurados, que no respiren sangre y suplicios. Un lenguaje violento, en boca de un Gobierno, le hace descender al nivel de los poderes revolucionarios....

»Dos son los puntos sobre que versa la fulminante circular: declarar guerra á muerte al partido carlista, vencido en la actualidad, y negar oficialmente al hijo de Don Cárlos la mano de nuestra Reina. Lo primero está mal hecho y peor dicho; lo segundo estaria mal dicho, aunque estuviese bien hecho. Mandar que se persiga hasta el exterminio á un partido que por ahora se contenta con pretensiones más ó ménos inoportunas, es una oficiosidad demasiado sañuda. El silencio en este caso sería más político. Decirle á un Príncipe que se coloca en la actitud interesante de un galan que pide la mano de una dama: *Vuestras engañosas promesas y mentidos sacrificios*, *la Reina y la Nacion los rechazan abiertamente*,—es una negacion demasiado brusca y descortes.

»El silencio en este caso sería mucho más digno.

«Ni por carácter, ni por sistema, somos amigos de censurar ágriamente.... Si el Gobierno hubiese tenido la docilidad de obedecer á los consejos de la prensa, porque ella es, y deberá ser siempre, el imprescindible asesor de todos los Ministerios constitucionales, no se veria tan duramente censurada *por los mismos que deseamos que su prestigio se aumente.*»

Y terminaba con estas sentenciosas frases:

« Un Gobierno cimentado en una sábia administracion debe *obrar* á todas horas, *hablar* cuando no pueda ménos de no callar, y *callar* siempre que pueda.»

No se expresaba ménos duramente *El Globo*, tambien liberal y afecto al Ministerio Narvaez-Pidal-Mon.

«La circular pasada por el Ministro de la Guerra á los capitanes generales, con motivo de la abdicacion de Don Cárlos, nos ha parecido un tanto impropia en sus ideas, destemplada en sus términos.

»De seguro no serémos sospechosos al tratar de este asunto, después de haber manifestado nuestra opinion acerca de los proyectos de Bourges; pero así como deseamos en el Gobierno firmeza y energía para desbaratar esos planes de trastorno, no somos ménos exigentes en reclamar dignidad y circunspeccion en todos sus actos.

»Si es cierto que los carlistas conspiran; si el Gobierno teme que los actos de Bourges puedan producir en España algun efecto peligroso, ha debido sin duda prevenir á las autoridades, encargarles la vigilancia más exquisita, y recomendarles estricto cumplimiento de las leyes. Pero todo esto puede hacerse y decirse en las formas propias de los actos oficiales, en el lenguaje enérgico pero digno, resuelto pero comedido, que tan bien sienta en la boca de los Ministros cuando hablan en nombre de S. M.

. . . .

«Nosotros, que no somos ménos decididos contra las pretensiones de la corte de Bourges; nosotros, que no deseamos ménos que el Gobierno tenga toda la severidad que sea necesaria contra los proyectos de los carlistas, nos hubiéramos mirado mucho ántes de usar en un artículo nuestro las palabras que el Ministro de la Guerra pone en boca de S. M. Hasta en un periódico como el nuestro hubiéramos creido algo violento y destemplado este lenguaje. ¡Cuánto más destemplado y violento no hemos de considerarlo, puesto por los Ministros en boca de S. M.!...»

Nuestros lectores ven de qué manera se expresaban los

periódicos *liberales* al juzgar las circulares del Gobierno. en especial las del Ministro de la Guerra.

Ocurrió por entónces un suceso muy significativo.

Con los retratos de los demas candidatos á la mano de Doña Isabel de Borbon hallábase expuesto en una librería de Madrid, situada en la calle de Carretas, el del ilustre Conde de Montemolin.

En el espacio de tres dias vendiéronse miles de ejemplares, y vióse el escaparate de la librería rodeado de gentes que contemplaban el interesante y parecido traslado de la fisonomía de D. Cárlos Luis.

Mas *El Castellano*, ministerial, anunció una noche que la autoridad iba á tomar medidas *para evitar desmanes probables*; y hé aquí que en la mañana siguiente se presenta *un desconocido*,—segun el relato de *La Esperanza*, que tenemos á la vista,—arranca el retrato del sitio que ocupaba, pone en su lugar *un papel*, que unos creyeron ser la Constitucion de 1837, y otros la circular del Ministerio de la Guerra, no sin que una turba del más bajo populacho, de liberales de baja escuela, que al desconocido seguian, descargase una nube de piedras contra las vidrieras de la librería, cuyos cristales y demás efectos quedaron completamente destrozados.

Esto no pasaba de ser un *desahogo patriótico*,—segun algunos periódicos moderados,—que aplaudió la procaz *Postdata* y no disculpó el ministerialísimo *Heraldo*; pero los hombres sensatos de todos los partidos, que veian en aquel acto vandálico un ataque injusto á la propiedad y á la industria de un honrado comerciante de libros,—ya que prescindamos del significado del retrato,—inculparon al Gobierno duramente.

El Clamor público, progresista, decia:

«Nádie nos aventaja en sentimientos de patriotismo y

en disposicion personal para sacrificarnos en una lucha contra el hijo de D. Cárlos y sus secuaces; ni nádie tampoco se opusiera más tenazmente que nosotros al enlace del titulado Conde de Montemolin con Isabel II, Reina constitucional de España; pero no podrémos jamas, á imitacion de la *Postdata*, elogiar el atentado.....»

Era que se conocia por el Gobierno la decision de la mayor y más sensata parte de los Españoles por el augusto Príncipe; era que se veia por Doña María Cristina que el candidato frances era recibido con profundo descontento por el heróico pueblo del Dos de Mayo, de Bailén y Zaragoza; era que Luis Felipe y M. Guizot adivinaban el fracaso de sus combinaciones delante de la actitud resuelta del partido carlista, aumentado inmensamente en la cuestion del real enlace.

Era que el mismo hijo del Infante D. Francisco, inspirándose en un sentimiento nobilísimo, habia escrito desde Pamplona al Príncipe D. Cárlos:

«Creo que, poniendo los ojos en tí, se ha dado un gran paso á la conciliacion que debes desear ardientemente, sea como cristiano, sea como Príncipe. Conozco tambien que para llegar á tan feliz resultado se exigirán de tu persona costosos sacrificios, y jamas, ni como hombre ni como Príncipe, te aconsejaré consientas en cosas que pudieran mancillar tu nombre; pero nó puedo ménos de hacerte observar que de ninguna manera debes dejar pasen ocasiones que, una vez perdidas, no vuelven jamas.... Las circunstancias te favorecen hoy. Cuentas con un poder que ningun sér humano te puede quitar, y jamas se mirará como una humillacion el que cedas á la fuerza. Si resistes, si te empeñas en conseguirlo todo, todo lo pierdes; y nada extraño sería que, los que hoy te apoyan, al ver tu obstinacion, se volviesen hácia mí, *considerándome el*

primero despues de ti. ¿Qué haria yo entónces? ¿Perder esta coyuntura y dejar el puesto libre á un extranjero? ¡Jamas me decidiré á obrar de este modo! Miéntras mi querido primo, *en quien reconozco derechos superiores á los mios*, esté delante de mí, me mantendré tranquilo como ahora. Pero si tu matrimonio viniera á hacerse imposible por las causas que indico, creo que mi conciencia (no hablo de mi interes, porque un trono nada tiene de seductor) me manda, me obliga á no exponer la España á un nuevo conflicto.... Resígnate á hacer un nuevo sacrificio, costoso en verdad, pero absolutamente necesario. En otro caso, no me acuses nunca de haberte quitado, si las circunstancias me lo ofrecen, un puesto que tú habrias abandonado, y que no quisiera ocupase otro más que tú, á quien amo de todo corazon.»

En fin, de tal manera se encontraban los ánimos, á tal punto habian llegado las cosas,—segun el insigne Balmes decia en *El Pensamiento de la Nacion*,—tan fuerte era la opinion que gozaba el Conde de Montemolin y tales los obstáculos que se oponian á otro enlace; de tal gravedad y trascendencia podian sér los resultados de un paso precipitado en este espinoso negocio, que se creia por la generalidad no haber algun hombre público de mediana importancia que tuviese valor para aconsejar á la Reina otro enlace diferente.

«Se combinarán nuevos proyectos—decia el inmortal Balmes,—se urdirán nuevas intrigas, se tantearán nuevos medios, se ponderará la imposibilidad del enlace con el Conde de Montemolin, correrémos quizá nuevos peligros de una resolucion precipitada, como en la candidatura del Conde de Trápani;—pero ántes que se ejecute un proyecto funesto, se hará oir de nuevo la opinion pública; se agitará el sentimiento de nacionalidad, y los hombres

públicos que quisiesen arrojarse á una empresa desatentada, retrocederán ante la voz del país, que llegará respetuosa á los oidos de S. M. y le hará entender lo que más conviene al sosiego y felicidad de los pueblos (1).»

Sin embargo, no fué así: *no se le hizo entender lo que más convenia al sosiego y felicidad de los pueblos.*

Várias eran las candidaturas propuestas para la mano de Isabel II y de su hermana.

La del Conde de Trápani, napolitano, era apoyada en un principio por su parienta muy cercana Doña María Cristina; Inglaterra ofrecia un Príncipe de la casa de Sajonia-Coburgo, destinada aun ahora á regalar reyes á várias naciones; y algunos soñadores de la *union ibérica*, que ya entónces contaba con partidarios, si escasos en número, tenaces é ilustrados—justo es decirlo (2),—juzgaban más á propósito el enlace de las princesas con dos infantes de la casa de Braganza.

Mas el pueblo español, enemigo de todo lo extranjero, por instinto y por historia, rechazaba una por una todas estas candidaturas.

Surgieron en seguida las de los dos hijos de D. Francisco de Borbon, Enrique y Francisco de Asís.

Mas el primero, que merecia las simpatías y el apoyo de los partidos avanzados, no obtenia la predileccion de la camarilla cortesana que rodeaba á Doña Isabel II; y don Francisco de Asís ya hemos visto cómo pensaba en la carta que dirigió á su primo D. Cárlos Luis, y cuyo más interesante párrafo dejamos copiado arriba, al pié de la letra.

Bueno será decir ahora que los ambiciosos proyectos de

(1) *Escritos políticos* de D. Jaime Balmes.

(2) Uno de ellos era el distinguido periodista D. Andres Borrego.

Luis Felipe fracasaron cási por completo, ante la actitud de várias potencias, en especial de Inglaterra.

Queria el Orleans, de acuerdo con María Cristina—y ellos sabian para qué—casar á las dos infantas españolas con los Duques de Montpensier y de Aumale; mas resignáronse ámbos compadres—que así debe llamárselos—á desistir de enlazar á Montpensier con Isabel II, y *reservarle* únicamente para la infanta Doña Luisa Fernanda, declarando ántes que no se casaria miéntras la Reina no tuviese un heredero directo de la corona, y que en todo caso deberia considerarse como excluido del trono.

Bueno seria recordárselo ahora, cuando con tanta constancia, digna de mejor causa, pretende aquel Orleans el trono de San Fernando, vacante desde la Revolucion de Setiembre.

De repente, por una influencia de la camarilla de palacio, cayó el Ministerio Narvaez y fué llamado al poder el Ministerio Istúriz, el *casamentero*.

Aquí, desde tal momento, empezaron á llover las *habilidades diplomáticas*...

Lo primero que hizo el Gabinete Istúriz-Pidal, puesto que no traia otra mision que cumplir en las esferas gubernamentales, fué comunicar á D. Cárlos Luis, que la mano de la infanta Doña Luisa Fernanda se habia concedido al Duque de Montpensier, D. Antonio de Orleans.

Temíase á la Inglaterra, que habia acogido con marcada deferencia al ilustre proscrito—escapado de Bourges, como luego dirémos—y apoyaba ostensiblemente sus pretensiones á la mano de Isabel II, como medio de evitar los horrores de una nueva guerra civil, segun habia dicho el mismo príncipe en su manifiesto á los españoles.

Pero se queria al mismo tiempo que D. Cárlos Luis renunciase *voluntariamente* á la mano de su prima, para

casarla inmediatamente con D. Francisco de Asís, no con D. Enrique.

Tal era la política de los moderados de antaño, y tal fué siempre.

Y para lograrlo, conociendo el noble y altivo carácter del príncipe proscrito, nada mejor que hacerle presente que, en caso de obtener la mano de Doña Isabel II, llevaria únicamente el título de *marido de la reina*, y estaria alejado por completo del gobierno de la Monarquía.

Esto, que era una ofensa indigna al augusto Príncipe, fué rechazado por éste con altivez generosa.

—No es justo —dijo— que se me dé como de limosna y con tan ruines condiciones una parte bien pequeña de lo que legítimamente me pertenece por derecho propio.

A los tres dias apareció en la *Gaceta* el siguiente documento:

Ministerio de la Gobernacion de la Península.—Doña Isabel II, por la gracia de Dios y la Constitucion de la Monarquía española, Reina de las Españas, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: Que habiendo determinado contraer matrimonio con nuestro primo el infante D. Francisco de Asís Maria, á fin de que tenga el debido cumplimiento lo dispuesto en el artículo 47 de la Constitucion, hemos venido, en uso de nuestra prerogativa, oido el parecer de nuestro Consejo de Ministros, en convocar, como por la presente convocamos, las Córtes del reino para el dia 14 de Setiembre próximo venidero.

«Por tanto, mandamos que el citado dia 14 de Setiembre del presente año, se hallen reunidos en la capital de España, para celebrar Córtes, los Senadores y Diputados.—En Palacio á 28 de Agosto de 1846.—Yo la Rei-

na. —El Ministro de la Gobernacion de la Península, Pedro José Pidal (1).»

Como no queria otra cosa el Ministerio *casamentero*, faltóle tiempo á Istúriz para publicar el concertado matrimonio de doña Isabel con su primo Francisco de Asís, á despecho del clamor universal de los pueblos españoles.

Véase lo que dicen, en este punto, escritores liberales:

«Los cálculos de interes de la Reina madre, combinados con los del anciano Luis Felipe, le superaron á la razon de Estado y á las consideraciones de interes nacional....

»Casóse la Reina, como es sabido, bastante contra su voluntad, con su primo, á fin de mejor facilitar el matrimonio de su hermana, la infanta heredera, con un príncipe de la casa de Orleans, y corrimos todos los azares de una desavenencia con la Inglaterra, y de su enlace que más bien recibió el país con frialdad y alejamiento que con júbilo y entusiasmo (2).»

Es decir—añade en este punto un escritor progresista—que tratándose de la reina y de un príncipe español, fué elegido de improviso aquel de quien nádie se ocupaba.... es decir, que tratándose de la infanta fué escogido el que parecia más improbable, después de haberse comprometido Luis Felipe á no tratar de la boda de ninguno de sus hijos con la infanta miéntras la reina no tuviera sucesion (3).

«La opinion pública—añade otro escritor moderno—habia quedado menospreciada por el Gobierno español, sin

(1) Publicada en la *Gaceta* y reproducida por todos los periódicos.

(2) *De la organizacion de los partidos en España*, por D. Andrés Borrego.

(3) Fernandez de los Rios, *Olózaga*, *Estudio* etc., página 484



reparar en las funestas consecuencias á que podrian dar lugar (como desgraciadamente ha sucedido en parte, y amenaza cumplirse en totalidad) (1) semejantes enlaces, tan absurdos como impopulares.»

¡Juicios inexcrutables de la Providencia!

Los manejos de Luis Felipe y de Doña Maria Cristina fuéron la causa de las funestas bodas: al poco tiempo la familia de Orleans era arrojada ignominiosamente de la Francia que explotaba, y algunos años más tarde se pedia en Madrid, en un motin popular (2), la prision y juicio de la madre de Isabel II, cuya señora, que tantos males ha causado á nuestra noble pátria, salia de incógnito de la corte y atravesaba la península, para contemplar desde extranjero suelo las vacilaciones del sólio de su hija, que habia de terminar en breve con un destronamiento de que no hay ejemplo en la historia de los pueblos.

La verdad es que al partido moderado, á ese partido hipócrita cuyas doctrinas se reducen á ocupar las poltronas ministeriales, debe Isabel II la pérdida de su corona.

Como era de suponer, las Córtes se reunieron en el dia prefijado, y aprobaron los matrimonios de las dos infantas, que se celebraron el 10 de Octubre de 1846.

Mas un acontecimiento *inesperado* vino á nublar el horizonte político.

Cundió la voz de que D. Cárlos Luis se habia fugado de Bourges, y daba la vuelta al mundo, en alas de la prensa, el siguiente Manifiesto:

---

(1) Y tan completamente, que apénas resta ya sino el triunfo de *hecho* del rey legítimo.

(2) En la tarde del 28 de Agosto de 1854; el motin se conoce con el nombre de *motin de los Basilios*, porque en este antiguo edificio, que ya no existe, situado en la calle del Desengaño, se habia parapetado formidablemente la insurreccion popular.

- «Españoles: cumplia á mi dignidad y mis sentimientos esperar el desenlace de los acontecimientos que hoy veo sin sorpresa consumados en España, y más aún no desmentir cuanto os anuncié en mi manifiesto de 23 de Mayo de 1845.

»Entónces os hice conocer mis principios, que mis deseos no eran otros sino sacar á nuestra querida pátria del cáos en que se halla sumergida; obrar la sólida reconciliacion de los partidos; daros la paz y ventura de que tanto necesitais y habeis merecido. Los resultados no han correspondido á mis desvelos, y vuestra esperanza ha quedado defraudada. Vuestro deber y mi palabra nos imponen esfuerzos para cumplir la mision que nos está encomendada. Llegó, pues, el momento, Españoles, que tan cuidadosamente quise evitar á costa de tantos sacrificios de vuestra parte y de la mia: fuera mengua para vosotros y mancilla para mí, ser ahora ménos esforzados, que siempre os estimó la Europa.

»No conozco partidos, no veo sino Españoles, y todos ellos capaces de contribuir poderosamente conmigo al grande objeto, para que la Divina Providencia me reserva. Os llamo, pues, á todos; de todos espero y de ninguno temo.

»La causa que represento es justa, ningun obstáculo debe retraernos para salvarla; el resultado es cierto, pues cuento que celosos, activos y valientes, acudireis solícitos al llamamiento que os hago.

»Quiero y os encargo que no mireis á lo pasado. La era que va á empezar no debe parecerse á la presente, la concordia debe restablecerse en todas sus partes entre los Españoles: cesen los epítetos, los ódios y los agravios.

»Las instituciones propias de la época, la santa religion de nuestros mayores, el libre ejercicio de la justicia res-

peto á la propiedad, y la amalgama cordial de los partidos, os garantizan la felicidad porque tanto suspirais.

»Cumpliré cuanto os prometí y ofrezco, y en el momento del triunfo nada me será más grato ni me complacerá tanto como considerar que no hubo vencedores ni vencidos.

»Os doy las gracias por vuestros sufrimientos, constancia y cordura. Admirador de vuestro valor y de vuestras hazañas, sabré recompensarlas en el campo de batalla.

Bourges 12 de Setiembre de 1846.—*Cárlos Luis.*»

Casi al mismo tiempo que este Manifiesto, corria por el mundo la noticia de haberse fugado de Bourges el Conde de Montemolin.

Díjose por entónces que la Inglaterra y la Rusia, para contrarestar los ambiciosos planes de Luis Felipe, se resolvieron á favorecer la evasion del Príncipe; mas esta resolucion no tuvo para qué ser llevada al terreno de la práctica, puesto que D. Cárlos Luis, sin necesidad de los auxilios de aquellas potencias,—cuyos buenos oficios quizá conocia,—se fugó valerosamente de la prision simulada y rigorosa en que le tenia encerrado el rey orleanista.

En efecto: en la tarde del 17 de Setiembre de 1846, se comunicó á los prefectos de todos los departamentos de Francia un despacho telegráfico, en estos términos concebido:

«S. A. R. el Conde de Montemolin, hijo mayor de don Cárlos, se ha fugado de Bourges; hareis que le busquen y le detengan.»

Además, en oficios reservados, se determinaron así las señas del Infante:

«*Señas del Conde de Montemolin.*—Edad, 28 años; estatura, cinco piés; cabellos y cejas negras; frente estrecha y abultada; ojos pardos; nariz gruesa y larga, un poco

torcida; boca regular; barba negra, corrida; cara ovalada y color moreno.»

Señas particulares.—El labio superior y los dientes un poco salientes, lo cual se nota más cuando habla; se expresa con facilidad, aunque con bastante acento; las rodillas vueltas un poco hácia adentro; guiña á menudo el ojo izquierdo; lleva el sombrero inclinado á la derecha de los ojos.»

Pero debemos hacer presente desde luego que á pesar de tal minuciosidad por parte del Gobierno frances en los *detalles* personales de D. Cárlos Luis, éste, dando una prueba de exquisita prudencia á la par que de varonil arrojo, logró burlar la vigilancia de los sabuesos orleanistas y llegó sano y salvo á Lóndres.

Copiemos al pié de la letra la relacion que de esta novelesca fuga publicó el periódico legitimista *La Quotidianne* (citado ya en otra ocasion por nosotros), toda vez que dicha relacion parece haber sido escrita por persona que estaba bien enterada, habiendo motivos para sospechar que pertenece á cierto ilustre personaje frances, que intervino muy eficazmente en la evasion del augusto jóven.

Dice así:

«Salió el Príncipe de Bourges el dia 14 (de Setiembre), á las cinco y media de la tarde, conduciendo el carruaje en que iba con cuatro personas de su servicio, escoltado, segun costumbre, por los gendarmes que le seguian á distancia de cuarenta pasos.

»El Marques de Obando, ayo del Príncipe, habia mandado hacer uno de esos carruajes llamados *charavancs*, que usaba el Conde para sus paseos, pues no lo tenía propio desde que su augusto padre habia abandonado la Francia.

»Él mismo solia dirigirlo.

»El Conde tenía un criado, llamado Manuel Charrí, algo semejante á su ilustre persona, tanto en estatura como en la barba, que llevaba corrida como la del Príncipe, y á quien le hizo vestir precisamente el mismo traje que debia llevar el 14 de Setiembre, para cuyo dia estaba dispuesta la evasion, enviándole á apostarse al lugar hácia el que pensaba dirigir aquella tarde su paseo.

»El traje consistia en pantalon blanco de verano, levita negra y sombrero redondo, tambien negro: la mano derecha cubierta con un guante blanco, la izquierda completamente desnuda, aunque llevando empuñado el otro guante.

»Llegada la hora de paseo, tomó el Conde un traje igual, y subiendo al *charavanc*, empuñó las riendas como tenía de costumbre. Subieron tambien al carruaje, poniéndose á su izquierda, el Marqués de Obando, y detrás, en los segundos asientos, el general D. Juan de Montenegro y el gentil-hombre del Conde, D. Tomás Martin. Inmediatamente despues, el *charavanc* partió al galope por el camino de Paris, en direccion á la quinta llamada *Barbansois*.

»Los gendarmes que seguian á caballo el carruaje, marchaban muy cerca de él, mas no tanto que llegasen á descubrir el cambio verificado de repente, del indivíduo que le ocupaba un momento ántes.

»En efecto: apénas hubo entrado el carruaje, dirigido por el Conde, en un declive oculto por una colina á los ojos de los polizontes, tomó un camino travieso que dirigia á la quinta de Barbansois, saltó de repente al suelo D. Cárlos Luis, y miéntras montaba en un brioso corcel, dispuesto allí al efecto, partiendo como una exhalacion léjos de Bourges, subió Charrí al *charavanc*, tomando la

propia posicion en que se hallaba el Conde, y en vez de seguir el camino, volvió, por el contrario, sobre sus pasos, retrocediendo á Bourges, sin que los gendarmes, poco dispuestos á esperar que eran víctimas de aquel juego de prestidigitacion, se cuidasen de examinar el engaño, deplorable para ellos, en que acababan de caer; ántes, al contrario, hicieron á Manuel Charrí los mismos honores y saludos que si hubiese sido el Conde.

»Al dia siguiente pasó el prefecto á visitarle, y contestándole que estaba enfermo, no insistió en verle.

»El dia 16 volvió á visitarle á las diez de la mañana, y se le dijo que el Príncipe estaba descansando.

»Disgustada la autoridad civil, mas no queriendo faltar á los miramientos debidos á su prisionero, se marchó diciendo que volveria á las cuatro, con propósito firme de ver al Conde; pero un gentil-hombre de éste le ahorró el trabajo, yendo á las tres y media á decirle que su amo se habia fugado cuarenta horas hacía, y que, por lo tanto, no debia abrigar esperanzas de capturarle.

»Registróse el palacio, y tomáronse todas las medidas que requeria el caso.»

Veamos ahora —siguiendo siempre la relacion de *La Quotidianne*, escrita, en esta parte, por un testigo y actor— las peripecias de esta novelesca fuga:

—«.... Dias ántes de la marcha del Príncipe, me preguntó uno de mis amigos si me encargaria de sacarle de Francia; la mision era noble, dificil, temeraria tal vez; la acepté, y supliqué á esta persona manifestase al Príncipe que me hallaba á sus órdenes.

»El Príncipe fijó para su salida el 13 de Setiembre por la noche, el 14 de Setiembre al medio dia tuve aviso de que el Príncipe se pondria en mis manos en la noche inmediata, entre media noche y las cinco de la mañana.

Se me daba la cita para *** casa de campo retirada á dos leguas del pueblo de *** Me daban pues algunas horas, y en verdad no era demasiado para los preparativos que semejante viaje requeria. Á las diez de la noche me hallaba ya en mi puesto.

»Á las cuatro de la mañana oí el ruido de una diligencia, y apénas tuve tiempo para abrir la puerta, cuando ví al Príncipe que se dirigia hácia mi habitacion acompañado por el dueño de la casa. Su risueño semblante y su aire de seguridad, fueron para mí de feliz agüero. Se dispuso un carruaje con los caballos del que me habia dado hospitalidad, y cuando pedí el equipaje del Príncipe me entregó el Conde de Montemolin un paquetito que en todo contenia dos camisas, un pantalon y dos corbatas.—Equipaje de soldado, señor, dije al Príncipe.—Mi vida de soldado y proscrito no me han acostumbrado al lujo, además hemos de hacer un viaje rápido y no nos servirá de estorbo lo que llamaba el César *impedimento*.—El carruaje está pronto, señor.—Subamos, dijo el Príncipe, y se despidió con gracia y afectuosa cordialidad de los que le habian acompañado por algunos minutos.

»Al primer relevo tomé la posta, dirigiéndome al castillo de uno de mis amigos, cuyos caballos preparados hacía tiempo estaban á nuestra disposicion. Encontramos casualmente en el camino á dos Españoles á quienes conoció el Príncipe, y entramos al paso al través de los solitarios bosques. Este se apeó descubriéndose, ellos le hablaron con respeto, pero con la efusion propia del destierro. El Príncipe les tendió afectuosamente la mano, que besaron con emocion. Este besamanos de dos soldados fieles y pobres, en los que se representaba la miseria, no se parecia en nada á los que se celebran en la corte de Madrid; pero en cambio aquel era un juramento sincero de amor y

fidelidad. Volvimos al carruaje, y los dos Españoles nos vieron alejar hasta perdernos de vista.

»A las ocho leguas tomé la posta para no dejarla, pagando generosamente á los guias. Un postillon dijo á su camarada miéntras yo activaba el enganche:—Conduce bien á este caballero, mira que paga como si acompañase á un Príncipe. Esta proposicion, preciso es confesarlo, estaba perfectamente aplicada.

»Al siguiente dia al salir el sol, á media legua del pueblo de***, distinguí á la cima de una elevada torre un telégrafo que agitaba sus largos brazos negros, y concebí algunos temores creyendo que por nuestra marcha avisaban la fuga del Príncipe; pero al llegar al relevo no advertí movimiento alguno extraordinario, ni gendarmes, ni agentes de policía en las puertas del pueblo ni en la posta, convenciéndome de que las noticias aéreas nada tenian que ver con nosotros, con lo cual me tranquilicé de nuevo. Desgraciadamente el carruaje exigia ciertos reparos urgentes que no admitian demora. Tuve que recurrir al maestro de postas, el cual me aconsejó y dirigió á un operario á propósito; pero por mucho que le recomendé la brevedad, él hubo de detenerme una hora, que me pareció muy larga. Bajé las persianas del carruaje, y convinimos en que el Príncipe pasaria por un sobrino mio gravemente enfermo, fingiendo dormir miéntras se hacía el relevo. Esperaba de este modo prevenir el caso de que un agente de policía no se contentase con ver los pasaportes en toda regla. Una gorra caida ante los ojos, y anteojos azules, secundaban grandemente nuestras astutas miras. El Príncipe permaneció en el coche todo el tiempo que se empleó en repararlo.—¿No se apea vuestro compañero, señor?—me preguntó el maestro de postas.—Nó; es un jóven sobrino mio que se halla enfermo y necesita dormir.—Con-

tinué conversando con el maestro de postas sobre los intereses del país, de los suyos, sobre todo de caminos de hierro, del precio de los caballos, etc., etc. Continuamos, por último, nuestro viaje, y, debo confesarlo, no ocurrió en todo él ningun incidente dramático. Viajamos con un tiempo magnífico, y llevados á buen paso, nos acercábamos á la frontera.

»Al último relevo me pidieron los pasaportes, que fueron examinados y devueltos miéntras mi compañero aparentaba dormir. En el último punto de la frontera bajé del coche y dije que me guiaran al comisario de la policía, al cual entregó mi pasaporte un gendarme.

»Usted está corriente, me dijo el señor comisario, pero desearia ver á vuestro compañero.—Señor, excusadme esta molestia: viajo con un sobrino de veintidos años, enfermo, para el cual son ineficaces los recursos de la medicina francesa, razon por la cual recurrimos á la habilidad de médicos extranjeros.—En este caso, puesto que no puede apearse, yo mismo iré allá.—Me obligais á una confesion sensible, pues mi sobrino tiene el cerebro tan débil que á nádie puede ver sino á mí: tiene la cabeza....—Comprendo: trastornada.—Y por esta causa, si os viese, le causariais mucho miedo y no sé si podria ya continuar mi viaje.—Nada de eso, me dijo este hombre considerado, no le incomodemos; y visó los pasaportes.—Feliz viaje, caballero; procurad conducir á vuestro sobrino á buen puerto.—Así lo espero: adios, caballero, y gracias.—Gracias.

»El gendarme, más curioso, me acompañó y quiso ver á mi sobrino, pero el Príncipe dormia. El cochero se hacía el remolon; sentéme á su lado, cogí las riendas, y chasqueando el látigo á los caballos partí á todo galope.—Postillon, quiero llegar á la hora de comer á ***, con que

así tiros dobles, aún no me he desayunado.—Eran las tres y habia verdad en este cuento.

»Me habia olvidado de hacer provision para dos dias de camino y no proponia al Príncipe que bajase para comer, porque ante todas cosas queria llegar á puerto de salvacion; al mediodia me dijo el Príncipe:—Por lo visto quereis llevarme muerto ó vivo; ayer no comimos, hoy es ya medio dia, qué provisiones nos quedan?—Señor, esto es espantoso; un pedazo de pan duro, unas uvas y una botella de agua fresca que voy á renovar en este arroyo que corre á lo largo del camino. Señor, confieso que soy mal mayordomo; pero qué bien comerémos esta noche!—Postillon, me avisarás cuando nos hallemos en la frontera.—Aún está lejos.—Cuánto falta?—Una buena media hora: además hay cuestas.—Nunca hay guias como los que yo facilito.—Ya llegamos á la frontera.—Alto, pues, y montad á caballo.—Me apeé, abrí la portezuela, dí la mano al Príncipe y le obligué á subir al pescante para gozar de su libertad, del aire, del sol, del magnífico paisaje que se descubria á nuestra vista: el coche tomó el galope.—*Te Deum laudamus,* señor.—*Te amicum confitemur,* me contestó el Príncipe, estrechándome con efusion entre sus brazos. Estaban pagadas mis penas: el Príncipe se hallaba en libertad, gozaba de su libertad como un cautivo escapado de su prision: es cuanto se puede decir.

»Fuimos en el pescante del coche hasta *** adonde llegamos á la caida de la noche; apeámonos en uno de los mejores hoteles; los criados se apresuraron para abrir la portezuela y ofrecer sus servicios á los señores que venian en el interior, miéntras que el Príncipe y yo bajábamos sin llamar la atencion de nádie.... No tardó en reconocerse el error, siendo por último objeto de la atencion de todos.—Qué chascos, dijo el Príncipe, cuando los hombres no ocupan su lugar.

»Iba á servirse la mesa redonda, y pregunté al Príncipe si queria comer en ella; me contestó que preferia la mesa comun; la otra era numerosa, pues se contaban en ella hasta cincuenta y tres personas.

»Al dia siguiente, á las seis, entré en el cuarto del Príncipe, que levantado desde las cinco, á pesar de dos noches de fatigas, habia escrito ya á D. Cárlos, su padre; al Príncipe D. Juan, su hermano; al Marques de Villafranca, y á dos personajes que durante su permanencia en Bourges le habian dado las mayores pruebas de afecto, y habian contribuido á su evasion. Este rasgo da á conocer su corazon, lleno de los más nobles y generosos sentimientos. Su primer pensamiento fué un acto de gratitud para sus amigos.

»Tres dias después, el Conde de Montemolin se hallaba bajo el amparo de una mano generosa, resguardado por las simpatías de aliados poderosos, que se envanecian con la confianza que les dispensaba el Príncipe al pedirles un asilo, hasta tanto que la fortuna le reuniese con sus amigos, que son los que en el dia le rodean en Inglaterra.»

Hasta aquí *La Quotidianne*.

Dejemos, por ahora, al ilustre Príncipe gozar de la libertad de que le habia privado en Bourges el malévolo *Roi des boutiquiers*—como llamaba á Luis Felipe su buen pueblo de Paris.

Y retrocedamos algunos meses.

El Conde de Morella permanecia en Lyon.

Parece que no fué muy de su agrado la abdicacion de Cárlos V en el Príncipe Cárlos Luis, cuando empezaron á circular los primeros rumores de que la abdicacion se verificaria.

Quizás el general Cabrera adivinaba ya los estériles resultados que habia de alcanzar en la miserable camarilla

que rodeaba á Isabel II, el acto generoso de Cárlos V.

Mas cuando el Príncipe D. Cárlos Luis le comunicó la resolucion adoptada por el anciano y bondadoso D. Cárlos María Isidro, el Conde de Morella, leal siempre á su Rey y Señor, se apresuró á ofrecer sus servicios al nuevo monarca y á prestarle juramento de fidelidad y obediencia.

Don Cárlos Luis contestó al héroe de Maella con la siguiente expresiva carta:

«Bourges y Junio 5 de 1845.—Mi estimado Morella: con mucho placer he recibido la tuya del 11 de este mes. Estoy muy convencido de tu fidelidad y celo, y cuento contigo como una de las más firmes columnas y mas sólidos apoyos de nuestra causa.—Mis deseos son, como has visto en el Manifiesto, procurar á España, si es posible, sin derramamiento de sangre, duradera y sólida paz, no cediendo por nuestra parte más que en lo que no se oponga al honor y á la conciencia.—De todos modos es preciso que entre los nuestros haya union, moderacion y confianza, y que no se dejen llevar de órdenes ni cosa alguna que no vaya por los conductos regulares.

»Siento en el alma que las circunstancias me impidan verte, y espero que Dios me concederá pronto esta satisfaccion, para mí muy grande, pues te aprecia de corazon,—*Cárlos Luis.*»

Como ven nuestros lectores, aún no se trataba de pasar á vias de hecho.

No habiéndose realizado todavía el matrimonio de la Reina Isabel con su primo D. Francisco de Asís, ni el noble Príncipe pensaba en promover la guerra civil, asoladora siempre y siempre sangrienta y fratricida, en las provincias españolas, ni el Conde de Morella intentaba tampoco desobedecer las indicaciones, para él, como súbdito leal, órdenes de su jóven y después malaventurado monarca.

Mas hé aquí que á los pocos dias aparece en la *Gaceta* lo siguiente:

«El Capitan general de Cataluña, ha dirigido al señor Presidente del Consejo de Ministros, el parte siguiente.= El Excmo. Sr. Comandante general de Gerona con fecha 11 del actual me dice lo que sigue.=Excmo Sr. =Son las siete de la mañana; hora en que acabo de recibir del comandante del destacamento de Guardia civil de Junquera, la comunicacion siguiente, fecha de ayer.—Excelentísimo Sr. —En este momento, que son las once de la mañana, se acaba de recibir la noticia, por conducto del comisario de policia del Portús, que el general carlista Cabrera ha sido preso á bordo de un laud pescador, con un ayudante de campo que le acompañaba en el estanque de Leocate, inmediato á Narbona, el que poco ántes habia desaparecido de Lyon. Lo que me apresuro á elevar al superior conocimiento de V. E. para su satisfaccion.—Lo que tengo el honor de trasladar á V. E. con el mismo objeto y bien persuadido de que esta nueva prueba de la lealtad de la Francia, y el interes que toma por la consolidacion del trono de nuestra augusta Reina, no dejarán de causar una satisfactoria sensacion en la corte, al ver frustrados y quizas inutilizados los planes carlistas con la prision del ex-general, principal punto, sin duda, del apoyo de sus esperanzas y de sus proyectos fratricidas.—A consecuencia del hecho á que se refiere el parte anterior, y de otros datos análogos que han llegado á noticia del gobierno, S. M. en órden comunicada desde Barcelona por el Presidente del Consejo de Ministros, se ha servido mandar se circulen por los respectivos ministerios á todas las autoridades del reino, las órdenes más terminantes para que vigilen las tramas de los enemigos del reposo público, y repriman con toda la severidad de las leyes sus intentos, cual-

quiera que sea el aspecto con que se presenten, como contrarios á los legítimos derechos de la Reina nuestra señora y á la Constitucion del Estado.... etc.»

Hacía, por lo visto, *mucho miedo*, y los dedos, —como suele decirse,—se le figuraban huéspedes al Gobierno de Isabel II.

Lo mismo que sucede ahora con el Gobierno monárquico-democrático que nos subyuga, merced á la famosa y nunca bien ponderada Revolucion de Setiembre.

Cabrera se vió obligado, —para que no se exacerbase el estado bilioso del Gabinete de Madrid,—á dirigir la siguiente carta á un periódico monárquico:

«Señor redactor de *La Esperanza*.—Muy señor mio: con esta misma fecha remito al periódico frances *La Presse* una carta desmintiendo la noticia de mi supuesta prision. Obediente y sumiso soldado del señor Conde de Montemolin, nunca iré mas allá de sus preceptos, que no son otros que los que se deducen de su Manifiesto de 23 de Mayo último. Español de todo corazon y ansioso del bien de mi amada pátria, no quiero que se renueven las luchas intestinas que han hecho verter tanta sangre española. Apetezco la gloria, la paz y la opulencia de España, y como esto es lo que anhela el nieto del inmortal Felipe V, con cuya causa me ligan mi conciencia y mi honor, cumplo mi deber y satisfago mis deseos al mismo tiempo siguiendo sus preceptos de moderacion y de templanza. Igualmente declaro ser falso cuanto *El Globo* de Madrid inserta respecto á una pretendida reunion de generales en casa del señor Montrichard de Nevres, en la cual se me imputa, como al señor general Alzaá, haber estado.—Los enemigos del órden monárquico y de la felicidad del reino, recurren á estas armas vedadas, á fin de paralizar la obra de reconciliacion general de los españoles; pero des-

cubierto siempre el engaño, el público aprenderá á recibir las noticias de los enemigos de la paz á beneficio de inventario.—Ruego á V. se sirva insertar esta manifestacion en su apreciable periódico etc. (1)—*El Conde de Morella.*»

Segun observarán nuestros lectores, á los tres meses escasos de esta carta, desapareció de Bourges D. Cárlos Luis.

Cabrera se hallaba en Lyon.

Cuando la policía francesa, al tener noticia de la evasion del Príncipe, se presentó por órden del Gobierno de Luis Felipe en el domicilio del Conde de Morella, éste penetraba en Suiza, y corria luego á reunirse con su jóven Monarca.

La guerra civil era inminente.

El Gabinete de Madrid—mejor dicho, el partido moderado—habia desoido los consejos de la prudencia y del patriotismo, y el fantasma ensangrentado de la guerra iba á vagar de nuevo, sembrando la desolacion y la muerte, por las provincias españolas.

Los emigrados carlistas respondieron á la voz de sus jefes, y resonó por vez primera el belicoso grito de *viva Cárlos VI!*

---

(1) Esta carta fue escrita en Moulins, á 25 de Junio de 1845, é impresa en *La Esperanza* del 1.° de Julio, si no estamos equivocados.

CAPITULO VIII.

Campaña de Cataluña.—1846 y 1847.—El Conde de Morella.—D. Cárlos Luis de Borbon en Inglaterra.

En sus manos tuvo el partido moderado la fusion de todos los españoles.

Si sólo se hubiese considerado que por medio del casamiento de los dos augustos primos, Doña Isabel y D. Cárlos Luis, reinando ámbos en el mismo sólio, á la manera de los memorables Reyes Católicos, la nacion española, cansada de luchar contra una revolucion poderosa, y quizá triunfante por entónces, habria adquirido esa deseada unidad de aspiraciones que se necesita para las grandes empresas, indudablemente que no estariamos hoy sujetos á las exageraciones revolucionarias de una minoría turbulenta y ambiciosa, ni habria rodado por el suelo, entre el fango de una historia miserable, la límpida Corona de San Fernando.

Mas al partido moderado, que obedecia ciegamente las inspiraciones de Doña María Cristina y del doctrinario

Rey de los Franceses, no le *convenia* responder á los deseos de la inmensa mayoría del pueblo español, aunando todas las voluntades en virtud del conyugal tratado que se anhelaba.

D. Cárlos Luis habia dicho en su Manifiesto de 23 de Mayo de 1845:

«..... No creais, Españoles, que me propongo arrojar entre vosotros una tea de discordia. Basta de sangre y de lágrimas. Mi corazon se oprime al solo recuerdo de las pasadas catástrofes, y se estremece con la idea de que se pudieran reproducir.....

»Si algun dia la Divina Providencia me abre de nuevo las puertas de mi pátria, para mí no habrá partidos, no habrá más que Españoles.... (1).»

Pues bien: el Gabinete de Madrid, léjos de aceptar estas nobles promesas, que desterraban para siempre de nuestra España el fantasma horrible de las civiles contiendas, se aventuró, por conveniencia, á precipitar las bodas de las Infantas españolas, hijas de Fernando VII, desdeñando la negra perspectiva que en el lejano horizonte de la política se vislumbraba.

No en vano se ha dicho siempre que el partido moderado es un partido *utilitario*.

Mas prescindiendo de esto—de lo cual estarán bien convencidos nuestros lectores, y mañana lo dirá la Historia con documentos irrefutables—el paso estaba dado, y las consecuencias se harian sentir bien pronto.

El segundo Manifiesto de D. Cárlos Luis decia:

«Llegó, pues, el momento, Españoles, que tan cuidadosamente quise evitar á costa de tantos sacrificios de vuestra parte y de la mia: fuera mengua para vosotros y

(1) Véase este documento íntegro en la pág. 282 de este tomo.

mancilla para mí ser ahora ménos esforzados que siempre os estimó la Europa (1).»

La guerra civil era inminente.

Los antiguos campeones de D. Cárlos V se apercibieron bien pronto del eco de alarma, de la belicosa llamada del nuevo representante de la legitimidad dinástica en España, y respondieron noble y audazmente á la voz respetada de su Rey.

«Cuando fué resuelta en sentido contrario al Conde de Montemolin,—dice un escritor contemporáneo,—el asunto de la boda de Doña Isabel II, y perdida ya por los carlistas toda esperanza de una reconciliacion, que tanto anhelaban para cicatrizar las profundas heridas de que era víctima la desgraciada nacion española, habia dado el hijo de D. Cárlos el grito de alarma, llamando á la lucha á los de su partido; todo el mundo conoció la proximidad de una guerra, y vieron los Españoles ante sus ojos la renovacion de las lamentables escenas que habian presenciado en la guerra fratricida que durante siete años habia afligido á esta desventurada nacion.»

Otro escritor moderado, pero á cuyo claro talento y sinceridad, que reconocemos gustosos, no se ocultaban las ventajas del enlace de Isabel II con el Conde de Montemolin, llega á confesar,—aunque indirectamente,—que «este era el único medio de formar un partido nacional, templado y conciliador, que á la sombra de una carta, más ó ménos monárquica, diese principio á una nueva época de prosperidad y de sosiego, sirviendo de dique á los partidos extremos y haciendo imposibles en adelante reacciones estúpidas ó violentas revoluciones (2).»

---

(1) Hállase este documento íntegro en la pág. 309 de este tomo.

(2) Rico y Amat, *Historia*, tomo III, cap. LXI, pág. 508.

¿No se irrita el ánimo de nuestros lectores, al ver esta contradiccion monstruosa?

Ellos, los moderados, estaban convencidos de que era conveniente para España el enlace de los dos primos, Isabel y Cárlos, porque, segun esta confesion preciosa, el susodicho matrimonio *era* EL ÚNICO MEDIO *de formar un* PARTIDO NACIONAL *que diese principio á una nueva época de prosperidad y de sosiego*; pero las ideas *utilitarias* de los hombres que por entónces regian los destinos de la pátria, les impulsan, con maquiavelismo increible, á sacrificar ese *sosiego* y esa *prosperidad* de la nacion en aras de sus miras particulares.

¡Cuánta aberracion! Cuántas miserias! Cuánta indignidad!

¡Tremenda responsabilidad debe exigir la historia á aquellos ruines políticos!

Ese mismo escritor, en un espontáneo arranque de franqueza, viene á descubrir el móvil secreto de tan menguados hombres:

«Con motivo de las régias bodas,—dice,—*un puñado de títulos, de bandas y entorchados premió pasados servicios en unos y* FUTUROS MÉRITOS EN OTROS (1).»

Hé aquí llevado hasta la exageracion el sistema utilitario del partido moderado.

No hay más allá, ni puede haberlo.

PREMIAR FUTUROS MÉRITOS sólo se les ocurre á los hombres que, durante muchos años, para desgracia de España, han considerado los altos puestos del Gobierno y de la Administracion, no como el centro de donde debian partir estudiadas órdenes y disposiciones que hiciesen la felicidad de la pátria, sino como el lugar seguro de medrar

(1) Rico y Amat, *Historia*, tomo III, cap. LXI, pág. 510.

ellos mismos y hacer medrar á los serviles acólitos que les rodeaban.

Otro escritor progresista (1), al llegar á este punto, asegura que aún no se ha escrito la historia asquerosa de aquellos años.

Escríbase, por Dios; que España tiene derecho á conocer á los hombres públicos tales como son en realidad, no cubiertos con el velo de la hipocresía.

Mas dejemos estas cuestiones—de las cuales, Dios mediante, habrémos de ocuparnos en otra obra, —y reanudemos el hilo de nuestra historia.

Cataluña fue el sitio elegido para teatro de la nueva campaña carlista.

Mandaba allí, en 1846, el general D. Manuel Breton, tiranuelo moderado, cuya impericia corria parejas con su crueldad.

Y justo es confesar, que la situacion de Cataluña era la más á propósito para el buen éxito de la guerra.

Porque—dejando á un lado consideraciones de distinta índole, de que luego nos hemos de ocupar,—al resonar en las montañas del Principado el grito de *viva Cárlos VI*! aquel se hallaba conmovido y perturbado por un suceso extraño: en contra de los antiguos *usages* catalanes, el Gobierno exigia por vez primera la contribucion odiada de las quintas.

Se celebraba el sorteo á duras penas, mas los fogosos jóvenes huian á bandadas; y miéntras unos pasaban la frontera de Francia, otros formaban partidas no despreciables de audaces guerrilleros, que eran protegidas por el país y en vano asediadas con una persecucion incesante por las tropas del Gobierno.

(1) Fernandez de los Rios. — *Olózaga, Estudio político-biográfico*, etc.

En Noviembre de 1846 aparecieron las primeras y reducidas huestes de los *montemolinistas*.

Decimos mal: algunos partidarios ardientes de Cárlos V, apénas habian dejado de pisar el suelo catalan durante pocos meses.

Ocultos en las montañas, en las masías, en los pueblos, varios jefes carlistas, seguidos por un puñado de hombres decididos, supieron burlarse, por espacio de cinco años, de las persecuciones de que eran objeto, apareciendo aquí, desapareciendo hoy para volver á presentarse mañana, siempre unidos, siempre animosos y esforzados.

Viven aún los famosos Tristany (no todos los hermanos desgraciadamente), que no dejaron caer de sus manos el pendon glorioso de la legitimidad.

Despreció el general Breton á las partidas de *trabucaires*—como él las llamaba desdeñosamente en los documentos oficiales—y creyó que con algunas cortas columnas del ejército, vagando de pueblo en pueblo, en són de recorrer el Principado, aquellas huirian en breve y el país se veria limpio de *foragidos*. .

Engañóle su deseo—y pagó su engaño con una destitucion inesperada.

En el Ampurdan, en las inmediaciones de Vich y de Gerona, en el campo de Tarragona, en las mismas cercanías de la villa de Gracia, arrabal—por decirlo así—de la populosa Barcelona, brotaron como por encanto, á principios de Diciembre, numerosos grupos armados, compuesto cada uno de muy pocos partidarios, mas éstos valientes y decididos por la causa de su Rey.

Inútilmente se destinaban en contra de ellos una infinidad de columnas volantes.

Aquellos, cuya mision por entónces no era otra sino la de preparar el país, recorrerlo en todas direcciones, comu-

nicar órdenes superiores, espiar los movimientos del enemigo, hacer, en fin, todo lo posible para el comienzo de la lucha, sin aceptar desiguales combates, huian desbandados ante la aproximacion de las tropas isabelinas, no sin haberse citado para el dia siguiente en un punto cualquiera, que todos conocian perfectamente, y al cual, sin faltar uno solo, concurrian en la hora señalada.

Esto desesperaba al general Breton.

Aquellos enemigos eran invisibles todavía: semejantes á hinchadas nubes que se van amontonando en el espacio con amenazador aspecto, pero que se desvanecen rápidamente con el soplo enérgico del cierzo, los *montemolinistas*, sombras fugitivas para el general Breton, desaparecian como por encanto delante de los soldados perseguidores.

Veinte veces anunciaba el capitan general de Cataluña: «El Principado está limpio de *facciosos*.»

Mas otras veinte se veia obligado á confesar que las cosas continuaban como en un principio.

No tuvo más remedio que montar á caballo y dirigirse, con buena escolta, á la provincia de Gerona, *punto el más comprometido*,—segun decia en su despacho al Gobierno, fecha 24 de Diciembre.

Pero no salió el General sin dar una prueba relevante de sus instintos crueles.

Miéntras preparaba su repugnante bando de 4 de Marzo de 1847—que luego insertarémos íntegro, para execracion del mundo civilizado—dió órdenes severísimas á los jefes de las columnas volantes, á fin de que fuesen *exterminados* los facciosos.

Ya sabemos, por las órdenes de antaño, lo que significaba en lábios de ciertas autoridades la palabra *exterminio*.

No tardarémos en conocer exactamente la significacion de la susodicha palabra.

A las tres de la tarde del 27 de Diciembre, llegó á Gerona el Capitan general de Cataluña y publicó la alocucion que sigue:

«Habitantes de la provincia de Gerona:

»Una *gavilla de bandidos*, fugitiva y activamente perseguida en todos sentidos por las fuerzas militares, recorre el país escondiéndose en los bosques, barrancos y abismos de esta provincia, con el objeto de renovar una guerra fratricida que tantas desgracias y pérdidas os ha ocasionado en época bien reciente. *Decidido á exterminarla*, vengo entre vosotros confiado en que vuestro propio interes os impulsará á prestarme vuestra cooperacion, la más eficaz para el logro de una empresa que os va á librar de los males y desastres que os acarrearia una culpable apatía.... »

No continuamos, porque el espíritu se lastima y el corazon se entristece.

Lo mismo que ocurrió al principio de la guerra en 1834, empezaba á manifestarse entónces, en 1846 y 1847.

Á los bandos sangrientos é inhumanos de los procónsules moderados, acompañaban siempre estas alocuciones groseras, que nada perjudican, por otra parte, á los que se hayan alzado en armas contra el Gobierno, cualquiera que este sea, pero que cubren de ignominia el nombre de quien las firma y desautorizan completamente al Gobierno que las prohija

Pronto se vieron los efectos de estas crueles amenazas. En uno de los primeros dias de Enero de 1847, una pequeña partida carlista, mandada por el jóven D. Narciso Gorgot, hijo de una ilustre familia de Figueras, se decidió á sostener un desproporcionado combate con una columna

del ejército, que contaba con fuerzas triplicadas á las de aquella.

Cambiáronse algunos tiros, por una y otra parte, sin éxito alguno.

Mas cuando el jefe carlista ordenaba á los suyos la dispersion, dándoles órden de reunirse al siguiente dia en otro punto del Ampurdan, los isabelinos, en virtud de un movimiento envolvente que no previnieron los carlistas, hicieron á estos cuatro prisioneros.

D. Narciso Gorgot era uno de ellos.

Libróse éste, por circunstancias especiales que no hacen al caso, de la triste suerte que le estaba reservada; pero los tres desgraciados compañeros fueron inhumanamente fusilados en la ciudad de Gerona.

Empezaba el Gobierno á obrar,—porque el Gobierno habria señalado seguramente á los Capitanes generales *sus deberes*,—de la misma manera que en los primeros dias de la guerra pasada.

Entónces, cuando se creia poder ahogar en sangre el levantamiento legitimista (recuerden nuestros lectores las terribles hecatombes que hemos referido en las primeras páginas de esta obra) el fusilamiento era la *ratio última* de los jefes cristinos, y centenares de víctimas caian inmoladas por el furor y la saña de un Gobierno obcecado é injusto.

Luego, cuando se hicieron más fuertes las bandas, aun desorganizadas, de los defensores de Cárlos V, y se decidieron éstas, para concluir con aquellos actos inhumanos, á cobrar sangrientas represalias, acusaron los constitucionales á los carlistas de dar á la guerra, bastante horrible por sí sola, el feroz carácter que habia tomado.

Más tarde, cuando el ejército liberal apareció humillado en Morella, en Maella, en Segura, ya se dignaron los

jefes del ejército del Centro de tratar con el general Cabrera para normalizar la lucha y asegurar la vida á los infelices prisioneros.

Es decir: que sólo empezaron los constitucionales á ser humanos con los vencidos, cuando una triste experiencia les hizo conocer que únicamente respetando las vidas de los prisioneros carlistas debian esperar clemencia para los prisioneros de su ejército.

De todas maneras, aunque fundado el convenio de Lécera ó de Segura en este principio egoista (si puede hablarse de tal modo) de los generales isabelinos del Centro, reconozcamos que ejerció saludable influencia durante algunos meses.

Mas ya hemos visto tambien que el general Azpiroz, no teniendo nada que temer de los carlistas, en Julio de 1840, hizo fusilar á los desgraciados fugitivos de Collado y Alpuente, olvidándose de los pactos celebrados.

La misma línea de conducta empezaba á seguir el general Breton.

Y lo mismo que ántes, verémos tambien ahora que los carlistas, para contener tan inhumanos actos, hubieron de poner en vigor, aunque en muy contadas ocasiones, la funesta ley de represalias.

A principios del año 1847, volvió á Barcelona el Capitan general, haciéndose la ilusion de que habia concluido con las *gavillas de facciosos*.

En realidad, quedaban los mismos partidarios de don Cárlos Luis.

Mas apénas entró Breton en la ciudad Condal, cuando supo que las *exterminadas gavillas*, semejantes al ave Fénix, renacian de sus cenizas y se aumentaban prodigiosamente.

No ya como gente *perdida*, *ladrones* y *trabucaires*, se-

gun él decia en sus alocuciones, sino como hombres dispuestos á comenzar una titánica lucha, que sólo habia de terminar, como en Vergara la anterior, en virtud de una série no interrumpida de traiciones y bajezas.

Dos jefes carlistas, de reconocido valor y muy queridos en el país, aparecieron al frente de no despreciables bandas, en los primeros dias del mes de Febrero.

Eran éstos los afamados Mosen Benet (Benito) Tristany, mariscal de campo, y el brigadier Ros de Eroles.

Ambos eran valientes, simpáticos al país, y á propósito para dar á la campaña un carácter muy distinto del que hasta entónces habia presentado.

Conociólo así Breton.

Volvió al Ampurdan, no sin dejar memoria imperecedera de los últimos dias de su mando en Cataluña, publicando el horrible bando de 4 de Marzo, cuyo artículo 1.°, el más fundado de todos, decia así:

«Sufrirá la pena de ser pasado por las armas:

1.° »Todo el que sea cogido, con armas ó sin ellas, acompañando á las gavillas rebeldes.

2.° »Los espías.

3.° »Las personas que se cojan con correspondencia.

4.° »Los que después de haber servido con los rebeldes, se refugien en los pueblos ó casas de campo. Los que en aquel caso se presenten con sus armas, serán puestos á disposicion de una comision militar, para ser juzgados segun las circunstancias que medien en su presentacion.

5.° »Los que presten á los rebeldes auxilios de armas, municiones ó dinero.

6.° »Los reclutadores.

7.° »El que conserve armas sin el debido permiso, probándole que las retenga con punible intencion.

8.° »El que las entregue voluntariamente á los rebeldes.

9.° »El que recoja y oculte en su casa, sin dar el debido parte, á un herido ó prófugo de las gavillas rebeldes..... (1).»

Detengámonos aquí un momento.

Y no hablemos, ni comentemos este sanguinario bando.

Dejemos que lo hagan periódicos liberales, no sospechosos por cierto.

Decia el *Morning-Post*, insertando una circular del secretario de D. Cárlos Luis á sus partidarios en España:

«El Conde de Montemolin hace saber á todos sus parciales que, sea la conducta de sus enemigos la que fuere, no deberán hacer, bajo ningun pretexto, ningun género de represalias.

»A todas las atrocidades que cometan sus enemigos, sus parciales opondrán aquella estricta disciplina, órden y moderacion que tantas veces les ha recomendado cuando se hallaba entre ellos, pues así el oprobio y el crímen de semejantes acciones, que tanto deshonran á la especie humana, caerán como deben sobre sus autores, y la España y la Europa entera, juzgando con conocimiento de los hechos, podrán formar de cada uno el juicio que merezca.

»De esta suerte se aumentarán nuestras filas, y merecerémos la aprobacion del pueblo, cuyos defensores y guardianes debemos y deseamos ser, y nuestros enemigos, léjos de encontrar el apoyo que necesitan, sólo encontrarán la derrota y la afrenta.

»El Conde de Montemolin hace saber y desea que sus armas sean dirigidas por el verdadero valor, que es siempre compañero de la humanidad y de la virtud, y que se

(1) Fué publicado en todos los periódicos de la época.

empleen contra sus enemigos solamente cuando éstos se presenten en el campo de batalla.»

Si se ha leido con detencion la circular que antecede, publicada en el *Morning-Post* bajo la firma del secretario de D. Cárlos Luis, y por órden de este Príncipe, no se escasearán seguramente los elogios á quien tales lecciones daba de benignidad, de prudencia y de verdadero valor;—valor que, por lo visto, desconocian los constitucionales, cuando ahora, lo mismo que en 1834, pretendian imponer á los carlistas con el derramamiento de sangre.

Veamos ahora de qué manera fué recibido en España el bando del general Breton.

Y para no hacer demasiado larga esta digresion, nos contentarémos con trascribir las frases que dedicó al citado documento un periódico *liberal* de Madrid.

«Lo decimos sin género alguno de afectacion:—exclamaba el director de *El Clamor Público*,—áun despues de figurarnos todo lo que son capaces de hacer en momentos de despecho el orgullo y la ignorancia, nos ha parecido vislumbrar algun destino de la Providencia poco lisonjero para la *situacion*, en que uno de los más altos funcionarios del Gobierno haya ofrecido á los ojos del mundo civilizado tal ejemplo de injusticia y ferocidad; en que al dia siguiente, por decirlo así, de habernos hablado de la moderacion, verdadera ó fingida, de Tristany, viniese á mostrarse este inmenso patíbulo que habia levantado para confundir en él, con los principales cabos á los soldados, con los veteranos á los reclutas, con los armados á los inermes, con los seductores á los seducidos, con los contumaces á los arrepentidos, con los culpables á sus padres, sus parientes, sus amos, sus vecinos; con los autores, en fin y cómplices de la sublevacion, á los pueblos

y particulares, que tendrán que ser, que están siendo sus primeras víctimas.»

Y otro periódico moderado, ministerial, partidario acérrimo del Gabinete que entónces empuñaba las riendas de la gobernacion del Estado, decia con loable franqueza é independencia:

«Nos lamentamos de que un príncipe mal aconsejado intente promover en España exánime, agotada y miserable por sus disensiones intestinas, durante lo que va de siglo, una nueva guerra civil; hemos sido los primeros en condenar la actitud hostil en que se han colocado resueltamente los representantes de una causa que murió en Vergara y Berga para no volver á resucitar jamas; pero nos dolemos tambien de que hombres afiliados á nuestro partido, autoridades tan elevadas y que tienen en su mano sobrados medios para rechazar locas tentativas, apelen á los crueles extremos, á las medidas fieras—esta es la palabra—que nos ha revelado el atroz y sanguinario bando del Capitan general de Cataluña.

Este era el juicio que los mismos liberales formaban del neroniano edicto de Breton.

Qué hemos de decir nosotros?

Á los pocos dias, el general Breton fué destituido.

Decimos mal, —y hé aquí otra prueba inconcusa del sistema *utilitario* de los moderados.

«El Gobierno determinó relevar del mando de Cataluña al Sr. General Breton,—dice en sus *Memorias* D. Manuel Pavía, Marques de Novaliches, sucesor de aquel en la Capitanía general de Barcelona,—y puso en mí los ojos para que fuera á remplazarle.

»Prestéme á cumplir como soldado lo que era voluntad del Gobierno de la Reina, mas no sin dar una muestra de miramiento, que si no la tengo por extraña, bien pue-

do desear que sea imitada de cuantos lleguen á encontrarse en tal caso.

»Al Gobierno expuse, que no habiendo por sí dejado el mando, parecia injusto relevar á secas á un militar de tantos merecimientos como el que era Capitan general de Cataluña, y que debia manifestársele con alguna señalada merced el aprecio con que hasta allí habia mirado la Reina sus servicios.

»Por lo mismo pedí que se le concediese título de Castilla, y el Gobierno de S. M. honró mi proposicion con su aquiescencia, redactándose, delante de mí propio, el decreto (1).»

Es decir: se relevaba á un general, porque sus actos habian desagradado al Gobierno; pero este Gobierno, moderado, al mismo tiempo que le daba una prueba tal de desagrado, incurria en la debilidad de hacerle merced de un título de Castilla.

O lo que es lo mismo: le daba una prueba de complacencia, que destruia por completo la primera.

Si la destitucion era merecida, ¿por qué honrar á Breton con larguezas régias?

Eso no se comprende, repetimos, sino teniendo muy presente el ya citado sistema *utilitario*.

En 7 de Marzo fué nombrado Capitan general de Cataluña D. Manuel Pavía, y en 13 del mismo mes se hallaba ya en la ciudad Condal.

Era entónces Ministro de la Guerra el antiguo jefe del ejército del Centro, D. Marcelino Oráa.

Conocedor Pavía del Principado, donde habia hecho casi toda la anterior campaña á las inmediatas órdenes

---

(1) Pavía, *Memorias sobre la guerra en Cataluña.* - Madrid, 1851, pág. 18.

del Baron de Meer, el Gobierno creyó que la sublevacion carlista, apénas iniciada, podia presentarse desde luego como concluida.

Componíase el ejército de 23 batallones y 12 escuadrones, aumentado á los pocos dias con los regimientos de infantería de Castilla y de caballería de Sagunto, formando un total de 25.000 soldados.

«Los *facciosos*,—dice el mismo Pavía,—apénas serian 400 hombres, contados todos ellos; pero es lo cierto que, repartidos en cortas gavillas, corrian casi todo el territorio catalan, burlando muy á sabor suyo por todas partes la persecucion de las tropas de la Reina, tanto por su mayor movilidad y la independencia de sus movimientos, como por el conocimiento que tenian del terreno, y el fácil espionaje que podian contra nosotros ejecutar.

».....Entraban en pueblos de crecido vecindario, con gran provecho suyo, y de esta suerte sacaban recursos y parciales, y no poco perjuicio y descrédito de las armas nacionales (1).»

Pavía se propuso desde luego un plan ofensivo y defensivo que no carecia de habilidad y de importancia.

Consideró al Principado dividido en varios distritos, y cada uno de éstos en diferentes círculos militares: á cada cual destinó una columna de infantería y caballería, y el mando de aquellos estaba á cargo de jefes superiores.

De esta manera, las columnas podian obrar aisladamente, si las operaciones que emprendian no eran de importancia, ó unidas, si se necesitaba.

Este plan, por lo ménos, tenía cierta unidad.

Además, para poner á cubierto las grandes poblaciones de un atrevido golpe de mano, hizo fijar en cada una de

(1) Pavía, *Memorias*, pág. 17.

ellas un destacamento perpétuo que pudiera sostenerse y defenderse, en caso necesario, al abrigo de una casa fuerte.

Por último, fraccionó todo lo posible las tropas á fin de que éstas tuviesen tanta movilidad é independencia como creia conveniente el General para el carácter que presentaba aquella campaña.

Tal era, en resúmen, el sistema militar del general Pavía.

Sus operaciones empezaron á principios de Abril.

Publicó una amnistía, de la que no hicieron caso los montemolinistas, y conminó con severas penas, que fueron aplicadas con gran lujo de crueldad, á los que desobedecieran la voz del Gobierno.

«Pavía,—dice un autor,—no sólo no derogó los bandos de su antecesor, sino que los ejecutó con severidad, mandando pasar por las armas á los prisioneros, vejando á los paisanos, multiplicando las deportaciones á Ultramar, y excediendo en rigor al mismo general Breton.»

Pero de nada le sirvieron sus hábiles planes,—y ménos su crueldad.

Aquellos se estrellaban contra la opinion del país, que favorecia sin reserva á los carlistas: y ésta, á lo sumo, pudo valer para derramar abundantemente sangre de generosos Españoles de uno y otro bando, y dar motivo á una época, breve, pero dolorosa, de represalias.

Retrocedamos un poco, para no pasar por alto los primeros, aunque insignificantes hechos de armas.

A mediados de Febrero estaban en Cataluña, al frente de pequeñas partidas que diariamente se engrosaban, los jefes Tristany y Ros de Eroles,—segun se ha dicho,—y los Sres. Vilella y Griset.

Antes del amanecer del 15 de Febrero, conforme habia

dispuesto el bravo Tristany, los cuatro jefes, á la cabeza de un puñado de hombres,—200 escasamente,—se presentaron de improviso en la ciudad de Cervera, encamináronse al cuartel, y sorprendieron á una compañía (del regimiento de la Princesa) que allí se encontraba.

No paró aquí el suceso.—Algunos guardias civiles defendian la cárcel, mas los carlistas forzaron la entrada, desarmaron á aquellos, hiciéronles prisioneros, y les invitaron á que abrazasen la causa de Cárlos VI; pero como los guardias rechazasen tal proposicion, Tristany mandó que se les devolviera inmediatamente la libertad completa.

Desde Cervera se dirigieron á Guisona, sorprendiendo un pequeño destacamento de 16 soldados y un oficial— que fueron tambien hechos prisioneros y desarmados, aunque puestos en seguida en libertad.

Es de advertir que las autoridades de ámbos pueblos se ocultaron á la aproximacion de los carlistas.

Súpose este suceso en la corte, á pesar del cuidado del Gobierno para dejarlo ignorado, y, como era natural, todos los periódicos imparciales elogiaron la caritativa y noble conducta de los jefes montemolinistas que, miéntras se fusilaba cruelmente á los suyos, perdonaban y devolvian la libertad á los contrarios.

Y hé aquí que á los pocos dias el general Breton publicó su horrible bando, en 4 de Marzo.

De tal manera apreciaron las autoridades de Cataluña la conducta de Tristany.

Otras tres escaramuzas insignificantes tuvieron lugar en los dias 22 y 24 de Abril y 2 de Mayo — sin éxito alguno para los constitucionales, que perdieron algunos hombres y no consiguieron el objeto propuesto. En la última, sobre todo, sostenidos por algunas horas en las cer-

canías de Monseny, vieron los soldados de la Reina la tenacidad que los carlistas empezaban á mostrar en la lucha, y debió hacerles creer, lo mismo que al Capitan general, que se las habian con bravos de la guerra de los siete años.

Este así lo comprendió, publicando en 6 de Mayo, desde el cuartel general de Calaf, la siguiente órden general:

«La columna del distrito de Solsona, perteneciente al regimiento infantería de la Constitucion, consiguió el 24 del pasado, en Basellas, un triunfo completo. El 27 del mismo, la de este distrito, compuesta de fuerza del de infantería de la Union y de alguna del de caballería de Santiago, atacada brusca é inopinadamente por los enemigos en las espesuras de la Molsosa, si bien en el primer momento consiguieron estos una pequeña ventaja, se condujo con una decision y bizarría distinguidos. Ultimamente, el 2 del actual la del distrito de Cervera, que corresponde al mismo regimiento de la Union, unida á la de Tremp, que pertenece al de la Princesa, y un destacamento del de caballería de Sagunto, alcanzaron en las cercanías de Monseny y Foradada una completa victoria sobre todas las gavillas, aunque á costa de la sangre de algunos valientes.................................

«Soldados: Si estos sucesos fuesen precursores de una nueva guerra civil, la Nacion sabe lo que de vuestra lealtad, nunca desmentida, debe esperar, como acaban de probarlo los que han tenido ocasion de medir sus armas con los rebeldes, y la maldicion del cielo caerá sobre los que aun teniendo distintas opiniones y diversos fines, están trabajando para fomentarla. En cuanto á nosotros, que llevamos las armas que la Reina y la Nacion nos han confiado, sabrémos cumplir nuestros juramentos, y trabajando por la consolidacion del trono de S. M. y por la

felicidad del país, sellarémos aquellos con nuestra sangre y llenarémos nuestros deberes.

« Seguid siendo tan bizarros y subordinados como hasta aquí, que la Reina y la Pátria, siempre prontas á premiar vuestros servicios, os acordarán las recompensas de que os hagais dignos, y para las que siempre será solícito en proponeros á S. M. vuestro General—*Pavía*.=Es copia.=El general jefe de E. M., *Mariano Peray* (1).

Segun se adivina por esta alocucion, el general Pavía no se hacía ilusiones acerca del estado de Cataluña.

Presentia una guerra civil.

Y ménos ilusiones le habian quedado, si es que aún abrigaba alguna, después de llegar á su noticia la audaz sorpresa de Tarrasa, verificada el 7 de Marzo, es decir, á los tres dias de firmar el general Breton su draconiano bando —por el valiente Mossen Benet Tristany.

Hé aquí cómo fué realizado este hecho atrevido.

Sabedor el jefe carlista de que por las inmediaciones de Tarrasa vagaba una columna de tropas del ejército, se propuso demostrar al Capitan general la sangre fria y el valor que caracterizaba á sus soldados.

Tarrasa era una ciudad que siempre se habia señalado por su adhesion á la causa carlista.

Entró en ella al frente de 250 peones; hízoles posesionarse de las casas principales del pueblo, y ocupar posiciones estratégicas en la plaza y calles adyacentes; mandó á todos que guardasen mucho silencio hasta recibir la señal, que sería un escopetazo, de arrojarse sobre el enemigo, é impidió la salida de los habitantes hasta nuevas órdenes.

En seguida habló con dos payeses adictos, y les despa-

(1) *Memorías sobre la guerra de Cataluña*, por D. Manuel Pavía, Marqués de Novaliches.—*Documentos justificativos*, doc. III, página 133.



chó, en calidad de confidentes, al jefe de la susodicha columna isabelina.

Era este el coronel del regimiento de la Union, y tenía á su mandato 300 infantes y 25 caballos.

La confidencia estaba, poco más ó ménos, concebida en estos términos:

«El cabecilla Tristany ha mandado disponer en Tarra»sa, para esta tarde, 200 raciones.»

El coronel cayó en el lazo que se le tendia.

Encaminóse inmediatamente á Tarrasa, y llegó, hácia las ocho de la mañana, á las puertas de la ciudad.

Tranquilo y confiado en el triunfo que se le venia á las manos, penetró por las calles y se acercó á la plaza al frente de sus tropas.

Llamóle la atencion, segun después se supo, la quietud y el silencio que en ella reinaba, pues todas las puertas y tiendas estaban herméticamente cerradas; pero no atribuyó tal silencio á la proximidad de una lucha con los carlistas dentro de la misma poblacion, donde él pensaba parapetarse para sorprender á aquellos.

De repente, cuando disponia la ocupacion de ciertas casas, el asistente de Tristany, obedeciendo á una señal de su jefe, dispara el primer tiro, y á continuacion retumban tres ó cuatro descargas, á quema-ropa, sobre los atónitos soldados de la Union.

Como puede suponerse, el pánico de estos no tuvo límites, y la dispersion fué instantánea.

Los partes oficiales isabelinos que tenemos á la vista, consignan seis muertos y ocho heridos de gravedad, contándose entre los primeros un teniente de la fuerza de infantería — y añaden los mismos partes que los carlistas ascendian á 500, perfectamente colocados para llevar á cabo la sorpresa.

Los carlistas no tuvieron ninguna baja, y Tristany se retiró tranquilamente.

Es de advertir que el 24 de Abril, segun ya hemos indicado, habia conseguido Tristany sorprender al teniente coronel D. José María Morcillo, en las inmediaciones de Calaf, causándole buen número de muertos y heridos, y obligándole á encerrarse en la poblacion, en la que entró al anochecer perseguido por los carlistas, quienes «le acompañaron y alumbraron con sus disparos — dice el parte — hasta las mismas puertas.»

El coronel Baxeras sorprendió á su vez á los carlistas en Bosellas, y les hizo 14 prisioneros — de los cuales cinco fueron fusilados á los dos dias y los demás deportados á Ultramar.

Apénas mencionarémos las escaramuzas en Monseny, llamada victoria por el general Pavía, y que costó á los isabelinos algunas bajas, entre ellas la de un capitan de la Princesa y varios ginetes de Sagunto.

Pero la desgracia vino desde este último instante á habitar en las filas de los montemolinistas por espacio de algunos dias.

A mediados de Mayo, un lance terrible é inesperado privó á estos de dos de sus más queridos jefes: Tristany y Ros de Eroles.

Como acerca de la muerte de estos dos valientes circulan distintas versiones, nos perdonarán nuestros lectores si les ofrecemos diferentes testimonios.

Pavía dice en sus *Memorias*, conforme en este punto con la *Gaceta*:

«El 15 de Mayo pernoctó en un caserío del término de San Just de Ardebol el titulado general carlista D. Benito Tristany; en otro del término de Clariana se aposentó al propio tiempo el llamado brigadier Ros de Eroles con alguna escolta de facciosos.

»Supo uno y otro el comandante de aquel distrito, que lo era entónces el benemérito coronel Baxeras, y tomó las disposiciones oportunas para atacarlos á un tiempo, y si era posible sorprenderlos.

»Dormian tranquilos los jefes rebeldes, con la seguridad que al parecer les ofrecian tantos años de guerrillas y de vida vagabunda, en los cuales no habian logrado darles alcance los soldados leales. Mossen Tristany principalmente, despues de haber desempeñado durante los siete años de la guerra dinástica cargos importantes, mandando siempre columnas y divisiones de carlistas, y haciéndose famoso á fuerza de osadía y crueldad (1), supo conservarse impune en las montañas de Cataluña por todo el tiempo que corrió desde 1840 hasta el dia en que otra vez levantó el pendon de la rebelion, que fué seis años más tarde.

»No les faltaba, pues, algun motivo á los cabecillas carlistas para confiar en su fortuna, y dormir tranquilamente en medio de los azares de la guerra.

»Pero en esta ocasion les fué tal confianza funesta: quizás no contando con la eficacia del nuevo sistema de guerra practicado por las tropas de la Reina, pensaba tener detrás de sí á las columnas sueltas, sin noticias, y poco conocedores del terreno con que habia solido habérselas habido hasta entónces.

»El coronel Baxeras aprovechó maravillosamente sus relaciones en el país y la movilidad de las tropas que tenía á sus órdenes, y sin emplear dinero alguno en ella tuvo

(1) No es cierto que fuese cruel: los mismos periódicos liberales, como ya hemos visto, alababan su generosidad con los vencidos. — Tristany les daba libertad, y aun les gratificaba para el viaje: Pavía, el mismo que llama cruel á Tristany, fusilaba á los prisioneros. ¿Quién era más cruel?

noticia cierta del paradero de los dos cabecillas, y supo acudir á ella con harta presteza para que no se escaparan de sus manos.

»Al alba del 16 de Mayo aparecieron estrechamente cercados los caseríos donde moraban Tristany y Ros de Eroles con sus parciales: éste murió en la defensa de su persona y gente, el otro cayó en nuestro poder con dos titulados oficiales.

»Vinieron los tres prisioneros á Solsona, formóseles la competente sumaria, y con arreglo á los bandos vigentes (1) fueron condenados á muerte y arcabuceados.

»Ejecutóse esta justicia á 17 del mes citado.

»Y no parece sino que la Providencia habia dispuesto las cosas de manera que pareciera ejemplar el castigo de Tristany, porque el mismo dia de su muerte cumplia los venticinco años de su primera salida y rebeldía contra el Gobierno constitucional.

»Tambien fué notable que hubiera de morir en Solsona, donde él estudió y se ordenó, siendo canónigo de aquella iglesia, al lanzarse á la vida airada de guerrillero (2)»...

Hasta aquí el general Pavía, cuyo relato es el mismo, con muy escasa diferencia, de la *Gaceta de Madrid*—por lo cual omitimos este.

Véase lo que dice sumariamente un historiador moderno:

«Pernoctaba (D. Benito Tristany) el 15 de Mayo, en un caserío del término de San Just de Ardebol, donde habia visto la luz primera, miéntras lo hacía en otro del término de Clariana el brigadier carlista Ros de Eroles.

---

(1) Confesion preciosa: no habiendo publicado Pavía ningun bando, existian *vigentes* los de Breton.

(2) Pavía, *Memorias*, etc.

»Cercó por la noche los caseríos, donde confiados estaban los dos cabecillas, el brigadier de la Reina D. Antonio Baxeras, sorprendióles á ámbos, que cayeron en sus manos—el uno muerto, segun dijo Baxeras, en su defensa—y Tristany vivo, que juntos con dos de los suyos fué llevado á Solsona, y fusilado el dia 17 (1)»

Ambos están contestes.

Pero sabido es que circularon rumores, reproducidos no hace mucho por algunos periódicos, de que el brigadier Ros de Eroles fué villanamente asesinado—y no muerto en defensa propia, como dicen los dos documentos que arriba hemos copiado.

Nosotros, deseosos de aclarar la verdad en este asunto, nos hemos dirigido á personas que debian saber los hechos, por haber sido testigos presenciales de lo ocurrido.

En efecto, el autor de esta obra ha recibido, por conducto de su distinguido amigo, el bravo coronel carlista, D. José Leon y de San German—de quien más tarde habrémos de ocuparnos—las dos cartas que á continuacion copiamos, y cuyos originales obran en nuestro poder, á disposicion de las personas que quieran examinarlas.

Dice así la primera:

«Sr. D. E. Flavio, Conde de X.***—... 3 de Agosto de 1870.—Muy Sr. mio y de toda mi consideracion, recibí su favorecida del 28 del pasado Julio, y enterado de su contenido, le digo: que el 14 de Mayo de 1847, por la noche, salió de Solsona la columna del coronel Baxeras, formada en dos partidas; una, compuesta de infantería y mozos de escuadra, se dirigió á la casa de campo llamada Borrellas, término de Clariana, partido judicial de Solsona, y en dicha casa fué sorprendido, el 15 de Mayo por la

(1) Historia ya citada.

madrugada, el brigadier Eroles con su asistente: intentó fugarse, y se encontraron en la era; le dispararon una descarga, cayó herido, y *le asesinaron en el mismo acto,* quitándole toda la ropa, y cargándole en un bagaje, que fué llevado á Solsona. El asistente me parece que cayó prisionero.

»La otra partida de tropa se dirigió á las dos casas juntas, llamadas Las Vilas de Llanera, partido de Solsona; desde la casa Borrellas, donde estaba Eroles, á las Vilas, hay dos leguas.

»El 15 Mayo, á las 7 de la mañana, en dichas Vilas fué sorprendido D. Benito Tristany y su partida, porque llegó la tropa con mucho silencio hasta picar en las puertas de las casas, y rompió el fuego por todas partes hácia las ventanas: los carlistas salieron sin órden, y D. Benito, que fué de los últimos, no tuvo tiempo para montar á caballo, lo hacen prisionero, y llevado á Solsona, fué puesto en capilla, y á pocos dias fusilado.

»En la sorpresa no hubo más pérdida que un muerto y un herido: por parte de la tropa no he podido saberlo.— Sin otra cosa, queda de V. afectísimo seguro servidor, Q. B. S. M.—F. S.»

Por consideraciones que estarán al alcance de nuestros lectores, ni nos es permitido señalar el nombre del autor de esta carta, ni el punto donde fué escrita.

La segunda dice de este modo:

«Sr. D. E. Flavio, Conde de X.***—Madrid.—Solsona 3 Agosto 1870.—Muy Sr. mio y de mi respeto: recibida tengo la suya, á la cual contesto: Eroles estaba en una casa llamada Borrellas, del pueblo de Clariana.

»En la madrugada del 16 de Mayo, entre tres y cuatro, salió el Ros á dar un paseo por la era, y se encontró de repente con los mozos de escuadra y tropa del ejército.

Al darle el *alto*! echó á correr, y entónces le hicieron fuego: quedó muerto debajo de la casa.

»Los otros compañeros suyos fueron presos, y al dia siguiente fusilados en el paseo de Solsona, á las cinco de la tarde.

»En cuanto á M. Benet (Benito Tristany) estaba con su partida en la casa llamada las Vilas, del pueblo de Llanera.

»Salió la tropa de Solsona, per la noche, *en virtud de confidencia que no puedo delatar* (1).

»Todos estaban dormidos: empezó el fuego, y ellos salieron de la casa para escapar, quien pudiese: hizo salir primero M. Benet á su partida, y él salió solo de la casa para escaparse, y fué á dar en manos de un soldado.

»Cayó M. Benet, y se fracturó un brazo, y al mismo punto llegó un mozo de escuadra que conoció á dicho Benet, y comenzó á gritar: *Ya tenemos á M. Benet preso*!

»Esto tambien fué el 16 de Mayo de 1847. Llegó por la noche á Solsona, formáronle consejo de guerra, y salió condenado á muerte.

»En la mañana del 17 fué puesto en capilla, donde le auxiliaron cási todos los curas de la ciudad. Fué con resignacion al cadalso, más resignado que todos los que tenian que sufrir la última pena, que eran cuatro los desgraciados.

»Fusiláronles el dia 17, á las seis de la tarde, en el paseo público de Solsona, en medio de un cuadro de tropa del ejército: los que tiraron fueron las mozos de escuadra, pero M. Benet fué al patíbulo muy triste y pálido, porque anduvo la mitad de la poblacion para ir al punto designa-

(1) Lo siento, porque tendria placer en publicar el nombre del delator.



do para ejecutar la sentencia. Después de fusilado, mandó el Capitan general que fuese llevado á la sepultura acompañado de toda la comunidad de canónigos y presbíteros, con todo el aparato de entierro de general.

»M. Benet fué cogido en la casa del propietario de las Vilas de Llanera: se llama el dueño Juan Oliva. El Ros, en la casa de Borrellas, de Clariana: se llama el dueño Celedonio Borrelles, propietario. —De V. afectísimo etc. J. G.»

Ya ven nuestros lectores que las dos cartas que anteceden, no revelan completamente el misterio de que están rodeados aquellos tristes sucesos—y somos los primeros en reconocer que no se puede acusar al coronel Baxeras, sin tener datos indudables.

Sin embargo, en la primera se dice que Ros de Eroles *fué asesinado*, y en la segunda se afirma que la sorpresa fué debida á una delacion infame.

Dia llegará, así lo esperamos, en que la luz se haga sobre estos hechos.

La muerte de los dos jefes llenó de consternacion á los montemolinistas.

Pero no fué bastante para que se extinguiera en Cataluña el incendio.

Al contrario, quizá exasperados, dieron muestras de valentía y audacia.

A principios de Junio, aún no reorganizados completamente, tomaron la ofensiva, atacando con arrojo y fortuna á la columna de Valls, mandada por el coronel Smith, que estaba situado en el Pont de la Armentera.

No esperaba semejante ataque el jefe isabelino.

Sea que quisiesen vengar la muerte de sus bravos jefes, sea que les inspirasen recuerdos de otras épocas más gloriosas para la causa carlista— hazañas llevadas á cabo en

aquellas mismas cercanías de Valls por las tropas que dependian del malogrado Conde de España—lo cierto es que la columna isabelina, más numerosa y mejor armada que la animosa banda de los *matinés*, apénas esperó el ataque.

Desorganizóse en los primeros momentos, y huyó dispersa á encerrarse dentro de Valls, dejando en el campo siete cadáveres y 17 soldados heridos.

Convencióse el general Pavía, al tener noticia de este suceso, no sólo de que no se habian extirpado las facciones, sino de que no habian perdido su osadía.

Un suceso ocurrió por entónces, que favoreció el aumento de aquella, segun el mismo Capitan general de Cataluña.

El nuevo Ministro de Hacienda publicó un decreto, en primero de Agosto, declarando libre el tráfico de géneros extranjeros.

Los efectos se sintieron bien pronto.

Cataluña entera significó su descontento y la situacion empeoró.

Por eso escribia el Marqués de Novaliches, con fecha 22:

«He hecho presente á V. E., con la lealtad y franqueza que siempre empleo para con aquel (el Gobierno) cuáles y cuántos son los elementos que en este país van hacinándose para que la llama de la guerra civil, prendida en él (porque no es posible hacerse ilusiones desconociéndolo), se convierta en un volcan que abrase á este antiguo Principado y que comprometa quizá á toda la nacion. Causas generales y muy conocidas en las distintas (1) de Europa, causas lamentables para todos los Españoles honrados, y

(1) Así dice el original, que tenemos á la vista; pero debe de faltar alguna palabra, por ejemplo: *naciones*.—Pavía, *Memorias*, documento IV, pág. 134.



que tampoco son ya de nádie ignoradas, acaso causas cuyo móvil no es tan fácil acertar, están cooperando activamente para que tamaña fatalidad se realice. La escasez de numerario, la carestía de los artículos de primera necesidad, la paralizacion de las fábricas, la situacion política de nuestro país, la actitud de los distintos partidos, los intereses extranjeros, tal vez todo está en movimiento; y de ahí nace la complicacion que Cataluña va ofreciendo: la medida de que se trata ha venido á poner el último sello de gravedad en ella. Su inmediata consecuencia ha sido la alarma é inquietud que se ha apoderado de todos sus habitantes, y desde el primer fabricante y propietario hasta el último jornalero pacífico, desde el hombre más conservador y amante del sosiego público hasta la gente más propensa á las revueltas, todos han tomado una actitud que revela la desconfianza en el porvenir, el disgusto de los intereses heridos, la esperanza de los cambios que pudiesen conducir á los fines que cada uno se propone. Cual sea el inmediato y pronto resultado, cuando las facciones tienen un núcleo, y cuando todos los dias éste se robustece por las que del extranjero acuden á él, y los que en el interior conspiran, aunque por encontradas miras, á fomentarlo, no es posible desconocerlo. Es, pues, claro y cierto que las facciones engrosarán, y yo creo que ante este mal no hay compensacion en las ventajas que la medida de que he hablado haya de producir. El exigirá un considerable aumento en el ejército destinado á la ocupacion de Cataluña, que no ha de bajar del duplo del que hoy existe aquí; un nuevo derramamiento de mucha sangre en este suelo, sin un inmediato y positivo provecho del resto del país, y la consuncion de inmensos tesoros.»

Y en otra comunicacion, de 4 de Setiembre, añadia:

»El mal estriba, después de la crísis fabril y comercial

porque este país va pasando, en el profundo disgusto que en él cunde, y yo creeria faltar á mis deberes y faltarme á mí mismo si, á fuer de español honrado y amante de mi reino, omitiese decir á V. E. que, en ménos de dos semanas, quizás lleguen á 300 hombres los que por mis datos calculo han desaparecido de distintos puntos de Cataluña; y marchado á reunirse á gavillas rebeldes. La alarma y la inquietud va introduciéndose insensiblemente en todas las clases, y no alcanza á ponerles coto el refuerzo que debe recibir este ejército, ni aunque fuese mucho mayor bastaria á lograrlo, pues que con sólo las tropas no puede devolverse la tranquilidad que por momentos van perdiendo los hombres más influyentes por su riqueza, saber y servicios, de los que va filtrando á todas las clases.

»Cataluña encierra infinitos elementos que, una vez puestos en accion, son peligrosísimos: hoy considera heridos de muerte sus intereses, y que se acerca el momento de verlos desaparecer del todo: hoy se agitan activa y laboriosamente los abundantes gérmenes revolucionarios que contiene, y últimamente, el partido carlista, que ha fijado su vista en este país, utiliza y aprovecha circunstancias que le son tan favorables (1).»

Ya ven nuestros lectores, que el Capitan general de Cataluña no se hacía ilusiones acerca del estado en que se hallaba el Principado.

La impolítica medida del Gobierno de Isabel II, contribuyó, como decia el Marqués de Novaliches, á engrosar las filas carlistas,— mejor dicho,—á aumentar el número de los descontentos con el órden de cosas que por entónces regía los destinos de la nacion.

(1) Pavía, *Memorias*, doc. V; pág. 136.

Continúa luego el Capitan general asegurando, que los partidarios armados de D. Cárlos VI aumentarán en el Principado, *porque los pueblos les prestan una proteccion escandalosa, pero de la cual*—decia—*prescindo por ahora*; afirmaba tambien que *los facciosos*, á pesar de la escasez general, no carecian de abundantes recursos y *siempre encontraban medios de subsistencia*, y señalaba en seguida la probabilidad de que con tales elementos reunidos, y habiéndose levantado una bandera, acudieran numerosos descontentos, unos por simpatías con la causa proclamada por las *gavillas*, y otros por miras particulares.

Después continuaba así:

«Cuando tomé el mando de este distrito, existian en él sobre 300 *facciosos*, que no obstante los descalabros que han sufrido, han podido llegar á ser unos 900, por efecto de las infinitas complicaciones que han surgido, y en medio de que las tropas no han experimentado descalabro alguno notable. Yo deseo que el Gobierno de S. M. fije la atencion en que *manteniéndose aquí* 107 *guarniciones* ó destacamentos, 23 *columnas de operaciones*, mandadas várias de ellas hasta por primeros y segundos comandantes, y teniendo necesariamente que estar *todo el ejército* diseminado, el dia en que, como podria suceder á despecho de toda vigilancia, actividad y buen deseo, sufriese un revés cualquiera de dichas fracciones, el estado de la opinion aún empeoraria, experimentándose una fuerte reaccion entre todos los partidos y clases, *cuando ya hoy puede decirse que su posicion es de resistencia al mismo Gobierno* (1).»

En efecto: Cataluña entera *resistia*—usando de la expresion del Capitan general—al Gobierno de Madrid, y

(1) Pavia, *Memorias*, pág. 137.

bien fuese por las causas que éste indicaba, bien por que en las poblaciones dominase el partido carlista, ó bien porque éstas con su comportamiento generoso en aquella naciente campaña se hubiesen captado las simpatías del pueblo, la verdad es, como expone el general Pavía, que las partidas de montemolinistas aumentaban de dia en dia.

Ocurrió por entónces un suceso lamentable.

Estaban en vigor los bandos del general Breton, y eran fusilados inhumanamente los carlistas que caian en poder de los constitucionales.

Esto exasperaba de tal modo á los partidarios de Cárlos VI, que hubieron de acudir á la bárbara ley de represalias para cortar en su principio el inícuo sistema de fusilamientos, que habia empezado á practicarse por los vireyes de Cataluña.

El jefe carlista, Miguel Villa, conocido con el apodo de *Caletrus*, recibió una confidencia en que se le ofrecia la seguridad de sorprender á un destacamento isabelino, en el pueblo de la Llacuna.

Era el 24 de Julio, víspera de la festividad de Santiago.

Durante la noche caminó en silencio, al frente de una pequeña partida, y apareció en la villa de la Llacuna cuando las gentes oian misa, á la cual asistia el destacamento que trataba de sorprender y desarmar.

Así lo verificó: diecisiete infelices soldados del regimiento de la Union depusieron las armas,—y Caletrus mandó que fuesen fusilados el dia 30 en el Bruch.

No disculpamos este hecho: el jefe carlista obró indignamente, contraviniendo á las órdenes clementes y generosas que tenía recibidas, y quizás le impulsaron á cometer este atentado horrible algunos móviles secretos, que explicó más tarde su poco leal conducta.

Pero cuáles fueron las consecuencias?

Doloroso es decirlo, mas Pavía desplegó un lujo tal de crueldad, que dejó horrorizados á los pueblos catalanes.

Ante todo, siguiendo nuestra costumbre de ofrecer testimonios de ambas partes, véase cómo cuenta aquel suceso el mismo Capitan general de Cataluña.

«Nuestras tropas entre tanto no dejaban un punto de perseguir *á los foragidos*, mostrando nô ya disciplina ni esfuerzo sino heroismo: casos hubo en que los simples soldados *ejecutaron hazañas que recordaban las antiguas de Grecia y de Roma, y el severo honor de los paladines de la Edad Media*. Sirva de muestra lo acontecido á fines de Julio con el destacamento que guardaba la casa-fuerte del distrito de la Llacuna. Constaba éste de unos 20 hombres del regimiento de la Union, al mando de un teniente del cuerpo, y estaba situada la casa-fuerte en medio del pueblo, custodiándose en ella los efectos y municiones de la columna de aquel círculo. El rebelde Miguel Vila, á quien llamaban por apodo *Caletrus*, andaba por las inmediaciones con una gavilla cometiendo las ordinarias fechorías de tal gente, y conociendo cuanto habia de importarle por la reputacion que le daria el sorprender aquella casa-fuerte con el destacamento que la guarnecia y lòs efectos que en ella se custodiaban, determinó acometer la empresa, valiéndose para ello de una estratagema que le trajera, como le trajo en parte, buen éxito. Supo el cabecilla que los dias festivos solia oir misa el destacamento, muy de mañana, en la iglesia del pueblo, dejando en la casa-fuerte una guardia de cuatro ó cinco hombres solamente; y propuesto á aprovecharse de esta circunstancia, caminó una noche, con gran sigilo, hácia la Llacuna, adonde llegó ántes de que rayase el alba, y se escondió con su gavilla en unos pajares situados á la orilla del pueblo. No bien hubo entrado el destacamento en la iglesia, salió

Caletrus con los suyos, se apoderó de la puerta, y obligó á capitular sin defensa alguna á quince soldados y al oficial que los mandaba. Mas éste, que ya habia pecado de inadvertencia y de escaso esfuerzo, rindiéndose sin el menor átomo de resistencia á la gavilla, cometió aún otra falta como militar, que fué obedecer al jefe de los carlistas que le mandaba rendir el campanario, ocupado, como todos los de pueblos grandes, por nuestras tropas, y la casa-fuerte. No halló dificultad en lo primero: rindiéronse por su mandado los tres ó cuatro hombres que lo ocupaban, pero lo segundo no pudo conseguirlo. Vióse entónces el noble esfuerzo y firme resolucion del cabo segundo, D. Francisco Valverde, que, con cuatro soldados guardaba la casa-fuerte, el cual no solamente no quiso rendirla, sino que amenazó al oficial con hacerle fuego si pronto no desistia de su propósito. Y atacado el puesto por los rebeldes defendió bizarramente su puesto. Quizá le habria costado caro su heroismo, si al oir el fuego no hubiera acudido tan pronto la columna de aquel propio círculo que habia pernoctado no léjos del pueblo y casa-fuerte, con lo cual huyeron los rebeldes, llevándose los prisioneros consigo. Al dia siguiente se presentó el oficial en Igualada, habiéndole dado libertad los rebeldes, en pago quizá, de su condescendencia, por lo cual mandé que se le sujetara al punto al juicio de un consejo de guerra. Pero la suerte de los quince soldados prisioneros fué horrible: un dia y otro, excitados por los rebeldes á que tomaran partido en las gavillas, negáronse siempre con invencible constancia y lealtad, hasta que furiosos aquellos y convencidos de que no habian de alcanzar mejor éxito en lo sucesivo con sus amonestaciones los asesinaron cruelmente en la carretera de Manresa, no léjos de aquella ciudad.»

Veamos ahora de qué manera vengó Pavía el fusilamiento de los desgraciados soldados de la Union.

A consecuencia de una accion insignificante entre el jefe D. Marcelino Gonfaus (conocido por *Marsal*) y una columnita del regimiento infantería de Valencia, habian sido presos tres oficiales; el comandante D. Manuel Herreros, el teniente Sr. Castillo y otro oficial, cuyo nombre no hemos podido averiguar.

Dicho se está que, con arreglo á los bandos vigentes, fueron condenados á muerte y puestos en capilla.

Esto ocurria precisamente el 28 de Julio; es decir, á los tres dias siguientes de la sorpresa de la Llacuna, y es de de advertir que, el teniente Castillo, herido en la escaramuza de un balazo, estaba moribundo—y la herida era mortal necesariamente.

Estaban los desgraciados en Mataró, y todo el pueblo, mpulsado por un sentimiento humanitario, acudió al Capitan general en solicitud de indulto para aquellos infelices.

Precisamente acababa de llegar una agradable noticia: doce prisioneros que tenian los montemolinistas, que merodeaban en las cercanías de Gerona, habian sido puestos en libertad, sin recibir el menor daño, ni el más pequeño insulto.

Pavía no pudo resistir á estas provindenciales coincidencias, é indultó á los tres oficiales.

Estaban al borde del sepulcro, en el límite de la eternidad, puesto que dentro de una hora debian haber sido fusilados, y la poblacion entera de Mataró, en un movimiento de júbilo, acudió á la prision de aquellos á comunicarles, con las precauciones debidas, la fausta nueva.

Mas, ay! que bien pronto se trocó la alegría en desolacion y luto.

Llegó en breve la noticia de los fusilamientos ejecutados por Caletrus.

Pavía, lleno de furor, señaló inmediatamente, segun las represalias lo exigian, 17 carlistas prisioneros para expiar la muerte de los soldados de la Union,—y tuvo el bárbaro placer de señalar, entre otros, á los tres infelices indultados de Mataró.

El pueblo oyó consternado la infame providencia de la autoridad superior de Cataluña, que hacía sufrir dos muertes á aquellos desventurados, pero la sentencia se cumplió inexorablemente.

Hé aquí la órden general del 1.° de Agosto de 1847, en Barcelona.

«La generosidad con que S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.), usando de su inagotable munificencia, se ha dignado en distintas ocasiones atender mis súplicas, indultando de la pena de muerte á infinitos indivíduos de las gavillas de latro-facciosos, hechos prisioneros con las armas en la mano, es correspondida *por los criminales que capitanean aquellas hordas*, ejerciendo los actos de inhumanidad y barbarie que *son ya el patrimonio del carácter feroz* que les distingue.

»En la madrugada del 30 de Julio último han aparecido muertos, despuésde haber sido despojados de toda su ropa, degollados, mutilados y puestos en una fila sobre la carretera de Manresa, los quince desgraciados soldados del regimiento infantería de la Union que, sorprendidos el dia 29, miéntras oian misa en la iglesia de la Llacuna, se rindieron, capitulando con los rebeldes la salvacion de sus vidas.......................................

....

»Yo, que en representacion del Gobierno de S. M., tengo que cumplir para con vosotros *los deberes de padre y*

protector (1) no podria dejar sin reparacion los manes ilustres de vuestros leales compañeros, y cuando hacía pocos dias que, intérprete de vuestros sentimientos generosos, habia mandado suspender la ejecucion del cabecilla Don Manuel Herrero y de los 16 facciosos hechos en la accion de Vidreras, por los bizarros de los regimientos de Córdoba y Valencia, para impetrar de S. M. la gracia de indulto á su favor; me he visto *en la dura é inevitable necesidad de mandar*, POR MÁS QUE Á MI CORAZON REPUGNE EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE (2), *que el expresado cabecilla y sus compañeros volvieran á ser puestos en capilla y pasados por las armas*, cuya ejecucion tuvo lugar ayer con el primero y los demás que existian en Mataró.

»Soldados: Esta satisfaccion era debida al ejército todo y la demandaba imperiosamente la heróica abnegacion de vuestros compañeros sacrificados ahora cerca de Manresa, ya que tan mal comprendida ha sido la benignidad con que se ha tratado á muchos rebeldes, hechos prisioneros después del inhumano asesinato de otros nueve indivíduos del regimiento de la Constitucion, quemados entre las casas de Corbera y Valverdú, en la aubaga de Castelltallat, á principios de Junio último (3).»

»Este hecho horroroso no necesita comentarios,—dice un escritor contemporáneo.

»Llega á noticia de Pavía la desgracia de los soldados

(1) Y bien que los cumplia!—¿Quién fué el causante de todos los actos de ferocidad que allí se cometieron? Dos hombres solamente deben responder ante la inflexible historia: el general Breton y general Pavía. Ahi están esos bandos neronianos, para perpétuo baldon del partido moderado que los prohijaba, los cuales hacen buenos aquellos edictos, que ya conocen nuestros lectores, de los Nogueras, Espoz y Mina, Llauder y Alvarez.

(2) Qué horrible sarcasmo!

(3) Este *curioso* documento circuló en los periódicos de entónces.

de la Union, y lleno de furor manda que al siguiente dia sean, en represalias, pasados por las armas 15 carlistas de los presos, y destina á este objeto al desgraciado Herreros y sus compañeros, á quienes habia indultado, uno de los cuales, moribundo, es conducido en camilla al lugar del suplicio (1).»

Nosotros hemos tenido el triste placer de oir contar este hecho al padre del desgraciado jóven.

Y nos consta además que este caballero, jefe entónces de una partida numerosa, y que tenía 43 prisioneros isabelinos, cuando estos muy justamente esperaban temblando el momento de ser sacrificados en represalias de la muerte de aquel jóven, el Sr. Castillo, derramando lágrimas en memoria de su hijo, pero henchido el corazon de cristianos sentimientos, ejerció un acto de sublime abnegacion, que tendrá pocos ejemplos en la historia, dando libertad á sus 43 prisioneros, y pidiéndoles rogasen á Dios por el alma de su hijo.

Vive aún este caballero (2), y vive tambien, sino estamos equivocados, uno de los subtenientes que debian la vida á la magnanimidad de aquel.

Pavía, por decreto de 1.° de Setiembre, fué relevado del mando de Cataluña, y nombrado en su lugar el Teniente general D. Manuel de la Concha, Marqués del Duero, á la sazon Capitan general de Castilla la Vieja.

Entre tanto, el Conde de Montemolin residia en Lóndres, siendo objeto de las mayores distinciones por parte del Gobierno británico.

---

(1) *Historia* ya citada.

(2) Reside accidentalmente en Madrid, y es amigo del autor de esta historia, quien se felicita de poder tributar en público un homenaje de admiracion por el acto magnánimo que dejamos referido.

El Conde de Morella, aprestándose á levantar la enseña de su rey, pasó tambien á la capital de Inglaterra.

Bien pronto volverémos á ocuparnos de estos dos ilustres personajes, de los cuales el uno representaba la legitimidad dinástica de España, y el otro las glorias imperecederas de la bandera carlista en el Maestrazo, Aragon y Valencia.

CAPITULO IX.

Continuacion del anterior.—Otra vez el Marqués de Novaliches.—Entrada en Cataluña del Conde de Morella.

Reanudemos el hilo de nuestra historia.

Doloroso es ver que los heróicos esfuerzos llevados á cabo por los defensores de la legitimidad dinástica, sólo han dado por resultado algunas páginas para la Historia.

Y si fuese esto sólo!—¡Pero cuánta sangre generosa, inútilmente derramada!

Si es verdad el dicho de un sagrado escritor de los primeros tiempos de la Iglesia, quien decia que la sangre vertida en testimonio de las causas santas se convertia en semillero de defensores de la misma causa—no es de extrañar, en verdad, que el partido carlista se haya levantado poderoso y fuerte, como rejuvenecido y lleno de ardiente brio, después de la Revolucion de Setiembre.

Porque siempre han guardado sus más ilustres campeones el depósito sagrado de la verdad con exquisito cui-

dado, á través de las convulsiones políticas de que era víctima contínua nuestra desdichada pátria, hasta el momento supremo en que vieron hecho pedazos, por los mismos que contribuyeron á fabricarlo, el trono de Isabel II.

Ah!—Si la traicion no se hubiese albergado infamemente en el seno del partido carlista, no tendria España que deplorar su triste suerte.

Porque traidores hubo en 1839, traidores hallarémos tambien en 1848, y traidores viles casi en todas las tentativas esforzadas que se han llevado á cabo, durante seis lustros, para reivindicar derechos que hoy yà no disputan los mismos que ántes los rechazaron.

Hé aquí por qué aquellos esfuerzos, aunque llenos de heroismo, han resultado siempre inútiles: hé aquí por qué tanta sangre se ha derramado, sin más consecuencia que la de hacer constar ante Dios y el mundo que el partido carlista continuaba siendo depositario fiel y entusiasta de los derechos de la rama legítima de los Borbones al trono de San Fernando y de Isabel *la Católica.*

¡Quiera el cielo que se haya extinguido para siempre la raza de los traidores!

El 12 de Setiembre de 1847 entregó el Capitan general Pavía el mando de Cataluña al Marqués del Duero, que gozaba entónces de una reputacion militar demasiado exagerada, á causa del *paseo* que acaba de realizar por el vecino reino,—paseo que, dicho sea de paso, no logró mayor resultado, sino un título más en la *Guia de Forasteros.*

Pavía dijo á sus soldados, al despedirse:

«Con fe en vuestros juramentos, con disciplina y con »respeto y obediencia á vuestros superiores, adquirireis »aún nuevos laureles, que elevarán vuestro nombre adon-

»de no alcanzan los tiros de vuestros enemigos—que son »los de la Heredera de cien reyes (1).»

En breve le encontrarémos de nuevo.

Porque el Gobierno de Madrid se empeñaba en que la existencia de los *trabucaires* de Cataluña *era una vergüenza para los Capitanes generales del Principado*, y apénas si habia colocado el mando militar de éste, después de la destitucion de Breton, entre las manos de Pavía y Concha y de Concha y Pavía.

Hagamos justicia, por de pronto, al Marqués del Duero.

Por lo visto, no eran muy de su gusto los combates, é inauguró el sistema del soborno.

Fué benigno, preciso es confesarlo: abolió aquellos horribles bandos del general Breton, que dejó vigentes su antecesor Pavía; proclamáronse indultos que libraron de la muerte á muchos desgraciados; efectuáronse algunos canjes, aunque pocos, que dieron importancia á las aún pequeñas bandas de los motemolinistas, puesto que el Capitan general, con la aquiescencia del Gobierno de Madrid, trataba con ellos como de potencia á potencia; y en los resultados de los insignificantes combates que se libraron, no volvieron á encontrarse aquellos fusilamientos inhumanos, que sólo conducian á horrores como los de la Llacuna, por la exasperacion de los carlistas.

Pero, como hemos dicho anteriormente, Concha, que dudaba del éxito por medio de las armas, trató de apelar al soborno.

Y aquí de las traiciones.

Por un puñado de oro y algunas ofertas, que cási nunca se cumplian, algunos infames, que se asociaron á los

(1) Orden general de la plaza de Barcelona, 12 de Setiembre de 1847.—Véase el *Boletin Oficial del 13.*

montemolinistas como leales compañeros suyos, no titubeaban en deponer las armas y *presentarse* á las autoridades isabelinas, diciendo, como siempre, *que habian sido engañados*.

Ya verémos como alguno de estos cobardes fué, en la postrera etapa de la campaña, el enemigo más cruel de la causa de D. Cárlos Luis.

Sin embargo, Concha adelantaba bien poco.

Si se presentaban 100 soldados, 200 aparecian de nuevo: bien aquellos mísmos, arrastrados inconscientemente á la traicion por algun jefe indigno, volvian de nuevo al lado de sus amigos políticos; bien eran otros viejos guerrilleros de la lucha de los siete años, que acudian al llamamiento de sus antiguos compañeros de armas; bien reclutas nuevos, pero llenos de fé y energía, que huian de los pueblos al ver que se aproximaban las quintas, prefiriendo servir en las filas de aquellos que habian levantado la bandera carlista, con la cual se hallaban identificados.

Concha tenía á sus órdenes 52 batallones y 20 escuadrones: esto es, muy cerca de 40.000 soldados.

Y como tenía más fuerza militar que su antecesor, conservando el sistema de aquel, y robusteciéndole con mayor número de columnas, recorria el Principado sin hallar obstáculos, pero sin tropezar con las partidas montemolinistas, que evitaban con el mayor cuidado los encuentros, preparando únicamente sorpresas, que ejecutaban con una audacia y fortuna sin ejemplo.

Resultando: que el Gobierno se cansó de esperar el cumplimiento de la palabra que el Marqués del Duero habia empeñado de concluir con las partidas de *trabucaires* ántes de que empezase el año 1848.

Y véase porque apareció en la *Gaceta*, cuando ménos se esperaba, el siguiente decreto:

«En atencion á los méritos y circunstancias del Teniente general, D. Manuel Pavía, Marqués de Novaliches, vengo en nombrarle Capitan general en Cataluña. — Dado en Palacio á 3 de Noviembre, etc.»

Era Ministro de la Guerra, en el nuevo Gabinete que se habia formado, el Duque de Valencia, y uno de sus primeros actos fué la separacion del General Concha y el nombramiento *reparador*, — como decian los periódicos ministeriales, — del Marqués de Novaliches.

Y en poco estuvo que éste, — si hemos de creerlo, — no fuese prisionero de los montemolinistas.

« Se me previnó, — dice él mismo en sus *Memorias*, — sin que yo acertara la causa de tanta urgencia, que en horas saliera de la Corte, y derechamente me encaminara á tomar el mando.....

«Partí para Barcelona, atravesando el país en una silla de postas, no sin riesgo de mi persona, puesto que entre Igualada y el Bruch estuve á punto de caer en manos de los rebeldes..... Claramente crecia el riesgo si llegaban á saber los facciosos que iba á pasar por en medio de ellos el Capitan general de Cataluña, solo, sin defensa alguna; pero á eso me expuse voluntariamente, rogando al general Norzagaray, que mandaba el distrito de Aragon, que enviase á Barcelona un correo, desde Zaragoza, previniendo mi llegada; y fué fortuna que no lo interceptaran los rebeldes, como tantos otros, porque de interceptarlo no habria habido para mí salvacion (1).»

Por supuesto que de esta novelesca aventura y peligro inminente, — que nádie conoció sino el mismo Pavía, — dió parte á su grande amigo el Duque de Valencia, quien le contestó en estos términos (2):

(1) Pavía, *Memorias*, pags. 28 y 29.
(2) Pavía, *Memorias*, documento X, pág. 140.

«Excmo. Sr. D. Manuel Pavía.=Barcelona.=Madrid 14 de Noviembre de 1847.=Mi estimado amigo: Con mucho gusto he recibido su apreciable del 8, á la que no contesto de mi letra por las muchas ocupaciones que hoy me rodean, con motivo de la apertura de las Córtes, que se verificará mañana. Felicito á V. cordialmente por haberse librado de caer *en manos de los foragidos*; verdaderamente ha sido milagroso que V. evitara esa desgracia. Deseo á V. el mejor acierto en cuantas operaciones emprenda, para cuyo mejor éxito puede V. proponer al Gobierno todo lo que necesite y crea conveniente. Confio mucho en la habilidad y talento de V., así como en su enérgica actividad; de todos modos puede V. contar con mi inalterable amistad y afecto. Consérvese V. bueno, y disponga de su afectísimo amigo y servidor Q. B. S. M.= *D. de Valencia.*»

Lo que pasó, para fundamento de tan cacareado peligro, no se sabe: la verdad es que no consta en ninguna obra, de las muchas que hemos consultado, que el Marqués de Novaliches se encontrara en tan inminente riesgo de caer en poder de los *facciosos*,— segun él decia.

Pero sea de esto lo que quiera,— puesto que en resúmen es poco interesante,— llegó Pavía el 9 á Barcelona, é inmediatamente tomó posesion de su cargo.

Y al examinar el estado de las cosas, *poco lisonjero*,— segun dice en sus *Memorias*,—dirigió al Ministro de la Guerra una larga comunicacion, que no fué publicada en la *Gaceta*, y cuyo primer párrafo dice así:

«Al Excmo. Sr. Duque de Valencia, Presidente del Consejo de Ministros. = Barcelona 10 de Noviembre de 1847.=Segunda seccion.=Excmo. Sr.=Al encargarme ayer, con asistencia del general, segundo cabo, de lmando de este ejército y distrito que el Gobierno de

S. M. ha tenido á bien confiarme, mi digno antecesor me ha expresado que podian regularse *en* 1.400, *todo lo más* 1.600, los facciosos que hoy existen en el mismo distrito, organizados en partidas más ó ménos considerables, y con multitud de cabecillas. Pocos dias ántes de dejar yo el propio mando, en los primeros dias de Setiembre último, manifesté de oficio al Ministro de la Guerra *que serian* 900 *los que entónces existian.*»

Y después de continuar presentando, bajo un aspecto bien poco favorable á la causa isabelina, el estado del Principado, y enumerar detenidamente las causas que, en su concepto, existian para que las bandas de los facciosos no desaparecieran en breve, añadia:

«El citado dia 19, tomando orígen de ser los dias de la Reina, me propongo conceder, en su Real nombre, diez dias de indulto á los facciosos, y aun prorogarlos por otros cinco; pero si después de esto, de la concesion de los proyectos de obras públicas, de la mayor actividad que daré á las operaciones, de la colocacion que fijaré á las tropas con el conocimiento que tengo del país, después de todo, repito, *los pueblos no se deciden á cooperar* por cuantos medios se hallen á su alcance á la persecucion y exterminio de unos hombres *que son la hez de la sociedad, sin nacimientos, principios ni fé política, la mayor parte criminales*, y que sólo los intereses del partido pueden hacer aparecer bajo una bandera política... etc.»

En efecto: el indulto fué publicado en el citado dia, habiendo obtenido anteriormente la aprobacion del Gobierno.

Hé aquí este documento,—que conviene tener presente:

«Para solemnizar el fausto dia de la Reina nuestra Señora Doña Isabel II, secundando los impulsos de su Real clemencia, tan conformes con los deseos del Gobierno de V. M., y cuando con el disciplinado ejército que se halla

á mis órdenes y á la cooperacion de los honrados habitantes del país cuento con medios para concluir con las gavillas rebeldes que turban la paz en muchos pueblos de estas florecientes provincias, usando de las facultades extraordinarias de que me hallo revestido, ordeno lo siguiente:

Artículo 1.° Concedo indulto del delito de haber pertenecido á la faccion, á todos los indivíduos, sin excepcion de clases, que se hallen actualmente en las partidas rebeldes, si se presentan para obtenerlo en el término de quince dias, contados desde aquel en que se publique esta disposicion en el *Boletin oficial* de cada provincia.

Art. 2.° Las autoridades militares y civiles de los puntos en que dichos indivíduos se presentaren, les proveerán de un salvo-conducto interino, con el cual podrán pasar al pueblo de su naturaleza ú otro que elijan para su residencia, y darán cuenta circunstanciada de cada uno á los comandantes generales de las provincias, para que por su conducto pueda yo expedirles la cédula de indulto correspondiente.

Art. 3.° Los que después del término fijado continúen todavía rebeldes en dichas partidas, mostrándose indiferentes á la benevolencia de S. M., serán tratados con otro rigor, que expresaré en otro bando que me propongo publicar, pasados que sean los referidos quince dias.

Cuartel general de Manresa 19 de Noviembre de 1847. —*Manuel Pavía*.»

Hemos dicho que conviene tener presente este documento, porque verémos cuán pronto se trocaron en bandos sangrientos las clementes disposiciones con que, al parecer, intentaba inaugurar Pavía la segunda época de su mando.

Por lo demás, á los pocos dias de haberse promulgado

el anterior indulto, el Marqués de Novaliches, resuelto por entónces á adoptar por vía de prueba disposiciones contrarias á la de su antecesor, publicó tambien el siguiente *bando*:

«Artículo 1.° Se levanta el estado de bloqueo establecido por el bando del 29 de Setiembre último en la línea de la frontera de Cataluña con el vecino reino de Francia, quedando por lo tanto expedita la comunicacion de uno á otro punto con arreglo á las leyes.

Art. 2.° Los géneros y efectos de comercio serán admitidos en los términos que anteriormente se verificaba, conforme á los reglamentos y prevenciones del Gobierno de S. M.

Art. 3.° Queda sin efecto la disposicion contenida en el artículo tercero del citado bando; si bien los que viajaren estarán sujetos á las disposiciones generales vigentes sobre expedicion de pasaportes y sus refrendos.

Art. 4.° Las tropas de este distrito que se encuentren en la frontera, auxiliarán como está mandado á los carabineros de costas y fronteras para la persecucion del fraude, y á los dependientes del ramo de proteccion y seguridad pública, para los demás fines convenientes.

Cuartel general de Puigcerdá, 30 de Noviembre de 1847.—*Manuel Pavia*.»

En él, como se vé, se destruia una de las causas que, segun el mismo Capitan general, habia influido considerablemente para el aumento de las partidas carlistas.

Las operaciones militares, sin embargo, continuaban.

El país estaba ocupado militarmente, y apénas quedaba un palmo de terreno en la montaña de Cataluña que no fuese recorrido por la multitud de columnas volantes que estaban destinadas á la persecucion de los montemolinistas.

Mas presintió bien pronto el general Pavía que, á pesar del indulto, del levantamiento, del bloqueo, de la ocupacion militar y de todas las disposiciones tomadas, las partidas carlistas no se *desvanecian*,—como él se habia propuesto.

Excusado es decir que abandonó inmediatamente el sistema de clemencia, y volvió á usar de la severidad primera.

Pidió autorizacion al Gobierno para publicar dos crueles bandos, cuyos principales artículos insertamos á continuacion, y el Duque de Valencia, Ministro de la Guerra á la sazon, le contestó de la manera siguiente:

«Excmo. Sr.—He dado cuenta á la Reina (Q. D. G.) de cuanto manifiesta V. E. en la comunicacion fecha 3 del actual, desde Berga, como asímismo del contenido de los dos proyectos de *Bando*, que incluye y que juzga necesario se publiquen tan luego hayan trascurrido los términos que señaló á los rebeldes para que se presenten al indulto que les concedió con motivo del fausto dia de su nombre; y enterada S. M. de todo, y en vista de las razones en que los funda, se ha dignado aprobar los dos referidos proyectos de Bando, que mandará publicar el dia que cita. De Real órden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 7 de Diciembre de 1847.—*Narvaez*.—Sr. Capitan General de Cataluña.»

Y el general Pavía, autorizado ya por el Gobierno,—lo cual era lo mismo que poner á salvo la responsabilidad que pudiera exigírsele, revocó las medidas de clemencia que habia dictado en los primeros dias de la segunda época de su mando, y promulgó el siguiente edicto, de cuyo preámbulo (en el cual se habla de *gavillas*, de *facinerosos*, de *crímenes horrendos*, de *instintos de maldad*, etc.) harémos gracia á nuestros lectores.

«Artículo 1.° Todo rebelde que aprehendido se justi-

fique ser cabecilla, jefe ú oficial de los facciosos, los que hayan cometido alguna muerte, dado noticia ó efectuado robo sacrílego, incendiado ó formado parte de las partidas que ejecutan exacciones y arrebatan de sus casas á las justicias, propietarios y vecinos pacíficos, para exigirles contribuciones, serán condenados á muerte.

Art. 2.° Los que no estando comprendidos en el artículo anterior y procedentes de Francia, de presidio, de las cárceles ó desertores del ejército, sean aprehendidos con las armas en la mano, serán condenados á diez años de presidio, sin perjuicio de las sentencias que anteriormente tuviesen impuestas.

Art. 3.° Los que hallándose en el caso á que se refiere el artículo que antecede sean aprehendidos sin armas, serán condenados á seis años de presidio sobre las sentencias anteriores que se les hayan impuesto.

Art. 4.° Los indivíduos que sean aprehendidos con las armas en la mano y no estén comprendidos en las artículos 1.° y 2.° serán destinados á servir por diez años en el ejército de Ultramar.

Art. 5.° Los que se encuentren en el caso que expresa el anterior artículo, y se cojan sin armas, serán igualmente destinados al servicio militar en Ultramar, por el tármino de seis años.

Cuartel general de Olot, 18 de Diciembre de 1847.—*Pavía*.»

Y como si esto no fuese suficiente para dar á conocer, sin género de duda, que el general Marqués de Novaliches, olvidándose de sus actos de clemencia, habia adoptado nuevamente el sistema de rigor, añadió al bando cruel que antecede otro no más justificado, *con el objeto de estimular al país* (segun dice en sus *Memorias*), cuyos tres primeros artículos eran:

«Artículo 1.° Si se justificase que los facciosos reciben proteccion, de cualquier modo que sea, en casas de campo, ó que habiendo estado en alguna de ellas, sus habitantes no han dado parte oportunamente á la justicia, destacamento ó columna de tropas más inmediatas, será cerrada, y la familia que la ocupare obligada á trasladarse al pueblo más cercano en que haya guarnicion ó casa fuerte.

Art. 2.° Todo pueblo que á la aproximacion de los facciosos, en pequeño número, y aun en partidas que no excedan de veinte hombres dejase de tocar á somaten y de salir á perseguirlos en los términos prevenidos en el reglamento del mismo somaten, será multado, por primera vez, con la cantidad que determinen los Comandantes generales de provincia, segun la gravedad del caso, cuya suma se exigirá mancomunadamente de todos los indivíduos de ayuntamiento, incluso el secretario, y de la cuarta parte de los contribuyentes, sacados á suerte, y por segunda vez serán detenidos y trasladados á la capital de la provincia la tercera parte de los indivíduos de Ayuntamiento, tambien en suerte, para fijarles su ulterior destino.

Art. 3.° El Alcalde ó Ayuntamiento que facilite alguna cantidad á los latro-facciosos por cuenta de contribuciones ó en otro concepto, quedará sujeto á una multa de igual cantidad, por la primera vez, y por la segunda, el Alcalde, ó éste y el Ayuntamiento, incluso el secretario si hubiere intervenido en ceder á la exaccion, serán detenidos por mitad en suerte para pasar confinados al punto que se marque....»

Dedúcese, pues, de este último documento, que el general Pavía *estimulaba al país* imponiéndole severas é injustas penas.

Injustas, decimos, porque muchas veces (cási siempre, mejor dicho) los pueblos se veian en la precision de ceder á las intimaciones de las partidas de montemolinistas,— aun suponiendo que fueran hostiles á ellas; bien lo sabia, por otra parte, el general Pavía, cuando anteriormente habia anunciado al Gobierno que el país entero, no ya sólo los pueblos de la montaña, manifestaba sus simpatías por la causa carlista, y *se colocaba en actitud de resistencia al Gobierno*.

Y no paró aquí la cosa.

Organizó lo que se llamaba *somatenes*, en virtud de los cuales quedaban los pueblos semejantes á cuarteles de infantería desorganizada, con la precisa obligacion de lanzarse en busca y persecucion de las partidas carlistas, desde el mismo instante en que el vigía del campanario hiciese la señal de aproximarse aquellas.

Servicio por demás inusitado, molesto y muy poco oportuno.

Servicio que se comprende perfectamente cuando todos los naturales del país, animados del mismo sentimiento, se propusiesen por lo tanto fines idénticos.

En la persecucion de malhechores, cuyo exterminio interesa á todas las personas honradas; en una invasion extranjera, cuya persecucion incesante es objeto único que todos se proponen, desde luego se comprende los *somatenes*, y nosotros los aprobamos.

Son, por decirlo así, las guerrillas de la vecindad, y no causan beneficios ménos saludables que las guerrillas de las montañas.

Pero cuando los *somatenes* se quieren organizar y dirigir contra los mismos compatriotas honrados de aquellos que los forman, quizá contra vecinos del mismo pueblo, contra parientes acaso, — perdónenos el general Pavía,

mas se nos figura que los somatenes entónces dan resultados perfectamente nulos.

Y quizá dañosos para el que intenta aprovecharse de sus servicios.

Porque *obligados* los vecinos de un pueblo á tomar las armas, lo natural es que se marche con ellas á las filas de los que sustentan la bandera política que obtiene sus simpatías: esto es verdad, y, segun creemos, demostrada por la experiencia, bien á costa del mismo general Pavía, como hemos de ver.

Pero tanto éste, como el Gobierno de Madrid, tenian especial empeño en la pronta conclusion de la campaña de Cataluña, —la cual, dicho sea de paso, aún no habia empezado.

En efecto: el Duque de Valencia escribió al Marqués de Novaliches la curiosa carta que sigue:

«Madrid 19 de Diciembre de 1847. —Reservada. — Mi estimado general: Si ha leido V. las sesiones de Córtes, habrá V. visto como yo, esperanzado en los buenos deseos de V., he dicho que podria en todo lo que queda de mes presentarme á los Cuerpos Colegisladores para anunciarles la terminacion de la guerra civil en el Principado. Mi anuncio ha sido atrevido, y lo he hecho porque además de ser posible, hay modo de cumplir la palabra aunque sea necesario aventurar algo. Yo desearia, pues, que aunque queden para últimos de mes algunos restos de las partidas que existen en el país que V. dignamente manda, me envie V. una comunicacion diciéndome que puede decirse que la faccion está determinada, si bien quedan algunos rezagos insignificantes, que pronto se promete V. acabarlos. Bien puede V. verter una comunicacion así, para que yo pueda cumplir mi palabra. V. puede pintar bien todas las cosas, y saldrémos con lucimiento. No puedo extenderme

más, repitiéndome suyo afectísimo amigo, Q. B. S. M.—*Ramon María Narvaez.*»

Y vean nuestros lectores el fundamento que tienen, la mayor parte de las veces, las *declaraciones oportunas* de los Gobiernos.

Conveníale al general Narvaez, por motivos que no son del caso, pero que puede saber por *deduccion* cualquiera que se tome el trabajo de leer el *Diario de Sesiones* y los periódicos de la época, hacer creer á las Córtes y al país en la pacificacion de Cataluña.

Mas Cataluña no estaba aún en paz.

Qué importa? —Lo que anhelaba el general Narvaez era sólo *hacer creer que sí*.

La *Gaceta*, preparándose para esta *solucion convenida*, anunciaba:

«La columna de Santa Coloma de Queralt sostuvo una escaramuza con la partida que capitaneaba Griset de Cabra, en 23 de Diciembre, con escaso resultado por ámbas partes.

»Tambien las fuerzas carlistas de Torres fueron alcanzadas en las inmediaciones de Torá por unas compañías del Príncipe, que mandaba el comandante Villacampa, con pérdida de algunos heridos por ámbas partes (1).

Y así por el estilo eran las noticias que, referentes á los *trabucaires*, contenia la parte oficial de la *Gaceta* en dias anteriores y posteriores.

Como era de suponer, no tardó mucho tiempo el general Pavía en complacer al Duque de Valencia.

Desde el cuartel general de Llagostera, con fecha 6 de Enero (2), contestó así el Marqués de Novaliches:.

(1) *Gaceta de Madrid*, 1.° de Enero de 1848.

(2) El resúmen de esta comunicacion fué publicada en la *Gaceta* del 12 de Enero.

«Capitanía general de Cataluña.—Excmo. Sr.: Las facciones que há más de un año enarbolaron la bandera de la rebelion en las montañas de Cataluña, y que hace pocos meses llegaron á reunir 2.000 hombres, han dejado de existir...»

Y después de añadir que la pacificacion del país, objeto constante de los desvelos del Capitan general, habia sido alcanzada en virtud de los poderosos medios de accion puestos en práctica, y á la cual habian contribuido los hombres honrados de todos los partidos, las corporaciones, el clero, las autoridades, etc., etc., añadia:

«El Gobierno y la nacion sabrán apreciar en su justo valor la constancia y lealtad de este sufrido y disciplinado ejército, que en una campaña de 14 meses ha arrostrado todo género de penalidades y fatigas, que siempre ceñido al cumplimiento de sus deberes, ha derramado con entusiasmo su sangre, ávido de gloria y sin otro anhelo que llenarlos, y que en las operaciones de este invierno ha tenido que luchar de dia y de noche con las nieves y los rigores de la estacion en las difíciles y elevadas montañas que encierra este distrito.

»Algunos cabecillas, que abandonados de sus partidarios no han sido prisioneros, ni vuelto á Francia, ni prestado sumision, se han ocultado en las espesuras de los bosques, donde en su obcecacion les seguirá la justicia de la ley.

»Los pocos que cargados de delitos se creen en el caso de seguir su ejemplo, vendrian á ser el azote del país, ejerciendo sus antiguos hábitos de ladrones-trabucaires, como lo practicaban en los años 1841, 42 y 43; y hé aquí, Excmo. Sr., la necesidad de que para exterminarlos continue por algun tiempo este ejército ocupando el país, dando proteccion á sus habitantes, que contribuirá á purgarlo de tan ominosa plaga, y prestando fuerza á las autori-

dades y justicias de los pueblos cuyo prestigio y accion se encuentran un tanto debilitados por efecto de las mismas circunstancias por que han pasado...»

Oportuna fué por demás la fecha de la singular comunicacion que antecede.

Decimos que fué oportuna, porque nosotros, que nos hemos procurado documentos fidedignos para la mayor parte de nuestras afirmaciones, sabemos que en el siguiente dia al en que el general Pavia mandó á Madrid la satisfactoria comunicacion que dejamos copiada, recibió tambien la que sigue, con el carácter de *urgente*:

« Madrid 4 de Enero de 1848. — Excmo. Sr. D. Manuel Pavía.—Mi muy estimado general y amigo: Contesto á su carta del 26 del mes anterior, y celebrando mucho los buenos resultados que están tocando en Cataluña por las buenas disposiciones de V., quisiera no demorara V. el enviarme la comunicacion que le tengo pedida para leerla en las Córtes, donde sabe V. que estoy comprometido por la palabra que les dí. Ruego á V. que piense en esto, y me envie una comunicacion bien parlada al efecto. Queda de V. servidor y amigo Q. B. S. M.—*Ramon María Narvaez.*»

Pero en verdad que no sabemos que admirar más, si la premura que manifestaba el general Narvaez en que Pavía declarase que Cataluña estaba pacificada, ó la facilidad y buena fé envidiable con que el mismo Pavía creyó en la pacificacion.

»Cuando aún no habian trascurrido dos meses,—dice en sus *Memorias*, — desde mi llegada al Principado, pude anunciar al Gobierno que las facciones habian dejado de existir.»

Y luego añade:

«Recorrí muchos pueblos y caseríos, viendo por mí mis-

mo todas las cosas para acudir mejor á su remedio, hasta que á fines de mes (Enero), no siendo ya necesaria mi presencia en el campo, volví á la capital (1).»

Y que Pavía creyó verdaderamente en la pacificacion de Cataluña, lo prueba sobradamente, haciendo caso omiso de las anteriores líneas, el bando de indulto que publicó el mismo dia 6 de Enero, en el cuartel de Llagostera, — y cuyo bando no copiamos, en gracia á la brevedad, porque es un fiel traslado del que arriba hemos trascrito.

Una confesion preciosa hallamos en él: Pavía declara que indultaba del delito de haber pertenecido á las facciones, *único en justicia que debia perdonarse.*

Pero como el general Pavía y los tribunales de guerra consideraban como delitos comunes los hechos necesarios ejecutados por las partidas para su sostenimiento, resultaba el indulto perfectamente inútil.

Por supuesto que anunció á sus soldados (2) tan brillante resultado con una extensa alocucion, de la cual trasladamos estos párrafos:

«Soldados: Habeis correspondido á lo que la Reina y la pátria tenian derecho de exigiros: yo me complazco en anunciaros que la bandera de rebelion, alzada en este país por algunos malos españoles, ha desaparecido, y que el dilatado territorio de Cataluña queda ya pacificado: la ley impera en todas partes, y las autoridades son obedecidas.

»Con lealtad y disciplina, con vuestra constancia y bizarría, con un sufrimiento y resignacion admirables habeis podido hacer frente, en una campaña de más de un año, á todos los contratiempos de una guerra tan difícil como penosa.

(1) Pavía, *Memorias*, pág. 35.

(2) Orden general del 15 de Enero, en el cuartel general de Hostalrich.

»Si al tomar por segunda vez el mando de este ejército, os anuncié que tendriais que arrostrar nuevas penalidades y fatigas, aumentadas por los rigores de la estacion, en lo más crudo del invierno, tambien os afirmé que la victoria sería completa cuando los habitantes de este suelo, que son vuestros hermanos, llegaran á persuadirse de que su prosperidad sólo podria desarrollarse al abrigo de la paz garantida por un Gobierno tan fuerte como justo..»

Así estaban las cosas á mediados de Enero de 1848.

Novaliches quizás se figuraba buenamente que la paz se habia restablecido en Cataluña; al general Narvaez, aunque no lo creyese, — dado su carácter suspicaz, — le convino hacerlo creer; los Diputados y Senadores recibieron con júbilo la noticia, y el pueblo español no sabemos si llegó á creer tambien lo que el Gobierno anunciaba, fundado en la comunicacion halagüeña de Pavía.

No obstante, éste decia que *aún existian en la montaña algunos facinerosos, vendidos á la política*, pero que eran perseguidos incesantemente.

Y como para presentar alguna prueba de la existencia de estos facinerosos, dirigió al Ministro de la Guerra, desde el cuartel general de Granollers, la comunicacion que sigue, con fecha 18 de Enero:

«Capitanía general de Cataluña.—E. M. Seccion 2.ª—Excmo. Sr.—En 6 del actual tengo dicho á V. E., y mis disposiciones sucesivas lo justifican, que las facciones han desaparecido de estas provincias, pero que quedan aún varios grupos de gente perversa, trabucaires, asesinos, desertores y extranjeros depravados que, confundidos por el interes de su propia conservacion con algunos cabecillas sanguinarios y atroces se ocultan en lo más escabroso del país, de donde salen á cometer todo género de

maldades, para ver si pueden conseguir atemorizar á sus habitantes. Efectivamente, el dia 14, siete de estos criminales se atrevieron á bajar hasta Canet de Mar y desarmar á tres carabineros; el 10 otro grupo de tres ó cuatro asesinó cerca de Miras al desgraciado paisano conductor de un pliego que, con una navaja, dejaron clavado sobre su cadaver: el 19 una corta gavilla en lo más áspero del Pirineo y más allá de la Junquera, han sorprendido á un puesto de cuatro carabineros, á quienes dieron muerte: el 16, otros dispersos han asesinado á un soldado junto á Lérida. En opuesto sentido añádese á esto el espíritu turbulento é inquieto que el Gobierno de S. M. no debe ignorar domina en la juventud de ciertas poblaciones.....»

No continuamos copiando la comunicacion, que nada importante, añade.

De ella se desprende, que, aun admitiendo como ciertos los crímenes citados,—que no es poco admitir,—existian diferentes partidas en Cataluña á los pocos dias de proclamada la pacificacion.

Y lo que es más importante, que la juventud de ciertas poblaciones manifestaba su espíritu de oposicion al Gobierno, *espíritu turbulento é inquieto*.

Entónces debió pensar Pavía en que la mayor parte de los *presentados* á indulto no llevaban armas, y la experiencia le enseñaba, — dice en sus *Memorias* (1) —que, apelando solamente á la fuerza para hacer que las entregasen, los catalanes preferirian enterrarlas, ó arrojarlas á los pozos, ó inutilizarlas.

No estamos autorizados para creer que llegó á figurarse el Marqués de Novaliches que los catalanes podrian ocultarlas hasta ocasion más propicia.

---

(1) Pavía, *Memorias*, pág. 41.

Y se figuró que todas estas dificultades quedarian allanadas publicando las disposiciones siguientes:

«Artículo 1.º Por cada arma de fuego que se presente, bien sea fusil, carabina ó trabuco, á cualquiera de los señores Gobernadores de las plazas ó Comandantes de armas de los pueblos y destacamentos, se entregará por estos 40 reales vellon en el acto á la persona que lo verifique, ya sea hombre, mujer ó niño, sin que se le pregunte su nombre ni procedencia, y en retribucion del camino que ha tenido que hacer ó pérdida de trabajo que le haya ocasionado para presentarlas.

Art. 2.º Las armas de fuego recogidas por los Comandantes militares, segun lo que se previene en el artículo que antecede, serán remitidas al Gobernador de la plaza más inmediata, de las que se expresarán después por un estado que manifieste por clases el número de armas y un cargo de la cantidad que por ellas haya sido anticipada, á fin de que ingresen en los almacenes de artillería, con la intervencion correspondiente de sus empleados, recogiéndose de estos el oportuno recibo, en virtud de órden del Gobernador, para que acompañado del indicado cargo sea satisfecho por el Comisario de Guerra ó el que haga sus veces, el importe de 40 reales abonados por cada una al jefe ó Comandante militar que las hubiese remitido.»

Con esta disposicion, *señalando un precio por cada arma, porque era preciso no olvidar el carácter interesado de los catalanes*, —son palabras del mismo Pavía (1) — quizás creyó que las armas ocultas serian descubiertas por los mismos que las escondieron, y entregadas á las autoridades.

Mas bien poco tardó en convencerse de que ni Catalu-

---

(1) *Memorias*, pág. 41.

ña estaba pacificada, ni los carlistas catalanes tenian por entónces el propósito de vender los fusiles.

No debemos pasar por alto que los brigadieres carlistas, Sres. Mallorca y Griset de la Cabra, comandantes generales que habian sido en la guerra de los siete años de Gerona y Tarragona, fueron hechos prisioneros y fusilados inmediatamente.

Por lo demás, le esperaba una sorpresa al general Pavía.

En la noche del 21 de Febrero, cuando más confiado estaba el Gobierno en que las *gavillas* catalanas habian sido exterminadas,—ya que no lo estuviera tambien el mismo Marqués de Novaliches, —el brigadier carlista, Sr. Castell, que llevaba en calidad de segundo al llamado *Caletrus* (Miguel Vila), apareció en las cercanías de Igualada al frente de 200 hombres.

Es Igualada una de las principales poblaciones de segundo órden de Cataluña, bastante populosa, á la sazon fortificada y defendida por buen número de soldados del regimiento infantería de Soria y algunos ginetes, formando una columna de muy respetable fuerza.

Castell entró en Igualada sin resistencia.

Cuando los isabelinos adivinaron que habian sido víctimas de una sorpresa hábilmente combinada, en vano quisieron oponerse.

Cambiaron algunos tiros con los invasores, pero éstos se apoderaron de la plaza, que abandonaron los constitucionales, é hicieron prisioneros á los Sres. D. Raimundo Pastor, capitan de la columna, y á D. Francisco Malo, secretario del Gobierno civil de Barcelona.

Este triunfo, pequeño en sí, llegó á adquirir proporciones desmesuradas por los resultados que alcanzaron los carlistas.

Mas veamos ántes de qué manera refieren el hecho los documentos oficiales.

« Entre tanto, el cabecilla Miguel Vila, llamado *Caletrus*, vecino de Igualada, donde habia vivido en el oficio de tintorero, aprovechándose del conocimiento que tenía de las entradas y salidas de aquella villa, que está completamente abierta, y del descuido de los moradores, que no recelaban semejante ataque, logró entrar en ella durante la noche del 21 de Febrero en compañía del rebelde Castells, que mandaba un grupo ó cuadrilla de *trabucaires*. Dado al punto el alarma, salió á rechazarlos la columna de aquel distrito, mandada por el coronel Garrido; pero los *bandidos* huyeron con tal precipitacion, que no fué posible alcanzarlos, llevándose prisionero al capitan del regimiento de Soria, D. Raimundo Pastor, al secretario del Gobierno civil, D. Francisco Malo, y á otras dos ó tres personas que pudieron alcanzar en las pocas calles que recorrieron cuando se encaminaban ellas á sus puestos respectivos (1). »

De todos modos resulta, aun admitiendo el anterior relato, que la sorpresa fué completa, y que el capitan Pastor y el Sr. Malo, secretario del Gobierno civil de Barcelona, quedaron en poder de los montemolinistas.

El triunfo, segun se vé, era insignificante; mas el Gabinete de Madrid contribuyó, con su poco tino, á darle proporciones desmesuradas.

En efecto: las familias de estos dos señores, quizá suponiendo que los jefes carlistas les harian pagar las crueldades del Capitan general de Cataluña, asediaron al Ministro de la Guerra para que se pidiese un *canje*.

---

(1) No fué publicada en la *Gaceta*.—Consta únicamente este relato en las *Memorias* del General Pavía, pág. 43.

Palabra rara, por cierto, desde la entrada en Francia, en Julio de 1840, del Conde de Morella y su valiente ejército.

Y de tal manera fué asediado aquel, que expidió la siguiente Real órden:

«Ministerio de la Guerra.—Excmo. Sr.—La Reina (Q. D. G.) autoriza á V. E. para que por los medios que crea convenientes y decorosos facilite la libertad del capitan del regimiento infantería de Soria, D. Raimundo Pastor y la de D. Francisco Malo y García, secretario del Gobierno civil de Igualada, pudiendo, en último caso, proceder al canje con los presos que, á juicio de V. E., ó peticion de los interesados en este asunto, sean designados. S. M. al dictar esta medida, atendidas razones de humanidad y consideracion hácia dos servidores fieles, encárga á V. E. salve en todo lo posible el compromiso de que aparezca como un precedente en el que se puedan fundar peticiones en otros casos. El tino y buen tacto de V. E. responden al Gobierno del acierto de este negocio.—De Real órden, etc.—Madrid, 29 de Febrero de 1848.—*Figueras*. —Sr. Capitan general de Cataluña.»

En vano se quejó Pavía; en vano hizo présente al Gobierno que, con esta Real órden, obligado á tratar con los *trabucaires*, con los *foragidos*, con las *gavillas de perdidos*, etc., de potencia á potencia, se sentaba el precedente funesto para la causa de la Reina; precedente que no dejaria de invocarse por los rebeldes en ocasion oportuna.

Decimos que fué en vano, porque no tuvo más remedio el altivo procónsul del Principado que obedecer al terminante precepto del Gabinete de Madrid.

Hubo de tratar, por medio de las familias de los presos, —segun el dice—con el *rebelde* Castells, y quedó convenido el canje de los Sres. Pastor y Malo por los oficiales

carlistas, señores D. Ramon Rosal y D. José Camarasa, de los cuales el primero estaba condenado á servir en Ultramar por espacio de diez años, y el segundo se hallaba sufriendo una condena en el presidio correccional de Tarragona.

Hé aquí cómo refiere el acto del convenio el mismo general Pavía (1):

«Se hizo entender—dice—al cabecilla Castells, por medio de los interesados de dichos presos (de los señores Pastor y Malo) que si los ponia en libertad se procuraria que tanto él como algun otro de los que le acompañaban serian admitidos á los beneficios del convenio de Vergara; *pero lo despreciaron*, y la respuesta fué que si no se ponia luego en libertad á D. Ramon Rosal, ex-capitan de las filas carlistas, destinado por diez años al servicio de Ultramar, y á D. José Camarasa, de igual procedencia, que se cree en el presidio de Tarragona, serian fusilados los indicados Pastor y Malo.» (2)

Esta respuesta, escrita por el General Pavía, honra altamente al brigadier Castells.

Despreció LAS OFERTAS del Capitan general de Cataluña, y devolvió á las filas carlistas dos bravos oficiales.

Porque Pavía dispuso que «fuesen puestos en libertad *uno y otro de los latro-facciosos* solicitados—decia al Ministro de la Guerra, en 19 de Marzo (3)—*si bien con todo el disimulo* que V. E. puede figurarse.»

Este disimulo, sin embargo, no alcanza á la Historia.

(1) En comunicacion fechada en Barcelona, 19 de Marzo de 1848, y dirigida al Ministro de la Guerra.—No está impresa en la *Gaceta*.

(2) Comunicacion que existe en el archivo del Ministerio de la Guerra.—No fué publicada en la *Gaceta*.

(3) Comunicacion citada, palabras textuales.

Ella escribe, tarde ó temprano, los sucesos tal como ocurrieron,—porque es la verdad.

Ocupariamos muchas páginas de nuestra crónica, si pretendiésemos enumerar todos los hechos de armas, insignificantes por los resultados, pero muy notables por la decision que revelaban por parte de los montemolinistas, que acaecieron en Cataluña ántes de la aparicion del Conde de Morella.

Darémos, pues, breves noticias de los más importantes.

Ya las bandas carlistas, al comenzar la primavera de 1848, se habian aumentado considerablemente y estaban dirigidas por experimentados jefes de la anterior campaña.

El bravo Masgoret (D. José), cumplido caballero y militar valiente, penetró en Cataluña hácia los últimos dias de Marzo.

Hé aquí un párrafo de la proclama con que anunció su presencia en el campo del honor:

«Los nombres halagüeños de libertad, prosperidad, civilizacion, órden, felicidad, progreso é independencia nacional, han llegado con frecuencia á vuestros oidos: pero las realidades ¿dónde existen? ¿qué habeis visto?—Opresiones, decadencia, desmoralizacion, revoluciones sin principios fundamentales, desencadenamiento de pasiones, las leyes de la sacrosanta religion de nuestros padres desconocidas y ultrajadas, un desquiciamiento completo de todos los ramos de la administracion, y la nacion, por fin, arruinada, envilecida é infestada de un círculo de males, que se harian eternos si una mano salvadora no se opusiese á su curso.» (1)

(1) La proclama íntegra, que circuló con profusion, puede leerse en periódicos de la época.

Confesemos que este franco lenguaje, teniendo en cuenta la situacion de España, era el más á propósito para allegar partidarios á la buena causa.

No fué inútil, segun verémos.

Algunos dias ántes de la entrada de Masgoret, ocurrió la sorpresa de Bagá.

Era el 13 de Marzo.

Es Bagá una regular poblacion de Cataluña, fronteriza á Francia, en la cual habia fijado el Capitan general del Principado una fuerte columna de infantería, en observacion de los carlistas que intentasen penetrar en España.

A la sazon habia dos compañías de cazadores de Barbastro.

Reuniéronse en Osseja (Francia), pueblo que hemos ya nombrado al reseñar la entrada del Conde de Morella en la nacion vecina, despues de la accion de Berga, hasta doscientos carlistas, bien armados, decididos por la causa de su Rey, casi todos oficiales de la guerra de los siete años.

A ellos uniéronse várias partidas de las que recorrian las montañas.

Y por diferentes caminos, llegaron todos á Bagá en la noche del 18 de Marzo.

No les esperaban seguramente los cazadores de Barbastro, y la victoria fué completa.

La columna entera, despues de una breve pero enérgica resistencia, quedó prisionera de los carlistas, muriendo en el combate el comandante de los cazadores, D. Salvador García y 15 soldados, y quedando heridos 5 oficiales y 40 individuos de tropa.

Las pérdidas de los montemolinistas debieron ser insignificantes, puesto que ni siquiera las menciona el parte oficial de Pavía.

Copiemos este parte á fin de que se advierta la conformidad que existe entre las noticias isabelinas y las que proceden de los carlistas.

Conformidad tanto más notable—dicho sea de paso—cuanto que el General Pavía tenía por costumbre la exageracion más inusitada é injusta en la redaccion de esta clase de documentos.

Dice así:

«...A pesar de la persecucion de nuestras columnas y de los esfuerzos de las autoridades, era notorio que el horizonte de Cataluña, no bien descargado de la tormenta revolucionaria (1), ofrecia nuevas y grandes complicaciones. Claramente avisó de ellas el hecho acontecido en Bagá el día 13 de Marzo. Aquel pueblo, situado cerca de Francia, era centro de una columna compuesta de dos compañías de cazadores de Barbastro, al mando del segundo comandante del batallon, D. Salvador García; y puestos de acuerdo los carlistas de la parte de allá con los de la parte de acá de la frontera, resolvieron sorprenderlas y destruirlas para dar calor con el buen éxito al nuevo levantamiento que procuraban. Reuniéronse en Osséja, pueblo de Francia, hasta doscientos carlistas, entre los cuales se contaban muchos oficiales de los que habian hecho la guerra de los siete años. De allí salieron perfectamente armados y organizados, y entraron en España por el puerto de Dória, encaminándose á Bagá, que dista sólo unas siete leguas de la frontera, y entre tanto avanzaron hácia el mismo punto, por distintos caminos, algunas de las bandas de *trabucaires* que recorrian las montañas del Principado. Llegaron á Bagá unos y otros, acometie-

(1) Alude á la revolucion de Febrero de 1848, que conmovió profundamente á Cataluña.

ron á la columna y fácilmente la envolvieron, prevalidos de su mayor número; por manera que, aunque los nuestros pelearon bizarramente, hasta contar quince muertos y treinta heridos, incluso cinco oficiales y su valiente jefe, que tambien murió á las pocas horas, tuvo el resto que rendirse á los facciosos. Al dia siguiente fueron puestos en libertad todos los prisioneros en la frontera de Francia, y se presentaron en Puigcerdá, donde volvieron á incorporarse con su cuerpo.» (1)

Bien puede decirse que esta sorpresa, sorprendió á su vez á Pavía, al Gobierno y á España entera.

Desde luego puede afirmarse que el Capitan general de Cataluña no habia creido en la pacificacion tan anunciada; pero el Gobierno estaba persuadido de que sólo existian en las montañas algunos *facinerosos* encubiertos con el nombre de carlistas.

Y lo creia así, y creíalo tambien España entera, fundándose en las repetidas comunicaciones del General Pavía, que lo anunciaban.

Por eso, la sorpresa de Bagá, después de la de Igualada, alarmó al Capitan general, al Gobierno y al país.

Era el principio de la primavera, y no en vano empezó á temer el Gabinete de Madrid que la verdadera campaña de Cataluña aún no habia hecho más que iniciarse, de ninguna manera llegar á adquirir su perfecto é imponente desarrollo.

Este hecho de armas, destruyendo una columna de observacion en la frontera, y dejando ésta completamente franca, dió por resultado inmediato la organizacion y entrada en España de várias fuerzas carlistas que se ha-

(1) Pavía, *Memorias*, pág. 62 y 63.—El parte oficial, conforme con estas noticias, existe en el archivo del Ministerio de la Guerra.

llaban ocultas en los pequeños pueblos franceses del Pirineo.

«Desde aquel punto—dice el mismo Pavía—no cesaron de entrar *facciosos* de Francia, en tanto número, que á juzgar por las noticias que me comunicó un comisionado del Gobierno en Tolosa, *si llegaban á tres mil los rebeldes* en Cataluña, sólo 900 eran del país, habiendo venido por el otro lado de la frontera los restantes, con armas y caballos.» (1)

Así era la verdad.

Cataluña entera atestiguaba que sólo podia admitirse el *parte oficial* de la pacificacion, leido solemnemente en las Cortes por el General Narvaez, como una añagaza política, como un pobre recurso para obtener concesiones, más ó ménos justas, de los representantes del país.

En el Ampurdan, en el campo de Tarragona, en el término de la Segarra, en las mismas cercanías de Barcelona, pululaban las partidas carlistas, ya sosteniendo choques y pequeñas escaramuzas con las columnas volantes del ejército, ya dispersándose intantáneamente y despareciendo hoy, para volver á reunirse mañana.

Y no caminaban á ciegas por aquellas asperezas, no huian de las tropas isabelinas por mero capricho ó por evitar un choque desproporcionado: obraban así, bajo las órdenes de hábiles guerrilleros; obedecian á planes de prudencia y extremada cordura.

Aún no estaba hecha la organizacion de las fuerzas carlistas, y esta organizacion era la base que debia prepararse con solidez para la nueva campaña.

Por lo demás, estas partidas sostenian tambien choques venturosos.

---

(1) Pavía, *Memorias*, pág. 63.

Don Marcelino Confaus (*Marsal*), acaudillando apénas 200 infantes y 20 ginetes, tuvo noticia, en la noche del 16 de Abril, de que una columna isabelina caminaba hácia Gerona, escoltando un convoy no despreciable.

A la mañana siguiente, el intrépido jefe carlista, despreciando el ataque de la columna que se hallaba en la inmortal ciudad, situóse entre ésta y el convoy, acometió con denuedo á los conductores y escolta de aquel, envolvióles, y se apoderó de todo, bagajes, armas, víveres, municiones y dinero. (1)

Pero más importancia tuvo la accion de Rebentí, entre la columna del comandante isabelino Sr. Orio, y el bravo brigadier carlista Sr. Castells.

Dejemos hablar al General Pavía:

«Componíase aquella columna (la de Orio) de compañías de preferencia del regimiento del Príncipe, que era de los más aguerridos y esforzados del ejército y de los que más conocian el terreno donde operaban. Su comandante Orio, lleno de celo y ansioso de pelear, perseguia sin descanso al rebelde Castells, el cual huia delante despavorido, *porque eran, no sólo en calidad sino tambien en número, superiores á las suyas las tropas de la Reina*. Pero al llegar á las formidables posiciones que están cerca del puente de Rebentí, los rebeldes hicieron alto para tomar aliento, no juzgando que en ellas osaran los nuestros acometerlos; Orio que había derrotado en otras ocasiones á aquella misma gavilla, oyó ántes la voz de su valor que la voz de la prudencia, y con más entusiasmo que pericia se abalanzó á las posiciones con su columna, intentando echar de la cima á los rebeldes. Castells, que conoció la imprudencia de su contrario, supo aprovecharse de ella

(1) Pavía en sus *Memorias* no hace mencion de esta brillante sorpresa.

hábilmente, y no molestándole mucho en los primeros pasos, dejó que llegasen nuestros soldados como á la mitad de la altura, fatigados ya y perdida la formacion y el buen órden. Entónces cayó sobre ellos con gran vigor al frente de todas sus fuerzas, y excusado parece decir que no pudieron resistir el choque, ni era posible que en tal disposicion lo resistieran. Harto hicieron con retirarse á unas casas vecinas y allí recogerse y repararse, de manera que Castells, no pudo más romperlos ni dispersarlos; un solo oficial quedó prisionero con algunos soldados y fué porque á pesar de la retirada de la columna se obstinó en llegar á la cima, donde fué rodeado por todas las fuerzas contrarias y obligado á rendir las armas. Lo que prueba evidentemente cuán poco debe atribuirse este descalabro al sistema de guerra, es la prontitud con que acudió otra columna en auxilio de la de Orio, mandada aquella por el coronel Solano, con lo cual huyeron precipitadamente los facciosos. No dejaba sin embargo de ser sensible y más en aquella sazon semejante suceso, aunque debido solamente á la impremeditacion de un jefe, y para justificar el hecho y corregir la falta que en él hubo determiné que se residenciara su conducta en un consejo de guerra.»

Excusado es decir que la fama de esta victoria voló como el viento por toda Cataluña.

Y aunque sólo sirviese en aquellos dias para sostener el ardimiento de los montemolinistas y alentar á las gentes que les favorecian en el extenso Principado contra los bandos y disposiciones del Capitan general, confesemos que ni pudo ser más afortunada, ni tener más importancia, dadas las condiciones de las fuerzas que seguian á Castells, y las muy numerosas que, amen de las del comandante Orío, les perseguian por todas partes, sin darles tregua ni reposo.

El Ministro de la Guerra, General D. Francisco de Paula Figueras, escribia así al Marqués de Novaliches:

«Acabo de recibir la apreciable de V., del 18 del actual, y hé sentido el contratiempo de la columna que mandaba el comandante Orio. Por supuesto, apruebo que lo haya V. suspendido, puesto en un castillo y sumariado; porque además de que es justo, considero que esta medida producirá buenos resultados... (1)

Segun ven nuestros lectores, las cartas particulares de las dos autoridades, Capitan general de Cataluña y Ministro de la Guerra, confesaban de plano lo que oficialmente no aparecia en la *Gaceta*.

Conducta que siempre han seguido —dicho sea de paso— los Gobiernos representativos.

El dia siguiente, 13 de Junio, el mismo brigadier Castells sostuvo otro combate afortunado, en el punto denominado barranco de la Corrin, en el cual se halló nuestro antiguo conocido Forcadell con algunos jefes carlistas del Maestrazgo, que acudian á sostener la bandera de su rey.

Entre estos debemos citar el bravo coronel D. Salvador Pons y Castelló, soldado de Miralles y de Cabrera, uno de los valientes de Alcalá de Chisbert y Benicarló, de Morella y Tales, de Ornas, de Sigüenza y Barbadillo, que entró en Francia con el brigadier Balmaseda en los últimos dias de Junio de 1840, y volvia de nuevo al combate, más entusiasta que al principio (2).

---

(1) Pavía, *Memorias*, pág. 70 y 71.

(2) Escribiendo el presente capítulo, acabamos de saber el fallecimiento, ocurrido en Valencia, á 21 de Octubre de 1870, de este distinguido é incansable adalid de la causa carlista.

Hé aquí lo que leemos en *El Tradicional* del 23:

"En las postreras horas de su existencia, sólo pronunció sentidas frases de perdon para sus semejantes, manifestando á la vez

Plácenos tributar recuerdos á tan denodados defensores de la justa causa.

Y entre tanto, el Gobierno de Madrid, para desvirtuar el efecto de las dos afortunadas sorpresas de Bagá y de Rebentí, publicaba relaciones de sucesos antiguos, abultándolos de una manera increible sino se tuviera datos exactos.

Véase lo que decia por entónces, refiriéndose al mes de Abril:

«El Jefe político de Gerona ha dado parte á este Ministerio, con fecha 29 del próximo pasado, de que en la tarde del mismo dia ha sido completamente destruida la gavilla del rebelde Gibert, salvándose únicamente éste, herido de una estocada por el comandante de la columna que le atacó en el pueblo de Orriols, dejando en poder de nuestros valientes 43 prisioneros, entre estos tres titulados oficiales, cuatro heridos y tres muertos, *siendo además este brillante hecho de armas una nueva prueba del buen espíritu del país*, puesto que los somatenes de los pueblos inmediatos han tenido una gran parte en tan satisfactorio resultado. La pérdida de nuestras tropas ha consistido en un oficial y dos soldados heridos.»

Esto decia la *Gaceta*.

Y vamos á ver cuál era el buen *espíritu del país*, que, segun el Ministerio de la Guerra, cooperaba al logro de tan brillantes hechos de armas.

Prescindiendo de otros detalles que pudiéramos aducir,

---

su sentimiento por no haber conseguido presenciar el triunfo de la santa y justa causa...

"En la mañana del 21 recibió con edificante fervor los santos sacramentos de la Eucaristía y Extrema-Uncion, entregando su alma al Criardor á los 66 años de su edad."

¡Dios le haya recompensado en su santa gloria!

á título de documentos irrecusables, presentamos únicamente documentos *oficiales*, emanados de la misma autoridad militar del Principado.

Léanse algunos párrafos de una comunicacion que no publicó la *Gaceta de Madrid*, pero que existe íntegra en el archivo del Ministerio de la Guerra, y de la cual hay copia en las *Memorias* del General Pavía (1):

«Capitanía general de Cataluña. — E. M. — Seccion archivo. — Excmo. Sr.: He recibido la Real órden de 5 del actual, previniendo que desde luego se lleve á efecto en las cuatro provincias de este antiguo Principado el servicio de las quintas para el remplazo del ejército, aprontando sucesivamente los cupos correspondientes á los años porque se hallan en descubierto, aunque teniendo Su Magestad presentes las circunstancias especiales en que se encuentran las mismas provincias, que tanto las recomiendan á su maternal solicitud, ha tenido á bien mandar que se rebaje un 10 por 100 del cupo señalado á cada una, y que la sustitucion pueda llevarse á efecto por esta vez sola, sin que se hagan los depósitos determinados por las órdenes vigentes. Enterado de todo y en el deber que tengo de hacer presente al Gobierno cuanto mi lealtad me inspira, en su mejor servicio y en el de la Reina, no puedo ménos de manifestar á V. E. que soy el primero en reconocer que las provincias de Cataluña deben contribuir, como las demás del reino, al remplazo del ejército, y en tal grado lo reconozco, que suspendida en ellas la quinta á mi propuesta y con aprobacion de S. M., en el verano anterior, por las razones que expuse terminada que fué la campaña última de invierno con la desaparicion de las facciones, me apresuré, sin excitacion de ninguna especie,

(1) Pavía, *Memorias*, documentos.

á disponer por mí propio que se llevase á efecto á principios de Febrero de este año, señalando los dias en que debian recibirse los quintos en las cajas, cuyas órdenes están vigentes, si bien consideré la necesidad de volver á suspender la ejecucion por medio de comunicaciones semi-oficiales y reservadas á los Comandantes generales y Jefes políticos de las provincias, con motivo de los trastornos ocurridos en Francia á fines del propio mes, que tanta influencia debia ejercer, como en efecto han ejercido, en toda Europa, y especialmente en este país, de cuya disposicion tambien dí á V. E. conocimiento. La situacion de Cataluña no ha mejorado desgraciadamente desde entónces, pues las gavillas de *trabucaires*, á que quedaron reducidas las facciones, *se han acrecentado considerablemente con los carlistas emigrados en Francia*, de los cuales se le han unido *algunos centenares, armados y equipados* en su mayor parte; de modo, que segun mi cálculo, *no bajarán de* 1.400 los que actualmente divagan por el país, aunque subdivididos en partidas de mayor ó menor consideracion, reuniéndose, cuando les conviene, hasta trescientos, cuatrocientos y quinientos. Los pueblos, por ahora, no han tomado parte en favor de los que intentan derrocar el trono legítimo, porque desean la paz, *aunque sin salir de su apatía ó secreta indiferencia*; pero en el momento en que vean que se va á disponer de la juventud por medio de la quinta, es de temer una sublevacion general de los ánimos, uniéndose para un caso semejante las opiniones de todos los partidos, apoyadas por las mismas personas de mayor influencia, y de aquí el inminente peligro de que los jóvenes se unan á las facciones porque les ofrecen el aliciente de no salir de su país.....»

Y véase lo que el mismo General escribe en sus *Memorias*:

«Eran los primeros dias de Junio, y yo, repuesto apénas de mis dolencias, meditaba sin descanso en los medios de combatir el mal que amenazaba, y que de tan antemano habia previsto, porque ya en las comunicaciones que dirigí al Gobierno, despues de la huida de los cabecillas y término de la guerra, tenia claramente manifestado que con la llegada del buen tiempo no dejarian los carlistas de intentar nuevas empresas, y eso que no contaba todavía con los acontecimientos de Francia. Luego, durante los azarosos dias que habia de pasar por resultas de tales acontecimientos y de la disminucion del ejército, no cesé un punto de trabajar para que participara de mis temores el Gobierno: éste ó no pudo ó no quiso prestarme oido, y es lo cierto que léjos de enviarme los refuerzos que me tenia prometidos, disminuyó aún las tropas de mi mando, y no tuvo en cuenta, en ninguna de sus disposiciones, el género de riesgos que ofrecia Cataluña. Acaso el público, á quien yo no podia dar cuenta de mis actos ni de mis gestiones, y que no podia saber de qué parte estaba el descuido, me lo atribuia á mí, acusándome de falta de precaucion y sobra de confianza; mas ahora que ha llegado el caso, conviene que se sepa que más pequé de importuno que de poco celoso, que tanto preví como aconteció, y que ya que no podia alcanzar del Gobierno los auxilios que necesitaba, no escaseé los remedios que estaban en mi mano para contener la rebelion. Solicité con mucha instancia que se habilitasen las fortificaciones de Puigcerdá y otros puntos importantes como éste, á fin de que ni fueran insultados por los carlistas, ni dominados en caso alguno por los revolucionarios; reparé por mí propio algunos de los de Barcelona; puse á punto de defensa algunos de los almacenes de pólvora que hay extramuros de aquella plaza, y comencé y dí gran impulso á las obras pro-

yectadas en la torre y casa de campo, llamada de Estado ó del Marqués de la Mina, cuya ventajosa posicion domina aquel llano de Barcelona, de tal suerte que desde allí pueden cruzarse los fuegos con los de la plaza, Ciudadela y Monjuich, protegiendo además las poblaciones de Gracia, Sarriá, San Gervasio y otras cercanas. Con esto último pretendia á un mismo tiempo impedir que los carlistas, dado que llegasen á mayor número, pudieran presentarse, como otras veces habia sucedido, con notable desdoro de la autoridad y escándalo de la opinion, á las puertas de la capital, y precaver y contener las insurrecciones de aquel llano, que tanta parte han tenido siempre con las de Barcelona (1).»

Vése, pues, al descubierto que á pesar de todas las seguridades *oficiales* del General Pavía, no sólo abrigaba temores de que la campaña carlista adquiriese grandes proporciones desde los primeros dias de la primavera, *á la llegada del buen tiempo*, como él decia, sino que tomaba extraordinarias medidas á fin de hallarse convenientemente preparado.

No se enviaban refuerzos, aunque los pedia con urgencia repetidas veces, porque Navarra estaba ocupada militarmente, en las Provincias Vascongadas se desarrollaban numerosas fuerzas, y en el Maestrazgo se confiaban al General Villalonga más de 12.000 soldados para perseguir á una pequeña partida de oficiales carlistas que vagaba errante por las alturas de Cati y alrededores de Morella y Castellon.

Pero en cambio disponia el Marqués de Novaliches de más de 40 batallones, con los cuales, por lo visto, no tenía suficiente para hacer frente á las *exterminadas gavillas de trabucaires*.

---

(1) Pavía, *Memorias*, pág. 73.

Y la verdad era que la campaña aún no habia empezado.

Acercábase el momento, estaban preparados todos los elementos, esperábase únicamente la llegada del ilustre Conde de Morella, cuya actividad, cuyo valor, cuyo entusiasmo por la causa legitimista infundia tambien actividad, valor y entusiasmo en el ánimo de todos los que le rodeaban,—lo mismo en 1839 que en 1848.

Ese momento llegó.

Cabrera, el vencedor en Maella, el soldado de Carboneras y Uldecona, el génio de Morella, estaba ya en la frontera de Cataluña.

Llama á sus antiguos soldados, háblales con el lenguaje enérgico y sincero que siempre habia empleado en los campos de batalla, conjúrales á que se agrupen en torno de su General para proclamar y defender al vástago egregio del noble y virtuoso Cárlos V.

Y como hijos sumisos que acuden á la voz de su padre, llegan á las fronteras los antiguos combatientes del Maestrazgo, de Aragon y de Tortosa.

—¡Viva Cárlos VI!—resuena en aquellas ásperas montañas, que les ocultaban á la sagacidad de los sabuesos orleanistas.

Y miéntras tanto, el bravo Forcadell penetra en el territorio español, á la cabeza de escasas fuerzas, ejecuta aquella marcha admirable, nunca bastante ponderada, á través del Principado de Cataluña, sembrado de partidas isabelinas; pasa por las inmediaciones de Berga, atraviesa veloz, y sin intimidarse por la persecucion que sufre, los distritos de Solsona y Carmona, cruza por el confin de Tarragona, pasa el Ebro por las inmediaciones de Cherta, y entra, por fin, en las provincias de Aragon y Valencia, teatro de sus antiguas correrías, y que debia serlo ahora

de sus nuevos esfuerzos por el triunfo de la legitimidad dinástica.

No es para descrita en breves líneas esta audaz y afortunada marcha del General Forcadell.

Quizá algun dia nos ocupemos de escribir algunos apuntes biográficos de los principales caudillos carlistas de la guerra de los siete años y campaña de 1848, y entoncés podrán leerse los detalles preciosos que hemos coleccionado, no sólo acerca de este jefe, sino de otros muchos ilustres soldados, cuyo nómbre y hechos aparecia hoy cási olvidado por la historia, — quizá porque tuvieron la desgracia de huir de este mundo prematuramente ántes que viesen el triunfo en las ideas que con tanto teson y valentía habian defendido.

El Conde de Morella, rodeado de algunos jefes y seguido de sus leales guías y ordenanzas, entró en España el 23 de Junio de 1848.

Alea facta est — debió decir el valiente caudillo tortosino al pisar nuevamente el suelo de su pátria.

¡ Ay ! — Tambien ahora, como en 1839, la traicion y la villanía se albergaba en las mismas filas de los leales.

Tambien ahora, como entónces, fueron inútiles los sacrificios de los unos, la sangre generosa de los otros, la bravura indomable de todos.

CAPITULO X.

Rectificacion.—El Conde de Montemolin en Inglaterra —Cabrera.

Un error involuntario se ha deslizado en las páginas 358 y 361 del capítulo que antecede: error involuntario, repetimos, que nuestros lectores sabrán perdonarnos con esa fraternal benevolencia de que nos han dado tantas pruebas y tan señaladas en el curso de esta ya larga historia.

Sin que esto sea querer disculparnos, poco extraño debe parecerles que el historiador de los hechos extraordinarios que van referidos, y de los que aún falta referir, que no son pocos, haya incurrido en el error, de poca importancia para el caso, pero que exige rectificacion oportuna, de decir que los desgraciados carlistas fusilados en Mataró, en el dia 31 de Julio de 1847, fueron TRES, siendo así que fueron CINCO.

Y tampoco fué uno de ellos, segun hemos apuntado, el teniente D. Ricardo Castillo, puesto que este infeliz jóven, hijo del valeroso y distinguido coronel D. Baltasar Castillo, fué fusilado en el Maestrazgo de órden del Ge-

neral Villagonga en 1848, en union de otros desventurados compañeros.

Coincidió en esta ocasion la circunstancia especialísima, y quizá pocas veces señalada en los fastos de nuestras civiles luchas, de que tambien el jóven Castillo, lo mismo que el Sr. Herrero, fusilado en Mataró, fué conducido al lugar de la ejecucion en una camilla por hallarse gravemente herido.

La verdad es la siguiente, segun carta que tenemos á la vista de un testigo ocular de los sucesos, que habló repetidas veces con el comandante Herrero.

Indultados en 28 de Julio los tres presos carlistas de Mataró, se presentó en esta poblacion, el 31, un jefe de Estado Mayor del Capitan general de Cataluña, con órden terminante de éste para que se fusilara en el breve espacio de tres horas á los infelices indultados, y á otros dos más que en las cárceles de la misma villa se encontraban presos.

El jefe citado llevaba además órdenes de no volver á Barcelona hasta que la inícua sentencia estuviese cumplida.

Y así se ejecutó.

¡Quién sabe sino Dios—exclama el autor de la carta que nos ha obligado á rectificar en este suceso—si al cabo de veinte años aquella sangre inocente, clamando al cielo contra el cruel autor de la sentencia, deberia ser vengada en parte con la que derramó en Alcolea el mismo Marqués de Novaliches!

D. Manuel Herrero, de 35 años, comandante, herido de un balazo y conducido en camilla al lugar del suplicio; D. Angel Pairó, jóven de 17 años; D. Antonio Puig, de 20, y los señores Jaime Vila y Antonio Franco,—fueron los desgraciados que sufrieron la pena de muerte.

Los tres primeros, segun hemos dicho en el capítulo precedente, habian sido indultados el 28 del mismo mes, á ruego de la poblacion de Mataró y coincidiendo estos indultos con un acto de clemencia por parte de los montemolinistas, que hasta de los mismos periódicos liberales mereció grandes elogios.

Hecha esta rectificacion, y sin perjuicio de ocuparnos más tarde del ya nombrado Sr. Castillo, reanudemos el hilo de nuestra historia.

Á principio de 1846 escribia el insigne Balmes en *El Pensamiento de la Nacion*:

«Las noticias publicadas por los periódicos y las que circulan entre las personas mejor informadas, están contestes en que el Conde de Montemolin es un príncipe conocedor del siglo en que vive, y que busca con un afan poco comun en personas de su elevado rango, los medios que pueden darle á conocer la verdadera situacion de España y la política que convendria seguir para combinar los elementos de un gobierno verdaderamente conservador, con el espíritu de reformas que caracterizan á nuestro siglo.

»Creerian algunos quizá que el Conde de Montemolin consumiria sus dias en estériles lamentos por la suerte que ha cabido á las instituciones antiguas y á la causa de su familia; pero segun todas las noticias, el augusto príncipe, como todos los hombres previsores, no se acuerda de lo pasado sino en cuanto tiene relacion con el porvenir.

»Soportando el infortunio con aquella dignidad y fortaleza que tan bien sienta en un vástago de régia sangre, se ocupa incesantemente de las reformas que se han introducido y se están introduciendo en España, leyendo cuanto se escribe así en obras como en periódicos, inclusos los que más hostiles se han manifestado al proyecto de un enlace con la Reina.

»Este príncipe ha tenido la mejor educacion, que es la del infortunio.

»Excelente, muy excelente ha de ser la índole que no se resienta algun tanto de la lisonja de los régios alcázares; pero habria de ser muy mala la que no se enderezase y mejorase mucho, con una no interrumpida série de desgracias.

»El Conde de Montemolin, desterrado de su pátria desde muy tierna edad, no volvió á pisar el suelo de España sino para asistir á las provincias del Norte al triste desenlace preparado á la causa de su augusto padre por el General Maroto (1): posteriormente ha vivido en el destierro y en la prision, hasta falto de medios para sostener el lustre de su categoría, honrosa circunstancia para él y para toda su familia:—así acontece siempre á los príncipes que obedeciendo á los sentimientos elevados, no se cuidan de amontonar intereses con la prevision de la desgracia.

»Un príncipe que respira por espacio de muchos años el aire de la civilizacion europea en los países más adelantados; que se dedica constantemente á la lectura de toda clase de escritos, aun los más contrarios á sus opiniones y sentimientos; que vive en una modesta habitacion con la sencillez de un simple particular, medianamente acomodado; que ve en torno de sí una terrible leccion sobre el abatimiento á que pueden ser conducidas por el huracan de las revoluciones las familias más poderosas é ilustres; que no oye palabras de lisonja y que vive más bien entre amigos

(1) Y por otros tambien.—El insigne Balmes, lleno siempre de espíritu evangélico, no daba á Maroto el título que le correspondia ni se acordaba para nada de las demás personas que intervinieron en el execrable hecho de Vergara: la historia, sin embargo, lo apunta en sus fastos eternos.

fieles que entre bajos cortesanos; que por toda pompa recibe los convites de las asociaciones establecidas en el país, con objeto de utilidad pública; que en vez de diversiones frívolas para desvanecer y disipar, acude con incansable afan y asiduidad á los ejercicios militares de las tropas del departamento (1)...; este príncipe no puede ménos de haber concebido ideas más elevadas, sentimientos mucho más varoniles que si hubiese vivido en el tibio ambiente de los salones cortesanos.

»Este príncipe, en fin, no puede ménos de ser conocedor del espíritu de la época y que debe estar muy léjos de aquella infatuacion á que están expuestos los personajes de su clase, y que tan caro les cuesta á ellos y á las naciones que les están encomendadas (2).»

Ya hemos hecho ántes de ahora, en uno de los capítulos precedentes, el retrato físico del príncipe D. Cárlos Luis, y tambien hemos apuntado algunos datos relativos á la esmerada educacion que recibiera en la corte de Madrid.

Las páginas anteriores vienen á ser, por decirlo así, el retrato político del jóven hijo de D. Cárlos María Isidro, retrato que trazó de mano maestra el ilustre director de *El Pensamiento de la Nacion*.

Y no se crea, como algunos creyeron en aquellos dias, que el representante de la legitimidad dinástica y de la monarquía tradicional española, al hablar de reformas que reclamaba el espíritu del siglo, aceptaba los principios de esa corrompida escuela doctrinaria que era entónces la dominante en la Europa meridional.

---

(1) Aquí se habla de las tropas francesas.—Balmes escribia este artículo, cuando el príncipe no se habia fugado de Bourges.

(2) *El Pensamiento de la Nacion*, periódico político-religioso, rigido por D. Jaime Balmes.

Esto sería hacer una injuria al sano criterio, que reconocian amigos y adversarios, de D. Cárlos Luis.

El príncipe aceptaba *lo bueno* del presente y rechazaba *lo malo* del pasado.

La experiencia que se funda en el estudio imparcial y severo de la historia, debe ser la gran directora de la política de los reyes y de los pueblos.

Ni más ni ménos que hoy, el noble descendiente de Cárlos V no transigia con la introduccion en su credo político de los dogmas, desacreditados y nocivos para la paz y ventura de las naciones monárquicas, del liberalismo moderno.

Balmes, hombre conciliador y generoso, animado por el patriotismo más sincero, y firmemente convencido de que la dicha de España estribaba en la union de los dos primos, Isabel y Cárlos Luis, en el tálamo y trono de los Reyes Católicos, hablaba así por cuenta propia, arrebatado quizá por la ilusion (él, tan severo lógico, tan profundo conocedor del corazon humano) de ver reunidos en una sola aspiracion, en una sola idea, la de hacer la felicidad de la pátria, á los hombres *menos liberales* que rodeaban y sostenian (siquiera fuese minándole lentamente) el sólio de Doña Isabel II, y los antiguos defensores de Don Cárlos.

Ilusion, decimos, que el gran Balmes se forjó, quizás no muy convencido de su belleza y ménos aún de que podría realizarse; porque á él no debia ocultársele que aquellos hombres *menos liberales*, los *moderados*, rechazaban de su lado á todos los que pudieran ser un obstáculo para satisfacer sus particulares miras.

Ellos manejaron el asunto de las bodas, y tal maña se dieron, que todos, ménos ellos mismos, quedaron con la solucion descontentos: los reyes y los príncipes desterra-

dos, los partidos liberales y los carlistas, la Nacion entera, en fin.

Dios dirige los destinos de los pueblos!

Faltóle al trono el apoyo de la gran mayoría del país, y no tardó mucho tiempo en ser juguete de las ambiciones de unos y de las intrigas de otros: *verdaderos obstáculos tradicionales* que se oponen á la felicidad de España desde hace medio siglo, y que dieron por último resultado, después de tantos años de convulsiones intestinas, de vergonzosos alzamientos, de tiros y barricadas en las principales ciudades españolas, la insurreccion de la Armada en Setiembre de 1868, la pseudo batalla de Alcolea y la caida de Doña Isabel II.

Desgraciada señora,—seamos justos,—rodeada siempre de viles aduladores que la ocultaban las desgracias de la pátria, que dirigian su ánimo caprichosamente, que la hicieron rodar, de precipicio en precipicio, hasta ser aplastada por el carro de una revolucion triunfante.

Pero volvamos á nuestro asunto.

«No seguirémos al Conde de Montemolin—dice un escritor distinguido—en todos los pasos durante su permanencia en Lóndres, ni ménos me sería posible relatar minuciosamente los convites que se le ofrecian, las ovaciones que recibia, las distinciones de que era objeto.»

Es verdad.

El, con su noble y generoso carácter,—continúa el autor aludido—con sus finos modales, con la elegancia de su decir, habia cautivado las simpatías del público de Lóndres, inspirándole verdadero entusiasmo.

Veian los Ingleses la asiduidad con que el príncipe se dedicaba al estudio de las costumbres del pueblo inglés; veian que no perdia ocasion de aprovecharse de los medios de instruccion que le ofrecia aquel pais; veian en fin el ex-

quisito y no vulgar tacto con que elogiaba las admirables instituciones y leyes de la Inglaterra, sin que se le escapase una sola palabra que hiciera traicion á sus principios monárquicos tradicionales, ni una sola frase que desmintiera las declaraciones contenidas en sus manifiestos.

Visitó los establecimientos públicos de Lóndres, la célebre Universidad de Oxford, el famoso *Merton-College*; dedicó muchas horas al estudio de la magnífica maestranza de Woolwich, y del Arsenal grandioso de Portshmouth; asistió á los *meetings* más notables, á las sesiones de las Cámaras, á las reuniones más distinguidas de la poderosa aristocracia inglesa—y en todas partes, lo mismo en los establecimientos nacionales que en los palacios de los lores, al príncipe D. Cárlos Luis se le tributaban sinceramente los altos honores que sólo son debidos á los miembros de familias reinantes.

El, el proscripto, el fugado de Bourges, se habia conquistado las simpatías del Gobierno inglés y del pueblo, hasta el punto de inspirar sérios cuidados á la familia real de España y al Gobierno.

Dos hechos principales y muy significativos vamos á apuntar en estas páginas, en prueba de lo que afirmamos en los anteriores párrafos.

Del primero nos da cuenta el periódico legitimista frances *La Mode*, cuyo director y propietario continuaba siendo aquel ilustre Vizconde de Walls que tantos servicios prestara á los emigrados del ejército del Conde de Morella, en Julio de 1840.

«El 23 de Abril—dice—se celebró en *Drury-Lane* el banquete anual á beneficio de las viudas y huérfanos pobres de artistas, el cual fué presidido por S. A. R. el Feld-Mariscal Duque de Crambridge, tio de S. M. la Reina d Inglaterra.

El Conde de Montemolin, á quien se habia ofrecido la vicepresidencia, asistió al festin acompañado del Marqués de Villafranca, Duque de Medina Sidonia y del coronel Merry.

Antes de entrar en el salon del convite, S. A. R. el Duque de Cambridge conversó largamente y de la manera más cordial con el Conde de Montemolin, y cuando S. A. R. brindó por el ilustre convidado que estaba sentado á su derecha, toda la concurrencia se puso en pié espontáneamente. El discurso con que el Príncipe correspondió á este bríndis, fué escuchado con silencio religioso y seguido de entusiasmados aplausos.

La Asamblea se componia de 200 convidados y más de 400 espectadores, entre los cuales se veia lo más distinguido de la alta sociédad de Lóndres; la galería y las tribunas estaban llenas de señoras de gran tono y de personajes políticos.

Durante la comida hubo vários intermedios de música y de canto, y á cada bríndis acompañó un himno nacional: al de la Reina, el *Good save the Queen*; al de la marina y el ejército, el *Rute Britania*, y al del Conde de Montemolin el himno de Navarra cantado por los coros....

El público observó con interes la cordialidad con que se trataban el Presidente y el ilustre convidado, cuyas cualidades y distincion eran el objeto de todas las conversaciones: en efecto, hablaron de Shakspeare con motivo de una institucion fundada por el célebre Garrick: fué una atencion apreciada por todos justamente.

Cada uno cumplimentó al Conde de Montemolin y el Real Presidente expresó su reconocimiento apretándole várias veces la mano, lo que fué como señal para que aplaudiese la Asamblea.

Luego que salió el Conde de Cambridge, todos los con-

vidados rodearon al Conde, apresurándose á atestiguarle su respetuosa simpatía.»

El otro hecho á que aludimos, no es ménos honroso para D. Cárlos Luis.

Visitó este jóven é inteligente Príncipe las provincias manufactureras del Norte, y examinó escrupulosamente los grandes talleres de Birminghan y Manchester.

Las recepciones que se le hacian en todas partes dignas eran de príncipes reinantes; pero á los aparatos oficiales remplazaba en breve la cordialidad y la simpatía, cuando los altos personajes ingleses llegaban á apreciar debidamente el afable trato, las bellas cualidades que adornaban al hijo de Cárlos V.

La ciudad de Liverpool le invitó, le rogó que le dispensase el honor de una visita, y Cárlos Luis aceptó gustoso la invitacion de aquella noble y rica ciudad.

The Morning-Post de aquellos dias nos da muchos detalles referentes á este asunto; pero nosotros nos limitarémos, para no pecar de difusos, á copiar los extractos de dos principales discursos pronunciados en un banquete suntuoso que el Lord Corregidor de Liverpool dió en honor del augusto desterrado.

Don Cárlos Luis habló de esta manera:

«Señor Corregidor, señoras y caballeros:

Penetrado del más profundo reconocimiento me levanto en la presente ocasion á daros gracias, en primer lugar á V. S., Sr. Corregidor, por la extrema bondad con que ha tenido á bien proponer un bríndis á mi salud, y despues á toda la distinguida reunion de caballeros y señoras que se hallan presentes, por la finura y afectuoso modo con que me han recibido.

Creo excusado asegurar á todos los que me escuchan que experimento un gran placer cuando una ocasion como la

presente me proporciona el gusto de disfrutar de la hospitalidad y elegante trato que tanto distingue á los naturales de la Gran Bretaña.

Todo ha venido á confirmarme en la idea de que en nada debe ocuparse un Gobierno con más esmero, que en proteger al comercio, facilitándole todos los medios que den seguridad á su tráfico; medios sin los cuales, á pesar de la gran industria y bien conocida intrepidez del pueblo inglés, Liverpool nunca hubiera podido, en mi concepto, llegar á ser lo que con tanta satisfaccion mia he visto hoy mismo que realmente es....»

El Príncipe concluyó brindando por Inglaterra, por Liverpool, por la prosperidad del comercio y la industria de aquel pueblo emprendedor, y fué estrepitosamente aplaudido.

El Lord Corregidor le contestó de esta manera:

«Muy ilustre Príncipe, Milores y señores: las expresiones que S. A. R. ha tenido á bien dirigirme benigna y generosamente en el bríndis que me ha dispensado el honor de proponer y la grata acogida que han tenido sus palabras, me son tanto más apreciables, cuanto mejor ocasion me proporcionan de demostraros mi sincero y profundo agradecimiento (*Muy bien!*) Admirador apasionado como soy de las artes y de las ciencias, no puedo dejar de simpatizar con una asociacion que tan dignamente la cultiva y con tanta nobleza y generosidad las protege. Ella demuestra palpablemente los afectos de la admirable combinacion de vuestras leyes sociales y políticas, cuyo espíritu han seguido y desenvuelto de un modo asombroso los autores célebres en la literatura inglesa, que contribuyeron como el inmortal Shakspeare á la gloria, á la grandeza y á la prosperidad que en ella todas las naciones reconocen. Tal es el concepto que me han hecho formar las obras de estos

ilustres escritores que desde mi niñez he leido siempre con placer. (*Aplausos*). Espero pues, ilustre Príncipe, Milores y señores, que permitireis á un proscripto que se ha asociado en este dia con todos vosotros para una obra buena, tributar homenaje á vuestras instituciones filantrópicas, dignas de imitacion en todos los países, y reiterar la manifestacion de su más vivo reconocimiento á vuestras simpatías por él, de las cuales ha recibido tan claros testimonios.» (*Nuevos aplausos.*)

Nuestros lectores deducirán de los documentos arriba publicados, que el Conde de Montemolin estaba siendo objeto, en la Inglaterra toda, donde quiera que se dirigia, de las mayores demostraciones de simpatía.

Y sin embargo, sabíase que la guerra civil iba á ser inmediatamente provocada en la Península Española.

En efecto: preparados todos los sucesos, hechos todos los aprestos, los principales caudillos de la causa carlista se habian dado cita para promover el general levantamiento.

Levantamiento—dicho sea de paso, puesto que no nos incumbe detallarlo en esta obra—que no se efectuó como se esperaba, como tenian derecho á esperar sus iniciadores, merced acaso, como de costumbre, á viles delaciones y misteriosas y repugnantes intrigas.

El Conde de Morella respondió noblemente á la invitacion de su jóven monarca.

Quizá, como ya sabemos, no habia aprobado la abdicacion del noble anciano de Bourges en su hijo promogénito, quizás habria preferido enarbolar de nuevo la enseña de Cárlos V, aquella gloriosa enseña bajo cuyos pliegues alcanzó tanto lauros en la guerra de los siete años, y por la cual tan pródigamente vertió su sangre en los campos de batalla...—pero desde el momento en que el ilustre des-

terrado de Bourges habia abdicado en su hijo, el Conde de Morella, leal y caballero, se felicitó de poder ofrecer sus homenajes y su espada al jóven príncipe.

Por eso, desde el dia en que se publicó el matrimonio de Doña Isabel II con su primo D. Francisco de Asís, si la guerra carlista aparecia como inminente, se tenia la seguridad completa de que el bravo caudillo de Morella acudiria á sostener con las armas lo que habia jurado.

Ese dia llegó bien pronto.

Preparado convenientemente el terreno en Cataluña, avisados los parciales, invitados los antiguos jefes, próximos á las fronteras de España y Francia innumerables soldados carlistas de las antiguas filas, esperábase el instante de dar principio al levantamiento proyectado.

Veamos ahora en qué situacion se hallaba el Principado de Cataluña, segun las observaciones de la primera autoridad militar de la provincia.

No se habrán olvidado nuestro lectores de las páginas que anteceden.

En ellas hemos visto que las *gavillas* de *trabucaires* habian desaparecido—al decir del General Pavía—á principios de 1848; quedando únicamente en lo más recóndito de las montañas algunos *bandidos* y *facinerosos* sin bandera política, que no tenian otro objeto que cometer tropelías en los pueblos, y hemos visto tambien que se abrigaba el presentimiento de que la guerra habia de recrudecerse en los primeros meses de la próxima primavera.

Verdad es que aquello era una ficcion *espontánea* del Marques de Novaliches, segun los deseos de su preclaro amigo el General D. Ramon María Narvaez, á la sazon Ministro de la Guerra, que se habia comprometido en las Córtes á demostrar cumplidamente que las facciones esta-

rian *exterminadas*—¡siempre esta palabra!—en los primeros dias de Enero de 1848.

Y verdad es tambien, por más que nos duela contradecir á dos Excmos. Sres. Generales, que las *gavillas* exterminadas continuaban gozando de buena salud en los puntos que se les habia señalado de antemano, esquivando encuentros con las columnas isabelinas siempre que lo considerasen oportuno, ó sorprendiéndolas afortunadamente, y con una osadía que rayaba en lo imposible, cuando la ocasion se les presentaba propicia.

Testigos sean las sorpresas de Bagá é Igualada, la derrota de Orio y otras luchas ménos notables que, en gracia de la brevedad, hemos omitido.

Pero como sucede siempre, la verdad no puede ocultarse; mientras el General Pavía aseguraba al General Narvaez que las facciones habian dejado de existir, y éste leia en el Congreso y en el Senado la graciosa comunicacion de aquel, el mismo Marqués de Novaliches consignaba en sus *Memorias*, á principio de Mayo de aquel año:

«Las gavillas derramadas por acá y por allá en todo el territorio del Principado, eran nada ménos que 57, segun los documentos y datos más autorizados.

De ellas habia que llegaban á 150 ó 200 hombres, pero la mayor parte no subian á 100, y muchas no contaban con 20 siquiera. Las principales eran las de Castells, Marsal, Boquica, Borges, los Tristanys, Pozas, Guerso de la Raterá, Vilella, Saragatal, Salamich, Sabater, Estartús, Caletrús, Vani-machó y Bahardá y otros, todos ellos prácticos en el terreno, andadores y acostumbrados á la vida trabajosa y arriesgada que traen.»

Es decir, que el General Pavía reconoció de hecho que no sólo las facciones no habian dejado de existir, sino que en el Principado de Cataluña existian 57 partidas, más ó

ménos numerosas, que tenian alzado el estandarte de Cárlos VI, pero mandadas por los principales caudillos de la antigua lucha.

Verdad es, que ya habia llegado la primavera, y áun el estío, confirmándose la prediccion que habia hecho el Capitan general en época anterior, y la cual, si no tuvo fuerza bastante para que los carlistas desistiesen de su propósito, y dejasen para más adelante la realizacion de sus planes, al verse descubiertos por las presunciones de Pavía, preciso es confesar que por lo ménos tuvo el privilegio de excitar la bílis del General Narvaez, que no creia en las predicciones de su amigo y compañero.

Preparados los montemolinistas catalanes, animados por el buen éxito de las primeras operaciones, confiando en que muy en breve se hallaria entre ellos el ilustre Conde de Morella y aun el mismo esclarecido Príncipe por quien luchaban, justo es decir que no hacian maldito el caso de las predicciones del Marqués de Novaliches, sino que, como suele decirse, proseguian su camino.

Hácia mediados de Junio se recibió en las partidas errantes del Principado la órden de acercarse á la frontera francesa, concentrándose en masas un tanto fuertes y homogéneas.

Los jefes adivinaron el objeto.

En la tarde del 23 de Junio, cuando el sol se ocultaba tras las altas cumbres del Pirineo, el Conde de Morella traspasó la frontera y apareció en medio de los batallones carlistas.

Dejemos hablar á Novaliches, y despues hablarémos nosotros.

»Cabrera ántes de entrar, dispuso sus primeros planes. De todos los departamentos habian acudido á unírsele los carlistas catalanes, aragoneses y valencianos que andaban

derramados aún por el territorio francés. Con ellos formó el caudillo rebelde dos columnas, la una compuesta de gente de Aragon y Valencia en número de unos 200, cuyo mando dió á Forcadell; estaba destinada á mover la insurreccion en aquellas provincias; la otra de catalanes que debian juntarse con él á las gavillas del Principado. Al propio tiempo dió aviso á los cabecillas de éstas del dia y lugar en que debian reunírsele para comenzar la campaña. Hecho lo cual pasó en la noche del 23 de Junio la frontera por la parte de Osseja....

Tan rápida fué su marcha—continúa el Sr. Marqués de Novaliches—que el dia 26 se encontraba ya cerca de San Feliú de Pinó, siete horas distante de Barcelona, y en el mismo dia logró reunirse con las diversas gavillas de lo interior de Cataluña que habia convocado, y que contaban con unos novecientos ó mil hombres de fuerza. El intento de Cabrera, aproximándose tanto y con tal número de gentes á Barcelona, era dar una muestra de su prestigio y poderío, hacer alarde de la autoridad que traia de General en jefe de las facciones de Cataluña, Aragon y Valencia, y promover la alarma dentro de la misma capital y aun si era preciso una revolucion ó conflicto.»

Efectivamente: el Conde de Morella inauguró su campaña en Cataluña con uno de esos actos admirables que tantos lauros le valieron en la guerra de los siete años.

Aquella marcha á través de un país ocupado militarmente por el enemigo y de la cual logró esquivar los encuentros, allegar partidarios, imponerse á sus soldados y aparecer de repente, como quien dice, en las puertas de Barcelona, aumentó en gran manera el prestigio del bravo caudillo, é inspiró confianza y ánimo hasta en los más apocados.

Pero continúa el Marqués de Novaliches:

«Así que supe la reunion de las facciones comprendí el doble objeto de Cabrera, y para estorbárselo más y más ó completar su derrota, mandé salir hácia los lugares por donde se presentaba al General Boiguez que acabada de ser destinado á mis órdenes, como Gobernador de Barcelona, con una columna compuesta de várias compañías de infantería y alguna caballería y mozos de escuadra. Mas siendo la guarnicion de Barcelona tan escasa, como queda dicho repetidamente, que apénas podia cubrir el servicio diario, no quise que los habitantes de la capital notaran la salida de aquellas fuerzas, porque no se envalentonasen los revoltosos ó se alarmasen las personas pacíficas, y mandé que la salida fuera secreta en la noche del 27 y por la puerta de Socorro de la Ciudadela. Marcharon las tres columnas contra Cabrera á fin de obrar á la ofensiva, y aun sorprender si era posible á quien traia intento de sorprender á alguna de ellas. Diéronle alcance el dia 27 de Júnio á punto en que Cabrera, retrocediendo ya, acababa de cruzar con su gente la carretera que va desde Barcelona á Vich entre la Cárrija y Aiguafreda. Los rebeldes, aun viendo frustrado lo mejor de sus planes, alentados con su número y con la presencia de Cabrera, hicieron alto en las alturas inmediatas al pueblo de Samalús y presentaron el combate. Acudieron con sus fuerzas reunidas el Brigadier Manzano y Coronel Jauch, lanzándose instantáneamente sobre las posiciones que ocupaba el enemigo, el cual no teniéndolas por seguras, en el momento del ataque se puso en retirada, recogiéndose á las rocas casi inaccesibles de Prades, donde sostuvo el encuentro; pero fué en vano. Nuestros valientes soldados los desalojaron de las nuevas posiciones, y puestos en fuga los persiguieron desde las tres de la tarde hasta las diez de la noche sin ceder un punto en su empeño.

Grande fué la pérdida y mayor el desaliento de los carlistas de resultas de aquel hecho de armas. Á pesar de sus posiciones formidables y de la presencia y autoridad de Cabrera, habian sido derrotados por nuestras tropas, casi iguales en número, no siendo poca fortuna para ellos el que llegara tarde al punto de la accion, por la mucha distancia que tuvo que recorrer, la columna que al mando del General Boiguez envié desde Barcelona á perseguirlos. Pero si el pensar esto los amedrentaba, mayor y más saludable efecto debió hacer en ellos todavía lo que les aconteció en la fuga. Querian dirigirse á la provincia de Gerona, y D. Felipe Ruiz, coronel del regimiento de San Quintin que mandaba la columna de Hostalrich, saliéndoles al encuentro les obligó á tomar precipitadamente otro camino; pensaron luego escapar hácia el Ter, pero el coronel Rabell con las tropas del distrito de Vich vino á servirles de nuevo estorbo, quitándoles algunos prisioneros y efectos; y por último, las fuerzas combinadas de los distritos de Olòt y Ripoll, al mando de los coroneles Rios y Hore, llegaron á alcanzarlos de nuevo poniéndolos en total dispersion por las fragosidades que tiene el Pirineo inmediatas á Ribas. Cabrera, acompañado solamente de algunos parciales de íntima confianza, se ocultó tambien en las quebraduras de los montes, sufriendo trances los más amargos de su vida.»

Pero dice otro historiador:

«Hácese en nombre del Conde de Morella un llamamiento á los carlistas españoles de la pasada guerra que estaban todavía en Francia, y al momento se vé gran número de ellos en torno de su querido General, quien contando con recursos crecidos que le venian de elevadas regiones, arma y organiza en la frontera dos columnas, una de gente de Aragon y de Valencia, que al mando del Gene-

ral Forcadell, destinaba á fomentar la guerra en aquellas provincias, y otra que destinaba para sí en Cataluña. Entró Fordadell con los suyos, y pasando por los distritos de Berga, Solsona y Cardona, desciende al Urgel, y cruzándolo, así como el territorio cercano á la provincia de Tarragona, pasa el Ebro hasta llegar á su destino, que eran las provincias de Valencia y Aragon.»

Así se expresa un historiador contemporáneo, rectificando al Marqués de Novaliches.

Cabrera y Forcadell penetraron en España.

El primero, rodeado de sus valientes guias, de aquellos bravos guias de la guerra pasada, que habian respondido al llamamiento de su adorado General, y de algunos amigos antiguos, entra en el Principado de Cataluña, que estaba ocupado militarmente por las tropas del Gobierno de Madrid, y esquivando en unas partes las columnas, haciéndolas huir en otras, y evitando sérios combates en todas, llega con sus escasos batallones, en virtud de una marcha admirable, que dejó atónitas á las autoridades del Principado, cási hasta las puertas de Barcelona, á distancia de seis leguas de la famosa ciudad de los antiguos Concelleres.

El segundo ejecutó otra marcha aún más arriesgada, hasta cruzar el Ebro y penetrar al corazon del Maestrazgo, teatro de sus antiguos hechos.

Otro historiador añade:

«Pasa la frontera el General D. Ramon Cabrera el dia 23 de Junio, y con el objeto de sorprender á las tropas de la Reina con su presencia, hace marchas increibles, y unido á otros carlistas catalanes, á quienes habia dado las órdenes oportunas, se presenta inopinadamente á pocas leguas de la capital del Principado, tres dias despues de su entrada, con cerca de 1.000 hombres, en las inmediaciones de San

Feliu del Piñó. Combináronse todas las columnas para perseguirle, y él de todas huyó miéntras lo tuvo por conveniente, y á todas las fatigó con marchas rápidas é increibles, siguió la falda del Monseny, repasó el Ter, acercándose otra vez á la frontera, y tomando posiciones en las formidables de San Jáime de Frontañá. Allí fué atacado por la columna del General Paredes combinada con otras, y trabóse un combate atroz, dirigido de este general por una parte, y de otra por Cabrera.

Larga y reñida fué la lucha: llegaron á combatir uno y otro bando con bayonetas y puñales, siendo el resultado quedar muchos muertos y heridos por ámbas partes, aunque por ninguna la victoria.»

El Marqués de Novaliches cuenta de la siguiente manera el hecho que se refiere en el párrafo anterior:

«Al cabo, el dia 11 de Julio, lograron nuestras tropas caer sobre los rebeldes: el brigadier Paredes marchando rápidamente desde Borradá á San Jáime de Frontañá en su alcance, los halló emboscados cerca de la ermita que llama de los Olmos, al mando de Cabrera con Masgoret, nuevamente entrado tambien, Castell y otros cabecillas reunidos para tal empresa. Al punto nuestras tropas acometieron á los rebeldes, que apoyados en difíciles posiciones de Puigcerdá y defendiéndolas palmo á palmo, lograron dilatar por algun espacio el vencimiento. Pero la bravura de los soldados de la Reina superó, al fin, todo género de obstáculos, llegando á las cimas de aquellas montañas, y obligando á los rebeldes á despeñarse por las vertientes opuestas, dejando dos prisioneros y 19 muertos en el campo con muchas armas y objetos de guerra.»

Véase la diferencia que existe entre ámbos relatos.

No tardarémos mucho en encontrar de nuevo en frente

de Cabrera á los Generales Paredes y Manzano, si bien con escasa fortuna para éstos.

La guerra, pues, comenzó.

El Conde de Morella habia enarbolado la enseña de Cárlos VI.

Y si se reflexiona sobre la resolucion heróica adoptada por el ilustre caudillo de Morella y Carboneras; si se tiene en cuenta que este era el antiguo General del Maestrazgo, que habia capitaneado tantos batallones y apoderádose de tantas plazas fuertes, desde Alpuente y Collado á Segura, Morella y Cantavieja; si no se han olvidado nuestros benévolos lectores de que ese mismo leal Jefe carlista habia presenciado las intrigas, los amaños, las viles traiciones de 1838 y 1839, y quizás adivinaba las que ya nuevamente se fraguaban, tambien se comprenderá sin esfuerzo que en el pecho generoso y noble de D. Ramon Cabrera prevalecia, entre todos los sentimientos, el sentimiento hidalgo de la fidelidad á compromisos sagrados por su Rey y por su Pátria.

CAPÍTULO XI.

La Campaña de 1848 *(continuacion)*.

Otra vez estaba en los campos de batalla el ilustre General Cabrera.

Otra vez habia aparecido con el estandarte de la legitimidad en una mano y la triunfadora espada en la otra el ilustre Conde de Morella.

Hasta entónces, el Gobierno de Madrid, las Córtes, España entera habian considerado con indiferencia las correrías de las partidas montemolinistas del Principado, á pesar de su número y de la audacia y valor temerario que los animaba; pero la llegada de Cabrera al teatro de la guerra hizo creer al Gabinete de Madrid, no obstante las seguridades que daba del Márqués de Novaliches, en que la *campaña de la primavera*, aquella campaña que este último General habia venido profetizando en vários documentos desde los últimos meses del año anterior, se presentaba con caractéres alarmantes.

«Por otra parte, dice un escritor contemporáneo, el Gobierno veia que los demócratas, que habian sido batidos en las calles de Madrid y Sevilla, no habian perdido las esperanzas, é intentaban en el campo lo que sin resultados habian probado en las ciudades.

»Partidas de centralistas y republicanos entraron desde Francia en Cataluña, donde tuvieron algun incremento de sus devotos en el país. Capitaneábanles los cabecillas liberales Monserrat, Baliasda, José Molins y Negret, Pedro Tomás, Baldrich, Escoda de Olío y el jefe de todos ellos D. Narciso Atmeller, los cuales se respetaban con las partidas carlistas, de las que discordaban en principios, pero convenian en el hecho de hacer la guerra á un enemigo comun.»

Resultado: que en Cataluña se aglomeraban elementos más que temibles para el Gobierno, desde el momento en que republicanos y carlistas, unidos con una misma aspiracion, —la de derrocar la dinastía usurpadora, —se habian coaligado para combatir al comun enemigo.

Bien se echa esto de ver en las diferentes comunicaciones del General Pavía al Ministro de la Guerra (que no insertamos para no pecar de difusos), en los temores manifestados por los diarios ministeriales, en los enérgicos bandos, bandos neronianos, que se promulgaron en cási todas las provincias, en el estado de sitio en que fué declarada España entera, en otras diversas circunstancias, síntomas infalibles del miedo del Gobierno, que sería prolijo enumerar, ni siquiera someramente.

« Fatigadas y rendidas estaban las tropas (dice un escritor ya citado), deslumbrados los mismos jefes con las rápidas y admirables marchas y contramarchas de D. Ramon Cabrera, que acababa de recorrer todo el importante territorio del Ampurdan, obteniendo por resultado de su arriesgadísima empresa, que llevo á cabo eludiendo

la persecucion de muchas columnas que le venian encima, grandes sumas en contribuciones, un buen número de caballos, muchos mozos voluntarios, el aturdimiento de las tropas, la admiracion del país y el entusiasmo de los suyos: el 14 de Setiembre acababa de ser batida la columna de Manresa, fuerte de unos 300 hombres, por una partida de montemolinistas que constaba de unos 500, al mando de Posas y Caletrus, y todos los dias se animaba el ardor en las filas montemolinistas con la entrada en alguna grande poblacion, con una sorpresa más ó ménos provechosa, con algun encuentro, algun motivo de esperanza, alguna defeccion en el enemigo.»

Alarmante era el estado de Cataluña, dígase lo que se quiera, á mediados de 1848.

Datos numerosos hay para juzgar así, y poco trabajo nos costaria presentar un largo catálogo de hechos bien significativos; pero nos evitan este trabajo los periódicos liberales de la época y las explícitas confesiones del mismo General Pavía.

«La cuestion de Cataluña—decia *El Clamor público*—ha llegado á tomar proporciones gigantescas, y es sin duda alguna hoy dia la de mayor importancia de cuantas pueda debatir la prensa periódica y resolver el Gobierno de S. M. El territorio del Principado es recorrido por tres ó cuatro mil hombres que, ora unidos en columnas, ora diseminados en pequeñas partidas, proclaman por Rey de España á un príncipe que reside en el extranjero, cobran las contribuciones de cási todos los ayuntamientos, y por los medios de que disponen, tienen amedrentados y reducidos al silencio á los mayores contribuyentes, y estrechado al país, no á ayudarles, pero sí á que permanezca neutral en la contienda, de suerte que ellos no tengan que temer otra oposicion que la de la fuerza pública.»

Y escribia al mismo tiempo el Marqués de Novaliches, Ministro de la Guerra:

«En cualquier otra parte esto hubiera señalado un movimiento favorable al Gobierno, por el cual todas las personas honradas, sin distincion de opiniones, habrían coadyuvado al restablecimiento de la paz. Pero las circunstancias excepcionales de Cataluña ántes las dejamos señaladas: aquellos naturales temian tanto como á las autoridades y tropas de la Reina á los cabecillas y sus gentes, y todo lo más que podia lograrse era que permaneciesen neutrales entre unos y otros. Y como tal neutralidad les fuese tambien molesta, no pensaban ya en otra cosa que en remediarse por el modo que tienen aprendido de antiguo, y que tanto emplearon en la guerra de siete años, que es refugiarse en las plazas fuertes, dejando cerradas sus casas, cuantos contaban con recursos para vivir en otras partes. Mientras sólo adoptaron esta resolucion algunos vecinos más asustadizos ó más egoistas que los otros, disimulé el mal que nos causaban, pero al notar cómo iba generalizándose entre todo linaje de gente, creí indispensable poner algun coto en ello. Porque á la verdad, con retirarse los propietarios y vecinos pudientes de los pueblos á puntos fortificados, ganaban los facciosos grande importancia, perdiendo la autoridad pública su prestigio, como que se la daba por impotente para asegurar el reposo de los ciudadanos. Y aparte de esto, contaba yo con una razon para sentirlo, que no sé si los lectores apreciarán en ménos que yo la aprecio; mas es deber mio el explicarla. Permaneciendo los vecinos pudientes en los pueblos sujetos á los peligros inmediatos de la guerra y á las exacciones diarias de los cabecillas, era natural que tarde ó temprano se cansaran de ellos y determinaran buscar el restablecimiento de la paz. Que una vez pensando

en esto, ayudasen á las tropas de la Reina contra los facciosos, parece evidente, puesto que echar de Cataluña á las primeras era locura imaginárlo; y bien miradas las cosas, no era posible que el país quisiera tolerar perpétuamente una guerra que los mismos facciosos no sostenian con esperanza de buen éxito.»

Léase detenidamente la comunicacion anterior, y téngase en cuenta, que procede de la primera autoridad militar de Cataluña, esto es, del país del cuál se trata,—para poder apreciar debidamente su significacion verdadera.

Esto basta para demostrar cumplidamente nuestras anteriores afirmaciones.

Por otra parte, en aquellos momentos, la guerra presentaba el carácter de general y amenazadora.

La España carlista se aprestaba á la lucha, y circulaba con profusion la siguiente proclama:

«Habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas: — El Rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha dignado confiarme el mando militar de estas fidelísimas provincias.

Al presentarme de nuevo en medio de vosotros, es mi deber exponeros la mision que me ha sido confiada, los sentimientos que animan á nuestro jóven y augusto monarca, y la línea de conducta que observaré constantemente.

Los principios generales que S. M. adoptará para gobernar se hallan expuestos en su manifiesto del 23 de Mayo de 1845 y su arenga del 13 de Setiembre de 1846. Los graves acontecimientos políticos que han ocurrido despues y que agitan la mayor parte de la Europa, léjos de haber cambiado en nada sus ideas, le han convencido por el contrario de la necesidad de fundar un Gobierno puramente español que, fuerte con el apoyo de todos los hombres de bien, sinceramente adictos á su pátria, salga al

fin de esa humillante y vergonzosa posicion en que se encuentra hace tantos años respecto de las demás naciones, y sea bastante fuerte y poderoso para no temer á las unas ni mendigar el apoyo de las otras.

Comprendiendo sus generosas intenciones, todos los que sigan su bandera no reconocerán por enemigos sino á los que se presenten como tales, á los que por ambicion ó egoismo quieren oponerse al establecimiento de un estado de cosas por el que hace mucho tiempo suspiran todos los buenos Españoles como el único remedio para preservar al trono y á la nacion de la ruina inevitable que les amenaza.

Quince años de experiencia, durante los cuales hemos visto en el poder á todos los hombres eminentes del partido que habia tomado por divisa «órden y libertad», han probado de una manera irrecusable que es preciso seguir otra marcha para establecer y consolidar el órden, la justicia y la libertad bien entendida.

El medio de lograrlo todos lo saben. El nombre del Rey ha sido pronunciado como el único que puede salvarnos. Oponerse á la voluntad general del país, sería un crímen imperdonable.

Seamos los primeros en ofrecer nuestros corazones y nuestros brazos á una causa tan sagrada. Recordad que en todas las épocas habeis dado este noble ejemplo, y no os engaño al deciros que todos los hombres de bien cuentan con él, y que será seguido inmediatamente por las demás provincias del reino, que sólo aguardan esta señal para levantarse.

Conservar en toda su pureza y esplendor la santa religion de nuestros padres, respetar y proteger á sus ministros, rodear al trono de toda la fuerza y prestigio necesarios á su conservacion, restablecer en él al Soberano,

que la justicia y la felicidad de la nacion reclaman, asegurar los fueros y privilegios que han hecho por tantos siglos la prosperidad de nuestro país; tal es nuestra mision, mision santa que llevarémos acabo con la ayuda del cielo, que no puede faltarnos si seguimos por el camino de la lealtad.

A las armas, pues, Vascongados y Navarros, agrupémonos alrededor del estandarte enarbolado por nuestro Rey. Sea nuestra divisa Cárlos VI y olvido de lo pasado. ¿Qué español se negará á afiliarse en nuestra bandera, que no rechaza la cooperacion de nádie para combatir y vencer á los insensatos que quisieran todavía oponerse á su triunfo?

El resultado que nos proponemos y la gloria, no se adquieren sin sacrificios; pero serán tanto menores, cuanto mayores y más enérgicos sean nuestros esfuerzos. Si en su ciega obstinacion los seides del Gobierno usurpador, que pesa sobre España, quisieran prolongar un sistema que se desploma por su impotencia ó impopularidad, la nacion indignada les haría desaparecer prontamente de la escena política y le seguirian en su fuga la execracion y maldicion de todos los buenos españoles, cuya ventura les hubiera sido tan fácil asegurar.

Nuestro triunfo depende de nosotros. La nacion nos espera como libertadores, su bendicion y gratitud deben ser nuestra mayor recompensa; pero el Rey, que no tardará en hallarse en medio de nosotros, el Rey que va á ser testigo de vuestro valor y de vuestros sacrificios, no dejará de recompensaros con la real munificencia que distingue su corazon generoso.

Jefes antiguos, cuya fidelidad y experiencia os son bien conocidas, os guiarán por el sendero del deber. Seguidlos, no os separeis de la línea que os tracen, y lograreis el

objeto que en todas épocas han logrado los vasco-navarros. Orgulloso con este título, velaré por que se conserve siempre puro y sin mancha; vuestra gloria es la mia.

El nombre y felicidad del país, hé aquí la brújula que dirigirá constantemente mis acciones.— *Joaquin Elío.*»

Y no se nos diga, con algun escritor contemporáneo, que esta proclama del General Elío nada significa.

Si la guerra civil no estalló instantáneamente en toda España; si las Provincias Vascongadas y Navarra no respondieron al llamamiento de los antiguos Jefes carlistas; si los bravos Castellanos apénas consiguieron aparecer, en número muy reducido, en las montañas de Búrgos, al mando de los hermanos Hierro (1), de Cardiel y de algun otro oficial cási desconocido; si Elío apénas traspasó la frontera de Francia; si el desgraciado Álzáa fué fusilado; si el movimiento, en fin, quedó paralizado desde los primeros instantes, lo cierto, lo indudable es que la situacion de Cataluña alarmaba sériamente al Gobierno, al Capitan general del Principado, al partido liberal en masa.

¿Fracasó el movimiento montemolinista?— Cúlpese, con datos exactos, que nosotros *aún* los poseemos incompletos, á quien deba culparse; pero no se diga en comunicaciones *oficiales* que los *trabucaires* eran ni más ni ménos que *gavillas* de facinerosos, sin prestigio, sin fuerza, sin valor,—miéntras en cartas *particulares*, que las rencillas posteriores han hecho públicas, se hacía ver la necesidad de acabar cuanto ántes con aquel *foco de te-*

(1) Uno de ellos, Nicolás Hierro, ha sido muerto en el mes de Enero de 1871.—Las sombras del misterio han caido como losa de plomo sobre la muerte desastrosa de este valiente y desgraciado Jefe carlista, y aunque algunos periódicos de oposicion han preguntado al Gobierno, con reticencias muy elocuentes, los diarios ministeriales no han contestado satisfactoriamente.



mible incendio—segun decia el Ministro Figueras,—con *aquella hoguera que parecia ser inextinguible*,—como declaraba paladinamente el Duque de Valencia,—con *aquella bandera rebelde que se prometia triunfar del estandarte legítimo de Isabel II*,—como confesaba bien á las claras alguna autoridad militar de Cataluña, en carta privada, al Ministro de la Guerra.

Por lo demas, y para que nuestros lectores aprecien debidamente la situacion, véase de qué manera lo expresa el Marqués de Novaliches, con referencia á la situacion del Principado, en Julio del dicho año:

«Por lo que toca al aniquilamiento de la rebelion, sólo esperaba para conseguirlo que se me enviaran refuerzos. Acercábanse los fines del verano y principios del otoño, tiempo oportunísimo para la guerra, y al propio tiempo, con el fusilamiento de Alzáa y la destruccion reciente de los facciosos en Navarra, Provincias Vascongadas y Castilla, parecia llegado el caso de hacer un esfuerzo extraordinario en Cataluña. Esto mismo manifesté al Gobierno, comunicándole al propio tiempo mi propósito de dictar algunas medidas de rigor para que más no abusasen los rebeldes de los indultos, como hasta allí venian abusando. Ello es que con presentarse á éste ó á otro jefe de canton ó columna, cuando andaban ya disgustados ó fatigados de la penosa vida del guerrillero, eran admitidos é indultados los rebeldes, y volvian tranquilamente á sus casas. Á las veces, y no eran las ménos, acontecia que aquellos propios que se presentaban, al mirarse ya descansados y despúes de cobrar alientos, tornaban á buscar fortuna con los bandoleros de la montaña, repitiendo algunos de ellos, hasta en tres y cuatro ocasiones, tales truecos. Los resultados de esto bien pueden imaginarse, y eran que los naturales pacíficos, viendo la facilidad

grande con que alcanzaban perdon los malhechores, se resistian más y más á perseguirlos y á emplearse en el servicio de la Reina; que el número de los facciosos se acrecentaba, puesto que con la facilidad de la vuelta una riña ó falta leve, un despique ó acaso un capricho solamente bastaba para que éste ó el otro huyese al campo y tomase las armas, y por último, que así se añadia una causa más á las muchas que traian ya convertido en como oficio y holgada manera de vivir el ejercicio del guerrillero, cosa funestísima para la paz, y que la persecucion constante de nuestras tropas ántes interrumpia por breve plazo, que no acababa. Tambien provenia de aquí el que dieran tan escasas ventajas la mayor parte de los indultos cuando llegaba el caso de dispensarlos como gracia á los criminales. Mi propósito sobre esto era que todos los rebeldes que se presentaran á los jefes de nuestros cantones ó columnas fuesen destinados al servicio de las armas en África ó Ultramar por el número de años que merecieran sus faltas (1).»

En resúmen: ¿qué se deduce de los párrafos que anteceden?

Léanlos nuestros benévolos suscritores; vuélvanlos á leer detenidamente, que cada una de las frases equivale á una confesion preciosa, indestructible, de la fuerza inmensa que cobraba por momentos el levantamiento de Cataluña, y una prueba evidente de que la autoridad militar, á pesar de los medios crueles que habia empleado *para extinguir el incendio*, para *apagar la hoguera*, se encontraba en muy regulares apuros.

Hay más todavía—y perdónesenos esta digresion, ya larga, pero oportuna.

(1) *Memorias*, págs. 92 y 93.

Un incidente—así lo llama el General Pavía—(1) ocurrió por entónces, y curioso.

«Fué el caso—dice—que en 28 de Julio, cuando no habian trascurrido sino dos dias desde mi última comunicacion al Gobierno manifestándole el estado de Cataluña, y las medidas que convenia tomar para el logro de nuestros deseos, sin que yo tuviera noticia alguna anterior ni sospecha siquiera de semejante comision, se presentó en el palacio de la Capitanía general en Barcelona el Coronel don Leonardo Santiago Rotalde, teniente coronel del cuerpo de Estado Mayor, el cual me mostró una carta del Señor Duque de Valencia, Presidente del Consejo de Ministros, recomendándome que le oyese cuanto verbalmente llevaba cargo de decirme. Puse, con efecto, atento oido á sus palabras, escuché el plan que me propuso, los medios de acabar la guerra y del tiempo que para tal acontecimiento fijaba, y dudoso aún de que fuera cierto lo que oia, pedí al enviado del Sr. Duque de Valencia, que se sirviera escribir cuanto habia dicho, á fin de que yo pudiera meditar sobre ello.

«Lo que por tal conducto decia el Presidente del Consejo era esto en suma. Que estaba resuelto y determinado á acabar la guerra por uno de dos caminos; ó interesando al país en favor de nuestra causa ó empleando el rigor (son palabras textuales) de una manera fuerte, vigorosa, terrible, que de una ú otra suerte el Gobierno queria y creia concluir con las facciones en sólo el mes de Agosto que iba á entrar; que para alcanzar tal objeto, si era de mi voluntad me autorizaria á juntar en mi presencia á los principales habitantes de Cataluña, exhortándoles á vivir tranquilos y fieles á la Reina y á la pátria, y á ayu-

(1) Palabras textuales.—Véanse sus *Memorias*, pág. 93.

dar á la autoridad pública contra los rebeldes que, contando, como al Sr. Duque le parecia probable, con la buena voluntad de los llamados, se les ofreciesen grandes concesiones, las cuales serian confirmadas por Reales decretos, en cuanto llegara á Madrid el parte ó anuncio de la pacificacion del territorio. Las medidas propuestas y que habian de prestarle á aquella gran junta de vecinos notables eran los siguientes: un armamento general de Cataluña que no produjera ménos de 25.000 hombres dispuestos á entrar en campaña, los cuáles habian de ser pagados por el Tesoro público, mandados por jefes de ejército ó personas emprendedoras, atrevidas y prácticas en la guerra de montaña, y organizados á la manera que los somatenes; dividir las provincias en distritos y estos en cantones, de suerte que aquellos á lo más en tres dias y estos en uno, fuesen visitados por sus jefes respectivos; cerrar todos los pueblos y caseríos donde pudiera albergarse la faccion, aunque fuera momentáneamente. En cuanto á las concesiones eran estas: efectuar la quinta segun conviniera al país y á propuesta del mismo; no tocar en lo más mínimo los aranceles, sino ántes bien proteger la industria y comercio de Cataluña por los propios medios que ella indicara; aprobar en un todo el sistema de carreteras, propuesto por los diputados provinciales, elevado así al Gobierno y recomendado de la manera que recordarán los lectores. Al mismo tiempo se me facultaba para señalar otras concesiones, se me ofrecian los jefes y oficiales, el armamento que necesitara, y se me anunciaba como favor grande que por consideraciones á mi persona no venía á Cataluña á plantear aquel sistema, reputado por infalible, el propio Sr. Duque de Valencia (1)»

(1) *Memorias* citadas, pág. 94 y siguientes.

¿Qué les parece á nuestros lectores?

Que el tal sistema, propuesto por el Duque de Valencia, ***les habrá maravillado***, y ***maravillará*** seguramente ***á la nacion y á la Europa entera***,—si es que esta se ha ocupado alguna vez de los ***proyectos*** del citado señor Duque.

Y cuenta, que las palabras subrayadas en el párrafo anterior no nos pertenecen: son propias y exclusivas del General Pavía, grande amigo particular y político del General Narvaez.

Por lo cual,—dicho sea de paso,—no es de extrañar que nuestros lectores ***se maravillen***, reflexionando que el supra dicho sistema ***narvaista*** habia merecido ya la honra de ***maravillar*** al Marqués de Novaliches.

Este General, segun se desprende de sus ***Memorias***, debió de contestar al Ministro con una carcajada homérica.

Y tomándose el trabajo de destruir una por una las ***inconexas indicaciones*** (1) del consejero de Isabel II, y de rechazar, muy lindamente hasta la propuesta del levantamiento de 25.000 somatenes, calificando á estos de ***patulea***—¡qué ingratitud!—y de mal plagio revolucionario, y así era en efecto, se limitaba á pedir un dia y otro, en una carta y en otra, de todas las maneras posibles, al Gobierno de la Reina:

—Batallones! Batallones! Batallones!...

Resultado: que el General Narvaez creia ya que los ***trabucaires*** de Cataluña, ***exterminados*** á principios de 1848, se habian reproducido como por encanto, hasta el punto de juzgar que se necesitaba, para volver á ***exterminarlos***, un ejército numeroso de 40.000 soldados de todas armas,—con la agregacion auxiliar de 25.000 hombres de los somatenes.

(1) Frase del Marqués de Novaliches.—*Memorias*, pág. 96.

Otro resultado: que el General Pavía, mejor enterado del asunto, no se conformaba con aquellos ni con otros: aquellos, porque eran *pocos*, y estos, porque eran *patulea.*

Tal y tan crítica era la situacion, que escribia un periódico:

«La cuestion de Cataluña ha llegado á tomar proporciones gigantescas, y es sin duda alguna de la mayor importancia, sino es ya la mayor de cuantás pueda debatir la prensa periódica y resolver el Gobierno de S. M....»

Y preguntaba otro progresista, — *no coaligado*:

« Qué hace el Gobierno? En qué piensa? ¿Por qué no se habla claro al país?

¿Cree el Duque de Valencia que son necesarios nuevos sacrificios? — Pués confiéselo francamente, y el pueblo que soportó gustoso (1) la guerra de los siete años para anonadar á los partidos retrógrados (2), hará tambien ahora, con el mismo objeto, nuevos sacrificios.»

Ah! Esos eran los deseos del buen Marqués de Novaliches: nuevos sacrificios; pero el General Narvaez no se prestaba á satisfacerlos, y en vez de algunos miles más de bayonetas, le ofrecia, *en las inconexas indicaciones* que hemos apuntado, una verdadera *patulea.*»

Volvamos la hoja y encaminemos nuestros pasos en busca de los bravos montemolinistas.

---

(1) Quia! Eso lo dicen los liberales.
(2) Adjetivo necesario en boca de un progresista.

CAPÍTULO XII.

Campaña de 1848.—(*Conclusion.*)

Qué hacía miéntras tanto el Conde de Morella?

Las personas que se hallan en la paz doméstica, rodeadas de los cuidados y del cariño de una familia afectuosa y deferente, que no se cuidan sino de los rutinarios aunque precisos deberes de procurarse el pan de cada dia,—como suele decirse,—no pueden comprender, por mucho que su imaginacion se esfuerce, los sacrificios que lleva en pos de sí una determinacion tan arriesgada como la que habia tomado el General Cabrera, y los demás denodados caudillos que le seguian.

Y cuando al tomar esta determinacion se cuenta con elementos de un éxito cási seguro, por más que mucho se fie al valor y tal vez á la casualidad, y luego se adivina que los proyectos fracasan, que las ilusiones se desvanecen, que los planes mejor conbinados, al parecer, son destruidos por un conjunto de circunstancias ominosas,—entón-

ces el desencanto suele producir el desaliento, y el desaliento la muerte.

Esto es verdad, peró esto es lo que sucede en los corazones vulgares.

Qué hacía el Conde de Morella?

Es de suponer que desde el primer instante comprendiera, en toda su extension, la dificultad de la empresa que habia tomado á su cargo, y es de suponer tambien que no ignòraba ninguno de los terriblés detalles relàtivos al fracaso del movimiento montemolinista.

Pero Cabrera no se intimidaba, no se acobardaba delante de las adversidades.

«Cabrera,—dice el Marqués de Novaliches,—entre tanto no descuidaba sus intentos.

Siempre fijo en el propósito de llevar á cabo alguna empresa inesperada y feliz para restablecer su crédito, convocó á la mayor parte de las gavillas en un propio punto, que fué el lugar de Moyá, y con gran sigilo.

Acudieron muchas de ellas, pero no sin tropiezos. Las de la provincia de Gerona, con las cuales caminaba el mismo Cabrera, fueron alcanzadas el 18 de Julio por el Coronel Ruiz que mandaba las columnas de Hostalrich y Vich, allá, por la casa de Agustí y rectoría de Tagamanen, y empeñado el combate hubieron de huir al cabo los rebeldes dejando siete muertos en el campo y no pocos prisioneros, siendo uno de ellos oficial y llevándose muchos más heridos. Posas, que tambien acudia con sus gavillas al punto de reunion, fué alcanzado en el propio dia por la columna de San Celorio, y en vano se amparó, para mejor defenderse, de posiciones fuertísimas, porque nuestros soldados le arrojaron de ellas matándole dos hombres, causándole muchos heridos y obligándole al cabo á tomar la fuga. Tras estos quebrantos y dificultades, llegaron á

reunirse en Moyá el 20 de aquel mes de Julio como unos 1.200 carlistas, *la flor de las gavillas* (1), gente resuelta y desesperada, al propio tiempo que práctica en el terreno, debajo del mando tan reputado de Cabrera. Pero el sistema de distritos y círculos habia de poner esta vez como las otras insuperables obstáculos á los intentos del caudillo rebelde. No bien habia hecho alarde y ordenacion de fuerzas en Moyá, cuando sintió vecinas de él tres columnas combinadas al mando de los brigadieres Paredes y Manzano y del coronel Yauch. Cabrera escarmentado con lo que en otra ocasion le habia sucedido, no se determinó á empeñar el combate, y para poner en salvo á sus fuerzas no halló mejor arbitrio que dividirlas de nuevo, repartiéndolas como ántes en pequeñas gavillas. Sin embargo, estaban ya harto empeñadas las facciones en aquella empresa para que pudieran fácilmente separarse. Detrás de las tres columnas de la Reina acudian otras y otras por diversos puntos, encaminándose todas ellas al lugar de Moyá, de donde habian salido los facciosos.

»La confusion entre éstos fué grande, el temor tanto, que la autoridad del mando quedó en poder de los que mejor conocian el terreno, y era reputado por mejor caudillo el que mejor sabia escapar del conflicto. Cabrera se puso en manos de Posas, que era gran práctico en aquella tierra, y con él huia precipitadamente á sus guaridas; pero ántes de llegar á ellas, tuvo aquella gavilla que habérselas con Manzano, el cual contó con tiempo bastante para alcanzarla y dispersarla, haciéndola algunos prisioneros, entre ellos un oficial, y quitándola muchos bajajes, armas y efectos de guerra. En tal ocasion corrió

---

(1) Conste que, segun el Marqués de Novaliches, en las *gavillas* habia *flor*, y tal vez *nata*.

Cabrera grandísimos riesgos, porque una de las guerrillas de Manzano descubrió el grupo donde él iba con Posas y unos ochenta hombres que los guardasen; atacados tambien y dispersados, sólo pudieron salvarse apartándose los unos de los otros, y huyendo de uno en uno por aquellos campos. Perdió el General carlista su equipaje, sus papeles y hasta la mula que montaba, con una multitud de proclamas que llevaba preparadas para repartirlas por todas partes el dia en que lograse el triunfo que con tanta desventura buscaba. Y en el Coll de David estuvo otra vez á punto de caer en manos de nuestras tropas, entrándose para evitarlo solo y á pié en las espesuras de un bosque, donde fué imposible el hallarlo. Miéntras Manzano perseguia con tanta fortuna á Cabrera, los brigadieres Paredes y Nouvilas, el coronel Yauch y otros jefes reconocian con sus columnas todo el terreno que podian alcanzar para recoger los dispersos y aumentar el espanto de las facciones. De resultas de lo cual se presentaron á las autoridades unos treinta facciosos solicitando indulto, los cuales harto mostraban en su apostura y vestidos cuántas fatigas y escaseces habian sufrido en aquellos últimos dias (1).»

No somos nosotros de los que creemos que el Conde de Morella debió de encontrar liso y llano el camino del triunfo, sin lastimarse los piés con los abrojos de que está sembrada tan tortuosa y difícil vereda.

Por eso admitimos sin repugnancia la relacion que precede, aunque provenga de persona tan interesada en el asunto como el Sr. Marqués de Novaliches.

¡Cuántas penas desgarraron el corazon de los grandes

(1) *Memorias*, pág. 28 y siguientes.

hombres, hasta que estos llegaron al puesto elevado que les concedieron sus merecimientos!

Los Españoles, que poseemos en nuestra historia las brillantes figuras de Pelayo, de Colon, de Gonzalo de Córdoba, de Hernan Cortés, de tantos hombres preclaros que fueron víctimas de la desgracia y de la ingratitud ántes ó después de haber llegado al apogeo de la gloria, no debemos extrañarnos de que las contrariedades se presentasen á cada momento alrededor del Conde de Morella durante los primeros meses de la campaña de 1848 á fin de estorbarle el paso.

Pocos dias hace,—y sirva por via de ejemplo,—hemos hablado de esta memorable campaña con uno de los jefes que servian á las órdenes del Conde de Morella, con un bravo coronel carlista, que se batió en 1835–40 bajo la enseña del gran Zumalacárregui y del valiente Balmaseda, y que peleó después en Cataluña con el invicto soldado de Maella.

Á este distinguido jefe (cuya vida, por cierto, es un sacrificio perpétuo en aras de la buena causa) hemos tenido el gusto, y la pena al mismo tiempo, de oirle referir detalles de tal naturaleza, que al corazon entristecen y al ánimo más levantado le abaten.

Por otra parte: aunque el ejército isabelino de Cataluña no podia compararse, ni en valor ni en organizacion,—con perdon sea dicho del Sr. Marques de Novaliches,—con los bizarros batallones que mandaron en la guerra anterior los Oráa, los Córdova, los Azpiroz y otros Generales, lo cierto es que España es la tierra de los héroes, y que éstos brotan algunas veces, como en Zaragoza, Gerona y Ciudad-Rodrigo, de entre las clases más humildes de la sociedad, lo mismo que de entre la aristocracia más ilustre.

Las guerras civiles nos ofrecen de esto abundantes pruebas.

Por ejemplo:

«Entraron los cabecillas Basquetas y Sabignat,—dice un historiador liberal,—con cuarenta hombres en el lugar de Molá, término de Gracia, y atacaron la casa del propietario Juan Serres, hombre leal y valeroso, como lo demostró en aquel trance defendiéndose solo con un hijo suyo hasta el punto de forzar á los trabucaires á retirarse, quedando muerto en el campo el uno de sus dos caudillos, Sabignat, y heridos muchos de ellos. A la madrugada siguiente volvió Basquetas á atacar la casa, y propuesto á vengar de todos modos la muerte del otro cabecilla, mandó prender fuego á las puertas y tapias para que muriesen quemados aquellos heróicos ciudadanos, ya que rendirlos no era posible. Pero de en medio de las llamas saltaron ellos, y lograron fugarse con increible arrojo hasta llegar salvos á Falset y presentarse al jefe de la columna allí situada, que al punto salió contra los foragidos, aunque sin poder darles alcance.»

Y este hecho admirable, que honra á los denodados *payeses* que lo ejecutaron,—lo decimos con franqueza,—hallaba tambien compensacion en otros hechos de igual índole, que los mismos historiadores liberales nos refieren, llevados á cabo por un puñado de montemolinistas, mal armados y quizás hambrientos, contra fuerzas enemigas superiores en número y armamento.

En Villafranca del Panadés, por ejemplo, la columna de servicio fué batida y completamente destrozada por unos cuantos grupos de carlistas, quienes hicieron numerosos prisioneros,—entre otros el comandante Sr. Figuerola (1).

«A los primeros dias de Octubre,—cuenta otro historia-

---

(1) Este Sr. Figuerola es el mismo, segun creemos, que ha sido últimamente Gobernador militar de Barcelona.

dor, ya citado,—el cabecilla Posas hizo presentar *treinta hombres* de los suyos delante de la columna de Manresa, fuerte de unos doscientos hombres, al mando del coronel Bofill, la cual los persiguió hasta llegar al Coll-Daví. En esta ocasion, sale Posas con los suyos en número mucho mayor, arrolla á la columna, que, á pesar de verse envuelta, prefirió á rendirse morir peleando, como lo hizo su jefe. Mas viendo al fin las tropas de la Reina que era imposible resistir á la sorpresa, al número y á la fortuna, se rindieron todos los que no habian quedado en el campo de batalla.»

Todos estos hechos, y otros muchos que no hay necesidad de referir, aunque aislados, aunque poco ó nada signifiquen para el éxito de la campaña, prueban por lo ménos que en ámbas filas enemigas habia soldados valientes, hombres decididos por la causa que defendian.

Pero la situacion se agravaba, y al Duque de Valencia no le satisfacian por completo, ni á medias siquiera, las comunicaciones que diariamente le remitia el Marqués de Novaliches, después de la difusa contestacion de éste á las famosas *inconexas indicaciones*.

El Capitan general del Principado continuaba pidiendo á grandes gritos:

Batallones! Batallones!

Y el General Narvaez, que esperaba acaso un *incendio repentino* en otras partes de la Península, guardábase los batallones para las Provincias Vascongadas y Navarra, para Castilla la Vieja, y aun para Madrid, y remitia al Marqués de Novaliches algunas *órdenes* mandando que formase *inmediatamente* cuarenta compañías de voluntarios del país....

Es decir: que el Gobierno apénas si habia renunciado al primer proyecto de la *patulea*.

«Yo juzgaba preferibles,—dice el General Pavía,—las rondas á las compañías de naturales, porque ellos aborrecen todo lo que parezca organizacion y disciplina militar, tanto como suelen gustar de la guerra suelta y de partidarios.

»Pero lo que hacía falta,—añade en otro lugar,—era aumentar aquel ejército leal esforzado, que sólo contaba á la sazon con 32.000 hombres (1), para guardar diez y seis plazas de guerra ó puntos de fortificacion permanente, y perseguir á las *numerosas* gavillas rebeldes.»

Y lo cierto es, que el bueno Sr. Pavía, no era escuchado por el Gabinete de Madrid.

Mejor dicho: fué escuchado hasta el punto de que «el Gabinete que presidia el Duque de Valencia le hizo entender, por medio del Marqués de la Constancia, Ministro de la Guerra, que á consecuencia del incremento de las gavillas facciosas y las quejas de algunas personas de Cataluña (2), debia dejar el mando, para lo cual se le indicaba al General que presentara la dimision.»

Es curiosa la carta del Sr. Marqués de la Constancia, y vamos á reproducirla:

«*Excmo. Sr. D. Manuel Pavía, Marqués de Novaliches.*—Madrid 3 de Setiembre de 1848.—Mi General y muy estimado amigo: hoy siento tener que escribir á V. porque el motivo es para mí desagradable.—El incremento que han tomado las gavillas de facciosos se cuenta y exagera: las cartas de esas provincias, dirigidas á todos los Ministros, claman y suponen que las providencias de V. no son las más adecuadas para librarles de los

(1) Digo 32.000 hombres para perseguir unas cuantas *gavillas de foragidos*, y aún queria más.

(2) Palabras textuales.—*Memorias*, págs. 119 y 280.



males que sufren. Unos, sin conocimiento bastante de estas cosas, interpretan los hechos, y se lamentan; otros proponen otras medidas; y por fin, el Gobierno que aprecia el mérito de V., y que conoce su distinguido celo, vé tambien muy posible que si continuase en ese mando cuando se le han de presentar obstáculos que no ha tenido en otro tiempo, y que perjudicarian para el resultado. En este concepto, sin disminuir en nada la consideracion que siempre han tenido á V. sus miembros, ni mucho ménos su amistad, halla indispensable su relevo, proponiéndose emplear á V. en el destino que más le agrade segun se presente la oportunidad. Si V. quiere dirigir renuncia, ***será bueno***, pero siempre se hará como se hacen las cosas que llevan consigo el sentimiento de hacerlas. Yo estoy muy incomodado de mis dolores y disponiéndome á marchar á los baños de Alhama.—Siempre su afectísimo amigo q. b. s. m.—*Francisco de Paula Figueras.*»

Esta carta (1) fué contestada por el Marqués de Novaliches con otra semejante en la astuta, fina, delicada y.... derechita al bulto, en la cual decia en resúmen el malaventurado Capitan general del Principado, que no se hallaba muy dispuesto á dejar el mando.

Pero en la *Gaceta* de Madrid apareció, por toda contestacion, este decreto:

«He venido en ***relevar*** del cargo de Capitan general de Cataluña al Teniente general D. Manuel Pavía, Marqués de Novaliches, habiendo quedado muy satisfecha del celo y lealtad con que lo ha desempeñado, y proponiéndome por tanto utilizar sus servicios oportunamente. Dado en Palacio á 10 de Setiembre de 1848.—Está rubricado de la Real mano.—El Presidente del Consejo de Ministros

(1) *Memorias*, loc. cit.

encargado del Despacho del Ministerio de la Guerra, *El Duque de Valencia.*»

Ingratos fueron los miembros del Gobierno!

Porque la verdad es, que el Marqués *relevado* hablaba sinceramente, y cuando él pedia batallones, é invitaba al General Narvaez á que fuese á Cataluña *para ponerse al frente de las tropas leales* (*sic*),—bien sabria el por qué.

Y tambien es la verdad lo que dice un historiador acerca del mando militar que ejerció en Cataluña el Sr. Marqués de Novaliches:

«Un dato para su bella historia es el haber enviado al servicio militar de Africa á 712 ciudadanos, desde 13 de Mayo á 12 de Setiembre de 1847, y á 115, desde 4 de Julio á 24 de Agosto de 1848, sin contar los 920 que habia ántes destinado al mismo objeto. *El dia del relevo de Pavía fué un dia de alegría para el Principado y para todos los que tuvieran sentimientos humanos* (1).»

Es sensible que haya historiadores tan crueles...

Porque el digno Marqués de Novaliches, veterano de la guerra civil—por más que algunos periódicos ultra-liberales le haya llamado *General de antesala*—conocedor profundo del estado de Cataluña y cuyas *enérgicas* medidas, más ó ménos criticadas por los émulos, no habian sido bastante poderosas para *extinguir el incendio*, es cási seguro que hubiera conseguido extinguirle.... al cabo del tiempo, mayor ó menor.

Volvió, pues, al Principado el Sr. D. Manuel de la Concha, Marqués del Duero.

Véase como se explica un escritor contemporáneo, ya citado, acerca de los *primeros* pasos que dió en Cataluña aquel nuestro antiguo conocido:

---

(1) *Historia de D. Cárlos*, por E. Pablo de Córdova.

«El mando militar del Marqués del Duero fué inaugurado con un hecho importante, cuyo principio se debia á los manejos de su antecesor. La presentacion de Caletrus no habia sido un suceso aislado é insignificante, como hubiera podido creerse, sobre todo ántes de la presentacion en 13 de Noviembre de otro cabecilla carlista, D. José Pons (*a*) Bep del Oli, á quien Córdova reconoció el grado de brigadier, y encomendó el mando del regimiento de Arapiles, y más tarde el de la Princesa. Cuando se vió que era formidable el enemigo en el campo de batalla, y que era difícil destruir unas fuerzas que tenian la aquiescencia ó la proteccion del país, se buscaron medios que no quiero calificar para obligar á los jefes carlistas, con el resorte bajo del egoismo y de los intereses personales, á hacer traicion á una bandera que habian jurado defender. La defeccion de Caletrus y Bep del Oli fué seguida por la de otros dos cabecillas, Monserrat y Posas, quienes se presentaron el 4 de Diciembre, segun convenido estaba de antemano, en la villa de Esparraguera, con 600 infantes y 50 caballos, proporcionando ocasion al General Concha de recibir una ovacion al entrar en Barcelona seguido de Bep del Oli, Monserrat y parte de las fuerzas presentadas. Mas como éstas en su inmensa mayoría estaban descontentas de un hecho que ignoraron hasta el momento en que no podian evitarlo, trataron de desertar, como lo hicieron, á los primeros dias en una bandada de 400, y más tarde en deserciones aisladas, hasta haber vuelto cási todos á las filas de que se les habia arrancado, por lo que ellos llamaban una traicion (1).»

Nuestros lectores habrán visto con asombro el párrafo anterior y seguramente que se habrán preguntado:

(1) **Historia citada.**

Cómo! ¿Aún no se habia desplegado la bandera carlista entre el fragor de un combate importante, y ya menudeaban las traiciones? ¿Aún no se habian completado las filas de los leales, y ya se engrosaban las de los traidores? ¿Por acaso iba á reproducirse ahora la infame traicion de 1839?

Ay! Desgraciadamente, el partido carlista, lo mismo en 1839 que en 1848, lo mismo en 1860 que en 1869, 70 y 71—*Siempre* ha sido víctima de la perfidia y del engaño.

Maroto y el P. Cirilo tuvieron imitadores en el Principado de Cataluña, y los han tenido más tarde en San Cárlos de la Rápita, en las Provincias Vascongadas y en Navarra.

No han sido vencidos en los campos de batalla los partidarios de la dinastía legítima; pero han sido siempre derrotados en el campo del deshonor, de las traiciones, de los *ardides de guerra* (1).

Refiriéndose al mes de Agosto de 1848, dice el General Pavía:

(1) ¡Oh tiempos de los moros!—podemos decir ahora con el insigne Bertoldino.—El General Baldrich de ahora es el mismo Baldrich que mandaba, en 1848, una partida *centralista* en Cataluña, al lado de las fuerzas carlistas de Cabrera, Borges y Marsal; el revoltoso Atmeller, el mismo Teniente general de hoy, mandaba otra, y se amparaba en una ocasion muy crítica bajo la noble enseña de D. Cárlos VI.....

Y nos permitimos dos preguntas: el famoso Sr. Coronel D. José Antonio Escoda y Canela, el inventor de los nobilísimos *ardides de guerra* en 1870, ¿es quizá el Capitan Sr. D. José Escoda y Olio que mandaba otra partida de *centralistas*, en la misma época, al amparo de la bandera legitimista? ¿Es el mismo que felicitaba al General carlista D. Marcelino Gonfaus (Marsal) por el brillante comportamiento, por el valor sereno y admirable que habia demostrado este jefe en la accion del Pasteral?

«El cabecilla Miguel Vila, llamado por apodo *Caletrús*, se dirigió á un rico propietario de los más amantes de la Reina y que más servicios habia prestado á nuestra causa, pidiéndole que fuera mediador, entre él y el Capitan general de Cataluña, con quien queria entrar en negociaciones: lo que el cabecilla faccioso solicitaba era que se le reconociera el empleo de teniente coronel que alcanzaba en la faccion, que se le diese el mando de una de nuestras columnas, y que se le entregaran diez y seis mil duros, cantidad que, segun decia, llevaba sacadas de los pueblos para mantener su gavilla, y queria devolverla á las personas que, apremiadas por la fuerza, se la facilitaron.»

Y añade el Marqués de Novaliches un poco más abajo:

«Después se acercó á mí una persona amiga de Pons, apellidado *Bep del Oli* en Cataluña, el cual, desde la guerra de los siete años andaba refugiado en Francia, adonde entró con el empleo de coronel, y muy conocida tambien del titulado comandante Hosta, que asímismo continuaba emigrado en el país vecino, la cual proponia que sometiéndose aquel y este al Gobierno de la Reina, y comprometiéndose á ayudar á nuestras tropas contra las facciones, se diese al uno el empleo de brigadier y al otro el mando de una columna (1).»

Véase cuán pronto empezaron las traiciones.

Apénas se habia desplegado en las montañas de Cataluña el inmaculado estandarte de la legitimidad; apénas habia pisado aquel suelo honrado y nobilísimo el ilustre Conde de Morella, cuando algunos cobardes, ilusionados con locas esperanzas de fortuna, en pago de una traicion villana, se brindaron á perseguir incansablemente, con una saña feroz, á sus antiguos amigos, á los que hasta

(1) Pavía, *Memorias*, pág. 117 y 118.

entónces habian sido sus hermanos, sus compañeros de armas.

Seamos justos: Novaliches despreció las ofertas de los traidores, y contestó hidalgamente, á juzgar por sus palabras:

«Mi respuesta fué—dice—que se acogieran cuanto ántes á la amnistía de 17 de Abril, para no perder sus ventajas, porque otra cosa no recomendaria yo al Gobierno de la Reina.»

Pero lo que rechazó el General Pavía, aceptáronlo como bueno los Generales Córdova y Concha.

Ya se vé!—El objeto principal de estos, y del Gobierno de Madrid, era sencillamente la *extincion del incendio*, y para lograrlo todos los medios debieron de parecerles buenos y aceptables.

Y eso de encomendar la persecucion activa de los *trabucaires* á los mismos que se habian vanagloriado de ser jefes de *trabucaires*, era realmente una ganga, una verdadera ganga, para los ilustres y nobles, bravos y honradísimos Córdova y Marqués del Duero, quienes—segun nuestra humilde opinion,—debieron decir para su capote, ó para sus entorchados:—*no hay peor cuña, que la de la misma madera.*

Resultado: que, de la noche á la mañana, los dos traidores á la causa carlista, Bep del Oli y Caletrús, y otros varios que siguieron sin vergüenza sus malhadados pasos, aparecieron al lado de las tropas constitucionales victoreando á Doña Isabel II y á la Constitucion del Estado.

Más adelante hallarán nuestros lectores la relacion exacta de otras *hazañas* por el estilo.

Tal fué la digna manera que tuvieron los Generales Córdova y Marqués del Duero,—de inaugurar su mando en el principado de Cataluña, dominado casi totalmente por los montemolinistas.

Vamos, pues, por órden, y hablemos en primer lugar, aunque brevemente, de los hechos acaecidos durante el efímero mando del General Córdova (1).

El 19 de Setiembre llegó á Barcelona el General y el mismo dia entrególe Pavia el mando y salió inmediatamente para Madrid.

El 24 del mismo mes se verificó en Igualada *la entrega* del ya mencionado Caletrús, á quien reconoció Córdova el grado de teniente coronel y le dió el mando de una partida de *peseteros*,—y en los primeros dias de Octubre parece que se descubrió una vasta conspiracion que tenia por objeto rendir á los carlistas las fortalezas del Monjuich, Hostalrich y Seo de Urgel (2), siendo fusilados los principales factores, jefes de alguna importancia en el ejército isabelino.

Por entónces ocurrieron tambien los hechos de armas que ya hemos descrito en páginas anteriores: la derrota de la columna Manresa, al mando del coronel Boffill, que murió en el campo de la accion, por una partida de carlistas al mando del jefe Posas; la derrota de la columna isabelina de Villafranca del Panadés, y la accion de Candevand, entre las tropas del General Cabrera y las que comandaban el brigadier isabelino Rios y el coronel Hore.

Estos señalados triunfos de los montemolinistas irritaron en alto grado al General Córdova.

Y justo es decir que la cosa no era para ménos, tenien-

(1) El mismo General Córdova que sirvió á los moderados, á los unionistas y á los progresistas; el mismo que sirvió á Isabel II, que era tenido por una de las *columnas* del Duque de Montpensier y ha jurado á D. Amadeo de Saboya.—Hoy es indivíduo de la tertulia progresista de Madrid y Director general de Infantería.

(2) *Historia de D. Cárlos*, pág. 398.

do en cuenta que España creia, ó se procuraba por el Gobierno que lo creyese, que el estado de Cataluña era parecido, en lo tranquilo, á una balsa de aceite,—como suele decirse.

El Capitan general, por lo tanto, pasados los primeros accesos de su irritacion, montó á caballo rodeado de columnas y anunció en Barcelona á son de trompeta y tambor que salia para la montaña con el objeto de exterminar á los *trabucaires*.

En efecto: la parte primera de su programa novísimo la cumplió, puesto que á los pocos dias entró en Igualada al frente de las tropas y seguido de su brillante y numeroso Estado Mayor.

No hay para qué decir que las ilusiones del buen General Córdova se desvanecieron bien pronto.

O ignoraba,—y no seria extraño,—que los montemolinistas habian crecido en número y en audacia, ya que no en valor,—pues valientes siempre lo eran,—ó se le figuró que era la cosa más hacedera del mundo exterminar á *unos cuantos cabecillas*, *desacreditados por sus mismos secuaces*.

El 1.° de Noviembre ocurrió el combate de Esquirol.

Dejemos hablar á un historiador.

«El dia 1.° de Noviembre,—dice el autor de la *Historia de D. Cárlos*,—el General Paredes, hallándose en el pueblo del Esquirol con la columna de Vich, fuerte de unos 700 infantes y 70 caballos, fué atacado por los montemolinistas en número de 800 infantes y 50 caballos, á cuyo frente estaba Marsal. Reñida fué la lucha y heróicos los esfuerzos hechos por ambos bandos; pero al fin la columna de Paredes tuvo que declararse en derrota y completa dispersion.

»Dueño el montemolinista del campo, persiguió á los

dispersos con empeño, cogiéndoles más de sesenta prisioneros. La caballería tuvo várias bajas, entre ellas un jefe, Romero, y la pérdida de doce caballos; tambien perdió el suyo el General Paredes. En poder de los carlistas, además de los prisioneros, á algunos de los cuales dieron libertad para que asistieran á los heridos, y á más de las muchísimas armas recogidas, quedó una brigada de nueve mulos con municiones y dinero.»

Mala estrella la del General Córdova!

Iba con el objeto de exterminar á los *desacreditados cabecillas* de los *trabucaires*, y he aquí que uno de estos el ilustre y desgraciado D. Marcelino Gonfaus, destruyó, á primeras de cambio, la fuerte columna isabelina que mandaba el General Paredes,—uno de los jefes más caracterizados del ejército de Cataluña.

Hemos copiado la extractada relacion que antecede (y copiamos otras de diversos autores), á fin de que el lector posea datos abundantes acerca de los principales hechos de armas de la aún desconocida campaña de 1848-49; pero nosotros podemos ofrecerles una descripcion, aunque sucinta, del combate de Esquirol y derrota del General Paredes, *hecha por un testigo ocular*, actor en aquel drama.

Léase la carta que sigue, una de las muy curiosas que hemos recibido del bravo coronel carlista D. José Leon y de San German:

«A E. Flavio, Conde de X***.—Cárcel pública de Barcelona (1), á 1.° de Agosto de 1870.—Mi muy querido

---

(1) Este leal carlista era en 1868 apoderado del Conde de Morella en Tortosa. Fué preso el 1.° de Enero de 1869 y conducido á Barcelona; logró fugarse de la prision, pero fué apresado de nuevo y encerrado en Monjuich, y luego en la cárcel de Barcelona, en cuya cárcel permaneció hasta Octubre de 1870.—En la campaña de 1848 fué Capitan de los Guias del Conde de Morella.

amigo: doloroso es para mí el estar preso, pues me encuentro en la imposibilidad de procurar á V. los abundantísimos datos *inéditos* que poseo relativos á las campañas de 1848 y 1849, pues tengo mi diario de operaciones, mi hoja de servicios, mis despachos etc., encerrados en una caja de hoja de lata, que á la sazon se encuentra enterrada, con otros papeles, debajo de una roca, en las orillas del... y en término de.....

Pero como si estuviese presenciando los hechos en este momento, puedo dar á V. los apuntes que adjunto, en la inteligencia de que son enteramente exactos.

Accion del Esquirol y derrota del General Paredes.— Las fuerzas carlistas del brigadier D. Marcelino Gonfaus (*Marsal*) y las del brigadier Borges, que formaban en junto unos 800 infantes y 30 caballos, salieron de Susqueda y se reunieron con la fuerza del coronel Solanich, el dia 1.° de Noviembre, en el punto vulgarmente llamado *Cantoni Gros*.

Habiendo sabido que Paredes estaba con su columna, compuesta de 700 infantes y 40 caballos, en el pueblo del Esquirol, hicieron alto las fuerzas carlistas.

El General enemigo salió de aquel pueblo, tomando la direccion del Grau, y al llegar cerca de Cantoni Gros, le atacaron nuestros soldados.

Los isabelinos desplegaron guerrillas, y la fuerza de Marsal se batia ya en retirada por escalones, cuando el brigadier Borges dió un grito entusiasta de ¡*viva el Rey*! y atacó al enemigo á la bayoneta.

Este ataque fué secundado por toda la fuerza carlista, inclusa la de caballería, al mando de Marsal, que cargó con denuedo y bizarría.

La columna de Paredes no pudo resistir el empuje, y ante las bayonetas y lanzas carlistas huyó en desórden, y

fué acuchillada sin piedad, haciéndosele 100 prisioneros y habiéndonos apoderado de cinco mulos de la brigada.

Paredes perdió el sombrero de tres picos y su caballo, y fué perseguido de cerca por nuestros lanceros, pero no quiso entregarse.

Algunos dispersos se encerraron en Cantoni Gros, pero el General Paredes, con una pequeña fuerza, no paró hasta Vich.

Hubo muchos muertos y heridos entre los constitucionales, pero los carlistas apénas tuvieron 13 de los últimos.

Nada más puedo decir á V. en este momento acerca del glorioso combate del Esquirol...»

Tal fué, segun nuestro amigo Leon y de San German, esta memorable accion.

De manera, que cuando el General Córdoba esperaba *exterminar* á los carlistas, estos correspondian á sus esperanzas..... exterminando la columna del General Paredes.

Triste escarnio de la suerte!

Pero no fué esto sólo.

Bien pronto ocurrió otro notable hecho de armas, que dió un nuevo triunfo á los carlistas, mandados por el General Cabrera.

Dejemos hablar al historiador citado, que luego hablarémos nosotros.

«Pásanse pocos dias,—dice,—y á los quince de Noviembre, en Aviñó, sucede el hecho de armas más notable que en Cataluña acaeció en todos los años de aquella guerra. El brigadier Manzano, que tanto se habia distinguido en ella por su constancia incansable en la persecucion de los carlistas, y al que ningun revés notable habia contristado, debia sufrir una derrota de que no habia ejemplo. Yendo

dicho brigadier en persecucion de Cabrera, con una columna de unos 800 hombres y 40 caballos, supo en Artés, donde pernoctaba, que Cabrera con los suyos estaba en Aviñó, y determinó atacarle á la madrugada del siguiente dia 16.

Está situada la poblacion de Aviñó al extremo de un llano cerrado por altas montañas y por el rio Gabarrésa, vadeable en muchos puntos. Allí estaba Cabrera con algun otro jefe, cuando Manzano con su columna entró en la llanura, y sin dejar el General carlista la ventajosa posicion que ocupaba, observó los movimientos del enemigo. Este creia poder arrollar al suyo dentro del pueblo, á cuyo objeto destinó dos compañías á su izquierda para que interceptaran los puntos de la montaña por donde pudiera escaparse el carlista, y á la derecha otras dos compañías que hizo situar á la otra parte del rio Gabarresa. La caballería quedaba á retaguardia, sin entrar en accion.

Á esto Cabrera iba destinando tambien sus tropas segun los movimientos de las contrarias. Tristany con alguna fuerza salió á recibir á las compañías que se habian internado en la montaña, y despues de algunas descargas adquirió decidida ventaja sobre ellas: al mismo tiempo, saliendo del pueblo Marsal con unos 100 caballos, se puso entre la partida que habia atravesado el rio y el cuerpo principal de la columna de Manzano, que atacada con inesperado denuedo por los carlistas, con Cabrera al frente, fué batida en pocos momentos y puesta en dispersion, á pesar de los esfuerzos del brigadier Manzano que pretendia reanimarla. Sus restos fueron perseguidos por los vencedores, y á los gritos de cuartel que daban Cabrera y sus subalternos fueron rindiéndose soldados y jefes, incluso el valiente Manzano, que oyó de Cabrera las más lisonjeras expresiones por el valor que habia demostrado.

Pocos fueron los de la columna que se escaparon, si se exceptúa la caballería, que sin haber desenvainado los sables debió su salvacion á la precipitada fuga en que se puso. Cerca de 500 fueron los prisioneros, y muchísimos más los fusiles que quedaron en poder de los montemolinistas (1).»

Tal es el relato que nos hace el historiador aludido.

Manzano (2), uno de los jefes más instruidos y más valientes del ejército español, fué derrotado y hecho prisionero por las *desacreditadas partidas de trabucaires.*

Véase ahora lo que nos dice, sobre este combate de Aviñó, nuestro distinguido amigo el coronel carlista Sr. Leon y de San German, quien, como se verá por el relato, tomó parte activa en la citada pelea:

«*Accion de Aviñó.*—En Noviembre de 1848 el Conde de Morella, teniendo á sus órdenes á los jefes carlistas Borges, Marsal y Tristany, con sus respectivas fuerzas, que ascenderian á unos 2.000 infantes y 200 caballos, se encontró cerca de Aviñó con la columna del brigadier Manzano, que la formaba el regimiento de la Union.

El General Cabrera mandó tomar el pueblo de Aviñó con fuerzas de Marsal, y el brigadier enemigo mandó formar una masa dentro de una viña, con las compañías de preferencia de su columna, escalonando las demás fuerzas de su mando en un pinar, apoyando de este modo la indicada masa.

El General carlista mandó el ataque á la bayoneta del modo siguiente: destinó contra la masa la compañía de Guias de su cuartel general, y otra compañía de cazadores de la fuerza de Tristany, y la demás fuerza la destinó

(1) *Historia de D. Cárlos*, pág. 400 y siguientes.

(2) Pocos años hace falleció en la Habana, siendo Capitan general de la isla de Cuba.

á flanquear la fuerza escalonada en el pinar por Manzano.

Dada la señal de ataque, se arremetió con bravura á la bayoneta contra el enemigo, y sin disparar un tiro, la masa fué deshecha y sus indivíduos quedaron prisioneros de las fuerzas del Rey.

Rendidos á discrecion, el brigadier Manzano tuvo que sufrir la más grande humillacion, hasta el punto de entregar su espada *á mí mismo*, que era capitan de guias del general en jefe.

La caballería enemiga, cargada por la carlista, emprendió vergonzosa fuga, yendo á encerrarse en Manresa. La fuerza escalonada en el pinar fué arrollada y hecha prisionera, salvándose tan sólo dos compañías que se encerraron en una casa de campo.

Tanto el brigadier Manzano como la fuerza de su mando hecha prisionera, fueron tratados por el Conde de Morella de un modo digno y humano, en prueba de lo cual, concluida la referida campaña, pasó el indicado brigadier Manzano á Tortosa, y estando alojando en casa del Excelentísimo Sr. Marqués de Tamarit, elogió infinito al General carlista y á sus subordinados, por el buen trato que de ellos habia recibido.»

Resultó, por lo tanto, lo que no podia ménos de resultar.

El General Córdova, el mismo que se proponia exterminar á los montemolinistas, fué *exterminado* por el Gobierno.

Esto es: hallábase aún en Igualada disponiéndose á salir á campaña, cuando recibió la noticia de la espantosa derrota de Aviñó.

¿Cuál sería la sorpresa del Marqués de Mendigorría? — Fácil es adivinarlo, sabiendo que montó á caballo inmediatamente, llegó á Barcelona, escribió su dimision y

la remitió al Gobierno por medio del General Mata y Alós, jefe del Estado Mayor general.

Los carlistas de Cataluña, á pesar de estár *desacreditados* y ser unos cuantos *trabucaires*, ya que no *facinerosos*,—como dijo en más de una ocasion el Marqués de Novaliches, habian sacrificado la miseria de cinco Capitanes generales en poco más de un año.

El Marqués del Duero sucedió al Sr. Mendigorría, y llegó á Barcelona el 23 de Noviembre.

Ya sabemos cuáles fueron sus primeras hazañas.

Pero la Providencia le tenia tambien reservados algunos *golpes de efecto.*

En San Lorenzo de la Mubga fué derrotada una columna isabelina hácia los primeros dias de Diciembre, y en Albañá de la Frontera fué batido el coronel Vega por las fuerzas que mandaban Estartús y Saratagal, perdiendo el constitucional más de 200 hombres entre muertos y heridos.

Concha, exasperado por tantos reveses, se puso á la cabeza de las tropas, y se dirigió al Ampurdan.

Y á los pocos dias, anunciaba *El Fomento* de Barcelona, y reproducia la *Gaceta*:

«Cabrera quiere hacer entender que desea un encuentro con las tropas del General Concha y aun se nos ha asegurado que reune al efecto algunas gavillas. Sin embargo, no creemos que á tanto se atreva un personaje que ha hecho poquísimas proezas desde que se encuentra en Cataluña (1).»

Verdad es que á los pocos dias (el 29) anunciaba el periódico oficial:

«Una ligera indisposicion, un constipado á lo que pa-

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 5219, 27 de Diciembre.

rece, ha detenido al General Concha dos ó tres dias en la Garriga. Hoy sigue notablemente aliviado, y tal vez mañana mismo continuará la interrumpida marcha y las operaciones que tiene concebidas para batir á las facciones.»

No sabemos cuáles sérian estas habilísimas concepciones estratégicas del Marqués del Duero, pues bien pronto acaeció el combate de las Plánas, descrito de este modo por la *Gaceta de Madrid*:

«El General en jefe del ejército de Cataluña desde Vich el 12 del actual manifiesta haber emprendido sus operaciones contra el enemigo, las cuales no ofrecian todavía un resultado decisivo, si bien principiaron el dia 10 por un encuentro sostenido en las Planas por la brigada Hore contra Cabrera, el cual hubo de retirarse á pesar de haberse presentado con el duplo de fuerzas de las que tenia la brigada Hore.

El 11 tambien fué arrojado Cabrera de Amer por el General Nouvilas pronunciando los enemigos la retirada en direccion á Susqueda.

El segundo cabo con fecha del 13 dice: que el 12 fué alcanzado Cabrera en Susqueda y que en su retirada iba perseguido por las columnas de cazadores (1).»

Pero véase lo que nos dice el Sr. Leon y San German acerca del combate de las Planas—que ningun historiador ha referido todavía:

«*Accion de las Planas.*—Corria el mes de Enero de 1849 cuando el General Cabrera se hallaba en Amer, junto con su subordinado el brigadier D. Marcelino Gonfaus (*Marsal*), con unos 700 hombres; tuvo el primero noticia de que la columna isabelina mandada por Hore y com-

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 5241, 18 de Enero de 1849.

puesta de unos 1.000 hombres venía del pueblo de San Feliu de Pallerols hácia Amer.

Al instante manda Cabrera poner en movimiento sus tropas en busca del enemigo, tomando la falda del monte paralelo al camino que seguia aquel, y en punto oportuno se hizo alto, esperando emboscados los carlistas á Hore.

Este, con muchísimas precauciones militares hacía su movimiento de avance, yendo á vanguardia tres compañías recorriendo el terreno, parándose y formando en masa en cada kilómetro.

Cuando el silencio era sepulcral y el enemigo indeciso iba adelantando con más miedo que bizarría, se disparó un fusil de un voluntario carlista, y entónces todo quedó descubierto: avanzan á la carrera las compañías de preferencia de los carlistas y se rompe un fuego terrible sobre el enemigo. Manda el General carlista una tras ótra compañías al toque de ataque, á reforzar los que se estaban batiendo, generalizándose la accion.

Los isabelinos atacan á la bayoneta y son rechazados con grandes pérdidas. Leon que servia de escolta al General Cabrera, recibe la órden de atacar por el flanco con dos compañías, y embistiendo al enemigo le hace retirar.

Á todo esto llega la noche y Hore se retira con muchos heridos, dejando en el campo vários muertos y yéndose á pernoctar á San Feliu de Pallerols: el Conde de Morella regresó triunfante á Amer.

La pérdida del enemigo fué considerable en muertos y heridos, y los carlistas tan sólo tuvieron algunos de estos.»

Compárese la pequeña y ambigua nota de la *Gaceta* con la relacion del Sr. Leon y de San German, testigo y actor en el campo carlista, y juzgue el lector.

Entónces, á los pocos dias, ocurrió la accion del Paste-

ral, descrita en estos términos por el historiador citado en las páginas anteriores:

«Estaba Marsal situado en el punto del Pasteral, y tenía establecido un puente de madera para asegurarse el paso del rio Ter, con grave perjuicio de los planes que el Capitan general habia concebido para la persecucion. Mengua parecia que los carlistas estuviesen tranquilos en medio de aquel contínuo movimiento de columnas que les perseguian, y que defendieran un punto que les prometiera alguna seguridad; por cuyo motivo sin duda llevaria el encargo de destruir el puente el coronel Ruiz con una columna de unos 1.300 hombres y 50 caballos. Los carlistas tenian tomada la fuerte posicion de la montaña del Pasteral, y estaban parapetados detrás del puente, cuando el 26 de Enero de 1849 les atacó el coronel Ruiz con su columna.

Con indecible ardor acometió éste la empresa del puente, y en medio de la fuerte resistencia que opusieron los carlistas, llegó á pasarlo, no sin tener muchas pérdidas, entre otras la de una guerrilla de 20 hombres, que fué hecha prisionera. En este estado llega Cabrera al lugar de la accion, reanimando con su presencia y los nuevos refuerzos á las filas montemolinistas, cuya suerte ya no andaba malparada. Entérase con su mirada penetradora de las circunstancias del terreno y de la posicion de las fuerzas respectivas, y dispone que Marsal con su fuerza vadee el Ter con el objeto de colocarse á la otra parte del puente, cerrando así la retirada á la columna de Ruiz, que atacada de frente por Cabrera, y teniendo á retaguardia á Marsal, no tuvo más recurso que dispersarse en pequeñas partidas. Pasados los primeros momentos del ataque se reanimáron las tropas y se reunieron, formando una masa que fué dispersada por tres cargas consecutivas de la ca-

ballería, mandada por Cabrera, que constaba de unos 170 caballos. La noche los sorprendió en el combate, y á beneficio de ella se retiraron las fuerzas de Ruiz al inmediato pueblo de Sellera, cuyas casas tomaron. En esto intenta Marsal rendirles, á cuyo objeto ofrece prèmios y recompensas á aquellos de los suyos que se atrevan á asaltar las casas y prenderlas fuego, á lo que se brinda la muchedumbre. Á pesar de las tinieblas de la noche, se hacen los aprestos necesarios, y en pocos instantes se ven cercadas de leña las casas y principian á arder, en los momentos mismos en que los más atrevidos de los carlistas, subiendo á los tejados, se empeñaban en rendir á los valientes soldados de la Reina, que con su fuego llegaron á arrojarlos.

Comprometida era la situacion de las tropas al amanecer del 27, cuando vino á sacarles del apuro la columna del coronel Nouvilas, quien mandó á un batallon que vadeara el Ter para dar pronto auxilio á los sitiados. Los carlistas no temian los refuerzos de sus enemigos, ni huian de la nueva columna, pues la atacaron con ardor; pero la artillería que ésta llevaba, con sus inesperados disparos de metralla los puso un momento en desórden, y aunque muy luego reanimados, hizo que se pronunciaran en retirada, perdiendo parte de los muchos prisioneros de la jornada anterior.

Grandes fueron las pérdidas, sobre todo en heridos, por una y otra parte; siendo la más notable la herida que recibió Cabrera en el muslo.

Los carlistas no huyeron, á pesar de haberse retirado el segundo dia de la accion, pues con tranquilidad curaron sus heridos en la vecina poblacion de Amer. Á pesar de la activa persecucion con que les iban encima, y del número crecido de columnas que la presencia de tantos enemigos

y la noticia de la batalla del Pasteral habian llamado al Ampurdán, no dividieron sus fuerzas ni trataron de evaporarse, como era creible, sino que continuaron reunidos en el mismo terreno, pasando el 30 por cerca de Gerona una fuerza de infantería y 120 caballos al mando de Marsal (1).»

Tal fué la accion del Pasteral, la más notables de todas las que ocurrieron en la campaña de Cataluña.

Una verdadera batalla, sino por el número de combatientes, por las acertadas combinaciones estratégicas que realizó el General Cabrera, cuyo génio militar y cuyo valor heróico supieron contrarestar los poderosos esfuerzos del envalentonado enemigo.

Véase como la describe el Sr. Leon y de San German, testigo y actor:

«Corria el mes de Enero de 1849, cuando llegó al pueblo de Amer el Conde de Morella con su Estado Mayor, su compañía de guias y los ordenanzas de caballería, encontrándose en dicho pueblo con el brigadier Marsal y algunas compañías de su fuerza y 20 caballos. Al poco rato se dió aviso de que la columna de Ruiz, procedente de Gerona, venía hácia Amer y estaba cerca del Pasteral. Sabido esto, salieron inmediatamente dos compañías, una de cazadores y otra al mando del capitan D. Gabriel Leon y de San German hácia el Pasteral, en cuyo lugar tomaron un punto que dominaba el puente por debajo del cual pasaba el Ter; dichas compañías rompieron inmediatamente el fuego, al avistar el enemigo, que á toda prisa iba á pasar dicho puente.

Al oir las descargas el General Cabrera, monta á caba-

(1) *Historia de D. Cárlos*, pág. 406 y siguientes.

llo y junto con toda la fuerza sale de Amer á la carrera y se dirige hácia el Pasteral.

Al llegar al frente del enemigo, el General carlista mandó á D. José Leon y de San German que con la fuerza de su mando vadeara el rio y desalojara de la orilla opuesta al enemigo, lo que efectuó, logrando su objeto, hasta tal punto que el enemigo se echó en vergonzosa fuga en vista de la persecucion, encerrándose, por fin, en una casa de campo.

Al propio tiempo D. Ramon Cabrera pasó el puente sobre el Ter y persiguió al enemigo á la bayoneta, el cual no tuvo otro recurso que huir en vergonzosa derrota encerrándose en el pueblo de la Sellera.

El brigadier Marsal, con 20 caballos, dió repetidas cargas á la caballería de aquella columna.

Por la noche del mismo dia de esta accion llegaron 3 batallones carlistas y unos 300 caballos.

Durante esta noche se hicieron esfuerzos inauditos para hacer rendir las armas á la fuerza enemiga, encerrada en dicha casa de campo, mas todo fué en vano, aquellos valientes no se quisieron entregar.

Al amanecer vimos llegar por el valle del Ter cuatro columnas, lo cual hizo que el General carlista dispusiera la fuerza de su mando del modo siguiente: hizo colocar dos columnas, una á la derecha y otra á la izquierda del rio, Ter y la caballería la destinó al centro del valle.

Rompióse el fuego de artillería y fusilería por ambas partes y serian las 10 de la mañana cuando una bala enemiga atravesó el muslo del Conde de Morella, no impidiendo sin embargo tal percance que la fuerza carlista siguiera con una disciplina admirable, rechazando con heroicidad á toda prueba las huestes enemigas.

Al anochecer entraban las tropas isabelinas en el pue-

blo de Amer, situándose Leon con las compañías de guias del cuartel general y otra de granaderos del batallon de Marsal encima del referido pueblo, sosteniendo la retirada, haciendo el enemigo un nutrido fuego de artillería para desalojarlo de aquel lugar, lo que no pudo conseguir.

Llegada la noche, el General Cabrera, tendido en una camilla, llevada por sus queridos Guias, emprendió la retirada hácia la ermita de San Martin.»

La noticia de la batalla del Pasteral circuló rápidamente por España entera, á pesar de los manejos empleados por el Gobierno para que quedase ignorada

Y mientras los tres periódicos más servilmente ministeriales, *El Fomento*, de Barcelona, y *El Heraldo* y *El Siglo*, de Madrid, anunciaban con inaudito descaro que los *asquerosos grupos de trabucaires* desaparecian rápidamente y huian siempre con una cobardía sin ejemplo delante de las tropas leales, España entera, repetimos, oyó referir los detalles del combate del Pasteral, despues de haber oido poco hacía los que se referian á las ignominiosas derrotas del General Paredes y del brigadier Manzano.

Pero seguramente que el Gobierno no esperaba hallar contestacion cumplida á las ridículas declamaciones y grotescas baladronadas de aquellos periódicos, y aun de la *Gaceta* de Madrid, en otro periódico moderado, ministerial, *narvaista*,—pero de conciencia más recta, de carácter más independiente y noble.

Tiempo hacía ya que un periódico progresista habia tomado por empeño decir la verdad sobre la campaña de Cataluña, cuyos hechos, desfigurados por el Gobierno, no se conocian en parte alguna.

El Clamor público, que es el periódico aludido,—decia en cierta ocasicn, refiriendo la sorpresa de Igualada, que

ya hemos referido tambien nosotros, y apostrofando duramente, aunque con justicia, á los periódicos ministerialísimos que todo lo pintaban de color de rosa:

«.....Cuatrocientos *matinés* tuvieron la osadía de penetrar en esta ciudad, una de las más importantes del Principado, á pesar de hallarse guarnecida por 1.600 hombres.

Recomendamos su lectura (la de la carta de Igualada que *El Clamor* insertaba) al *Siglo* y al *Heraldo*, para que procuren no ponerse en ridículo queriendo hacernos tragar paparruchas inverosímiles (*sic*).»

Pero esto mismo,—más todavía,—era menester que lo dijese un periódico ministerial, un periódico moderado *pur sang*, y este fué *La España*.

Decia así el periódico idólatra de Doña María Cristina, en un largo artículo que causó en Madrid sensacion profunda.

«Grande empeño ha puesto *El Fomento* (de Barcelona) en atenuar la importancia de las partidas facciosas que recorren las provincias del antiguo Principado; y así es que todos los artículos en que nos hemos propuesto llamar hácia ellos la atencion del Gobierno, han merecido de nuestro colega apasionadas réplicas, suponiendo que abultamos los acontecimientos, que damos á los *trabucaires* más importancia de la que merecen.

...Si place así á *El Fomento*, serán *asquerosos* los grupos que componen las facciones; no harán en Cataluña las partidas de *trabucaires* más que lo que hicieron en Crevillente Jaime *el Barbudo*, y en Andalucía el famoso José María; pero despues de todo quedará en pié un hecho notabilísimo: que numerosas fuerzas del ejército de todas armas, con Generales, con Estado Mayor, con puntos fortificados y divididas en muchas columnas no alcanzaron á exterminar los *asquerosos grupos*; que estos se aumentan, que penetran en poblaciones importantes,

que bloquean y ponen á contribucion los pueblos del Principado, que mantienen, por último, vivas las esperanzas de los revolucionarios y carlistas, inquieta á la Nacion y exhausto el Tesoro.

Partidas de foragidos que pueden tanto, son sin disputa atendibles, y como su existencia es afrentosa para todo Gobierno y para todo país, permítasenos que insistamos en la necesidad de su pronto, de su inmediato *exterminio* (1).

El Gobierno por su parte, ahora que envía cinco Generales y algunos batallones (2) MÁS, para perseguir esos *grupos asquerosos*, debe quedar muy contento del periódico barcelonés.

En nuestro juicio, ni á las provincias catalanas proporciona gloria dejarse dominar de unas cuantas *cuadrillas de bandoleros*, ni es para el ejército muy honroso que hasta ese punto se rebaje la importancia de las facciones, ni esperaria muy buen lugar en la historia á un Gobierno que no encontrase medio de vencer á unos pocos malhechores.

Esforzándose *El Fomento* para empequeñecer á esas facciones, las engrandece, y no será extraño que fazañas tan maravillosas como las de eludir la persecucion de un ejército numeroso y valiente, proporcionen á Planademunt, Estartús, Bou, Saball y otros cabecillas, la gloria de ser-

---

(1) Frase de cajon, que no se les cae de la boca á los benditos liberales, cuando tratan de perseguir á los carlistas.—Desde Zea Bermudez y Martinez de la Rosa, hasta D. Juan Prim y D. Práxedes Mateo Sagasta, está hablándose en las regiones oficiales del *exterminio* de los carlistas,—que no serán *exterminados*.

(2) En efecto: el ejército isabelino de Cataluña fué aumentado en poco tiempo hasta componer el respetable número de 50.000 soldados, bajo el mando del General Concha.

vir algun dia para héroes de leyendas cási fabulosas (1).»

Continúa de esta manera el periódico moderado satirizando amargamente, pero con finísima ironía, el necio ministerialismo de *El Fomento*, y copia en seguida una carta que le habian dirigido de Barcelona, en la cual hay este párrafo:

«Lo peor para el Principado es que el Gobierno de S. M. se forme ilusiones acerca de las cosas que aquí pasan, y que se adormezca en imaginarias esperanzas de que todo ha de terminar cuanto ántes, á lo cual parece que tienden á conducirle los partes que se publican de la capitanía general.»

Ridiculiza luego estos partes, de que están llenas las *Gacetas* de la época, y dice muy oportunamente:

«Várias veces ha sucedido que entran los *matinés* en alguna villa en que hay un corto destacamento. Este, como es natural, en vista de fuerzas triples, se encierra en su casa-fuerte y desde allí dispara alguno que otro tiro á los facciosos que divisa.

Estos se pasean á su sabor por la poblacion; cobran las contribuciones de los particulares; réquisan algun caballo ó silla de montar; compran los efectos que les hacen falta y no encuentran en los montes; alistan algun tunante (2) cansado de trabajar y que quiere probar la vida aventurera; y cumplido ya su objeto, regresan á sus guaridas.

A poco tiempo aparece el parte de que los facciosos intentaron apoderarse de tal ó cual poblacion, pero que á consecuencia de la enérgica resistencia del destacamento que la guarnecia, tuvieron que emprender una vergonzosa fuga, etc.....»

(1) *La España*, periódico político de Madrid—16 de Setiembre de 1848.

(2) Muchas gracias por tanta cultura.

No se puede decir más.

Si el periódico moderado hubiese escrito el artículo que antecede después de las derrotas de Esquirol, Aviñó, las Planas y Pasteral, ¿qué habria dicho?

Por lo demás, los carlistas, conducidos á la pelea por el héroe de Morella, compraron bien cara la victoria—que victoria fué, y muy señalada, para el estandarte legitimista la brillante accion del Pasteral, sostenida por los *desacreditados trabucaires* contra inponentes fuerzas, de todas armas, de tres Generales isabelinos.

Cabrera, el invicto soldado de Morella, habia sido herido gravemente.

¡Otra vez le cupo la gloria de derramar su sangre por la causa legitimista!

Prescindamos ahora, y por algunos momentos, de este infausto suceso, á fin de cerrar en este capítulo el largo relato de la campaña de 1848.

CAPÍTULO XIII.

Partes oficiales y extra-oficiales.

Por lo comun, suelen decir los españoles de un solemne embustero:

—Miente más que la *Gaceta*.

Y en ninguna ocasion puede demostrarse la oportunidad y exactitud de esta vulgar locucion, como en el presente capítulo, en el cual nos ocuparémos, aunque ligeramente, de extractar los *partes oficiales* que hacía insertar en la *Gaceta* el Gobierno de Madrid, y los *remitidos* que tenian la desfachatez de publicar los periódicos ministeriales.

Ya volverémos á encontrar al ilustre General carlista restablecido de sus heridas y guiando otra vez el combate á las tropas del Sr. D. Cárlos VI.

Grima causa, es verdad, pasar la vista por los *papeles* moderados de aquellos dias.

Y no ya grima, sino pena y aun asco, hojear el periódico oficial y procurar en vano hallar en él la verdad de lo que pasaba en Cataluña.

Juzgue el lector, si tiene paciencia para acabar de leer este capítulo.

¿Parte oficial en la *Gaceta* de la derrota del General Paredes?—No hay que buscarle.

Lo único que hemos hallado es la siguiente *recomendacion* del Capitan general, relativa á la accion de Albañá:

«Excmo. Sr.: No puedo ménos de recomendar á V. E. el brillante comportamiento observado por las fuerzas que sostuvieron la accion de Albañá, de que tuve el honor de dar cuenta á V. E. en oficio de ayer; pues ha sido tal su bravura, que ha causado la admiracion de todo este país, siendo tambien digno de la superior consideracion de V. E. el tino y acierto con que ha dirigido las operaciones el teniente coronel mayor D. José Vega, primer jefe del batallon de cazadores de Figueras, núm. 8, sin embargo de la reprension que le dí por haber atacado al enemigo, superior en número, en un pueblo difícil por su posicion y aspillerado: muy particularmente de los heridos, cuya relacion remitiré á V. E. mañana, por si se sirve elevarla á la de S. M la Reina (q. D. g.), no por haber recibido las heridas, sino por el arrojo y decision con que fueron á buscar una muerte gloriosa (1).»

Como se vé, el parte es bástante *explicativo*.

Pero seguramente se sorprenderán nuestros lectores, al leer que se *recomendaba* á los soldados de la accion de Albañá, en la cual fué derrotado completamente el coronel Vega.

Por supuesto que *el oficio de ayer*, á que se refiere la anterior comunicacion, no lo hemos encontrado en el periódico oficial, lo cual nos prueba que en él se darian ex-

(1) *Gaceta* de 24 de Diciembre de 1848, núm. 5.216.

plicaciones detalladas sobre el arrojo y decision con que los soldados isabelinos fueron—segun dice el parte que antecede—á buscar una muerte gloriosa.

Pero aun cuando es inútil hojear la *Gaceta* para buscar en sus columnas los *partes oficiales* de las funciones de guerra que hemos descrito, no lo es para hallar en *todas* algunas cómicas y sabrosas relaciones de *hechos míticos*—y vaya en gracia el adjetivo, ya que estamos en tiempos del reinado de la *Porra*,—por el estilo del siguiente, que publicó *El Fomento* de Barcelona y acogió en sus columnas el periódico oficial con una fruicion tan intencionada como ridícula y hasta grotesca:

«Anteayer (el 14 de Noviembre), Cabrera, los Tristanys y otros cabecillas, pasaron por el pueblo de Suría, en número de 500 hombres, siguiéndoles la pista la columna del distrito, al digno mando del benemérito brigadier Manzano, que, si consigue darles alcance, les dará una buena leccion. Parece que entre ellos (*aquí empieza lo bueno*), existe una fuerte excision, habiéndose dividido en dos bandos, de los cuales el uno reconoce á Cabrera y el otro á Castells, por Capitan general del Principado. Si bien parece que tiempo hace existe semejante division, no obstante cada dia adquiere mayor fuerza, en términos de perseguirse ya unos á otros, y es porque ambos á la vez quieren para sí el cobro de las contribuciones (1).»

¡Tal ha sido siempre el sistema del partido liberal, llámese moderado, unionista, progresista ó cimbro!

Engañar al pueblo es el gran dogma político de la malhada escuela doctrinaria, inventada por el descreido monsieur Guizot é imitada servilmente por los liberales de

---

(1) *Gaceta de Madrid.*—22 de Noviembre de 1848, núm. 5.184.

aquende el Pirineo—humildes satélites de aquel astro refulgente de la Monarquía de Julio.

Demasiado les constaba á los redactores de *El Fomento*—papelito barcelonés *á la devocion* de los *vireyes* de Cataluña—y más aún le constaba al Gobierno de Madrid—pues no habia de constarle?—que tales paparruchas no merecian siquiera la honra de ser leidas por las personas de mediano criterio.

Pero la cuestion era otra muy distinta: desacreditar, desacreditar, desacreditar.

Y es poco por ventura?—Con las armas de la calumnia y del descrédito se consiguen á veces triunfos mas brillantes que con las bayonetas y los cañones.

Maroto preparó su infame traicion desacreditando y calumniando torpemente, delante de los batallones carlistas que formaban la guardia pretoriana de aquel General traidor, al bondadoso, al pio, al bueno y recto D. Cárlos María Isidro.

¿Qué tiene de extraño que el Gabinete de Madrid hiciese insertar en la *Gaceta* las paparruchas que dejamos copiadas?

En todas las causas hay hombres de ánimo apocado, de espíritu vacilante é indeciso, de corazon flaco y voluntad sin energía: y si noticias por el estilo de la inventada por *El Fomento*, y que reproducia alegremente la *Gaceta*, llegaban á circular sin correctivo por todos los ámbitos de España, la natural consecuencia habria sido, la indecision primero, el abatimiento y hasta la vergüenza más tarde, en no pocos partidarios de la causa carlista.

Maquiavélico sistema, digno de los tiempos de los Borgia, que suele producir, y ha producido infortunadamente, opimos frutos en provecho del bando liberal.

Pero el Gobierno y los periódicos ministeriales, que pre-

tendian *embaucar* al país contándole chismes propios de mujerzuelas, se olvidaban de este refran español: «donde ménos se piensa, salta la liebre.»

Y la liebre en esta ocasion fué un periódico liberal de Madrid, *más progresista hoy que ayer, y mañana más que hoy*, titulado *El Clamor público*.

Como ya hemos dicho en páginas anteriores, los partidos ultra-liberales, vencidos en las calles de Madrid á pesar de la sangre del General Fulgosio (1), hacian una oposicion terrible, demoledora, al gobierno moderado y en especial á los *espadones*,—como entónces se llamaba á los jefes militares de este partido.

Los Atmeller, los Baldrich, los Tomas, los Escoda y otros muchos alzaron en Cataluña la bandera anti-dinástica *centralista*, aliándose hasta cierto punto con el partido de la legitimidad con el fin de derribar *lo existente*: es decir, el trono de Isabel II.

Y habia más aún.

Como el augusto príncipe D. Cárlos Luis se hallaba á la sazon en Lóndres, y era objeto de las atenciones más obsequiosas y distinguidas por parte del Gabinete de Saint-James, no faltó quien hizo correr la voz de que la Gran Bretaña trataba de apoyar eficazmente la causa carlista,—toda vez que doña Isabel II, entregada al partido político más *reacionario*,—en el sentido ménos liberal que puede tener esta palabra,—se habia hecho indigna de la proteccion de Inglaterra.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que *El Clamor público*, hábil representante en la prensa madrileña del partido centralista, era á la par el fiscal más inflexible de

(1) El mismo que tomó parte tan activa en la *marotada* de 1839. ¡Juicios de Dios!

todas las torpezas, de todas las sinuosidades políticas del Gabinete de Madrid.

Y por ende, el que levantaba el velo del misterio en la cuestion de Cataluña, por grande que fuera el empeño del Gobierno en que el velo continuara corrido.

Así es que las columnas de *El Clamor* desde Mayo de 1848, y aún ántes, hasta la conclusion de la guerra en 1849, son una crónica bien escrita de los hechos ocurridos en el Principado, y una terrible é interminable filípica enderezada al Gobierno.

Resultado: que los excelentes corresponsales del diario progresista descubrian lo que el Gobierno se empeñaba en tener oculto,—empeño tan ridículo como inútil, que redundaba en último lugar en perjuicio del mismo Gobierno.

Verdad de á folio—dicho sea de paso—que no llegó á conocer *el partido de la suprema inteligencia*, como se llamaban á sí mismos, con una modestia sin ejemplo, los hombres más importantes y quizá los ménos *inteligentes* del partido moderado.

El General Córdoba, el General Narvaez, la *Gaceta* y los diarios ministeriales ocultaron estudiadamente el triste resultado del combate del Esquirol; pero el inflexible periódico progresista apareció una mañana con la siguiente carta de un corresponsal:

«Barcelona 3 de Noviembre.

Acaban de decirme que la columna del General Paredes, compuesta cási toda de compañías de preferencia de los Regimientos del *Rey* y del *Príncipe*, y 60 caballos del regimiento de *Santiago*, ha sido batida el dia 1.° por la faccion, en número de más de 1.000 infantes y 53 caballos, en la parte del Esquirol. Hemos tenido en la caballería muerto al teniente Romero, del escuadron de San-

tiago, que lo mandaba, cuatro soldados más y 12 caballos heridos.

En la infantería hemos perdido, á más de algunos muertos, cuatro oficiales prisioneros, tres del regimiento del *Rey* y uno del *Príncipe*, y al físico tambien de este regimiento y más de 50 soldados. La columna nuestra, después de haberse rehecho, se retiró á Roda.

Como el enemigo quedó dueño del campo, nada sabemos de ellos, continuando ayer posesionados de la posicion de la Bola (1).»

Cayó en Madrid como una bomba la carta de *El Clamor público*.

¿Cómo suponer que el *acreditado* General Paredes habia de ser derrotado en ningun caso por las *desacreditadas cuadrillas de bandoleros* que recorrian las montañas de Cataluña? ¿Cómo figurarse que los *grupos asquerosos* de que se burlaban (2) los escritores de *El Heraldo*, de *El Siglo*, de *El Fomento*, de la *Gaceta*, en fin, habian de destrozar á los bien organizados batallones del ejército isabelino?

«El tiempo confirma—añadia *El Clamor*—todos los pronósticos que los liberales han hecho, y nuevos desastres y nuevas desgracias que diezman el ejército de Cataluña, corroboran nuestra opinion sobre este asunto, que si dentro de poco no prevalece llorarán tarde los moderados su desengaño.»

Y no vale decir que estos—los moderados—eran víctimas de una horrible pesadilla.

Como leones se arrojaron sobre la carta del periódico pro-

---

(1) *El Clamor público*, periódico liberal, núm. 1.337, correspondiente al 8 de Noviembre de 1848.

(2) En la redaccion, por supuesto, no en el campo de batalla.

gresista los diarios encomiadores de los actos del Ministerio, y desmenuzándola á placer, y fingiendo otras correspondencias de Barcelona, trataron de desvirtuar el efecto que aquella causó en Madrid y en toda España.

A los tres dias, el inflexible diario progresista daba al público una nueva carta de Barcelona, que decia así:

«Al ver como los periódicos de esta (1) desfiguran el encuentro que tuvo el General Paredes con la faccion el dia 1.° del corriente, de la que el 3 dí á VV. conocimiento, me veo en la precision de volver á molestar su atencion para decirles, que lo que les anuncié en mi citada anterior fué mucho ménos de lo que realmente sucedió; en una palabra, la columna fué batida y dispersada, y á no ser por la serenidad, pericia y valor del comandante general del partido de Vich, el coronel Santiago, toda se hubiera perdido.

Los oficiales prisioneros fueron siete y el físico del batallon del Príncipe. Los soldados prisioneros cincuenta y uno. Sólo de la partida de caballería de Sagunto quedaron fuera de combate, entre heridos, muertos y prisioneros, veinticuatro, y muerto el teniente D. Santiago Romero.

Parece que hay algunos extraviados de quienes nada se sabe, entre ellos un capitan del regimiento del Rey, de modo que la pérdida en todos conceptos la hacen apróximarse á unos cien hombres (2).»

Y por si acaso aún no bastaban las dos cartas anteriores, *El Clamor* publicó tres dias despues una correspondencia de su corresponsal en Olot, que confirmaba cási por completo las del corresponsal barcelonés:

---

(1) Y de esa,—podia haber añadido.
(2) *El Clamor público* núm. 1.340, 11 de Noviembre de 1848.

«La pérdida que sufrió la columna del General Paredes en la accion del Grau, de que dí cuenta á VV. en mi última, ha sido más considerable de lo que creimos y escribí. Se ha sabido posteriormente por varios conductos, dignos de todo crédito, que tuvimos la sensible pérdida de 10 muertos, 19 heridos, unos 120 prisioneros, entre ellos seis oficiales y un físico, 21 caballos entre muertos, heridos y cogidos, la brigada compuesta de ocho mulos cargados de algun dinero, municiones y equipajes, y finalmente algunas armas de las de los prisioneros.

La dispersion fué completa en parte de la columna.

Con repugnancia doy á VV. estos tristes detalles, ya para cumplir en participarles noticias exactas, sean las que fueren, ya para que se vea el estado de la faccion y se comprenda que no siempre huye, ni siempre es batida, como quieren dar á entender los partes y los periódicos situacioneros. Y aun debo añadir á lo dicho, que la fuerza facciosa, segun noticias que merecen crédito, no era mayor que la de la columna (1).»

Los periódicos ministeriales, vencidos y humillados por el diario progresista, cambiaron de tono.

Es decir: se echaron á volar por los espacios imaginarios, y profetizaron que muy en breve quedaria exterminada la osada (2) rebelion carlista, porque las noticias al Gobierno no podian ser más favorables á la causa de la dinastía y *del órden*.

Pero pocos dias ántes habia dicho *El Clamor público*:

«El dia 26 del pasado se rindió el destacamento de la Bisbal, que constaba de 80 soldados: fué atacado por 800 facciosos y aprovechando la ocasion de la salida de

(1) *El Clamor público*, núm. 1.342; 14 de Noviembre de 1848.

(2) Ya confesaron que la rebelion era carlista, y osada—lo cual no es poco.

las tropas de la provincia de Tarragona que al mando de los Generales Boiguez y Galiano habian marchado hácia la orilla derecha del Ebro, pues temen la aparicion de Cabrera por las Garrigas.

Ayer se recibió la noticia de que á dos horas de Vich fueron sorprendidas tres compañías de infantería y hechas prisioneras. Parece imposible que el *El Heraldo* ose mentir con tanta desfachatez como lo está haciendo. Quizá no conoce él, y los que le aplauden, que está haciendo al país y al Gobierno mismo un mal de mucha consideracion. Me refiero al artículo de fondo que estampó el 30 del próximo pasado.

Despues de disparatar sobre Cabrera como lo haria un loco, haciéndole por la parte de Huesca con 300 hombres y otras sandeces por el estilo, concluye diciendo que iban persiguiéndole de cerca los Generales Uribe y Lersundi.

Sepa *El Heraldo*, si es que no lo sabe, que mientras estaba embaucando á los pocos lectores que creen sus paparruchas con tales inverosimilitudes, el General Uribe estaba muy distante de Cabrera, pues éste le jugó una treta y le salió por retaguardia otra vez en sus teatros de hazañas, y que el General Lersundi, aquel mismo dia que *El Heraldo* se le antojaba elevarlo por los llanos de Aragon, se estaba (con permiso de *El Heraldo*) á mi lado en el teatro del Liceo de Barcelona; y en fin, para probarle lo falso de sus asertos, mientras estarian hilvanando aquel tejido de embustes, las tropas leales de la Reina sufrian los fuertes descalabros en los prados de Amposta, en la Bisbal y en los alrededores de Vich, las columnas prisioneras, á las cuales han soltado despues de haberlas desarmado y despojado de sus vestidos.

Esta es la situacion del país.

Ahora les dirémos lo que hacen los Generales que nos mandaron de esa.

Antes de ayer salió por fin de esta el Capitan general Córdova con los Generales Lersundi, Mata y Alós, dos batallones de cazadores y un centenar de caballos y á más con dos músicas.

El Sr. Córdova llevaba una escolta de 38 oficiales de todas graduaciones.

Los célebres Boiguez y Galiano con otros 1.000 hombres están hácia Falset, y Oribe, reunido con Contreras, en la provincia de Lérida.

Unicamente el General Luna en la provincia de Gerona es el que se hace pedazos, él y sus soldados, no descansando ni de dia ni de noche.

La causa de todas las desgracias del país son: el General Pavía, *El Fomento* de Barcelona y *El Heraldo* de Madrid. Esta es la opinion de todos los moderados de Cataluña que de más cerca ven el estado de este Principado (1).»

Y añadia en el número del 16 de Noviembre.

«A pesar de la activa persecucion de las numerosas columnas destinadas á dar alcance á los partidarios del Conde de Montemolin, estos entran y salen como más les conviene en las villas y aldeas, las imponen tributos proporcionados á sus necesidades, ó en razon á las simpatías con que cuentan y se proveen de los víveres indispensables para su subsistencia.

Se vé pues que los carlistas no vagan, como se quiere suponer, errantes y fugitivos por las breñas y asperezas, y que tampoco es cierto que se atrevan sólo á penetrar en los lugares de corto y reducido vecindario, lejanos de

(1) *El Clamor público*, núm. 1.337, 8 de Noviembre de 1848.

los sitios donde están comunmente las tropas, porque ciertamente no dan pruebas de ello, entrando á la luz del dia en Villanueva y Geltrú, y acercándose á las murallas de Barcelona.»

El Clamor no perdonaba á los diarios ministeriales.

Hé aquí en qué términos anunció el periódico progresista la derrota del brigadier Manzano:

«Por las cartas de nuestros corresponsales se enterará el público de los desgraciados sucesos ocurridos en Cataluña. Cuando de un momento á otro esperábamos recibir la noticia de la completa extincion de las partidas montemolinistas, nos ha sorprendido singularmente la nueva del desastre que acaba de sufrir el brigadier Manzano, bien conocido por su decision. Los que recuerden la confianza con que partió el General Córdova á tomar el mando del ejército de Cataluña, no acertarán á comprender los reveses que ha experimentado. Los amigos de S. E. esperaban que en breve regresaria á la corte cubierto de laureles, lisonjeándose de que con los inmensos recursos que tenia á su disposicion lograria pacificar completamente el Principado, donde los pueblos sufren todo género de vejaciones y calamidades. Sin embargo, S. E. no ha realizado tan lisonjeras esperanzas, y en vez de los triunfos que se le anticipaban en profecía, parece que le ha cabido la desgracia de recoger larga cosecha de desengaños.

Al oir nosotros la algazara con que los periódicos moderados ponderaban los conocimientos militares del Sr. Córdova y su habilidad diplomática, nos dijimos más de una vez para nuestro sayo: *ya murió Cabrera*. Pero la mudable y caprichosa Fortuna, que suele abandonar á los más famosos capitanes á la subida del Capitolio, ha dispuesto otra cosa por ahora, si bien no dudamos que el General Córdova encontrará, cuando Dios quiera, ocasion de repa-

rar el último descalabro sufrido por las tropas de la Reina.»

E insertaba á continuacion una carta, de su corresponsal, que decia así:

«Barcelona 20 de Noviembre.

En este momento acabo de leer una carta de Vich, fecha de ayer, en que dice lo siguiente persona fidedigna:

Ayer llegó á esta un soldado de los prisioneros de la desgraciada accion del brigadier Manzano, á quien, por estar sumamente estropeado y enfermo, Cabrera permitió venir libre, encargado de justicia en justicia. Ha referido lo ocurrido; pero por ahora creo prudente no hablar más de aquel suceso y sus fatales consecuencias, bastando saber que el número de fusiles recogidos por la faccion pasa de 600 y el de prisioneros 463, entre ellos el brigadier y otros muchos oficiales, pues son muy pocos los que pudieron escapar, sin contar los muertos de esta clase y de la de tropa. Los treinta y tantos caballos se salvaron, y tambien los de la *patulea*, como prácticos en el terreno y buenos *corredores* (1).»

El infeliz ministerio perdia el pleito.

Era seguro que en breve habia de caer de las doradas poltronas, porque el tribunal de la opinion pública, engañado con noticias inexactas é incompletas, habia fallado.

Y los corresponsales de *El Clamor* continuaban:

«Reus 20 de Noviembre.

Hoy ha intimado á esta ciudad el cabecilla Masgoret, titulado comandante general de la provincia, por medio de un oficio dirigido al Ayuntamiento, la contribucion que pagan todos los pueblos de la provincia, excepto Tarragona, y no pienso que nos libremos muchos dias. Nos

(1) *El Clamor público*, 23 de Noviembre de 1848, núm. 1.350.

piden 3/4 de la contribucion antigua, porque se rigen por el catastro antiguo, como hacian en la pasada guerra; y de no pagar va á establecerse el bloqueo riguroso, no permitiendo la entrada ni salida, y reteniendo en rehenes á cuantos vecinos de esta ciudad cojan, en cualquier punto que les encuentren.

Eso parecerá imposible á cuantos de buena fé crean los partes del Gobierno; pero nada hay más cierto, y Reus pagará lo que los carlistas le impongan (1).»

De manera, que cuanto más empeño manifestaba el periódico oficial en presentar como destruidos, *exterminados* los *grupos asquerosos* de trabucaires que recorrian el Principado; cuanto más profundo era el silencio de la *Gaceta* acerca de las acciones del Esquirol, de Aviñó, y otras no ménos notables, incluso la de las Planas,—más empeño manifestaba todavía el periódico centralista en decir la verdad de lo que pasaba, ayudado por sus activos corresponsales.

La *Gaceta*, ó lo que es lo mismo, el Gobierno se reservaba para los grandes golpes.

Por ejemplo: la víspera de una votacion solemne en las Córtes, los dias en que debia de aparecer un decreto, una simple órden que lastimaba derechos más ó ménos respetables, ó que heria en lo más vivo nuestras costumbres tradicionales, eran los elegidos por la *inteligente* fraccion del moderantismo que ocupaba el poder para insertar en el diario oficial comunicaciones lisonjeras y halagüeñas sobre la guerra de Cataluña.

Hé aquí la prueba:

«Se ha recibido en este Ministerio un parte del Capitan general de Cataluña de 27 del pasado Noviembre, que dice así:

(1) *El Clamor público*, 25 de Noviembre, núm. 1.352.

»Excmo. Sr.: Á las siete y media de esta mañana salí de Cardona, en marcha para Solsona, por el camino del Milagro; pero ántes de llegar á este punto cambié de direccion á San Justo, en cuyo pueblecito ordené á las tres compañías de cazadores y mozos de escuadra y seguridad que llevaba á vanguardia, registrasen, dando por resultado la prision del cabecilla Antonio Tristany, en la casa Mas de dicho pueblo, habiéndole ocupado, además de dos carteras con vários papeles, dos escopetas y una pistola de seis cañones.

Continué después de un descanso mi marcha, siguiendo la pista de unos caballos, que por casualidad se me presentó, y viendo no habia resultado, cambié de direccion, mandando al comandante de la Constitucion, D. José Morazo, que con cuatro compañías del primer batallon de su regimiento flanquease la izquierda de un barranco, por donde yo iba, registrando los bosques y caseríos, haciendo lo mismo, segun mi costumbre, mis guerrillas; y al llegar las del referido batallon de la Constitucion á la casa de Malasanchs de Llanera, salian de ella los cuatro facciosos que custodiaban al señor brigadier D. Joaquin del Manzano, teniendo la inexplicable satisfaccion de que este valiente jefe fuese rescatado y prisionero uno de los que le custodiaban, continuando seguidamente á esta plaza, adonde acabo de llegar ahora, que son las cinco y cuarto de la tarde, habiendo ántes oficiado á V. E. este plausible acontecimiento desde una casa inmediata á Torremargo (1).»

Ya se vé: cuando ciertas cosas se cubren con el velo del misterio, ó se revisten con el plateresco traje de la aventura, en verdad que parecen mucho más bellas.

---

(1) *Gaceta* del 3 de Diciembre, núm. 5.195.

Pero con decir que el brigadier Manzano fué *canjeado* por otro jefe carlista, el coronel Carvajal, Caballerizo de campo de D. Cárlos VI, que habia sido sorprendido y apresado—cae por su base la comunicacion que antecede.

Pero la *Gaceta*, impertérrita, seguia copiando á *El Fomento* noticias tan estupendas como esta:

«Esta noche (18 de Diciembre), se susurra que Cabrera ha sido batido tres ó cuatro horas más arriba de Massanet de Cabrenys. Dícese que mientras estaba batiéndose con grande arrojo y bizarría la columna del General Nouvilas con las facciones reunidas al mando de Cabrera, se presentó á terciar la de Rios, la de Ruiz ó la de Lersundi, y que cogido Cabrera entre dos fuegos, fué batido en regla; de suerte que el hierro de nuestras lanzas rozó, *por desgracia no muy hondamente* (1), en la cabeza del Generalísimo montemolini-socialista.

Nada se sabe todavía en la capitanía general sobre este suceso; pero los partes recibidos acerca de movimientos de tropas lo hacen muy posible y aun probable (2).»

Con decir á nuestros lectores que en los dias inmediatos á los que cita la *Gaceta* no hubo combate alguno con las fuerzas de Cabrera, comprenderán que tiene gracia lo de «la *rozadura, no muy honda por desgracia*, que recibió el Conde de Morella.»

Y esta noticia, en verdad, no tenia nada de nueva, pues ya otra vez los periódicos ministeriales habian dado por muerto al General Cabrera,—¡es tan fácil matar.... con la pluma!—precisamente cuando el bravo caudillo, al frente de los Guias y de algunos cazadores, tocaba cási en las puertas de Barcelona y entraba en la villa de Gracia.

(1) Viva la caridad!

(2) *Gaceta* de 24 de Diciembre 1848, núm. 5.216.

La misma *Gaceta* decia con grande aplomo el 3 de Febrero:

«Ayer (24 de Enero), por la mañana, se marchó el Excelentísimo Sr. Capitan general con sus tropas hácia Manresa, y segun se dijo pasaria por el pueblo de Oló, en donde parece se hallaba Saragatal, habiéndose dirigido la columna del señor coronel Santiago hácia la montaña el dia anterior á proteger las obras de fortificacion del castillo de Oris.

Cabrera desde la raya de Francia despidió dos prisioneros de los nuestros que llegaron ayer á esta ciudad y son dos oficiales del regimiento del Rey.

Ayer llegó la columna del señor coronel Santiago, y hoy ha vuelto á marchar una parte de ella hácia el camino de Barcelona, y otra hácia la parte de Oris á proteger las obras de fortificacion que se estaban haciendo en el castillo.

Hoy ha llegado la columna del señor coronel Enriquez y dicen si trae los presos que cogió la ronda fija de Borga en Orista, que son: un tal Busaña, jefe, y el que habia sido encargado del bloqueo de esta ciudad (Vich), y á más cinco facciosos que iban con él.

Dicen que el cabecilla Ramonet pasó por San Bartolomé del Grau esta semana, con unos malos caballos, en número de veinticinco, huyendo del campo de Tarragona por la persecucion que sufren buscando á Cabrera para reunírsele si pueden (1).»

Es decir, que todo estaba perdido para los carlistas, hasta el punto de que el Conde de Morella caminaba para Francia, y despedia soldados, prisioneros ó nó.

Y esto lo dice el periódico oficial del 3, cuyo director

(1) *Gaceta* de 3 de Febrero de 1849, núm. 5.257.

debia de ser ciego, puesto que el dia anterior habia dicho:

«*Ministerio de la Guerra.*—El Capitan general de Cataluña y General en Jefe de aquel ejército, desde su cuartel general de Vich, participa á este Ministerio en 26 del mes próximo pasado, que en la noche del 24 las gavillas de Cabrera, Estartús y otros cabecillas atacaron la villa de Ripoll, en donde, si bien lograron penetrar momentáneamente, fueron rechazados por una compañía de cazadores de Tarragona que guarnece aquel punto, cusándoles várlos muertos y heridos, y que la columna del coronel don José Santiago tiroteó el 24 á la de Borges en las inmediaciones de Olot, causándole un herido y pasándosele dos facciosos (1).»

Y en la del dia siguiente, tuvo que decir:

«El General segundo cabo de Cataluña, con fecha 29 de Enero, da parte de que la primera columna de la primera brigada de la cuarta division tuvo el 26 un encuentro con los enemigos sobre el Pasteral, del que no habia recibido los detalles, y sólo podia asegurar haber sido victorioso (2).»

Y aquí está la gentil manera que tuvo la *Gaceta de Madrid* de anunciar el importante combate del Pasteral, puesto que el parte ofrecido no apareció en las columnas del diario del Gobierno, como éste habia ofrecido.

Verdad es que amplificó más tarde sus noticias, copiándolas del indispensable *Fomento*.

«El dia 26 hubo, en el sitio llamado el Pasteral, un reñidísimo encuentro entre la columna del coronel Ruiz y las gavillas que mandaban los cabecillas Cabrera y Mar-

(1) *Gaceta* del 2 de Febrero.
(2) *Gaceta* del 4 de Febrero.

sal con motivo de la destruccion de un puente de tablas que los últimos habian allí construido. Desgraciadamente, la accion habia empezado tarde, y la noche, que sobrevino, no permitió sacar todas las ventajas posibles del valor y decision con que nuestras tropas acometieron á los rebeldes.

Los facciosos tuvieron 15 muertos, la mayor parte de ellos oficiales, y un sin número de heridos, tantos como que en solo Amer se curaron aquella noche 33.

Al dia siguiente 27 empezó de nuevo la accion, que el dia ántes habia sido interrumpida por la noche; pero esta vez ya los facciosos fueron tan cobardes como de costumbre, pues huyeron y se dispersaron en distintas direcciones, abandonando el pueblo de Amer, donde entró triunfante el coronel Ruiz, y todo aquel territorio.

En uno de estos encuentros, en el dia 26 (1), fué herido Cabrera, circunstancia que hemos visto confirmada no sólo por algunos partes oficiales, sino tambien por cartas particulares. Esta herida habia dado lugar á que se dijese que el héroe del Maestrazgo habia muerto, lo cual no se ha confirmado, aunque tambien podria ser cierto y que los facciosos lo ocultasen á fin de evitar el mortal desaliento que este suceso derramaria entre los suyos. De la propia suerte que se ha ocultado la gravedad de la herida, podria haberse tenido oculta su muerte, caso de haber sido cierta (2).»

Y tenia en cambio partes descriptivos tan espléndidos y abundantes como este:

«*Ministerio de la Guerra.*—El General segundo Cabo de Cataluña, con fecha 1.° del actual, desde Barcelona participa haber recibido una comunicacion del Capitan

(1) No es cierto: Cabrera fué herido el 27.
(2) *Gaceta* del 18 de Febrero.

general, con la del 30 en Riu de Llops de la Selva, en que le dice que habiendo llegado á las tres y media de la tarde del mismo dia á Gerona, despues de una jornada de seis horas, supo que Marsal, con 120 caballos, se hallaba á media hora de aquella capital, y que saliendo inmediatamente en busca del enemigo, dispuso que su escolta se adelantase al mando del capitan de Estado Mayor, D. Félix Ferrer. Esta sola fuerza, con la cual iban tambien los ayudantes de Campo, D. Miguel de la Vega, D. Mariano Gomez y Zayas y D. Joaquin Aguilera, atacaron denodadamente á los facciosos poniéndolos en precipitada fuga y dispersion, despues de causarles cuatro muertos que dejaron en el campo, entre ellos un jefe y vários heridos, dos caballos tambien muertos, quedando en nuestro poder otros dos y diferentes armas, teniendo por nuestra parte solamente la desgracia de haber sido heridos el citado Ayudante de Campo, Sr. Aguilera, y los Ayudantes de dicha escolta, capitanes graduados, don Cayetano Aguado, D. Ramon Manuel de Villená y el alférez D. Federico Ferrater, porque su excesivo arrojo los hizo ser los primeros que llegaron al enemigo, habiendo sido remplazados en el acto por el comandante de Estado Mayor, D. Senen de Buenaga, y los Ayudantes de Campo D. Joaquin Osorio y D. Antonio María de Porras, que concluyeron la persecucion (1).»

. . . .

Basta ya, que nuestros lectores estarán deseosos de que termine la insercion de tanto párrafo indigesto.

Y téngase en cuenta que no copiamos, en gracia de la brevedad, los dos brillantes artículos publicados por *El Clamor público* sobre la batalla del Pasteral y herida del

(1) *Gaceta* de 7 de Febrero de 1849, núm. 5.261.

General Cabrera, así como tambien hacemos caso omiso de las excelentes cartas de los corresponsales del citado periódico acerca del mismo combate.

Puede leerlas el curioso en la coleccion del diario centralista (1), que á nosotros nos falta espacio para detenernos en este asunto.

¿Qué se deduce de todo lo expuesto en las páginas del presente capítulo?

A nosotros se nos figura que puede deducirse lógicamente que encierra una verdad incontrovertible la popular locucion: mientes más que la *Gaceta*,—si la aplicamos á las *falsificadas* relaciones ó elocuentes *omisiones* de los hechos acaecidos en Cataluña durante la campaña carlista de 1848-49.

---

(1) En la seccion de este periódico, *Correo de Provincias*, de Febrero de 1849, hallarán los curiosos noticias importantes relativas á la batalla del Pasteral.

CAPÍTULO XIV.

(CAMPAÑA DE 1849.)

El General Cabrera.—Nuevos combates.—Fusilamiento del Baron de Abella.—Sorpresa de San Lorenzo dels Piteus.—Un hecho heróico.

Dónde estaba el General Cabrera?

La *Gaceta de Madrid* anunciaba en 10 de Febrero:

«El Cónsul de España en Perpiñan, con fecha 3 de Febrero, dice que se sabe por un despacho que ha recibido del coronel Solano, que el cabecilla Cabrera, herido gravemente en la accion del Pasteral, entró en Francia acompañado de su médico el dia 31 de Enero á las cuatro de la tarde, dirigiéndose á la Farga (commune de la Preste). El coronel Solano persiguió á Cabrera hasta la línea de la frontera. El cónsul dice haberse tomado las medidas más eficaces para descubrir el paradero de Cabrera y apoderarse de su persona (1).»

Y nada era, sin embargo, ménos cierto,—si hemos de creer al Sr. Leon y de San German, capitan de los Guias del

(1) *Gaceta* del 10 de Febrero, núm. 5.264.

Conde de Morella, que no se apartó un momento del lado del ilustre herido.

Véase lo que nos dice aquel valiente y antiguo carlista.

«*Curacion de la herida del General Cabrera.*—Herido el Conde de Morella, como queda ya expuesto, en la accion del Pasteral, se separó de las fuerzas del ejército real, custodiándolo tan sólo los Guias de su cuartel general; mas las columnas enemigas nunca dejaban la pista del General herido y esto era lo que hacía la curacion larga y penosa, teniendo que andar todas las noches diez ó doce horas con una estacion rigurosa y con los caminos cubiertos de nieve y hielos, á fin de hacer perder la *brújula*—como suele decirse—á las huestes enemigas, que con afan incansable seguian detrás de Cabrera.

De dia descansaba el General y se le curaba la herida; al anochecer se emprendia de nuevo la marcha, y al amanecer se llegaba á otro escondite, único lugar que podia ofrecer seguridad y proporcionar algunas horas de descanso al invicto General que con una entereza y resignacion admirable sufria los dolores de la herida.

Cierto dia, después de algun tiempo de esa vida errante y llena de terribles angustias y sufrimientos, debidos á la persecucion contínua de las columnas enemigas, y estando en una casa de campo situada entre San Juan de las Abadesas y Camprodon, el autor de esta carta (Leon y de San German) tuvo confidencia de que cuatro columnas divagaban por aquellos alrededores cubiertos de nieve, buscando con grande afan al General Cabrera.

Viendo que el menor movimiento sería descubierto, propuse al General salir yo de aquella masía, con el mulo y la silla de señora de que se servia el General y con su capa y képis, acompañado de unos 20 Guias.

El General accedió á tal propuesta.

Yo salí del modo indicado y llamé la atencion de las columnas y su persecucion, salvando por este medio al General, que salió del escondite cuando las columnas hubieron tomado la direccion hácia el camino que yo seguia.

Á mi paso por las rectorías y pueblos hacía pedir una taza de caldo á los curas y casas principales de las localidades que recorria, y hacía decir á los Guias que el General iba malito y necesitaba un poco de caldo y un dedito de vino rancio.

Las columnas enemigas, en virtud de este engaño, siguieron la pista por espacio de dos dias.

Sin embargo, esta farsa no podia prolongarse por mucho tiempo, y al tercer dia tropezamos en un bosque con una compañía de cazadores, y el grito de *alto*! y *¿quién vive*? me hizo dar un brinco en el mulo, y contesté con el de *Viva el Rey y el Conde de Morella*!

Me hicieron una descarga; los Guias, contestando á ella, se batieron en retirada, y la columna enemiga, viendo que habia sido engañada, paró la persecucion ante aquel puñado de valientes, 20 ginetes, que me seguian.»

Del curioso relato que antecede, se deduce bien claramente que el General Cabrera no fué conducido á Francia para la curacion de su grave herida, puesto que anduvo errante y escondiéndose, por espacio de algun tiempo, á fin de evitar la captura con que lo amenazaba una persecucion tan incesante.

Ocupémonos ahora, aunque muy por encima, de la breve y desgraciada campaña de 1849, que fué inaugurada con un hecho tan sensible, y terminó bien pronto con la prision del infortunado príncipe D. Cárlos Luis y la vuelta á Francia del ilustre Conde de Morella.

La posicion respectiva de carlistas é isabelinos, la determina perfectamente un historiador.

«Empezando—dice—el mes de Febrero, recorria el distrito de Reus el General Borges, al frente de una columna compuesta de 900 hombres y 80 caballos: acompañábale como segundo el coronel Vilella y el centralista Baldrich iba tambien á su lado. Atravesó esta columna sin obstáculo todo el distrito de Montblanch, llegó á Vemlode y Vinaixa, cruzó el Priorato, y entró en los pueblos de Ponesa, Pobleda, Torroya, Grutallops y otros varios, en los cuales se procuraron hombres, caballos y dinero para reforzar la columna. Aquella expedicion tenia un objeto muy importante, y era el de recoger los desgraciados restos de las partidas de Rivas y de Sabaté que vagaban por aquellos contornos, fraccionados en grupos pequeños, ó se ocultaban en los pueblos aguardando el momento de unirse á los suyos.

Con estos refuerzos aumentó notablemente la columna de Borges y Baldrich, que en breve habia de tropezar con el enemigo. Las columnas de Quesáda, Enna y Damato, que ascendian á 3.000 hombres, circulaban por aquellas inmediaciones, y combinados sus movimientos, tendian á circunvalar completamente á los carlistas cortándoles la retirada. A coadyuvar á la empresa llegó el General Galiano con nuevos refuerzos, aumentándose de este modo el número de combatientes hasta 5.000.

Hallábanse los carlistas en muy apurada situacion: tenian á su frente y al flanco las tropas isabelinas, y á su espalda, para cortarles la retirada, el Ebro. Una vez empeñado el combate, aparte de la desigualdad de las fuerzas, pues escasamente contaban con 1.200 infantes y 60 ginetes, en tanto que el enemigo reunia hasta 5.000 hombres y algunas piezas de batir, el resultado no habria de ser dudoso, atendiendo á las posiciones de cada cual de las huestes. Tratar de pasarse al Alto Aragon, salvando

el Ebro en las barcas, hubiera sido una imprudencia; puesto que no habiendo suficiente número de barcas, y debiendo efectuarse por esta causa el pasaje con mucha lentitud, se entregaban á los fuegos del enemigo. Romper sus filas, atacando á la bayoneta, era un recurso inspirado por la desesperacion, y cuyo resultado dudoso no podia satisfacer á los carlistas.

En esta situacion, y cuando juzgaban todos imposible la salvacion, Borges, cuyo génio y travesura no conocian límites, dispone una contramarcha y se refugia en las Cuadras de Lana, situadas en el centro de la montaña; quedaban de este modo fraccionadas las fuerzas montemolinistas, é igualmente las isabelinas; pero el peligro más inminente y más terrible se habia conjurado.

Poco tiempo trascurrió: Vilella y Baldrich se encontraron con el brigadier Quesada (11 de Febrero de 1849). Empezó la pelea á las diez de la mañana próximamente, y á las dos de la tarde los carlistas abandonaban el campo; mas no con la precipitacion de la fuga, si que con toda la magestad de la retirada más brillante que se vió en esta segunda guerra civil. Notables rasgos de valor se presenciaron por una y otra parte: Vilella peleó cuerpo á cuerpo, y lo mismo hizo Baldrich; algunos oficiales carlistas y centralistas se batieron contra pelotones de soldados isabelinos, y el mismo Galiano, al hacer una reseña de la accion, dijo: «Hemos vencido por el número; pero nó por el valor.»

Impasible escuchaba el caudillo carlista Borges el fuego de la fusilería, y sin intentar ningun movimiento, perfectamente situado y sin abandonar su actitud imponente, dificultaba á la columna de Damato, que circulaba por aquellas inmediaciones, que acudiese al auxilio de Galiano, ofreciendo al mismo tiempo un fuerte apoyo á las gen-

tes de Vilella y Baldrich, si se veian obligadas á retirarse.

Los Tristany, Bonet y Carragdet, al frente de una columna de 900 á 1.000 hombres, habian tomado posiciones en Peranca y Bresco. El comandante de las fuerzas de Tremp, Alvarez, seguido de 500 hombres, se dirigia al encuentro de los Tristany: salió de Gerri, y al llegar á Sort, como tuviese noticia del número de los enemigos y posiciones que ocupaban, volvió precipitadamente á Gerri, desde cuyo punto pidió refuerzos al comandante general de la provincia, para impedir que los carlistas dominasen completamente aquel territorio. Cuatro columnas emprendian poco tiempo después la persecucion de los Tristany (1)...»

En resúmen, el ejército isabelino de Cataluña, elevado á 50.000 soldados bajo el mando militar del Marqués del Duero, era *doce veces superior* en número á los partidarios heróicos del Conde de Montemolin que recorrian el Principado; pero—como dice bien el historiador citado —la constancia y el entusiasmo todo lo suplian.

De dos combates poco favorables á Marsal dió cuenta la *Gaceta*, á mediados de Febrero.

«*Ministerio de la Guerra.*—El Capitan general de Cataluña, con fecha 17 del actual, remite el parte detallado de la accion sostenida por el coronel D. Juan José Hore, que se anunció en la *Gaceta* del dia de ayer (25), por el que resulta que habiéndose puesto en marcha aquel jefe con la columna de su mando con objeto de escoltar un convoy de armas y conducirlo á Granollers, tuvo noticia en Tona de que Marsal, con 600 infantes y 80 caballos, se dirigia á Seba: á pocos momentos vió ya sobre su derecha al enemigo, y despues de haber tomado sus disposiciones,

(1) *Historia de D. Cárlos de Borbon*, págs. 411 y siguientes.

hizo que el convoy marchase por retaguardia á situarse en Tona: ejecutado esto rompió el fuego contra el enemigo, y habiéndose dirigido la caballería de aquel contra una de nuestras columnas, compuesta de cuatro compañías del batallon de cazadores de Simancas, se lanzaron estas sobre aquella á la bayoneta con la mayor decision, poniéndola en completa fuga, resultando herido el jefe que la mandaba y otros vários, persiguiendo sucesivamente al enemigo hasta la falda del Monseny, con pérdida de 8 muertos vistos en el campo y sobre 50 heridos (1).»

Y añadia tambien á continuacion:

«El mismo General con fecha 21 da parte asímismo de que el dia anterior la columna del coronel Santiago batió al cabecilla Marsal en las inmediaciones de San Martin de Recó, arrollándolo y dispersándole, con pérdida de ocho ó diez muertos y muchos heridos, resultando tambien habérseles hecho dos oficiales y varios facciosos prisioneros, y cogídoles unos caballos, várias armas y otros efectos.»

Estos y otros sucesos semejantes obligaron al Conde de Morella, mal curado de su herida, á colocarse nuevamente al frente de los montemolinistas, y les dirigió esta proclama:

«*Voluntarios catalanes*: Vuelvo desde hoy á dirigir personalmente las operaciones y los combates, quiero decir, vuestras victorias, que acabarán de cicatrizar mis heridas. Mis primeras palábras serán de agradecimiento á los jefes y oficiales por su vigilancia y decision; á los bravos voluntarios por su sufrimiento y disciplina; á mis queridos paisanos, por sus públicos testimonios de aprecio; consuelos vivificadores que han adelantado mi cura; consuelos que vivirán eternamente en mi pecho.

---

(1) *Gaceta* del 26 de Febrero, núm. 5.280.

Pueblos, voluntarios y oficiales, en nombre del Rey nuestro señor (q. D. g.), y con toda la efusion de mi alma, os doy las gracias por vuestra noble conducta.

Ya nos secundan enérgicamente Navarra y las Provincias Vascongadas.

No tardarán en imitarlas Aragon y Valencia.

En Galicia y Astúrias las mismas tropas combaten al odioso Gobierno de Madrid.

Otras nuevas importantes apresurarán nuestro triunfo.

Constancia, voluntarios! esperanza, heróicos catalanes! unos y otros habeis conquistado la felicidad é independencia de España.

Independencia! voz mágica para todos los españoles; blason sublime que vanamente intentan arrancaros algunos traidores.

En torno de esta sagrada enseña, todos los españoles nobles somos amigos; todos debemos agruparnos para conjurar esta nueva guerra de sucesion que nos amenaza.

Franco ha sido el lenguaje del Rey: instituciones ha ofrecido en armonía con las necesidades de la época.

Las promesas del monarca las sostendrá con su espada, —*Cabrera*, Conde de Morella.»

Por desgracia, le engañaba al General Cabrera la esperanza.

Habia llegado la hora del desengaño, y aquellos pocos valientes que combatian con sobrehumano esfuerzo contra un ejército de 48.000 soldados de todas armas, dirigidos por seis generales y otros tantos brigadieres isabelinos, debian sucumbir en breve, y deponer la espada, y salvar la frontera, acosados á la vez por los batallones del Marqués del Duero y por la infame traicion de algunos de sus mismos compañeros.

El Conde de Morella habia anunciado á sus voluntarios

que España entera se armaba para elevar sobre el pavés real de Castilla al augusto hijo de D. Cárlos María Isidro; pero ya no era un misterio para nádie que el movimiento carlista, perfectamente combinado, habia no obstante sufrido un completo fracaso.

Y tal vez estas noticias dolorosas, esparcidas entre las filas de los leales partidarios catalanes por algunos espías del Gobierno de Madrid y del Capitan general del Principado, influyeron poderosamente en el ánimo de varios jefes carlistas, que hallaron ocasion propicia de medrar y *ser hombres*—como dijo por escrito uno de los traidores—vendiéndose y vendiendo á sus soldados al Gobierno.

Siempre la traicion detrás de la enseña legitimista! ¡Siempre los traidores amparándose bajo el santo lábaro de la monarquía tradicional de España, para abandonarlo y venderlo por un puñado de oro ó por una casaca deshonrada!

Traicion en la expedicion real á las provincias del Ebro, traicion ante los muros de Madrid, traicion en los Pinares de Soria, traicion en Ramales y Guardamino, traicion en Vergara.....

Traicion tambien en Cataluña, traicion en San Cárlos de la Rápita, traicion quizá en 1869, y traicion infame, y *ardides de guerra*, y villanías asquerosas en 1870.....

¿Hay aún traidores en torno de la bandera católico-monárquica?

El porvenir, y no remoto, lo dirá.

Pero los traidores suelen llevar su merecido, y aunque algunas veces los honores y las riquezas, los altos puestos militares y eclesiásticos, y otras cosas más, sean el premio —vil premio!—de los detestables Júdas políticos, hay un Juez severo é inexorable que pide cuentas estrechas á los hombres en los umbrales de la eternidad inmensa, y

ante los ojos divinos de ese Juez Supremo, son polvo, y miseria, y podredumbre los gusanos de la tierra, ya estén revestidos de la toga del Magistrado, ó de la bordada casaca del General, ó tal vez cubiertos con el capelo cardenalicio.....

Ejemplo triste sea el malaventurado Baron de Abella.

Era este sugeto una de las personas más influyentes de Cataluña, moderado acérrimo en política, rico, ilustrado y simpático.

Frisaba en los cincuenta años, y una hija suya era la esposa del redactor-jefe del periódico ministerial de Barcelona, *El Fomento*,—várias veces citado en las páginas anteriores.

Inaugurado por.....—no se sabe por quién!—el sistema del soborno, cuyas primeras tentativas dieron tan brillantes resultados al Gobierno, este—debemos suponerlo—*permitió* que aquel sistema continuara.

No es lo mismo luchar contra un batallon de granaderos, que resistir á los halagos más seductores, á las ofertas más brillantes y espléndidas: hay gentes que no se intimidan delante de las bayonetas, pero que ceden blandamente á los otros argumentos, más *poderosos* para la débil y miserable condicion humana.

Esto debia de saberlo perfectamente el Baron de Abella, á juzgar por sus actos.

El primer periódico que en Madrid habló de los rumores que circulaban acerca del fin desgraciado del Baron de Abella, insertaba la carta de un corresponsal que decia así:

«Cervera 26 de Febrero.

Segun todas las noticias, parece que los carlistas han fusilado, en San Llorens dels Piteus, al Baron de Abella, á quien cogieron con D. José Casals y el estudiante Malagarriga, que todavía los llevan presos, y dicen que le han

quitado la vida por suponerle autor del folleto que últimamente ha circulado por los pueblos bajo el título de *Reflexiones que una reunion de hacendados y propietarios dirige á sus compatriotas, los montañeses.*

Quisiéramos que la noticia fuese falsa, porque nos duele en gran manera tener que referir estas desgracias (1).»

El Clamor público, que es el periódico de cuyas columnas hemos copiado la carta que antecede, no estaba en lo cierto; y es extraño, tratándose de un diario tan perfectamente enterado, por lo general, de lo que pasaba en Cataluña.

Suponer que los carlistas catalanes, cuyas humanitarias costumbres hemos referido en páginas anteriores, fusilaban sin piedad al Baron de Abella *por la publicacion de un folleto*, aunque este hubiese sido un libelo infamante, ni debió de creerlo el corresponsal de Cervera, ni dejarlo correr libremente *El Clamor público*.

Mejor enterados estaban los periódicos ministeriales, por más que la *Gaceta* no hablase del asunto—cosa rara por cierto.

El Heraldo, aquel famoso diario ministerial *à outrance*, órgano del *polaquismo*, y cuya imprenta y oficinas fueron asaltadas por las turbas revolucionarias en 1854, daba á luz en el mismo dia una carta de su corresponsal en dicha ciudad, que decia de este modo:

«Cervera, 26 de Febrero.

Acabo de saber de un modo positivo que el Baron de Abella, muy conocido en este Principado por sus buenos sentimientos y apreciables cualidades, ha sido cogido por los facciosos á las inmediaciones de Cardona, y fusilado sin haberle dado más tiempo que el de tres horas para

---

(1) *El Clamor público*, 2 Marzo 1849, núm. 1.436.

que escribiese á su familia y se dispusiese á morir como cristiano.

Otros dos sugetos, cuyos nombres ignoro, fueron cogidos á la par que el Baron y conducidos al cuartel general de la faccion, los que probablemente á esta fecha habrán sufrido igual suerte.

Créese generalmente que la muerte de aquel es debida á *estar en tratos con vários oficiales de los rebeldes para que reconociesen el Gobierno de S. M. la Reina* (1)»

Con esta carta ya varian las cosas.

Los mismos periódicos ministeriales confesaban que *se creia generalmente* lo de los tratos, y la verdad es que tal confesion era bien significativa en diarios como *El Heraldo*, cuyos redactores tenian franca entrada en los departamentos ministeriales.

Algo debió de haber, además de los *tratos*, cuando otro corresponsal de *El Clamor público* remitia la siguiente carta,—que apareció al dia siguiente, 3 de Marzo, en el *Correo de Provincias* del periódico centralista:

«Barcelona 25 de Febrero.

Uno de los jefes carlistas hizo prender en las inmediaciones de Cardona, ántes de ayer, al Baron de Abella, vecino de esta. Le enseñó un escrito preguntándole si era letra suya, y mediante contestacion afirmativa le dijo que pasase á cierta casa de campo: al llegar encontró un capellan, y se le intimó que tenia solamente dos horas para disponerse á morir, y en efecto fué fusilado poco despues.

Parece que se le atribuye ser el principal autor de unos escritos que han circulado en estos dias pasados, intitulados: *Proyecto de unos payeses de la alta montaña para acabar con la faccion.*

---

(1) *El Heraldo*, 2 de Marzo de 1849, núm. 2.079.

En dicho escrito, que suponen redactado en esta, se decia al Gobierno que no dejase en las casas de campo y pueblos no fortificados más comestibles que los necesarios para ocho dias, debiendo acudir los vecinos á los puntos fortificados á buscar más, luego de concluidos los primeros; mandar cerrar los molinos; privar á los ordinarios transitar, etc., etc., asegurando que se concluiria con la faccion.

El Baron de Abella es suegro de uno de los redactores de *El Fomento*, órgano de la capitanía general (1).»

En esta carta ya tenemos tambien confesado que habia un escrito, con letra del Baron, y cuyo escrito parece que debia de ser el cuerpo del delito, puesto que cuando el de Abella confesó que le pertenecia aquel, recibió la órden de disponerse á morir.

Pero á los pocos dias publicó tambien *El Clamor* esta otra carta:

«Como ya sabrán VV., Cabrera ha mandado fusilar al Baron de Abella.

Atribúyese esta medida á los pasos que habia dado con Gonfaus (*Marsal*) para que se presentara, ofreciéndole en nombre del Gobierno el grado inmediato al que disfrutaba ahora.

Creido el jefe carlista que el Baron lo hacia impulsado de la amistad que habia mediado en otro tiempo entre ambos, rechazó sencillamente el ofrecimiento, y no dió ningun paso *contra el agente del gobierno*; pero la casualidad hizo que fuese interceptado por los *matinés* el correo *en que participaba á la capitanía general de Barcelona* que si bien no habia tenido acogida por parte de Marsal el ofrecimiento que le habia hecho, sin embargo se prometia conseguir su objeto.

---

(1) *El Clamor público* de 3 de Marzo de 1849, núm. 1.457.



Viendo esta carta, Cabrera procuró la captura del Baron, el cual se hallaba cadáver á las dos horas de tenerlo á su disposicion (1).»

Resulta, pues, de la carta anterior:

Que Marsal fué requerido de traicion por el Baron de Abella.

Que este era *un agente del gobierno*.

Que escribió un oficio, interceptado por los montemolinistas, *al Capitan general de Barcelona*, Marqués del Duero, participándole el mal éxito de las primeras tentativas hechas para *convencer* á Marsal.

Que á pesar de este fracaso, el Baron *se prometia conseguir su objeto*.

Téngase presente esta última conclusion para más adelante.

Por lo demás, véase ahora lo que dice *un testigo ocular* del suceso:

«El Baron de Abella trató de abrir negociaciones con algun jefe montemolinista, y se dirigió, en efecto, al coronel D. Rafael Tristany, bien porque este se hallara generalmente en sitio y coyuntura más propicia, bien porque su ejemplo y sus palabras inclinarian la conducta de sus otros tres hermanos (2), en cuyo caso sería de grande influencia la defeccion de estos cuatro hombres tan autorizados y tan adictos á la causa montemolinista, ó ya porque podria estipularse la entrega de Cabrera, principal sostenedor de esta misma causa (3).»

---

(1) *El Clamor público* de 13 de Marzo de 1849, núm. 1.445.

(2) Antonio Tristany, el que fué preso cerca de Solsona, segun hemos visto en el capítulo anterior, pág. 486, se habia escapado ya de Manresa, en cuya cárcel fué encerrado.

(3) *Teatro de la guerra*, por un testigo ocular de los acontecimientos.

Suficientemente demostrada nos parece la culpabilidad del desgraciado Baron de Abella, cuando testimonios que proceden del campo ministerial, del campo centralista de oposicion liberal y del campo montemolinista, están contestes en afirmar que aquel caballero entró en tratos con algun jefe montemolinista, ya fuese con Marsal, ya con D. Rafael Tristany, ya con los dos,—lo que es más probable—con el objeto de sobornarlos, separarlos de la causa que defendian, y quizá hacer de ellos, si hubiese sido posible, otros Pep del Olí y Caletrús.

Nuestras noticias particulares están conformes con las que tiene la última carta que hemos copiado de *El Clamor*, pues podemos asegurar que la sentencia de muerte le fué impuesta al Baron por consejo de guerra, presidido por el brigadier Borges.

El General Cabrera, con motivo del fusilamiento del Baron de Avella, dirigió á sus soldados la siguiente *órden del dia*.

«Voluntarios:

Habiendo sido confeso y convicto el Baron de Abella de ser el autor y hallarse á la cabeza de una asociacion, titulada: *Hermandad de la Concepcion*, con el objeto de seducir á los jefes y demás indivíduos del ejército real, y de negarle los auxilios que tan generosamente le presta el pueblo catalan; teniendo en mi poder la correspondencia que dirigia el citado Baron, con fechas 4 y 9 del corriente, á uno de nuestros fieles y más honrados compañeros; estando de acuerdo con el consejo de guerra de los señores jefes de la tercera division; en virtud de las facultades que me están conferidas por el Rey, Nuestro Señor, he dispuesto que el dicho Baron de Abella sea pasado por las armas.

Voluntarios: he conseguido, por fin, descubrir á uno de

nuestros verdugos, porque así debe llamarse á quien con el oro y falsas promesas trafica con nuestro honor y nuestra sangre.

Miéntras que el Baron de Abella ha sido un habitante pacífico, ha disfrutado de la libertad y proteccion que todos nuestros compatriotas; pero una vez que se le ha probado su crímen, ni su rango ni sus riquezas han podido eximirle del castigo á que se habia hecho acreedor. ¡Desgraciados de aquellos que quieran imitarle!—*El Conde de Morella.*»

Cabrera publicó bien pronto, para que fuese de todos conocida, la sentencia y la causa de la muerte del Baron de Abella, y el público imparcial, aunque sintiendo la desgracia de una persona tan querida en Cataluña, por sus recomendables circunstancias, hizo justicia al bravo caudillo legitimista.

Y un periódico de Madrid, *El Siglo*, cási ministerial, convencido de las poderosas razones que militaban contra la existencia del infeliz Baron, segun los severos usos de la guerra, pretendiendo inquirir el grado de responsabilidad que pudieran tener ante la historia los jefes montemolinistas que dictaron la terrible sentencia, concluia de este modo:

«... El responsable *es el sistema de maraña y cohecho* que se ha querido sustituir en Cataluña, al de la verdadera guerra, leal y honrada.»

Somos nosotros más francos: el responsable no fué el sistema de maraña y cohecho; fuéronlo, sí, los que propusieron el planteamiento de tal sistema, los que le aceptaron, los que lo pusieron en práctica...

Algun dia la historia hablará claro!

Vamos á concluir este capítulo, refiriendo á nuestros lectores la célebre sorpresa de San Lorenzo dels Piteus

(de Morunys), contada por un testigo ocular, por el coronel Sr. Leon y de San German, cuyos interesantes apuntes nos han servido, en más de una ocasion, para esclarecer hechos un tanto dudosos.

Pero repitamos aquí, ántes de copiar la narracion de nuestro amigo, lo que ya hemos dicho en el capítulo XII: «no hay peor cuña que la de la misma madera.»

Pep del Olí, el renegado Pons, envidiaba á Cabrera y queria vengarse de lo que él llamaba un desaire, y Pep del Olí, inspirado por el satánico espíritu de la envidia, se propuso, y en poco estuvo que no lo consiguiera, ser el verdugo del Conde de Morella.

Léase la descripcion del Sr. Leon y de San German:

«En el mes de Marzo de 1849, no teniendo todavía don Ramon Cabrera su herida curada, se puso al frente de las fuerzas carlistas, pasando con su Estado Mayor, escolta de infantería y caballería, al pueblo de San Lorenzo dels Piteus.

Apénas habia llegado, tomadas todas las precauciones esencialmente militares, cuando á las nueve de la noche supo por un confidente que el brigadier D. José Pons, *(Pep del Oli)* pasado al enemigo, y á quien el Gobierno habia confiado una columna de tres batallones (1), habia salido del Hostal del Plá hácia el referido pueblo.

El General carlista habria salido del pueblo, si la fuerza enemiga que se acercaba hubiera sido mandada por cualquier otro jefe que el mencionado; pero no quiso el General carlista, dechado de leales, huir delante de un traidor al Rey y á la causa de la legitimidad.

Leon fué llamado por su General, recibiendo la órden

(1) El de cazadores de Arapiles y el regimiento de la Princesa. —(Nota del autor).

de reunir toda la fuerza en el alojamiento de este y de mandar dos Guías en cada camino, á una distancia de un kilómetro, y que al oir un disparo se trasladase á las eras del pueblo con una pequeña fuerza, y que cuando pasara la columna hiciera una descarga sobre el jefe que llevara el sombrero de tres picos, no siendo otro este que el traidor Pep del Olí.

Después de una vigilancia la más exquisita, y habiendo dado ya la una de la madrugada y como no habia oido el tiro y temia que el Pep del Olí hubiera llegado al pueblo por veredas y campo atraviesa, me decidí á salir del alojamiento del General con unos 20 hombres, á fin de practicar un escrupuloso reconocimiento por los alrededores del pueblo, para ver si el menor ruido me indicaba que estaba por allí escondido el enemigo.

Despues de haber recorrido el perímetro de la poblacion, donde reinaba un silencio sepulcral, dicha fuerza, mandada por mí, se metió dentro de la casa del médico, situándose en la azotea, que cae encima de la muralla morisca que rodea este pueblo.

Apénas habia trascurrido un cuarto de hora, cuando se percibieron pasos, y entre las densas sombras de la noche se divisaron dos compañías de tropa que tomaban posiciones.

Sin dar la voz de ¡*alto*! y ¿*quién vive*? ni disparar al enemigo, salimos de la casa del médico á toda prisa, dirigiéndonos inmediatamente al encuentro de las fuerzas del General.

Por el camino tropezamos con indivíduos de la *patulea* que huyen para no ser descubiertos y salen de la poblacion.

Llegué con mis Guías ante el Conde de Morella, y le dije: mi General, el enemigo está rodeando el pueblo y tomando posiciones; no he oido ningun disparo, ni ha ve-

nido ningun confidente; las avanzadas y los Guias apostados últimamente no han dado señales de vida; el enemigo ha de haber llegado por fuera de camino.

El Conde, que estaba echado vestido sobre la cama, me mandó formar la fuerza en columna cerrada, armar la bayoneta y salir á todo trance.

Como el General no tenia todavía la herida curada, le dí el brazo y se puso al frente de la fuerza.

Al llegar al primer portal (pues como he dicho esta poblacion está rodeada de muros moriscos y hay tres ó cuatro puertas de salida), encontramos á D. Pedro Sorribes (*El Guerxo de la Ratera*), que montado á caballo y con su asistente al lado interpelaba atrozmente al enemigo y el asistente lo saludaba á trabucazo cerrado.

Estos se retiraron y nosotros rompimos el fuego. Mas viendo el General que por aquel punto era difícil la salida, mandó doble derecha, derecha de frente, y marchen, y nos fuimos al portal de la Iglesia, en cuyo punto dió el General un entusiasta grito de ¡ *Viva el Rey*! al que frenéticos y llenos de coraje contestaron todos los indivíduos.

Atacamos con valor á la bayoneta á dos compañías situadas en aquel punto, arrollándolas y saliendo vencedores de en medio de ellas.

Yo recibí un bayonetazo y me sacaron los Guias de en medio de los cadáveres llevándome en brazos hasta lugar seguro.

Faltaron 9 indivíduos que cayeron en manos del enemigo.

Es de advertir, que la fuerza con que contábamos nosotros era la de 150 infantes y 20 caballos, y que el enemigo contaba con tres batallones, uno de ellos de cazadores y con una seccion de caballería.»

Este hecho de armas honra muy poco la memoria del traidor Pep del Oli, al paso que enaltece sobremanera el

génio, heroismo y táctica militar del ilustre y venerado General D. Ramon Cabrera.

Otro amigo nuestro, que tambien tomó parte en el combate, nos refiere del mismo modo, con muy escasa diferencia, la sorpresa de San Lorenzo dels Piteus, pero nos hace observar, y con justicia, un hecho heróico (1).

La situacion era angustiosa para el General Cabrera.

Rodeado por tres batallones, al mando de un hombre que lo odiaba, que habia sido traidor á la causa que aquel servia con tanta lealtad y nobleza, era inútil la resistencia y necesario de todo punto acudir al amparo de la astucia.

Gamundi, jóven entusiasta y valiente, que habia recibido el bautismo de fuego en la campaña de 1847, y sabido elevarse en tan breve tiempo hasta una altura envidiable, recibió órden de romper un fuego vivísimo contra una compañía de Arapiles que estaba situada en la parte Noroeste del pueblo, cerrando el paso.

Contestaron los isabelinos, no ménos enérgicamente, pero no adelantaron un solo paso.

Y debieron de creer las tropas que rodeaban el pueblo que el objeto del Conde de Morella era combatir, segun costumbre, uno contra ciento, al abrigo de las casas, ó bien romper la línea sitiadora por aquella parte, bajar apresuradamente al llano, y huir.

---

(1) No uno solo, muchos podriamos referir aún, si el espacio nos lo permitiese; pero tenemos que añadir un capítulo, con el cual no habiamos contado, para explicar sucesos ocurridos en el seno del partido carlista, con posterioridad á la publicacion de los tres primeros cuadernos de nuestra obra: nos referimos á la dimision del general Cabrera y á la actitud en que se ha colocado este ilustre caudillo, desde el mes de Marzo de 1870, *dentro del partido legitimista.*

Creemos que nuestros lectores lo agradecerán, y harémos lo posible para tratar esta délicadísima cuestion con el tacto exquisito que requiere,—*ya que poseemos buenos datos.*

Y acaso por esta creencia infundada, la compañía de Arapiles que sostenia el fuego recibió el refuerzo de otra compañía, y en seguida de una tercera, y como es natural, la línea de circunvalacion quedó rota por los mismos sitiadores.

Cabrera y los suyos, en número de 120, observaban con atencion; y apénas se pudo distinguir que los isabelinos habian dejado al descubierto un corto espacio,—segun Cabrera habia previsto al encomendar á Gamundi el amagado ataque por la parte contraria—lánzase por aquel paso franco el Conde de Morella, síguele su Estado Mayor, sus Guias, sus ordenanzas; bajan todos como una exhalacion por la cuesta de San Lorenzo, huyen á toda brida por el camino del Hostal de Plá, y se burlan felizmente de la asechanza traidora del traidor Pep del Olí.

Hemos dicho mal: todos no bajaron, todos no huyeron!

Trece hombres, trece héroes se sacrificaron por su General querido, y aquellos trece valientes, que á las órdenes de Gamundi rompieron el fuego contra la primera compañía de Arapiles, sostuviéronse por espacio de media hora, sin retroceder un paso, sin dejar que le avanzasen sus contrarios, cien veces superiores en número,—y cuando el General estaba en salvo, y cesó el fuego, y Pep del Olí entraba en San Lorenzo dels Piteus radiante de alegría, creyendo que se apoderaba del ilustre Conde de Morella... el desdichado debió de avergonzarse cuando sólo encontró algunos bravos y leales carlistas, que habian roto sus fusiles y estaban cruzados de brazos, después de haber sabido que el General Cabrera se habia salvado.

Este hecho heróico es digno de ser recordado en las humildes páginas de nuestra Historia, y nos complacemos en tributar un aplauso á aquellos trece carlistas de corazon tan entero, de ánimo tan levantado.

CAPITULO XV.

Prision de D. Cárlos VI.—Abatimiento.—Defecciones.—Marsal.—Borges.—Leccion merecida.—Ultimos combates.—¡A Francia!—Fin de la campaña de 1849.

Con pena escribo este capítulo, y tambien con repugnancia y suprema amargura.

Hablar de leales y valientes que sacrifican hasta su vida por el triunfo de la santa causa legitimista, y hablar en seguida, al mismo tiempo cási, de cobardes y traidores que venden su honor por un puñado de monedas,—nuevos Júdas que estampan el beso impuro de la perfidia en la enseña inmaculada de la monarquía tradicional de España—bien puede asegurarse que es uno de los deberes más penosos que me he impuesto al comprometerme á escribir la Historia de don Ramon Cabrera.

Cuando se describe un combate desgraciado, el corazon se aflige y la pluma chorrea sangre; pero cuando se tiene que recordar una traicion villana, una série de traiciones villanas—entónces la pluma debia estar empapada en cieno, y el corazon del hombre leal, del hombre hidalgo, cubierto con fúnebres velos.

Don Cárlos Luis, el desgraciado hijo del augusto don Cárlos María Isidro, impaciente por hallarse entre sus bravos defensores de Cataluña, y resistiendo á la oposicion tenaz de pérfidos consejeros, salió de Lóndres en direccion á España, y en compañía de sus dos hermanos, don Juan y D. Fernando, hácia las tres y media de la tarde del 27 de Marzo.

Adoptó el pseudónimo de Lirio, y los otros dos jóvenes príncipes se hicieron llamar coroneles Fernandez y Jimenez.

Llegaron á Paris, y allí les esperaba el Sr. D. Cárlos Algarra, coronel, ayudante del Conde de Morella, y salieron inmediatamente para la frontera.

Acercáronse al pueblo de San Lorenzo de Cerdans, con el fin de penetrar en España, D. Cárlos, D. Fernando y Algarra, sin esperar á que el Conde de Morella les diera aviso de hallarse franco el paso, toda vez que el esforzado paladin legitimista intentaba llamar las tropas del General Concha hácia la parte de Lérida, con objeto de que los ilustres viajeros no tuvieran ningun tropiezo al atravesar la frontera.

Vana ilusion! Esfuerzos inútiles!

La traicion asediaba de contínuo al desgraciado vástago de Cárlos V, y el Gabinete de Madrid sabia mejor que el Conde de Morella, mejor aún que el mismo D. Cárlos Luis, todos los pasos que éste daba para acercarse á la española tierra, con ánimo de ponerse á la cabeza de sus leales partidarios, y como se dice vulgarmente, jugar el resto de la empeñada partida.

El 4 de Abril llegaron los jóvenes príncipes, acompañados del coronel Algarra, á San Lorenzo de Cerdans, y á los pocos momentos de su llegada fueron apresados por seis aduaneros franceses.

Véase el parte oficial que publicó la *Gaceta de Madrid: Ministerio de Estado.*—«El Cónsul de España en Perpiñan, con fecha 6 del actual, confirmando su despacho telegráfico del dia anterior, dice que el Conde de Montemolin, que en compañía de tres jefes se dirigia á España, fué preso con sus compañeros en las inmediaciones del pueblo de San Lorenzo de Cerdans, en la noche del 4, y conducido con ellos á la cárcel pública de Perpiñan.

»Segun el parte del jefe de aduaneros que le detuvo, se encontró en poder del Pretendiente, en el momento de su captura, la suma de 5.000 francos en oro, de cuya cantidad ofreció á los aduaneros 2.000 francos por su libertad y la de sus compañeros, diciéndoles que eran simples oficiales carlistas, que iban en busca de Cabrera; pero aquellos fieles y pundonorosos empleados despreciaron semejante oferta y entregaron los cuatro fugitivos á la autoridad competente.

»El Cónsul dice que el Conde de Montemolin fué conducido el dia 5 á uno de los pabellones de la ciudadela, en donde se le vigila de cerca, y que sus tres compañeros continúan en la cárcel, hasta que el Gobierno frances conteste á la consulta que le ha dirigido el Prefecto.

»Por último, se muestra el Cónsul muy satisfecho de la conducta franca y leal de las autoridades francesas, las que, acogiendo las noticias que les comunicó, tomaron las acertadas disposiciones á que se debe la detencion del Pretendiente.»

«Estado nominal de los indivíduos que han sido arrestados en la noche del 4 del presente mes en las inmediaciones de San Lorenzo de Cerdans, con la categoría que han declarado:

»El Conde de Montemolin con el nombre de subteniente Lirio.

»D. Cárlos Algarra, coronel.

»D. Antonio Gonzalez, id.

»D. Juan Jimenez, id.»

Cási al mismo tiempo publicaba *La Gaceta del Langüedoc* (1), periódico legitimista frances, los siguientes curiosos detalles:

«Como anunciamos ayer á nuestros lectores, el señor Conde de Montemolin fué detenido en el momento en que iba á penetrar por la frontera para unirse á los defensores de su causa, y participar de sus peligros y de las innumerables fatigas de la lucha desigual que sostienen.

. . . .

Ya que no se permite al Conde de Montemolin libertad para entrar en España, déjesele dueño al ménos de regresar á Inglaterra, donde tan benévola hospitalidad habia encontrado.

Hé aquí la carta de nuestro corresponsal:

Perpiñan 6 de Abril.—Unos cuarenta españoles que separadamente habian llegado á la extrema frontera, á la inmediaciones de San Lorenzo de Cerdans, han sido detenidos en el momento de ir á pisar el suelo de España, por tres ó cuatro carabineros.

Conducidos á Perpiñan, su presencia y su lenguaje hicieron sospechar que fuesen hombres políticos importantes; sus pasaportes aumentaron estas sospechas.

Habiendo sido colocados en la cárcel civil, obtuvieron, los que quisieron, permiso para salir de ella.

Al visitarlos el Prefecto, se convenció por sus respuestas de que tenia en su presencia sujetos de alto rango y de una gran instruccion. Su secretario reconoció entre ellos al Conde de Montemolin, á quien había visto en la aca-

(1) Del 12 de Abril de 1849.

demia de Bourges. El Conde lo confesó con nobleza, y desde aquel momento se le trató con las mayores consideraciones.

El Prefecto pidió al General Rambaud un coche, en el que pasaron el Conde y sus amigos á la ciudadela, donde permanecerán hasta que lleguen las instrucciones que se han pedido al Gobierno.»

El Conde de Montemolin, en resúmen, habia sido apresado, en el momento de intentar penetrar en España (1).

Á cuántas suposiciones se presta este suceso inesperado! Cuántas sospechas admite! ¡Qué mundo de ideas, qué piélago de conjeturas, qué multitud de acusaciones envuelve la prision de los augustos jóvenes!

Era secretario particular de D. Cárlos Luis, el Sr. don Romualdo María Mon, y en más de una ocasion se vió á este sujeto en conferencias misteriosas con el Embajador en Lóndres del Gabinete de Madrid (2).

¿Quién fué el que *dió el soplo*? ¿De dónde partieron las indicaciones (los detalles, mejor dicho) para que la captura del Príncipe se realizase en el momento de hallarse es-

---

(1) El periódico moderado *La España* publicó una interesante correspondencia de Lóndres, en la cual se aseguraba que los señores D. José de Salamanca, D. Salustiano de Olózaga y D. Patricio de la Escosura habian celebrado algunas conferencias con el Conde de Montemolin, que fueron patrocinadas por Lord Palmerston y á las cuales habia estado presente Sir E. Bulwer, último Embajador de Inglaterra en Madrid, á quien dió los pasaportes el Duque de Valencia por causas más ó ménos sabidas. Parece estar fuera de duda que el partido progresista, alejado del poder y del presupuesto, único móvil que impulsa á los doctrinarios de todos los colores políticos, aceptaba entónces como legítima y buena la dinastía del Sr. don Cárlos de Borbon.

¡Vivir para ver!

(2) *Historia de D. Cárlos*, por Córdova, pág. 490.

te sobre la frontera española? ¿Por qué el Duque de Sotomayor (1), Embajador de España en París, que supo á tiempo la evasion de Inglaterra de D. Cárlos, que supo tambien el paso de este por París, que quizá le vió... por qué, repetimos, no pidió entónces el auxilio de las autoridades francesas, y sólo se acordó de reclamarlo cuando el Príncipe estaba ya preso, *para que fuese castigado severamente* por el Gobierno de la nueva República?

Apartemos la vista de estas páginas bochornosas de la historia del partido moderado, corruptor y corrompido, siempre de ideas mezquinas y maquiavélicas, hipocrita y descrecido, que pretendia moralizar y entronizaba las supercherías más indignas.

Y apartémosla tambien de esos pérfidos consejeros que se burlan de los mismos á quienes debian besar la orla de la clámide—por valernos de una frase muy gráfica del poeta Horacio—que venden villanamente á las personas á quienes fingen lealtad y afecto, que insultan y escarnecen por la espalda á los que no se atrevieran de otro modo á mirar cara á cara, porque el alma de los villanos siempre es baja, su corazon siempre cobarde, su aliento apocado, pusilánime y asustadizo.

El Gobierno de la República francesa rechazó la pretension injusta del Duque de Sotomayor, y dió órden de poner en libertad inmediatamente al augusto detenido.

La historia apunta, y los hombres pensadores observan.

Algun dia se hará la luz, y el pueblo español adivinará misterios, descubrirá proyectos y aprenderá ciertos hechos inverosímiles, pero ciertos, que tienen tanto de asquerosos y hediondos, como de sanguinarios y terribles.

---

(1) El mismo que fué nombrado por Fernando VII Consejero de Doña María Cristina, durante la menor edad de Isabel II.

La prision de D. Cárlos abatió al General Cabrera: parece como que fué la señal para que palideciese algun tanto la estrella del egregio Conde.

Por otra parte, las defecciones, las traiciones más inícuas se repetian en las filas carlistas, y jefes caracterizados, en quienes no era posible suponer el dolo, vendieron su honor á los generales moderados, y no titubearon en volver las armas contra sus antiguos camaradas de campaña, que habian luchado á todo trance contra el mismo enemigo en la sangrienta lucha de los siete años.

José Pons (*Pep del Oli*) y Miguel Vila (*Caletrús*) fueron los primeros que en esta segunda época de lucha entre los partidarios del rey legítimo y las tropas de D.ª Isabel de Borbon, indicaron la senda de la defeccion y de las traiciones, entregándose como ya sabemos al General Córdova, en la tarde del 13 de Noviembre el primero, y en la mañana del 24 de Setiembre el segundo; el Gobierno reconoció á Pep del Oli el empleo de brigadier, dándole el mando del batallon de Arapiles y luego además el del regimiento de la Princesa, y á Caletrús le concedió el empleo de comandante, y le dió á mandar un batallon de francos (peseteros), contra sus antiguos amigos (1).

Á las defecciones de estos dos jefes carlistas, siguieron las de Monserrat y Posas, que se presentaron al General Concha el 4 de Diciembre, en la villa de Esparraguera, con una fuerza de 600 infantes y 50 caballos, hábilmente engañada por los jefes, quienes la hicieron creer hasta el último instante que iban á *copar* en aquella villa al Capitan general del Principado (2).

(1) ¡Excelentes victorias de que deben enorgullecerse los Generales Córdova y Marqués del Duero.

(2) Exacto.—Hemos tenido el gusto de oirlo á un oficial de

Luego desertaron tambien los jefes de partida Rivas, Sabaté y otros...

Verdad es que sus soldados, apénas conocian el engaño, la vil traicion de que eran víctimas inocentes, huian de Barcelona á Tarragona, á cuyos puntos eran conducidos inmediatamente, y volvian al campo carlista; pero tambien es verdad que la señal estaba dada, y el mal ejemplo desgarra y hace trizas las mejores ordenanzas militares.

Y si hubiese sido esto sólo!

Pero ocurrió tambien entónces, precisamente en el mismo dia en que se realizaba la prision de D. Cárlos Luis, 4 de Abril, que el valiente brigadier carlista D. Marcelino Gonfaus (*Marsal*) fué derrotado y deshecho, y cayó prisionero por las fuerzas que mandaba el brigadier Hore,—y esta derrota y captura de un jefe carlista de tanta importancia, por las circunstancias especiales que la acompañaron y siguieron, dió lugar á sospechas vehementes de que obedecian á un plan cobarde é indigno, preparado por el mismo jefe derrotado.

Dejemos hablar al historiador Córdova:

«...Sucedió que habiendo dispuesto Marsal que en uno de los dias 3 ó 4 de Abril se diese una accion en las inmediaciones de Gerona al brigadier Hore, puesto que ya era inevitable, se puso de acuerdo con algunos jefes subalternos para que acudiesen en la víspera del primero de los dias citados al lugar en que debiera darse la accion.

Era costumbre, desde la pasada guerra, reunir las fuerzas para operar, y diseminarse despues para facilitar los movimientos y librarse mejor de las persecuciones de los isabelinos: esto cuando no se contaba con bastante gente para oponerse á su marcha.

Posas, cuyo oficial, con otros muchos y sus soldados, se volvió al campo carlista tan luego como pudo hacerlo.

Acudieron los llamados con sus respectivas partidas, y dióse la accion en el citado dia, 4 de Abril.

La superioridad de las fuerzas que mandaba el coronel Hore decidió, no sin trabajo, la victoria á su favor: arrollados los carlistas por la infantería enemiga y destrozado su flanco derecho, hubieron de emprender la retirada, cuando ya en sus filas se veian las brechas que abriera el fuego de los isabelinos.

Gran número de muertos costó á unos y á otros la accion del 4 de Abril: fueron muchos los heridos, y algunos prisioneros de los carlistas quedaron en poder de la columna de Hore. Entre estos se hallaban D. Manuel Romero Abril, ayudante de Marsal, y el partidario D. Rafael Salas (*Planademunt*)...

Marsal, que se habia refugiado en una casa situada en el monte de Ginestá, cayó tambien en poder de Hore.

...Los vencedores... sujetaron á un consejo de guerra á los infelices que habian caido en su poder, y pocos dias después, 10 de Abril, á las siete de la mañana, fueron fusilados, entre otros, Planademunt y Romero Abril...

Marsal, que se hallaba ya en capilla con sus compañeros, dirigió una súplica á Doña Isabel, implorando su perdon y abjurando de los principios políticos que hasta entónces sustentara (1)...»

Antes de hablar nosotros, y de hacer comentarios, copiarémos algunos de los muchos datos que hemos reunido acerca de este suceso.

Acerca del desgraciado combate que precedió á la prision de Marsal, véase lo que decia la *Gaceta*.

«El General en Jefe del ejército de Cataluña desde su cuartel general de Rupit, en 4 del actual, participa que

---

(1) *Historia de D. Cárlos*, pág. 473 y 474.

el coronel D. Diego de los Rios, cumpliendo con las instrucciones que se le habian dado, se dirigió en la noche del dia anterior, con la brigada de su mando, al pueblo de Amer, donde se hallaban los cabecillas Marsal y Soballs, con unos 300 hombres: que distribuidas las tropas del modo conveniente para sorprenderlos en la poblacion, marchaban con precaucion y silencio cuando rompieron el fuego sobre ellas las escuchas avanzadas que tenian los enemigos, y en el acto entraron aquellas en el pueblo á la bayoneta, logrando hacer prisioneros un jefe, cinco oficiales, dos sargentos y 28 soldados, con los once caballos que tenian, habiendo cogido sobre 60 armas y otros efectos, entre ellos los pertenecientes á los dos cabecillas expresados, que á pié se fugaron de sus alojamientos al oir los primeros tiros, debido á que se disponian á marchar cuando fué ocupado el pueblo por nuestras tropas (1)»

Como se vé por el parte que antecede, el mérito, si le hubo, de la accion desgraciada de Amer, no pertenece, como quiere el historiador ántes citado, al coronel Hore, sino al coronel D. Diego de los Rios.

Como estos dos coroneles isabelinos mandaban dos distintas columnas, las cuales se apoyaban mútuamente en caso necesario, es de suponer, sin embargo, que las fuerzas del primero llegasen al campo de la pelea cuando la lucha estaba ya empeñada.

Con las noticias de la *Gaceta* están conformes las de un corresponsal en Vich, de *El Clamor público*:

«El coronel Rios al amanecer de aquel dia (4 Abril) sorprendió á D. Marcelino Gonfaus (Marsal) en Amer, matándole 10 ó 12 hombres, cogiéndole 12 caballos y más de 20 prisioneros y apoderándose de más de 70 armas y algunas prendas que abandonaron los facciosos en su pre-

(1) *Gaceta de Madrid* del 10 de Abril de 1849.

cipitada fuga. El mismo Marsal escapó por una casualidad á pié, saltando huertos y tapias.»

Y la misma carta de Vich, despues de dar las noticias que antecede referentes al combate, añade:

«Parece que el Jefe de la columna que estaba ayer tarde en Tapadel dispuso que los 40 caballos que tenia fuesen á Tona, en cuyo punto el que los mandaba supo sin duda que muy cerca estaba Marsal con unos 80 caballos, y se decidió á irlos á buscar; pero Marsal, que estaba precedido ó apoyado por un desfiladero, le aguardó, y cuando habia pasado el desfiladero la mitad de nuestra caballería, la cargó causándonos la pérdida de un sargento, dos soldados muertos y varios heridos.....

Despues de este choque, que seria á las siete de la *noche*, parece que Marsal se corrió al llano, donde ha estado parte de la noche; lo mismo que ha sucedido á la columna que salió de aquí á las ocho y media, diseminadas sus compañías, pero sin que ninguna tuviese proporcion de encontrar al enemigo (1).»

Resulta indudable que el coronel Rios batió á Marsal en Amer, el 4 de Abril, sin que las tropas de Hore tuviesen parte alguna en aquella funcion de guerra.

La *Gaceta* del dia siguiente daba ya estas noticias:

«*Ministerio de la Guerra.*—El general segundo cabo de Cataluña participa por extraordinario, en 7 del actual, que el coronel Hore desde Bañolas le dice que hizo prisionero el dia 6 en el monte de Ginestá al cabecilla Marsal, su ayudante Romero y Abril y otro faccioso, habiendo quedado muerto en el campo uno que se cree sea el cabecilla Yubany, que acompañaba á aquel, apoderándose además de sus tres caballos y otros efectos (2).»

(1) *El Clamor público*, 12 Abril, 1849.

(2) *Gaceta de Madrid*, 11 de Abril de 1849.

Con estas noticias oficiales estaba conforme *El Popular*, diario ministerial, que decia en el mismo dia 11:

«Tenemos que comunicar una noticia de grande importancia á nuestros lectores y que ha coincidido con la de la prision de Montemolin en Francia, quien, no obstante lo que dice algun diario del progreso, se halla encerrado en la ciudadela de Perpiñan.

El cabecilla Marsal, el más importante, el más activo, el más bravo y el de más prestigio de los cabecillas carlistas, incluso *Cabrera*, ha sido hecho prisionero en union de sus ayudantes y algun otro, en la montaña de Estany el dia 6 por el valiente coronel Hore, quien le ha conducido preso á Gerona.

Esta importante captura ha sido consecuencia de que la columna de Marsal, bastante numerosa, habia sido batida y completamente dispersada por el infatigable coronel Rios, huyendo el cabecilla acompañado sólo de unos 15 hombres y presentándose los restos de su gente implorando indulto (1).»

Marsal, Romero Abril, Planademunt, tres ó cuatro oficiales más, dos sargentos y veinte y tantos soldados, prisioneros en el combate del 4 y en la sorpresa del 6, fueron conducidos á Gerona por las fuerzas respectivas de los coroneles Rios y Hore, y encerrados en la cárcel de aquella inmortal ciudad, miéntras se anunciaban tan importantes noticias al Marqués del Duero.

La contestacion de este no se hizo esperar, y bien extraña por cierto.

¿Un periódico ministerial, de Madrid, lo aseguró así y preciso era creerlo.

---

(1) *El Popular*, 11 de Abril, y *El Clamor público* del mismo dia, número 1.469.

Hé aquí lo que dice *El Heraldo*, en carta de su corresponsal en Gerona, fecha 9 de Abril:

«Ayer muy temprano, llegó órden del Capitan general, que se halla en Bañolas, para que esta comision militar se trasladase inmediatamente á Amer con los cabecillas Planademunt, Marsal y el ayudante de este, el desertor Romero. Salia ya la tropa y la comision con su auditor Denis y los presos indicados; pero héte aquí que cuando ya marchaban por la puerta de Arenys, llega nueva órden del General Concha para que se suspendiera la marcha, mandando al propio tiempo que se sujetaran á un consejo de guerra, Planademunt y Romero, *pero no Marsal*, á quien parece se reserva para mejor ocasion, sin duda *á consecuencia de algun misterio que nosotros, los profanos, no llegamos á comprender, pero que tendrá grande importancia cuando salva á un hombre como Marsal* (1).»

El mismo periódico y en el mismo número, daba noticias de la ejecucion, en estos términos:

«Hoy (el 10) á las ocho de la mañana, ha sido fusilado, en el punto de Areny, Romero y Abril, ayudante de Marsal, y el cabecilla Planademunt. Este ha muerto como mueren los asesinos, con cobardía y temblores convulsivos; aquel, con el valor propio de la carrera militar que profesaba, agarrando el fusil de uno de los soldados del piquete y diciéndole que no moviera la puntería.

Es lástima que tenga que derramarse (2) sangre, pero en el estado á que las cosas han llegado es indispensable, si no se quiere que la sociedad sucumba bajo el peso de la más espantosa anarquía. Aparte de esto, las ejecuciones de

(1) *El Heraldo*, 17 de Abril, núm. 2.117.

(2) Pues no habiais derramado poca! O no os acordais de los sangrientos bandos de Breton y Pavía, ú os avergonzais de tal ecuerdo.

hoy son motivadas por causas que no pueden calificarse meramente como políticas, pues Romero como militar, al tomar partido con la faccion, faltó á su ordenanza, á sus banderas y á sus juramentos, y Planademunt era otro de la antigua gavilla de trabucaires que mandaba Felipe, y como tal, cómplice y responsable de gran número de robos y asesinatos que aquellos bandidos cometieron.

Romero habia sido oficial del regimiento del Rey, y habiendo caido prisionero, se puso á las órdenes de Marsal. *Este no será probablemente fusilado por consideracion acaso de alta política* y por motivos que, segun he oido decir á personas que creo bien enteradas, podrán contribuir á la más pronta y cabal pacificacion del Principado. Por otra parte, puedo asegurar á VV. que muchos vecinos de esta, de suposicion y arraigo, se han interesado en favor de Marsal, de quien sé que se muestra muy arrepentido de sus anteriores errores y extravíos (1).»

Bastante decir es, en un periódico ministerial.

Pero véase, en conclusion, lo que escribian desde Gerona, fecha 11, á *El Clamor público*:

«Ayer á las seis de la tarde fueron puestos en capilla el cabecilla Planademunt y el ayudante de Marsal, Romero y Abril, los que han sido pasados por las armas á las ocho de esta mañana.

La infeliz señora de Romero fué acompañada del Ilustrísimo Sr. Obispo á implorar la gracia de S. E. para su desgraciado marido, la que no pudo obtener á pesar de sus ruegos.

Nuestro dignísimo Prelado se presentó en la cárcel, y prodigó todos los consuelos que en la triste situacion necesitaba el infeliz Romero, quien ha recibido los auxilios

(1) *El Heraldo*, 7 de Abril de 1849, núm. 2.118.

espirituales, muriendo con un espíritu y valor poco comun. Durante el poco tiempo que ha permanecido en capilla, le han visitado vários de sus amigos, á quienes ha abrazado al salir, dejando enternecidos á todos.»

¡Ah! Era muy necesaria, mucho, para la salvacion de la pátria, la sangre de Romero y Planademunt, y el noble, pio, clementísimo general D. Manuel de la Concha, ¿cómo habia de titubear entre las vidas de dos hombres y la felicidad de España?

Pues hé aquí un punzante suelto del mismo diario progresista:

«El brigadier montemolinista D. Marcelino Gonfaus (*Marsal*), hecho prisionero por el coronel Hore, no fué fusilado como se creia; *pero sufrió el* 11 *esta pena en Gerona su ayudante Romero Abril, que le acompañaba cuando le capturaron* (1).»

¿Se asombran nuestros lectores? ¿Se preguntan por la causa de una clemencia tan inaudita? Pues léase el documento que á continuacion copiamos:

«*Ministerio de la Guerra.*—El Capitan general de Cataluña con fecha 10 (2) del actual dice: Hoy á las siete de la mañana han sido pasados por las armas en la plaza de Gerona el cabecilla Rafael Salar, alias Planademunt, y el ex-oficial D. Manuel Romero y Abril, sentenciados á esta pena por la comision militar después de haber sido brevemente juzgados con arreglo á las leyes. Contra el primero, además de su crímen de rebeldía, resultaron otros cometidos como antiguo trabucaire que fué, por los

(1) *El Clamor público*, 18 de Abril, 1849, núm. 1.475.

(2) El periódico oficial señala el 10 de Abril como el dia en que fueron fusilados Romero y Planademunt, y los demás periódicos, de los cuales son los anteriores sueltos, señalan el 11.

cuales estaba condenado á la última pena por los tribunales civiles. El segundo, hecho prisionero, siendo teniente del regimiento infantería del Rey, tomó parte con los rebeldes, con circunstancia agravante de haber herido de puñaladas á uno de sus compañeros, que tambien se hallaba prisionero, y por lo cual Cabrera quiso entregarlo al regimiento con la causa y fué capturado con Marsal, de quien era Ayudante.

La causa contra este último partidario continúa instruyéndose por la comision militar. Me ha dirigido la adjunta sentida instancia que eleva á S. M. la Reina, haciendo reverente sumision y adjurando sus errores.»

Exposicion que se cita.—«SEÑORA: La suerte de las armas me ha puesto en poder de los mismos á quienes por espacio de muchos años he combatido. Hombre de principios, partidario de una idea que yo creia la única verdadera, mi carácter y la casualidad lleváronme en los primeros años de la pasada guerra civil á las filas de los que la representaban, y en ellas combatí lealmente y con constancia hasta el año de 1840, en que sucesos bien conocidos llevaron al que llamaba mi Rey y á sus tropas al suelo extranjero. Sufrí resignadamente y con hartas privaciones, pero siempre sin deshonrarme, las penalidades de la emigracion hasta últimos del año 1846, en que obligado por compromisos anteriormente contraidos, entré en Cataluña á sostener con las armas en la mano los mismos principios que anteriormente habia defendido, y que equivocadamente se me figuraban ser los de la mayoría de esta nacion.

Todo este país es testigo, y gran parte de Cataluña sabe de qué modo he combatido y cómo me he comportado. Las vejaciones que á consecuencia de esta triste lucha tenian que soportar los pueblos, desolaban mi corazon, y por lo mismo hice cuanto estuvo de mi parte para ate-

nuarlas; de modo que mi constante anhelo fue siempre evitar los excesos inherentes á la perturbacion de la paz pública. Impedí, con toda la energía de que es capaz un hombre honrado, la efusion de sangre, hasta el punto de que los defensores de vuestro trono, que los azares de la guerra pusieron en mi poder, fueron tratados con toda la consideracion que se debe al leal defensor de una causa, sea la que fuere. Sé que todo esto no me salva del rigor de las leyes, pero pruebo al ménos que no me cuadra el dictado de sanguinario ó asesino. Más de una vez, al contemplar la inutilidad de nuestros esfuerzos en pró de una causa que habia creido justa, pensé desistir de mi empresa; mas la fatalidad por una parte, y por otra los consejos de personas que ejercian sobre mí un funesto ascendiente, venian siempre á destruir la fuerza de conviccion que empezaba á hacer brotar en mi alma la buena fé que me ha guiado en todas mis acciones. He sido fiel á la causa por la cual he sacrificado hasta mi vida, porque creyéndola justa se me habia hecho entender era la de la mayoría de los españoles, y únicamente en esta conviccion la defendí. Sólo en el estado á que estoy ahora reducido he llegado á conocer cuán justas eran las sospechas que muchas veces concibiera contra los hombres declarados enemigos de V. M.

Llegado el momento supremo en que el hombre no vé ya de este mundo sino las buenas ó malas acciones que en él ha practicado, por lo que en sí son, y no segun el colorido que las pasiones ó los intereses las dan comunmente, pronto á comparecer ante el Tribunal de Aquel á quien nada se oculta, creo como un deber de conciencia ofrecer á vuestros Reales piés mi sumision y respeto en desagravio á la injusta guerra á que he contribuido.

Una sola idea me preocupa en este momento, la duda de que V. M. no crea sincero este acto de adhesion, y que

tal vez se atribuya á causa ménos honrosa de las que me impulsan; pero consuélame, por otra parte, el que cuando llegará á las Reales manos de V. M. este escrito habré perdido ya la vida, prueba segura de que no me impele á ello la esperanza de una gracia que ya tarde llegaria. Mi cuerpo, acribillado por 16 heridas, demuestra evidentemente que sabré sufrir la muerte que por momentos me espera, llevando en ella la consoladora esperanza de que V. M. se dignará aceptar la respetuosa y sincera sumision que le hace aquel cuyo más terrible remordimiento es haber sido alistado entre vuestros enemigos.

Una viuda y dos hijos de infantil edad, que dejo sumidos en la más espantosa orfandad y miseria, serán un perenne testimonio de la buena fé y honradez que me guiaba en mis funestos y equivocados compromisos. Poco valdrian, Señora, las súplicas que en su favor me atreviera á dirigir á V. M. sino supiera que vuestro corazon se complace en hacer el bien, por cuyo motivo me atrevo á esperar perdonará en ellos mis pasados extravíos.—B. L. R. P. de V. M. quien desde ahora y hasta el último momento de su vida, proclamará vuestro nombre y rogará al cielo conceda á V. M. largos años de ventura.—Cárcel de San Martin de Gerona, á los 6 del mes de Abril de 1849.—Señora.—*Marcelino Gonfaus.*»

S. M. en vista de todo y accediendo á lo propuesto por el Consejo de Sres. Ministros, se ha dignado indultarle de la pena capital, reservándose determinar oportuna y definitivamente acerca de su suerte (1).»

Pocas palabras, á guisa de comentario.

D. Marcelino Gonfaus, el mismo que escribió la exposicion que antecede, otra vez alzó bandera en Cataluña,

---

(1) *Gaceta* de Madrid de 18 de Abril de 1849.

en 1855, por el Rey D. Cárlos VI, siendo Comandante general de la provincia de Gerona el brigadier D. Felipe Ruiz.

El 7 de Noviembre de 1855, Marsal cayó prisionero.

Sobre las nueve de la noche fué conducido en carruaje á la ciudad de Gerona, y encerrado inmediatamente en las cárceles nacionales de San Martin.

En la misma cárcel donde habia estado preso en 1849!

Sin perder minuto, formósele consejo de guerra, que terminó sobre la una de la madrugada del dia 8, hora en que se le puso en capilla.

Habia sido condenado á muerte.

Sobre las diez de la mañana de dicho dia, ante un cuadro de fuerza del ejército, de la guardia civil y de la compañía de granaderos del batallon de Milicia Nacional de la expresada ciudad, fué fusilado.

¡Hay ocasiones en que el hombre más incrédulo tiene que exclamar involuntariamente:—*Digitus Dei est hic!*

La defeccion de Marsal fué un golpe terrible para la campaña carlista de 1849.

Y como coincidieron desgraciadamente los dos sucesos referidos, este y la prision del Conde de Montemolin, no estará de más afirmar que la segunda guerra legitimista podia darse por terminada completamente.

Entónces tambien la calumnia, la impudente calumnia, se habia cebado con tenaz persistencia en la reputacion de hombres muy leales, hasta del mismo General Cabrera...

Borges, el hombre hidalgo y generoso, el defensor de las causas nobles, lo mismo en España que en Nápoles, fué objeto de parecidas acusaciones algunos meses ántes, y descendiendo aquel espíritu generoso hasta á dar una satisfaccion á las personas honradas, desmintiendo los rumores que ciertos malvados con siniestro fin propagaban,

escribió una carta á un amigo de Barcelona, liberal, para que fuese dirigida á los periódicos de la ciudad Condal, en justo desagravio de su reputacion lastimada.

«Todo hombre—decia en ella—que se precie de amigo de la verdad y de su pátria, debe seguir la bandera bajo la cual me honro militar. Por esto sigo la causa de mi legítimo Rey D. Cárlos VI (q. D. g.), al cual defenderé con mi espada hasta que yo espire. Sírvase V. hacerlo publicar en los periódicos de esa, á fin de desmentir las voces con que la calumnia dice que yo me he vendido á un partido impuro. Jamás me he vendido ni me venderé, aunque por ello sepa morir: pereceré ántes que no defender á Don Cárlos y á la España.

Haga público, si lo tiene á bien, que todos los guerrilleros no me siguen de mala gana: nuestras columnas pueden acogerse al indulto, previo permiso mio. No quiero forzados.

Queda suyo y b. s. m.—El comandante general de la provincia de Tarragona, General de los reales ejércitos y guerrillas sueltas de la misma provincia—*Borges* (1).»

Bien pudo decirlo el leal caudillo legitimista.

Nueve años há que fueron fusilados en la Plaza Mayor de la villa de Tagliocozzo, en el Abruzzo ulterior (reino de Nápoles), los jefes carlistas D. José Borges y D. Agustin Lafont, y quince españoles más, procedentes de las campañas de Cataluña.

Acosados por un batallon de bersaglieri piamonteses, encerráronse los bravos españoles en la Cascina de Matroddi, cerca de Albano, pequeña quinta que podia ser cercada fácilmente por las tropas italianas: defendiéronse con desesperacion, y aunque los soldados del usurpador de Nápoles

(1) *Historia de D. Carlos Luis* (hasta Octubre de 1848), por don Leopoldo Augusto Centurion, pág. 222.



incendiaron la casa en la cual se habian refugiado nuestros heróicos compatriotas, estos sólo depusieron las armas cuando se les hizo formal promesa de conducirlos sanos y salvos hasta la frontera de los Estados Pontificios.

Pero los *italianísimos*, herederos de la antigua fé púnica, faltaron indignamente á su palabra, y anunciaron á sus prisioneros que se preparasen para morir...

Con entereza escucharon la sentencia: pidieron un confesor, y el jefe de las tropas les presentó al poco rato un soldado garibaldino, vestido de sacerdote católico...

Afortunadamente, Borges le conocia de antiguo, y dijo á sus compañeros:—*Hermanos mios, haced un acto de perfecta contricion, y pedid á Dios que os dé su santa gracia. Vamos á morir como buenos católicos y como buenos carlistas.*

La poblacion de Tagliocozzo, pequeña é histórica villa, teatro de una de las más renombradas victorias de Cárlos de Anjou, vió con respeto y profunda compasion el sacrificio de un puñado de valientes.

Las fuerzas italianas que sorprendieron á Borges y sus infortunados compañeros pertenecian al primer regimiento de bersaglieri, bajo las órdenes del mayor Franchini, hoy mariscal de campo (1).

Perdónennos nuestros lectores la pequeña digresion que nos hemos permitido, á fin de dar á conocer, ántes de cerrar este capítulo, último de nuestra obra, el fin desgraciado del ilustre Bórges.

---

(1) Los curiosos detalles que anteceden los debe el autor de esta obra al Sr. D. M. M. E., su distinguido amigo, quien se los ha remitido desde Roma, en carta del 18 de Agosto último.—Dicho señor, antiguo y leal carlista, era á la sazon Zuavo pontificio. Hoy reside en Suiza y pertenece á la alta servidumbre de una augusta persona.

El Conde de Morella, afectado profundamente por las traiciones de sus subordinados, parece que se propuso dar una severa leccion á los generales isabelinos, contra tanta inmoralidad, tanta corrupcion, tanta bajeza de que hacian alarde.

De ahí los célebres sucesos de Pinós.

D. Francisco Tristany halló medio de entenderse con el coronel Santiago, jefe de una fuerte columna isabelina, y hacerle creer que trataba de pasarse con sus hermanos á las filas de la Reina, dejando aislado al General Cabrera, ya que no le entregasen al enemigo.

Por supuesto, qué tales negociaciones se hacian con autorizacion del Conde de Morella, quien se proponia dar una leccion merecida á los generales corruptores y corrompidos que hacian tan innoble guerra.

Concertado el plan con habilidad suma por el coronel D. Francisco Tristany, en su nombre, y en el de sus dos hermanos D. Rafael y D. Ramon, y aun en el de otros jefes y oficiales montemolinistas, llegó por fin el momento de obrar (1).

Pero dejemos hablar á un historiador contemporáneo:

«La noche del 13 al 14 de Abril era la designada para llevar á cabo el convenio. La-Rocha habia comunicado el buen éxito de las negociaciones al Gobierno de Madrid, si bien con la reserva que tan importante asunto requeria.

Llegado el dia, acudieron Santiago y los suyos al camino de Pinós. La brigada de Solano quedó en Calaf, y

---

(1) Es de advertir que el coronel Santiago habia sido autorizado para seguir estas negociaciones por el General La-Rocha, segundo cabo de Cataluña.

Pocos meses hace ha fallecido, siendo teniente general de ejército, el Sr. D. Leonardo Santiago Rotalde, el mismo actor de este drama.

las de La-Rocha y Cathalan, como igualmente los tercios catalanes; el equipo y los caballos de los oficiales de infantería tambien quedaron en el mismo punto

Así dispuesto todo por Santiago, se aguardó el momento; á las dos de la tarde del 13 salió Gibergas de Calaf. Siguiéronle las tropas, que á las cuatro de la tarde emprendieron la marcha. Las columnas La-Rocha y Cathalan tomaron la direccion del Santuario de Pinós.

Al escurecer llegaban al Hostal de Groman, distante media hora del Santuario.

La noche era terrible; desencadenado el furor de los llamados elementos, un viento impetuoso que azotaba el rostro con la finísima y copiosa lluvia que caia, unia sus esfuerzos á los de las espesas nubes que, impidiendo hasta el último átomo de luz, y cubriendo como un paño mortuorio el firmamento, dificultaba la marcha á las columnas isabelinas.

Hicieron alto en el Hostal, siguiendo la opinion del coronel Santiago, y aguardaron la llegada de Tristany (D. Francisco), que ofreciera constituirse en rehenes del buen éxito de la empresa.

Pero como á eso de las diez de la noche se presentó Gibergas en el campo isabelino, y dijo á Santiago que Tristany quedaba al pié de la ermita de Pinós, y que á un silbido suyo acudiria inmediatamente.

No dudaba todavía el isabelino de la rectitud de los intentos de sus nuevos aliados, segun él creia; y aunque la tardanza empezaba á impacientarles dió crédito á las palabras de Gibergas, porque atribuia á precaucion hija de la prudencia, y muy necesaria en semejantes casos, la excusa de Tristany.

Si alguna duda asaltó su alma, fué muy rápida, y volvió á renacer en él la esperanza con las seguridades

que le daba Gibergas de que se haria segun deseaban todos.

Emprendieron de nuevo la marcha, cada vez con más sigilo; doblóse el fondo de las columnas para que ocupasen ménos terreno, y la vanguardia, compuesta de cazadores de Vergara y de las compañías de cazadores correspondientes á los regimientos de la Princesa, Soria y Castilla, y mandada por el jefe Comas, llegó á las inmediaciones del Santuario de Pinós.

De repente una voz les detiene; «*Quién vive?*» dice; y al escuchar la respuesta: «*Isabel II!*» la interrumpe diciendo con estentóreo acento: «*Pues fuego!*»

Una detonacion horrísona siguió á la voz.

Acude el coronel La-Rocha, manda formar en masa á las tres compañías de cazadores y los batallones de Sória, y en combinacion con el coronel Cathalan ataca la posicion de los montemolinistas: rechazan estos con vigor á los isabelinos; el coronel Rotalde envia la segunda columna, mandada por el comandante Giron, en apoyo de la primera, y él mismo con el resto de las fuerzas y unido al comandante Marquez, avanza en direccion al enemigo.

Un combate horrible y tenaz tiene lugar entónces; los carlistas, viendo rebasada su línea, que forma un escaso número de combatientes, reconcentran y deciden acometer al enemigo hasta ponerle en retirada.

Cesa el fuego de la fusilería, y al estruendo sucede un confuso rumor apénas perceptible entre el rugido del viento que repiten aquellas montañas.

Los carlistas acometen á la bayoneta á los isabelinos, y estos rechazan del mismo modo á sus enemigos; hierro á hierro y cuerpo á cuerpo luchan por espacio de algunos minutos, hasta que La-Rocha dá órden de emprender la

retirada hácia Calaf, conduciendo los heridos que pudieron hallar de los suyos.

Los carlistas se retiraron en direccion á San Pedro de Padullés.

Las pérdidas fueron próximamente iguales: catorce muertos tuvieron los carlistas y doce los isabelinos: pero entre estos fué mayor el número de heridos, que ascendió á treinta y seis y veintitres extraviados.

Entre los muertos de los carlistas se contó el bravo comandante D. Vicente Astiriaga; y entre los heridos de los isabelinos se hallaba el coronel Cathalan.»

Tales fueron los sucesos de Pinós.

Leccion merecida, aunque no fué tan dura como pudo serlo.

Sin embargo, la campaña tocaba á su fin.

Como si se hubiese eclipsado la estrella del General Cabrera, apénas podia defenderse en la Guardiola de las columnas de Pons y Solano, que activamente le perseguian con fuerzas numerosas, y aunque hizo prodigios de valor en más de una ocasion, no pudo evitar descalabros bien sensibles.

Por otra parte, Gamundi y Saratagal eran batidos por el brigadier D. Domingo Dulce, en las inmediaciones de Castell-Florit; Pep del Oli dispersaba algunas partidas en el Coll de Nargó; el coronel Solano conseguia bastantes ventajas sobre los montemolinistas en varios combates, aunque pequeños, en Sierra-Seca.

Borges, el valiente Borges puso en grave aprieto, en el pueblo de Aliñá, á la numerosa columna que mandaba el brigadier Manzano, y en poco estuvo que este jefe no volviera á caer prisionero de los carlistas.

Entre tanto el soborno continuaba: lo que no conseguia el General Concha por medio de las armas, conseguíalo en

breve con argumentos más *duros*, y las defecciones continuaban, y las adhesiones de antiguos carlistas á la amnistía del 17 de Abril de 1848, llenaban de cuando en cuando las primeras columnas de la *Gaceta* (1).

Tristany y Vicella fueron derrotados por el brigadier Echagüe en Matamargó; Martinez lo fué tambien por el brigadier Damato en las cercanías de Espiells, y otras desgracias semejantes vinieron á poner término á la sangrienta lucha.

Poco á poco fueron desapareciendo los jefes más renombrados, y todas las columnas isabelinas se dirigian en contra del General Cabrera, quien sostuvo combates continuados por espacio de cinco dias, desde el 17 al 21 de Abril.

El más notable fué el siguiente, cuya descripcion debemos al ya nombrado coronel D. José Leon y de San German:

«*Accion del* 19 *de Abril de* 1849, *en los alrededores de San Lorenzo dels Piteus.*—Estaba el señor Conde de Morella en el pueblo de San Lorenzo dels Piteus con su cuartel general, escolta y subordinadòs, los brigadieres D. José Borges y D. Rafael Tristany, con las respectivas fuerzas de su mando, cuando á las 10 de la mañana del 19 de Abril se le dió aviso de que una columna enemiga se aproximaba al pueblo.

D. Ramon Cabrera mandó al bizarro brigadier Borges que saliese al encuentro del enemigo. Dirigióse hácia ella, en efecto, el denodado Borges, rompiendo el fuego á una

(1) A esta amnistía se acogió, en Mayo de 1848, el hermano político del General Cabrera, D. Juan de Dios Polo y Muñoz. Reconociósele el empleo de brigadier, que ha conservado hasta Julio de 1869.

hora de distancia, y logrando de este modo entretenerlo dos horas, durante las cuales los voluntarios carlistas hicieron titánicos esfuerzos á fin de derrotar al enemigo, lo que no pudieron conseguir por ser las fuerzas de este muy considerables en número, y al fin emprendió la retirada por un flanco y marchó adonde le habia mandado el General carlista.

Viendo la columna enemiga que con bayoneta armada se dirigia al pueblo, salió toda la fuerza carlista á formar en las eras, donde se rompió el fuego contra las huestes isabelinas, teniendo que batirse en retirada, pues los carlistas éramos unos 800 hombres y los isabelinos tres batallones.

El General Cabrera me ordenó que con tres compañías fuese á defender el paso de un riachuelo, sosteniendo la demás fuerza, formada por escalones, aquella defensa. Yo mandé romper el fuego, costando dos horas á un batallon de cazadores el poder ganar la orilla opuesta de dicho riachuelo.

Como era natural, el fuego se generalizó por ámbas partes, sosteniéndose nuestros soldados con firmeza y haciendo una brillante retirada; mas viéndonos acometidos por un batallon más, que embistió dos veces en medio de una lluvia de balas, á la bayoneta, yo quedé atravesado en un muslo por un balazo.

Al anochecer, el enemigo sólo habia recorrido la distancia de 8 kilómetros.

Es de advertir que este llevaba tres batallones y los carlistas contaban sólo con unos 600 hombres.

En esta accion el honor de las armas carlistas quedó muy alto, consiguiendo únicamente el enemigo hacer algunas bajas con su nunca interrumpido fuego.

El General Cabrera, génio extraordinario de la guerra

y del valor militar, animaba con su presencia á los voluntarios y su voz era una chispa eléctrica que inflamaba todos los corazones.»

Tales fueron las últimas convulsiones de aquella suprema y desesperada lucha.

El Conde de Morella, conociendo que el triunfo era imposible por entónces, determinó salvar la frontera en la tarde del 25 de Abril, acompañado de los Sres. Ceballos, Tristany y otros oficiales de su Estado Mayor.

La *Gaceta* de Madrid anunció de esta manera aquel acontecimiento.

«El Cónsul de España en Perpiñan, en comunicacion que con fecha 25 de Abril dirige al Ministerio de Estado, dice: «que á las nueve de la mañana del 24 llegaron á aquella plaza el titulado General carlista D. Ramon Cabrera y otros indivíduos.

Que D. Ramon Cabrera y el Sr. García habian sido encerrados en la ciudadela, y sus compañeros en la cárcel pública.

Que al entrar en Francia, Cabrera y sus amigos se ocultaron en el subterráneo que hay en una de las casas del pueblo de Err, con intento de burlar la vigilancia de las autoridades y dirigirse á Inglaterra.

Y que Cabrera sería conducido aquella misma noche al castillo de Lamalgue, en Tolon, y sus compañeros á los depósitos del interior.»

La lucha habia terminado.

Otro desengaño más! ¡Otra humillacion por las traiciones infames que pululaban en el campo carlista! ¡Otros vejámenes injustos en la vecina Francia, regida entónces por un gobierno republicano!

Pero murió por eso la causa de la legitimidad?

No puede morir la santa causa que representa las glo-

rias de la monarquía tradicional española; no puede apagarse el fuego sagrado que arde en el pecho de los defensores de la fé católica y de los venerandos principios de la tradicion y del derecho; no puede plegarse la bandera bendita que ostenta en su fondo, entre coronas de inmarcesibles laureles, aquel glorioso lema que reproduce el grito de combate de Pelayo y Alonso VIII, de los héroes del Dos de Mayo y de Gerona y Zaragoza:

DIOS, PATRIA Y REY.

Hemos llegado, con la ayuda de Dios, al fin de nuestra obra.

El lector que ha tenido paciencia para seguirnos al través del sangriento campo de la guerra civil que acabamos de bosquejar, no se admirará seguramente si le decimos que aún podriamos haber llenado otros dos volúmenes con la narracion de ciertos hechos que sólo hemos apuntado, y aun algunos omitido por completo, en las páginas de la HISTORIA DE DON RAMON CABRERA.

Pero habriamos pecado de difusos, y por otra parte, *no es tiempo todavia* de esclarecer algunos puntos oscuros que habrán observado nuestros discretos lectores.

Ni tampoco merece capítulo aparte la tranquila existencia del Conde de Morella desde los tiempos inmediatos á la conclusion de la campaña de 1849, hasta los últimos meses del año 1869.

Casado con una riquísima dama inglesa, admiradora de las hazañas de nuestro héroe, reside habitualmente en Wentworth, cerca de Lóndres, alejado del estrépito de las

armas y entregado á las dulces satisfacciones de la familia, y al cariño y cuidado de sus hijos.

Ni aprobó, ni tomó parte alguna en el descabellado movimiento que algunos ardientes carlistas, mal aconsejados, iniciaron en 1855, ni su nombre esclarecido figura para nada en la temeraria y desgraciada empresa de San Cárlos de la Rápita, que comenzó con el fusilamiento del General Ortega y concluyó con la prision, en las cercanías de Tortosa, del augusto Conde de Montemolin, quien se vió forzado por el gabinete O'Donnell-Posada Herrera á hacer una renuncia de sus derechos al trono de España, en favor de su prima Doña Isabel de Borbon—y en cambio de su vida y libertad amenazadas.

«Cabrera es hoy—decia un escritor distinguido, en los últimos dias de Febrero de 1870—Cabrera es hoy, como ántes, el intrépido y ardiente defensor de la causa de la legitimidad española, el primer soldado del jóven y virtuoso príncipe que actualmente la representa; el modelo más perfecto y acabado de lealtad y consecuencia en sus ideas, y de ánimo más resuelto y generoso para defenderlas.

Ni todos los trabajos y sinsabores que Cabrera, como cási la mayor parte de los hombres favorecidos por la fortuna, ha experimentado en su vida militar y en la emigracion, han podido debilitar en lo más mínimo el temple de su alma, ni las comodidades que posee, unidos al cariño de su noble esposa y de sus hijos, ha alterado su fé ni disminuido la esperanza del triunfo de su causa.»

Nó; el Conde de Morella no puede olvidar á su pátria querida; no puede olvidar, no olvida seguramente que por ella, por su salvacion, por arrancarla de las manos indignas que la explotaban y envilecian, ha derramado su sangre en los campos de batalla; Cabrera no puede olvi-

dar, es imposible, que esta pátria infeliz, víctima de pandillas ambiciosas, es la pátria de su santa madre, la pátria que encierra en modesto sepulcro los frios restos de la inocente María Griñó.

Dios ha permitido que el General haya presenciado la caida del trono de Doña Isabel de Borbon, levantado por la traicion y por los mismos hombres que le han derribado...

¿Permitirá tambien que asista, acaso en época no remota, á la proclamacion real del augusto Duque de Madrid?

¡Confianza en Dios, carlistas!

APÉNDICE IMPORTANTE.

Publicado iba ya el cuaderno quinto de nuestra HISTORIA DE DON RAMON CABRERA, hácia los últimos dias de Marzo de 1870, cuando empezó á circular de boca en boca, entre los afiliados á la causa carlista, una dolorosa nueva.

Héla aquí: el Conde de Morella, el invicto soldado de la legitimidad dinástica, el leal paladin de Cárlos V y de Cárlos VI, el que tremolaba con potente brazo la salvadora enseña de la monarquía tradicional española que simboliza el augusto príncipe D. Cárlos de Borbon y de Este, Cabrera, en fin, habia presentado su dimision al Rey, y el Rey se la habia admitido.

Injusto sería quien pretendiese negar la profunda sensacion que tal noticia produjo en el partido carlista, alentado con la esperanza de cercano triunfo, que de consuno le deparaban la situacion angustiosa de España, la justicia de su causa, las altas prendas personales de su excelso Monarca, y las garantías legítimas de éxito que ofrecia el preclaro nombre y la sabia direccion política del invicto Conde de Morella.

Injusto sería, volvemos á decir, quien intentase ocultar que el dolor se apoderó de todos los corazones leales,

que la ansiedad, la incertidumbre, la angustia se retrataba en todos los semblantes....

Que graves debian ser las causas que obligaron al General Cabrera á presentar su dimision en momentos críticos, no habia para qué dudarlo; que razones de equidad y de justicia tendria el Rey para admitirla, es perfectamente inútil suponerlo,—dado el recto criterio de que el jóven Príncipe ha hecho nobilísimo alarde.

Y este suceso inesperado, que llenaba de amarga pena á los carlistas, causó alegría pueril,—lo recordamos agradecidos,—en el campo liberal, cuyos órganos en la prensa, verdaderos órganos de Móstoles, anunciaron jubilosos una vez más *la disolucion del cadáver de Vergara*,—de ese cadáver del cual puede decirse, parodiando á un antiguo poeta,—que,

cuando ménos se pensaba
probó su buena salud,
metiendo en el ataud
al mismo que le enterraba....

Natural es, por lo tanto, que, ántes de dar por terminada nuestra agradable aunque larga tarea, y cumpliendo gustosos el ofrecimiento que tenemos hecho, levantemos un poco, quizá con atrevida mano, la punta del velo que encubre ciertos sucesos.

Hé aquí por qué dedicamos á este asunto las últimas páginas de nuestra obra.

Pero conviene proceder por órden.

Hácia las nueve de la mañana del 10 Marzo de 1855, entregaba su alma al Criador el Sr. D. Cárlos María Isidro de Borbon, «aquel Príncipe,—dice un escritor,—en quien no se sabe que admirar más: si los padecimientos y privaciones en que tanto abunda su vida, ó la cristiana

resignacion é inflexible entereza con que supo dominarlas (1).»

Ocho años hacía que el desventurado monarca, digno de inmarcesibles coronas, residia en Trieste, y vió llegar su última hora con la tranquilidad del justo; que la santa gracia de Dios fortalece el espíritu de los buenos, y en los umbrales de la eternidad parece como que se reflejan los purísimos destellos de la gloria inefable del paraiso.

D. Cárlos Luis de Borbon y de Braganza, primogénito del monarca,—víctima, como su desventurado padre, de las traiciones, de los amaños, de las miserias de los hombres,—falleció tambien prématuramente en 1860 (2).

Y D. Juan de Borbon y de Braganza, hijo segundogénito de D. Cárlos María Isidro, heredero de los derechos á la corona de España, rénunció en favor de su hijo mayor, D. Cárlos de Borbon y de Este, en 3 de Octubre de 1868.

Acababa de consumarse en nuestra pátria la Revolucion de Setiembre.

Los partidos liberales, esos partidos que amasaron con sangre de españoles los cimientos del sólio de Isabel II, tal vez (3) los mismos hombres que contribuyeron, más ó ménos, á sostener en su vacilante cuna á la Infanta niña —después de haberla hecho incurrir, ya Reina, *en una série de lamentables equivocaciones*, víctima de sus am-

(1) Córdova, *Historia de D. Cárlos*, pág. 509.

(2) Alarmantes rumores circularon acerca de la muerte de don Cárlos Luis y de la muy inmediata de su jóven esposa y digno hermano D. Fernando,—pero tenemos motivos para creer que estas tres ilustres personas fueron víctimas de una dolencia aguda, muy general entónces en la Europa meridional.

(3) Y sin tal vez.—Serrano, Prim y muchos de los Generales insurrectos en Setiembre de 1868, ¡ cuántas veces se batieron en Aragon y Cataluña contra los soldados de Cabrera y del Conde de España!

biciones y deslealtades, juguete de sus caprichos y hasta de sus exigencias,—rompieron su trono en cien pedazos, y arrancáronla de la frente la corona que se habia fabricado con las traiciones de la Granja y las villanías de Vergara.

España tembló de miedo ante el mónstruo feroz de una revolucion anárquica.

Viéronse en pocos dias derribados los templos y apagadas las lámparas del santuario, proscritos los sacerdotes, insultadas las religiosas, y escarnecida públicamente la fé de nuestros mayores; oyéronse en las calles y plazas, en teatros y clubs predicaciones desvergonzadas de teorías políticas y sociales, cuya realizacion práctica sería la ruina total de esta infeliz nacion, tan noble y tan desdichada; súpose, en fin, que las *incautaciones* arrebataban sus riquezas á los archivos de las catedrales, de las parroquias, de los conventos; que la desamortizacion (error económico que los liberales no quieren confesar) vendia ó arrasaba monumentos artísticos é históricos de gran valía; que la bancarota se presentaba en lontananza con rostro descarnado y miserable; que *puntos negros* aparecian contínuamente; que la legalidad era una blanca ilusion, y el favoritismo y la arbitrariedad un hecho consumado; que la corona de Castilla, la corona de dos mundos, la que ciñó las sienes de Isabel *la Católica* y Cárlos I, andaba rodando de nacion en nacion y de corte en corte, ofrecida á bajo precio, como ruin mercancía, al primer advenedizo.

Todo se supo, todo se oyó, y se supo tambien que los clamores de los pueblos eran apagados por los alegres ecos de los festines y de las orgías.

Y el partido carlista, el más interesado en la salvacion de España, apénas tuvo tiempo para mirar la honda

sima que cavaban los setembristas alrededor de la pátria, y levantarse unánime y compacto, lleno de vida y de fuerza, enarbolando la insignia veneranda que guió al combate á los héroes de Covadonga y del Dos de Mayo, y gritar enérgicamente, en medio del universal desconcierto: ¡*Viva Cárlos VII*!

El augusto Príncipe oyó la poderosa voz de sus súbditos y publicó bien pronto un Manifiesto á los españoles, en forma de carta á su hermano D. Alfonso.

Hé aquí este notable documento, que nosotros, y nuestros lectores nos lo agradecerán, estamos en el caso de publicar, á pesar de su extension, en estas páginas:

Mi querido hermano:

En folletos y en periódicos se ha dado bastantemente á conocer á España mis ideas y sentimientos de hombre y de rey. Cediendo, sin embargo, al general vehementísimo deseo que ha llegado hasta mí, desde todos los puntos de la Península, escribo esta carta; carta en que no hablo sólo al hermano de mi corazon, sino á todos los Españoles, sin excepcion ninguna, que tambien son mis hermanos.

Yo no puedo, mi querido Alfonso, presentarme á España como pretendiente á la Corona: yo debo creer, y creo, que la Corona de España está ya puesta sobre mi frente por la santa mano de la ley. Con ese derecho nací, que es al propio tiempo obligacion sagrada; mas deseo que ese derecho mio sea confirmado por el amor de mi pueblo. Mi obligacion, por lo demas, es consagrar á este pueblo todos mis pensamientos y todas mis fuerzas: es morir por él ó salvarle.

Decir que aspiro á ser Rey de España y no de un partido, es cási vulgaridad; porque, ¿qué hombre digno de ser rey se contenta con serlo de un partido? En tal caso, se degradaria á sí propio, descendiendo de la alta y serena region donde habita la Majestad, y adonde no pueden llegar rastreras y lastimosas miserias. Yo no debo ni quiero ser rey, sino de todos los Españoles; á ninguno rechazo, ni aun á los que se digan mis enemigos, porque un rey no tiene enemigos; á todos llamo, hasta los que parecen más extraviados, y los llamo afectuosamente en nombre de la pátria; y si de todos no necesito para subir al

Trono de mis mayores, quizás necesite de todos para establecer sobre sólidas é inconmovibles bases la gobernacion del Estado, y dar fecunda paz y libertad verdadera á mi amadísima España.

Cuando pienso en qué deberá hacerse para conseguir tan altos fines, pone miedo en mi corazon la magnitud de la empresa. Yo sé que tengo el deseo ardiente de acometerla y la resuelta voluntad de terminarla; mas no se me esconde que las dificultades son imponderables, y que no sería hacedero vencerlas sin el consejo de los varones más imparciales y probos del reino, y *sobre todo sin el concurso del mismo reino congregado en Córtes, que verdaderamente representen todas sus fuerzas vivas y todos sus elementos conservadores. Yo daré con esas Córtes á España una ley fundamental*, qué segun expresé en mi carta á los Soberanos de Europa, espero que ha de ser definitiva y española.

Juntos estudiamos, hermano mio, la historia moderna, meditando sobre grandes catástrofes que son enseñanza á los reyes y á la vez escarmiento de pueblos. Juntos hemos meditado tambien y *convenido en que cada siglo puede tener, y tiene de hecho, legítimas necesidades y naturales aspiraciones.*

La España antigua necesitaba de grandes reformas: en la España moderna ha habido grandes trastornos. Mucho se ha destruido; poco se ha reformado. *Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer*; háse intentado crear otras nuevas, que ayer vieron la luz y se están ya muriendo. Con haberse hecho tanto, está por hacer cási todo. Hay que acometer una obra inmensa, una inmensa reconstruccion social y política, levantando en ese país desolado, sobre bases cuya bondad acreditan los siglos, un edificio grandioso en que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables.

No me engaño, hermano mio, al asegurarte que España tiene hambre y sed de justicia: que siente la urgentísima, imperiosa necesidad de un Gobierno digno y enérgico, justiciero y honrado; y que ansiosamente aspira á que con no disputado imperio reine la ley, á la cual debemos estar todos sujetos, grandes y pequeños.

España no quiere que se ultraje ni ofenda la fé de sus padres; y poseyendo en el Catolicismo la verdad, comprende que si ha de llenar cumplidamente su encargo divino, *la Iglesia debe ser libre.*

Sabiendo y no olvidando que el siglo diez y nueve no es el siglo diez y seis, España está resuelta á conservar á todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias, espíritu de

nuestras leyes, bendito lazo de union entre todos los Españoles.

Cosas funestas en medio de tempestades revolucionarias han pasado en España; pero sobre esas cosas que pasaron hay concordatos que se deben profundamente acatar y religiosamente cumplir.

El pueblo español, amaestrado por una experiencia dolorosa, desea verdad en todo, y que su rey sea rey de véras y no sombra de rey; y que sean sus Córtes ordenada y pacífica junta de independientes é incorruptibles procuradores de los pueblos; pero no asambleas tumultuosas ó estériles de diputados empleados ó de diputados pretendientes, de mayorías serviles y de minorías sediciosas.

Ama el pueblo español la descentralizacion y siempre la amó, y bien sabes, mi querido Alfonso, que si se cumpliera mi deseo, así como el espíritu revolucionario pretende igualar las provincias vascas á las restantes de España, todas estas semejarian ó se igualarian en un régimen interior con aquellas afortunadas y nobles provincias.

Yo quiero que el municipio tenga vida propia y que la tenga la provincia, previendo, sin embargo, y procurando evitar abusos posibles.

Mi pensamiento fijo, mi deseo constante es cabalmente dar á España lo que no tiene, á pesar de mentidas vociferaciones de algunos ilusos; es dar á esa España amada la libertad que sólo conoce de nombre; la libertad que es hija del Evangelio, no el liberalismo que es hijo de la protesta; la libertad que es al fin el reinado de las leyes cuando las leyes son justas; esto es, conformes al derecho de naturaleza, al derecho de Dios.

Nosotros, hijos de reyes, reconociamos que no era el pueblo para el rey, sino él rey para el pueblo; que un rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; que un rey debe gloriarse además con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles.

Hay en la actualidad, mi querido hermano, en nuestra España una cuestion temerosísima: la cuestion de hacienda.

Espanta considerar el déficit de la española: no bastan á cubrirlo las fuerzas productoras del país: la bancarota es inminente: no sé, hermano mio, si puede salvarse España de esta catástrofe; pero si es posible, sólo su rey legítimo la puede salvar. Una inquebrantable voluntad obra maravillas. Si el país está pobre, vivan pobremente hasta los ministros, hasta el mismo rey, que debe acordarse de D. Enrique el Doliente.

Si el rey es el primero en dar el gran ejemplo, todo será ha-

no; suprimir ministerios y reducir provincias, y disminuir empleos, y moralizar la administracion, al propio tiempo que se fomente la agricultura, proteja la industria y aliente al comercio. Salvar la hacienda y el crédito de España es empresa titánica, á que todos deben contribuir, Gobierno y Pueblo. Menester es que mientras se hagan milagros de economía seamos todos muy españoles, estimando en mucho las cosas del país, apeteciendo sólo las útiles del extranjero. En una nacion, hoy poderosíma, languideció en tiempos pasados la industria, su principal fuente de riqueza, y estaba la hacienda mal parada, el reino pobre: del Alcázar Real salió y derramóse por los pueblos una moda, la de vestir sólo las telas del país. Con esto la industria reanimada dió orígen dichoso á la salvacion de la hacienda y á la prosperidad del reino.

Creo, por lo demás, hermano mio, comprender lo que hay de verdad y lo que hay de mentira en ciertas teorías modernas; y por tanto, aplicada á España, reputo por error muy funesto la libertad de comercio, que Francia repugna y rechazan los Estados Unidos. Entiendo, por el contrario, que se debe proteger eficazmente la industria nacional. Progresar protegiendo debe ser nuestra fórmula.

Y por cuanto paréceme comprender lo que hay de verdad y de mentira en esas teorías, se me alcanza tambien en qué puntos lleva razon la parte del pueblo que hoy aparece más extraviada; pero es seguro que cási todo lo que hay en sus aspiraciones de razonable y legítimo no es invencion de ayer, sino doctrinas de antiguo conocidas, aunque no siempre, y singularmente en el tiempo actual, observadas. Engaña al pueblo quien le diga que es rey; pero es verdad que la virtud y el saber son la principal nobleza; que la persona del mendigo es tan sagrada como la del prócer; que la ley debe guardar así las puertas del palacio como las puertas de la cabaña; que conviene crear instituciones nuevas, si las antiguas no bastasen, para evitar que la grandeza y la riqueza abúsen de la pobreza y de la humildad; que debiendo hacerse igualmente justicia á todos, y conservar á todos igualmente su derecho, le está bien á un Gobierno bueno y previsor mirar especialmente por los pequeños, y directa ó indirectamente procurar que no falte trabajo á los pobres, y que puedan sus hijos que hayan recibido de Dios un claro entendimiento, adquirir la ciencia que, acompañada de la virtud, les allane el camino hasta las más altas dignidades del Estado.

La España antigua fué buena para los pobres; no lo ha sido la revolucion. La parte del pueblo que hoy sueña en la República,

va ya entreviendo esta verdad; al fin la verá clara y patente como la luz, y verá que la Monarquía cristiana puede hacer en su favor lo que nunca harán trescientos reyezuelos disputando en una asamblea clamorosa. Los partidos, ó los jefes de los partidos, naturalmente codician honores ó riquezas ó imperio; pero ¿qué puede apetecer en el mundo un rey cristiano sino el bien de su pueblo? ¿Qué le puede faltar á un rey en el mundo para ser feliz sino el amor de su pueblo?

Pensando y sintiendo así, mi querido Alfonso, soy fiel á las buenas tradiciones de la antigua y gloriosa Monarquía española: y creo ser á la vez hombre del tiempo presente, que no desatiende el porvenir.

Comprendo bien que es tremenda la responsabilidad de quien tome sobre sí restaurar las cosas de España; mas si sale vencedor en su empeño, inmensa será su gloria. Nacido con derecho á la Corona de España, y mirando en ese derecho una sagrada obligacion, yo acepto aquella responsabilidad y busco esta gloria; y me anima la secreta esperanza de que, con la ayuda de Dios, el pueblo español y yo hemos de hacer muy grandes cosas, y ha de decir el siglo futuro que yo fuí un buen rey, y el pueblo español un gran pueblo.

Tú, hermano mio, que tienes la dicha envidiable de servir bajo las banderas del inmortal Pontífice, pide á ese nuestro rey espiritual, para España y para mí, la bendicion apostólica.

Y á Dios, que te guarde.

Tuyo de corazon, tu hermano

CÁRLOS.

Paris 30 de Junio de 1869.

Tal es el Manifiesto del Sr. Duque de Madrid.

Debemos suponer que el General Cabrera aceptó lealmente el Programa de gobierno que se desenvuelve con singular maestría y belleza de forma en el precioso documento que antecede, puesto que segun declaraciones repetidas de los periódicos católico-monárquicos, el Conde de Morella, no obstante el fracaso del movimiento carlista iniciado en Julio del mismo año 1869, continuaba encargado de la organizacion del partido.

No se nos oculta, y lo confesamos á fuer de leales, que hay quien pretende culparlo de cierta retirada misteriosa

que produjo tristísimas consecuencias; pero nádie ha aducido pruebas, y es preciso tener en cuenta que la calumnia se ceba con más gusto en las reputaciones más brillantes; la envidia hinca su diente venenoso en los nombres más esclarecidos.

En cambio nosotros vamos á explicar este hecho, tal como se nos ha referido por persona que debe saberlo.

Público es que en Febrero de 1869 el Conde de Morella fué encargado por el Rey de la organizacion del partido carlista y que el Sr. Conde de Fuentes, representando al General, era el presidente, si no estamos equivocados, del Consejo del Rey.

Cabrera, pues, con gran contentamiento del partido, dirigia los asuntos, agrupaba elementos, preparaba lentamente, pero con seguridad, la solucion que todos anhelábamos, y anhelamos.

Creemos que *todos* ignoraban los planes que desenvolvia poco á poco el General Cabrera, y podemos afirmar que á cierto personaje de Madrid, que le preguntó en una ocasion, dando muestras de impaciencia:—*Qué haceis? ¿Qué esperais?*, contestóle:—*Espero el triunfo: hago* SUMAS, *miéntras otros hacen* RESTAS.

Á últimos de Junio, á mediados de Julio—no estamos seguros—el Conde de Morella parece que recibió la noticia, en virtud de cierta confidencia, de que el Sr. Duque de Madrid habia salido para la frontera hispano-francesa, decidido á entrar en la península.

Era bien seguro el conducto que habia trasmitido á Cabrera la noticia, mas como el celoso Conde de Fuentes nada le decia, aquel escribió y le dijo:

—«*He sabido que S. M. está enfermo: preséntese V. en palacio, vea al Rey á todo trance, y avíseme.*»

Como es natural, el Conde de Fuentes no vió á S. M.,

y sólo pudo saber, por la contestacion *de alguna persona*, que, efectivamente, el Rey estaba enfermo, y así se lo comunicó al General Cabrera.

Mas este le respondió con un telegrama, en que decia sobre poco más ó ménos:—«*Señor Conde de Fuentes: á V. E. le dicen que el Rey está enfermo, pero á mí me han asegurado que está perfectamente bueno, y nada ménos que en la frontera de España.*—CABRERA.»

Resultado: que el Sr. Conde de Fuentes se convenció, aunque tarde, de que el de Morella estaba bien enterado, y fué tal la impresion que causó este suceso en su ánimo, que el pundonoroso caballero falleció á los pocos dias.

Cabrera dimitió, y la dimision le fué admitida.

Y hé aquí por qué el General no tomó parte en el fracasado movimiento de Julio de 1869, que tantos males causó al partido carlista.

Este desgraciado incidente, así como lo dejamos referido, nos ha sido contado, volvemos á decirlo, por persona que debe saberlo, imparcial y de recto criterio.

Si nuestro relato es cierto, ó no lo es, lo ignoramos; la verdad se descubrirá por sí sola, dentro de más ó ménos tiempo,—no hay remedio, que todo se descubre y se sabe—como se han descubierto ya las causas que motivaron la desastrosa retirada de la expedicion Real desde Madrid á las Provincias Vascas; como se han descubierto las inícuas tramas, los infames complots de Vergara.

Á pesar de todo, y volviendo á nuestro relato, en Setiembre del mismo año el Sr. Duque de Madrid se dignó encargar al Conde de Morella la direccion de los negocios del partido, y el Conde aceptó otra vez la delicada mision que se le confiaba.

Pero hácia los últimos dias del ya citado año se presentó una cuestion singularísima que amenazó desde luego

con un desenlace desagradable,—preludio quizá de un rompimiento más desagradable todavía.

Y no porque el General Cabrera, dechado de fidelidad á sus reyes, hubiese preconcebido el plan que algunos le han supuesto de apartarse para siempre de la causa carlista.

¿Se concibe por ventura semejante plan en el esforzado adalid de Cárlos V? ¿Puede imaginarse en el bravo General de Cárlos VI? ¿Y quién lo supondrá con fundamento en el que era entónces el primer soldado del augusto Duque de Madrid?

Nos referimos á la cuestion del Toison de Oro.

D. Cárlos de Borbon y de Este, corazon generoso y agradecido, alma noble y sencilla, jóven dotado de una rectitud de conciencia y de un juicio tan sólido como pudieran desearse siempre en sus consejeros—no aludimos á nádie—quiso premiar los largos servicios del invicto Conde de Morella, y ordenó al Sr. D. Gaspar Diaz de Lavandero, el antiguo Intendente del ejército del Conde de España, que pasase á Lóndres con el fin de ofrecer al General Cabrera, en nombre del Rey, el histórico Toison de Oro del ilustre D. Cárlos V.

Dióle además esta carta:

«*Clarens 8 de Diciembre.*—Aunque en la carta del 1.° del actual, mi querido Cabrera, te has contentado con decirme que estabas enterándote de los trabajos hechos hasta ahora en favor de mi causa para enlazarlos con los tuyos, he sabido por varios conductos, todos fidedignos, que has dejado por unos dias tu casa de Inglaterra, que has ido á Francia y llegado á Bourdeaux, en donde despues de conferenciar con diferentes personas, has tomado disposiciones que desconozco, pero que en el mero hecho de ser tuyas tengo por acertadas.

»Estas noticias han conmovido mi corazon, y deseoso de mostrarte con algo más que palabras, siempre sinceras, lo mucho que te aprecio, he vuelto los ojos hácia la prenda que más estímo en mi propia familia; hacia el Toison que mi inolvidable abuelo D. Cárlos V llevó durante la gloriosa guerra en que, á

fuerza de valor y pericia, supiste conquistarte un nombre imperecedero en nuestra historia.

»Tuya fué desde aquel momento en mi corazon esa ilustre insignia; tuya será realmente y con todos los honores que le correspondan, desde el punto en que de parte mia la ponga en tus manos D. Gaspar Diaz de Lavandero, portador tambien de la presente.

»Honra tu pecho con esa condecoracion con que se honraba el pecho de aquel esclarecido monarca, tan grande por sus virtudes como lleno de amor hácia tí. Lleva esa prenda que renovará el ardor de tus juveniles años y hará palpitar tu corazon como en los dias en que derrotabas á Pardiñas y tomabas á Morella (1).

»Llévala tambien en recuerdo de quien emulando la constancia y la inquebrantable fé de su abuelo, con auxilio de Dios y tus esfuerzos, espera superarle en la ventura.—CÁRLOS (2).»

Atentísima carta que el Conde de Morella recibiria, estamos seguros, con vivo sentimiento de gratitud.

Mas para aceptar la alta distincion con que le honraba el Monarca, era preciso que no se hubiesen realizado ciertos hechos que el Conde de Morella, con la franqueza del soldado leal, del consejero probo y desinteresado, del hombre justo para todos, hasta para su partido, habia reprobado enérgicamente.

Hubo una época—bien lo saben todos los carlistas—cuando los jóvenes reyes habitaban en Paris, por ejemplo, en que una cohorte de servidores parecia tener el propósito de aumentar los grados de su adhesion á D. Cárlos VII, en razon directa de las gracias que se les hubiesen concedido.

Hombre hubo,—perdónennos nuestros lectores estos detalles,—que en el breve espacio de veinticuatro horas ascendió desde simple capitan de una compañía de cazadores

(1) Esta carta fué redactada, segun voz pública, por un conocido periodista católico-monárquico; pero es sensible que se cometiese un error histórico, de alguna importancia, en un documento que debia firmar el Rey. En efecto, Cabrera *no tomó* á Morella.

(2) *El Pensamiento Español*, 4 de Mayo de 1870.—Núm. 3.152.

en 1840, al empleo de mariscal de campo, recibió los títulos de Conde y Consejero privado, amen de la banda de María Luisa para su distinguida señora.

Hombre hubo, convenido en Vergara por añadidura, de quien se puede decir cási otro tanto.

Hombre hubo, en fin, de reputacion dudosa desde la campaña de 1848, que se hallaba en condiciones enteramente idénticas.

¿Con qué derecho—diria el General Cabrera á las personas que aconsejaban al Rey—con qué derecho acusarémos de favoritismo á los liberales? ¿Con qué derecho dirémos á los pueblos que el partido carlista llevará la economía á los presupuestos y salvará la Hacienda?

Por otra parte: qué significan tantas gracias? ¿Cuáles son los servicios prestados recientemente en los campos de batalla por esos improvisados Generales?

Hé ahí, en nuestro juicio, las causas poderosísimas que debieron influir en el ánimo del Conde de Morella para no aceptar, y tendria un sentimiento profundo, el régio presente con que le honraba su Rey.

Aceptando, se hacía reo de la misma falta que habia censurado.

Esto es lógico—y en vano los periódicos liberales han querido interpretar malignamente, segun costumbre, este suceso.

Por lo demás, véase la carta-contestacion del General Cabrera:

«*Wentworth 29 de Diciembre de* 1869.—Señor: Don Gaspar Diaz de Lavandero ha puesto en mis manos hoy la carta de V. M. de 8 del mes actual, en la que V. M. me honra superabundantemente mandándome el Toison que llevó el Augusto abuelo de V. M., el Sr. D. Cárlos V, manifestándome á la vez que con tan ilustre insignia V. M. se digna darme todos los honores que la correspondan, desde el momento en que de parte de V. M. la ponga en mis manos el expuesto mensajero.

»No me es posible expresar á V. M., no mi sorpresa por la accion en sí, partiendo esta de V. M., sino mi turbacion, y sobre todo mi reconocimiento, por un honor de que no me conozco acreedor en las actuales circunstancias.

»Comprendo perfectamente, que al obrar V. M. en esta ocasion como lo hace, no le ha guiado la idea de estimular mi celo y decision en trabajar á favor de la causa, porque á su alto criterio no puede ocultársele que el hacerlo, ha sido y es siempre mi constante anhelo y deseo; y hoy, al emplear las escasas fuerzas que aún me restan en pró del triunfo de V. M., lo hago en el de mi pátria, necesitada y deseosa de un modo de ser político que la salve del abismo á que inconsideradamente la conducen los hombres que hoy la rigen.

»Pero si comprendo esto, V. M. no desconocerá á su vez que nada he hecho aún en su servicio que justifique un régio donativo ni á mis ojos, ni á los de la nacion misma, cuando de la magnanimidad de V. M. tenga noticia; y que tanto más grande es V. M. al otorgarme merced tan señalada, cuanto más pequeño yo pareciera si la admitiese desnuda de merecimiento mios, pues no pueden llamarse tales los que V. M., en su natural bondad, expone en su carta para justificar aquel.

»Dígnese V. M. tener en consideracion las expuestas razones y recordando á la vez la primera que le hice en una de las conversaciones con que V. M. me honró en su último viaje á Lóndres en el presente año, de no admitir nada de V. M. hasta que estuviera sentado en el trono que de derecho le corresponde, y entónces, en todo caso, cuando comprendiese ser digno por mis servicios de la recompensa que V. M. se dignase darme, no extrañará mi conducta de hoy al no aceptar un régio presente, que sólo me fuera dado admitir en el caso de ser posible considerarlo desprovisto de todo otro honor, que el grande que encierra de habér pertenecido al Augusto abuelo de V. M., á quien tanto quise, y del que recibí siempre señaladas muestras de estimacion y deferencia.

»En su consecuencia, Señor, D. Gaspar Diaz de Lavandero lleva el cargo de poner en sus Reales manos esta carta, testimonio escrito de mi reconocimiento á V. M., y á la vez devolverle el Toison que V. M. le mandó me entregase, prenda de la que sólo puede ser depositario V. M. por las razones ya expuestas.

»Y suplicándole que en mi no aceptacion, no vea envuelto deseo alguno de ofenderle, quedo con el respeto y agradecimiento debido.—Señor.—A L. R. P. de V. M.—RAMON CABRERA (1).»

---

(1) *El Pensamiento Español,* núm. citado.

Juzguen, pues, nuestros apreciables suscritores, porque nosotros nos concretamos al papel de cronistas.

Y hemos llegado ya al punto principal de nuestro ***Apéndice***.

En efecto, la cuestion más delicada es la que motivó la gran reunion en Vevey.

Un dia apareció en los periódicos de Madrid el siguiente documento:

«Intimamente convencido, en vista de las circunstancias, de la necesidad cada dia más imperiosa y urgente de agrupar y unir entre sí con un lazo fraternal é indisoluble los elementos conservadores, morales y materiales de España, disipando lamentables discordias de intereses, personas y de partidos que deben fundirse en un solo y noble pensamiento para salvar á nuestra querida pátria de su inminente ruina, después de haber oido y meditado sobre tan grave asunto la opinion de consejeros, dignos de toda mi confianza por su ilustracion, imparcialidad, rectitud y patriotismo, y

»Considerando, 1.°: Que si bien los partidos pueden ser útiles como escuelas políticas y filosóficas, siempre que se inspiren en la moralidad, la justicia y el amor á la pátria, son en las naciones una calamidad funesta cuando sustituyen aquellas nobles cualidades con el egoismo, la ambicion y la recíproca intolerancia:

»Considerando, 2.°: Que los partidos que en este último concepto fomentan la discordia entre los hijos de una misma pátria, debilitan la autoridad, perturban el órden y desprestigian las leyes y cohartan moral y materialmente la justa libertad de los ciudadanos, debiendo por lo tanto una política ilustrada y benéfica dirigir su constante celo y paternal solicitud á unir las voluntades y los intereses de todos los hombres honrados, cualesquiera que sean sus opiniones, por medio de los elevados sentimientos de la justicia y del patriotismo, sin que nádie se considere humillado por ceder á tan generosos estímulos:

»Considerando, 3.°: Que si ha de verificarse en España esta feliz trasformacion, tan necesaria para reponerla de un abatimiento, y para que éntre en la ancha y gloriosa

via de su regeneracion política, es indispensable, ante todo, que los diversos partidos secundados noblemente por la suprema autoridad, proclamen y practiquen en todos sus actos la justicia, la imparcialidad, la tolerancia, la caridad y el respeto mútuo:

»Considerando, 4.°: Que el jefe del Estado que lo es de todos sus súbditos en general, y no de un determinado partido, debe extender á todos por igual su autoridad justa y benéfica, formando, si es posible, una gran familia de la universalidad de los ciudadanos:

»Considerando, 5.°: Que en tal concepto la justicia, la prudencia y la generosidad aconsejan suprimir toda denominacion de partidos que tiendan á sostener la discordia y la realidad, señalando sólo con el nombre de *gran partido español*, si así quiere distinguirse, á cuantos con diversas opiniones razonables se dirigen al bien público por las vias del honor, de la justicia y de la moralidad:

»Considerando, 6.°: Que para levantar á la nacion del abatimiento en que se halla por las discordias de los partidos, por los abusos del órden y por los excesos de una falsa libertad, es necesario además inaugurar una política nueva, la política de los *deberes*, que, prescribiendo con severidad los suyos al Monarca y á los súbditos, asegure en el estado la paz y la justicia, y con ellas la civilizacion y el progreso moral y material del país:

»Considerando, 7.°: Que á fin de que estos principios y sentimientos se extiendan y arraiguen entre todas las clases de la sociedad, deben propagarse con infatigable celo por medio de la prensa, de las reuniones públicas y privadas, de la cátedra, de la tribuna, y donde quiera que pueda influirse sobre la opinion noble y dignamente, disipándose de este modo antiguas discordias é injustas prevenciones:

»Considerando 8.°: Que con el objeto de inspirar á los hombres de buena fé de todos los partidos la necesaria confianza en los propósitos y sentimientos del monarca, que no son otros sino los de respetar sinceramente sus derechos y libertades, estableciendo un Gobierno justo, benéfico y fuerte, es muy útil y aun necesario fijar desde luego los principios fundamentales de la *nueva política* que

ha de inaugurarse, para que sirvan de criterio y punto de partida en las discusiones públicas y donde quiera que haya de defenderse la bandera gloriosa de la regeneracion española, á la que todos consagramos nuestros esfuerzos:

»Considerando 9.°: Que sin perjuicio de publicar en un dia el oportuno manifiesto á la nacion, en perfecta conformidad con estos principios y sentimientos, que serán los distintivos de la nueva política de los *deberes*, que estoy firmemente resuelto á plantear, es indispensable darlos á conocer sin dilacion á la Junta superior monárquica de Madrid, y á las de las provincias para que les sirvan de gobierno en su conducta pública y privada:

»He venido en decretar libre y espontáneamente, y por un impulso de mi corazon y de mi conciencia, que se consideren como bases fundamentales del futuro Gobierno que me propongo establecer pacíficamente con el auxilio de la Providencia y el concurso de todos los buenos Españoles, y que se tengan como pacto de estrecha alianza y de union fraternal entre el trono y sus súbditos, los artículos que á continuacion se expresan:

Religion.—1.° Unidad católica, sostenida por el Gobierno como la única religion del Estado; pero sin que se persiga ni se moleste á nádie por sus crencias y opiniones religiosas contrarias al catolicismo, miéntras no se manifiesten por actos públicos.

2.° Independencia de la Iglesia en el ejercicio de su potestad espiritual, en armonía con la que á su vez corresponde ámpliamente al Estado en los asuntos temporales.

3.° Dotacion decorosa del culto y clero, y arreglo de las diócesis y de cuanto se refiere á las relaciones entre la Iglesia y el Estado, de acuerdo con la Santa Sede.

Política interior —4.° Monarquía constitucional, con dos Cámaras, de Diputados y Senadores, elegidos aquellos por un ámplio sufragio popular, y estos por el Monarca dentro de las categorías y con las condiciones que se fijen en la ley.

5.° Constitucion, en la que se consignen como bases fundamentales:

Primera. La unidad católica, segun se manifiesta en el número 1.°

Segunda. La soberanía, ejercida por las Córtes con el Rey, y el veto temporal de esta, para la promulgacion y ejecucion de las leyes.

Tercera. La seguridad completa de las personas y de las propiedades.

Cuarta. La libertad de asociacion para todos los fines y objetos permitidos por la moral y las leyes.

Quinta. La libertad de imprenta en lo político, literario, científico é industrial, dentro del círculo que permitan la religion, la moral, la legislacion, los respetos de la autoridad y el órden público, y con sujecion á las reglas y condiciones que la ley establezca.

Sexta. Acceso de todos los Españoles á los cargos públicos, segun sus méritos y circunstancias, sin distincion de clases, de partidos y de opiniones.

Sétima. Inviolabilidad del Monarca en el ejercicio de su autoridad, y responsabilidad, de los Ministros, exigible cuando cesen en sus cargos, por medio de un juicio de residencia, en el que serán oidos todos los ciudadanos que se crean agraviados en sus derechos.

Octava. Inamovilidad y responsabilidad de los jueces y magistrados, conforme á las disposiciones que al efecto se dicten

Novena. Responsabilidad de todos los funcionarios públicos en general, no pudiendo separárseles de sus cargos sino en virtud de expediente informativo, y con audiencia de los mismos,

Décima. Exámen anual que las Córtes hagan de los presupuestos, no pudiendo cobrarse las contribuciones sin este requisito, pero limitándose en cada año la discusion á las alteraciones que en ellos se introduzcan.

6.ª Respeto en lo político á todas las opiniones y á todos los partidos, que giren dentro de la órbita constitucional: tolerancia y olvido para todos los errores y extravíos cometidos hasta aquí, y para todos los actos que no envuelvan delitos comunes, segun la moral y las leyes.

7.ª Fusion ámplia, generosa y universal de doctrinas, de ideas, de partidos, de intereses morales y materiales, de instituciones y de personas, hasta donde sea posible, dentro del nuevo sistema político que se inaugure, para llevar á cabo la union de los Españoles en todos conceptos.

Política exterior.—8.ª Independencia de la nacion en el régimen y gobierno de sus asuntos interiores, y respecto á las demás por lo relativo á los suyos.

9.ª Relaciones de amistad y buena armonía con las demás Potencias, fomentando, por medio de tratados especiales, el comercio de España y cuanto se refiere á sus intereses morales y materiales.

Justicia.—10. Organizacion de los tribunales, que asegu-

re á los ciudadanos una administracion de justicia recta, imparcial, expedita y económica.

Administracion. — 11. Reformas legislativas y administrativas que aseguren el derecho, que fomenten la industria, que descentralicen la administracion, que den vida, desarrollo y prosperidad á la provincia y al municipio, y que abran ancho campo á la actividad industrial, y al progreso moral y material del país.

12. Organizacion de la jurisdiccion contencioso-administrativa para asegurar la legalidad y para proteger los intereses y derechos de los particulares y corporaciones en los acuerdos de la administracion.

Hacienda. — 13. Nivelacion de los presupuestos, no sólo por la rigorosa economía de los gastos, hasta donde el servicio público lo consienta, sino tambien y principalmente por medio del fomento de la riqueza imponible, á virtud de grandes reformas y de medidas protectoras de las industrias agrícola, fabril y mercantil, añadiendo á todo esto la simplificacion de los servicios, la reduccion de los empleados y la moralidad más severa en las gestiones de Hacienda.

Legislacion civil y penal.—14. Revision de las leyes civiles y penales, reformando en lo que sea necesario los códigos existentes, y publicando oportunamente los que faltan, para ordenar, aclarar y simplificar la legislacion general del país, armonizando prudentemente la tradicion y la historia con los adelantos de la ciencia y con los intereses y necesidades de la época actual.

Enseñanza.—15. Propagacion y desarrollo completo de la instruccion pública y de la educacion popular, armonizando los progresos científicos y literarios con los respetos debidos á la religion y á la moral.

Industria.—16. Proteccion decidida á las industrias agrícola, fábril y mercantil, removiendo los obstáculos y rutinas que las entorpecen, y estableciendo libertades razonables, franquicias, garantías y recompensas en favor de los particulares y de las corporaciones que se dediquen á trabajos y empresas útiles.

Beneficencia.—17. Libertad ámplia y proteccion eficaz para todas las instituciones particulares de caridad ó beneficencia, y especial solicitud para reformar y mejorar en lo posible los establecimientos actuales de esta especie, y crear otros nuevos, considerando la administracion á los pobres, enfermos y desvalidos, como á los hijos predilectos de la pátria, por su misma desgracia.

Ejército y Milicia.—18. Reorganizacion del ejército bajo las bases de la moralidad, de la obediencia y de la disciplina, premiándose generosamente el mérito acreditado de los Jefes,

Oficiales y soldados, segun sus servicios, y estableciendo para estos, en los cuarteles, escuelas de educacion moral, militar é industrial, que los devuelva instruidos y con oficio, si es posible, al seno de sus familias.

19. Los militares beneméritos de todas las esferas y categorías, serán atendidos con preferencia, cuando salgan del servicio, para su colocacion en los destinos civiles análogos á sus condiciones y circunstancias. Los inutilizados en la carrera militar, y los pobres y desvalidos que la hayan terminado honrosamente, serán protegidos por el Gobierno de la nacion, corriendo su suerte á cargo de la pátria á quien han servido.

20. Reforma del sistema de remplazos que distribuya equitativamente la grave aunque honrosa carga del servicio militar entre todos los ciudadanos, haciendo, si es posible, que desaparezca la contribucion de sangre, ó que se disminuyan ó atenuen sus dolorosos efectos.

21. Establecimiento, en su tiempo, de una milicia especial voluntaria de ciudadanos honrados, para contribuir al sostenimiento del órden público y la defensa de las leyes y de la pátria.

Ultramar.—22. Reformas legales y administrativas y económicas, para las provincias de Ultramar, asimilando su legiscion á la de la Península, con las modificaciones que sus intereses particulares y sus costumbres exijan, formando á este fin los Diputados y Senadores de dichas provincias parte de la representacion nacional.

»Tendreislo entendido y dispondreis lo necesario para que penetrándose esa junta de las ideas y doctrinas comprendidas en este decreto, ajuste á ellas su doctrina y se cumplan por todos en su respectiva esfera los fines á que sinceramente aspiro en interes de la pátria y en honor del trono, etc.

»Se suplica su aprobacion en mi nombre y en el de mis amigos.

«París 10 de Marzo de 1870.»

»***Wenthworth*** 16 ***de Marzo de*** 1870.—Aprobadas estas bases en lo que no se opongan á que la forma de Gobierno no haya de ser lo que la misma nacion disponga en las Córtes Constituyentes, bases cuya copia original está tambien por mí aprobada en esta fecha.—Ramon Cabrera (1).»

Tal es, copiado á la letra, el importantísimo documento que apareció en cási todos los periódicos de la corte.

---

(1) *El Pensamiento Español*, 27 Abril de 1870.—Núm. 3.146.

Á primera vista se comprende que debió producir una sensacion muy profunda.

Creyeron unos que era apócrifo, y estos eran los ménos; pensaron otros que el Conde de Morella sentaba plaza, en el último tercio de su vida, en las falanges liberales, y aun algunos, aunque pocos, se imaginaron que aspiraba á reconocer la situacion creada por la Revolucion de Setiembre.

Los primeros y los últimos se desengañaron bien pronto: el documento en cuestion estaba firmado realmente por D. Ramon Cabrera, pero este se hallaba muy distante de reconocer *la legalidad* existente á la sazon, como suponian, con intenciones aviesas, algunos diarios revolucionarios.

Hemos dicho que el tal documento está *firmado* por don Ramon Cabrera, y debemos añadir que *solamente* estaba firmado.

Esto es: que el proyecto de carta constitucional y el sistema de gobierno que en aquel se desenvuelven, no habian sido concebidos por el Conde de Morella, mucho ménos formulados por él mismo, con la precision que sus artículos revelan.

Fácil nos sería contar minuciosamente la historia del referido proyecto, pero nos limitamos á asegurar que este, ya formulado, le fué remitido al General Cabrera por hombres que aspiraban á la verdadera conciliacion, á la fusion moral y política de partidos afines, con el noble objeto de aunar sus fuerzas en pró de la pátria, cuya salvacion, cuya felicidad y grandeza debe ser el constante anhelo de los que se tengan por buenos españoles.

De todas maneras, lo cierto es que el Conde de Morella suscribió el preinserto proyecto y de hecho aceptó las bases que en él se asentaban para la construccion de un *nuevo edificio* político, en bien de la pátria.

Cabrera es, por lo tanto, responsable de aquella firma, y á cualquier carlista leal y honrado le compete el derecho de examinar hasta qué punto puede haber delinquido, ó nó, el hombre que mereciera anteriormente la confianza más absoluta de su Rey, el Sr. D. Cárlos de Borbon.

Pero es preciso examinarlo sin pasion.

Nosotros nos atrevemos á hacerlo, y no quisiéramos que se interpretase de mala manera este nuestro deseo, nuestra *obligacion*, mejor dicho, puesto que así se lo hemos ofrecido á nuestros benévolos suscritores.

Lo primero que ocurre, es preguntar:

Cuál será el fin que se propone el Conde de Morella?

Y verdaderamente que la tal pregunta es óbvia y natural.

El, valeroso soldado de Cárlos V, sólo pensaba en pelear contra las huestes isabelinas cuando las intrigas y los amaños pululaban alrededor del cuartel general de aquel desventurado monarca; él, bravo campeon de Cárlos VI, aceptó noblemente el Manifiesto de D. Cárlos Luis, y desenvainó otra vez la espada de Maella en Esquirol, en Aviñó, en Pasteral, en San Lorenzo dels Piteus....

Leyendo atentamente el preámbulo del proyecto citado, se ve que en sus *considerandos* resalta la idea de salvar á España de la ruina que la amenaza, y se anuncia el propósito de enarbolar la bandera gloriosa de la regeneracion española, á la cual consagra todos sus esfuerzos.

No creamos al General Cabrera por lo que él nos diga, y volvamos á preguntarnos:

—¿Por acaso esa afirmacion no puede ser una añagaza? ¿Quién nos asegura que el General Cabrera, miéntras confiesa que tales son sus ideas y sus propósitos, no se propone realmente otra cosa muy distinta? ¿Quién nos

dice que aquella no es un pretexto para lograr, por ejemplo, honores, riquezas, un alto puesto en la escena política?....

Ridícula es, lo confesamos, la cuestion que se apunta en las líneas anteriores; pero ridícula y todo, ha sido extraida por nosotros de las columnas de algun periódico, de no escasa circulacion.

Honores! ¡Riquezas! Altos puestos!...

Mentira parece que se discurra de este modo!—Honores á Cabrera, cuya historia es el honor más grande, el más brillante que puede anhelar un militar español, honor que no se otorga con una plumada en satinado diploma, sino que se recoge en los campos de batalla, entre el silbido de las balas y el ronco estruendo de los cañones; riquezas á Cabrera, poseedor de una fortuna inmensa; altos puestos á Cabrera, que era el primero en el Consejo del Rey, y el primero en la confianza y en el afecto del jóven soberano....

No merecia el periódico aludido que nos ocupáramos de rechazar sus presunciones, y las habríamos pasado por alto á no haberlas visto reproducidas en otro diario de Madrid, en el cual no esperábamos hallarlas, y ménos aún sin la refutacion consiguiente.

Cabrera puede equivocarse—¿quién no se equivoca en este mundo?—pero si él nos dice que se propone *únicamente* aspirar á salvar la pátria, enarbolando la enseña de la regeneracion política, alrededor de la cual pueden agruparse los hombres honrados de todos los partidos, para crear un *gran partido español* y establecer un Gobierno justo, benéfico y fuerte—preciso es concederle el mismo crédito, por lo ménos, que quieren y hasta exigen para sí los hombres que, de buena fe, creen que se pueden obtener iguales fines adoptando una política intran-

sigente, exclusivista, que repela el concurso de los demás, y quiera vivir con vida propia.

Otra cosa bien distinta es el proyecto de carta constitucional que dejamos trascrito.

Vamos por partes, porque se nos figura ver que algunos de nuestros lectores arrugan el entrecejo al oir esas palabras: *carta constitucional.*

Y no hay para qué, en verdad, si habeis aceptado, como creemos, el notabilísimo y bien pensado Manifiesto del Sr. Duque de Madrid.

El Rey dice que para vencer las dificultades imponderables que habria de encontrar en el camino de la regeneracion de España, necesitaria *del concurso del reino congregado en Córtes*, que verdaderamente representen todas sus fuerzas, todos sus elementos conservadores.

Y luego añade textualmente: *Yo daré á España con esas Córtes una ley fundamental...*

De manera, que el Conde de Morella parece como que quiere interpretar fielmente la muy feliz expresion del Sr. D. Cárlos VII, y suscribe el proyecto.

Pero qué es el proyecto? Qué significa?

Es, en nuestro humilde juicio, *una explicacion detallada* del Manifiesto real; es el mismo Manifiesto real, interpretado por el General Cabrera.

D. Cárlos dice que no es digno el rey que se contenta con serlo de su partido; que habla á todos los Españoles sin excepcion ninguna; que á ninguno rechaza, ni aun á sus mismos enemigos; que necesita el concurso de todos para subir al trono de sus mayores y quizás tambien necesita de todos para establecer sobre sólidas é inconmovibles bases la gobernacion del Estado.

Pensamientos generosos, aspiraciones dignas de un monarca amantísimo de sus súbditos.

Pues el artículo principal del proyecto suscrito por el Conde de Morella, es como sigue:

«Fusion ámplia, generosa y universal de doctrinas, de ideas, de partidos, de intereses morales y materiales, de instituciones y de personas, hasta donde sea posible, dentro del nuevo sistema político que se inaugure, para llevar á cabo la union de los Españoles en todos conceptos».

No es esto lo mismo que aquello?—Figúrasenos que sí, y téngase en cuenta que el artículo sétimo, que es el trascrito, aparece como el más importante del proyecto.

Dice además D. Cárlos, en las frases que nos hemos permitido subrayar de su Manifiesto, que murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer; que cada siglo tiene de hecho legítimas necesidades y naturales aspiraciones, que la Iglesia debe ser libre para llenar cumplidamente el encargo divino que le está encomendado.

Y á tales premisas creemos que responden exactamente los artículos primero, segundo, tercero, quinto y sexto del proyecto constitucional del Conde de Morella, no interpretados maliciosamente y con el deliberado propósito de hacerles resaltar indebidamente, en contra de la leal intencion que el General se proponia.

Y dice más aún el jóven ilustrado monarca.

Al tocar hábilmente la cuestion religiosa en los dos pequeños párrafos que dedica á este preferente asunto en su carta-manifiesto, declarando con justicia y verdad que la *unidad católica* es el símbolo de nuestras glorias, el espíritu de nuestras leyes, el bendito lazo de union entre todos los Españoles, añade esta significativa frase:

«*Sé, y no olvido, que el siglo diez y nueve no es el siglo diez y seis.*»

Y poco ántes habia dicho:

«*Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer.*»

Pero qué es lo que dice el General Cabrera?

Recuérdese: «1.° *Unidad católica, sostenida por el Gobierno* como la única religion del Estado; pero sin que se persiga ni moleste á nádie por sus creencias y opiniones religiosas contrarias al catolicismo, en tanto que no se manifiesten por actos públicos.»

Es decir: la unidad católica á todo trance, la unidad católica como religion del Estado, de la nacion; pero no sólo protegida *sino sostenida por el Gobierno*, en términos que para que este sostenimiento fuere completamente sincero y eficaz, para que fuere verdadero sostenimiento, á la iglesia católica debe concedérsele la más absoluta independencia en el ejercicio de sus funciones, y cuya independencia se procurará armonizar con la independencia que corresponde al Estado en los asuntos temporales.

He ahí lo que quiere el Conde de Morella acerca de la cuestion religiosa; he ahí lo que consigna claramente, con las mismas frases que nosotros hemos empleado, en los artículos primero, segundo y tercero de su proyecto de carta constitucional.

De manera que marchan en perfecto acuerdo, segun nuestra pobre opinion, el Sr. Duque de Madrid y el Sr. Conde de Morella en la cuestion capital de su programa de gobierno: en la cuestion religiosa.

Don Cárlos sabe que el siglo diez y nueve no es el siglo diez y seis; D. Cárlos sabe tambien que hay instituciones que no pueden renacer...

Cabrera coge estas frases, las analiza, penetra profundamente en ellas y consigna en su proyecto el resultado de aquel análisis, de aquella especie de anatomía moral á

que debió de sujetar en su mente el bien escrito Manifiesto de D. Cárlos de Borbon.

Véase con cuánta razon hemos dicho anteriormente que nos parecia ver en el Manifiesto del Conde de Morella una interpretacion lata, pero exacta, del que publicó en Junio de 1869 el Sr. Duque de Madrid.

Esto en lo que concierne á las cuestiones políticas, porque en las cuestiones de otra índole diversa, lo mismo en las económicas que en las de política exterior, justicia, administracion, etc., aún cuando sólo estén *indicadas* por D. Cárlos, hállanse los dos acordes.

El propone—como el Rey quiere,—que las Córtes españolas sean independientes, no asambleas tumultuosas y estériles, de mayorías serviles y minorías sediciosas; él propone una independencia absoluta en la nacion, en el régimen y gobierno de sus asuntos interiores y exteriores; él propone una organizacion verdad de los tribunales de justicia, reformas legislativas y administrativas que aseguren el derecho, fomenten la industria, descentralicen la administracion, den vida al municipio y á la provincia; él propone la nivelacion de los presupuestos y economía rigorosa en los gastos, propagacion y desarrollo de la instruccion pública, de la educacion popular, proteccion decidida á las industrias, reorganizacion del ejército, bajo las bases de la moralidad, de la obediencia, de la disciplina...

Esto es lo que se propone, esto lo que anhela realizar el General Cabrera en su España querida: y esto tambien está insinuado en el Manifiesto de D. Cárlos de Borbon.

Y ejecutado con moralidad, con justicia, con amor á la pátria, ni la discordia reinaria entre los hijos de un mismo suelo, ni se desprestigiarian las leyes, ni se cohartaría moral ni materialmente la verdadera libertad, la li-

bertad que brota del bien y del cumplimiento de los deres recíprocos.

Además.—El Conde de Morella desde el primer dia en que empezó á dirigir la organizacion del partido carlista, determinó que este hiciera *alardes legales* de fuerza, de robustez, de poderosa energía delante de los partidos revolucionarios, luchando frente á frente contra estos en los casinos, en los comités electorales, en la prensa, en las discusiones históricas y filosóficas, en todas partes donde las circunstancias lo exigieren.

Y en la prisa que se dieron los carlistas, lo mismo para una cosa que para otra, veíase el reflejo del gran contentamiento del citado partido, que consideraba al Conde como la columna más firme de la causa que simboliza el augusto Príncipe D. Cárlos de Borbon.

Luego si Cabrera era *liberalesco*, en la acepcion peor de la palabra, dado que obraba de tal modo, al comenzar la lucha pacífica de 1869, natural era, en nuestro sentir, que los hombres que le han remplazado en los consejos del Rey se apresurasen á variar de sistema y á plantear aquel del cual se proponian obtener unos frutos bien maduros y sabrosos en poco tiempo; pero léjos de haber sido así, acabamos de presenciar ahora una lucha electoral en la cual el partido carlista, que no ha luchado en todos los distritos, ni mucho ménos; que ha sido víctima de coacciones, de atropellos, de ilegalidades de todo género, ha logrado, sin embargo, tal número de Diputados, que el Gobierno actual, alarmado con justo motivo, empieza ya á escogitar medios para lanzar á los que pueda de los escaños del Congreso, empleando otras ilegalidades aún más despreciables, aún más bajas que las que se han empleado en los comicios por los raquíticos tiranuelos de las provincias.

Se ha condenado á Cabrera, y se sigue obedeciendo á Cabrera: se usan sus armas, se emplean sus medios de ataque.

Nosotros nos preguntamos: ¿es esto lógico? ¿Hay medio de entender lo que aquí sucede?

Quizá algun dia, no lejano, podrán aclararse muchos misterios.

Quizá todavía el partido carlista llegará á admirar en el Conde de Morella al hombre político, al profundo estadista, al habilísimo diplomático, más aún que al guerrero famoso ó al general esclarecido.

Cabrera dimitió de nuevo, en 18 de Marzo de 1870, y el Sr. Duque de Madrid le admitió la dimision, y convocó en Vevey (18 de Abril) la memorable Junta católico-monárquica, ante la cual exclamó el jóven Príncipe:

«Desde hoy en adelante, yo me encargo de la direccion de los negocios del partido.»

Dios ilumine al Rey, para bien de la pátria!

Entre tanto, séanos lícito recordar aquí lo que hemos dicho en una página anterior:

«Nó, el Conde de Morella no puede olvidar á su pátria querida; no puede olvidar, no olvida seguramente, que por ella, por su salvacion, por arrancarla de las manos indignas que la explotaban y envilecian, ha derramado su sangre en los campos de batalla; Cabrera no puede olvidar, es imposible, que esta pátria infeliz, víctima de pandillas ambiciosas, es la pátria de su santa madre, la pátria que encierra en modesto sepulcro los frios restos de la inocente María Griñó.»

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO II.

PARTE SEGUNDA (1840).

PARTE TERCERA (1841-1849).

Páginas.



